

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Löwy, Michael

El marxismo en América Latina [texto impreso] /
1ª ed. en Chile. — Santiago: LOM Ediciones, 2007.
586 p.: 16x21 cms. (Colección Ciencias Humanas)

R.P.I: 160.122

ISBN : 956-282-878-6

978-956-282-878-9

1. Comunismo - América Latina - Historia
2. Socialismo – América Latina – Historia 3. Movimiento
Obrero – América Latina I. Título II. Serie

Dewey : 335.43098

Cutter : L922m

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© LOM Ediciones

Primera edición en Chile, 2007

Registro de Propiedad Intelectual N°: 160.122

I.S.B.N: 956-282-878-6

978-956-282-878-9

Motivo de cubierta:

Diseño, Composición y Diagramación:

Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88

web: www.lom.cl

e-mail: lom@lom.cl

Impreso en los talleres de LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Fonos: 716 9684 - 716 9695 / Fax: 716 8304

Impreso en Santiago de Chile

MICHAEL LÖWY

El marxismo en América Latina



Índice

Introducción. Puntos de referencia para una historia del marxismo en América Latina	9
A propósito de esta antología	69
1. La introducción del marxismo en América Latina	71
JUAN B. JUSTO, <i>El librecambio</i>	73
LUIS EMILIO RECABARREN, <i>Ricos y pobres</i>	75
2. El período revolucionario	79
2.1. Documentos del Comintern Leninista (1921-1923)	81
<i>Sobre la revolución en América</i>	81
<i>A los obreros y campesinos de América del Sur</i>	88
2.2. El impacto de la Revolución de Octubre	92
LUIS EMILIO RECABARREN, <i>La revolución rusa y los trabajadores chilenos</i>	92
ANÍBAL PONCE, <i>La Revolución de Octubre y los intelectuales argentinos</i>	95
2.3. Los primeros grandes marxistas latinoamericanos	98
JULIO ANTONIO MELLA, <i>La guerra de clases en Cuba</i>	98
JULIO ANTONIO MELLA, <i>El proletariado y la liberación nacional</i>	105
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, <i>Prólogo a Tempestad en los Andes</i>	108
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, <i>El problema indígena en América Latina</i>	114
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, <i>La revolución socialista latinoamericana</i>	119
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, <i>Punto de vista antiimperialista</i>	121
2.4. La rebelión roja de El Salvador (1932)	127
<i>Documentos del Partido Comunista de El Salvador</i>	127
2.5. La insurrección de 1935 en Brasil	135
<i>Programa del Gobierno Popular Nacional Revolucionario</i>	135
LUIS CARLOS PRESTES, <i>¡Todo el poder a la Alianza Nacional de Liberación!</i>	140

3. La hegemonía stalinista	147
3.1. El Frente Popular en América Latina	149
- <i>El Frente Popular en Chile</i>	149
- <i>Una crítica de izquierda al Frente Popular chileno</i>	155
DIEGO RIVERA, <i>El problema indígena en México</i>	159
- <i>Cuba: el Frente Popular con Batista</i>	167
3.2. El pacto germano-soviético y sus repercusiones en América Latina	170
ERNESTO GIUDICI, <i>Imperialismo y liberación nacional</i>	170
3.3. El browderismo y la posguerra	176
VICENTE LOMBARDO TOLEDANO, <i>Por la industrialización de México</i>	176
VICENTE LOMBARDO TOLEDANO, <i>El Partido Popular</i>	179
VITTORIO CODOVILLA, <i>Los comunistas argentinos y el peronismo</i>	181
PARTIDO COMUNISTA MEXICANO, <i>El pacto obrero-patronal</i>	185
- <i>Bolivia: las tesis de Pulacayo</i>	190
3.4. La Guerra Fría	207
PARTIDO COMUNISTA MEXICANO, <i>Por un Frente Nacional Democrático y Antiimperialista</i>	207
- <i>El antiimperialismo en Brasil</i>	210
MANUEL AGUSTÍN AGUIRRE, <i>El socialismo revolucionario en Ecuador</i>	214
- <i>Guatemala: la posición de los trotskistas</i>	218
- <i>Guatemala: la autocrítica de los comunistas</i>	226
3.5. Después del XX Congreso	238
PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL, <i>Por el desarrollo económico capitalista en Brasil</i>	238
SILVIO FRONDISI, <i>Tesis de la izquierda revolucionaria en Argentina</i>	243
3.6. La historia económica marxista	252
SERGIO BAGÚ, <i>La economía colonial</i>	252
CAIO PRADO JUNIOR, <i>La naturaleza económica de la colonización tropical</i>	256
MARCELO SEGALL, <i>El desarrollo del capitalismo en Chile</i>	259
MILCIADES PEÑA, <i>El desarrollo combinado de la economía colonial</i>	262
RODNEY ARISMENDI, <i>La economía feudal en América Latina</i>	265

4. El nuevo período revolucionario	269
4.1. La revolución cubana	271
<i>El Partido Socialista Popular y la revolución en Cuba</i>	271
FIDEL CASTRO, <i>Revolución socialista y democrática en Cuba</i>	279
FIDEL CASTRO, <i>De Martí a Marx</i>	281
4.2. El castrismo y el guevarismo	292
ERNESTO CHE GUEVARA, <i>Guerra de guerrillas, un método</i>	292
ERNESTO CHE GUEVARA, <i>Mensaje a la Tricontinental</i>	303
DOUGLAS BRAVO, <i>La guerrilla en Venezuela</i>	307
CAMILO TORRES, <i>Mensaje a los cristianos</i>	310
CARLOS MARIGHELLA, <i>Carta al Comité Ejecutivo</i>	
<i>del Partido Comunista del Brasil</i>	314
<i>La declaración de la OLAS</i>	321
<i>La guerrilla urbana de los Tupamaros</i>	334
ROQUE DALTON, <i>El Salvador, el istmo y la revolución</i>	340
<i>Declaración de Principios del MIR</i>	346
<i>El MIR y la Unidad Popular en Chile</i>	350
MIGUEL ENRÍQUEZ, <i>Las causas de la derrota</i>	356
<i>La Junta de Coordinación Revolucionaria</i>	365
CARLOS FONSECA AMADOR, <i>El Frente Sandinista en Nicaragua</i>	373
<i>Comunicado del Frente Sandinista de Nicaragua</i>	378
<i>El programa sandinista para los campesinos de Nicaragua</i>	380
EGP DE GUATEMALA, <i>La revolución y los indígenas</i>	384
COORDINADORA REVOLUCIONARIA DE MASAS DE EL SALVADOR,	
<i>Programa del Gobierno Democrático Revolucionario</i>	387
4.3. Socialismos	391
SALVADOR ALLENDE, <i>La vía chilena hacia el socialismo</i>	391
PAUL SINGER, <i>Lo que es hoy el socialismo</i>	395
4.4. Los partidos comunistas	398
RODNEY ARISMENDI, <i>Una revolución continental</i>	398
JOSÉ REVUELTAS, <i>Un proletariado sin cabeza</i>	407
VITTORIO CODOVILLA, <i>Historia del marxismo en América Latina</i>	412
LUIS CORVALÁN, <i>El Gobierno Popular</i>	418
JORGE DEL PRADO, <i>¿Revolución en el Perú?</i>	421
PARTIDO COMUNISTA MEXICANO, <i>Por el pluralismo socialista</i>	426
CARLOS NELSON COUTINHO, <i>La democracia como valor universal</i>	429

4.5. El Maoísmo	438
PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL, <i>La revolución nacional-democrática</i>	438
PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL, <i>La guerra popular</i>	442
PARTIDO COMUNISTA (ML) DE COLOMBIA, <i>La guerra del pueblo</i>	445
4.6. El trotskismo	449
HUGO BLANCO, <i>¿Milicia o guerrilla?</i>	449
LUIS VITALE, <i>América Latina: ¿feudal o capitalista?</i>	454
<i>El POR boliviano y la guerrilla del Che</i>	462
ADOLFO GILLY, <i>México, la revolución interrumpida</i>	469
<i>Tesis del PRT sobre la Revolución Mexicana</i>	477
XI CONGRESO DE LA IV INTERNACIONAL, <i>Resolución sobre América Latina</i>	483
5. Nuevas tendencias	495
ANDRÉ GUNDER FRANK, <i>¿Quién es el enemigo inmediato?</i>	497
THEOTONIO DOS SANTOS, <i>Subdesarrollo y dependencia</i>	502
RUI MAURO MARINI, <i>Consideraciones metodológicas sobre la aplicación del marxismo en América Latina</i>	507
FREI BETTO, <i>Cristianismo y Marxismo</i>	510
PARTIDO DE LOS TRABAJADORES, <i>El socialismo petista</i>	515
ENRIQUE DUSSEL, <i>Teología de la liberación y marxismo</i>	524
FORO DE SAO PAULO, <i>Manifiesto de Sao Paulo de la izquierda latinoamericana</i>	531
JOAO PEDRO STÉDILE Y FREI SÉRGIO, <i>La lucha por la tierra en Brasil</i>	535
EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL, <i>Primera declaración de la Selva Lacandona</i>	542
MOVIMIENTO DE LOS TRABAJADORES RURALES SIN TIERRA, <i>Capitalismo y clases sociales en el campo</i>	546
SUBCOMANDANTE MARCOS (EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL, EZLN), <i>Convocatoria de la Conferencia Intercontinental contra el neoliberalismo y por la humanidad</i>	553
EMIR SADER, <i>El poder, ¿dónde está el poder?</i>	557
FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA, <i>Contra la cultura de la resignación</i>	563
TOMÁS MOULIAN, <i>Consumismo y orden neoliberal</i>	570
ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, <i>La revolución cubana y el socialismo</i>	573
CLAUDIO KATZ, <i>Centroizquierda, nacionalismo y socialismo</i>	581

Introducción*

Puntos de referencia para una historia del marxismo en América Latina**

Es evidente que la historia de casi un siglo de teoría y práctica del marxismo en todo un continente, no puede ser resumida en algunas decenas de páginas; las siguientes observaciones intentan apenas proponer algunos puntos de referencia para el estudio de la evolución del pensamiento marxista en América Latina, con énfasis en la cuestión de la *naturaleza de la revolución*¹.

Uno de los principales problemas que el marxismo latinoamericano tuvo que confrontar fue precisamente la definición del carácter de la revolución en el continente –definición que era al mismo tiempo resultado de cierto análisis de las formaciones sociales latinoamericanas y el punto de partida para la formulación de estrategias y tácticas políticas–. En otras palabras, es uno de los momentos claves de la reflexión científica y una mediación decisiva entre la teoría y la práctica. Toda una serie de cuestiones políticas fundamentales –las alianzas de clase, los métodos de lucha, las etapas de la revolución– están íntimamente ligadas a esa problemática central: la naturaleza de la revolución.

Muy esquemáticamente, podemos distinguir tres períodos en la historia del marxismo latinoamericano: 1) un período revolucionario, de los años 20 hasta mediados de los años 30, cuya expresión teórica más profunda es la obra de Mariátegui y cuya manifestación práctica más importante fue la insurrección salvadoreña de 1932. En ese período, los marxistas tendían a caracterizar la revolución latinoamericana, simultáneamente, como socialista, democrática y antiimperialista; 2) el período stalinista, de mediados de la década de 1930 hasta 1959, durante el cual la interpretación soviética del marxismo fue hegemónica, y por consiguiente la teoría de revolución por etapas,

* N del E: Esta primera edición chilena ha sido corregida por el autor, y aumentada, especialmente en: 5. Nuevas tendencias.

** N del E: Introducción a la cuarta edición brasileña (2000).

¹ Para una historia relativamente bien documentada del comunismo latinoamericano, ver la obra de Boris Goldemberg, *Kommunismus in Lateinamerika* (Stuttgart, Verlag Kohlhammer, 1971), que a pesar de sus defectos y de una tendencia hacia el anticomunismo, es, ciertamente, superior a obras similares publicadas en los Estados Unidos, todas profundamente marcadas por la Guerra Fría.

de Stalin, definiendo la etapa presente en América Latina como nacional-democrática; 3) el nuevo período revolucionario, después de la Revolución Cubana, que ve la ascensión (o consolidación) de corrientes radicales, cuyos puntos de referencia comunes son la naturaleza socialista de la revolución y la legitimidad, en ciertas situaciones, de la lucha armada, y cuya inspiración y símbolo, en su máximo nivel, fue Ernesto Che Guevara.

El problema de la naturaleza de la revolución está, en un último análisis, relacionado con ciertas cuestiones teóricas y metodológicas fundamentales, que giran en torno a la cuestión de cómo aplicar el marxismo a la realidad latinoamericana.

El marxismo en América Latina fue amenazado por dos tentaciones opuestas: el excepcionalismo indo-americano y el eurocentrismo.

El excepcionalismo indo-americano tiende a absolutizar la especificidad de América Latina y de su cultura, historia o estructura social. Llevado a sus últimas consecuencias, ese particularismo americano acaba por poner en cuestión el propio marxismo como teoría exclusivamente europea. El ejemplo más significativo de ese abordaje fue el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana)², que bajo el liderazgo de Haya de la Torre, intentó primeramente “adaptar” el marxismo a la realidad continental, para posteriormente “superarlo” al servicio de un populismo *sui generis* y ecléctico. Para Haya de la Torre, el “espacio-tiempo” indo-americano es gobernado por sus propias leyes, es profundamente diferente del “espacio-tiempo” europeo analizado por Marx y, por eso, exige una nueva teoría que niegue y trascienda el marxismo³.

Fue el eurocentrismo, más que cualquier otra tendencia, el que devastó el marxismo latinoamericano. Con ese término nos queremos referir a una teoría que se limita a transplantar mecánicamente hacia América Latina

² El APRA fue fundado por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre mientras estuvo exiliado en México. Ideológicamente ecléctico, fue inspirado principalmente por la Revolución Mexicana, elaborando una doctrina “indo-americanista” única. Durante la década de 1920, el APRA fue un movimiento de carácter continental, con secciones en varios países latinoamericanos, pero, poco a poco, se restringió al Perú, donde persiste como partido de masa. Originalmente, el APRA se declaró antiimperialista, pero ese carácter se diluyó progresivamente y terminó por desaparecer.

³ De acuerdo con Haya de la Torre, “El aprismo formula una nueva interpretación del marxismo para América Latina, transfiriendo el concepto einsteiniano de espacio-tiempo para el dominio socio-histórico con vistas a dar cuenta de ese aglomerado complejo de regiones y razas, de formas de producción y cultura. El aprismo niega y trasciende el marxismo” (en Víctor Alba, *Politics and the Labor Movement in Latin America* [Stanford, Stanford University Press, 1968], p. 169). Pero la teoría aprista se sitúa esencialmente fuera de los límites del marxismo y su exotismo indo-americano nunca fue una corriente importante en el pensamiento marxista latinoamericano, aunque haya tenido influencia sobre ciertos autores o grupos políticos (por ejemplo, la “izquierda nacional” en Argentina).

los modelos de desarrollo socioeconómico que explican la evolución histórica de la Europa a lo largo del siglo XIX. Para cada aspecto de la realidad europea estudiado por Marx y Engels –la contradicción entre fuerzas productivas capitalistas y relaciones feudales de producción, el papel históricamente progresista de la burguesía, la revolución democrática-burguesa contra el Estado feudal absolutista– se buscó laboriosamente el equivalente latinoamericano, transformando así el marxismo en un lecho de Procusto, sobre el cual la realidad era sin piedad “recortada” o “estirada” conforme las necesidades del momento. Usando ese método, la estructura agraria del continente fue clasificada como feudal, la burguesía local considerada como progresista, o al menos revolucionaria, el campesinado definido como hostil al socialismo colectivista, etc. En esa problemática, toda la especificidad de América Latina fue implícita o explícitamente negada, y el continente concebido como una especie de Europa tropical, con su desarrollo retardado de un siglo, y bajo el dominio del imperio norteamericano.

Esas dos tentaciones son estrictamente antagónicas y contradictorias pero, paradójicamente, llevan a una conclusión común: la de que el socialismo no está a la orden del día en América Latina. De acuerdo con Haya de la Torre,

Antes de la revolución socialista, que llevará a la clase trabajadora al poder, nuestro pueblo debe pasar por etapas previas de transformación económica y política y, tal vez, por una revolución social que conseguirá emanciparlo del yugo imperialista y llevar a la unificación económica y política indo-americana. La revolución proletaria vendrá después⁴.

Partiendo de la especificidad de América Latina, los apristas (Carlos Manuel Cox, por ejemplo) critican a Mariátegui por no haber comprendido la diferencia entre las sociedades europeas industriales y las sociedades latinoamericanas esencialmente agrarias y, con eso, haber inventado el mito de una clase trabajadora latinoamericana con vocación revolucionaria⁵.

Por otro lado, la corriente eurocéntrica (que encontró inspiración en los escritos de Stalin) llega a una conclusión precisamente análoga: las condiciones económicas y sociales en América Latina no están lo suficientemente maduras para una revolución socialista; por el momento, el objetivo es concretar

⁴ *Ibid.*, pag. 147.

⁵ Cf. Carlos M. Cox, “Reflexiones sobre José Carlos Mariátegui”, en *El marxismo latinoamericano de Mariátegui* (Buenos Aires, Ed. Crisis, 1973), pags. 185 – 86: “Mariátegui afirmó que el proletariado incipiente en el Perú, así como en toda América Latina, realizará las tareas que deben ser realizadas históricamente por la burguesía. [...] Mariátegui hizo, así, del proletariado un mito”.

una etapa histórica democrática y antifeudal (como en la Europa de los siglos XVIII y XIX). Por ejemplo, Alejandro Martínez Cambero, un teórico del Partido Comunista Mexicano, escribió en 1945:

Las condiciones objetivas y subjetivas en la que nos encontramos no permiten la instauración inmediata del socialismo en México. ¿Las fuerzas productivas del país están desarrolladas al punto de que una ruptura con las relaciones capitalistas de producción que existen presentemente sea tan necesaria como posible? ¡Pensamos que no! Objetivamente, las condiciones económicas y el modo de producción (en sus bases fundamentales, y no apenas en centros industriales aislados) todavía no son esencialmente capitalistas⁶.

La aplicación creativa del marxismo a la realidad latinoamericana significa justamente la superación –en el sentido de la *Aufhebung* hegeliana– de esas dos tendencias y del dilema entre un particularismo hipostasiado y un dogmatismo universalista –gracias a la unidad dialéctico-concreta entre los específicos y el universal–. En nuestra opinión, no es accidental que la mayoría de los pensadores que comparten esa posición metodológica, de Mariátegui a Che Guevara, para citar dos ejemplos bien conocidos, llega justamente a la conclusión opuesta: la revolución en América Latina será socialista o no lo será.

Uno de los problemas que sirvieron como punto de partida para el cuestionamiento del modelo eurocéntrico fue la cuestión de las etapas históricas del desarrollo económico en América Latina. Al analizar la estructura de las relaciones productivas, varios investigadores marxistas de las décadas de 1940 a 1950, como Caio Prado Jr., Sergio Bagú o Marcelo Segall, negaron que las formaciones sociales latinoamericanas hubiesen sido originalmente versiones locales del feudalismo europeo. Partiendo de esas investigaciones, André Gunder Frank, Luis Vitale y otros desarrollaron un análisis de la dimensión específicamente capitalista de la estructura productiva latinoamericana y de su combinación con las formas pre-capitalistas, enfatizando que la evolución de sus etapas socioeconómicas no fue idéntica a aquella vivida por Europa desde la Edad Media hasta la era del capitalismo industrial. Al demostrar que la causa del subdesarrollo, de la desigualdad regional y de la profunda miseria del campesinado no es el feudalismo, pero sí el carácter particular que el capitalismo asumió en América Latina (formas coloniales y, después, semi-coloniales o dependientes), esos autores critican la tesis eurocéntrica sobre la dimensión antifeudal del desarrollo del capitalismo en América Latina.

⁶ A. M. Cambero, “Perspectivas del Socialismo en México”, *La Voz de México*, 25 nov. 1945, pág. 7.

De esa comprensión marxista de las particularidades de América Latina se puede concluir lógicamente, en la opinión de esos autores, que solo las medidas anticapitalistas en el contexto de un proceso socialista revolucionario pueden solucionar el problema agrario del continente y abrir el camino para un desarrollo social y económico armonioso. Nótese cómo tal interpretación articula ciertos conceptos marxistas “clásicos”, al mismo tiempo que, por otro lado, reconoce plenamente el carácter específico de las economías y sociedades latinoamericanas.

Por otro lado, esa problemática está relacionada con la cuestión indígena, en la medida en que implica descubrir la particularidad del campesinado latinoamericano con relación al modelo europeo. De ahí el interés de Mariátegui o de un Diego Rivera por el estudio de los modos precolombinos de producción, intentando re-encontrar ciertas tradiciones colectivistas que podrían llevar al campesinado indo-americano a comportarse de manera diferente a los campesinos pequeños propietarios descritos por Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. De ahí también la preocupación de un Hugo Blanco o de un Ricardo Ramírez en analizar la naturaleza dual de la erosión que sufre el campesinado indígena y el carácter simultáneamente socioeconómico y etnocultural (nacional) de su rebelión. Mientras la corriente “dogmática” apenas reconoce la lucha campesina con una lucha burguesa y democrática⁷, similar a la del campesinado en la Revolución Francesa, el punto de vista dialéctico-concreto capta la especificidad del campesinado latinoamericano que resulta de sus tradiciones culturales y del carácter capitalista de su explotación, y revela el potencial socialista, explosivo, revolucionario de los trabajadores rurales (El Salvador en 1932, Cuba en 1957-61, para citar apenas dos ejemplos).

Otro debate significativo en ese contexto es el que se da en torno a la cuestión de la dependencia. ¿Puede América Latina liberarse de la dominación imperialista y conocer un desarrollo capitalista autónomo, independiente, como las naciones europeas (Italia, Alemania) que se unificaron y se emanciparon de la dominación extranjera en el siglo XIX? La tendencia representada por Mariátegui –y su prolongamiento en la ciencia social marxista de los años 60 y 70– rechaza el modelo europeo también en ese caso. La burguesía latinoamericana llegó muy tarde a la escena histórica. En el contexto del modo

⁷ Ver, por ejemplo, un texto maoísta brasileño que declara en términos categóricos: “Afirmar que el socialismo es la tarea de la presente etapa de la revolución [...] es negar el papel del campesinado. En las presentes circunstancias de América Latina, el movimiento campesino, la principal base de la revolución, es esencialmente democrático” (*A linha revolucionaria do Partido Comunista do Brasil*, Rio de Janeiro, Ed. Caramuru, 1971, pág. 282).

de producción capitalista, los países del continente están inevitablemente condenados a la dependencia y a la sumisión al poder económico y político-militar del imperialismo. El único camino para superar la dominación de la metrópolis norteamericana y la hegemonía de los monopolios multinacionales, la única manera de escapar del subdesarrollo, es romper con el propio sistema capitalista y tomar el camino socialista.

Obviamente, el desarrollo y la hegemonía de uno u otro de estos dos polos del marxismo latinoamericano, el eurocentrismo o el concreto-dialéctico –dejando de lado el ecléctico y el exótico indoamericanismo, que tiende a ultrapasar las fronteras del marxismo– depende no solo del talento individual de cada pensador, sino que también, y sobre todo, de la situación del movimiento de los trabajadores en el mundo y en América Latina. En este sentido, la década de 1920, la era del “comunismo original”, antes de la dogmatización burocrática y del empobrecimiento, ocasionados por el triunfo del stalinismo, fue particularmente favorable a un marxismo “abierto”, así como –hasta cierto punto y de manera más contradictoria– la nueva era que se abrió con la Revolución Cubana. El período más difícil y más negativo fue el de la hegemonía stalinista –de los años 30 hasta 1960–. Más o menos durante esa época existieron investigadores marxistas creativos, tanto adentro como fuera de las hileras del movimiento comunista oficial.

El marxismo fue inicialmente introducido y diseminado en América Latina por inmigrantes alemanes, italianos y españoles por vuelta del final del siglo XIX. Surgieron los primeros partidos obreros, los primeros pensadores se valieron de las ideas marxistas y surgió una corriente, inspirada por la II Internacional; su ala moderada era representada por Juan B. Justo (1865-1928) y su Partido Socialista Argentino (fundado en 1895), y el ala revolucionaria por Luis Emilio Recabarren (1876-1924) y su Partido de los Trabajadores Socialistas de Chile (fundado en 1912).

Juan B. Justo fue el primer traductor de *El Capital* en español, pero es difícil considerarlo el primer marxista latinoamericano a causa de sus ideas eclécticas y semiliberales. Su partido estaba ligado a la II Internacional, pero Germán Ave-Lallemant (1835-1910), un inmigrante marxista alemán, corresponsal en Argentina del *Neue Zeit*, calificaba a los círculos principales del Partido Socialista Argentino de “ideólogos burgueses” o, en la mejor de las hipótesis, de “seguidores de Turati”⁸.

⁸ Cf. Germán Ave-Lallemant, “Kapitalismus und Sozialismus in Argentinien”, *Die Neue Zeit*, año 23, v. 2, Stuttgart, 1905, pág. 454. Sobre la recepción del marxismo en Brasil, de fines de siglo XIX hasta 1930, se debe consultar la obra pionera de Leandro Konder, *A derrota da dialética: a recepcao das ideias de Marx no Brasil, ate o comeco dos anos 30*, Rio de Janeiro, Campus, 1988.

Las primeras tentativas significativas de analizar la realidad latinoamericana en términos marxistas y de establecer las bases para una orientación política revolucionaria, vinieron con el surgimiento de la corriente comunista. Los partidos comunistas aparecieron en la década de 1920 a partir de dos fuentes diferentes: los partidos socialistas que cerraron las hileras en torno de la Revolución de Octubre, en su corriente mayoritaria (Uruguay, 1920, y Chile, 1922) o en su ala izquierda (Argentina, 1918), y la evolución rumbo al bolchevismo de ciertos grupos anarquistas o anarco-sindicalistas (México, 1919, y Brasil, 1922). La fuerza de esos partidos permaneció bastante limitada por algún tiempo: el PC chileno, desde un comienzo el más fuerte, no tenía más de 5.000 miembros en 1929.

Durante los años iniciales, su orientación fue inspirada en gran parte por las primeras resoluciones de la III Internacional, particularmente el documento de enero de 1921, "Sobre la Revolución en América: un llamado a la clase obrera de las Américas", y la proclamación de 1923, "A los obreros y campesinos de América del Sur"⁹.

Claramente, esos textos atribuyen simultáneamente tareas agrarias, antiimperialistas y anticapitalistas a la lucha revolucionaria en América. La unidad entre el proletariado y el campesinado es concebida en el contexto de una estrategia de revolución "ininterrumpida", capaz de conducir a América Latina directamente de un capitalismo subdesarrollado y dependiente ("atrasado y semi-colonial" en la terminología de la III Internacional), hacia el poder del proletariado. Ellos niegan explícitamente la idea de una etapa histórica del capitalismo "nacional y democrático" independiente y enfatizan la complicidad de las burguesías locales con el imperialismo. De pasada, notemos que esos documentos nunca se refieren al "feudalismo" en el campo y describen la lucha campesina como dirigida en contra del capitalismo agrario.

Naturalmente, la Revolución Rusa ejerció una profunda influencia sobre el movimiento de los trabajadores y entre la *intelligentsia* de América Latina¹⁰. Luis Emilio Recabarren fue tal vez el ejemplo más típico del líder obrero histórico que se convirtió al bolchevismo por influencia de la Revolución de Octubre. Tipógrafo y fundador del Partido Obrero Socialista de Chile,

⁹ Ver las selecciones de esos documentos en esta antología. De modo significativo, esos documentos cayeron en la oscuridad después de la década de 1930 y llegaron hasta a ser ignorados por observadores bien informados, como Régis Debray, el cual escribió que el primer documento oficial de la Internacional Comunista sobre América Latina fue una protesta contra la invasión norteamericana a Nicaragua en la época de Sandino. Cf. Debray, *La critique des armes*. París, Seuil, 1975, v.1, pag. 42.

¹⁰ Al respecto de la influencia de 1917 sobre los intelectuales, ver la selección de Aníbal Ponce, el sociólogo marxista argentino.

Recabarren lideró su transformación en Partido Comunista, la sección chilena de la III Internacional, en 1922. Los escritos y discursos de Recabarren, un verdadero líder de masas y tribuno popular, se centran en la irreconciliable lucha de clases entre capitalistas y trabajadores de las minas y fábricas, una lucha cuyo resultado histórico solo puede ser la revolución socialista y el poder revolucionario. Entre tanto, su pensamiento retiene cierta coloración “obrerista”, subestimando las cuestiones nacionales y agrarias. Su adhesión profunda y sincera a la Revolución Rusa no significa una real apropiación de la problemática leninista.

Julio Antonio Mella (1903-29) fue el primero y más brillante ejemplo de una figura frecuentemente encontrada en la historia social de América Latina: El estudiante o joven intelectual revolucionario, el espíritu anticapitalista romántico, que encuentra en el marxismo una respuesta a la pasión por la justicia social¹¹.

Uno de los fundadores de la Liga Anticlerical de Cuba (1922), de la Federación de los Estudiantes Universitarios (1923) y de la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas (1925), Julio Antonio Mella, participó en la creación del Partido Comunista cubano (1925) y fue elegido miembro de su Comité Central. En virtud de sus actividades contra el dictador Machado (“el asno con garras”, en la famosa expresión del poeta comunista Rubén Martínez Villena), fue encarcelado y obligado a exiliarse en México. Se unió al PC mexicano, pero en 1928 desarrolló divergencias con sus líderes, que lo acusaron de tendencias “trotskistas”¹². Mella organizó a los inmigrantes cubanos en México y preparó un desembarque armado en la isla, pero fue asesinado por agentes de Machado el 10 de enero de 1929, con 26 años¹³.

¿Cómo veía Mella a la lucha revolucionaria en Cuba? Con un grito de guerra, “Wall Street debe ser destruida”, él proponía la formación de un frente único antiimperialista, compuesto de “trabajadores de todas las tendencias, campesinos, estudiantes e intelectuales independientes”, pero se rehusaba a incluir a la burguesía nacional, a la que consideraba cómplice de la dominación imperialista¹⁴. Exhortaba a los soldados cubanos a no defender más a “los explotadores,

¹¹ El arquetipo aquí es el personaje legendario “O estudiante” en *O recurso do método*, Sao Paulo, Marco Zero, 1985, del gran escritor cubano Alejo Carpentier.

¹² Cf. *Claridad*, boletín de la oposición de izquierda. Ciudad de México, n.5, Marzo 1931.

¹³ La tesis de Julián Gorkin, Víctor Alba y otros, de que Mella fue ejecutado por orden de un agente de la GPU (Vittorio Vidali), me parece un mito anticomunista. En esta época, los servicios soviéticos todavía no habían introducido la práctica de eliminar físicamente a los comunistas disidentes a escala internacional.

¹⁴ Cf. J. A. Mella, “Los estudiantes y la lucha Social”, en *Hombres de la revolución: Julio Antonio Mella*. La Habana, Imp. Universitaria, 1971, pág. 37, y Mella, “Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre”, en *J. A. Mella, documentos y artículos*. La Habana, Ciencias Sociales, Inst. Cubano del Libro, 1975.

la burguesía nativa y extranjera” y a unirse con sus hermanos de clase, los trabajadores y campesinos. Mella definía el combate contra la dictadura de Machado –que ejercía una represión “brutal, violenta y sangrienta” contra los trabajadores– como una guerra a muerte entre el proletariado y las clases dominantes¹⁵.

La cuestión del nacionalismo y de la libertad nacional ocupó un lugar central en la obra de Mella. Apoyó entusiastamente el Movimiento de Sandino, que estaba en esos momentos luchando en contra de la invasión norteamericana a Nicaragua, al frente de su ejército de guerrilleros campesinos. Por otro lado, criticó duramente el nacionalismo “populista” del APRA de Haya de la Torre, quien se presentaba como el “Kuomitang de América Latina”. En un panfleto anti-APRA, publicado en 1928, Mella rechaza “un frente único de la burguesía, la traidora clásica de todos los movimientos nacionales realmente emancipatorios” y enfatiza que “la lucha definitiva por la destrucción del imperialismo [...] no es apenas una lucha nacional pequeño-burguesa, pero una lucha internacional, ya que es solo por la abolición de la causa del imperialismo, que es capitalismo, que naciones realmente libres pueden existir”¹⁶.

Internacionalista convencido y militante, Mella estaba, al mismo tiempo, profundamente integrado en la cultura y en las tradiciones revolucionarias de Cuba. Como los castristas, posteriormente, se consideraba un discípulo de José Martí y heredero de su mensaje democrático, revolucionario y antiimperialista¹⁷.

Esa síntesis dialéctica entre lo universal y lo particular, entre lo internacional y lo latinoamericano, inspira también la obra de José Carlos Mariátegui (1894-1930), indudablemente el pensador marxista más vigoroso y original que América Latina haya conocido. Escritor y periodista, Mariátegui se convirtió al socialismo en 1919 y descubrió el marxismo y el comunismo durante una larga estadía en Europa (1920-1923), particularmente en Italia. Al regresar a Perú, se integró al movimiento de los trabajadores y participó activamente del establecimiento de sindicatos de los trabajadores industriales y agrícolas. En 1926 fundó la revista *Amauta*, que reunió a su alrededor a la vanguardia cultural y política del Perú y de América Latina: también publicó numerosos textos literarios y políticos europeos (Breton, Gorki, Lenin, Marx, Rosa Luxemburg,

¹⁵ Mella, “El grito de los mártires”, 1926, *Hombres*, págs. 17 y 19. Este artículo se refiere al asesinato de trabajadores por el dictador Machado; ver una selección más vasta en esta antología.

¹⁶ Mella, “¿Qué es el APRA?”, *Ibid.*, pág. 77 y 97.

¹⁷ Mella, “Glosas al pensamiento de José Martí”, *ibid.*, págs. 41-47. José Martí, poeta y revolucionario, fue el principal líder de la lucha de liberación de Cuba contra la metrópolis española –y la intervención norteamericana– en el siglo XIX. Su ideología “jacobina” se acercaba al socialismo.

Romain Rolland, Ernst Toller, León Trotski). En 1927, Mariátegui participó del Congreso de la Federación de los Trabajadores de Lima, cuyos delegados fueron encarcelados por el gobierno y acusados de montar una “conspiración comunista”. Enfermo e incapacitado, Mariátegui fue internado en un hospital bajo vigilancia policial.

Después de haber participado por algún tiempo en las actividades del APRA (1927), Mariátegui rompió con Haya de la Torre y fundó, en 1928, el Partido Socialista, que se reclamaba de la III Internacional. Al rechazar las propuestas de fusión con el APRA, respondió secamente:

*La vanguardia del proletariado y los trabajadores con conciencia de clase, fieles a la acción en el terreno de la lucha de clases, repudian cualquier tendencia que pueda significar una fusión con las fuerzas o cuerpos políticos de otras clases. Condenamos como oportunista toda política que proponga que el proletariado renuncie, aunque momentáneamente, a su independencia de programa y de acción, que deben ser mantenidas plenamente, en cualquier momento*¹⁸.

Mariátegui también fue el fundador del diario obrero *Labor*, en 1928, y de la CGTP (Confederación General de los Trabajadores Peruanos), en 1929. Mientras desarrollaba una intensa actividad política, Mariátegui continuó su obra teórica. En 1928, publicó su libro más importante, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, el primer intento de análisis marxista de una formación social latinoamericana concreta.

Incapacitado por la enfermedad de participar en la primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, 1929), Mariátegui envió dos tesis, sobre la cuestión indígena y sobre la lucha antiimperialista, con la delegación peruana; tesis que provocaron polémicas y debates intensos. Finalmente en 1928-29, escribió *Defensa del marxismo*, desarrollando allí sus propios conceptos filosóficos y ético-sociales en contraposición a los de Henri de Man y Max Eastman. Mariátegui buscó no tomar partido en el conflicto entre Stalin y la Oposición de Izquierda, pero sus artículos sobre la cuestión,

¹⁸

José Carlos Mariátegui, “Sobre un tópico superado”, *Amauta*, n.28, enero 1930, en *Ideología y política*. Lima, Ed. Amauta, 1971, pág. 211. Poco después de esa ruptura con Haya, Mariátegui escribió a Eudocio Ravines: “Sea cual sea el curso de la política nacional y, particularmente, de los elementos con los cuales colaboramos, y aparentemente, nos identificamos (descubrimos ahora que eso fue solo en la apariencia), aquellos de nosotros que nos hemos dedicado al socialismo tenemos la obligación de exigir el derecho de la clase trabajadora a organizarse en un partido independiente”. Ver esa carta en R. Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social de Perú*. Lima, Ed. Peruana, 1948, pag. 335. Agradecemos al historiador peruano Héctor Milla por llamar nuestra atención hacia ese documento en particular.

aunque parezcan aceptar la victoria de Stalin como inevitable, mal pueden esconder su pesar por la derrota de Trotsky:

*Él tiene un sentido internacionalista, ecuménico de la revolución socialista. Sus notables escritos al respecto de la estabilización transitoria del capitalismo (Where is England going?) están entre las críticas más bien informadas y agudas de la época. Pero justamente ese sentido internacionalista, que le da tanto prestigio en la escena mundial, está, en este momento, robándole el poder en la práctica de la política rusa*¹⁹.

Mariátegui fue acusado de eurocentrismo por sus adversarios apristas y, por otro lado, de “populismo nacional” por ciertos autores soviéticos²⁰. En realidad, su pensamiento se caracteriza justamente por una fusión entre los aspectos más avanzados de la cultura europea y las tradiciones milenarias de la comunidad indígena, y por una tentativa de asimilar la experiencia social de las masas campesinas en una reflexión teórico-marxista.

Mariátegui fue muchas veces calificado de heterodoxo, idealista o romántico. Es verdad que sus trabajos, especialmente *Defensa del marxismo*, revelan una profunda influencia del idealismo italiano (Croce, Gentile), de Bergson y, sobre todo, de Sorel. No obstante, ese voluntarismo ético-social debe ser entendido como una reacción contra una versión materialista vulgar y economicista del marxismo. En este sentido, el pensamiento marxista de Mariátegui presenta similitudes notables con el “fichteanismo” del joven Lukacs y el “bergsonianismo” del joven Gramsci, que también son formas de revuelta antipositivista (contra el marxismo ortodoxo de la II Internacional)²¹. Ese intento de renovación revolucionaria del marxismo, a pesar de sus excesos voluntaristas, le permite a Mariátegui liberarse de su evolucionismo stalinista, con su versión rígida y determinista de la sucesión de las etapas históricas, que el Comintern de fines de los años 20 estaba empezando a diseminar por toda América Latina. Es interesante observar que en el mismo momento en el que Stalin y Martinov

¹⁹ Mariátegui, “Trotsky y la oposición comunista”, febrero 1928, en *Obra política*. Ciudad de México, Ed. Era, 1979, pag. 218-19. De acuerdo con Pierre Naville (en una conversación conmigo en 1971) se mantuvo una correspondencia entre Mariátegui y la Oposición Comunista de Izquierda europea.

²⁰ Ver, por ejemplo, V. M. Miroshevski, “El ‘populismo’ en el Perú”, en José Aricó, org., *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Ciudad de México, Ed. Pasado y Presente, 1978, pag. 55-70.

²¹ Sobre la afinidad entre Mariátegui y Gramsci o Lukacs, ver el excelente artículo de Robert Paris, El marxismo de Mariátegui”, *ibid.*, págs. 119-44. R. Paris, por ejemplo, compara la fórmula “tanto peor para la realidad”, que Mariátegui le atribuye a Lenin, con la observación de Fichte, “tanto peor para los hechos”, que Lukacs, en 1919, definió como la esencia de la política revolucionaria de los bolcheviques.

—ex dirigente menchevique convertido al stalinismo— estaban desarrollando el concepto de revolución democrático-burguesa como etapa autónoma en China, Mariátegui insistía explícitamente en la fusión histórica entre las tareas socialistas y democráticas en Perú²².

La hipótesis sociopolítica decisiva de Mariátegui es la de que “en Perú, no existe, y nunca existió, una burguesía progresista con una sensibilidad nacional que sea liberal y democrática y que base su política en los postulados de su teoría”²³. Naturalmente, el principal comunista peruano no podría ignorar la contradicción entre esa afirmación y la orientación patrocinada por el Comintern en China durante ese período. Él trató de eludir esa difícil situación invocando ideas hipotéticas sobre la “civilización nacional” para explicar el por qué la burguesía china, al contrario de la peruana, estaba participando de la lucha antiimperialista²⁴.

Fue a partir de su análisis de la incapacidad histórica de la burguesía nacional, que Mariátegui desarrolló su concepción de la estrategia revolucionaria en el preámbulo al programa del Partido Socialista (1928):

*La emancipación de la economía del país, solo es posible por medio de la acción de las masas proletarias en solidaridad con la lucha antiimperialista en todo el mundo. Únicamente la acción revolucionaria puede promover y, posteriormente, concretar las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente de desarrollar y realizar*²⁵.

Más allá de las fronteras del Perú, Mariátegui incluye a toda América Latina en su análisis. La Revolución latinoamericana solo puede ser una revolución socialista que incluya objetivos agrarios y antiimperialistas. En un continente dominado por imperios, no hay lugar para un capitalismo independiente; la burguesía local llegó demasiado tarde a la escena histórica²⁶.

En algunos escritos sobre Perú, Mariátegui parece sugerir que la vía socialista es facilitada, particularmente en el campo, gracias a la sobrevivencia de vestigios de un “comunismo inca”. Esa idea es uno de los ejes de su comunicado sobre la cuestión indígena enviado a la I Conferencia Comunista Latinoamericana. Podemos aquí trazar analogías, no con las ideas populistas,

²² Mariátegui, prefacio a L.E. Valcarcel, *Tempestad en los Andes*, 1927. Lima, Ed. Universo, 1975.

²³ Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1955, pág. 29.

²⁴ Mariátegui, “Carta colectiva del grupo de Lima”, en *El proletariado y su organización*. Ciudad de México, Ed. Grijalbo, 1970, pág. 11.

²⁵ Mariátegui, “Principios programáticos del Partido Socialista”, en *Obra política*, pág. 270.

²⁶ Ver la selección presente en esta antología.

pero sí con los escritos de Marx y Engels sobre el “mir” ruso y su papel en la transición de la Rusia zarista hacia el socialismo. Sin duda podemos hablar también aquí, de un romanticismo antcapitalista en Mariátegui, de una crítica a la civilización burguesa inspirada por la nostalgia de las comunidades pre-capitalistas del pasado, tal como Lukacs y Gramsci en el momento de su adhesión al marxismo. Sin embargo, su visión idílica del pasado es limitada por su problemática materialista histórica, tal como lo demuestra en el siguiente pasaje del programa del Partido Socialista:

*El socialismo encuentra los elementos de una solución socialista para la cuestión agraria tanto en la existencia continua de las comunidades rurales como en los emprendimientos agrícolas. [...] Pero eso [...] no significa, en absoluto, una tendencia romántica y ahistórica para la reconstrucción o resurrección del socialismo inca, que correspondía a condiciones históricas que fueron completamente superadas y cuya única herencia son los hábitos de cooperación y de socialismo entre los campesinos indígenas, que pueden ser útiles en el contexto de una técnica productiva claramente científica*²⁷.

En conjunto a bloques y pensadores que eran auténticamente revolucionarios e internacionalistas pero también, como Mella y Mariátegui, capaces de un pensamiento independiente, el comunismo latinoamericano comenzó a observar el desarrollo de otro tipo de líderes a finales de la década de 1920. Esos dirigentes estaban ligados mucho más directamente a un punto de vista político e intelectual del aparato del Comintern de Stalin, cuyas variaciones siguieron con una fidelidad ejemplar. El primero y uno de los más talentosos de ese grupo fue Vittorio Codovilla (1894-1970), secretario general del PC argentino en 1912 y que, poco después, se afilió al Partido Socialista. En 1918, fue uno de los fundadores del Partido Socialista Internacional, que posteriormente se transformó en el Partido Comunista Argentino, sección de la III Internacional. A fines de 1924, Codovilla participó en una reunión del Comité Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, como representante del PC argentino. Fue rápidamente integrado al aparato del Comintern y, en 1926, participó en la adopción de una resolución del Comité Central del PC argentino que condenaba el trotskismo y solidarizaba con el liderazgo del Partido Comunista de la Unión Soviética.

En 1929, Codovilla participó de la primera Conferencia Comunista Latinoamericana en Buenos Aires. Ese fue el inicio del llamado Tercer Período del Comintern (1929), caracterizado por una estrategia política “ofensiva”

²⁷

Mariátegui, *Obra política*, pág. 270.

y por un rechazo a cualquier acuerdo con la social-democracia (bautizada “social-fascismo” por Stalin). Codovilla presentó un informe, “La situación internacional, América Latina y el riesgo de la guerra” en nombre del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. Ese informe fue significativo. Haciendo eco fielmente, por un lado, a la doctrina stalinista del “social-fascismo”, Codovilla elabora el concepto de “nacional-fascismo”, que se aplica a varios gobiernos latinoamericanos, inclusive el de México (el PC mexicano adoptó ese término a principios de la década de 1930 para criticar a Lázaro Cárdenas). Por otro lado, en medio de un giro rumbo a la ofensiva revolucionaria, enfatiza que “el carácter de la revolución en América Latina es el de una revolución democrático-burguesa”. En otras palabras, Codovilla comprende perfectamente que la revolución por etapas debe ser el fundamento inexorable de la estrategia del Comintern para América Latina, independientemente de las variaciones tácticas para la derecha o la izquierda²⁸.

Mientras algunos partidos, como el PC argentino, seguían la orientación del Tercer Período del Comintern en toda su rígida y estéril ortodoxia (la lucha contra el “nacional-fascismo”, etc.), otros recibieron ese rumbo izquierdista como un estímulo para sus propias inclinaciones revolucionarias autónomas. Ese fue el caso del partido Comunista de El Salvador –fundado en 1930 por cuadros sindicalistas y un ex-estudiante, Agustín Farabundo Martí (1893-1932)– que, en 1932, organizó la primera –y única– insurrección de masas liderada por un partido comunista en la historia de América Latina.

La situación social en El Salvador, para ese entonces bajo la dictadura del general Martínez, es resumida perfectamente en estas sentencias de un informe del mayor norteamericano A.R. Harris, agregado militar para América Latina, durante un viaje a El Salvador:

Treinta o 40 familias poseen casi todo en el país. Viven en un esplendor casi regio, con muchos criados [...]. El resto de la población no tiene prácticamente nada. [...] Imagino que la situación de El Salvador hoy es bastante parecida a la de Francia antes de su revolución, a la de Rusia antes de su revolución y a la de México antes de su revolución. La situación está madura para el comunismo y los comunistas parecen haber descubierto eso²⁹.

²⁸ Cf. *El movimiento revolucionario latinoamericano, versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana*, junio 1929. Buenos Aires, Correspondencia Sudamericana, págs. 19-27.

²⁹ Citado en Thomas P. Anderson, *Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1971, pág. 83.

Al enfrentar la represión gubernamental contra la propaganda del partido y la imprenta comunista, Farabundo Martí (que luchara en 1929 con los guerrilleros de Sandino) declaró: “Cuando no se puede escribir con pena, es necesario escribir con la espada”. El Partido Comunista, que lideró esos primeros sindicatos obreros y campesinos, decidió preparar una insurrección, basándose primeramente en el trabajo revolucionario de las filas del Ejército, en el cual se “aguzara” el conflicto entre soldados campesinos (indígenas) y oficiales (blancos), hijos de la oligarquía.

El gobierno, sin embargo, informado de los preparativos comunistas, desencadenó una ola de represión preventiva, encarcelando a los principales líderes del PC salvadoreño –Farabundo Martí, Alfonso Luna, Mario Zapata y Miguel Mármol– y fusilando a sospechosos de simpatías comunistas. En respuesta, una insurrección campesina inspirada y encabezada por los comunistas irrumpió en enero de 1932, especialmente en las regiones de las grandes plantaciones de café. Destacamentos rojos de campesinos indígenas armados en su mayoría con machetes y algunos rifles, ocuparon varios poblados durante algunos días y establecieron efímeros “soviets locales”. Aparentemente, participaron del levantamiento más de 40 mil combatientes³⁰.

¿Cuál era el programa político del movimiento? Una serie de documentos y convocatorias a la acción del Partido Comunista de El Salvador, demuestra claramente que el objetivo era nada más que una revolución socialista –el poder para consejos de obreros, soldados y campesinos contra la dictadura militar, la dominación imperialista y la burguesía local.

En verdad, la insurrección no tenía ninguna coordinación político-militar centralizada. Como las redes rojas al interior del Ejército ya habían sido destruidas, las insurrecciones locales pudieron ser reprimidas una a una (con la ayuda de la “guardia civil” de la oligarquía). Lo que entonces ocurrió pasó a la historia salvadoreña como *La Matanza*. Durante semanas, el Ejército fusiló, asesinó e incendió los poblados campesinos, ejecutando a cerca de 20 mil hombres, mujeres y niños en las regiones rojas. Luego de un juicio falsificado, los dirigentes comunistas Farabundo Martí, Luna y Zapata, fueron ejecutados. El único sobreviviente del liderazgo del partido fue Miguel Mármol, un líder obrero, presuntamente muerto por un pelotón de fusilamiento.

¿Cuál fue la relación del Comintern con ese episodio sin precedentes (¡y sin repeticiones!) de la historia de los partidos comunistas latinoamericanos? De acuerdo a Mármol (en sus memorias de 1970), la Internacional no desempeñó ningún papel; el liderazgo del PC salvadoreño tomó su decisión

³⁰

Ver los documentos de la insurrección de 1932 en esta antología.

con completa independencia³¹. La reacción de representantes oficiales del movimiento comunista después de los eventos tiende a confirmar eso. Al mismo tiempo que saludaba “la lucha heroica de los obreros y campesinos de El Salvador”, el órgano del Partido Comunista de los Estados Unidos criticó “las tendencias sectarias golpistas e izquierdistas” del PC salvadoreño³², y David Alfaro Siqueiros, líder del partido mexicano, señaló que la revuelta había sido un error, ya que, bajo cualquier circunstancia, los imperialistas norteamericanos habrían intervenido directamente para impedir una victoria roja³³. La autocrítica de Mármol, 40 años después, se sitúa en una problemática completamente diferente:

*Nuestros errores fueron derechistas, no izquierdistas. Incluyeron, por un lado, vacilación en la aplicación de una línea fundamentalmente correcta, lo que nos impidió sacar ventaja de una oportunidad adecuada, de la sorpresa, de la mantención de la iniciativa, etc. Además de eso, nuestros errores incluyeron una gran desconsideración de los medios materiales de la insurrección: armas, transporte, medidas económicas, comunicaciones, etc.*³⁴.

Por tanto, podemos concluir que la rebelión de 1932 constituyó un evento enteramente singular en la historia del comunismo latinoamericano, por su carácter de levantamiento armado de masas, su programa abiertamente socialista y su autonomía frente al Comintern. El hecho de que el período haya sido más o menos “olvidado” o desconsiderado por el movimiento comunista oficial es, evidentemente, consecuencia de esas peculiaridades, que progresivamente contradecían la nueva orientación de los partidos comunistas. Solo fue redescubierto y rehabilitado por el guevarismo en la década de 1970³⁵. Esta postura del comunismo oficial para con la revolución de 1932 puede ser ilustrada en el libro de Graciela A. García (del PC guatemalteco). Sin embargo dedicada a las “luchas revolucionarias en América Central”,

³¹ Roque Dalton, “Miguel Mármol: El Salvador 1930-32”, *Pensamiento crítico*, La Habana, N° 48, enero de 1971, pág. 70. De acuerdo a un historiador universitario de la rebelión de 1932, Farabundo Martí tenía tendencias trotskistas y sus relaciones con Moscú no eran buenas. Cf. Anderson, *Matanza*, pág. 68.

³² Citado por Anderson, *ibid.*, pág. 83.

³³ Roque Dalton, *op.cit.*, pág. 72.

³⁴ *Ibid.*, pág. 69.

³⁵ Roque Dalton era un brillante escritor y poeta comunista salvadoreño exiliado en Cuba, y su entrevista con Mármol fue publicada en la revista cubana *Pensamiento crítico*, en 1971. Algunos años más tarde, de vuelta a El Salvador, Dalton fue asesinado, por divergencias políticas, por los dirigentes de un grupo guerrillero con el cual colaboraba –el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), fundado por Joaquín Villalobos (hoy convertido a la social-democracia).

esa obra histórica publicada en 1971 menciona el levantamiento salvadoreño en apenas un pasaje –en una sentencia–, como “los trágicos eventos de 1932, planeados por el dictador Martínez para deconstruir el movimiento sindicalista de una vez por todas”³⁶.

La otra (y última) tentativa de insurrección en manos de un liderazgo comunista en América Latina, fue la rebelión roja de 1935 en Brasil. No obstante, el levantamiento fue radicalmente más diverso que en El Salvador, tanto en estilo como en sustancia. En primer lugar, no fue realmente una insurrección popular con base de masas, sino esencialmente una rebelión fracasada. En segundo lugar, el programa del movimiento no era socialista, pero sí únicamente nacional-democrático. En tercer lugar, esa acción de 1935, al contrario de la de El Salvador, fue discutida, decidida y, en parte, planeada por el Comintern.

Al parecer, en diciembre de 1934, en un encuentro de partidos comunistas latinoamericanos en Moscú, fue tomada la decisión de lanzar en Brasil un movimiento insurreccional liderado por un frente antiimperialista popular. Un cierto número de representantes del Comintern fueron enviados a Brasil para aconsejar al Partido Comunista, entre ellos, “Harry Berger” (el seudónimo del líder comunista alemán y antiguo diputado Arthur Ewert) y Rodolpho Ghioldi, del PC argentino³⁷. En el VII Congreso del Comintern (julio 1935), varios oradores tocaron el tema de la cuestión brasileña. El propio Dimitrov habló abiertamente de la lucha por el poder y el delegado brasileño dejó entendido que la insurrección estaba siendo preparada³⁸.

El hombre seleccionado para liderar el movimiento fue Luis Carlos Prestes (1898-1990), el legendario jefe de la columna de soldados y oficiales que recorrió, durante tres años (1925-27) Brasil de norte a sur, de este a oeste, logrando escapar de todos los intentos de las tropas gubernamentales por atraparlo. Exiliado en Bolivia a partir de 1927, y después en Argentina, Prestes descubrió el marxismo y, luego de un breve interludio pro-trotskista, se acercó al PC brasileño³⁹. En 1931 aceptó una invitación para ir a la URSS, donde se volvió comunista e integró el Secretariado Latinoamericano del Comintern.

³⁶ Graciela A. García, *Páginas de lucha revolucionaria en Centroamérica*. Ciudad de México, Ed. Linterna, 1971, pág. 101.

³⁷ Heinz Neumann, otro líder del Partido Comunista Alemán exiliado en Moscú, que estaba más o menos “en desgracia” en 1935, también fue sondeado para esa peligrosa misión debido a su experiencia como organizador en la insurrección de Cantán en 1927. Finalmente, no fue enviado a Brasil, y desapareció poco después en la Unión Soviética, víctima de los Procesos de Moscú. Cf. Margarete Buber-Neumann, *La Revolution mondiale*. París, Casterman, 1971, cap. 20.

³⁸ Ver Helio Silva, 1935, *A revolta vermelha*. Rio de Janeiro, Civ. Brasileira, 1970, págs. 117, 286-7.

³⁹ En un artículo autobiográfico de 1973, Prestes reconoció la influencia que los trotskistas habían tenido en su evolución y señaló que su manifiesto de Julio de 1930 contenía opiniones “típicamente trotskistas”.

(continúa en la página siguiente)

En 1935, regresó a Brasil, asumió el liderazgo del Partido Comunista y comenzó a organizar un levantamiento armado.

Antes del regreso de Prestes, los comunistas y la izquierda tenientista habían creado la ANL (Alianza Nacional Libertadora) y eligieron al “Caballero de la esperanza” como presidente honorario. La ANL se desarrolló rápidamente y obtuvo considerable éxito. Los líderes oficiales eran tenientistas de izquierda (antiguos miembros de la Columna Prestes), pero los verdaderos organizadores fueron los cuadros comunistas. En mayo de 1935, había 1600 secciones de la ANL. Su opositor de la derecha era el Partido Integralista, variante brasileña del fascismo, con el cual se confrontó en combates de calle, especialmente en Sao Paulo. El programa de la ANL era relativamente moderado: reformas nacionales y democráticas compatibles con la estrategia de un Frente Popular. Fue el método de lucha escogido, la insurrección armada, que diferenció la ANL de un Frente Popular.

El 5 de julio de 1935, Prestes, después de haber regresado a Brasil, hizo un discurso memorable, en el cual acusó a Vargas y al gobierno de traicionar los ideales del movimiento tenientista y los compromisos de la Revolución de 1930, lanzando el lema “Todo el poder para la ANL”. Vargas, inmediatamente, puso en la ilegalidad a la Alianza, y los preparativos para el levantamiento se intensificaron. En noviembre de 1935, finalmente explotó una rebelión militar en el Noreste; varios batallones, conducidos por oficiales sin patente, se sublevaron en las ciudades de Natal y Recife. Consiguieron tomar el poder en Natal e instalar un Gobierno Popular Revolucionario en el Estado. Después de algunos días, refuerzos gubernamentales del sur reprimieron la rebelión. Eso ocurrió algunas semanas antes de que otras tropas del Tercer Regimiento de la Infantería (bajo el comando del capitán Agildo Barata) y la Escuela de Aviación Militar se rebelaran en Río. Otros regimientos que debían sublevarse no lo hicieron, y

Realmente, el levantamiento fue concebido como un movimiento enteramente militar. No hubo una verdadera movilización y entrega de armas a los sectores obreros y campesinos (excepto por algunos lugares en el noreste). El fracaso fue seguido por una enorme ola de represión, con ejecuciones, torturas en masa y el encarcelamiento de decenas de millares de presos políticos. El propio Prestes fue detenido y aprisionado por diez años. Su esposa, la comunista alemana Olga Benario, fue entregada a la Gestapo. Arthur Ewert enloqueció bajo la tortura de la policía brasileña.

La acción de 1935 fue producto de un período de transición. Su programa era el de un Frente Popular, pero su método de insurrección correspondía más a tendencias del Tercer Período. El carácter casi completamente militar (y no popular) de la rebelión resultaba de dos factores: el origen tenientista de Prestes y de los líderes de la ANL, acostumbrados a conspiraciones y levantamientos militares, y especialmente, la naturaleza del propio programa de la ANL, que no implicaba formas de armamento popular: como la revolución era definida como nacional-democrática, se suponía que tendría la simpatía del ala nacionalista del Ejército.

En ese sentido, la rebelión brasileña de 1935 fue, simultáneamente, el último levantamiento militar inspirado por un partido comunista latinoamericano y el primer paso rumbo a la política de alianza de clase que orientaría el movimiento comunista durante la mayor parte de su historia a partir de la década de 1930 en adelante.

Después de las muertes de Mella y Mariátegui, se inició un proceso de degradación del pensamiento marxista en América Latina que duraría varias décadas. Una de las excepciones, durante los años 30, fue el sociólogo argentino Aníbal Ponce (1889-1938). Discípulo y colaborador del célebre pensador positivista José Ingenieros, Ponce solo se volvió marxista después de 1928, cuando declaró, en una conferencia memorable, que los ideales de la Revolución Rusa eran los ideales de la Revolución de Mayo –la revolución “jacobina” de mayo de 1810, que proclamó la independencia argentina ante el poder colonial español– “en su plena significación”. Simpatizante del Partido Comunista, presidió la Conferencia Latinoamericana contra la Guerra Imperialista en Montevideo, en 1933, pero no desempeñó ningún papel significativo en el movimiento de los trabajadores argentinos.

Aníbal Ponce fue el autor de varias obras de historia y sociología, de las cuales las más conocidas son *Educación y lucha de clases* (1937) y *Humanismo burgués y humanismo proletario* (1935). Esos escritos, particularmente el segundo, revelan no solo un conocimiento de la cultura universal, sino también un dominio real del materialismo histórico. Por otro lado, las pocas obras de Ponce

sobre América Latina parecen ser distintas a las de cualquier problemática marxista. Su biografía de Sarmiento, el gran escritor y dirigente argentino del siglo XIX, es bastante apologética y no analiza esa figura y su papel político en términos de clase⁴¹. Si comparamos Ponce con Mariátegui, debemos reconocer que sus obras al respecto de América Latina son mucho menos interesantes que las del autor de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* y poseen un carácter esencialmente pre-marxista. Esa diferencia, así como el papel político marginal de Ponce, ¿se deben únicamente a causas psicológicas e individuales? Me parece que se podría buscar una explicación también en las diferencias entre estos dos períodos del movimiento obrero latinoamericano, siendo la década de 1930 mucho menos favorable a la unidad de lo universal y de lo particular o de la teoría y de la práctica.

En 1936, el proceso de stanilización de los partidos comunistas, que se desarrollara de manera desigual y contradictoria desde fines de la década de 1920, estaba cristalizado y completo. Con ‘stalinismo’ queremos designar la creación, en cada partido, de un aparato dirigente –jerárquico, burocrático y autoritario– íntimamente ligado, desde el punto de vista orgánico, político e ideológico, al liderazgo soviético y que seguía fielmente todos los cambios de su orientación internacional. El resultado de ese proceso fue la adopción de la doctrina de la revolución por etapas y del bloque de cuatro clases (el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional), como fundamento de su práctica política, cuyo objetivo era la concretización de la etapa nacional-democrática (o antiimperialista o antifeudal). Esa fue la doctrina elaborada por Stalin y aplicada en China, y, más tarde, generalizada hacia todos los países coloniales o semi-coloniales (inclusive, claro está, América Latina). Su punto de partida metodológico es una interpretación economicista del marxismo, ya encontrada en Plejanov y en los mencheviques: en un país semifeudal y económicamente atrasado, las condiciones no están lo suficientemente maduras (“amadurecidas”) para una revolución socialista⁴².

⁴¹ Domingo Faustino Sarmiento, autor del famoso romance *Facundo*, fue presidente de la República Argentina en el período de 1868-74. Conforme a Aníbal Ponce, “raramente un hombre de Estado conoció mejor las necesidades de su pueblo”. Ver *Sarmiento, constructor de la Nueva Argentina*. Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1932, pág. 199. Más fundamental, me parece que es la opinión del escritor cubano Roberto Fernández Retamar, para quien Sarmiento fue “el ideólogo implacable de la burguesía argentina que intentaba transportar los esquemas de la burguesías metropolitanas, concretamente, de la burguesía norteamericana, a su país. [...] Fue tal vez el más importante y más activo de los ideólogos burgueses en nuestro continente durante el siglo XIX”. Ver Roberto Fernández Retamar, *Caliban, apuntes sobre la cultura de nuestra América*. Buenos Aires, Ed. La Pléyade, 1973, pág. 98.

⁴² El término “amadurecido” es una expresión típica de una concepción “naturalista” y antidialéctica del desarrollo económico y social. Discuto ese tema en mi libro *Método dialéctico e teoría política*, São Paulo, Paz e Terra, 1978 (traducción de Reginaldo di Piero).

Para evitar cualquier incomprensión resaltemos que, desde un punto de vista subjetivo, para la mayoría de militantes y líderes comunistas, esos dos fenómenos fueron acompañados por una sincera convicción de que, primero, la URSS era la patria del socialismo, cuya defensa era un imperativo primordial, y segundo, que la revolución nacional-democrática abriría el camino para el objetivo final del movimiento de los trabajadores: el socialismo.

Regis Debray escribió, al respecto de la relación entre el comunismo latinoamericano y el Comintern:

*América Latina siempre siguió o demasiado temprano o demasiado tarde. Cada cambio en la situación mundial está desfasada con respecto a los cambios en la situación continental o regional. Los partidos comunistas, siguiendo las directrices del Comintern, se encontraron a contracorriente de los eventos regionales, enfrentando sus tareas específicas a contrapelo*⁴³.

A mi parecer, esa problemática no se sitúa solamente en el ámbito latinoamericano. La orientación del Comintern stalinizado también iba a “contracorriente” en Asia y en Europa (Alemania, 1929-33). No obstante, mientras en Asia (China, Vietnam), algunos partidos comunistas seguían en la práctica una orientación autónoma, sin romper con el Comintern, en América Latina (como en la mayoría de los países europeos), ellos seguían incondicionalmente la “línea general” tal como fue definida por el liderazgo soviético, limitándose a adoptarla, muchas veces de forma escuálida, a las condiciones específicas de sus países (adaptaciones que les permitían cierta libertad de maniobra y explican las diferencias, a veces importantes, en las tácticas de los partidos).

La primera manifestación de ese nuevo período, caracterizado por la hegemonía del “fenómeno Stalin” en el marxismo latinoamericano, es el Frente Popular.

El cambio en el ámbito mundial rumbo al Frente Popular, esto es, rumbo a una alianza antifascista de partidos comunistas, socialistas y democrático-burgueses, fue sancionada oficialmente por el VII Congreso del Comintern en 1935. Después de eso, cada partido comunista latinoamericano intentó aplicar la nueva orientación, buscando aliados para un Frente Popular local. En la mayoría de los países del continente, en la ausencia de partidos social-demócratas, las alianzas fueron hechas directamente con las fuerzas burguesas consideradas liberales o nacionalistas, o, simplemente, no-fascistas. En Perú, el PC, rechazado por el APRA, se unió al Frente Democrático, que apoyaba la candidatura de Manuel Prado, un representante de la oligarquía

⁴³

Regis Debray, *La critique des armes*. París, Seuil, 1974, v. 1, pág. 42-3.

liberal tradicional⁴⁴. En Colombia, el PC apoyó al Partido Liberal –un apoyo que asumiría un carácter progresivamente incondicional (conforme la historia oficial del partido publicada en 1960)–. En 1938, el PC colombiano llegó al punto de romper con la izquierda del Partido Liberal para apoyar a Eduardo Santos, el jefe de la derecha liberal⁴⁵. De manera similar, el PC mexicano rompió con el General Mujica, líder de la izquierda del Partido de la Revolución Mexicana (o partido gobernante), en 1939, para apoyar al ala moderada, representada por Ávila Camacho⁴⁶. En Cuba, el PC, no logrando encontrar aliados social-demócratas, liberales o demócratas, finalmente apoyó a Fulgencio Batista en enero de 1939, por la simple razón de que tenía una línea de “colaboración eficaz entre Cuba y los Estados Unidos contra la amenaza fascista”⁴⁷.

El único país en el que fue posible construir un Frente Popular con ciertas similitudes con el modelo europeo fue Chile. Allí, el PC y el PS se unieron bajo la hegemonía del Partido Radical, representado por Aguirre Cerda, que fue electo presidente en 1938⁴⁸. Para el PC chileno, el objetivo del Frente Popular era la concretización de la etapa nacional-democrática por medio de un desarrollo progresivo del capitalismo chileno⁴⁹. La posición del Partido Socialista era más compleja. Fundado en 1933 por una fusión de varios partidos y grupos socialistas pequeños, y fortalecido en 1937 con la adhesión de la Izquierda Comunista (la facción trotskista expulsada por el PC), el PS chileno no era un partido social-demócrata, pero sí una formación política singular que declaraba adhesión al marxismo en su programa y reivindicaba una “dictadura del proletariado” y una “República socialista de América Latina”, no obstante, su principal líder en la década de 1930, el comodoro Marmaduke Grove, uno de los líderes de una República Socialista efímera, de 12 días, establecida por un levantamiento militar en 1932, era políticamente ecléctico, más cercano al nacionalismo socialista que al marxismo. El PS resistió durante algún tiempo a la proclamación de un Frente Popular, observando que ella transformaría los partidos de los trabajadores en instrumentos del radicalismo democrático burgués, ya que no podían adoptar un programa socialista

⁴⁴ Cf. Goldenberg, *Kommunismus in Lateinamerika*, pág. 94.

⁴⁵ Cf. *Treinta años de lucha del Partido Comunista de Colombia*, 1960. Medellín, Ed. La Pulga, 1973, págs. 40-48.

⁴⁶ Ver carta abierta de Mujica el 14 de julio de 1939, en Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, Ciudad de México, Ed. El Caballito, 1972, pág. 389.

⁴⁷ Blas Roca, *La unidad vencerá al fascismo*, La Habana, Ed. Sociales, 1939, pág. 12.

⁴⁸ En la Convención del Frente Popular en 1938, el Partido Comunista desempeñó un papel decisivo en la elección de Aguirre Cerda, el líder del ala derecha del Partido Radical, en detrimento del socialista Marmaduke Grove como candidato a la presidencia.

⁴⁹ Cf. “A Program of action for the Victory of the Chilean People’s Front”, *The Communist*, v.20, n. 5, mayo de 1941.

que amedrentase a sus aliados capitalistas. Aun así, en su IV Congreso, en 1937, el PS decidió unirse al Frente Popular, que ya estaba siendo creado por el PC y por el Partido Radical. Al volverse rápidamente un partido de masa, el PS fue y continuaría siendo extremadamente heterogéneo, tanto política como ideológicamente, y al unir alas de las más diversas corrientes, del trotskismo a la socialdemocracia clásica, en una federación flexible y poco integrada⁵⁰.

El Frente Popular chileno perduró, en una variedad de formas, hasta 1947, cuando fue sustituido por una alianza entre los radicales y un ala del PS, que duró hasta 1952. Durante esos 14 años, el Partido Radical se alió unas veces a los comunistas en contra de los socialistas y otras veces con los socialistas (o a una de sus corrientes) en contra de los comunistas. Por ejemplo, en 1946, el presidente radical, Duhalde, atacó al PC con el apoyo del ala derecha socialista; González Videla atacó al PS con el apoyo del PC (que estaba participando en el gobierno), pero con el inicio de la Guerra Fría en 1948, invirtió alianzas y puso en la ilegalidad al PC (con el apoyo de la derecha socialista). En 1952, cuando el PC y un ala del PS finalmente se unieron para crear un frente unido, el movimiento de los trabajadores estaba tan desmoralizado que su candidato común, Salvador Allende, obtuvo apenas 6% de los votos.

Podemos resumir el papel histórico del Frente Popular comparando los siguientes análisis. De acuerdo a un historiador norteamericano, “la victoria del Frente Popular impidió una revolución y enseñó a las masas a usar el voto en vez de la espada”⁵¹. Un comunista chileno afirmó: “El triunfo del Frente Popular en 1938 y de la Alianza Democrática en 1946 demostró precisamente que la clase trabajadora y el pueblo chileno podían conquistar el gobierno de otra manera que no fuera por la insurrección”⁵². Por fin, Oscar Waiss, un socialista de izquierda chileno (con un pasado trotskista), afirmó:

*El Frente Popular fue un error político gigantesco que rehabilitó un Partido Radical en descomposición y robó la iniciativa revolucionaria a las masas. El Frente Popular fue un acto de mistificación social [...] que nunca intentó modificar la estructura de la propiedad de las tierras o recuperar la posesión de nuestras riquezas fundamentales*⁵³.

⁵⁰ El Partido Socialista chileno fue muy influenciado por el titoísmo después de 1948 y, hasta cierto punto, por el castrismo después de 1960. Sobre la década de 1930, ver Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, tercera edición, Santiago, Prensa Latino-Americana, 1971, v. 1.

⁵¹ John Reese Stevenson, *The Chilean Popular Front*, New York, Greenwood Press, 1942, pág. 136.

⁵² Galo González, “X Congrés du PC du Chili, avril 1956”, en Luis Corvalán, *Chili, les communistes dans le marche au socialisme*. París, Ed. Sociales, 1972, pág. 36.

⁵³ Oscar Waiss, *Nacionalismo y socialismo en América Latina*, 1954. Buenos Aires, Ed. Iguazú, 1961, pág. 139.

Si el Frente Popular en América Latina tuvo en sus principios un programa antiimperialista (1935-36), ese aspecto tendió a desaparecer en la medida en que se esbozaba un acuerdo con los Estados Unidos y la URSS en contra de la Alemania nazi. En general, la política de los partidos comunistas para con los Estados Unidos, durante las décadas de 1930 y 1940, siguió bien de cerca los cambios de la política exterior soviética. Algunas declaraciones de P. González Alberdi, un conocido líder del PC argentino, al respecto de los Estados Unidos de Franklin D. Roosevelt, ilustran esos cambios de posiciones en función de un alineamiento con las visiones soviéticas. En 1933, durante el Tercer Período, escribió: “En Cuba, el formidable movimiento revolucionario de las masas antillanas mostró que Roosevelt es tan imperialista como Hoover” (*Informaciones*, octubre 1933). En 1938, cuando la URSS se alió a las potencias occidentales, González Alberdi escribió que:

Las tentativas italo-nazistas de promover el antiimperialismo contra los yanquis fracasaron. Las naciones del continente comprendieron que la estrecha colaboración con Roosevelt, que no puede ser considerado un representante de las fuerzas imperialistas del norte, no disminuyó la autonomía de cada país ni afecta su dignidad individual (Orientación, 15 de diciembre de 1938).

Finalmente en 1940, después del pacto Molotov-Ribbentrop: “En nombre de la lucha contra el nazismo, el imperialismo yanqui conspira en contra de las libertades públicas de las naciones americanas” (*La Hora*, 14 de julio de 1940)⁵⁴.

Mientras el pacto germano-soviético estuvo en vigor, Ernesto Giudici, un líder del PC argentino, publicó un libro interesante que incluía, por un lado, un ataque radical (y justificado) contra el imperialismo angloamericano y su dominación de la Argentina, y, por otro lado, un análisis bastante sorprendente del fenómeno fascista:

Debemos comprender que las aspiraciones de las masas muchas veces se encuentran por detrás de esa ideología fascista. Y, como ellas vienen del pueblo, poco importa si su ideología es fascista o no. La rectificación política necesaria puede ocurrir en el propio movimiento de masas –que se desarrolló con poca consideración a la ideología reaccionaria que algunos le atribuyen⁵⁵.

⁵⁴ Paulino González Alberdi fue uno de los principales líderes del PC argentino a partir de la década de 1920. Las citas fueron extraídas de J. Abelardo Ramos, *Historia del stalinismo en la Argentina*. Buenos Aires, Ed. El Mar Dulce, 1969, pág. 176.

⁵⁵ Ernesto Giudici, *Imperialismo y liberación nacional*, 1940. Buenos Aires, Ed. Crónica, 1974, págs. 3-4. Ver las selecciones más extensas en esta antología.

Pasado junio de 1941 (y la invasión de la URSS por Hitler), se desarrolló el análisis opuesto en Argentina y en otras partes del continente. En el contexto de la alianza antifascista entre los Estados Unidos y la URSS, cualquier propaganda contra el imperialismo norteamericano era duramente criticada y estigmatizada por los partidos comunistas como una maniobra al servicio del fascismo⁵⁶.

Durante 1944 y 1945, se desarrolló en América (de norte a sur) un fenómeno conocido como el browderismo. En la euforia ocasionada por los acuerdos de Teherán, Earl Browder, el líder del Partido Comunista de los Estados Unidos, declaró el inicio de una era de amistad y colaboración íntima entre el campo socialista y los Estados Unidos, que estaba destinada a continuar aun pasada la guerra. Browder extrajo conclusiones “excesivas” de esa perspectiva histórica y convirtió al Partido Comunista de los Estados Unidos en una mera “asociación política”. Esa práctica fue condenada como liquidacionista por el movimiento comunista internacional en un discurso de Jacques Duclos (líder del PC francés) en abril de 1945. Los partidos comunistas latinoamericanos, sin embargo, también habían sido barridos por el browderismo. Por ejemplo, en el libro *Marchando hacia un mundo mejor*, publicado en 1944, Vittorio Codovilla escribió lo siguiente:

La cooperación internacional entre los países capitalistas más importantes y entre esos países y la URSS, con el propósito de crear un mundo mejor, muestra que los Estados Unidos e Inglaterra concordaron en cuanto a una política economicista a ser seguida en América Latina que tiene como objetivo contribuir con el desarrollo económico, político y social de una manera progresiva [...] Ese acuerdo debería basarse en la cooperación de esas dos grandes potencias con los gobiernos democráticos y progresistas de América Latina, para llevar a cabo un programa común, que al mismo tiempo que crea un mercado para su capital que es diez o 20 veces mayor que el del presente, contribuirá para el desarrollo independiente de esos países y les permitirá, en algunos años, eliminar el atraso en el cual estuvieron sumergidos por muchas décadas⁵⁷.

⁵⁶ Por ejemplo, ver la crítica del PC mexicano a la “demagogia antiimperialista de los trotskistas” en Blas Manrique, “El aplastamiento de los reptiles trotskistas: esa debe ser la tarea de los antifascistas”, *La Voz de México*, 13 de mayo de 1945.

⁵⁷ Citado por Ramos, *Historia*, págs. 190-91. En la misma vena, ver una carta de Blas Roca a Earl Browder, publicada por el PC cubano en 1945: “Querido amigo, su libro es un documento de valor inestimable para el pueblo latinoamericano. [...] Hasta ahora, sustentamos que solo por medio de la nacionalización de toda inversión y propiedad extranjeras, en violenta oposición a los intereses ingleses y norteamericanos, es que podríamos alcanzar el nivel más alto de desarrollo económico.

(continúa en la página siguiente)

El browderismo también tuvo consecuencias para los partidos comunistas en el ámbito político nacional. En Cuba, por ejemplo, después de haber participado en el gobierno del general Batista de 1943 a 1944⁵⁸, el Partido Socialista Popular (el nuevo nombre del PC cubano), publicó un panfleto en 1945 intitulado “Colaboración entre obreros y patronos”, para conmemorar un importante encuentro en La Habana entre la asociación de los empleadores industriales y los líderes (comunistas) de la Confederación de los Trabajadores Cubanos⁵⁹. En México, la principal confederación sindical (la CNT) y la principal asociación patronal, firmaron un acuerdo de unidad nacional en 1945, y *La Voz de México*, el órgano del PC mexicano, celebró el evento con un titular garrafal: “Pacto histórico obreros y patronos: Base sólida para el desarrollo y el progreso del país”. Es interesante observar que uno de los puntos de ese acuerdo declaraba solemnemente “rechazar la teoría de la autosuficiencia económica y actuar sobre la base de la teoría de la interdependencia económica y de la cooperación financiera y técnica con otros países del continente para nuestro beneficio común, como parte de un programa internacional que considere las necesidades de otros pueblos del mundo”. Conforme a *La Voz de México*, el acuerdo, era “adecuado”, “impecablemente formulado” y “patriótico” y reflexionaba las nuevas condiciones en México y en el mundo, que “exigen una alianza de los trabajadores y los capitalistas”⁶⁰.

El artículo de Duclos de 1945 y la remoción de Earl Browder del liderazgo del PC de los EUA, inauguraron un período de autocrítica y rectificación, que llevó al abandono de la perspectiva de la convergencia “armoniosa” con los Estados Unidos y de las medidas organizacionales que eran consideradas liquidacionistas. Sin embargo, ese nuevo período, que podría ser llamado pos-browderismo, fue caracterizado por la continuación de una orientación de “unidad nacional”. En México, por ejemplo, en noviembre de 1945

[...] La cooperación que los Estados Unidos, Inglaterra y la URSS establecieron en Teherán abrió otra perspectiva. Ella nos abrió la perspectiva de obtener esos resultados progresistas por medio de la colaboración en un programa común que usted nos sugiere [...] la colaboración con Inglaterra y Estados Unidos es un plan total para resolver armoniosamente nuestros problemas económicos más agudos y urgentes” (Blas Roca, *Estados Unidos, Teherán y América Latina, una carta a Earl Browder*. La Habana, Ed. Sociales, 1945).

⁵⁸ Cuando Batista renunció en 1944, el PC cubano le envió una carta declarando: “Desde 1940, nuestro partido fue el defensor más leal y coherente de sus medidas gubernamentales y el promotor más enérgico de su plataforma, inspirada por la democracia, justicia social y defensa de la prosperidad nacional”, Blas Roca, *Los socialistas y la realidad popular*. La Habana, Ed. del PSP, 1944.

⁵⁹ Blas Roca y Lázaro Peña. *La colaboración entre obreros y patronos*. La Habana, Ed. Sociales, 1945. Ver pág. 21, en donde Blas Roca explica que “estamos en el proceso de proclamar una forma de colaboración de clases”.

⁶⁰ *La Voz de México*, 12 de abril de 1945, págs. 1 y 7.

(bien después de la carta de Duclos), el periódico del PC mexicano desarrolló el siguiente argumento: “El objetivo del desarrollo del capitalismo en México, es un objetivo revolucionario, ya que significa el desarrollo de la economía nacional, la remoción de las garras del águila que mantiene al país en estado de semicolonía, la eliminación de vestigios semicoloniales, la concretización de la reforma agraria y el desarrollo democrático y general del país, gracias a una revolución agraria antiimperialista”.

De acuerdo a ese artículo, las medidas propuestas por el PC mexicano “son, como la reforma agraria, medidas burguesas que permitieron el desarrollo del capitalismo en México, la industrialización del país y su liberación de la intervención imperialista”⁶¹. El historiador soviético Anatol Shulgovsky, autor de una obra sobre la historia de México moderno, escribió sobre ese período en que la ideología “marxista” del movimiento de los trabajadores mexicanos podría ser comparada al “marxismo legal” de la Rusia zarista (P. Struve y otros), cuyo tema central era que la clase trabajadora debía apoyar el desarrollo industrial como una pre-condición para la futura lucha social. No obstante, Shulgovsky apenas se refiere explícitamente a la orientación de los “marxistas” alrededor de la CTM (Lombardo Toledano) y no menciona que el Partido Comunista tenía una propuesta bastante similar⁶².

Uno de los episodios más famosos del post-browderismo fue la postura con relación al peronismo adoptada por el PC argentino. Profundamente convencido de que Perón y sus adeptos eran fascistas, los comunistas argentinos participaron de la Unión Democrática, una amplia coalición anti-Perón, cuyas fuerzas, según Vittorio Codovilla (en su informe a la Conferencia Nacional del Partido Comunista, en diciembre de 1945) incluían:

1. Todos los partidos tradicionales.
2. La parte más consciente y combativa del movimiento obrero y campesino.
3. La mayoría de la juventud obrera y campesina y la inmensa mayoría de la juventud universitaria, profesores, profesionales y las clases medias.
4. La mayoría de los industriales, comerciantes, hacendados, criadores de ganado y financistas.
5. La mayoría del Ejército y la Marina y una sección de la policía uniformada.

⁶¹ Carlos Sánchez Cárdenas, “La revolución mexicana y el desarrollo capitalista de México”, *La Voz de México*, 20 de noviembre de 1945, pág.1.

⁶² Anatol Shulgovsky, *México en la encrucijada de su historia*. Ciudad de México, Ed. Fondo de Cultura Popular, 1969, pág. 494.

A pesar de eso, la Unión Democrática aun poseía un carácter excesivamente limitado, ya que algunos sectores progresistas del Partido Conservador no participaron⁶³.

Su participación en esta alianza, que también fue apoyada por Spruille Braden, embajador de los Estados Unidos en Argentina –que no confiaba en el nacionalismo demagógico de Perón–, tuvo consecuencias a largo plazo para el PC. Ocurrió una nítida división entre la mayoría de la clase obrera argentina, que apoyaba al peronismo, y los comunistas, que fueron acusados por Perón de colaborar con los militares y con la porción más conservadora de los propietarios de la tierra (“la oligarquía”).

Se produjo una situación similar en otros países del continente, especialmente en Bolivia, en donde el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR, pro-soviético), se unió a los partidos tradicionales de la oligarquía en 1946 para derribar el gobierno del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR, populista), al que se consideraba pro-fascista. La excepción más notable fue Brasil, en donde el PC apoyó a Getulio Vargas en 1945 –entre otras razones porque participara de la II Guerra Mundial al lado de los aliados, al contrario de Perón y Villarroel, el presidente boliviano apoyado por el MNR⁶⁴.

Aunque la corriente stalinista fuese nítidamente hegemónica en el seno de la izquierda marxista, durante ese período no dejaron de existir tendencias críticas, que se reclamaban de otro tipo de comunismo. Es el caso, en particular, de la corriente inspirada por las ideas de León Trotski.

La oposición de izquierda comunista y el trotskismo surgieron en América Latina a principios de la década de 1930. En Brasil, un brillante grupo de intelectuales –Mario Pedrosa, Livio Xavier, Rodolpho Coutinho– funda la primera organización trotskista en América Latina, el Grupo Comunista Lenine, que se transformaría poco después (1931) en la Liga Comunista (Oposición), con la participación del poeta surrealista francés Benjamin Peret, que se encontraba en esa época en Brasil (y, más tarde, de la escritora Rachel de Queiroz). En octubre de 1934 se constituyó, por iniciativa de los trotskistas (Fulvio Abramo, Mario Pedrosa, Livio Xavier), una coalición antifascista en Sao Paulo, en la cual participaron los comunistas

⁶³ Citado por el diario del PC mexicano, *La Voz de México*, 13 de enero de 1946.

⁶⁴ No obstante, el PCB también tuvo una orientación de “unidad nacional” post-browderista. Por ejemplo, en un libro publicado en 1945, Luis Carlos Prestes escribió: “Por intermedio de sus organizaciones sindicales la clase obrera puede ayudar al gobierno y a sus patrones a encontrar soluciones prácticas, rápidas y eficaces para los graves problemas económicos que se viven hoy en día” (Prestes, *União Nacional para a Democracia e o Progresso*, Rio de Janeiro, Ed. Horizonte, 1945, pág. 25). Sobre ese tema ver el notable ensayo de F. Weffort, “Origens do sindicato populista no Brasil”, *Estudos CEBRAP*, N° 4, abril-junio de 1973.

del PCB –bajo la dirección de Herminio Sachetta, que terminaría, algunos años después por adherirse a la IV Internacional–, socialistas y sindicalistas, y que va a dispensar, por la fuerza, una gran manifestación integralista liderada por Plinio Salgado.

En 1933, la Oposición de Izquierda Chilena, afiliada a la Oposición de Izquierda Internacional (dirigida por Trotski), fue fundada por una fracción importante del PC chileno, dirigida por Manuel Hidalgo, Humberto Mendoza y Oscar Waiss, que abandonara el partido en 1931. No obstante, la mayoría de los miembros de ese grupo se unió al Partido Socialista en 1937, y el trotskismo se volvió, entonces, una de las difusas tendencias ideológicas del socialismo chileno. Fue, sobre todo, en Bolivia, que la oposición trotskista realmente logró implantarse en la clase obrera. En 1946, un congreso de la Federación Sindical de los Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), que se reunió en la ciudad de Pulacayo, aprobó un conjunto de tesis de inspiración nítidamente trotskista –redactadas por Guillermo Lora, uno de los dirigentes del POR–, cuyo eje central era la estrategia de transformación de la revolución democrático-burguesa en una revolución socialista a partir de un proceso ininterrumpido, bajo el liderazgo proletario.

Esa concepción, la perspectiva de una revolución “permanente” que combina tareas democráticas, agrarias, nacionales y anticapitalistas, y el rechazo de una alianza estratégica con la burguesía local, considerada incapaz de desempeñar un papel revolucionario significativo, diferenciaban radicalmente el trotskismo del comunismo pro-soviético, además, claro está, de su independencia con relación a la URSS y su crítica al autoritarismo burocrático.

Debido a su visión de estrategia revolucionaria, la corriente latinoamericana inspirada por las ideas de Trotski se consideraba continuadora de las ideas del comunismo latinoamericano de la década de 1920, especialmente de las ideas de Mariátegui, a cuya herencia política los trotskistas acudían frecuentemente⁶⁵.

Denunciados como “provocadores” y “agentes del fascismo” por los partidos comunistas, empujados por ellos a los márgenes del movimiento obrero, e internamente divididos por luchas fratricidas, los trotskistas de muchos países quedaron reducidos a sectas compuestas esencialmente de intelectuales. Antes de la Revolución Cubana, el trotskismo logró implantarse en la clase obrera y en los sindicatos, sobre todo en Bolivia y, en menor grado, en Argentina y en Chile, en donde desempeñaron un papel político real. Ese fue el caso, en particular, para los militantes del POR que tuvieron una participación

⁶⁵ Por ejemplo, E. Espinoza, “Aniversario de la muerte de Mariátegui”, *Clave tribuna marxista*. Ciudad de México, N° 8-9, abril-mayo de 1940.

decisiva en la creación de la Confederación Obrera Boliviana (COB) durante la revolución boliviana de 1952-53. El primer programa de la COB, publicado a finales de 1952 y de inspiración nítidamente trotskista –probablemente escrito por Hugo González Moscoso, un líder del POR–, señala: “El proletariado realizará las tareas que son históricamente de la burguesía”⁶⁶. El POR también inspiró ocupaciones de tierras por campesinos en 1952-53, que forzaron el gobierno del MNR a decretar una reforma agraria⁶⁷.

Entre 1948 y 1954, la llamada Guerra Fría irrumpió a escala internacional, teniendo como primera iniciativa una ofensiva imperialista generalizada en contra de la URSS, seguida por un endurecimiento de la misma y del movimiento comunista internacional. Pasado 1948, muchos partidos comunistas fueron colocados en la ilegalidad (por ejemplo, en Brasil y en Chile) y la policía reprimió brutalmente sindicalistas comunistas –es el caso del asesinato de Jesús Menéndez, líder de los cañaveros cubanos–. Gobiernos elegidos con votos comunistas, o apoyados por ellos, en 1945-46, tales como los de Grau San Martín en Cuba, González Videla en Chile y Miguel Alemán en México, se inspiraron en la escena política americana y dieron inicio a la “caza de brujas” y a la represión anticomunista.

En respuesta –y siguiendo la nueva orientación de la URSS–, los PC latinoamericanos renovaron sus credenciales antiimperialistas y, hasta cierto punto, reanudaron la lucha de clase contra las burguesías. Durante el período de la Guerra Fría se dio lugar a un nuevo giro “izquierdista” del comunismo pro-soviético en América Latina. No obstante, al contrario de 1929-35, ninguna acción revolucionaria de masas fue liderada por los partidos comunistas y, más importante aun, ese nuevo cambio no amenazó en nada el fundamento esencial de su estrategia para el continente: La interpretación stalinista del marxismo, la teoría de la revolución por etapas y del bloque de las cuatro clases para la realización de la revolución nacional-democrática.

Los eventos más característicos de ese período ocurrieron, sin duda, en Guatemala, de 1951 a 1954, cuando el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT, comunista) se volvió una de las principales fuerzas políticas del país durante la presidencia de Jacobo Arbenz. Hegemónico en los sindicatos obreros y campesinos, el PGT defendía una estrategia de revolución nacional-democrática, en alianza con los sectores de la burguesía y de las Fuerzas Armadas. Los estatutos del partido, aprobados en su II Congreso, formulaban claramente: “El PGT no se propone luchar inmediatamente por el establecimiento del socialismo

⁶⁶ Liborio Justo, *Bolivia, la revolución derrotada*. Bolivia, Ed. Cochabamba, 1967, pág. 156.

⁶⁷ Sobre el papel del POR en el campo, cf. R. W. Pacht, “Bolivia”, en *Social Change in Latin America Today*. New York, Council on Foreign Relations, 1960, pág. 121.

en Guatemala. Él orienta su lucha en contra del atraso feudal y la opresión imperialista que golpea a nuestro país”⁶⁸.

Los eventos que siguieron son bien conocidos. Después que el gobierno de Arbenz expropió cierto número de propiedades de la United Fruit Company, un ejército de mercenarios entrenados por los Estados Unidos invadió Guatemala en junio de 1954. Las Fuerzas Armadas del gobierno se defendieron con poca convicción y el estado mayor finalmente abandonó a Jacobo Arbenz y se abanderaron con el coronel Castillo Armas, líder de las fuerzas invasoras, gracias a la mediación de John Puerifoy, embajador norteamericano en Guatemala. A no ser por algunas acciones localizadas excepcionales, el movimiento obrero y campesino –así como el PGT–, desarmado fue incapaz de resistir⁶⁹. La victoria de Castillo Armas abrió camino a una represión sangrienta a larga escala, verdadero terror blanco, mientras la United Fruit Company retomaba las tierras expropiadas.

¿Cómo fue posible la derrota? En 1955, el PGT publicó un balance autocrítico que reconocía que el partido “no siguió una línea lo suficientemente independiente con relación a la burguesía nacional democrática”. En particular, “el PGT contribuyó en sembrar ilusiones en el Ejército y no desenmascaró las verdaderas posiciones y la actividad contra-revolucionaria del alto comando del Ejército”⁷⁰. Entretanto, esa autocrítica no cuestiona el fundamento estratégico de la orientación del PGT y su concepción de las etapas del desarrollo histórico, sino apenas los errores tácticos cometidos en la aplicación concreta de esa estrategia. Así, el PGT, en 1955, reafirma la necesidad de armar un bloque con la burguesía nacional para desembocar en una revolución democrática y patriota⁷¹.

⁶⁸ En Jaime Díaz Rizzoto, *La Revolution au Guatemala, 1944-54*. París, Ed. Sociales, 1971, pág. 261. El informe del secretario general José Manuel Fortuny al II Congreso es aun más explícito: “Nosotros, comunistas, reconocemos que, a causa de estas condiciones especiales, el desarrollo de Guatemala debe seguir el camino capitalista por algún tiempo” (J. M. Fortuny, *Informe sobre la actividad del Comité Central al Segundo Congreso del Partido*, Ciudad de Guatemala, 11 de diciembre de 1952).

⁶⁹ Es sabido que el Che Guevara estaba en Guatemala en ese momento y que intentó, en vano, luchar contra la invasión pro-norteamericana. Conforme a su primera mujer, Hilda Gadea: “Ernesto me contó que le propuso insistentemente a la Alianza de la Juventud [Comunista] que fuera hacia el *front* y que luchase, y que muchos jóvenes, por él inspirados, estaban listos para partir. Una o dos veces, él presentó la misma propuesta al PGT, pero sus demandas no fueron tomadas muy en cuenta, dando como respuesta de que el Ejército ya había tomado las medidas necesarias y el pueblo no debía preocuparse” (Hilda Gadea, *Che Guevara, años decisivos*. Ciudad de México, Ed. Aguilar, 1972, pág. 65). Sobre la polémica entre el Che y Fortuny, ambos exiliados en México en 1955, ver pág. 117 del mismo libro.

⁷⁰ *La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático*. Ed. Comisión Política del PGT, 1955, págs. 31-32.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 42.

En la mayoría de los países del continente, los años 1948-53 vieron cómo los comunistas se enfrentaban a una represión asesina de la policía y de los militares y cómo reaccionaban con valentía y tenacidad. También es innegable que ocurrió una radicalización real en ciertos países durante la Guerra Fría: por ejemplo, los comunistas se vieron en el frente de grandes movimientos huelguistas (Brasil 1953-54) o participaron de acciones guerrilleras de los campesinos (Colombia, 1949-55). Pero para muchos partidos comunistas del continente, el “endurecimiento” político no significó necesariamente cualquier actividad revolucionaria concreta. El ejemplo cubano es bastante significativo en este aspecto.

Después del golpe militar de Batista (1952), el PSP denunció enérgicamente el carácter reaccionario y pro-norteamericano del golpe, pero el partido mantuvo su estatuto legal y su periódico, *Hoy*, continuó saliendo, hecho que posiblemente influyó en su política⁷². El PSP no condujo acciones violentas contra el régimen de Batista y denunció el ataque contra Moncada, del 26 de julio de 1953, como “una tentativa golpista, una forma desesperada de aventurismo, típica de los círculos burgueses, sin principios y envueltos en un gangterismo”⁷³. Eso no impidió que Batista, a partir de ese acontecimiento, desencadenase una ola brutal de represión anticomunista y colocase en la ilegalidad al PSP.

La preocupación del PSP, de no ser tomado por “aventurero”, se manifiesta nuevamente en la revista del partido, *Fundamentos*, de junio de 1957 (seis meses después del desembarque en Cuba de los combatientes del Movimiento 26 de Julio, bajo el liderazgo de Fidel Castro): “Es importante reafirmar [...] que hoy, así como ayer, rechazamos y condenamos, y continuaremos rechazando, métodos terroristas y golpistas como ineficaces, perjudiciales y contrarios a los intereses del pueblo”⁷⁴. La orientación propuesta por el partido en esa ocasión fue “la de un cambio” por el camino pacífico, “sin violencia ni sufrimiento”, en función de la cual el PSP estaba “listo, hoy, como ayer, y siempre, a hacer cualquier sacrificio y cualquier concesión honrosa, basado, claro está, en los intereses supremos de la clase trabajadora, del pueblo y de la patria”⁷⁵. El objetivo de ese cambio era la deposición de Batista y la realización de la revolución democrática y de liberación nacional, por medio de una alianza entre el PSP y la burguesía progresista⁷⁶.

⁷² Cf. J. Arnault, *Cuba et le marxisme*. París, Ed. Sociales, 1963, pág. 48.

⁷³ “Carta a los militantes”, Comité Ejecutivo del PSP, 30 de agosto de 1953. Citado por K. S. Karol, *Guerrillas in Power*. New York, Hill and Wang, 170, pág. 139.

⁷⁴ *Fundamentos*, N° 149, diciembre de 1956-junio de 1957, pág. 9.

⁷⁵ *Ibid.*, pág. 8.

⁷⁶ *Ibid.*, pág. 3-6.

Durante el año 1958, el PSP finalmente se integró a la lucha del Movimiento 26 de Julio contra la dictadura. Varios militantes y algunos líderes del partido –especialmente Carlos Rafael Rodríguez– fueron a las montañas para participar de la lucha armada, contribuyendo honrosamente al triunfo de la guerrilla en enero de 1959. El PSP, sin embargo, continuó siendo una influencia mediadora en el movimiento revolucionario cubano, defendiendo la tesis de que este debería permanecer en los límites de la etapa nacional-democrática. Así, Blas Roca, secretario general del PSP, en su informe a la VIII Asamblea Nacional del partido en agosto de 1960, enfatizó:

La revolución cubana [...] es una revolución que, por las tareas históricas que enfrenta y realiza, puede ser correctamente calificada como una revolución agraria, una revolución de liberación nacional, una revolución patriótica y democrática [...] La burguesía nacional, que se beneficia de la revolución y recientemente obtuvo grandes beneficios a causa del creciente poder de compra del pueblo y del mayor número de consumidores, apoya la revolución, pero se asusta frecuentemente con sus medidas radicales y con las amenazas, la intimidación y los ataques del imperialismo norteamericano. [...] Dentro de límites a ser establecidos, es necesario garantizar las ganancias de la empresa privada, su funcionamiento y desarrollo normales. Es necesario estimular el celo y aumentar la productividad entre los trabajadores de esas empresas⁷⁷.

Podemos, por tanto, concluir que el PSP estuvo prácticamente ausente tanto en la preparación y en la irrupción de la lucha armada contra Batista (1953-57) como en la transición de la Revolución Cubana hacia el socialismo (agosto-octubre de 1960). Eso no fue el resultado de las limitaciones específicas del PSP, sino consecuencia de la orientación política fundamental del movimiento comunista “oficial” del continente. En ese sentido, la política del PSP de 1953 a 1960 ilustra la dificultad, para los partidos comunistas, de desempeñar un papel revolucionario real, a despecho de la abnegación de sus miembros.

La muerte de Stalin (1953) y el XX Congreso del PCUS (1956) inauguró una nueva época del comunismo latinoamericano “pro-soviético”. La disolución del Cominform (1956) no significó la abolición de los vínculos políticos e ideológicos entre los partidos comunistas y el liderazgo soviético. La orientación de la URSS favorable a la coexistencia pacífica institucionalizada y su giro rumbo a la moderación después del final de la Guerra Fría fueron traducidas

⁷⁷

Blas Roca, *Balance de la labor del partido desde la última asamblea nacional y el desarrollo de la revolución*. La Habana, 1960, págs. 42, 80 y 87.

por los partidos comunistas latinoamericanos como una línea política de apoyo a gobiernos capitalistas considerados progresistas y/o democráticos, como Juscelino Kubitschek, en Brasil, y el de Frondizi, en Argentina. El fundamento teórico para esa línea fue resumido en una declaración de mayo de 1965 del PC brasileño, según el cual la contradicción entre el proletariado y la burguesía:

*No exige una solución radical en la presente etapa. En las presentes condiciones del país, el desarrollo capitalista corresponde a los intereses del proletariado y de todo el pueblo. [...] El proletariado y la burguesía se alían en torno al objetivo común de luchar por un desarrollo independiente y progresista contra el imperialismo norteamericano*⁷⁸.

La hegemonía del stalinismo en el pensamiento de izquierda latinoamericano, de la década de 1930 hasta la Revolución Cubana, no significa que no existieron contribuciones científicas importantes al pensamiento marxista de ese período. En varios países, dentro y fuera de los partidos comunistas, investigadores comunistas cuestionaron las interpretaciones esquemáticas prevalecientes sobre la naturaleza de las formaciones socioeconómicas del continente, particularmente la tendencia a imponer el modelo feudal europeo en el análisis de las estructuras agrarias de América Latina.

El trabajo pionero de Caio Prado Jr., *Historia Económica do Brasil* (1945) rechaza este tipo de enfoque y propone el siguiente análisis:

*En su conjunto, y visto en el plano mundial e internacional, la colonización de los trópicos toma el aspecto de una vasta empresa comercial [...] destinada a explotar los recursos naturales de un territorio virgen en provecho del comercio europeo. [...] Con tales elementos, articulados en una organización puramente productora, mercantil, se constituirá la colonia brasileña*⁷⁹.

Poco después, Sergio Bagú, en *A economia da sociedade colonial*, publicado en 1949, sugiere una hipótesis análoga, utilizando explícitamente el concepto de capitalismo colonial:

La estructura económica que nace en América del período que estudiamos, fue más de un tipo capitalista colonial que feudal. [...] La metrópolis

⁷⁸ *Declaração sobre a política do Partido Comunista do Brasil*. Rio de Janeiro, Ed. Comitê Central do PCB, marzo de 1958, págs. 15 y 18.

⁷⁹ Caio Prado Jr., *Historia Económica do Brasil*. Sao Paulo, Ed. Brasiliense, 1957, págs. 22-23.

*crea a América Ibérica para integrarla al ciclo del capitalismo naciente, no para prolongar el ciclo feudal agonizante*⁸⁰.

De manera similar, en Chile, el historiador Marcelo Segall criticaba a los partidarios del feudalismo latinoamericano e insistía en la importancia de la minería, una industria típicamente capitalista, en el sistema colonial⁸¹. Podemos también mencionar la importante obra de ciertos autores trotskistas argentinos durante ese período, especialmente Nahuel Moreno y Milcíades Peña (aunque el trabajo de Peña fuese publicado solo posteriormente) sobre el aspecto capitalista de la colonización española y portuguesa y su combinación con relaciones sociales precapitalistas⁸². Nahuel Moreno insiste en la articulación de diferentes estructuras productivas:

Si es verdad que los propósitos de la colonización capitalista eran capitalistas y no feudales, los colonizadores no establecieron un sistema capitalista de producción porque no había ningún ejército de mano de obra libre en el mercado de América. Así, los colonizadores, para explotar a América de forma capitalista, fueron obligados a recurrir a relaciones productivas no-capitalistas: la esclavitud o semi-esclavitud de la población indígena.

Entre tanto, los historiadores “oficiales” del movimiento comunista continuaron defendiendo la teoría tradicional contra viento y marea. Por ejemplo, Hernán Ramírez Necochea, historiador del PC chileno, insistió en la tesis de que la economía colonial chilena:

*Poseía principalmente elementos diversos de un tipo estrictamente feudal. [...] Tenía características adquiridas por el feudalismo europeo a fines de la Edad Media. [...] La producción y aun la minería no eran actividades independientes, y las relaciones feudales de producción también predominaron allí*⁸³.

⁸⁰ Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial: ensayo de la historia comparada de América Latina*. Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1949, págs. 39, 68. Debemos también mencionar los primeros trabajos de Silvio Zavala, *La encomienda indígena*. Madrid, 1935, y José Miranda, *La función económica de la encomienda en los orígenes del régimen colonial*. Ciudad de México, 1947, sobre el régimen español de *encomienda*, sin embargo ellos permanecieron a medio camino entre la concepción tradicional de feudalismo y la nueva tesis introducida por Caio Prado Jr. y Sergio Bagú.

⁸¹ Marcelo Segall, *Desarrollo del capitalismo en Chile*. Santiago, 1953.

⁸² Cf. Nahuel Moreno, “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa”, *Estrategia*, Buenos Aires, n. 1, septiembre de 1957, y Milcíades Peña, “Claves para entender la colonización española en la Argentina”, *Fichas*, n. 10, 1966. Ver también George Novack, *Understanding History*. New York, Pathfinder Press, 1980, cap. 6, “Hybrid Formations”.

⁸³ Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*. Santiago, Ed. Universitaria, 1967, pag. 50. (El uso del destacado es del editor de la obra original – N.O.).

Para los historiadores trotskistas, ese debate estaba directamente ligado a su crítica sobre la doctrina de la etapa “antifeudal” de la revolución latinoamericana. Para otros autores, militantes o simpatizantes de los partidos comunistas, el problema fue que sus descubrimientos históricos no fueron llevados en consideración por los liderazgos de sus partidos, en la medida en que ponían en cuestión, de forma implícita o explícita, su estrategia política. En una obra publicada en 1966, Caio Prado Jr. reclamaba de la imposibilidad de ser reconocidos dentro de su partido los resultados de su investigación “herética”:

No fue posible así sobreponer a convicciones tan profundamente implantadas el testimonio de hechos, por más convincentes que fuesen [...] pues los propios hechos necesitaban ser considerados únicamente a partir de los lentes deformadores de aquellas falsas concepciones. [...] Se hablaba y todavía se habla, respetando el viejo esquema original trazado sobre la base de la experiencia europea, y sin mayor indagación erigida en ley general [...] de todas y cualquier sociedad humana, se continuó hablando en Brasil de aquella revolución democrático-burguesa destinada a eliminar “los restos feudales” supuestamente presentes en nuestro país⁸⁴.

Incidentalmente, ese testimonio muestra que no era la ignorancia científica la que estaba en los orígenes de los errores políticos, sino al revés.

Al contrario de los desarrollos en la historia económica, hubo pocos trabajos de sociología marxista en ese período, esto es, que estuviesen volcados hacia las cuestiones del presente. Una de las raras excepciones, fue la obra de Silvio Frondizi (1907-74), un militante revolucionario y profesor de sociología, de historia y de derecho en la Universidad de La Plata, cuyos escritos filosóficos, socioeconómicos y políticos revelan un profundo conocimiento de la cultura europea y de los clásicos marxistas, así como un entendimiento concreto de la realidad latinoamericana. El carácter más directamente comprometido y político de sus escritos sobre América Latina, logra distinguir su obra de la de los historiadores económicos. En *La realidad argentina: un ensayo de interpretación sociológica*, Silvio Frondizi, auxiliado por un equipo de jóvenes colaboradores que incluía Milcíades Peña, Marcos Kaplan, Ricardo Napuri y Marcelo Torrens, desarrolló un análisis económico, social y político de la formación social argentina, tal como surgió después de 1943; su eje central descansa en un intento por comprender el fenómeno peronista. Al criticar la identificación del Partido Comunista entre peronismo y nazismo (en 1945), Frondizi analiza

⁸⁴

Caio Prado Jr., *A revolução brasileira* (1966). Sao Paulo, Ed. Brasiliense, cuarta Ed., 1972, pág. 28.

la naturaleza bonapartista del régimen de Perón, su papel de pseudo-árbitro por encima de las clases sociales y su capacidad de neutralizar el movimiento obrero por medio del “control estatal”. También señala que la derrota de la experiencia peronista no fue accidental, sino el resultado de la incapacidad orgánica de la burguesía argentina (como la de otros países “semicoloniales” en general) de realizar una revolución democrática real. Esta tarea histórica solo puede ser realizada bajo el liderazgo del proletariado, pero, en este caso, “no se trata de concretar la revolución democrático-burguesa como una etapa contenida en sí, sino más bien de concretar las tareas democrático-burguesas en la marcha a la revolución socialista”⁸⁵.

La audacia de esas ideas teóricas y políticas mantuvo a Silvio Frondizi relativamente aislado durante la década de 1950, con poca influencia sobre el movimiento obrero organizado. Su papel se volvió más importante en las décadas de 1960 y 1970, cuando estableció relaciones con las organizaciones revolucionarias armadas. Fue asesinado por la Alianza Anticomunista Argentina en 1974.

La Revolución Cubana obviamente consistió en un cambio capital en la historia del marxismo latinoamericano y en la propia historia de América Latina⁸⁶.

Después de la destrucción del Estado dictatorial de Batista y de su aparato represor por los guerrilleros, conducidos por el joven Fidel Castro (nacido en 1926), la revolución democrática cubana experimentó un proceso de “transición” rumbo al socialismo, rompiendo con el capitalismo en 1960-61. Las medidas democráticas nacionalistas de 1959-60 –reforma agraria, desapropiación de las refinerías de petróleo imperialistas, etc.– luego encontraron la oposición y la creciente hostilidad no solo del capital extranjero y de la oligarquía financiera, sino también de la totalidad de las clases dominantes de la isla. En agosto de 1960, el régimen de Castro expropió los principales sectores del capital norteamericano en Cuba (compañías de teléfono, electricidad, fábricas de azúcar). Enseguida, enfrentando el sabotaje económico y la suspensión de la producción por la burguesía cubana, los revolucionarios del Movimiento 26 de Julio nacionalizaron fábricas abandonadas. Finalmente, siguieron la expropiación de toda la gran burguesía y la abolición de hecho del capitalismo en Cuba en octubre de 1960, así como la creación de milicias de obreros

⁸⁵ Silvio Frondizi, *La realidad argentina, ensayo de interpretación sociológica*, v. 2, *La revolución socialista*, Buenos Aires, Ed. Praxis, 1956, pág. 234.

⁸⁶ Como la Revolución Cubana y los eventos en América Latina después de 1959 son mucho más conocidos que los períodos anteriores, nos limitamos aquí a situar ese período en el contexto histórico de la evolución del marxismo en el continente.

y campesinos, y la fundación de un nuevo Estado. La proclamación de la naturaleza socialista de la revolución por Fidel en mayo de 1961 (después de la derrota de la invasión contra-revolucionaria en la Playa Girón) fue apenas una sanción explícita y oficial de una realidad existente.

La conclusión a la cual los líderes y militantes izquierdistas del Movimiento 26 de Julio llegaron, es resumida por Fidel en diciembre de 1961:

*Tuvimos que hacer una revolución antiimperialista y socialista. Pero esas dos solo son una sola y la misma, porque apenas existe una revolución. Esa es la gran verdad dialéctica de la humanidad: el imperialismo solo tiene frente suyo al socialismo*⁸⁷.

Algunos de los revolucionarios cubanos tenían esa perspectiva desde los inicios de 1959, especialmente Guevara, quien, desde abril de 1959, se proclamara partidario del “desarrollo ininterrumpido de la revolución” hasta la destrucción del sistema social existente y de sus fundamentos económicos⁸⁸. Para la mayoría de los otros, la práctica precedió a la teoría, y su descubrimiento del camino marxista y socialista ocurrió en el advenimiento del mismo proceso revolucionario: “Es gracias a la revolución que conseguiremos un gran fondo de experiencia. La revolución nos está revolucionando interiormente”⁸⁹.

El hecho excepcional de la revolución cubana es que todo un equipo político de origen pequeño-burgués, inspirado por una ideología jacobina y por las ideas de José Martí, se trasladó hacia el campo del proletariado y se volvió marxista en una “metamorfosis ideológica” colectiva y verdaderamente sin precedentes. Fue la determinación de realizar plena e incondicionalmente las transformaciones democráticas radicales que llevaron a Fidel y a la izquierda del Movimiento 26 de Julio a descubrir en la revolución socialista el único camino capaz de realizar esas tareas históricas. Libre de los esquemas etapistas paralizantes del PSP, el liderazgo castrista no le tuvo miedo a tomar medidas anticapitalistas. Por tanto, no fue por azar que la primera revolución socialista de América fue hecha bajo el liderazgo de revolucionarios ajenos al molde ideológico del comunismo stalinista, con su concepción evolucionista del proceso histórico y su interpretación economicista del marxismo⁹⁰.

⁸⁷ Ver la selección en esta antología.

⁸⁸ Ernesto Guevara, “A New Old Che Guevara Interview”, 1959, en R. Bonachea y N. Valdés, orgs., *Che: Selected Works of Ernesto Guevara*. Cambridge, MIT Press, 1969, pág. 372.

⁸⁹ Fidel Castro, “Discours de la séance inaugurale du 9e cycle de l’Université populaire”, 2 de diciembre de 1961, en *Trois discours sur la formation du Parti uni de la révolution socialiste cubaine*. Paris, Embajada de Cuba en Francia, 1962, pág. 55.

⁹⁰ Eso no quiere decir que los dirigentes cubanos formularan una crítica radical al marxismo de tipo soviético o propusiesen una ruptura con la herencia stalinista.

La posterior aproximación de la dirección cubana con el “socialismo real” de tipo soviético –sobre todo a partir de la invasión de Checoslovaquia en 1968– no invalida ese hecho histórico fundamental.

La Revolución Cubana subvirtió claramente la problemática tradicional de la corriente marxista hasta entonces hegemónica en América Latina. Por un lado, demostró que la lucha armada podía ser una manera eficaz de destruir un poder dictatorial y pro-imperialista y abrir camino hacia el socialismo. Por otro lado, demostró la posibilidad objetiva de una revolución combinando tareas democráticas y socialistas en un proceso revolucionario ininterrumpido. Esas lecciones, en nítida contradicción con la orientación de los partidos comunistas, obviamente estimularon el surgimiento de corrientes marxistas inspiradas en el ejemplo cubano. La principal limitación de la experiencia cubana, que se volvió evidente a partir de finales de los años 60, fue la estructura autoritaria del poder revolucionario, la ausencia del pluralismo político, de libertad de expresión y de formas de control democrático de la población sobre las instancias políticas (salvo a nivel local).

Un nuevo período revolucionario para el marxismo latinoamericano, por tanto, tuvo inicio después de 1960 –un período que recuperó algunas ideas vigorosas del “comunismo original” de la década de 1920–. No hubo ninguna continuidad política e ideológica directa entre los dos períodos, pero los castristas redimieron a Mariátegui y rescataron a Mella y a la revolución de 1932 en El Salvador del olvido histórico⁹¹.

El líder y pensador revolucionario que mejor simboliza y encarna a ese nuevo período para el marxismo en América Latina es Ernesto “Che” Guevara (1928-67), no solo debido a su papel histórico en la Revolución Cubana, sino especialmente por la profunda influencia de sus escritos y de su actividad práctica en las nuevas corrientes revolucionarias del continente.

Esa influencia es ejercida por medio de una serie de temas íntimamente interconectados que constituyen el eje central del marxismo del Che⁹². El primero es la importancia de una ética comunista en el proceso revolucionario y el rechazo de medidas económicas de construcción socialista que se basan “en las armas podridas que nos dejó el capitalismo (la mercancía como unidad, la rentabilidad, el interés económico individual como motivación, etc.)”⁹³.

⁹¹ Los escritos de Mella, fundador del PC cubano, fueron publicados en Cuba apenas después de la revolución castrista. El PSP no publicaba esos artículos desde la década de 1930.

⁹² Cf. mi libro *O pensamento de Che Guevara*, Lisboa, Livraria Editorial Bertrand, 1973 (edición original en francés, París, Maspero, 1970).

⁹³ Ernesto Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, *Obras*, v. II, La Habana, Casa de las Américas, 1970, pág. 372.

A partir de 1963, Guevara comenzó a desarrollar una actitud cada vez más crítica con respecto al modelo económico, social y político del “socialismo real”, buscando un camino socialista alternativo, más democrático, más igualitario y más solidario.

El segundo es el carácter socialista de la revolución en América Latina, que debe derrotar “al mismo tiempo los imperialistas y los explotadores locales”⁹⁴. En su “Mensaje a la Tricontinental” –que sirvió de bandera ideológica y programática para toda la izquierda revolucionaria del continente– Che insistía: “Las burguesías nacionales perdieron totalmente la capacidad de resistir al imperialismo –si es que algún día la tuvieron– y ahora forman su retaguardia. No hay ninguna alternativa: revolución socialista o caricatura de revolución”⁹⁵.

En lo que dice respecto a Cuba, Guevara examina las premisas metodológicas para un análisis marxista de la transformación de la revolución democrática a una socialista en un importante ensayo de 1964. Resalta la siguiente cuestión: ¿cómo es posible la transición hacia el socialismo en un país semi-colonial, sub-industrializado? No sin ironía, rechaza la posición etapista que responde, “como los teóricos de la II Internacional”, que “Cuba rompió todas las leyes de la dialéctica, del materialismo histórico, del marxismo”. Partiendo de una comprensión completamente diferente del marxismo y de la dialéctica entre sujeto y objeto –o entre economía y política– enfatiza que, en Cuba, las fuerzas revolucionarias “están saltando etapas” para “forzar la marcha de los eventos, pero en el contexto de lo que es objetivamente posible”⁹⁶.

El tercer tema de Guevara es la lucha armada como principal forma de combate de los regímenes dictatoriales predominantes en América Latina. Para él, la guerrilla rural, vista como una continuación por otros medios de la lucha política revolucionaria, es la forma más segura y realista de la lucha armada. Pero insiste: “Intentar deflagrar ese tipo de guerra sin el apoyo de la población es el inevitable preludio al desastre”. La lucha solo tiene significado si los guerrilleros “son apoyados por las masas campesinas y obreras de la región y de todo el territorio en el que actúan”⁹⁷.

Bajo la influencia de la obra y del ejemplo del Che, los discursos y escritos de Fidel Castro, los documentos programáticos del liderazgo cubano –la Primera y la Segunda Declaraciones de La Habana (1960 y 1962)– y, sobre todo, el ejemplo concreto de la propia Revolución Cubana, una nueva corriente

⁹⁴ Ernesto Guevara, “Guerra de guerrillas, un método”, *op.cit.*, v. I, pág. 177.

⁹⁵ Ver selección en esta antología.

⁹⁶ Ernesto Guevara, “La planificación socialista, su significado”, *op.cit.*, v. II, pág. 322.

⁹⁷ Ver la selección en esta antología.

revolucionaria en América Latina: el castrismo (o guevarismo). Una de las características más fundamentales de la interpretación del marxismo de esta corriente es cierto “voluntarismo revolucionario”, político y ético, en oposición a todo determinismo pasivo y fatalista:

*El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Sabemos que la revolución será victoriosa en América Latina y en el mundo, pero es indigno por parte de un revolucionario sentarse en la puerta de su casa y esperar que pase el cadáver del imperialismo*⁹⁸.

Las primeras organizaciones castristas surgieron a principios de la década de 1960, y posteriormente siguieron divisiones en el movimiento joven de ciertos partidos populistas (APRA en Perú, Acción Democrática en Venezuela) o de los partidos comunistas tradicionales. Durante el período inicial (1960-68), la mayoría de esos movimientos tomó el camino de la guerrilla rural, intentando recrear el éxito del Movimiento 26 de Julio cubano. Fueron los guerrilleros de la FALN (Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, dirigidas por Douglas Bravo) y del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario, dirigido por Américo Martín) en Venezuela, las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias, lideradas por Turcios Lima) y el MR-13 (Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, liderado por Yon Sosa) en Guatemala, el MIR (liderado por Luis de la Puente Uceda) y el ELN (Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Héctor Béjar) en Perú, el FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional, dirigido por Carlos Fonseca) en Nicaragua, el Movimiento 14 de Junio en la República Dominicana y, finalmente, el ELN del propio Guevara, en Bolivia.

En 1967, el congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) se reunió en La Habana, constituyendo la expresión política más elevada de este primer período del castrismo en el continente. La significación histórica de ese congreso se encuentra, en primer lugar, en su tentativa de coordinación continental, por primera vez desde Bolívar, del proceso revolucionario latinoamericano, y, en segundo lugar, en la inequívoca y franca proclamación de unidad de contenido democrático y socialista de la revolución latinoamericana: “La naturaleza de la revolución es la lucha por la independencia nacional, la emancipación frente a las oligarquías y el camino socialista para el desarrollo económico y social pleno”⁹⁹. La OLAS también tomó una posición a favor de la guerrilla como el método de lucha más eficaz en la mayoría de los países del continente.

⁹⁸

Segunda Declaración de La Habana, 1962. Ver selección en este libro.

⁹⁹

Ver selección en esta antología.

En esa misma época, surgió el trabajo del joven filósofo francés Régis Debray, que radicalizaba algunas ideas implícitas en la corriente castrista de la época. Su libro *¿Revolución en la Revolución?* (1966) tuvo un gran impacto y sus proposiciones principales, la prioridad del militar ante el político y el foco guerrillero como sustituto del partido político, fueron adoptadas por un número importante de organizaciones castristas.

A causa de la orientación “militarista” y voluntarista, la mayor parte de esos movimientos guerrilleros fue derrotada, tanto militar como políticamente. Luego de algunos sucesos coyunturales, los combatientes y sus líderes fueron exterminados y los centros guerrilleros desaparecieron –como en Bolivia, en Perú y en Venezuela– o fueron aislados y marginalizados. En general, los guerrilleros consiguieron establecer vínculos locales con sectores del campesinado pobre, pero la ausencia de un movimiento de masa y de organización política a escala nacional limitó la extensión de la lucha armada.

Una nueva etapa en el desarrollo del guevarismo –utilizamos este término para definir la nueva corriente guerrillera después de la muerte de Che Guevara–, caracterizada particularmente por el desarrollo de movimientos guerrilleros urbanos con considerable impacto político, tuvo inicio después de 1968. Estos incluían al Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros (liderado por Raúl Sendic) en Uruguay, el PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército del Pueblo, liderado por Roberto Santucho) en Argentina, la ALN (Acción Libertadora Nacional, liderada por Carlos Marighella) y el MR-8 (Movimiento Revolucionario 8 de Octubre, liderado por el capitán Carlos Lamarca) en Brasil, y el MIR (liderado por Miguel Enríquez) en Chile. Aunque tuviesen bases en el campo, esos movimientos eran fundamentalmente urbanos. Encontraron apoyo significativo en medios estudiantiles e intelectuales y, en menor grado, en las poblaciones pobres y en ciertos sectores radicalizados de la clase obrera. La mayoría fue destruida o extremadamente debilitada por la brutal represión deflagrada de los regímenes militares durante la década de 1970. Algunos hicieron un balance autocrítico de su “militarismo” y de su incapacidad de enraizarse orgánicamente en las masas obreras y campesinas e intentaron reorientar su práctica política.

Después de 1974, la corriente guevarista se organizó en una Junta de Coordinación Revolucionaria, cuyos miembros eran PRT-ERP, el MIR chileno, los Tupamaros y el ELN boliviano. La junta entró en una profunda crisis después de 1977-78 a causa de divergencias internas y del debilitamiento de los grupos-miembros.

Paralelamente al crecimiento de nuevas corrientes revolucionarias, la Revolución Cubana estimuló el desarrollo de las ciencias sociales marxistas.

Por primera vez, el marxismo penetró a gran escala en las universidades latinoamericanas y enriqueció el estudio de la sociología, de la economía política, de la historia y de la ciencia política. Las ideas de las ciencias sociales norteamericanas y sus imitadores en América Latina, las teorías del desarrollo de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas), con su problemática dualista –sociedad moderna contra sociedad arcaica–, y las teorías congeladas de la izquierda tradicional, generalmente de origen stalinista, fueron cuestionadas y criticadas en una serie de obras de investigación teórica y empírica. Una crítica de algunos de los dominantes temas en común de esas teorías fue formulada de manera concisa y polémica en un célebre ensayo del sociólogo mexicano Rodolfo Stavenhagen, *Siete tesis erróneas sobre América Latina* (1965), y un artículo de Luis Vitale, *América Latina: ¿feudal o capitalista?* (1966), y, de manera más desarrollada, por André Gunder Frank en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1967). Un gran número de investigaciones marxistas importantes e innovadoras sobre temas fundamentales de la realidad latinoamericana surgió desde el inicio de la década de 1960: dependencia y subdesarrollo, populismo, sindicatos y su ligación con el Estado, los movimientos obreros y campesinos, la cuestión agraria, la marginalidad y otros. Aunque a veces defendiendo tesis contradictorias, no existe duda de que esas obras –por ejemplo, las de Manuel Aguilar, Arturo Anguiano, Octavio Rodrigues Araujo, José Aricó, Mario Arrubla, Roger Bartra, Fernando Henrique Cardoso, Carlos Blanco, Pablo González Casanova, Osvaldo Fernández Díaz, Bolívar Echeverría, Roberto Fernández Retamar, Florestan Fernandes, Marta Harnecker, Octavio Ianni, Marcos Kaplan, Ernesto Laclau, Rigoberto Lanz, Víctor Leonardi, Héctor Malave Mata, Héctor Silva Michelena, José Álvaro Moisés, Gilberto Mathias, Fernando Novais, José Nun, Francisco de Oliveira, Juan Carlos Portantiero, Aníbal Quijano, Daniel Aarao Reis Filho, Eder Sader, Germán Sánchez, Enrique Semo, Roberto Shwarz, Edelberto Torres Rivas, Tomás Vasconi, Francisco Weffort (además de otros autores que aparecen en esta antología)– ofrecieron una contribución rica y estimulante para la interpretación marxista de América Latina. El hecho de que algunos de ellos se hayan alejado de su pasado marxista y adherido a la ideología neoliberal dominante no disminuye el mérito de sus escritos anteriores...

Es importante enfatizar que esta nueva ciencia social marxista no se limita al medio académico y desempeñó frecuentemente un papel en los debates ideológicos y en el seno de la izquierda latinoamericana. Por ejemplo, para autores de la corriente más radical de la teoría de la dependencia, tales como Gunder Frank, Rui Mauro Marini, Aníbal Quijano y Luis Vitale, la investigación económica y social estaba explícitamente ligada a una estrategia política. Su problemática común se situaba en los siguientes ejes:

1. El rechazo de la teoría del feudalismo latinoamericano y la caracterización de la estructura colonial histórica y de la estructura agraria presente como esencialmente capitalistas.
2. La crítica al concepto de una “burguesía nacional progresista” y de la perspectiva de un posible desarrollo capitalista independiente en los países latinoamericanos.
3. Un análisis de la derrota de las experiencias populistas como resultado de la propia naturaleza de las formaciones sociales latinoamericanas, su dependencia estructural y la naturaleza política y social de las burguesías locales.
4. El descubrimiento del origen del atraso económico no en el feudalismo ni en obstáculos pre-capitalistas al desarrollo económico, sino el carácter del propio desarrollo capitalista dependiente.
5. Finalmente, la imposibilidad de un camino “nacional-democrático” para el desarrollo social en América Latina y la necesidad de una revolución socialista como única respuesta realista y coherente al subdesarrollo y a la dependencia.

Durante la década de 1960, Cuba también conoció el florecimiento de la investigación sociológica, histórica y filosófica, testigo de la existencia de un marxismo creativo y abierto, cuya más notable expresión fue la revista *Pensamiento Crítico*, publicada bajo la dirección de Fernando Martínez Heredia. Por presión soviética, esta revista, que publicaba textos de Rosa Luxemburgo, Herbert Marcuse o Ernest Mandel, además de trabajos marxistas cubanos que rechazaban la línea de los manuales de la URSS –Aurélío Alonso, Germán Sánchez, Jesús Díaz– fue cerrada en 1971.

El guevarismo no fue la única corriente revolucionaria que se desarrolló en América Latina a partir de 1960. En menor grado, el trotskismo y el maoísmo también reconocieron un crecimiento significativo.

La consolidación del trotskismo durante ese período ocurrió, entre otras razones, porque la Revolución Cubana fue vista por muchos sectores de la juventud radicalizada como una confirmación de ciertas tesis defendidas por los partidarios de la IV Internacional, especialmente la teoría de la revolución permanente como proceso que conduce al “transcrecimiento” de la revolución democrática en una revolución socialista. El trotskismo también logró crecer como resultado de la crisis del movimiento comunista tradicional después de la Revolución Cubana y a causa de la polémica castrista contra la política moderada de los partidos latinoamericanos.

De 1961 a 1963, en Perú, un militante trotskista, Hugo Blanco, lideró uno de los mayores movimientos campesinos de masa en la historia reciente del continente –una serie de ocupaciones de tierras por sindicatos campesinos en el Valle de la Convención–. Hugo Blanco también intentó organizar una milicia campesina para defender el movimiento contra los propietarios de tierras y la policía, pero la represión de las Fuerzas Armadas destruyó los sindicatos campesinos y sus líderes fueron encarcelados¹⁰⁰.

La simpatía trotskista por la Revolución Cubana y la ausencia de perjuicios antitrotskistas entre los guevaristas permitió el establecimiento de relaciones de colaboración entre las dos corrientes en una serie de países, que, durante algún tiempo, llegaron a cierta simbiosis política y/o política organizacional.

Así, en Chile, los trotskistas (Luis Vitale y sus amigos) participaron de la fundación del MIR en 1965. La organización fue influenciada por sus ideas aun después de su salida, algunos años después, y los trotskistas consideraron durante un período al MIR como el más próximo a sus ideas dentro de todos los grupos guevaristas.

En Bolivia, el POR de González Moscoso y el ELN de Inti Peredo colaboraron íntimamente desde 1969 a 1971, llegando hasta a unir parcialmente sus alas militares.

Por fin, en 1965, en Argentina, la fusión entre un grupo castrista y una organización trotskista dio a luz al PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), que fue la sección argentina de la IV Internacional desde 1969 a 1973¹⁰¹.

Esta alianza trotskista-guevarista se cristalizó en IX Congreso de la IV Internacional (1969), que proclamó una orientación a favor de la lucha armada y de la integración de las organizaciones trotskistas en la corriente OLAS. Durante la década de 1970, sin embargo, divergencias estratégicas y tácticas llevaron a un alejamiento de las dos tendencias, que, a pesar de eso, mantuvieron relaciones fraternales en la mayoría de los países. El trotskismo se desarrolló en los años 70, especialmente en México, donde el PRT (la sección mexicana de la IV Internacional) creció rápidamente (con importante influencia en sindicatos campesinos independientes); también en Colombia, en Brasil y en Perú,

¹⁰⁰ Militantes del FIR (Frente de Izquierda Revolucionaria), organización trotskista peruana de la cual Hugo Blanco fue miembro, iniciaron las primeras “expropiaciones de bancos” en América Latina, bajo el liderazgo de Daniel Pereyra en 1961-62.

¹⁰¹ En 1968, un grupo trotskista liderado por Nahuel Moreno dejó al PRT, oponiéndose a la perspectiva de alistamiento en la lucha armada contra el régimen militar argentino y, posteriormente, formó el PST (Partido Socialista de los Trabajadores). En cuanto al PRT, se separó de la IV Internacional trotskista en 1973, asumiendo una orientación política e ideológica próxima a la línea política del Partido Comunista Vietnamita.

donde el FOCEP (Frente de los Obreros, Campesinos y Estudiantes del Perú), una coalición predominantemente trotskista, recibió el 12% de los votos en las elecciones de junio de 1978 para la Asamblea Constituyente.

La relación entre el maoísmo y el guevarismo, al contrario, fue, en su mayoría, marcada por el conflicto. El maoísmo surgió en el continente como consecuencia de la polémica chino-soviética y como resultado de las divisiones en los partidos comunistas tradicionales. El primer grupo maoísta latinoamericano fue el Partido Comunista del Brasil (PCdelB), producto de una corriente disidente que dejó al Partido Comunista Brasileño (PCB) en 1962. El Partido Comunista del Brasil fue fundado por una parte del antiguo liderazgo del partido –Diógenes Arruda, Joao Amazonas, Pedro Pomar–, que, continuando las quejas de Stalin y descontento con el XX Congreso y la desestalinización, encontró eco a sus preocupaciones en la crítica china a Kruchev. La orientación del PCdelB combinaba un retorno a la política de ofensiva del período de la Guerra Fría (1949-53), con una tentativa de aplicar la estrategia revolucionaria del PC chino. El partido maoísta brasileño, siguiendo el ejemplo chino, proponía un “bloque de cuatro clases” y el establecimiento de un gobierno revolucionario por la guerra popular (concebida como la “barrera de las ciudades en el campo”), cuya tarea sería realizar una revolución antiimperialista y antilatifundista. Los maoístas convergían con los pro-soviéticos al negar no solo el carácter socialista de la revolución en su presente etapa, sino que también negaban la insistencia en la necesidad de una alianza con la burguesía nacional; proponían, por otro lado, la hegemonía del proletariado en esa alianza de clases y la necesidad de la lucha armada. Durante la década de 1960, el PCdelB se negó a tomar parte de las acciones armadas y criticó severamente las actividades de los guerrilleros castristas (ALN, MR-8, etc.) como contradictorias a una verdadera guerra popular. No obstante, en 1971-73, el partido organizó una acción guerrillera campesina en el Amazonas que fue exterminada por el Ejército brasileño. En esa época, el PCdelB fue reforzado por la adhesión de una gran parte de la Acción Popular, una organización que tiene sus orígenes en la izquierda cristiana y que fue hegemónica en el movimiento estudiantil brasileño en la década de 1960.

Organizaciones similares al PCdelB surgieron en otros países: el PCML (Partido Comunista Marxista-Leninista) del Perú, el PCML de Bolivia, el PCML de Colombia, etc. Estos últimos se distinguieron de los otros grupos por crear una importante organización de guerrilla rural, el EPL (Ejército Popular de Liberación), en 1967. Por otro lado, la negación del PCML de Bolivia (liderado por Oscar Zamora) en apoyar los guerrilleros del Che en 1967 fue uno de los temas de confrontación política entre el maoísmo y el guevarismo

en el continente. Durante la década de 1970, la nueva política exterior china –reaproximación con los Estados Unidos, una postura ambigua frente a Pinochet– provocó una profunda crisis en la corriente maoísta, y en muchas organizaciones, empezando por el PCdelB, que se acercaron a Albania. Hoy, el maoísmo no existe como corriente en América Latina, salvo, tal vez, por la guerrilla del Sendero Luminoso en Perú, que parece estar más inspirada en Pol Pot que en Mao Tse-Tung.

El desarrollo del castrismo/guevarismo, del trotskismo y del maoísmo en América Latina después de 1960 representó un desafío para la hegemonía de los partidos comunistas tradicionales sobre el movimiento obrero.

Esos partidos reaccionaron de variadas maneras a las organizaciones castristas. Algunos (Argentina, Brasil, Colombia, Chile), desde el inicio, se negaban a cooperar con las nuevas corrientes, clasificándolas de aventureras pequeño-burguesas. Otros intentaron periódicamente colaborar con grupos guerrilleros (Bolivia, Venezuela, Guatemala)¹⁰²; en algunos casos, divergencias profundas en cuanto al papel de la propia lucha armada (como estrategia o táctica) provocaron una división en la que miembros de la juventud comunista (Inti Peredo, en Bolivia) se unieron a las hileras de los guerrilleros guevaristas. Finalmente, algunos partidos, notablemente el uruguayo (bajo el liderazgo de Rodney Arismendi), participaron de la OLAS y consiguieron establecer un *modus vivendi* y llegaron hasta a colaborar con la corriente guevarista (los Tupamaros).

El partido que experimentó la crisis más profunda después de la Revolución Cubana fue probablemente el PC brasileño. Integrado al régimen populista del presidente Joao Goulart y con mucha confianza en el sector “nacional-democrático” de las Fuerzas Armadas brasileñas, el PCB fue sorprendido por el golpe militar de abril de 1964, que estableció una dictadura que permanecería en el poder hasta 1985. Sin embargo, al contrario del PGT guatemalteco, que emitió después de la caída de Arbenz en 1954 una autocrítica acerca de su insuficiente autonomía frente a la burguesía, el PCB, en una resolución del Comité Central, en mayo de 1965, criticó la tendencia “sectaria e izquierdista” del partido durante 1962-64, una tendencia que habría “alejado del frente único a importantes sectores de la burguesía nacional”¹⁰³.

¹⁰² El PC venezolano pasó por una seria crisis en 1969-70, que llevó a la salida de gran parte de su liderazgo y de importantes sectores de base, que formaron el MAS (Movimiento al Socialismo), liderado por Teodoro Petkoff. La principal causa de la división no fue la lucha armada, pero sí la cuestión de las relaciones del partido con la URSS, que fue puesta en duda con la invasión a Checoslovaquia en 1968. En el curso de los años 90, el MAS tomó una orientación social-demócrata y Petkoff pasó a participar de gobiernos neoliberales.

¹⁰³ Citado en Carlos Rossi, “Le PC brésilien”, *Révolution permanente en Amérique Latine*. París, Maspero, 1972, pág. 15.

La derrota de 1964 y esa línea autocrítica –considerada derechista por la oposición– provocó una crisis interna en el partido que se estimuló con el impacto de la conferencia de la OLAS. Después de 1967, muchos militantes y algunos de los principales del PCB –incluyendo Carlos Marighella, Joaquim Câmara Ferreira, Mario Alves, Apolonio de Carvalho y Jacob Gorender– dejaron el partido para fundar organizaciones y comprometerse con la lucha armada.

Algunos partidos, como el PC chileno, por otro lado, no tuvieron divisiones importantes (excepto por algunos sectores jóvenes que se unieron al MIR) y permanecieron impermeables a la influencia de la Revolución Cubana. Gracias a su fuerza organizativa y coherencia ideológica, el PC chileno se volvió la fuerza hegemónica en lo que puede ser considerado la más importante tentativa de buscar un camino pacífico hacia el socialismo en América Latina, el gobierno de la Unidad Popular en Chile.

Debemos enfatizar que, frente a las vacilaciones del Partido Socialista, que fue profundamente influenciado, en sus bases, por tendencias guevaristas y trotskistas, el Partido Comunista fue la tendencia obrera *más moderada* del gobierno de Allende. Convencido desde hace muchos años de que Chile podría volverse socialista pasando por una etapa “antioligárquica y antiimperialista”¹⁰⁴, el Partido Comunista intentó por todos los medios asegurar un *modus vivendi* entre el gobierno de la Unidad Popular y las fuerzas burguesas consideradas progresistas por la limitación de las nacionalizaciones¹⁰⁵, por el diálogo con la Democracia Cristiana y, especialmente, por la colaboración con las Fuerzas Armadas, en las cuales, de acuerdo a líderes comunistas “reina una conciencia profesional y respeto por el gobierno constitucionalmente establecido”¹⁰⁶.

En otras palabras: los trágicos eventos de septiembre de 1973 no fueron previstos por el PC chileno y habría sido difícil para él prevenirlos, considerando la concepción que el partido tenía acerca del aparato estatal y su relación con las clases sociales.

¹⁰⁴ Ver, por ejemplo, el informe del secretario general al XIV Congreso del Partido, en noviembre de 1969, Luis Corvalán, *Camino de victoria*. Santiago, septiembre de 1971, pág. 323.

¹⁰⁵ El famoso “Plan Millas”, propuesto por el ministro de Finanzas, comunista, siguió adelante con la previa devolución a sus dueños de ciertas propiedades expropiadas durante la “huelga de los patrones” de octubre de 1972.

¹⁰⁶ Cf. Corvalán, *Camino de victoria*, págs. 425-6. En una entrevista al *L'Humanité* (el diario del PC francés), Corvalán, secretario general del PC chileno, enfatizó: “En círculos ultra-revolucionarios, se afirma que una confrontación con el Ejército es inevitable e irrevocable. [...] En un último análisis, considerar inevitable una confrontación armada implica, y algunos están sugiriendo eso, la formación inmediata de milicias obreras. En la presente situación, eso sería una señal de falta de confianza en el Ejército. Pero el Ejército no es impermeable a los nuevos vientos que están soplando y penetrando en todos los rincones de América Latina” (*L'Humanité*, 7 de enero de 1971).

Finalmente, algunas observaciones sobre las corrientes socialistas en América Latina. Hasta hace pocos años, la social-democracia no se había implantado en el continente con eficacia. Las principales excepciones hasta la década de 1970 fueron los partidos socialistas de Argentina y de Uruguay, que desempeñaron un papel significativo en el movimiento de los trabajadores a comienzos del siglo, bajo el liderazgo de E. Frugoni en Uruguay y de Juan B. Justo, Alfredo Palacios, Américo Ghioldi, Alicia Moreau de Justo y otros en Argentina. Pero la Revolución Cubana también tuvo impacto sobre esos partidos, provocando la radicalización de ciertos sectores socialistas. En la década de 1960, varias divisiones ocurrieron en el PS argentino, tanto en la derecha (el Partido Socialista Democrático de Ghioldi y Nicolás Repetto) como en la izquierda (el Partido de la Vanguardia Socialista de David Tieffenberg y otros); una de las tendencias socialistas, liderada por Juan Coral, se unió en 1972 al grupo La Verdad, de Nahuel Moreno, para formar el Partido de los Trabajadores Socialistas, de orientación trotskista. Consecuentemente, la corriente social-democrática fue debilitada y marginalizada, llegando casi a desaparecer como fuerza política o sindical importante. Un proceso similar –pero en menor grado– ocurrió en Uruguay, donde las secciones más combativas del Partido Socialista crearon el movimiento Tupamaro.

El Partido Socialista Chileno, al contrario de los partidos de Argentina y de Uruguay, nunca se había afiliado a la Internacional Socialista. La verdad, es que ese partido no era realmente un típico partido social-demócrata, aunque incluyera corrientes social-demócratas. Su simpatía por la revolución yugoslava y, posteriormente, por la Revolución Cubana, y su alianza política con los comunistas lo pusieron en contradicción con la doctrina social-demócrata tradicional. Eso también se aplicaba al caso del Partido Socialista Revolucionario del Ecuador. En el curso de los años 80 y 90, la social-democracia vivió un desarrollo bastante espectacular en América Latina. El PS chileno se transformó, bajo la nueva dirección, en partido social-demócrata, aliado a la Democracia Cristiana en el gobierno de transición de Chile. Con excepción del caso chileno, la mayoría de los partidos y movimientos que se denominan social-demócratas y adhirieron a la Internacional Socialista en el último período, son partidos de estilo populista, que tienen poco que ver con el marxismo o el movimiento obrero socialista: el APRA del Perú, el PDT brasileño de Leonel Brizola, la Acción Democrática (AD) en Venezuela, el PLN en Costa Rica, el PNP jamaicano, el PRD de la República Dominicana, entre otros.

A pesar de la derrota de la mayoría de los movimientos guerrilleros de las décadas de 1960 y 1970, el nuevo período revolucionario del marxismo latinoamericano, iniciado por la Revolución Cubana, no se había agotado.

La victoria de la Revolución Nicaragüense y el desarrollo de frentes revolucionarios en América Central representó en los años 80 la continuidad de esa dinámica, que también se manifestó bajo nuevas formas en todo el continente.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional fue fundado en 1961, bajo la influencia de Cuba y del guevarismo. Sin embargo, el sandinismo no era una simple copia o imitación del modelo cubano. Carlos Fonseca y sus amigos formularon su propia teoría y orientación, correspondiendo a las tradiciones revolucionarias de Nicaragua. La leyenda de Sandino –su lucha épica contra los U.S. Marines, su cobarde asesinato por los hombres de Somoza en 1934– fue una herencia transmitida de generación en generación. Representa una oculta, reprimida, subterránea, pero increíblemente tenaz tradición de los oprimidos, que incluía ideas de Sandino, el General de los Hombres Libres: una mezcla explosiva de antiimperialismo intransigente y rebelión social. Puesta en la ilegalidad por el Estado, esa cultura revolucionaria popular se fundió con el marxismo para transformarse en el sandinismo. Al interpretar a Sandino en un contexto marxista y traducir el marxismo en el lenguaje de la cultura sandinista, Carlos Fonseca y sus compañeros forjaron la ideología revolucionaria del FSLN.

No fue por casualidad que el antiguo Partido Comunista de Nicaragua (el PSN - Partido Socialista Nicaragüense) permaneció al margen del proceso revolucionario, como en Cuba, criticando al Frente Sandinista de “ultraizquierdista”, “aventurero” e influenciado por el maoísmo y por el trotskismo.

En ciertos aspectos, la Revolución Sandinista recuerda a la cubana: la derrota armada de una dictadura impopular, la creación de un poder revolucionario basado en el pueblo armado, en la reforma agraria, en la confrontación con el imperialismo. Sin embargo, ciertas características originales fueron específicas de Nicaragua: un papel mucho más importante desempeñado por la población pobre y joven de las ciudades, la menor importancia de la guerrilla rural ante las insurrecciones urbanas y la participación en masa de los cristianos.

Al contrario de Cuba, sin embargo, donde la “transición” de la revolución democrática hacia la revolución socialista ocurrió rápidamente (cerca de dos años), en Nicaragua, diez años después de la victoria de la insurrección en julio de 1979, todavía existía una economía mixta y muchos capitalistas todavía conservan sus propiedades. La violación del orden burgués fue, al principio, política: la destrucción del aparato estatal de las clases dominantes y el establecimiento de un Estado revolucionario basado en el Ejército Sandinista, en las milicias populares, sindicatos, Comités de Defensa Sandinista y otros organismos. Los cambios económicos ocurrieron de forma más lenta e incompleta:

la expropiación de las propiedades de Somoza y de sus seguidores y, más tarde, una reforma agraria bastante radical. Pero la mayor parte de la propiedad económica permanecía en manos privadas¹⁰⁷. Otra característica particular de la Revolución Nicaragüense fue el establecimiento por el gobierno sandinista de un régimen político basado en derechos democráticos, pluralismo político y sindical, libertad de prensa y derecho de asociación. Elecciones reconocidas por observadores internacionales como libres y democráticas (¡las primeras en la historia de Nicaragua!), fueron realizadas en 1984 y resultaron con una mayoría del 67% para el FSLN en la Asamblea Constituyente. Errores autoritarios (sobre todo en lo que dice respecto a los indios miskito) fueron progresivamente corregidos, aunque continuara predominando un estilo vertical de liderazgo político.

La derrota de los sandinistas en las elecciones de 1990 fue, sobre todo, el resultado de las terribles consecuencias del bloqueo económico norteamericano y de la guerra contra-revolucionaria organizada por los Estados Unidos contra el pueblo nicaragüense. Pero errores sandinistas también contribuyeron en este retroceso: la democracia interna insuficiente en el partido sandinista, el servicio militar obligatorio, concesiones al sector privado, etc.

La Revolución Nicaragüense tuvo un profundo impacto en todo el continente, pero especialmente en América Central. En El Salvador, ayudó a inspirar el desarrollo de organizaciones populares y frentes guerrilleros. De diversos orígenes –guevaristas, maoístas, cristianos de izquierda, comunistas disidentes–, esos frentes trascienden el foco y la actividad puramente militares, gracias a esfuerzos intensos de organización popular (entre obreros, campesinos, estudiantes y población pobre urbana y rural). El movimiento popular provocó el derrumbe de la dictadura militar del general Romero en 1979, y las organizaciones populares forman la Coordinadora Revolucionaria de Masas, pero las organizaciones guerrilleras no consiguieron enfrentar la represión militar que exterminó prácticamente a todos los dirigentes de la CRM. La unidad fue establecida poco después, con la fundación del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en 1980, que adoptó la herencia del comunismo salvadoreño inicial y de la insurrección de 1932. El FMLN llegó a controlar un tercio del territorio del país y consiguió un amplio apoyo popular en las ciudades y en el campo. Sin ayuda militar y económica masiva de los Estados Unidos, el poder del Ejército salvadoreño y de la oligarquía ya habrían sido derrotados. Como en Nicaragua, muchos militantes revolucionarios en El Salvador son cristianos; durante mucho tiempo, la principal base

¹⁰⁷

Para un estudio detallado sobre estas cuestiones, ver el excelente estudio de Paul Le Blanc, *Permanent Revolution in Nicaragua*. Nueva York, Fourth Internationalist Tendency, 1984.

de los guerrilleros rurales fue la FECCAS, la Federación Cristiana de los Campesinos Salvadoreños, creada por jesuitas progresistas.

La victoria sandinista también estimuló a los revolucionarios de Guatemala, si bien el movimiento no fuese tan grande como el de El Salvador. Los diversos frentes guerrilleros guatemaltecos, unidos desde 1985 en la URNG (Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca), consiguieron implantar en las comunidades campesinas mayas, al contrario de sus predecesores en la década de 1960. Cristianos radicales y sus comunidades de base también desempeñaron un papel esencial en este caso. Sin embargo, masacres sistemáticas del Ejército y la conscripción militar forzada de la población rural consiguieron debilitar las organizaciones revolucionarias guatemaltecas.

En esas tres naciones centroamericanas, la vanguardia revolucionaria fue creada por medio de la fusión del marxismo con tradiciones populares de lucha social y antiimperialismo que permanecieron en la memoria colectiva de los oprimidos: la lucha de Sandino contra la intervención norteamericana en Nicaragua (1927-34), la insurrección de 1932 en El Salvador y la lucha centenaria de los indígenas contra la colonización en Guatemala.

Corrientes de varios orígenes se reunieron en los tres frentes de liberación—incluyendo los partidos comunistas “históricos” que participaron en El Salvador y Guatemala—, pero las nuevas fuerzas marxistas, en parte inspiradas por el guevarismo, son las hegemónicas. La atracción de las ideas socialistas y marxistas hacia una parte significativa de las “masas cristianas” y hacia los sectores más radicalizados del clero, es uno de los aspectos característicos de las insurrecciones centroamericanas, sobre lo cual no hay precedentes en la historia.

Con la derrota electoral del sandinismo y el cambio de la coyuntura política internacional (fin de la Guerra Fría, desaparición de la URSS), los movimientos guerrilleros salvadoreños y guatemaltecos decidieron aceptar acuerdos de paz, que, a cambio del desarme de los grupos insurgentes, ofrecieron ciertas garantías democráticas para una actividad pública y legal de las fuerzas de izquierda.

Mientras se daba ese proceso de lucha en América Central, surgieron a partir de 1980, nuevos movimientos políticos y sociales en el Cono Sur de América Latina, especialmente la formación del Partido de los Trabajadores (PT) y de la Central Única de los Trabajadores (CUT) en Brasil. El proceso de industrialización dirigido por el régimen militar en asociación con el capital multinacional, llevó al surgimiento de una nueva clase trabajadora, que se movilizó en grandes huelgas durante 1978-79, especialmente en la región del ABC. Frente a la represión del Estado, sindicalistas militantes, como Lula (el líder del sindicato de los metalúrgicos de Sao Bernardo do Campo), se politizaron

y tomaron la decisión de crear el Partido de los Trabajadores, independiente de las fuerzas de oposición burguesas y liberales del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB). El nuevo Partido de los Trabajadores consiguió luego el apoyo y la adhesión de muchos sindicalistas y organizadores de las comunidades eclesíásticas de base, así como de intelectuales de izquierda, antiguos militantes de los frentes guerrilleros de la década de 1960 y grupos marxistas (sobre todo trotskistas). La CUT fue creada en 1983 bajo el ímpetu de los sindicalistas del PT, uniendo las corrientes de luchas de clase del movimiento obrero, y es actualmente, con 10 millones de miembros, la fuerza hegemónica del sindicalismo brasileño. Con centenas de millares de adherentes y decenas de millones de votos, el PT se transformó en la principal oposición obrera y popular a la “Nueva República”, surgida a partir del consenso entre militares y la burguesía liberal. El Partido de los Trabajadores como tal no se reclama marxista, pero su programa democrático y socialista –aprobado en el 7º Encuentro, en 1990– es, sin duda, de inspiración marxista. Sin hablar de las tendencias internas marxistas, que ejercen influencia significativa en el partido.

Ni el impulso revolucionario en América Central, ni la formación de nuevos movimientos obreros y populares en Brasil pueden ser comprendidos sin la consideración de un nuevo e inesperado fenómeno: la radicalización de amplios sectores cristianos y su atracción por el marxismo.

El Concilio Vaticano II sin duda contribuyó en esa evolución, sin embargo no de manera directa, ya que sus resoluciones no trascendieron los límites de una modernización, un *aggiornamento*, una apertura liberal. Pero esa apertura, al perturbar la antiguas certezas dogmáticas, transformó a la cultura católica permeable a nuevas ideas e influencias “exteriores”. Abriéndose al mundo moderno, la Iglesia no puede evitar los conflictos sociales que sacuden este mundo, especialmente en América Latina. Es en ese contexto que muchos cristianos –en el inicio, intelectuales, principalmente: teólogos, jesuitas, especialistas laicos, estudiantes– fueron atraídos por el análisis y las propuestas marxistas, como ocurrió con gran parte de los intelectuales del continente durante la década de 1960.

La teología de la liberación no creó ese cambio; es un producto de ella. Más precisamente, es la expresión particular de un movimiento social creado por el ingreso de cristianos en asociaciones de barrio, sindicatos, movimientos estudiantiles, ligas campesinas, centros de educación particular, partidos políticos de izquierda y organizaciones revolucionarias. Ese movimiento, que podríamos llamar cristianismo de liberación, surgió en la década de 1960 (acuérdense de Camilo Torres), mucho antes de la teología de la liberación. Esta, sin embargo, al dar al movimiento legitimidad y una doctrina, contribuyó a su difusión y desarrollo.

El tema de la liberación comenzó a preocupar a los teólogos más avanzados, insatisfechos con la dominante “teología del desarrollo”, a fines de la década de 1960. Pero fue en 1971, con un libro de Gustavo Gutiérrez, cura peruano y ex-estudiante de las universidades católicas de Louvain y Lyon, que la teología de la liberación nació verdaderamente. En esa obra, *Teología de la liberación - Perspectivas*, Gutiérrez propuso cierto número de ideas controvertidas que estaban destinadas a hacer un eco considerable. Influenciado por el marxismo –se refiere especialmente a los escritos de Mariátegui, de Ernst Bloch y de los teóricos de la dependencia–, Gutiérrez no ve a los pobres como objeto de pena o caridad, sino como sujetos de su propia liberación. Rechazando el “desarrollismo [...] que se volvió un mero sinónimo de reformismo y modernización”, es decir, de medidas limitadas, tímidas e ineficaces que apenas empeoran la dependencia, el teólogo peruano proclama sin hesitar:

*Solo una destrucción radical del presente estado de las cosas, una transformación profunda de las relaciones de propiedad, la toma de poder por la clase explotada, una revolución social, terminarán con esa dependencia. Solo ellas permitirán la transición a una sociedad diferente, una sociedad socialista*¹⁰⁸.

Observése que la posición es mucho más radical que la propuesta de los partidos comunistas latinoamericanos en ese período.

Poco después, en abril de 1972, el primer encuentro continental del movimiento “Cristianos por el Socialismo” ocurrió en Santiago, organizado por dos jesuitas chilenos, el teólogo Pablo Richards y el economista Gonzalo Arroyo, con el apoyo del obispo mexicano Sergio Méndez Arceo. Ese movimiento ecuménico, que unió católicos y protestantes, llevó a la lógica de la liberación a su conclusión –es decir, a una tentativa de síntesis entre marxismo y cristianismo– que posteriormente provocó su interdicción por la jerarquía de la Iglesia chilena. La resolución final del encuentro de 1972 proclamó su adhesión, como cristianos, a la lucha por el socialismo en América Latina:

El verdadero contexto para una fe viva hoy en día es la historia de la opresión y de la lucha por la liberación frente a la opresión. Para que nos situemos en ese contexto, sin embargo, debemos participar verdaderamente del proceso de liberación, uniendo partidos y organizaciones que sean instrumentos auténticos de la lucha de la clase trabajadora.

¹⁰⁸

Ver Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación: perspectivas*. Lima, CEP, 1971, págs. 22-23.

Gracias al trabajo de Gutiérrez, de Hugo Assmann –otro pionero de la teología de la liberación–, de los hermanos Leonardo y Clodovis Boff, de Frei Betto (preso por varios años por la dictadura militar, y actualmente principal animador de las comunidades de base de Brasil y consejero del Partido de los Trabajadores), de Ignacio Ellacuría (asesinado por los militares en El Salvador), de Jon Sobrino y Pablo Richards en América Central, la teología de la liberación se transformó en una corriente influyente en las comunidades de base y en sectores significativos de la Iglesia. Esto provocó una reacción en el Vaticano: la famosa “Instrucción en cuanto a ciertos aspectos de la Teología de la Liberación”, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dirigida por el cardenal Ratzinger, que denuncia la teología de la liberación como una nueva herejía basada en el “uso indiscriminado” de conceptos marxistas.

Cualquiera que sea el resultado de la ofensiva del Vaticano –y no podemos excluir que conseguirá algunos éxitos–, la posición de los cristianos en el campo de la lucha de clases nunca será lo que era antes del surgimiento y del desarrollo del cristianismo de la liberación.

Durante muchos años, la cuestión de una alianza con los sectores llamados “cristianos de izquierda” fue una preocupación táctica del movimiento de los trabajadores y de los marxistas en América Latina. Durante su viaje a Chile, en 1971, Fidel Castro habló de la posibilidad de que cristianos y marxistas pasasen de una alianza táctica a una alianza estratégica. Pero después de la experiencia centroamericana, así como de la brasileña, la cuestión de las alianzas aparece como superada: los cristianos se volvieron un componente de los movimientos populares socialistas, libertadores o revolucionarios. Ellos trajeron una sensibilidad moral, una experiencia del trabajo popular “en la base” y una urgencia utópica que contribuyeron a enriquecer al movimiento. Lo que les atrae a ciertos cristianos del marxismo no es apenas su valor científico como análisis de la sociedad; es también, o especialmente, su oposición ética a la injusticia capitalista, su identificación con la causa de los oprimidos y su propia propuesta socialista.

Los acontecimientos de los años 1989-91 no dejaron de tener un impacto sobre la izquierda marxista latinoamericana. Más que el derrumbe del Muro de Berlín y el fin poco glorioso de la URSS –duramente afectados sobre todo por la corriente comunista identificada con el modelo soviético– fue la derrota sandinista que tuvo mayores consecuencias para el conjunto de las fuerzas de izquierda, en América Central y en todo el continente, contribuyendo –como hemos visto anteriormente– para el desarme de las guerrillas de América Central, en el cuadro de acuerdos de paz acompañados de garantías democráticas. A esto se le debe agregar las dificultades de Cuba: si existe una enorme simpatía por el combate de Cuba en la defensa de las conquistas de la revolución y contra el bloqueo

norteamericano, la falta de democratización del régimen y ciertas prácticas autoritarias –como, por ejemplo, el proceso de ejecución del general Ochoa y sus amigos– han suscitado muchas dudas y críticas en la izquierda latinoamericana.

Estos y otros acontecimientos, en un contexto de ofensiva capitalista neoliberal triunfante, llevaron a varios intelectuales o dirigentes de izquierda “realistas” a proclamar el fin del período abierto de la Revolución Cubana de 1959, y el inicio de una época de “consenso democrático”, en la cual las reformas necesarias se darían en el cuadro de la economía (capitalista) de mercado, la revolución sería un capítulo cerrado en la historia de América Latina, y en su lugar solo podría tener consecuencia una política moderada de reformas, implementada por gobiernos de centro-izquierda. Es la tesis que defiende, por ejemplo, el talentoso escritor y periodista mexicano Jorge Castañeda, en su libro *La utopía desarmada* (1993), que tuvo considerable impacto en todo el continente.

Sin embargo, pocos meses después de publicado el libro, en su propio país, México, presenció un espectacular levantamiento de los indios del Chiapas, bajo la dirección de una organización de utopistas armados, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Es verdad que los zapatistas, al contrario a los grupos de guerrilla tradicionales, no tienen por objetivo tomar el poder, pero sí suscitar la auto-organización de la sociedad civil mexicana, con vistas a una profunda transformación del sistema social y político del país. Entretanto, sin el levantamiento de enero de 1994, el EZLN –que permanece con armas en mano cinco años después– no se habría transformado en una referencia para las víctimas del neoliberalismo, no solamente en México, sino en toda América Latina y en todo el mundo.

El nuevo zapatismo mexicano es un movimiento portador de magia, de mitos, de utopías, de poesía, de romanticismo, de entusiasmo, de “mística”; pero al mismo tiempo está lleno de insolencia, de humor, de ironía y de autoironía. En él se combinan varias tradiciones subversivas, que componen una efervescente e imprevisible cultura revolucionaria, que encuentra su expresión literaria en artículos del subcomandante Marcos.

Por un lado el EZLN es heredero del marxismo guevarista, que inspiró el núcleo original del movimiento. Claro está que la evolución del zapatismo lo condujo muy lejos de ese origen, pero la insurrección de enero de 1994, así como el propio espíritu del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, guarda algo de esa herencia: la importancia de las armas, la conexión orgánica entre los combatientes y el campesinado, el fusil como expresión material de la desconfianza de los explotados frente a sus opresores, la disposición a arriesgar la vida por la emancipación de los pobres. Estamos lejos de la aventura boliviana de 1967, pero cerca de la ética revolucionaria tal como el Che la encarnaba.

La herencia más que directa es, sin duda, la del propio Emiliano Zapata, cuyo famoso Ejército del Sur representa al mismo tiempo la insurrección de los campesinos e indios, la lucha intransigente contra los poderosos sin pretender tomar el poder, el programa agrario de redistribución de las tierras y la organización comunitaria de la vida campesina –lo que Adolfo Gilly llamó “la comuna de Morelos”–. Pero es también Zapata el internacionalista que saludó, en una célebre carta de febrero de 1918, a la Revolución Rusa, insistiendo en “la visible analogía, el paralelismo evidente, la absoluta paridad” entre esta revolución agraria en México:

Una y otra están dirigidas contra lo que Tolstoi llamaba “el gran crimen”, contra la infame usurpación de la tierra, que, siendo propiedad de todos, como el fuego y el aire, fue monopolizada por algunos poderosos, sustentados por la fuerza de los ejércitos y por la iniquidad de las leyes.

“Tierra y Libertad” continúa siendo la palabra de orden central de los nuevos zapatistas, que son continuadores de una revolución interrumpida –para retomar el título del bello libro de Gilly– en 1919, con el asesinato de Zapata.

La teología de la liberación es otra fuente de inspiración del zapatismo –aunque sus dirigentes no se refieran mucho a ella–. La verdad es que, sin el trabajo de concientización de las comunidades indígenas y la auto-organización para luchar por sus derechos, promovidos por Monseñor Ruiz y sus catequistas desde los años 70, es difícil imaginar que el movimiento zapatista habría tenido tal impacto en Chiapas. Claro, este trabajo no tenía vocación revolucionaria y rechazaba toda acción violenta. Pero eso no impide que, en la base, en las comunidades indígenas, muchos zapatistas –inclusive entre los dirigentes– hayan sido formados por la teología de la liberación, por una fe religiosa que escogió el compromiso con la auto-emanipación de los pobres.

Estas tres herencias son importantes, es probable que la tradición que más haya contado para el EZLN sea la cultura maya de los indígenas del Chiapas, con su relación mágica con la naturaleza, su solidaridad comunitaria, su resistencia a la modernización neoliberal. El zapatismo hace referencia a esta tradición comunitaria del pasado, pre-capitalista, pre-moderna, pre-colombina –un poco como Mariátegui, que hablaba, no sin exageración, de “comunismo inca”.

El EZLN es heredero de cinco siglos de resistencia indígena a la Conquista, a la “Civilización” y a la “Modernidad”. No es casualidad que la insurrección zapatista había sido originalmente planeada para 1992, la fecha del Quinto Centenario de la Conquista, y que, en aquel año, una multitud

de indígenas haya ocupado San Cristóbal de las Casas, la capital de Chiapas, derrumbando la estatua del conquistador Diego de Mazariegos, símbolo odiado de la explotación de los indios y de su sujeción.

Pero el EZLN no es la única manifestación de permanencia de una utopía revolucionaria de inspiración marxista en América Latina, que vuelve por lo menos prematuros los intentos de declarar como terminado el gran capítulo histórico abierto de la Revolución Cubana. Otras luchas –sobre todo las con base social en el campo– expresan, en el curso de los años 90, una contestación radical de orden social, sea, excepcionalmente, bajo la forma de la guerrilla –como en Colombia, donde las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y el ELN (Ejército de Liberación Nacional) ampliaron su influencia social–, sea, lo que es más frecuente, bajo la forma de movimientos sociales de un tipo nuevo.

De estos, el más importante y bien organizado –pero no el único, puesto que movimientos similares existen también en Paraguay, Ecuador, Perú, México, Guatemala, etc.– es sin duda, el MST, Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil. Él también, como tantos otros movimientos radicales en América Latina, tiene su origen en el cristianismo de la liberación, más precisamente en las comunidades de base y en la Pastoral de la Tierra. Pero a partir de los años 80, el MST se autonomizó de su relación con la Iglesia e incorporó elementos importantes del marxismo en su análisis de la estructura rural brasileña y en su programa agrario de inspiración socialista. Por su combatividad, su “mística”, sus métodos de lucha poco convencionales y su oposición intransigente a las políticas neoliberales de los sucesivos gobiernos brasileños, el MST conquistó la simpatía no solo de una parte significativa de los campesinos sin tierra, sino también de la población pobre urbana y de la opinión pública en general, y aparece cada vez más como la punta avanzada de la lucha por la transformación social en Brasil.

Por otro lado, el significativo voto popular dado a los partidos de izquierda latinoamericanos, representados en el foro de Sao Paulo, es también, en mayor o en menor grado conforme a los países, la expresión de un descontento con el neoliberalismo, con la dominación imperialista, con el desorden establecido, busca una alternativa radical a las estructuras sociales existentes –independientemente de los límites programáticos de tal o cual organización o frente político¹⁰⁹.

¹⁰⁹

Otra señal de revitalización del marxismo en los años 90 es la multiplicación de revistas marxistas en el continente –*América Libre*, *Cuadernos del Sur*, *Herramienta*, *Rodaballo* (Argentina), *Vientos del Sur*, *Dialéctica*, *Historia y Sociedad* (México), *Márgenes - Sur* (Perú), *Crítica Marxista*, *Praga*, *Outubro*, *Lutas Sociais* (Brasil), etc.– y el apareamiento de una nueva generación de investigadores marxistas, historiadores, sociólogos o economistas, entre los cuales Nestor Kohan, Horácio Tarcus, Claudio Katz, Cláudia Korol (Argentina), Paulina Fernández, Francisco Gomezjara, Antonio García de León,

(continúa en la página siguiente)

Este mismo espíritu está presente en el Movimiento de Resistencia Global contra el Neoliberalismo que se ha desenvuelto en América Latina –como en el mundo entero– después de las grandes manifestaciones de Seattle (1999). Este movimiento, reunido en una de sus más importantes expresiones, el Foro Social Mundial en Porto Alegre –2001, 2002 y 2003, cada vez con mayor éxito–, convoca a un conjunto de movimientos sociales y políticos, ONGs e individuos opuestos al capitalismo neoliberal y a la mercantilización de todas las esferas de la vida social. Los marxistas de diversas orientaciones son apenas una de las corrientes que se manifiestan en este “movimiento de los movimientos”, pero su contribución al análisis crítico del capitalismo contemporáneo y la propuesta de alternativas socialistas resulta esencial. La fuerza de este movimiento está también en su diversidad, reuniendo a marxistas, libertarios, ecologistas, sindicalistas, cristianos e indigenistas, en su unidad contra un adversario común.

Como escribía Mariátegui el 1 de mayo de 1924:

Formar un frente unido es ejecutar un acto de solidaridad en lo que dice respecto a un problema concreto y una necesidad urgente. Eso no significa renunciar a las teorías que cada partido sustenta ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia. Una variedad de tendencias y de grupos bien definidos y distintos no es un mal; al contrario, es una señal de un período avanzado en el proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan cómo actuar en conciliación frente a la realidad concreta del día a día. [...] Que no empleen sus armas [...] para herirse el uno al otro, pero sí para combatir el orden social, sus instituciones, sus injusticias, y sus crímenes¹¹⁰.

MICHAEL LÖWY

París, mayo de 2007.

P.D. Esta introducción corresponde a la versión brasileña, revisada y actualizada, de esta antología, publicada anteriormente en Francia, México, Inglaterra y Brasil. En Alemania, la introducción fue publicada como libro autónomo.

(Traducido al inglés por Luís Carlos Borges)

Fernando Matamoros (México), Ricardo Antunes, Paulo Arantes, Iná Camargo, Isabel Loureiro, José Castilho Marques, Marcelo Ridenti (Brasil), Renán Vega (Colombia), Alfonso Ibáñez, Alberto Rocha (Perú), Orlando Núñez (Nicaragua).

¹¹⁰ Mariátegui, “El primero de mayo y el frente único”, en *Obra política*, p. 253-54.

A propósito de esta antología*

El objetivo de esta antología es suplir una deficiencia y proporcionar un instrumento de trabajo útil para investigadores y militantes. En efecto, no existe ningún compendio de textos políticos importantes del marxismo latinoamericano en el siglo XX. Una de las raras obras de este tipo, el pequeño libro de Luis Aguilar (*Marxism in Latin America*, Borzoi Books, A. Knopf, Nueva York, 1968), un cubano inmigrante en los Estados Unidos después de la Revolución, padece de las limitaciones drásticas del *pocket-book* de "kremlinología" norteamericana.

Es evidente que cualquier selección de textos tiene cierto grado de arbitrariedad, y esta antología no escapa a la regla. Aun así, nuestro propósito fue compilar documentos de diferentes corrientes del marxismo latinoamericano, inclusive de las corrientes minoritarias, olvidadas por la historia oficial de los universitarios (y por la de los partidos comunistas). El eje central de la mayoría de los documentos es la lucha política, pero ellos incluyen también, desarrollos teóricos, sociológicos, económicos e históricos.

El método de esta antología es decisivamente *historicista*: se trata de considerar la evolución del pensamiento marxista en el cuadro de las luchas políticas en cada período histórico de América Latina. Por otro lado, se basa en la suposición de que la historia del marxismo en América Latina no puede ser considerada como un universo aparte, separado del contexto intelectual; por eso, resaltamos en cada etapa su conexión con las transformaciones del movimiento obrero mundial.

Escogimos únicamente textos referentes a América Latina; de esta forma, nos vimos obligados a sacrificar una serie de escritos muy interesantes sobre el método y la filosofía marxistas, la teoría socialista o el leninismo, que constituyen, algunas veces, reales contribuciones latinoamericanas al pensamiento marxista universal. Estos trabajos formarán parte, tal vez, de otro libro.

Por otro lado, tuvimos que descartar (salvo algunas excepciones) trabajos estrictamente económicos o sociológicos, que tuvieron, sobre todo

* N. del E.: De la primera edición mexicana (1982).

después de 1960, un verdadero auge en América Latina, con el surgimiento de una nueva ciencia social marxista, de gran riqueza y calidad.

Por falta de espacio, no fue posible incluir textos de ciertas corrientes importantes en el marxismo latinoamericano: por ejemplo, los Cristianos por el Socialismo, cuyas tesis socioeconómicas y políticas tienen como fundamento el marxismo; la “izquierda nacional”, corriente que subrayó la dimensión nacional de la lucha revolucionaria en el continente (Jorge Abelardo Ramos en Argentina, Carlos Malpica y la revista *Marka* en Perú, etc.); o la corriente de la “negritud marxista”, que incluye a Franz Fanon –nacido en Martinica y autor de *Piel negra, máscaras blancas* (1952), que trata de la condición del negro en las colonias francesas de las Antillas–, Jacques Stéphen Alexis –escritor, poeta y dirigente del Partido Comunista del Haití, asesinado por la dictadura de Duvalier–, el historiador brasileño Clóvis Moura, las corrientes influenciadas por el movimiento Black Power en el Caribe anglófono, etc.

Nuestra compilación de textos comienza en el siglo XX; hubo, sin duda, pensadores y organizaciones que se valían del marxismo desde fines de siglo XIX, sin embargo su influencia fue muy limitada y su papel político prácticamente marginal.

1. La introducción del marxismo en América Latina

JUAN B. JUSTO*
*El librecambio*¹

Médico y publicista, Juan B. Justo (1865-1928) fue el fundador del Partido Socialista (1896) y el autor de la primera traducción al español del libro I de El Capital (1895). Podría ser considerado como uno de los primeros difusores del marxismo en América Latina, pero en realidad sus escritos deben tanto a la sociología positivista (Comte, Durkheim, Spencer son frecuentemente mencionados) como a Marx. Vinculado con las corrientes moderadas de la II Internacional (participa en el Congreso de Copenhage en 1910 y, después de la primera guerra mundial, de la Internacional Socialista), Justo será el principal dirigente y teórico de una corriente socialdemócrata latinoamericana que, fuera de la Argentina y en cierta medida del Uruguay, nunca se convertirá en una fuerza política importante en el continente.

Su principal obra científica es Teoría y práctica de la historia (1909) que constituye una combinación ecléctica de tesis marxistas, liberales y positivistas. Publicamos aquí un corto pasaje de esta obra que desarrolla las ventajas del librecambio para Argentina. Justo era un librecambista apasionado; en su intervención en la Conferencia Socialista de Berna en 1919, presenta la libertad del comercio internacional como la única garantía contra nuevas guerras y predica “la unificación económica del mundo” mediante la abolición de las tarifas arancelarias².

Las tesis de Justo fueron severamente criticadas por la mayoría de los marxistas argentinos como una semiapología del imperialismo y una incompreensión radical de la cuestión nacional en América Latina.

Librar al pueblo trabajador de la extensión fiscal es otra de las grandes funciones de la democracia obrera.

En lugar de pedir a los pudientes las contribuciones necesarias para mantener la maquinaria política que funciona en su provecho, los gobiernos echan sobre los hombros del pueblo los gastos del Estado, en forma de impuestos sobre la vida y el trabajo. En España, hacia 1907, el impuesto de Consumos sustraía anualmente a la población 400 millones de pesetas, de los cuales solo 160 ingresaban a las arcas públicas, perdiéndose lo demás en los rodajes del complicado aparato fiscal necesario para quitar aquella suma al pueblo consumidor.

* Juan B. Justo, *Teoría, y práctica de la historia* (1909), ed. Libera, Buenos Aires, 1969, pp. 485-86.

¹ La mayoría de los títulos de los textos fueron escogidos por Michael Löwy. [E.]

² Cf. Juan B. Justo, *Internacionalismo y patria*, ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1933, pp. 26-27.

En la República Argentina los derechos de aduana encarecen enormemente todo lo que se introduce para el consumo de la clase trabajadora, desde el arroz, la sal, el azúcar, el café y los tejidos y ropas de uso común hasta el petróleo con que el pueblo obrero se alumbra y el hierro galvanizado que le sirve de techo. Cada una de esas gabelas equivale a una merma de los salarios reales. Y las agravan los derechos sobre todos los útiles de trabajo del pueblo, desde la herramienta del artesano hasta las agujas y el hilo de coser, y el impuesto de patente que se exige a todo el que trabaja por su cuenta, desde el que hace pan hasta la que ejerce de partera. ¿No existe en la provincia de Buenos Aires un impuesto contra la producción, que grava las huertas de legumbres para los mercados y deja libres los parques y las grandes mansiones campestres de recreo? La nueva democracia ha de abolir esas odiosas cargas con que el Estado burgués abruma al pueblo trabajador.

Internacional de tendencia y organización, el partido obrero que sostiene su oficina central de Bruselas y celebra la fiesta mundial del 1º de mayo no puede ser engañado por las ficciones del nacionalismo industrial o proteccionismo. Para él las actuales trabas aduaneras al comercio entre los pueblos son tan bárbaras como lo eran hace ciento cincuenta años, las que impedían el comercio de provincia a provincia; y no puede respetarlas sino en cuanto son indispensables para la vida de empresas ya establecidas, cuya ruina perjudicaría a los trabajadores que ocupan.

Con el mismo criterio juzga la política obrera la contribución de tiempo o de sangre que el Estado exige al proletariado para fines militares.

La vinculación de los partidos obreros consolida la paz internacional. Sucede en el mundo como en el Imperio Austríaco, conglomerado heterogéneo de razas, lenguas y religiones en perpetua lucha, que ha adquirido unidad y consistencia con el desarrollo de la democracia social. Ni el imperialismo ni el nacionalismo fanático encuentran su órgano en el partido obrero, que desconfía por igual de las empresas guerreras del capitalismo y de la estructura patriótica en que suelen caer las oligarquías depravadas e ineptas al aproximarse el término de su dominación. La democracia obrera no admite más guerras que las defensivas contra el bárbaro enemigo exterior y las conducentes a abrir nuevas zonas del medio físico-biológico a la acción inteligente del hombre. Entre pueblos cultos, el arbitraje debe resolver todas las cuestiones. La nueva política se empeña en reducir los gastos de guerra que insumen todavía una porción enorme de la riqueza pública y en democratizar las instituciones militares y limitar las obligaciones personales que ellas imponen. En Francia el cuartel comienza a ser utilizado para la educación profesional, cooperativa y cívica de los ciudadanos.

LUIS EMILIO RECABARREN

*Ricos y pobres**

Contrariamente a Juan B. Justo, Luis Emilio Recabarren (1876-1924), que fue también uno de los primeros pensadores marxistas de América Latina, representa la corriente revolucionaria del movimiento socialista naciente en el continente. Más bien educador y propagandista notable que teórico, Recabarren fue el fundador del Partido Obrero Socialista de Chile en 1912, que se transformó en 1922 en Partido Comunista, sección chilena de la III Internacional. En 1916-18 actuó en el Partido Socialista argentino, donde se opuso a la tendencia reformista dirigida por Justo y participó en la fundación del Partido Socialista Internacional (futuro Partido Comunista Argentino). Publicamos aquí extractos de una conferencia que dictó Recabarren en septiembre de 1910, en ocasión del primer centenario de la Independencia de Chile. Se trata de una de las primeras tentativas de análisis marxista del proceso de emancipación de las colonias hispánicas en América y de sus resultados desde el punto de vista del pueblo trabajador. El texto impresiona por su combatividad clasista y su rechazo de la mitología patrioter burguesa, pero carece de dimensión antiimperialista.

Esta conferencia escrita con ocasión del primer centenario de lo que se llama *emancipación política del pueblo*, ha de dejar en sus páginas bien precisada la condición política del país.

La burguesía, por el conducto de sus escritores, nos habla siempre de “los grandes hombres que nos dieron patria y libertad” y esta frase ha pretendido grabarla en la mente del pueblo haciéndole creer que es propia para todos.

Yo mismo en torno mío... miro en torno de la gente de mi clase. ... miro el pasado a través de mis treinta y cuatro años y no encuentro en toda mi vida una circunstancia que me convenza que he tenido patria y que he tenido libertad... ¿Dónde está mi patria y dónde mi libertad? ¿La habré tenido allá en mi infancia cuando en vez de ir a la escuela hube de entrar al taller a vender al capitalista insaciable mis escasas fuerzas de niño? ¿La tendré hoy cuando todo el producto de mi trabajo lo absorbe el capital sin que yo disfrute un átomo de mi producción?

Yo estimo que la patria es el hogar satisfecho y completo, y la libertad solo existe cuando existe este hogar. La enorme muchedumbre que puebla

* Luis Emilio Recabarren, “Ricos y pobres”, 3 de septiembre de 1910, en *Obras*, ed. Casa de las Américas, La Habana, 1976, pp. 74-76, 79-80.

campos y ciudades, ¿tiene acaso hogar? ¡No tiene hogar...! ¡No tiene hogar...! ¡Y el que *no* tiene hogar no tiene libertad! Todos los grandes creadores y fundadores de la economía política han afirmado este principio:

“¡El que no tiene hogar no tiene libertad!”

A ver, ¿quién puede contradecirme?

Acaso los que vencieron al español en los campos de batalla, ¿pensaron alguna vez en la libertad del pueblo? Los que buscaron la nacionalidad propia, los que quisieron independizarse de la monarquía buscaban para sí esa independencia, no la buscaron para el pueblo.

¡Celebrar la emancipación política del pueblo! Yo considero un sarcasmo esta expresión. Es quizás una burla irónica. Es algo así como cuando nuestros burguesitos exclaman: “¡El soberano pueblo...!” Cuando ven a hombres que visten andrajos, poncho y chupalla. Que se celebre la emancipación política de la clase capitalista, que disfruta de las riquezas nacionales. Todo eso está muy puesto en razón.

Nosotros, que desde hace tiempo ya estamos convencidos que nada tenemos que ver con esta fecha que se llama el aniversario de la independencia nacional, creemos necesario indicar al pueblo el verdadero significado de esta fecha, que en nuestro concepto solo tienen razón de conmemorarla los burgueses, porque ellos, sublevados en 1810 contra la corona de España, conquistaron esta patria para gozarla ellos y para aprovecharse de todas las ventajas que la independencia les proporcionaba; pero el pueblo, la clase trabajadora, que siempre ha vivido en la miseria, nada, pero absolutamente nada gana ni ha ganado con la independencia de este suelo de la dominación española. Tal es así que los llamados padres de la patria, aquellos cuyos nombres la burguesía pretende immortalizar, aquellos que en los campos de batalla dirigieron al pueblo-soldado para pelear y desalojar al español de esta tierra, una vez terminada la guerra y consolidada la independencia, ni siquiera pensaron en dar al proletariado la misma libertad que ese proletariado conquistaba para los burgueses reservándose para sí la misma esclavitud en que vivía [...]

El espíritu de mezquindad y la falta de moral incapacitó, entonces, a la burguesía para darle a la República, que nació por el esfuerzo de sus esclavos, el brillo de una verdadera grandeza que pudiera denotar a la vez que los fundadores de la patria eran grandes hombres. ¡Qué pequeños les vemos hoy!

Hasta el año 1823, fecha en que Chile se dio la primera Constitución, no se encuentra ninguna ley que demuestre una acción generosa para el pueblo, que le reconozca algún derecho o que siquiera piense en él como personas dignas de figurar en la sociedad.

Todo lo que existe son esas leyes que acabo de citar. Eso en cuanto a los primeros actos de la independencia nacional. Y ahí se ve la parte que le tocó al pueblo en el triunfo de esa jornada revolucionaria que entregó a la burguesía la administración de la riqueza natural y social de esta región del planeta, dejando al pueblo sumido en su ya larga era de miseria. Y si esto es la verdad, ¿qué cosa es lo que celebra el pueblo en este aniversario? Lo que en realidad hace el pueblo en esta fecha, estimulado por la burguesía, es gastar su dinero en torrentes de licor que la misma clase burguesa le vende para guardar el dinero en sus cajas insaciables.

Si los primeros pasos de la nación independiente nada reconocieron en el pueblo, mucho menos se hizo después, y en los primeros actos electorales se prescindió del pueblo, y aun podemos decir que los fraudes y la intervención oficial nacieron junto con la república. Veamos lo que a este respecto decía el caudillo conservador M. J. Irarrázaval en el Senado, en la sesión del 11 de noviembre de 1889, cuando se discutía la ley de la comuna autónoma:

He aquí el primer acto de intervención oficial. No puedo menos que deplorar que haya iniciado O'Higgins esta serie de actos por demás reprobables... Aquella intervención que tenía, podría decirse, cierto aspecto de cortés, de vergonzante, se escondía, no quería de ningún modo hallarse comprometida, porque habría hecho perder su influencia al Director Supremo de la República.

Esto decía Irarrázaval comentando una carta de O'Higgins en que recomendaba la elección de algunos de sus amigos para diputados. Pero este mismo Irarrázaval, a quien se le atribuyen propósitos magníficos en favor del pueblo y de sus derechos, reclamaba en la sesión del Senado del 5 de agosto de 1874, cuando se discutía la ley de voto acumulativo, lo siguiente: "Advierta la Cámara que *yo no digo ni sostengo que cualquier minoría tiene derecho de hacerse representar*".

Irarrázaval demostraba con esto que él no pensaba en el pueblo ni quería que se creyese que al defender el voto acumulativo pretendiera él defenderlo en beneficio de las clases populares. Irarrázaval pedía el voto acumulativo para que por medio de él se vieran representados en la Cámara todos los intereses sociales de la burguesía. Los intereses populares no se tomaban en cuenta.

Si éste ha sido el criterio dominante, expuesto en diversas ocasiones desde 1810 hasta la fecha, no vemos razón alguna para que la clase popular sienta regocijo por el advenimiento periódico de esta fecha.

La fecha gloriosa de la emancipación del pueblo no ha sonado aun. Las clases populares viven todavía esclavas, encadenadas en el orden económico,

con la cadena del salario, que es su miseria; en el orden político, con la cadena del cohecho, del fraude y la intervención, que anula toda acción, toda expresión popular y en el orden social, con la cadena de su ignorancia y de sus vicios, que le anulan para ser consideradas útiles a la sociedad en que vivimos.

Un pueblo que vive así sometido a los caprichos de una sociedad injusta, amoral y criminalmente organizada, ¿qué le corresponde celebrar en el 18 de septiembre? Nada. El pueblo debe ausentarse, debe negar su concurso a las fiestas con que sus verdugos y tiranos celebran la independencia de la clase burguesa, que en ningún caso es la independencia del pueblo ni como individuo ni como colectividad.

2. El período revolucionario

2.1. Documentos del Comintern Leninista (1921-1923)

*Sobre la revolución en América**

Los dos documentos de la III Internacional que se reeditan aquí presentan mucho interés. No sabemos quién los escribió, ni si algunos latinoamericanos participaron en su redacción. La comparación con los textos comunistas latinoamericanos a partir de los años treinta permite medir el profundo cambio de orientación, de lenguaje y de problemática del movimiento comunista en el mundo y en América Latina.

La idea principal del primer texto es la alianza revolucionaria de los obreros y campesinos contra el imperialismo norteamericano y la burguesía local. La hipótesis de la extensión continental de la revolución –tesis grata a la corriente castrista de los años sesenta– aparece aquí por vez primera. En cambio, la problemática de la unidad inmediata de los proletarios de América del Sur y del Norte parece más “anticuada”, ya que corresponde a un período en que aun existían corrientes revolucionarias en el seno del movimiento obrero de Estados Unidos.

América del Sur, base colonial del imperialismo norteamericano

Poner bajo su férula al mundo entero: tal es el objetivo del imperialismo norteamericano. Pero así como la clave del imperialismo británico reside en su sistema colonial, el imperialismo norteamericano se basa en la explotación y en la dominación de América del Sur.

Los pueblos de América del Sur se equivocan ridículamente cuando hablan de su independencia. En el período imperialista, no se puede hablar de independencia para los pueblos pequeños: están reducidos a una dependencia vasalla hacia los grandes Estados. En el sector económico, por el comercio y la penetración de los capitales; en el sector político, mediante la doctrina de Monroe, el imperialismo norteamericano subordinó a los pueblos de América del Sur. ¿Dónde está la independencia de estos pueblos?

* “Sobre la revolución en América. Llamamiento a la clase obrera de las dos Américas”, *L’Internationale communiste*, N° 15, enero de 1921, pp. 3311-14, 3321-24.

Colocados bajo la tutela del gobierno norteamericano, que los sometió a veces por la fuerza de las armas como los de América Central, otras veces por una incalificable presión diplomática y por sangrientas intrigas (como en México), su industria y su desarrollo económico están a merced de las finanzas norteamericanas.

De hecho, América del Sur es una colonia de Estados Unidos, fuente de materias primas, de mano de obra barata y, por supuesto, de ganancias fabulosas; su inmenso territorio aun inexplorado sirve de salida a las máquinas norteamericanas y de campo de explotación para los industriales norteamericanos.

La necesidad de adaptarse a las consecuencias de la guerra mundial transformó definitivamente a América del Sur en colonia de los Estados Unidos; pero esto no es más que el broche final del desarrollo anterior.

Mientras que antes de la guerra, Inglaterra, Alemania y Francia eran competidores temibles para Estados Unidos en América del Sur, la doctrina Monroe logró sin embargo asegurar al imperialismo norteamericano la hegemonía política (de la cual resulta la hegemonía económica).

La historia de la doctrina Monroe da una idea característica del bandillaje y del maquiavelismo capitalistas.

Formulada hace unos cien años, supuestamente para defender a las dos Américas de las intrigas monárquicas y coloniales de Europa, la doctrina Monroe tradujo en realidad la rivalidad entre Estados Unidos e Inglaterra. En adelante, fue interpretada conforme a las exigencias del desarrollo capitalista norteamericano, mientras no se convirtió (lo que es hoy día) en un medio para que el imperialismo norteamericano sometiera a América del Sur y defendiera su hegemonía contra cualquier imperialismo rival.

Hace cincuenta años, el presidente Grant dio de la doctrina Monroe una versión imperialista formulada más tarde mucho más nítidamente por el presidente Cleveland, durante el litigio norteamericano-inglés con respecto a Venezuela. Durante el gobierno del fogoso presidente Roosevelt, la doctrina Monroe se convirtió en la expresión manifiesta del imperialismo norteamericano. Pero fue el presidente Wilson quien acabó la obra del presidente Roosevelt. Convendría más bien llamarla hoy día doctrina Roosevelt-Wilson. El presidente Wilson, al interpretar en 1913 la doctrina Monroe, proclamaba el derecho de Estados Unidos a oponerse al dominio del capital británico sobre los pozos petroleros de México. El panamericanismo idealizado como un medio de unificación democrática de los pueblos de las dos Américas es, dicho de otro modo, un medio para asentar la hegemonía de Estados Unidos. En el momento preciso en que el gobierno del presidente Wilson defendía

el principio de la unidad panamericana, el subsecretario de Estado Lansing declaraba la doctrina Monroe doctrina nacional de Estados Unidos, concebida y apoyada en beneficio de estos últimos. ¿Acaso no es eso el imperialismo más puro y la negación misma de la unidad democrática?

Es precisamente en nombre de la doctrina Monroe que los Estados Unidos abolieron la independencia de las repúblicas de América Central. En nombre de esta misma doctrina mantiene un ejército de ocupación en Nicaragua, en Honduras, en Haití, en Santo Domingo, arruinando a los pequeños pueblos cuya independencia suprimen (estos hechos fueron particularmente notables bajo la presidencia de Wilson). Es una vez más en nombre de la doctrina Monroe que los Estados Unidos establecen y mantienen su hegemonía económica en América del Sur.

La guerra permitió expropiar los bienes alemanes en América del Sur. Desde el punto de vista económico y financiero, Alemania ya no desempeña ningún papel en los mercados de América Central y meridional. La decadencia de Francia es extrema, mientras que Inglaterra se sitúa en el segundo plano, sin ninguna esperanza de volver a colocarse en el primer lugar. Las salidas de América del Sur están cada vez más en manos de los Estados Unidos.

Los pueblos de América del Sur constituyen el fundamento del imperialismo norteamericano. América del Sur acapara una cantidad enorme de capitales y de medios de producción (máquinas y, de modo más general, todos los productos de la industria metalúrgica). En cambio, Estados Unidos carece de materias primas que América del Sur posee en abundancia.

Toda la importancia para Estados Unidos de su hegemonía en América del Sur se manifestó en su oposición a la Sociedad de las Naciones –por la sencilla razón de que esta última anulaba la doctrina Monroe– y en las exigencias apremiantes del presidente Wilson para que no se modificara en absoluto la doctrina panamericana y que se estipulara en el tratado que seguiría intacta. La hegemonía en América del Sur se expresó también en la política seguida con respecto al canal de Panamá (así como en la lucha por el dominio del Pacífico). El reciente proyecto de Estados Unidos de comprar y fortificar algunas de las islas del Caribe, situadas cerca del canal, revelan los objetivos agresivos de Estados Unidos; la propuesta hecha a Inglaterra de liquidar su deuda mediante la cesión de sus intereses en América del Sur demuestra igualmente la orientación de la política de Estados Unidos. La hegemonía en América del Sur no se relacionó primero con el imperialismo norteamericano en el plano económico, pero sirve actualmente, de manifestación consciente de este imperialismo. Del mismo modo que el imperialismo alemán acariciaba la esperanza de unir económica, financiera y políticamente a Europa central

con Alemania, el imperialismo norteamericano desea unir a América del Sur y a Estados Unidos en un solo bloque imperialista. La hegemonía en Europa central debía servir de fundamento y de fuerza motriz para la dominación de Alemania sobre el mundo entero. Las mismas intenciones agresivas sirven de fundamento a la hegemonía de Estados Unidos en las dos Américas.

Un imperio americano, con sus riquezas insondables, sus numerosas fuentes de materias primas, sería una potencia infinitamente mayor que cualquiera de los imperios que existieron hasta ahora; sería una formidable potencia conquistadora y devastadora. La fuerza de Estados Unidos y su desarrollo constituyen el mayor peligro para la seguridad del mundo, para la libertad de los pueblos y para la liberación del proletariado.

Trabajadores de las dos Américas, he aquí el peligro que deben conjurar.

La revolución americana

Las revoluciones que trastornan periódicamente a México, Venezuela y otros países no conciernen directamente a las masas. Pero hay que aprovecharlas para desarrollar eficazmente el movimiento de las masas revolucionarias, que expresa los intereses del proletariado y del campesinado pobre. Únicamente un movimiento revolucionario de este tipo puede liberar a los pueblos de América del Sur de la opresión de los explotadores nacionales y del imperialismo norteamericano.

El socialismo no ha hecho nada para desarrollar este movimiento revolucionario de las masas. En América del Sur, el socialismo traicionó escandalosamente los intereses de las masas. No es más que una miserable combinación o –como en México– un deporte semimilitar, semirrevolucionario, al cual se dedican unos aventureros (¿acaso Obregón y consortes no son “ellos también socialistas”?). Desacreditar este socialismo, aniquilar su influencia, cimentar los elementos socialistas revolucionarios con el comunismo: tal es la tarea revolucionaria urgente y esencial.

Esta tarea consiste sobre todo en organizar, en cada país de América del Sur, un Partido Comunista resuelto y consciente que tenga una idea clara de sus objetivos. No hace falta que este partido sea poderoso desde su formación; solo importa que tenga un programa claro y preciso, que cree una agitación resuelta a favor de los principios y la táctica revolucionarios, que sea implacable en su lucha contra los que engañan y traicionan a las masas. Un partido de este tipo debe componerse de los mejores y más honestos representantes de las masas; debe trazar el programa del verdadero movimiento revolucionario y dedicarse totalmente a la acción de las masas, encauzándolas

con paciencia y firmeza hacia las vías revolucionarias más amplias y los objetivos más elevados.

Solo con la participación del Partido Comunista se introducirán en el movimiento de América del Sur la claridad y la honestidad revolucionarias; solo así el movimiento podrá aliarse al movimiento revolucionario de Estados Unidos y a la Internacional Comunista y dar a las masas de América del Sur su lugar legítimo en el ejército de la revolución mundial.

El problema agrario es un problema capital. En América del Sur, la economía agrícola ocupa el primer lugar (aun Argentina, el país más desarrollado de América del Sur desde el punto de vista capitalista, cuenta con menos de cuatrocientos mil obreros industriales para una población total de más de ocho millones). Tremendamente explotado, el campesinado vive en una miseria negra, bajo un yugo aplastante, y solo sirve de carne de cañón para los aventureros militares. La experiencia de México es simultáneamente característica y trágica. Los obreros agrícolas se rebelan y hacen revoluciones para verse después despojados de los frutos de su victoria por los capitalistas, los explotadores, los aventureros políticos y los charlatanes socialistas. Los campesinos, oprimidos y engañados, deben despertar a la acción y la organización revolucionarias; deben convencerse de que tanto para ellos como para los obreros no puede haber emancipación si no se unen al proletariado revolucionario contra el capitalismo.

El Partido Comunista debe penetrar entre los campesinos. No con fórmulas y teorías abstractas, sino con un programa práctico, capaz de incitarlos a atacar a los grandes terratenientes y a los capitalistas. La unión revolucionaria de la clase campesina pobre y de la clase obrera es indispensable; la revolución proletaria es la única capaz de liberar al campesinado, destrozando el poder del capital, y la revolución agraria es la única que puede preservar a la revolución proletaria del peligro de aplastamiento por la contrarrevolución.

El ejército en América del Sur se compone mayoritariamente de campesinos pobres que se prestan, óptimamente, a la agitación revolucionaria. Esta agitación debe ser llevada a cabo sistemáticamente a fin de unir a los soldados, los obreros y los campesinos en una única y misma acción contra los capitalistas y el gobierno.

Los sindicatos que no agrupan a grandes masas industriales (como en Estados Unidos) son de tendencias revolucionarias. Pero ocurre frecuentemente que los líderes de los sindicatos sean traidores: es el caso de México donde Morones y sus semejantes explotan a los trabajadores y utilizan las organizaciones para su beneficio personal. Es importante expulsar a estos jefes y liberar a los sindicatos de los chantajistas y de su influencia reaccionaria.

Es importante destruir a la Federación Obrera Norteamericana (AF of L), cuyos jefes son contrarrevolucionarios; es importante boicotear a la AF of L y organizar a los sindicatos de América del Sur y de Estados Unidos en el terreno de la lucha de clases. La afiliación a la Internacional sindical roja, a esta Internacional, que moviliza a los sindicatos del mundo entero para la lucha contra el imperialismo y la revolución mundial, se impone igualmente.

Se debe crear un núcleo comunista en cada sindicato. Al mismo tiempo que se despliegan esfuerzos por organizar a todos los obreros, conviene caminar de la mano con el movimiento político consciente. Unidos al Partido Comunista local y a la Internacional Comunista, los obreros sindicalizados se convertirán en un poderoso factor de la revolución americana.

Además de todas las medidas arriba indicadas, y como sus consecuencias directas, hay que depurar al movimiento de América del Sur de los elementos sindicalistas. El sindicalismo (en todos los lugares en que es proletario) expresa una aspiración revolucionaria, pero a la vez no tiene la menor idea de las medidas que hacen falta para realizarla. La experiencia revolucionaria utilizó el buen lado del sindicalismo y rechazó el mal lado. La teoría y el programa de la revolución mundial dimanaban del marxismo y no del sindicalismo. ¿Acaso se declaran ustedes adversarios de un partido político? El Partido Comunista es la realización práctica de la idea sindicalista de “las minorías conscientes”, pero depurada del anarquismo pequeñoburgués y vinculada de modo definido a la lucha real de las masas obreras por la revolución proletaria. ¿Se consideran ustedes adversarios del parlamentarismo? El parlamentarismo del partido socialista es una traición a la clase obrera y a la revolución. En cambio, el parlamentarismo del Partido Comunista es el reconocimiento revolucionario de facto de que tenemos que emplear todos los medios y utilizar la tribuna parlamentaria, mientras no hayamos organizado el movimiento de masas que debe suprimir los parlamentos. ¿Acaso son ustedes adversarios de la dictadura del proletariado? La vida misma prueba la necesidad de esta dictadura; rechazar la dictadura significa rechazar la revolución. Todo esto resume los problemas vitales de la revolución. Y son problemas cuya solución se impone a las masas por la experiencia revolucionaria y la vida misma, en base a la teoría y a la acción comunistas.

La unión con el movimiento revolucionario de Estados Unidos completará la unidad del movimiento revolucionario de América del Sur. Esta unidad es cuestión de vida o muerte. La revolución del proletariado y del campesinado pobre, en cualquier país de América del Sur, provocará inmediatamente la intervención aunada de los Estados Unidos que, en respuesta, volverá necesaria la intervención revolucionaria del proletariado de Estados Unidos;

el movimiento alcanzará a los demás países de América del Sur, y ya será una etapa en la vía de la *revolución americana*.

"La revolución en nuestro país, combinada con la revolución proletaria en Estados Unidos", tal es la consigna del proletariado revolucionario y del campesinado pobre de América del Sur.

Conclusión

La experiencia política de la revolución proletaria en Rusia tiene una importancia mundial. Ha resaltado las formas de la lucha proletaria por el poder: las acciones de masas, los soviets y la dictadura proletaria. La Internacional Comunista es el resultado y la expresión de esta experiencia.

Los trabajadores de las dos Américas sabrán adaptar esta experiencia a su propia lucha. Su honestidad revolucionaria y su experiencia les enseñarán instintivamente a adaptar la teoría a la práctica y la práctica a la teoría.

El hundimiento del capitalismo y la cercanía de la revolución mundial constituyen los acontecimientos decisivos de nuestra época y deben determinar las formas y los objetivos de la lucha internacional del proletariado.

¡Trabajadores de las dos Américas, uníos! ¡La Internacional Comunista llama a la acción! ¡Viva la revolución mundial!

EL COMITÉ EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

*A los obreros y campesinos de América del Sur**

Este documento, publicado a inicios de 1923, es una resolución del IV Congreso de la Internacional Comunista (noviembre de 1922). Se trata probablemente del primer texto de la Comintern específicamente dirigido a los trabajadores de América Latina.

La declaración insiste sobre todo en los lazos estrechos entre las clases dominantes de América del Sur y el imperialismo norteamericano. De ahí deduce la unidad estratégica entre la lucha contra la burguesía latinoamericana y la lucha antiimperialista. A semejanza del texto de 1921, únicamente la clase obrera y el campesinado se consideran como clases revolucionarias.

Camaradas,

El IV Congreso de la Internacional Comunista, reunido en Moscú para el quinto aniversario de la Revolución Rusa, llama a todos los obreros y campesinos de América del Sur para que se preparen a la lucha de clases y secunden la acción revolucionaria del proletariado mundial.

El papel de los Estados Unidos de América del Norte

La guerra europea anunció el inicio de la crisis final del capitalismo. Los antagonismos de la burguesía internacional desembocaron en la matanza más terrible de la historia para decidir cuál de los dos grupos imperialistas impondría su hegemonía. Los proletarios fueron sacrificados por millones en los campos de batalla en beneficio del imperialismo capitalista, el cual busca una solución a la crisis aguda que lo lleva fatalmente a la bancarrota.

La guerra no pudo resolver esta crisis. Las crisis internas del capitalismo europeo aumentaron y al mismo tiempo la lucha de clases se intensificó. El tratado de Versalles es fuente de nuevos conflictos. Las masas proletarias admiten cada vez más que solo la Revolución puede abolir los antagonismos capitalistas. Las represiones increíbles a las cuales asistimos hoy día y la implacable ofensiva de la burguesía indican la situación crítica de los Estados capitalistas.

El imperialismo norteamericano fue el único que fortaleció su poder durante la guerra. Estados Unidos es actualmente la potencia imperialista más fuerte. Pero después de la guerra europea surgieron nuevas causas de luchas imperialistas. Los antagonismos entre América del Norte, Inglaterra

* “A los obreros y campesinos de América del Sur”, *La Correspondance Internationale*, N° 2, 20 de enero de 1923, pp. 26-27.

y Japón amenazan de nuevo la paz del mundo. El imperialismo yanqui se desarrolla y crea las bases de futuros conflictos que exigirán de las masas proletarias nuevos sacrificios sangrientos. América del Norte se convierte en el centro de la reacción internacional de la burguesía contra el proletariado.

La extensión del imperialismo yanqui

El imperialismo yanqui trata de extender su influencia a todas las regiones del mundo. Tanto en Asia como en África y en las orillas del Pacífico, busca nuevas esferas de actividad para su explotación. Es sobre todo en América Latina donde, sea bajo una forma supuestamente económica, sea mediante una dominación política abierta, el imperialismo de Estados Unidos asegura su dominación. Busca en América del Sur la seguridad de salida a sus productos, que el capitalismo europeo ya no puede asegurarle debido al desquiciamiento de su base social.

La doctrina Monroe permite a los imperialistas norteamericanos asegurar su conquista económica de América Latina. Los empréstitos, las nuevas inversiones de capitales norteamericanos en explotaciones industriales, comerciales y bancarias, las concesiones de ferrocarriles y de empresas marítimas, la adquisición de yacimientos de petróleo, estas múltiples formas de expansión de la penetración económica yanqui muestran cómo el capitalismo norteamericano desea convertir a América del Sur en la base de su potencia industrial.

Esta precaución económica incita también a las diversas burguesías nacionales a intervenir en las luchas imperialistas de América Central, de Panamá, de Colombia, de Venezuela, del Perú. La burguesía de todas las Américas prepara la reacción contra el proletariado convocando congresos policíacos, y cuando los obreros de América del Sur se oponen a los intentos criminales del capitalismo yanqui, como durante el proceso de Sacco y Vanzetti, las clases gobernantes reprimen estas demostraciones proletarias para demostrar su sumisión interesada y consciente al imperialismo del Norte. La unión panamericana de la burguesía es un hecho evidente, así como su objetivo de mantener los privilegios de clase y el régimen de opresión.

El deber del proletariado de América del Sur

¡Obreros y campesinos de América del Sur! El imperialismo capitalista introduce en sus países los antagonismos mundiales que provocaron entre los pueblos de Europa la guerra más sangrienta y la mayor reacción.

Ya es hora de unir a las fuerzas revolucionarias del proletariado, puesto que los capitalistas de toda América se unen contra la clase obrera.

Camaradas, los obreros y los campesinos de América del Sur aun no tienen organizaciones de lucha de clase disciplinadas y la unión de acción necesaria. Vuestra clase gobernante se apoya en la potencia formidable de Estados Unidos para aplastar vuestros esfuerzos, reprimir vuestras acciones liberadoras e impedir cualquier intento revolucionario de vuestras masas oprimidas.

¡Obreros y campesinos! La Internacional Comunista os llama. No olviden que en Estados Unidos hay comunistas dispuestos a ayudarlos en la lucha revolucionaria. La lucha común de los proletarios de todos los Estados de América contra todos los capitalistas americanos solidarios es una necesidad vital para la clase explotada. Se impone como la única vía de vuestra salvación. El ejemplo heroico de la revolución rusa que llevó a cabo una lucha encarnizada contra el capitalismo internacional les hará comprender el destino que les espera si permanecen indiferentes mientras que la clase poseedora agrava la explotación capitalista. En vuestros países, los antagonismos entre la alta finanza y la industria aumentan y los conflictos imperialistas mundiales amenazan arrastraros, a vosotros también, a matanzas.

Camaradas, a la ofensiva burguesa, oponed la unidad proletaria. Organizaos, unid vuestra acción revolucionaria a la acción de la clase obrera y campesina de toda América y de todos los países del globo. Luchad contra vuestra propia burguesía y lucharéis contra el imperialismo yanqui que encarna en sumo grado la reacción capitalista. Uníos en torno a la bandera de la revolución rusa que creó las bases de la revolución proletaria mundial.

Como en la revolución rusa, os prepararéis para transformar cualquier intento de guerra en lucha abierta de la clase obrera contra la burguesía. Como ella, llevaréis a cabo la acción contra el imperialismo preparando la dictadura proletaria que destruirá en toda América la dictadura burguesa. Si seguís divididos y desorganizados, la burguesía americana os degollará, aplastará vuestras acciones y aumentará la explotación capitalista arrancándoos vuestras conquistas. La lucha contra vuestra propia burguesía será cada vez más la lucha contra el imperialismo mundial y se convertirá en una batalla de todos los explotados contra todos los explotadores.

¡Camaradas! ¡Organizaos! Fortaleced vuestros partidos comunistas y creadlos allí donde aun no existen. Unid vuestra acción a la acción de todos los comunistas de América. Organizad al proletariado revolucionario que lucha con la Internacional Sindical Roja y trabajad para que existan

en toda América secciones de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja.

¡Viva la Internacional Sindical Roja! ¡Viva la Internacional Comunista!
¡Viva la Rusia de los Soviets! ¡Viva el proletariado revolucionario de América
y viva la Revolución mundial!

2.2. El impacto de la Revolución de Octubre

LUIS EMILIO RECARBARREN

*La revolución rusa y los trabajadores chilenos**

A finales de 1922, Recabarren sale para Moscú para asistir al IV Congreso de la Internacional Comunista y al II Congreso de la Internacional Sindical Roja. De regreso a Chile, publica en 1923 un libro: La Rusia obrera y campesina, que incluye un ensayo sobre su viaje a la URSS y textos de Lenin y Trotsky. En el extracto adjunto, critica la democracia capitalista de Chile a la luz de la experiencia del poder obrero soviético. Este texto ilustra el modo como los sectores más radicalizados del movimiento obrero latinoamericano acogieron la Revolución de Octubre y esboza un primer intento de análisis marxista del parlamentarismo burgués en América Latina.

Las objeciones que se hacen acerca de que Rusia no ha podido todavía establecer un régimen comunista, están totalmente desprovistas de razón y de seriedad. Quien lea detenidamente el informe de Trotsky, podrá darse cuenta de lo que significa edificar un Estado obrero sobre las ruinas de un régimen capitalista que desaparece entre el torbellino de la más inmensa de las guerras que han azotado a la humanidad, como fue la guerra europea que asoló al mundo durante los años 1914 a 1918; es sobre el montón de ruinas que acumuló el régimen capitalista durante la guerra, es venciendo las contrarrevoluciones de los capitalistas que lucharon por reconquistar el poder hasta 1922, es por encima de todos los inconvenientes de la guerra, de las contrarrevoluciones, del hambre, de la incultura del pueblo, y de la falta de cooperación obrera de los demás países, es por encima de todo que la Rusia obrera y campesina se desenvuelve y triunfa victoriosamente.

Estas razones y las demás contenidas en diversas páginas de este libro, demostrarán al lector lo irrazonable que es exigir a los comunistas la construcción o edificación rápida de un régimen nuevo sobre las ruinas y el caos dejados por un régimen que desaparece y sobre los inconvenientes creados

* Luis Emilio Recabarren, "La Rusia obrera y campesina". 1923, en *Obras escogidas*, ed. Recabarren, Santiago. 1965, t. I, pp. 182-85.

después por el capitalismo desde fuera de Rusia. No querer creer todas estas cosas ni querer apreciar estas razones es colocarse fuera de toda realidad.

Queda demostrado que toda la población trabajadora es la dueña del poder desde el momento que en sus manos está elegir los elementos del poder, y en sus manos también está anular el poder. Si es en los sitios del trabajo donde se hacen las elecciones, si es en verdaderas asambleas donde se eligen los miembros de los Soviets, estamos en presencia de actos electorales totalmente diferentes de los demás países. En Rusia es una realidad, UNA VERDADERA REALIDAD que el pueblo elige sus administradores, en Rusia es UNA VERDADERA REALIDAD que el pueblo tiene derechos electorales.

En Chile carecemos de derechos electorales, desde el momento en que desde la inscripción en los registros se empieza por molestar a los ciudadanos que no vienen recomendados por los políticos de influencia y de que las inscripciones se hacen al capricho de los mayores contribuyentes y en horas en que la mayoría de los ciudadanos están trabajando.

La inscripción en masa de los inquilinos de los fundos se opone como una fuerza que contrarresta efectivamente toda influencia de inteligencia que pudiera haber en el electorado de las ciudades. Pero todavía en las ciudades se recurre a comprar el derecho a voto de los ciudadanos, o se suplantán los electores ausentes o muertos, o se falsifican las actas o los verdaderos resultados de las elecciones como lo necesitan los dirigentes políticos de las clases capitalistas.

Esto es UNA VIEJA REALIDAD EN CHILE QUE NADIE PUEDE NEGAR, y estas costumbres anulan todos los derechos que se han escrito en las leyes y así resulta una mentira todo lo que se dice de que existan derechos o libertades. Cuando se dice que Chile es un país donde la DEMOCRACIA ES una costumbre establecida, se dice una mentira exacta. En Chile no hay democracia. El gobierno se hace para servir los intereses de los grandes capitalistas sin tomar en cuenta para nada los intereses de los demás habitantes de la nación. Quien examine honradamente los actos del gobierno, tendrá que reconocer esta verdad.

Para engañar al pueblo se dice: “¿No es una verdad que los obreros demócratas están en el gobierno? Y nosotros preguntamos: ¿En compañía de quiénes gobiernan los demócratas? Y todo el pueblo verá y reconocerá que los demócratas gobiernan juntos y de acuerdo con los grandes capitalistas del país o con los representantes de esos grandes capitalistas. Y gobernando en compañía de esos grandes capitalistas tendrán que servirse preferentemente los intereses de ellos y por lo tanto abandonar los intereses de la clase trabajadora, pues en el gobierno de un país no se pueden servir JAMÁS los dos intereses al mismo tiempo. Ésta es la VERDAD.

Los capitalistas que son muy hábiles han permitido que pasen hasta el Congreso y hasta el Gobierno algunos demócratas, pero a condición de que sirvan solamente sus intereses, pero de esta manera al llevar a los demócratas al gobierno, mantienen la ilusión del pueblo a quien hacen esperar y creer que así algún día vendrá algún mejoramiento, y mientras los trabajadores mantienen sus esperanzas NO LUCHAN, SE CRUZAN DE BRAZOS ESPERANDO EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROMESAS, y así sigue tranquila la clase capitalista explotando y oprimiendo la población.

Eso es lo que se ha conseguido con la democracia: adormecer a las clases trabajadoras bajo la influencia de una esperanza.

La DEMOCRACIA ES algo así como un juguete con que el explotador capitalista ilusiona y entretiene al pueblo para calmar sus furores y para desviar su atención. ¿Qué abuso se ha suprimido en el país desde que están en el Gobierno los demócratas? [...] ¿Ha terminado la tiranía y los abusos de los carabineros? ¿Ha desaparecido el sistema de fichas y la supresión del comercio libre en los minerales? ¿Han desaparecido los procesos calumniosos contra los obreros organizados? ¿Ha desaparecido la persecución a la prensa obrera y a los obreros federados? ¿Ha desaparecido la violación a las leyes del descanso dominical, de accidentes del trabajo, la que reprime el alcoholismo?

¿Qué es lo que han conseguido los demócratas mientras gobiernan en compañía de los capitalistas y a cambio de su concurso? SERÍA BUENO SABERLO. Solo han conseguido unos cuantos empleos para unos cuantos amigos y la VANIDAD de sentirse gobernantes cuando en realidad solo están para servir los intereses de los capitalistas y nunca los intereses del pueblo.

En Rusia los trabajadores no creyeron JAMÁS en las mentiras de la democracia y fueron derechamente por el camino de la REVOLUCIÓN que es más corto y MÁS SEGURO, Y ESO les ha dado la victoria que nosotros los comunistas celebramos.

*La Revolución de Octubre y los intelectuales argentinos**

Aníbal Ponce (1898-1938), pensador marxista argentino, discípulo del famoso sociólogo José Ingenieros, es autor de varios trabajos de ciencia social originales y profundos, de los cuales el más conocido es Humanismo burgués y humanismo proletario (1935), Profesor de psicología en la Universidad de Buenos Aires, Ponce será excluido de su cátedra por el gobierno argentino, bajo la acusación de "propaganda comunista o contraria al orden social y al régimen institucional". El pasaje adjunto pertenece a una biografía de José Ingenieros. En él se describe la atmósfera de los medios intelectuales no conformistas de la posguerra y su simpatía hacia la Revolución de Octubre, aun si no se establece una diferencia muy clara entre el "maximalismo" bolchevique y el anarcosindicalismo.

La reforma universitaria, iniciada como un movimiento de protesta contra una escuela envejecida, se convirtió rápidamente en una verdadera revolución estudiantil (mayo de 1918). Una nueva generación entraba a la vida proclamando muy alto su inquietud renovadora, y el país entero, preocupado de otras cosas, sintió con asombro, su empuje y su fuerza. Entre las pasiones callejeras que el periodismo encendía y los políticos aprovechaban, la juventud universitaria de Córdoba tomaba por asalto el más firme reducto de la reacción conservadora.

Mientras tanto, la neutralidad aparente de la nación no alcanzaba a impedir que llegaran hasta nosotros los estragos de la tragedia remota. Las facciones rivales envenenaban los espíritus con sus odios recíprocos, y la guerra vivía en los hogares, en las escuelas, en los partidos. Las mentiras de la prensa capitalista, la propaganda de las agencias inglesas, el viejo amor filial hacia la Francia, el aparente idealismo del presidente Wilson, parecieron conferir a los ejércitos aliados la defensa victoriosa de los ideales revolucionarios.

Voces aisladas llegaron más tarde: Romain Rolland, Barbusse, Frank, Latsko... Con los ojos enrojecidos por la hoguera, con la palabra casi quebrada por la emoción, los *precursores* nos gritaban todo el horror de la mentira inicua: nada de guerra por el derecho, nada de guerra por la justicia. Industriales de un lado, industriales del otro; carbón y acero, hulla y petróleo.

* Aníbal Ponce, *José Ingenieros, su vida y su obra*, 1926, en *Obras Completas*, ed. Héctor Matera, Buenos Aires, 1957, pp. 88-90.

La pobre bestia humana perecía a millones; ellos en cambio conquistaban la gloria, entraban a las Academias, centuplicaban sus tesoros.

Nadie ha contado aun cómo latía nuestro corazón de los veinte años en aquel momento decisivo de la historia. En la incertidumbre y el desconcierto, llevábamos vividos varios años, tenso el oído a los rumores lejanos. Sabíamos sí, con absoluta certidumbre, que la sociedad feudal agonizaba y que entre los escombros de un mundo deshecho, empezaba a diseñarse la ciudad del futuro. Desde la Rusia remota, el resplandor de la hoguera llegaba hasta nosotros con un sordo clamor creciente, enorme y vago como el pensamiento de las muchedumbres. Eran tan inauditos los sucesos, se sucedían en forma tan vertiginosa, oscilaba de tal modo la mentalidad del mundo, que retrocedieron para nosotros los límites de lo imposible. Como en el verso de Milton, “en medio del día habíamos visto levantarse la aurora”.

Pero, ¿cómo discernir entre el tumulto de las voces, la palabra de vida que señalara el camino? ¿Quién echaría sobre sí la responsabilidad tremenda de orientador y de vigía? En torno nuestro, el espectáculo indigno de los momentos graves: los profesionales de la política moviéndose en las sombras; los intelectuales del país llamándose a silencio. El miedo en todas partes; el miedo hipócrita que siempre habla de la patria y del hogar comprometido; el miedo en fin, que habría de dar, muy pronto, en la “Gran Colecta” su nota cómica y en la “semana de Enero” su mueca trágica.

Solo un hombre podía hablar y hacia él se volvían nuestros ojos. Millares de estudiantes y de obreros caldeaban la sala del Teatro Nuevo, la noche aquella de la conferencia memorable (22 de noviembre de 1918), como si la intensidad de la expectativa pusiera en cada uno, un trémolo de emoción. Ingenieros apareció por fin, y con la misma sencilla naturalidad de todo lo suyo, se adelantó a la tribuna como si fuera una cátedra. Trazó a grandes rasgos el panorama revolucionario de la preguerra, tal como se había presentado, con signos inequívocos, en las transformaciones de la política, en las legislaciones del trabajo, en la renovación de los ideales éticos. En los talleres y en las escuelas, en los parlamentos y en las barricadas, mil indicios sugestivos pronosticaban la inminencia de una crisis decisiva y nadie ignoraba que una guerra entre los grandes Estados capitalistas europeos traería, como consecuencia lógica, el triunfo definitivo de las más radicales aspiraciones de las izquierdas. Pero vino la “gran guerra” y pocos, muy pocos en el mundo, pudieron sustraerse a la locura colectiva. La humareda de los combates pareció engeguercerlos, tomando partido por uno u otro de los bandos combatientes, como si residiera en la victoria de las armas la finalidad verdadera de la guerra. Fue a principios del 18 cuando ocurrió en Rusia un vuelco decisivo,

y el quinto congreso panruso de los soviets, al dictar para los pueblos emancipados el Estatuto Constitucional, inauguraba un nuevo capítulo en la filosofía del derecho político, imprimiendo nuevos caracteres al sistema republicano de gobierno, nacionalizando las fuentes de producción, suprimiendo el parasitismo de las clases ociosas. Pese a las injurias de las agencias telegráficas que los gobiernos interesados difundían por el mundo, Ingenieros afirmaba que el movimiento maximalista representa la Revolución Social en su significado verdadero, tal como fuera previsto antes de la guerra y tal como pusiera un rayo de esperanza en los ojos moribundos de Reclus.

Los errores inevitables del comienzo, las aparentes contradicciones de los primeros pasos, los excesos del sectarismo o del terror, podrán perturbar el juicio de los envejecidos o de los espantadizos. Para quien siga el curso de la historia con la visión panorámica que ignora los detalles, la Revolución Rusa señala en el mundo el advenimiento de la justicia social. Preparémonos a recibirla; pujemos por formar en el alma colectiva, la clara conciencia de las aspiraciones novísimas. “Y esa conciencia –terminaba Ingenieros– solo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, que son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir”.

Jamás, como en aquella noche, Ingenieros estuvo tan cerca de nuestro corazón.

2.3. Los primeros grandes marxistas latinoamericanos

JULIO ANTONIO MELLA
*La guerra de clases en Cuba**

Julio Antonio Mella (1903-1929), fundador del Partido Comunista Cubano, es uno de los primeros marxistas latinoamericanos en analizar el fenómeno de la dominación imperialista que sembró los países del continente, sus relaciones con las dictaduras locales y la estrategia que de ello recae sobre el movimiento obrero. Sus escritos, “redescubiertos” después de la revolución cubana, se caracterizan por un extraordinario vigor de expresión y por una orientación revolucionaria intransigente. El texto siguiente (de 1926) se refiere al asesinato, por agentes del dictador Machado, de varios dirigentes y militantes obreros; es característico de un período en que la lucha de clases y el combate antiimperialista estaban indisolublemente ligados para los comunistas latinoamericanos.

Ante la ofensiva sanguinaria del tirano y su amo: el imperialismo capitalista yanqui, este folleto es una respuesta. Es también un homenaje a los únicos núcleos revolucionarios de Cuba que aun defienden la libertad a costa de su vida. A esos obreros y campesinos, a esos pocos estudiantes e intelectuales que se han sabido poner frente al tirano y sus desmanes, a éstos es el homenaje. Como un recuerdo a los caídos –su memoria jamás será traicionada por los que aun viven–, como un aliento a los que luchan, como una venganza de los que vamos a caer.

Uno... Otro... Otro más... Y no se pueden contar. Ya no hay emoción nueva al recibir la noticia de los caídos. Soldados en batalla sabemos que día a día ha de aumentar el martirologio. Ya no hay humanidad. El odio que crispa nuestras manos –que desean ser garras– y la venganza que llena de un fiero fulgor la mirada –que aspira a ser rayos de muerte– han matado lo que de humano pueda existir en un oprimido.

* Julio Antonio Mella, “El grito de los mártires”, 1926, en *Hombres de la Revolución*. Julio Antonio Mella, ed. Imprenta Universitaria. La Habana, 1971, pp. 17-24.

Ya no hay patria. Solo hay clases enemigas.

La guerra clasista ha estallado brutal, violenta, sanguinaria... ¡Silencio a las bocas que gritan asustadas! ¡Desprecio a los cobardes que lloran! ¡Castigo a los miserables que no luchan! ¡Llor a los valientes que están en la vanguardia! ¡Que la discusión teórica y el bizantinismo estúpido cesen y la acción hable con su elocuencia definitiva!

El pasado heroico de nuestra clase nos guía y nos alienta. El grito de las víctimas inmoladas en los fosos de la Comuna del 71, los alaridos de los mártires de 1905 inmolados en las nieves de la Rusia zarista, el clamor mundial de rebelión de 1917, tal es la música triunfal de nuestra guerra. Los que cayeron en las maniguas durante la Independencia, después de abandonar las fábricas; los que a raíz de la República fueron asesinados en la primera huelga general, los que valientemente sucumbieron en todas las epopeyas proletarias de la rápida y violenta industrialización de Cuba por el imperialismo; he aquí los que iniciaron el camino. ¡ADELANTE!

DÍAZ BLANCO. Tú que regaste con tu sangre las barricadas improvisadas de La Habana; tú que caíste bajo el fuego de los hermanos explotados que inconscientemente nos matan y sirven a los amos comunes: imperialistas, capitalistas y tirano; tú, proletario revolucionario, eres un precursor.

La sangre tuya que corrió por las calles de La Habana ha escrito unas palabras que el obrero todos los días, cuando va a su prisión y cuando se retira de ella, las lee emocionado, y estas palabras son: ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!

VARONA. Hermano luchador: ¿quién hubiera podido profetizar tu final trágico? Líder magnífico. Gigante de cuerpo y de pensamiento. Tú estabas hecho para la vanguardia del Ejército Proletario. Grande como un gladiador, la misma muerte parecía temerte. Tu palabra desordenada –como la lucha en los campos de Cuba– era palabra de profeta anunciador de una nueva era. Tu dirección en las formidables huelgas de las centrales azucareras era una esperanza para el proletariado ávido de nuevas conquistas. ¡Salud, general de los bisoños y rojos ejércitos proletarios de Cuba! Cuando pasen los años y el proletariado destruya las tiranías sociales, tú habrás sido también un precursor.

Tú caíste víctima del alevoso asesinato de un siervo del tirano, de un siervo que fue expresamente a buscarte desde el Palacio Presidencial¹. La justicia de los tribunales oficiales, en un resto de pureza, te absolvió de la acusación imaginaria de terrorista. Pero, ¿quién pudo haberte absuelto de la “justicia” personal del tirano? Ante él, tú merecías la muerte: eras obrero oprimido,

¹ El ayudante presidencial, capitán Vigil Menéndez, según declaraciones de testigos y familiares en hoja volante que circuló clandestinamente.

luchabas por tus camaradas contra el imperialismo extranjero, y este delito no lo perdona nunca el tirano.

El último grito que escapó de tu garganta cuando caíste, resuena aun, en los oídos de los proletarios de Cuba: ¡Venganza! ¡Venganza! ¡Venganza!

CUXART. Infeliz y oscuro obrero. Tú no sabías de la guerra de clases; tú no sabías del odio que a nosotros nos tienen los ricos y sus servidores; los del actual régimen de tiranía. Eras feliz “porque cumplías con tu deber”, hacías tu trabajo puntualmente y nada más... Pero, ¿quién te habría de decir que tú tendrías que ser instrumento de unos cuantos criminales adúlantes?

El amo es todopoderoso, el amo es teatral como un histrión o un tirano; el amo gusta de las fuertes emociones sin peligro. Entonces se inventó una “conspiración”, un “atentado” y tú, infeliz obrero, fuiste el juguete de esa farsa que originó felicitaciones en diarios, ascensos como recompensas, y otras ventajas a los monstruos que fraguaron la farsa del atentado personal.

Preso, un hermano nuestro también, un soldado, te aplicó, por servir al amo, la Ley –¡oh ironía de las palabras!– de Fuga...

¡Ah, camarada Cuxart! Tú caíste. Pero el soldado que te asesinó tiene hoy pesadillas terribles. Todas las noches ve tu cuerpo aparecer como un fantasma sobre los muros centenarios de La Cabaña, y ve tu figura ascender junto con las de los mártires que sucumbieron en el Foso de los Laureles defendiendo la Independencia de Cuba contra la tiranía de la vieja España. El soldado ignorante tiene graves preocupaciones. Él no comprende cómo tu figura está unida a la de los mártires de la Revolución. Él no sabe que es criminal matar a un “perro obrero”. Pero llama a sus compañeros y les cuenta sus visiones.

(Oh, soldados, obreros y campesinos, ¿cuándo comprenderéis en Cuba, oprimidos por la tiranía machadista, como comprendieron los rusos oprimidos por la tiranía zarista, que sois una sola clase, que sois hermanos, que tenéis amos comunes, que las fábricas, los campos y el poder son de vosotros y de nadie más que de vosotros? Los obreros y campesinos hacen las riquezas, y ustedes, soldados, se las defienden a los explotadores, los burgueses nativos y extranjeros. ¿Cuándo comprenderéis que el oficial parasitario es servil instrumento del yanqui de las centrales y de los ferrocarriles, y que unidos os oprimen a vosotros, soldados, y a vuestros hermanos, los obreros y campesinos?)

La reunión de soldados que escucha en altas horas de la noche, junto al mar donde se hundió el *Maine* para cometer la infamia de apoderarse de Cuba unos cuantos bandoleros, no se explica la aparición de los fantasmas. Mas de sus pechos se escapa un grito unánime, y este grito, que se puede oír entre la multitud de soldados, es: ¡Rebelión! ¡Rebelión! ¡Rebelión!

GRANT. Tú eres de la patria de los yanquis omnipotentes. Pero nada te salvó. En aquel país como en Cuba y en otros muchos, no se es ciudadano por nacer dentro del territorio. Solo son ciudadanos de los Estados Unidos de América los grandes ricos, esos que llegan a Cuba como conquistadores y dictan órdenes al Gobierno nacional, por medio del Embajador, para proteger sus intereses. ¡Tú eres obrero y luchador! Pues no podías tener la protección de tu Gobierno, ¡ni de ninguno! Pero esto, después de luchas épicas en la huelga ferrocarrilera de treinta días, varios muertos, muchos heridos y más desaparecidos aun. Una noche, un revólver de “persona desconocida” –así dicen los diarios burgueses– pone primero en tu sien la boca fría del cañón, y después la bala que te privó de la vida y te hizo un mártir más de nuestra causa.

Obrero estadounidense: que tu muerte alevosa por manos de agentes de las compañías imperialistas –agentes que pueden ser lo mismo soldados nacionales que guardias jurados de las compañías– despierte a la nación de Lincoln, que ella comprenda que la oligarquía financiera que domina al mundo desde Wall Street es la mayor enemiga del pueblo de los Estados Unidos.

De todas maneras, los millares de compañeros que desfilaron ante su cadáver en Camagüey han oído este grito salvador lanzado por la boca sangrienta de tu herida: ¡Abajo el imperialismo!

LÓPEZ. Guerrero, no tengo palabras para ti. El autor de estas líneas se siente hoy huérfano. Bisoño en la lucha, fue con tu ejemplo, con tu acción que él adquirió experiencia.

¡Oh tu verbo de proletario, oh tu acción sindicalista, oh tu poder de organización! La Federación Obrera de La Habana, la Confederación Nacional Obrera, los Congresos de Camagüey y Cienfuegos son organismos potentes de la lucha de clases. Pero tú, luchador, fuiste el alma de ellos. Más todavía, a pesar de tu desaparición seguirás siendo el maestro del proletariado cubano.

(Maestro, no es la lágrima lo que te ofrezco en homenaje; tampoco estas líneas –que no son literatura sino acción revolucionaria–; lo que te ofrezco es el juramento solemne de seguirte, de continuar tu obra, de cooperar para que la nueva generación proletaria a que pertenezco supere a la anterior en la lucha por el triunfo de ella misma.)

Nadie conoce tu paradero. ¿Acaso nos es dado a los revolucionarios escoger la forma de nuestra muerte? Caemos como soldados donde la bala enemiga nos encuentre. ¿Secuestrado o vivo?, volverás a la lucha con mayores entusiasmos. ¿Asesinado? “El revolucionario no tiene más descanso que la tumba” –ya lo dijo Saint-Just hace más de un siglo.

Maestro, hermano y compañero: las obras que tú hiciste son mudos monumentos a tu memoria. Cuando nos llegue a la clase oprimida la hora

de nuestro triunfo lo obtendremos en gran parte por lo que tú iniciaste. No tendrás avenidas de ciudades burguesas, ni estatuas en los parques públicos. Pero cada proletario sabrá que las organizaciones que tú fundaste son los mejores monumentos a tu memoria.

¡Salud, luchador! Esas organizaciones que tú nos dejaste son nuestros batallones rojos, y algún día ellos gritarán contra los tiranos de hoy, contra el imperialismo, contra el capitalismo criollo –sus aliados– ellos gritarán: ¡Al asalto! ¡Al asalto! ¡Al asalto! Vosotros, camaradas aun con vida (permitid que no os nombre por si el rayo de la tiranía no os ha señalado), camaradas perseguidos, candidatos a la inmólación como todos lo estamos en esta lucha, digamos en un solo grito: ¡Adelante!

Hay que repetir la consigna: Triunfar o servir de trinchera a los demás. Hasta después de muertos somos útiles. Nada de nuestra obra se pierde. Sus pasos, avances triunfales... La victoria llegará a nuestra clase por ineluctable mandato de la historia.

Los desterrados a España; los que sirvieron de carne de cañón en el matadero humano de Marruecos contra el libertador Abd El-Krim; los desaparecidos en los campos, los “suicidados” obligatoriamente, todos vosotros. bravos soldados del Ejército Obrero y Campesino, ¡salud! Los que llenaron las cárceles, ¡salud!

(¡Oh recuerdo doloroso de miseria! Compañeros de prisión: en esa Cárcel de La Habana sellamos nuestra unión con el proletariado revolucionario y con todos los antiimperialistas que ansían la liberación de Cuba de su tirano y del amo del tirano: el imperialismo. Las cárceles y las persecuciones son universidades de los luchadores. ¡Salud a los doctores de la Revolución!)

TIRANO: tú eres un pobre degenerado por los vicios, por la edad y por las riquezas. Te crees un superhombre nietzscheano (Alberto Lámara, uno de los lacayos que te adulan públicamente en la prensa, mientras en privado no es lo suficientemente bruto para callar la verdad –¡oh, cuánto asco por unos mendrugos de pan!–, te explicará quién fue Nietzsche. Ésta es la ventaja de los tiranos: tener seres que les expliquen todo lo que ellos no saben. ¡Y cuidado que necesitan de personas! Pero tienen el poder y el oro y el servilismo de los hambrientos).

El proletariado es más inteligente y comprensivo que tú, ser ignorante, bestial y epiléptico. Supones que una o veinte muertes resuelven el problema social, el gran problema del siglo. Si así fuese ya te habrían hecho lo que tus esbirros han hecho a centenares de los nuestros. Si el asesinato fuese la panacea, ya se te habría asesinado. Pero no es así, imbécil degenerado.

Repites como papagayo unas frases sobre el fracaso de la democracia, la necesidad de las dictaduras y otros clichés que un abogado te fabricó para la ceremonia cinematográfica de tu coronación como doctor *honoris causa*.

Tú no eres dictador, ni tirano, ni gobiernas porque tu voluntad –no es necesario utilizar la frase grosera y popular que tú en privado utilizas– así lo ha querido. ¡Pobre ignorante, juguete de las ciegas fuerzas de la historia!

Puede ser que el mediocre con mielitis, profesor de la Universidad, que es tu cancerbero en Hacienda, sepa de esas cosas. Pregúntale a él.

El desenvolvimiento de la historia está determinado por las fuerzas de producción, por el juego fatal de las fuerzas económicas. En Cuba el imperialismo ha desarrollado una gran industria y ha creado, a la vez, a su “sepulturero”, al proletariado.

Durante la época de la democracia burguesa de Zayas, el proletariado y otras fuerzas progresistas adquirieron solidez. La democracia burguesa es algunas veces útil para el proletariado. Aquella situación no podía seguir. La riqueza de los grandes imperialistas no estaba segura con la huelga de las centrales, la de los ferrocarriles y las agitaciones antiimperialistas de estudiantes, además de los movimientos más o menos revolucionarios como el de los V. y P.

El factor de producción intervino gritando la necesidad de protección. El imperialismo capitalista que había invertido mil doscientos millones de dólares necesitaba seguridades. Estas seguridades no se las hubiese dado Mendieta, el candidato opositor tuyo dentro del mismo partido. Este Mendieta era “cubano”, “muy cubano”. Hubiera matado obreros también, probablemente. Pero nunca hubiera sido un juguete ciego de los imperialistas. Mendieta pertenecía a la pequeña clase de los capitalistas criollos, a los hacendados. A esta clase hubiera servido. Esto no convenía a los *gringos*. Entonces surgiste tú. Tú, gran accionista del *trust* eléctrico yanqui de Cuba; tú, que no tenías inteligencia; tú, que eres lo bastante sanguinario para asesinar a todos los que estorban; tú, que has garantizado la seguridad de un banco imperialista, ladrón del pueblo cubano, con los dineros tuyos y los del tesoro nacional; en fin, que podías servir, sostener y ayudar al imperialismo capitalista de los mil doscientos millones de dólares. Todas tus acciones persiguen ese fin.

No se te ha matado, no se te matará en un atentado individual porque no eres nadie; eres un instrumento de una fuerza social. Pero tu acción está engendrando una contraria. Los obreros que asesinas y tiranizas, los campesinos que haces desaparecer, los colonos que arruinas, los intelectuales que “silencias”, los “políticos de oficio” que engañas, etcétera, etcétera; todos éstos, presionados también por las circunstancias, te liarán una revolución.

No a ti, renacuajo incompleto de una clase nacional que no ha logrado nacer, sino a los que te mandan, a los que sirves. Podrás hasta quedar con vida –el pueblo es imbécil muchas veces–, pero no podrás eludir que exista un nuevo agosto de 1906, ni un nuevo febrero del 17. Estas revoluciones también fueron contra los esclavos del poder imperialista yanqui: Estrada Paliza y Mario García. Habrá una diferencia, sin embargo. En esta nueva revolución, que podrá ser cuando intentes reelegirte, antes o después, la clase obrera, ya algo madura y organizada, hará su Comuna cubana del 71, su primer ensayo de asalto al poder. Tú has unido a los campesinos arruinándolos, y a los obreros asesinandolos, y a unos y a otros con tu lacayismo ante los enemigos de Cuba, gran farsante que pediste la abolición de la Enmienda Platt. Tú eres la mejor Enmienda Platt, la mejor protección para los intereses imperialistas. Tú recibirás la cosecha de lo que has sembrado.

Nada podrás hacer. Mil asesinatos más nada resolverán. TIRANO: los que vas a matar –o los que van a exterminar tu régimen en una acción revolucionaria de masas– te desprecian. Conocen que eres un pigmeo ante la historia, un instrumento ciego, y que tu suerte está unida a la de los tiranos que pretendes copiar (el fascismo es un remedio temporal contra la democracia, ora burguesa o proletaria. Pero nunca la cura del mal social. Nunca una doctrina reaccionaria va a detener la marcha de los acontecimientos. Ni un hombre tampoco...).

Solo tienes una salida: destruye a todo el pueblo de Cuba, asno con garras. Pero esto no es posible. ¿Quién trabajará? ¡Salud, tirano!

Los que has asesinado, los que has perseguido, los que has encarcelado, todos los que tiranizas te saludamos llenos de optimismo. Trabajas para nosotros. Mata, encarcela. “La sangre es el abono de la libertad”. Ya se ha repetido en la realidad muchas veces esta afirmación. El pueblo de Cuba triunfará. Él irá a la lucha porque sabe con el maestro Marx que solo las cadenas puede perder, y en cambio tiene un mundo que ganar. ¡Preparar la nueva sociedad de los productores!

JULIO ANTONIO MELLA

*El proletariado y la liberación nacional**

Mella fue también uno de los primeros marxistas latinoamericanos en analizar y criticar el nacionalismo populista. El siguiente pasaje se ha tomado de un libro (publicado por Mella en México en 1928) polémico contra la APRA –Alianza Popular Revolucionaria Americana– de Víctor Raúl Haya de la Torre. Sin excluir el apoyo táctico a movimientos nacionalistas burgueses, Mella insiste en la complicidad entre el imperialismo y las burguesías nacionales del continente y en la primacía de la contradicción de clase. La tesis que atribuye a la clase obrera la tarea histórica de liberar a América Latina de la dominación imperialista es característica del primer período del comunismo latinoamericano.

Los comunistas ayudarán, han ayudado hasta ahora –México, Nicaragua, etcétera–, a los movimientos nacionales de emancipación aunque tengan una base burguesa-democrática. Nadie niega esta necesidad, a condición de que sean verdaderamente emancipadores y revolucionarios. Pero he aquí lo que continúa aconsejando la tesis de Lenin al Segundo Congreso de la Internacional. “La Internacional Comunista debe apoyar los movimientos nacionales de liberación [aunque tengan una base, como todos la tienen, democrático-burguesa. N. del A.], en los países atrasados y en las colonias solamente bajo la condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no solo de nombre, se agrupen y se eduquen en la conciencia de sus propias tareas disímiles, tareas de lucha contra los movimientos democráticos burgueses dentro de sus naciones. La IC debe marchar en alianza temporal con la democracia burguesa de las colonias y de los países atrasados, pero sin fusionarse con ella y salvaguardando expresamente la independencia del movimiento proletario, aun en lo más rudimentario”.

He aquí bien clara la opinión marxista sobre el frente único, dicha por el más exacto y práctico de los intérpretes de Carlos Marx: Nicolás Lenin. Todavía los “apristas” no han probado que ellos lo interpretan mejor, aunque quieran hacérselo creer.

Esto no es solo “teoría”, sino que lo hemos vivido en América. El Partido Comunista en México ha estado apoyando la lucha de la burguesía liberal,

* Julio Antonio Mella, “La lucha revolucionaria contra el imperialismo”, 1928, en *Hombres de la revolución...*, pp. 76-78.

democrática y revolucionaria, contra el imperialismo y sus aliados nacionales: el clero católico y los militares reaccionarios, profesionales de la revuelta. Igual cosa han estado haciendo los comunistas en el “caso Nicaragua”. Los comunistas de Cuba, sin fusionarse con el Partido Nacionalista, guardando la independencia del movimiento proletario, lo apoyarían en una lucha revolucionaria por la emancipación nacional verdadera, si tal lucha se lleva a cabo. En la lucha contra la “Prórroga de Poderes”, aspecto político inmediato del imperialismo yanqui, han apoyado a todos los “anti-prorroguistas”, aunque no fueren obreros ni comunistas. En Chile fue el fuerte Partido Comunista el que luchó por un frente único contra la dictadura imperialista de Ibáñez. Pero en ningún momento han pretendido dejar a la clase obrera aislada o entregada a las otras clases para que cuando las condiciones cambien –como ahora está sucediendo en México– se encuentre huérfana y sin dirección. Tal cosa pretende en la realidad el “Frente Único” del APRA al no hablarnos concretamente del papel del proletariado y al presentarnos un frente único abstracto, que no es más que el frente único en favor de la burguesía, traidora clásica de todos los movimientos nacionales de verdadera emancipación. “Los movimientos nacionales liberadores de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, se están convenciendo por su experiencia amarga de que no hay para ellos salvación fuera de la victoria del poder soviético”¹.

En otros términos: el triunfo en cada país de la revolución obrera sobre el imperialismo mundial.

Las traiciones de las burguesías y pequeñas burguesías nacionales tienen una causa que ya todo el proletariado comprende. Ellas no luchan contra el imperialismo extranjero para abolir la propiedad privada, sino para Ofender su propiedad frente al robo que de ellas pretenden hacer los imperialistas.

En su lucha contra el imperialismo –el ladrón extranjero– las burguesías –los ladrones nacionales– se unen al proletariado, buena carne de cañón. Pero acaban por comprender que es mejor hacer alianza con el imperialismo, que al fin y al cabo persiguen un interés semejante. De progresistas se convierten en reaccionarios. Las concesiones que hacían al proletariado para tenerlo a su lado, las traicionan cuando éste, en su avance, se convierte en un peligro tanto para el ladrón extranjero como para el nacional. De aquí la gritería contra el comunismo.

Por otro lado, los Estados Unidos –es una característica del moderno imperialismo con el carácter de financiero– no desean tomar los territorios de la América y exterminar toda la propiedad de las clases dominantes, sino alquilarlas a su servicio y hasta mejorarlas con tal de que les den la explotación

¹ Lenin.

de lo que ellos necesitan. Un buen país burgués con un gobierno estable, es lo que los Estados Unidos quieren en cada nación de América, un régimen donde las burguesías nacionales sean accionistas menores de las grandes compañías. En cambio, les conceden el privilegio de “gobernar”, de tener himnos, banderas y hasta ejércitos. Les resulta más económica esta forma de dominio.

Moncada en Nicaragua, el Kuo-Min-Tang en China (organización que los “apristas” pretenden copiar), la nueva política de la pequeña burguesía mexicana y toda la diplomacia rosada hecha en la Conferencia de La Habana por muchas naciones que se dicen libres y que allí pactaron con el imperialismo, al final de las discusiones, demuestran que sí es cierto lo anterior².

Para hablar concretamente: liberación nacional absoluta, solo la obtendrá el proletariado, y será por medio de la revolución obrera.

² “Los trapos sucios de la Conferencia de La Habana...”, etcétera.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Prólogo a *Tempestad en los Andes**

José Carlos Mariátegui (1895-1930), fundador del comunismo peruano, es probablemente el pensador marxista más importante que América Latina haya producido hasta ahora. Además de sus escritos filosóficos (Defensa del marxismo, 1928-29) y sociohistóricos (Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, 1928), Mariátegui redactó numerosos textos políticos que presentan el mayor interés, más allá de su contexto coyuntural, en la medida en que tratan los problemas de fondo del movimiento obrero latinoamericano. Este documento es uno de los más característicos del pensamiento de Mariátegui, tanto por sus referencias a Sorel (contra el "mediocre positivismo"), que él trata de integrar en su visión marxista, cuanto por su planteamiento socialista de la cuestión indígena. Su admiración por el pasado incaico no lo lleva a una concepción "restauracionista", puesto que reconoce el carácter irreversible de ciertas "conquistas de la civilización" occidentales. Uno de los pasajes de este texto importante puede prestarse a confusión. Cuando plantea que una de las funciones del socialismo es "realizar el capitalismo", lo que quiere decir con esa fórmula paradójica lo aclara el contexto inmediato del mismo párrafo: solo la revolución socialista puede realizar la tarea agraria democrático-burguesa ("liquidación de la feudalidad").

Después de habernos dado en sus obras *De la vida inkaika* y *Del ayllu al Imperio* una interpretación esquemática de la historia del Tawantinsuyu, Luis E. Valcárcel nos ofrece en este libro una visión animada del presente autóctono. Este libro anuncia "el advenimiento de un mundo", la aparición del nuevo indio. No puede ser, por consiguiente, una crítica objetiva, un análisis neutral, tiene que ser una apasionada afirmación, una exaltada protesta.

Valcárcel percibe claramente el renacimiento indígena porque cree en él. Un movimiento histórico en gestación no puede ser entendido, en toda su trascendencia, sino por los que luchan porque se cumpla. (El movimiento socialista, por ejemplo, solo es comprendido cabalmente por sus militantes. No ocurre lo mismo con los movimientos ya realizados. El fenómeno capitalista no ha sido entendido y explicado por nadie tan amplia y exactamente como por los socialistas).

* José Carlos Mariátegui, "Prólogo a *Tempestad en los Andes*", en *La polémica del indigenismo*, ed. Mosca Azul, Lima, 1976.

La empresa de Valcárcel en esta obra, si la juzgamos como la juzgaría Unamuno, no es de profesor sino de profeta. No se propone meramente registrar los hechos que anuncian o señalan la formación de una nueva conciencia indígena, sino traducir su íntimo sentido histórico, ayudando a esa conciencia indígena a encontrarse y a revelarse a sí misma. La interpretación, en este caso, tal vez como en ninguno, asume el valor de una creación.

Tempestad en los Andes no se presenta como una obra de doctrina ni de teoría. Valcárcel siente resucitar la raza keswa. El tema de su obra es esta resurrección. Y no se prueba que un pueblo vive, teorizando o razonando, sino mostrándolo viviente. Éste es el procedimiento seguido por Valcárcel, a quien, más que el alcance o la vía del renacimiento indígena, le preocupa documentarnos su evidencia y su realidad.

La primera parte de *Tempestad en los Andes* tiene una entonación profética. Valcárcel pone en su prosa vehemente la emoción y la idea del resurgimiento inkaico. No es el Inkario lo que revive; es el pueblo del Inka que, después de cuatro siglos de sopor, se pone otra vez en marcha hacia sus destinos. Comentando el primer libro de Valcárcel yo escribí que ni las conquistas de la civilización occidental ni las consecuencias vitales de la colonia, y la república, son renunciables¹, Valcárcel reconoce estos límites a su anhelo.

En la segunda parte del libro, un conjunto de cuadros llenos de color y movimiento nos presenta la vida rural indígena. La prosa de Valcárcel asume un acento tiernamente bucólico cuando evoca, en sencillas estampas, el encanto rústico del agro serrano. El panfletario vehemente reaparece en la descripción de los “pobladores mestizos”, para trazar el sórdido cuadro del pueblo parasitario, anquilosado, canceroso, alcohólico y carcomido, donde han degenerado en un mestizaje negativo las cualidades del español y del indio.

En la tercera parte asistimos a los episodios característicos del drama del indio. El paisaje es el mismo, pero sus colores y sus voces son distintos. La sierra geórgica de la siembra, la cosecha y la Kaswa, se convierte en la sierra trágica del gamonal y de la mita. Pesa sobre los ayllus campesinos el despotismo brutal del latifundista, del Kelkere y del gendarme.

¹ He aquí, precisamente, lo que entonces (Mundial, septiembre de 1925) escribí: “Valcárcel va demasiado lejos, como casi siempre que se deja rienda suelta a la imaginación. Ni la civilización occidental está tan agotada y putrefacta como Valcárcel supone. Ni una vez adquiridas su experiencia, su técnica y sus ideas, el Perú puede renunciar místicamente a tan válidos y preciosos instrumentos para volver, con áspera intransigencia, a sus antiguos mitos agrarios. La Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico. La República, tal como existe, es otro hecho histórico. Contra los hechos históricos, poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu. La historia del Perú no es sino una parcela de la historia humana. En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil. Pero es de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla”.

En la cuarta parte, la sierra amanece grávida de esperanza. Ya no la habita una raza unánime en la resignación y el renunciamiento. Pasa por la aldea y el agro serranos una ráfaga insólita. Aparecen los “indios nuevos”: aquí el maestro, el agitador; allá el labriego, el pastor, que no son ya los mismos que antes. A su advenimiento no ha sido extraño el misionero adventista, en la apreciación de cuya obra no acompaño sin prudentes reservas a Valcárcel por una razón: el carácter de avanzadas del imperialismo anglosajón que, como lo advierte Alfredo Palacios, pueden revestir estas misiones. El “nuevo indio” no es un ser mítico, abstracto, al cual preste existencia solo la fe del profeta. Lo sentimos viviente, real, activo, en las estancias finales de esta “película serrana”, que es como el propio autor define a su libro. Lo que distingue al “nuevo indio” no es la instrucción sino el espíritu. (El alfabeto no redime al indio.) El “nuevo indio” espera. Tiene una meta. He ahí su secreto y su fuerza. Todo lo demás existe en él por añadidura. Así lo he conocido yo también en más de un mensajero de la raza venido a Lima. Recuerdo el imprevisto e impresionante tipo de agitador que encontré hace cuatro años en el indio puneño Ezequiel Urviola. Este encuentro fue la más fuerte sorpresa que me reservó el Perú a mi regreso de Europa. Urviola representaba la primera chispa de un incendio por venir. Era el indio revolucionario, el indio socialista. Tuberculoso, jorobado, sucumbió al cabo de dos años de trabajo infatigable. Hoy ya no importa que Urviola no exista. Basta que haya existido. Como dice Valcárcel, hoy la sierra está preñada de espartacos.

El “nuevo indio” explica e ilustra el verdadero carácter del indigenismo que tiene en Valcárcel uno de sus más apasionados evangelistas. La fe en el resurgimiento indígena no proviene de un proceso de “occidentalización” material de la tierra Keswa. No es la civilización, no es el alfabeto del blanco, lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena es absolutamente revolucionaria. El mismo mito, la misma idea, son agentes decisivos del despertar de otros viejos pueblos, de otras viejas razas en colapso: hindúes, chinos, etcétera. La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por el mismo cuadrante.

¿Por qué ha de ser el pueblo inkaico, que construyó el más desarrollado y armónico sistema comunista, el único insensible a la emoción mundial? La consanguinidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales es demasiado evidente para que precise documentarla. Yo he dicho ya que he llegado al entendimiento y a la valoración justa de lo indígena por la vía del socialismo. El caso de Valcárcel demuestra lo exacto de mi experiencia personal. Hombre de diversa formación intelectual, influido por sus gustos tradicionalistas, orientado por distinto género de sugerencias y estudios,

Valcárcel resuelve políticamente su indigenismo en socialismo. En este libro nos dice, entre otras cosas, que “el proletariado indígena espera su Lenin”. No sería diferente el lenguaje de un marxista.

La reivindicación indígena carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla –esto es, para adquirir realidad, corporeidad– necesita convertirse en reivindicación económica y política. El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como el problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido, por primera vez, esclarecido y demarcado.

Los que no han roto todavía el cerco de su educación liberal burguesa, y colocándose en una posición abstractista y literaria, se entretienen en barajar los aspectos raciales del problema, olvidan que la política, y por tanto la economía, lo dominan fundamentalmente. Emplean un lenguaje pseudoidealista para escamotear la realidad disimulándola bajo sus atributos y consecuencias. Oponen a la dialéctica revolucionaria un confuso galimatías crítico, conforme al cual la solución al problema indígena no puede partir de una reforma o hecho político porque a los efectos inmediatos de éste escaparía una compleja multitud de costumbres y vicios que solo pueden transformarse a través de una evolución lenta y normal.

La historia, afortunadamente, resuelve todas las dudas y desvanece todos los equívocos. La conquista fue un hecho político. Interrumpió bruscamente el proceso autónomo de la nación keswa, pero no implicó una repentina sustitución de las leyes y costumbres de los nativos por las de los conquistadores. Sin embargo, ese hecho político abrió, en todos los órdenes de cosas, así espirituales como materiales, un nuevo período. El cambio de régimen bastó para mudar desde sus cimientos la vida del pueblo keswa. La independencia fue otro hecho político. Tampoco correspondió a una radical transformación de la estructura económica y social del Perú; pero inauguró, no obstante, otro período de nuestra historia, y si no mejoró prácticamente la condición del indígena, por no haber tocado casi la infraestructura económica colonial, cambió su situación jurídica, y franqueó el camino de su emancipación política y social. Si la República no siguió este camino, la responsabilidad de la omisión corresponde exclusivamente a la clase que usufructuó la obra de los libertadores tan rica potencialmente en valores y principios creadores.

El problema indígena no admite ya la mistificación a que perpetuamente lo ha sometido una turba de abogados y literatos, consciente e inconscientemente mancomunados con los intereses de la casta latifundista.

La miseria moral y material de la raza indígena aparece demasiado netamente como una simple consecuencia del régimen económico y social que sobre ella pesa desde hace siglos. Este régimen, sucesor de la feudalidad colonial, es el gamonalismo. Bajo su imperio, no se puede hablar seriamente de redención del indio.

El término gamonalismo no designa solo a una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un fenómeno. El gamonalismo no está representado solo por los gamonales propiamente dichos. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etcétera. El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que se debe actuar si se quiere atacar en su raíz un mal del cual algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones episódicas o subsidiarias.

Esa liquidación del gamonalismo, o de la feudalidad, podía haber sido realizada por la República dentro de los principios liberales y capitalistas. Pero por las razones que llevo ya señaladas en otros estudios, estos principios no han dirigido efectiva y plenamente nuestro proceso histórico. Saboteados por la propia clase encargada de aplicarlos, durante más de un siglo han sido impotentes para redimir al indio de una servidumbre que constituía un hecho absolutamente solidario con el de la feudalidad. No es el caso esperar que hoy que estos principios están en crisis en el mundo, adquieran repentinamente en el Perú una insólita vitalidad creadora.

El pensamiento revolucionario, y aun el reformista, no puede ser ya liberal sino socialista. El socialismo aparece en nuestra historia no por una razón de azar, de imitación o de moda, como espíritus superficiales suponen, sino como una fatalidad histórica. Y sucede que mientras, de un lado, los que profesamos el socialismo propugnamos lógica y coherentemente la reorganización del país sobre bases socialistas y –constatando que el régimen económico y político que combatimos se ha convertido gradualmente en una fuerza de colonización del país por los capitalismos imperialistas extranjeros– proclamamos que éste es un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista; de otro lado no existe en el Perú, como no ha existido nunca, una burguesía progresista, con sentido nacional, que se profese liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina. Con la excepción única de los elementos tradicionalmente conservadores, no hay ya en el Perú quien, con mayor o menor sinceridad, no se atribuya cierta dosis de socialismo.

Mentes poco críticas y profundas pueden suponer que la liquidación de la feudalidad es empresa típica y específicamente liberal y burguesa y que pretender convertirla en función socialista es torcer románticamente las leyes de la historia. Este criterio simplista de teóricos de poco calado, se opone al socialismo sin más argumento que el de que el capitalismo no ha agotado su misión en el Perú. La sorpresa de sus sustentadores será extraordinaria cuando se enteren que la función del socialismo en el gobierno de la nación, según la hora y el compás histórico a que tenga que ejecutarse, será en gran parte la de realizar el capitalismo –vale decir, las posibilidades históricamente vitales todavía del capitalismo– en el sentido que convenga a los intereses del progreso social.

Valcárcel, que no parte de apriorismos doctrinales –como se puede decir, aunque inexacta y superficialmente, de mí y los elementos que me son conocidamente más próximos de la nueva generación–, encuentra por esto la misma vía que nosotros a través de un trabajo natural y espontáneo de conocimiento y penetración del problema indígena. La obra que ha escrito no es una obra teórica y crítica. Tiene algo de evangelio y hasta algo de apocalipsis. Es la obra de un creyente. Aquí no están precisamente los principios de la revolución que restituirá a la raza indígena su sitio en la historia nacional; pero aquí están sus mitos. Y desde que el alto espíritu de Jorge Sorel, reaccionando contra el mediocre positivismo de que estaban contagiados los socialistas de su tiempo, descubrió el valor perenne del Mito en la formación de los grandes movimientos populares, sabemos bien que éste es un aspecto de la lucha que, dentro del más perfecto realismo, no debemos negligir ni subestimar.

Tempestad en los Andes llega a su hora. Su voz herirá todas las conciencias sensibles. Es la profecía apasionada que anuncia un Perú nuevo. Y nada importa que para unos sean los hechos los que crean la profecía y para otros sea la profecía la que crea los hechos.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
*El problema indígena en América Latina**

Mariátegui envió un comunicado a la Conferencia Comunista de 1929, dedicado a los problemas de los campesinos indígenas y su inserción en la lucha de clases, del que publicamos algunos fragmentos. Mariátegui atribuye una gran importancia a las tradiciones colectivistas de los incas como elemento favorable al desarrollo del comunismo, entre las masas campesinas de la región andina. Sin embargo sería injusto calificar su planteamiento de “populista”: la hegemonía política del proletariado sigue siendo para Mariátegui la condición del paso al socialismo.

Mariátegui fue el primer comunista de América Latina que abordó el problema agrario y su relación con el problema indígena, tratando de aplicar en forma creadora el método marxista a un fenómeno específicamente latinoamericano. Es interesante señalar que esta problemática será abordada, después de él, sobre todo por los “herejes” y disidentes dentro del marxismo del continente, y más tarde por la corriente castrista.

El advenimiento de la República no transforma sustancialmente la economía del país. Se produce un simple cambio de clases: al gobierno cortesano de la nobleza española, sucedió el gobierno de los terratenientes, encomenderos y profesionales criollos. La aristocracia mestiza empuña el poder, sin ningún concepto económico, sin ninguna visión política. Para los cuatro millones de indios, el movimiento de emancipación de la metrópoli pasa desapercibido. Su estado de servidumbre persiste desde la conquista hasta nuestros días no obstante las leyes dictadas para “protegerlos” y que no podían ser aplicadas mientras la estructura económica de supervivencia feudoterrateniente persista en nuestro mecanismo social.

La nueva clase gobernante, ávida y sedienta de riquezas, se dedica a agrandar sus latifundios a costa de las tierras pertenecientes a la comunidad indígena, hasta llegar a hacerlas desaparecer en algunos departamentos. Habiéndoseles arrebatado la tierra que poseían en común todas las familias integrantes del ayllu, éstas han sido obligadas a buscar trabajo, dedicándose al yanaconazgo (parceleros) y a peones de los latifundistas que violentamente los despojaron.

* José Carlos Mariátegui, “El problema de las razas en América Latina”, en *El movimiento revolucionario latinoamericano*, versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, junio de 1929, La correspondencia sudamericana, Buenos Aires, pp. 277-79, 290-91.

Del ayllu antiguo no queda sino uno que otro rasgo fisonómico, étnico, costumbres, prácticas religiosas y sociales, que con algunas pequeñas variaciones, se les encuentra en un sinnúmero de comunidades que anteriormente constituyeron el pequeño reino o “curacazgo”. Pero si de esta organización, que entre nosotros ha sido la institución política intermediaria entre el ayllu y el imperio, han desaparecido todos sus elementos coactivos y de solidaridad, el ayllu o comunidad; en cambio, en algunas zonas poco desarrolladas, ha conservado su natural idiosincrasia, su carácter de institución casi familiar, en cuyo seno continuaron subsistiendo después de la Conquista los principales factores constitutivos.

Las comunidades reposan sobre la base de la propiedad en común de las tierras en que viven y cultivan y conservan, por pactos y por lazos de consanguinidad que unen entre sí a las diversas familias que forman el ayllu. Las tierras de cultivos y pastos pertenecientes a la comunidad, forman el patrimonio de dicha colectividad. En ella viven, de su cultivo se mantienen, y los continuos cuidados que sus miembros ponen a fin de que no les sean arrebatadas por los poderosos vecinos u otras comunidades, les sirven de suficiente incentivo para estar siempre organizados, constituyendo un solo cuerpo. Por hoy, las tierras comunales pertenecen a todo el ayllu o sea al conjunto de familias que forman la comunidad. Unas están repartidas y otras continúan en calidad de bien raíz común, cuya administración se efectúa por los agentes de la comunidad. Cada familia posee un trozo de tierra que cultiva, pero que no puede enajenar porque no le pertenece: es de la comunidad.

Por lo general, hay dos clases de tierras, unas que se cultivan en común para algún “santo” o comunidad y las que cultiva cada familia por separado.

Pero no solo en la existencia de las comunidades se revela el espíritu colectivista del indígena. La costumbre secular de la “Minka” subsiste en los territorios del Perú, de Bolivia, del Ecuador y Chile; el trabajo que un parcelero, aunque no sea comunero, no puede realizar por falta de ayudantes, por enfermedad u otro motivo análogo, es realizado merced a la cooperación y auxilio de los parceleros confinantes, quienes a su vez reciben parte del producto de la cosecha, cuando su cantidad lo consiente, u otro auxilio manual en una próxima época.

Este espíritu de cooperación que existe fuera de las comunidades, se manifiesta en formas especiales en Bolivia, donde se establecen mutuos acuerdos entre indígenas pequeños propietarios pobres, para labrar en común el total de las tierras y repartir en común el producto. Otra forma de cooperación que también se observa en Bolivia es la que se realiza entre un indio pequeño propietario en los alrededores de la ciudad, sin nada más que su tierra,

y otro indio que vive en la ciudad, en calidad de pequeño artesano o asalariado relativamente bien remunerado; este último no dispone de tiempo, pero puede en una u otra forma conseguir las semillas y los instrumentos de labranza que faltan; el primero aporta la tierra y su labor personal; en la época de la cosecha se reparte el producto según la proporción establecida de antemano.

Estas y otras formas de cooperación extracomunitaria junto con la existencia de numerosas comunidades (en el Perú cerca de 1.500 comunidades con 30 millones de hectáreas, cultivadas aproximadamente por 1.500.000 comuneros; en Bolivia un número aproximadamente igual de comunidades, con menos comuneros, siendo arrancados muchos de ellos a la tierra, para las minas), comunidades que en algunas regiones dan un rédito agrícola superior al de los latifundios, atestiguan la vitalidad del colectivismo incaico primitivo, capaz mañana de multiplicar sus fuerzas, aplicadas a latifundios industrializados y con los medios de cultivo necesarios.

El VI Congreso de la IC ha señalado una vez más la posibilidad, para pueblos de economía rudimentaria, de iniciar directamente una organización económica colectiva, sin sufrir la larga evolución por la que han pasado otros pueblos. Nosotros creemos que entre las poblaciones “atrasadas”, ninguna como la población indígena incásica reúne las condiciones tan favorables para que el comunismo agrario primitivo, subsistente en estructuras concretas y en un hondo espíritu colectivista, se transforme, bajo la hegemonía de la clase proletaria, en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista [...]

Solo el movimiento revolucionario clasista de las masas indígenas explotadas podrá permitirles dar un sentido real a la liberación de su raza de la explotación, favoreciendo las posibilidades de su autodeterminación política.

El problema indígena, en la mayoría de los casos, se identifica con el problema de la tierra. La ignorancia, el atraso y la miseria de los indígenas, no son sino la consecuencia de su servidumbre. El latifundio feudal mantiene la explotación y la dominación absoluta de las masas indígenas por la clase propietaria. La lucha de los indios contra los gamonales ha estribado invariablemente en la defensa de sus tierras contra la absorción y el despojo. Existe, por tanto, una instintiva y profunda reivindicación indígena: la reivindicación de la tierra. Dar un carácter organizado, sistemático, definido, a esta reivindicación, es la tarea en que la propaganda política y el movimiento sindical tiene el deber de cooperar activamente.

Las “comunidades”, que han demostrado bajo la opresión más dura condiciones de resistencia y persistencia realmente asombrosas, representan un factor natural de socialización de la tierra. El indio tiene arraigados hábitos

de cooperación. Aun cuando de la propiedad comunitaria se pasa a la propiedad individual, y no solo en la sierra sino también en la costa, donde un mayor mestizaje actúa contra las costumbres indígenas, la cooperación se mantiene, las labores pesadas se hacen en común. La "comunidad" puede transformarse en cooperativa, con mínimo esfuerzo. La adjudicación a las "comunidades" de la tierra de los latifundios, es, en la sierra, la solución que reclama el problema agrícola. En la costa, donde la gran propiedad es también omnipotente, pero donde la propiedad comunitaria ha desaparecido, se tiende inevitablemente a la individualización de la propiedad del suelo. Los "yanaconas", especie de aparceros duramente explotados, deben ser ayudados en su lucha contra los propietarios. La reivindicación natural de estos "yanaconas" es la del suelo que trabajan. En las haciendas explotadas directamente por sus propietarios, por medio de peonadas, reclutadas en parte en la sierra, y a las que en esta parte falta vínculo con la tierra, los términos de la lucha son distintos. Las reivindicaciones por las que hay que trabajar son: libertad de organización, supresión de "enganche", aumento de salarios, jornada de ocho horas, cumplimiento de las leyes de protección del trabajo. Solo cuando el peón de hacienda haya conquistado esas cosas, estará en la vía de su emancipación definitiva.

Es muy difícil que la propaganda sindical o política penetre en las haciendas. Cada hacienda es en la costa un feudo. Ninguna asociación, que no acepte el patronato y la tutela de los propietarios y la administración, es tolerada, y en este caso, solo se encuentran las asociaciones de deporte o recreo. Pero con el aumento del tráfico automovilístico se abre poco a poco una brecha en las barreras que cerraban antes las haciendas a toda propaganda. De ahí la importancia que la organización y movilización activa de los obreros del transporte tiene en el desarrollo de la movilización clasista. Cuando las peonadas de las haciendas sepan que cuentan con la solidaridad fraternal de los sindicatos y comprendan el valor de éstos, fácilmente despertará en ellas la voluntad de lucha que hoy les falta. Los núcleos de adherentes al trabajo sindical que se constituyen, gradualmente, en las haciendas, tendrán la función de explicar en cualquiera reclamación y de aprovechar la primera oportunidad de dar forma a su organización, dentro de lo que las circunstancias consientan.

Para la progresiva educación ideológica de las masas indígenas, la vanguardia obrera dispone de aquellos elementos militantes de la raza india que en las minas o en los centros urbanos, particularmente en los últimos, entran en contacto con el movimiento sindical, se asimilan a sus principios y se capacitan para jugar un rol en la emancipación de su raza. Es frecuente que obreros procedentes del medio indígena, regresen temporal o definitivamente a éste.

El idioma les permite cumplir eficazmente una misión de instructores de sus hermanos de raza y de clase. Los indios campesinos no entenderán de veras sino a individuos de su seno, que les hablen en su propio idioma. Del blanco, del mestizo, desconfiarán siempre; y el blanco y el mestizo, a su vez, muy difícilmente se impondrán el difícil trabajo de llegar al medio indígena y de llevar a él la propaganda clasista.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
*La revolución socialista latinoamericana**

El texto adjunto, tomado de un documento redactado por Mariátegui en nombre de un grupo de militantes de Lima (núcleo del futuro Partido Comunista), es una discusión con el APRA que define en términos tajantes y rigurosos el carácter socialista de la revolución en el continente, como única alternativa realista al dominio del imperialismo norteamericano.

La misma palabra revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla, rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana será, nada más y nada menos, que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: “antiimperialista”, “agrarista”, “nacionalista revolucionaria”. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norteamérica, plutocrática, imperialista, solo es posible oponer eficazmente una América Latina o Ibero, socialista. La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y en todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritu, no tienen ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona ya materialista y una América Latina, idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos éstos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya –no ha obrado nunca– útil y fundamentalmente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y lugares y hagamos las cuentas seria y francamente con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específica

* José Carlos Mariátegui, “Carta colectiva del grupo de Lima” junio de 1929, en *El proletariado y su organización*, ed. Grijalbo, 1970, pp. 119-21.

ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indo América, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años debimos nuestra independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de estos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista primitiva que registra la historia, es la incaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea absoluto, abstracto, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil, vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. "Amauta" no es una diversión ni un juego de intelectuales puros; profesa una idea histórica, confiesa una idea activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: socialismo (con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista pequeñoburgués y demagogo).

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
*Punto de vista antiimperialista**

Este texto pertenece a un documento redactado por Mariátegui y presentado por la delegación peruana en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio de 1929). Trata de delimitar la cuestión clave de la relación dialéctica entre la lucha de clases y la lucha contra el imperialismo y esboza un análisis penetrante e insólito de las relaciones y contradicciones entre la metrópoli norteamericana, la burguesía local y los terratenientes. Es uno de los textos políticos más conocidos de Mariátegui, y ha sido objeto de múltiples reediciones por parte de grupos revolucionarios latinoamericanos después de la revolución cubana.

1º. ¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales? La condición económica de estas repúblicas, es, sin duda, semicolonial, y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional. Estas burguesías, en Sudamérica, que no conoce todavía, salvo Panamá, la ocupación militar yanqui, no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia, como suponía ingenuamente la propaganda aprista. El Estado, o mejor la clase dominante, no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional. La revolución de la Independencia está relativamente demasiado próxima, sus mitos y símbolos demasiado vivos, en la conciencia de la burguesía y la pequeña burguesía. La ilusión de la soberanía nacional se conserva en sus principales efectos. Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha antiimperialista en los países semicoloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error.

Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo Min Tang, como modo de evitar la imitación europeísta y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis:

* José Carlos Mariátegui, "Punto de vista antiimperialista", 1929, en *Obra política*, ed. Era, México, 1979, pp. 273-78.

“La colaboración con la burguesía, y aun de muchos elementos feudales, en la lucha antiimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El antiimperialismo en la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indo-América las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criolla no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aun con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La “huachafita” que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas que a ninguno de ustedes escapa seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha antiimperialista en nuestro medio. Solo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder en su patria, y donde la personalidad nacional tiene por estas razones contornos más claros y netos que en estos países retardados, el antiimperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses; pero por razones de expansión y crecimiento capitalistas y no por razones de justicia social y doctrina socialista como es nuestro caso”.

La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo Min Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuán poco se podía confiar, aun en países como la China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía.

Mientras la política imperialista logre “*manéger*” los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos Estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías. Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías, se considerarán tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países “dependientes” de Europa.

Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades en la acción antiimperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista.

2°. La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el Apra –como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva– y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo Min Tang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del antiimperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: “Somos de izquierda (o socialistas) porque somos antiimperialistas”. El antiimperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento antiimperialista, a la exageración del mito de la lucha por la “segunda independencia”, al romanticismo de que estamos viviendo ya las jornadas de una nueva emancipación. De aquí la tendencia a remplazar las ligas antiimperialistas con un organismo político. De la Apra, concebida inicialmente como frente único, como alianza popular, como bloque de las clases oprimidas, se pasa a la Apra, definida como el Kuo Min Tang latinoamericano. El antiimperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El antiimperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad), no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política antiimperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno “nacionalista” puede usar, en sus relaciones con los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamente panamericanista, monroísta; pero cualquier otro gobierno burgués haría, prácticamente, lo mismo que él, en materia de empréstitos y concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y directa relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la población de su territorio, con el aumento de las vías de comunicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña burguesía? Nada, sino palabras.

Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el antiimperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligroso enemigo –peligroso por su confusionismo, por la demagogia–, en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación antiimperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que solo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.

3º. Estos hechos diferencian la situación de los países sudamericanos de la situación de los países centroamericanos, donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción patriótica que puede fácilmente ganar al antiimperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. La propaganda aprista, conducida personalmente por Haya de la Torre, no parece haber obtenido en ninguna otra parte de América mayores resultados. Sus prédicas confusionistas y mesiánicas, que aunque pretenden situarse en el plano de la lucha económica, apelan en realidad particularmente a los factores raciales y sentimentales, reúnen las condiciones necesarias para impresionar a la pequeña burguesía intelectual. La formación de partidos de clase y poderosas organizaciones sindicales, con clara conciencia clasista, no se presenta destinada en esos países al mismo desenvolvimiento inmediato que en Sudamérica. En nuestros países el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado. No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarias. Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscrito a Centroamérica: en Sudamérica, a consecuencia de la desviación populista, caudillista, pequeñoburguesa, que lo definía como el Kuo Min Tang latinoamericano, está en una etapa de liquidación total. Lo que resuelva al respecto el próximo Congreso Antiimperialista de París, cuyo voto tiene que decidir la unificación de los organismos antiimperialistas y establecer la distinción entre las plataformas y agitaciones antiimperialistas y las tareas de la competencia de los partidos de clase y las organizaciones sindicales, pondrá término absolutamente a la cuestión.

4º. ¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semif feudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha antiimperialista? Ciertamente, el capitalismo imperialista

utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenúa en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro si el poder está en manos de una clase social más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios. La liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entraban el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la “democratización” de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente –y por lo mismo más apta para garantizar la paz social–, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo. En el Perú, el régimen leguista, aunque tímido en la práctica ante los intereses de los latifundistas y gamonales, que en gran parte le prestan su apoyo, no tiene ningún inconveniente en recurrir a la demagogia, en reclamar contra la feudalidad y sus privilegios, en tronar contra las antiguas oligarquías, en promover una distribución del suelo que hará de cada peón agrícola un pequeño propietario. De esta demagogia saca el leguismo, precisamente, sus mayores fuerzas. El leguismo no se atreve a tocar la gran propiedad. Pero el movimiento natural del desarrollo capitalista –obras de irrigación, explotación de nuevas minas, etcétera– va contra los intereses y privilegios de la feudalidad. Los latifundistas, a medida que crecen las áreas cultivables, que surgen nuevos focos de trabajo, pierden su principal fuerza: la disposición absoluta e incondicional de la mano de obra. En Lambayeque, donde se efectúan actualmente obras de regadío, la actividad capitalista de la comisión técnica que las dirige, y que preside un experto norteamericano, el ingeniero Sutton, ha entrado prontamente en conflicto con las conveniencias de los grandes terratenientes feudales. Estos grandes terratenientes son, principalmente, azucareros. La amenaza de que se les arrebate el monopolio de la tierra y el agua, y con él el medio de disponer a su antojo de la población de trabajadores, saca de quicio a esta gente

y la empuja a una actitud que el gobierno, aunque muy vinculado a muchos de sus elementos, califica de subversiva o antigobiernista. Sutton tiene las características del hombre de empresa capitalista norteamericano. Su mentalidad, su trabajo, chocan al espíritu feudal de los latifundistas. Sutton ha establecido, por ejemplo, un sistema de distribución de las aguas, que reposa en el principio de que el dominio de ellas pertenece al Estado; los latifundistas consideraban el derecho sobre las aguas anexo a su derecho sobre la tierra. Según su tesis, las aguas eran suyas; eran y son propiedad absoluta de sus fundos.

5ª. ¿Y la pequeña burguesía, cuyo rol en la lucha contra el imperialismo se sobreestima tanto, es, como se dice, por razones de explotación económica, necesariamente opuesta a la penetración imperialista? La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarización; donde ésta misma, por la miseria de los salarios, no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto “decente”; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus empleados nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de clase media. La empresa yanqui representa mejor sueldo, posibilidad de ascensión, emancipación de la empleomanía del Estado, donde no hay porvenir sino para los especuladores. Este hecho actúa, con una fuerza decisiva, sobre la conciencia del pequeño burgués, en busca o en goce de un puesto. En estos países de pauperismo español, repetimos, la situación de las clases medias no es la constatada en los países donde estas clases han pasado un período de libre concurrencia, de crecimiento capitalista propicio a la iniciativa y al éxito individuales, a la opresión de los grandes monopolios.

En conclusión, somos antiimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.

2.4. La rebelión roja de El Salvador (1932)

*Documentos del Partido Comunista de El Salvador**

Los textos siguientes son llamamientos, proclamas y documentos del Partido Comunista de El Salvador durante la insurrección campesina de 1932, que fue la única sublevación armada de masas dirigida por un partido comunista en América Latina.

Hay que situar el acontecimiento en el contexto del viraje a la izquierda del Comintern ("Tercer Período") pero constituye en lo esencial la expresión de un movimiento revolucionario "desde abajo", auténtico y autónomo.

Los llamamientos a los soldados en las proclamaciones del Partido Comunista de El Salvador no eran mera retórica, correspondían a una real influencia de los comunistas en las bases del Ejército.

Estos documentos fueron publicados por el poeta comunista salvadoreño Roque Dalton, como anexo a los recuerdos de Miguel Mármol, único sobreviviente de la dirección del PCS de 1932, en la revista cubana Pensamiento Crítico.

Manifiesto comunista para los soldados de Ahuachapán

A los camaradas soldados:

Los obreros y los campesinos, todos bajo la dirección del CC del Partido Comunista de El Salvador, no tenemos nada que esperar del gobierno actual que está en manos de los ricos. Vosotros mismos conocéis que los camaradas del cantón Santa Rita están en una huelga por la que reclaman aumento de salarios, disminución de los terrajes que no les dejan casi nada a los trabajadores agrícolas. El capitalista Rogelio Arriaba y Rafael Herrera Morán, también capitalista, emborracharon a la guardia para que asesinara a los camaradas en huelga. El gobierno, siendo como es, de los ricos, ha mandado fuerzas para aplastar a los trabajadores. Vosotros, camaradas soldados, sois de nuestra clase explotada y no debéis disparar un cartucho contra los trabajadores. Los obreros, campesinos y soldados deben unirse para establecer el gobierno obrero y campesino. Vosotros debéis desconocer a los oficiales y jefes porque todos ellos

* Roque Dalton, "Miguel Mármol: El Salvador 1930-32", en *Pensamiento Crítico*, N° 48, La Habana, enero de 1971, pp. 98-106.

están contra los trabajadores. Nombrad vosotros delegados para que entren en un acuerdo con nosotros. Acabemos con los jefes y oficiales del ejército de los ricos y formemos el Ejército Rojo compuesto de soldados y de jefes nombrados entre los mismos soldados. Ni un cartucho contra nosotros. Los delegados de los camaradas soldados deben recibir órdenes del Partido Comunista. El Comité Central del Partido Comunista nos llevará a la victoria contra los ricos ladrones.

Ahuachapán, 7 de enero de 1932

Socorro Rojo Internacional Comunista de El Salvador
Comité Ejecutivo Nacional

(Confidencial y urgente)

Camarada:

Esperamos que a la hora definitiva no se desanime ni lleve desaliento a las masas. Debe estar convencido de que los Estados Unidos mirarán con buenos ojos la insurrección y la atribuirán a una reacción del araujismo y en consecuencia nos reconocerán inmediatamente una beligerancia que de momento nos es indispensable, mientras tomamos las riendas del poder, que es nuestro objetivo, y después, ya con las armas en la mano y con la ayuda de los camaradas de toda América y en especial la de los camaradas de Estados Unidos, podremos enfrentar cualquier situación desesperada. La lucha es de vida o muerte.

Por las víctimas de la reacción y del imperialismo.

Por el Comité Ejecutivo Nacional.

Ismael Hernández, secretario general.

Plan que desarrollará el Comité Militar Revolucionario el día... del actual (enero) en la lucha por la toma del poder por los obreros, campesinos y soldados, por resolución del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador

- 1º. Este CG del PCS nombra al Comité Militar Revolucionario que operará bajo la dirección de este mismo CC y queda integrado por los camaradas: [...]

- 2º. El Comité Militar Revolucionario queda facultado por este CC para organizar la insurrección inmediata planteada por este CC ampliado, en su sesión del 8 del actual.
- 3º. Todos los miembros del partido quedan bajo las órdenes del Comité Militar Revolucionario a quien le deben la disciplina más severa.

9 de enero de 1932. Proletarios de todos los países, uníos.

Por el CC Octavio Figueira, Secretario General Interino.

Por qué el soldado debe tomar parte en la revolución proletaria

Ante todo, el soldado es un obrero o un campesino a quien los ricos explotan en fábricas, talleres y campos. Todavía joven es llevado a los cuarteles, donde se le obliga a manejar un arma para defender las riquezas que como obrero o campesino le hizo a la clase rica. El descontento que el soldado siente en los cuarteles por la opresión en que vive, se debe a que el soldado, a pesar de las mentiras de los jefes y oficiales, siente que ellos son sus enemigos, porque esos mismos jefes y oficiales pertenecen a la clase que los explota en los talleres, fábricas y campos.

Un ejemplo: el golpe del dos de diciembre del año pasado. En este golpe, el soldado comprendió que peleando al lado de sus jefes no consigue más que la mejoría de éstos, quedando él en la misma condición de esclavo; así vemos que mientras los jefes están bien, gozando de todo, al soldado no le pagan: mientras a los cadetes los han ascendido, el esclavo se está muriendo de hambre.

Todo esto te hace comprender, camarada soldado, que tus intereses son los mismos de estas clases trabajadoras a quienes tus jefes y oficiales te obligan a matar, cuando en defensa de los derechos, como son aumentos de jornales, disminución de horas de trabajo, disminución de terrajes, luchan por lo mismo que a ti te tiene sin sueldo el rico, o sea por las crisis que los ricos echan sobre las espaldas de nosotros y sobre las de ustedes mientras ellos viven como príncipes en grandes banquetes y fiestas.

Por consiguiente, tu deber de hombre proletario, tu deber de explotado como obrero, como campesino o como soldado, es organizarte hoy más que nunca, porque tienes un arma en la mano que te permitirá ayudar de una manera efectiva a tu clase, que dirigida por el Partido Comunista llegará al poder para suprimir la explotación del hombre por el hombre.

No dispares jamás un tiro contra tus mismos camaradas del campo y del taller. No atiendas a tus jefes y oficiales cuando éstos te manden a que te manches las manos con la sangre de los oprimidos, pues tú eras como ellos

una víctima del capitalismo nacional y del imperialismo. Saluda a la bandera de la revolución y quíerela porque es la que te llevará a la libertad que durante tanto tiempo te han negado tus jefes y oficiales y el gobierno que es un criado de los ricos.

¡Viva el Partido Comunista que llevará al poder a los obreros, campesinos y soldados! ¡Viva el Ejército Rojo en el cual el soldado tendrá los derechos de hombre y no será un esclavo como es el ejército manejado por los ricos!

Comunicaciones de militantes dirigidas al Comité Central del Partido en los días anteriores a la insurrección y una información dirigida al Comité Militar Revolucionario de San Salvador

Camarada jefe: quiero que se discuta de una manera amplia y a fondo, para definir un movimiento eficiente y de resultados efectivos, los puntos siguientes: 1] ¿Qué puntos hay que asegurar para el desarrollo de la contienda? Esto es de vital importancia, porque deben ser de una estrategia definida. 2] Con qué medios y elementos se cuenta, dónde estarán los lugares de aprovisionamiento o si no los hay. 3] Cómo están organizados los diferentes sectores y quiénes los comandan para tener seguridad de unificar la acción. 4] Cuáles deben ser los puntos de concentración de los diferentes sectores al iniciarse la acción. 5] Qué medios más rápidos de comunicación deben adoptarse en los momentos necesarios. 6] Qué medios políticos deben emplearse con los habitantes de los lugares que se tomen. Esto también es de vital importancia. 7] Quiénes o quién dirigirá la acción puramente militar. 8] La hora matemática en que deben estar todos en su puesto. Salud, (firmado) MAGÓN. [...]

Credencial de Comandante Rojo

Partido Comunista de El Salvador.
Sección de la Internacional Comunista.
Comité Central.

Este Comité Central nombra al CAMARADA *Inocente Rivas Hidalgo* COMANDANTE ROJO DE LAS FUERZAS DE EJÉRCITO ROJO que operarán en la Zona de y en la toma de la ciudad de *San Salvador*, quedando bajo su absoluta responsabilidad la marcha de la lucha revolucionaria hasta el triunfo final contra la clase explotadora.

Extendido en el Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador a los diez y seis días del mes de enero de mil novecientos treinta y dos.

Por la destrucción implacable de la burguesía nacional y el imperialismo.

Por el Comité Central
El Secretario General Interino
Octavio Rodríguez.

[En la esquina inferior izquierda se ve un sello con una hoz, un martillo y una estrella de cinco puntas y una leyenda circular en torno (con dos erratas) que dice: PARTIDO COMUNISTA/G.C. SEG. SALVADOR III. Según la policía y el Ejército, se recogieron más de mil quinientos de estos carnets.]

Manifiesto del Partido Comunista de El Salvador a los soldados del Ejército

San Salvador, enero 20 de 1932.

Camaradas:

El Comité Central del Partido Comunista se dirige a ustedes en los momentos en que las clases trabajadoras de la república comienzan la lucha armada por conquistar el poder, que emplearán para libertarse y libertar a ustedes del yugo del capital y de los grandes dueños de tierras, que hoy están condenando al hambre a muchísimas familias trabajadoras en fábricas, ferrocarriles, talleres, fincas, haciendas y demás empresas capitalistas con salarios tan bajos que no alcanzan a remediar la miseria de todos los que producimos las riquezas.

Ustedes mismos conocen las matanzas que los gobiernos de Romero Bosque, Araujo y Martínez, de acuerdo con los ricos y el imperialismo han hecho en los trabajadores de Santa Tecla, Sansonate y Zaragoza y últimamente, el 5 de este mes, en el cantón Santa Rita, jurisdicción de Atiquizaya. Ustedes conocen también que las huelgas que declaramos los trabajadores tienen por objeto obligar a los ricos a que nos aumenten los jornales, pues no podemos vivir con los mismos pagos que siempre y ahora son miserables. Los ricos y el gobierno actual no quieren que los trabajadores organizados reclamemos derechos y por eso han matado y matan, han puesto presos y ponen todavía a cientos de trabajadores a quienes están mandando a la carretera de Cojutepeque a pesar de que las huelgas se hacen en la forma más ordenada.

Este Comité Central ha guiado a los trabajadores en las elecciones municipales y de diputados. En todas las ciudades, villas y pueblos, todo el mundo se ha dado cuenta de que el Partido Comunista es el más grande de todos, habiendo obtenido mayoría de votos, como los mismos diarios de la clase rica lo han dicho; pero a pesar de esa mayoría el gobierno de Martínez, que es el criado de los ricos, no ha permitido que los trabajadores lleguemos a ocupar las alcaldías, ni puestos de diputados en la Asamblea Nacional.

Comprenden los ricos y el gobierno que los trabajadores en esos puestos hubiéramos favorecido a nuestra clase pobre, que toda la vida ha estado con el yugo de la esclavitud.

Por estos motivos, el Comité Central del Partido Comunista tiene armados para lanzarse con ellos a todos los obreros, obreras, campesinos y campesinas para conquistar el poder y establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados, quienes por medio de Consejos en que estén representados los obreros, los campesinos y los soldados, tendrán toda la fuerza para aplastar sin piedad a los ricos y a la burguesía en general, dando las tierras a los campesinos y soldados y protegiendo a los campesinos pobres que tienen su pedacito de tierra, puesto que nuestra lucha va contra los ricazos que tienen grandes fincas y haciendas y no contra los que tienen un pedacito apenas y no tienen ni siquiera donde morir.

El levantamiento armado de las masas obreras y campesinas, dirigido por este Comité Central, debe encontrar en ustedes, camaradas soldados, toda la ayuda, todo el apoyo que son ustedes capaces de prestar como hermanos nuestros en la lucha a muerte contra los ricos explotadores, que son los mismos que los tienen a ustedes ahí condenados a la disciplina dura del cuartel, no pagándoles y ocupándolos solo para oprimir a la misma clase de pobres a que ustedes también pertenecen.

En cuanto el movimiento armado comience, en cuanto las grandes masas de trabajadores se levanten al grito de la revolución, deben ustedes nombrar delegados que recibirán amplias instrucciones del Comité Central.

Deben nombrar Comités de Soldados entre ustedes mismos y a un soldado como Comandante Rojo, quien de acuerdo con este Comité Central los dirigirá en el movimiento. *No deben disparar ni un solo tiro contra nosotros. ¡Viva el ejército rojo! Viva el comité central del partido que es el jefe de la revolución proletaria! ¡Abajo los oficiales y jefes!*

Manifiesto del Comité Central del Partido Comunista a las clases trabajadoras de la República: obreros, campesinos y soldados

Camaradas:

El Partido Comunista, que es el Director del Proletariado hacia la victoria final que solo podrá alcanzarse hasta que hayan sido suprimidas el hambre, la desocupación y todas las demás formas de esclavitud a que la clase rica y el imperialismo nos condenan a nosotros los trabajadores, ha sostenido para bien de los trabajadores una lucha encarnizada contra los gobernantes y los grandes propietarios. Primeramente los ricos y su gobierno trataron de desacreditarlo diciendo que el Partido Comunista era una banda de ladrones. Ladrones nosotros, los trabajadores, a quienes se nos roba nuestro trabajo, pagándonos un jornal miserable; nosotros a quienes están matando lentamente, condenándonos a vivir en mesones cochinos, sin agua, sin luz, o en cuarteles hediondos o trabajando día y noche en el campo bajo la lluvia y el sol. Somos calificados de ladrones por exigir el jornal que se nos debe, disminución en las horas de trabajo y en los terrajes, que son tan grandes que los ricos se quedan con casi toda la cosecha, robándonos el trabajo.

A las calumnias agregaron la muerte, los palos, las cárceles y la expulsión del país para camaradas luchadores de nuestra clase. Así hemos visto las matanzas de trabajadores y trabajadoras y hasta de niños y ancianos proletarios de Santa Tecla, Sansonate y Zaragoza y en estos momentos en Ahuachapán. Nosotros los trabajadores, según los ricos, no tenemos derecho a nada, no debemos hablar. Nuestros periódicos han sido suprimidos, nuestras cartas abiertas y robadas. En nuestra lucha por poner alcaldes y diputados de nuestra misma clase, a pesar de que el Partido Comunista es el más grande y disciplinado, el gobierno y los ricos descaradamente nos demostraron que mientras la clase rica no caiga del poder por la fuerza de todos nosotros, siempre seremos sus esclavos. En Ahuachapán, después que no dejaron votar a nuestros camaradas, la guardia, por orden de los ricos, los maltrató. Valientemente nuestros compañeros de Ahuachapán están con las armas en la mano defendiéndose de los asesinos.

En presencia de todo esto, el Comité Central del Partido Comunista, que representa la opinión de todos los trabajadores y trabajadoras de la República y que cuenta con el apoyo moral y material de todos los trabajadores del mundo, y bajo la dirección de la Internacional Comunista,

Ordena:

El armamento de todos los obreros y campesinos y el establecimiento del Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador.

La insurrección general de los trabajadores y trabajadoras hasta establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados.

Camaradas obreros: ¡ármense y defiendan la Revolución Proletaria! Camaradas ferrocarrileros: ¡tomen los ferrocarriles y pónganlos al servicio de la revolución!

Camaradas campesinos: ¡tomen las tierras de las grandes haciendas y fincas y protejan al que actualmente tiene un pedazo de tierra y defiendan sus conquistas revolucionarias con las armas, sin piedad para los ricos!

Camaradas soldados: ¡no disparen ni un solo tiro contra los obreros y campesinos revolucionarios! ¡Maten a los jefes y oficiales! ¡Pónganse a las órdenes de los camaradas soldados que han sido nombrados Comandantes Rojos por este Comité Central!

Camaradas: ¡formemos consejos de obreros, campesinos y soldados!

¡Todo el poder a los consejos de obreros, campesinos y soldados!

San Salvador, a 21 de enero de 1932. Dado en el Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador. El Comité Central.

2.5. La insurrección de 1935 en Brasil

*Programa del Gobierno Popular Nacional Revolucionario**

Este texto pertenece al período de preparación de la insurrección militar animada por el PC brasileño en 1935, acontecimiento que constituye una etapa de transición entre la táctica del “Tercer Período” y la era de los Frentes Populares. El programa del Gobierno Popular Revolucionario es un documento de la Alianza Nacional Libertadora, frente político-militar del PCB y el ala izquierda del “tenentismo”, que encabezará la sublevación de noviembre de 1935. La orientación del programa es relativamente moderada y no enjuicia el régimen capitalista en Brasil.

Con el objetivo principal de eliminar malentendidos, así como de responder a los interrogantes de muchos compañeros aliancistas, pasamos a dar algunas informaciones concretas sobre el carácter del Gobierno Popular Revolucionario, por cuya implantación luchamos, como libertadores de Brasil y verdaderos demócratas, esto es, como miembros de la Alianza Nacional Libertadora.

1) Calumnian a la ANL y hacen evidentemente un trabajo de provocación policial, todos aquellos que dicen que nuestra organización es una simple máscara del Partido Comunista, porque la ANL es un amplio frente único nacional de todos los que, en Brasil, quieren luchar por la independencia nacional, contra el imperialismo extranjero que nos esclaviza y contra el fascismo que, en países como el nuestro, es instrumento del más repugnante terror al servicio del imperialismo, incapaz de continuar dominando mediante los viejos métodos hasta ahora empleados.

De la misma manera, no comprenden nada sobre las intenciones de los libertadores de Brasil o son simples agentes provocadores de nuestros adversarios quienes pretenden confundir el Gobierno Popular Nacional Revolucionario por el cual lucha la ANL con un gobierno soviético, con la dictadura democrática de los obreros, los campesinos, los soldados y los marineros.

* “Programa do Governo Popular Nacional Revolucionario”, en Helio Silva, 1935, *A revolta vermelha*, ed. Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1969, pp. 443-447.

En las condiciones actuales de Brasil, frente a la amenaza del más terrible fascismo, frente a la completa colonización de nuestro país por el imperialismo, que le va siendo vendido cínicamente por el gobierno de traición nacional de Getulio Vargas y de sus más fieles lacayos en los Estados, lo que nosotros, los miembros de la ANL, proclamamos, es la necesidad de un gobierno surgido realmente del pueblo en armas, entendiendo como pueblo a la totalidad de la población de un país, con la única exclusión de los agentes imperialistas y de la minoría insignificante que los sigue. Este gobierno no será solamente un gobierno de obreros y campesinos, sino un gobierno en el cual estén representadas todas las capas sociales y todas las corrientes importantes, ponderables, de la opinión nacional. Será un Gobierno Popular, en la estricta significación de la palabra, por apoyarse en las grandes organizaciones populares, como los sindicatos, las organizaciones campesinas, las organizaciones culturales, las fuerzas armadas, los partidos políticos, los demócratas, etcétera, y tendrá a su frente a hombres de real prestigio popular, los hombres que en cada lugar representen en la realidad al pueblo y a la población local. Al frente de tal gobierno, como jefe indiscutible, con el mayor prestigio popular en todo el país, no es posible encontrar un nombre capaz de sustituir el de Luis Carlos Prestes, porque el nombre de Prestes representa para las grandes masas de todo el país la garantía de que tal gobierno luchará realmente, efectivamente, por la ejecución del programa de la ANL; y la garantía de que tal gobierno no seguirá por el camino de los anteriores, por el camino trillado por Vargas, de completo abandono de las promesas de 1930 y de franca y cínica traición nacional.

Conviene aquí hacer una aclaración oportuna. Con el crecimiento impresionante del prestigio popular de la ANL, a ella se aproximan muchos elementos que dicen concordar con su programa e incluso con la implantación de un gobierno popular en Brasil, pero sin Prestes, o, por lo menos, sin que Prestes sea en tal gobierno la figura central y decisiva. Puede parecer, a primera vista, que se trata exclusivamente de una cuestión personal y nada más. Pero esto no es exacto. Es indispensable que todos los aliancistas comprendan el fondo evidentemente contrarrevolucionario de tal tendencia. Alejar la figura nacional, popular y revolucionaria de Prestes de la dirección del gobierno es una conspiración de los que temen la ejecución del programa de la ANL, la lucha contra el imperialismo y la satisfacción de los intereses populares, y es querer seguir el mismo camino de 1930, el camino de la traición, el camino de la liquidación progresiva de los verdaderos revolucionarios. Por eso es necesario mostrar al pueblo que los defensores de tal punto de vista son organizadores, desde ya, en nuestras filas, de la contrarrevolución.

2) El Gobierno Popular, como representante de los intereses de las grandes masas de la población, solo podrá ser ejercido bajo el control directo del pueblo, practicando la democracia en su sentido más alto por la instauración de la completa libertad de pensamiento, de palabra, de prensa, de organización religiosa, racial, etcétera. El Gobierno Popular solo podrá vivir en la práctica y en la ejecución de todas las medidas solicitadas por el pueblo, a través de sus más diversas organizaciones. El Gobierno Popular será realmente el gobierno del pueblo porque en tal gobierno el pueblo intervendrá directamente con sus sugerencias, exigencias, participando también prácticamente en la ejecución de las medidas que le interesan. Al frente de tal gobierno podrán quedar hombres de gran prestigio popular, los hombres que verdaderamente interpreten la voluntad de la gran mayoría popular. En estas condiciones, en el Gobierno Popular deberán estar representadas todas las capas sociales, inclusive la burguesía nacional a través de sus elementos realmente antiimperialistas y antifascistas. El Gobierno Popular, gobierno surgido del pueblo en armas, no será un gobierno solamente de obreros y campesinos; será el gobierno del amplio frente único de todos los brasileños antiimperialistas.

3) Pero al mismo tiempo este gobierno será un Gobierno Nacional Revolucionario, porque frente al imperialismo y a sus agentes este gobierno será profundamente revolucionario, no reconociendo ni deudas, ni tratados, ni acuerdos, nada en suma de todo lo que significa la vergonzosa entrega de Brasil a los capitalistas extranjeros. Frente al imperialismo el Gobierno Nacional Revolucionario será, realmente, nacional y revolucionario, profundamente, radicalmente, enérgicamente revolucionario. En este sentido es indispensable que se ponga el acento en que ése será el único gobierno capaz de una actitud enérgica frente a los dominadores extranjeros, porque, apoyado por todo el pueblo, ejercido por sus jefes de mayor prestigio popular, sufriendo la influencia directa de las grandes organizaciones de masas, apoyado en las fuerzas armadas de todo el país, será el primer gobierno en nuestro país dentro de la democracia popular que será capaz de ejercer la más dura dictadura contra los imperialistas y sus agentes. Democracia, sí, pero para el pueblo, para los brasileños y para todos los que trabajan honestamente sin explotar a Brasil, pero la más dura, la más enérgica y la más terrible dictadura contra el feudalismo extranjero y contra sus agentes en Brasil, contra los brasileños que venden su patria al imperialismo. Dar libertad a los agentes del imperialismo sería negar el contenido revolucionario de tal gobierno y constituiría el suicidio de la propia revolución libertadora.

4) El Gobierno Popular Nacional Revolucionario no significará la liquidación de la propiedad privada sobre los medios de producción, ni tomará bajo su control las fábricas y empresas nacionales. El referido gobierno,

dando comienzo en Brasil al desarrollo libre de las fuerzas productivas, no pretende la socialización de la producción industrial y agrícola, porque en las condiciones actuales de Brasil solo será posible llegar a ejecutar semejante medida con la implantación de la verdadera democracia, liquidando el feudalismo y la esclavitud, dando todas las garantías para el libre desarrollo de las fuerzas productivas del país. Pero como los puntos estratégicos están en manos del imperialismo, el Gobierno Nacional Revolucionario, expropiando y nacionalizando revolucionariamente tales empresas, tendrá desde el comienzo grandes fuerzas productivas en sus manos, lo que constituirá, indiscutiblemente, un poderoso factor, junto con el libre desarrollo de las fuerzas productivas en el país, que garantizará el ulterior desarrollo progresivo de Brasil.

5) El Gobierno Popular tomará inmediatamente todas las medidas necesarias en el sentido de garantizar la ejecución de una legislación social mínima, que comprenderá como medidas esenciales, entre otras: a) ocho horas de trabajo y menor número de horas para los menores de edad; b) igual salario por igual trabajo; c) salario mínimo de acuerdo con las condiciones de vida de cada localidad, pero determinado por las propias organizaciones obreras; d) descanso semanal obligatorio remunerado; e) vacaciones anuales remuneradas; f) condiciones higiénicas en los lugares de trabajo; g) dos meses de reposo antes y después del parto con salario asegurado; h) comités de obreros para control de la legislación en cada lugar de trabajo; i) seguro social para los sin trabajo; j) caja de pensiones y jubilaciones, etcétera.

El Gobierno Popular Nacional Revolucionario tomará inmediatamente todas las medidas en el sentido de abaratar la vida, disminuyendo o incluso suprimiendo los impuestos sobre el pequeño comercio, así como los impuestos sobre la producción y los impuestos al consumo sobre los artículos de primera necesidad, disminuyendo los fletes ferroviarios y marítimos para los artículos de amplio consumo, etcétera. El Gobierno Popular tomará todas las medidas para garantizar la instrucción popular, liquidar el analfabetismo, elevar el nivel intelectual de las masas, etcétera, haciendo obligatoria la enseñanza. El Gobierno Popular tomará todas las medidas para garantizar la salud popular, desarrollando el número de hospitales y de clínicas, distribuyendo gratuitamente al pueblo los medicamentos, modificando las condiciones de vivienda de las grandes masas urbanas mediante la expropiación de los edificios que hoy pertenecen al imperialismo y a sus lacayos nacionales.

El Gobierno Popular, nacionalizando los bancos, garantizará los depósitos en ellos existentes y pertenecientes a todos los que no sean traidores nacionales, agentes directos o indirectos del imperialismo.

El Gobierno Popular tendrá como ingreso fundamental para satisfacer los gastos públicos el impuesto sobre las rentas de las grandes compañías

extranjeras y nacionales y de los grandes capitalistas nacionales, acabando con todos los impuestos pagados hoy por el pueblo.

6) En el campo el Gobierno Popular será ejercido por los hombres de confianza de la gran masa trabajadora y defenderá naturalmente los intereses de esa masa contra los grandes propietarios feudales, los señores territoriales que explotan mediante el más duro feudalismo y la esclavitud a la casi totalidad de nuestra población campesina, y que están directamente ligados a los explotadores imperialistas. El Gobierno Popular acabará evidentemente con la sumisión medieval al gran propietario, así como con todas las contribuciones feudales al señor. Garantizando la posesión de la tierra por quienes la trabajan, garantizando tierras para todos los que quieran trabajar, el Gobierno Popular exigirá de los propietarios capitalistas el cumplimiento en el campo de la legislación social que fuera implantada por la revolución. El Gobierno Popular, sin embargo, no expropiará a los que no emplean la explotación feudal y, garantizando la libertad de comercio, disminuyendo los fletes, acabando con todos los impuestos sobre la producción, etcétera, permitirá una enorme y hasta desconocida expansión del mercado interno nacional.

7) El Gobierno Popular Nacional Revolucionario, respetando los derechos de los oficiales (incluso generales) del ejército y de las fuerzas armadas de todo el país, solo tomará medidas de rigor contra los traidores a Brasil, contra los oficiales que lanzaran sus tropas contra el pueblo o que trataran de organizar la contrarrevolución a favor del imperialismo. Contra tales elementos el Gobierno Popular no tendrá clemencia, pero con todos los demás, como los cuadros experimentados, unificará todas las fuerzas armadas del país, y junto con los obreros y campesinos en armas, dará cuerpo al gran ejército nacional revolucionario, el ejército capaz de luchar victoriosamente contra la invasión imperialista y la contrarrevolución, ejército basado en la disciplina voluntaria y cuyos jefes serán hombres de confianza de los mismos soldados.

8) Todavía una palabra más sobre la forma que tendrá el Gobierno Popular. Nada mejor que la propia vida, que la propia realidad revolucionaria, para dar forma a los frutos de la revolución. Pero, si desde ya es necesario responder a tal cuestión, podemos decir que nada indica que sea imposible que el Gobierno Popular tenga la misma forma aparente de los gobiernos hasta ahora dominantes, o sea, un gobierno central, ejercido por un presidente, un gobierno con un gabinete ministerial (de manera que las más caracterizadas corrientes populares antiimperialistas estén representadas en el poder); en los Estados o municipios, idénticos gobiernos ejercidos por personas de prestigio popular en el Estado o en el municipio.

LUIS CARLOS PRESTES

*¡Todo el poder a la Alianza Nacional de Liberación!**

Este discurso de Luis Carlos Prestes —el legendario dirigente de la Columna Revolucionaria de 1924-27, que se convertiría después en secretario general del PCB—, poco después de su regreso a Brasil (tras una estancia de varios años en la URSS), fue la “declaración de guerra” del partido comunista (apoyado por ciertos militares progresistas) al gobierno de Getulio Vargas, instaurado por la llamada “Revolución de 1930”. Prestes se presenta como continuador de la tradición democrático-revolucionaria del tenentismo de los años veinte, tradición abandonada y traicionada por Vargas y los ex tenentes que se le unieron. El discurso tuvo muchas repercusiones, pero el gobierno de Vargas lo tomó como pretexto para poner fuera de la ley a la Alianza Nacional de Liberación.

¡Truenan los cañones de Copacabana! ¡Caen los heroicos compañeros de Siqueira Campos! ¡Se levantan, con Joaquim Távara, los soldados de Sao Paulo y durante veinte días la ciudad obrera es bárbaramente bombardeada por los generales al servicio de Bernardos! Después [...] la retirada. ¡La lucha heroica en las selvas del Paraná! ¡Los levantamientos de Río Grande do Sul! La marcha de la Columna por el interior de todo el país, despertando a la población de los más alejados parajes a la lucha contra los tiranos, que están vendiendo Brasil al capital extranjero. ¡Cuánta energía, cuánto valor! ¡Son trece años de luchas cruentas, de combates sucesivos, de victorias ininterrumpidas, de las más negras traiciones, de ilusiones que se deshacen como pompas de jabón al soplo de la realidad! ¡Pero las luchas continúan, porque la victoria aun no se ha alcanzado y el luchador heroico es incapaz de quedarse a mitad de camino; porque el objetivo a alcanzar es la liberación nacional de Brasil, su unificación nacional, su progreso, el bienestar y la libertad de su pueblo, y el luchador persistente y heroico es este mismo pueblo, que, del Amazonas al Río Grande do Sul, desde el litoral del país hasta las fronteras con Bolivia, está unificado, más por el sufrimiento, por la miseria, y por la humillación en que vegeta, que por una unidad nacional imposible en las condiciones semicoloniales y semif feudales del Brasil actual! ¡Nosotros, los aliancistas de todo Brasil, una vez más levantamos, hoy, bien alto, la bandera de los “Dieciocho del Fuerte”, la bandera de Catanduvás, la bandera que tremoló, en 1925, en las puertas

* Abguar Bastos, *Prestes e a revolução social*, ed. Calãino, Rio de Janeiro, 1946, pp. 304-5, 309-11, 313-15.

de Teresina, después de recorrer, de sur a norte, todo Brasil! La Alianza Nacional Libertadora está, hoy, constituida por la masa de millones que continúa las luchas de ayer. La Alianza Nacional Libertadora es, hoy, continuadora de los combates que, por la liberación de Brasil del yugo imperialista, iniciaran Siqueira Campos, Joaquim Távara Pórtela, Benévolo, Cleto Campelo, Jansen de Meló, Djalma Dutra y miles de soldados, obreros y campesinos en todo Brasil. ¡Somos los herederos de las mejores tradiciones revolucionarias de nuestro pueblo y es recordando la memoria de nuestros héroes que marchamos hacia la lucha y hacia la victoria! [...]

El desafío está lanzado. Los dos campos se definen cada vez con mayor claridad ante las masas. De un lado, los que quieren consolidar en Brasil la más brutal dictadura fascista, liquidar los últimos derechos democráticos del pueblo y concluir la venta y la esclavización del país al capital extranjero. De este lado, el integralismo, como brigada de choque terrorista de la reacción. Del otro, todos los que en las filas de la Alianza Nacional Libertadora quieren defender en todas las formas la libertad nacional del Brasil, pan, tierra y libertad para su pueblo. La lucha no es, por lo tanto, entre dos "extremismos", como quieren hacer creer los hipócritas defensores de una "democracia liberal" que nunca existió y que el pueblo solo conoce a través de las dictaduras sanguinarias de Epitacio, Bernardos, Washington Luis y Getulio Vargas. La lucha ha sido entablada entre los liberadores de Brasil, por una parte, y los traidores al servicio del imperialismo, por otra.

El momento exige, de todo hombre honesto, una posición clara y definida, en favor o en contra del fascismo, en favor o en contra del imperialismo. No hay término medio posible ni justificable. La Alianza Nacional Libertadora es, por eso, una vasta y amplia organización de frente único nacional. El peligro que nos amenaza, el peligro que aumenta día a día, nos obliga a poner en primer plano, en los días que corren, la creación del bloque, lo más amplio posible, de todas las clases oprimidas por el imperialismo, por el feudalismo y, por consiguiente, por la amenaza fascista. Tal es la tarea decisiva en la actual etapa de la Revolución Brasileña. El frente único no obliga, a quienquiera que se integre a él, a renunciar a la defensa de sus conceptos y opiniones. No. Eso sería sembrar la confusión entre las masas populares y debilitar su fuerza revolucionaria. Reconociendo todas las divergencias políticas, religiosas, filosóficas o ideológicas que puedan existir entre nosotros, sabemos, como revolucionarios, que el momento actual exige, por encima de todo, la concentración de todas nuestras fuerzas para la lucha contra el imperialismo, el feudalismo y el fascismo. A la Alianza Nacional Libertadora deben acercarse todas las personas, grupos, corrientes, organizaciones

e incluso partidos políticos, sean cuales fueren sus programas, con la única condición de que quieran realmente luchar contra la implantación del fascismo en Brasil, contra el imperialismo y el feudalismo, por los derechos democráticos. Y a todas las personas o corrientes que quieran, por cualquier motivo, restringir este frente único nacional y revolucionario, debemos oponer la voluntad férrea de su realización. Y todas las personas, grupos, asociaciones y partidos políticos que participen de la Alianza, deben impedir con todas sus fuerzas dichas tentativas, denunciando a los culpables, implacablemente, como traidores al Brasil y a su pueblo.

Las fuerzas de la Alianza Nacional Libertadora son ya grandes, pero pueden y deben ser aun mayores, abarcando millones, porque con su programa estarán todos los que trabajan en el país, todos los que sufren con la dominación imperialista y feudal, en primera línea el proletariado y las grandes masas del campo. La unificación del proletariado, tendencia ya invencible y que se sobrepone a todas las dificultades opuestas por la reacción, es una de las mayores fuerzas de la Revolución. Y las huelgas de los últimos tiempos aumentan cada vez más la capacidad de lucha del heroico proletariado de Brasil y la confianza que todos los revolucionarios del Brasil inspiran, como clase dirigente de la Revolución. Las luchas de los campesinos, aunque todavía espontáneas y carentes de una firme orientación, son un buen indicio del odio y de la energía concentrados a través de siglos de sufrimientos y de miseria, por la masa de millones que quiere días mejores. Pero, con la revolución y, por lo tanto, con la Alianza, estarán los soldados y los marineros de todo el Brasil. Con la Alianza estarán los mejores oficiales de las fuerzas armadas del país, todos aquellos que sean incapaces de conducir a sus soldados contra los libertadores de Brasil, muchos de los cuales ya demostraron en luchas anteriores que estarán con el pueblo y contra el imperialismo, el feudalismo y el fascismo.

Como antes de 1888, los militares del Brasil jamás se prestarán al papel de “capitanes de la selva” al servicio del imperialismo y de sus lacayos en el país. Con la Alianza estarán todos los heroicos combatientes de los movimientos armados que se suceden en el país desde 1922. Con la Alianza cerrará filas la juventud heroica de Sao Paulo, que pensó defender en las trincheras de 1932 la democracia y la libertad contra la dictadura de Vareas y que ve ahora a sus jefes en las juergas del gobierno. Con la Alianza estará la juventud trabajadora y estudiantil de todo el país luchando por mejores días, por un futuro más claro y dispuesta a dar todo su entusiasmo y energía para la lucha por la libertad nacional del Brasil, en la que va a ocupar los puestos más avanzados. Con la Alianza, estarán las mujeres del Brasil, trabajadoras manuales e intelectuales, amas de casa, madres de familia, hermanas, novias e hijas de trabajadores.

Ellas integrarán la Alianza porque, a pesar de todas las mentiras y calumnias de la prensa venal, comprenden y sienten que solo con la Alianza podrán defender el pan para sus hijos y acabar con la brutal explotación en que viven. Las mujeres religiosas, como todas las personas religiosas, católicas, protestantes, espiritistas o positivistas, desean por encima de todo la libertad para sus cultos y esta libertad es defendida por la Alianza. Con la Alianza estarán asimismo los padres brasileños, los más pobres, que, siendo asiduos concurrentes a la iglesia, no se venderán al imperialismo, ni olvidarán sus deberes ante el pueblo. Es natural que los jefes de la Iglesia, los ricos y bien alimentados cardenales y arzobispos, como miembros de las clases dominantes y lacayos del imperialismo, estén contra la Alianza. Ya en otras épocas Fray Caneca, el Padre Miguelinho y muchos otros lucharon al lado del pueblo por la independencia del Brasil contra la voluntad de los obispos y arzobispos que los mandaron asesinar. Con la Alianza estarán los artesanos, los pequeños comerciantes, los pequeños industriales, que, comprimidos entre los impuestos y los monopolios imperialistas, por una parte, y la miseria cada vez mayor de la masa popular, por otra, ganan cada día menos y, a medida que se pauperizan, van pasando a ser simples intermediarios mal remunerados de la explotación del pueblo por el imperialismo y por los impuestos indirectos. Con la Alianza estarán todos los hombres de color del Brasil, los herederos de las tradiciones gloriosas de Palmares, porque solo la amplia democracia de un gobierno realmente popular será capaz de acabar para siempre con todos los privilegios de raza, de color o de nacionalidad y de dar a los negros, en Brasil, la inmensa perspectiva de libertad e igualdad, libres ya de cualquier preconceito reaccionario, por la cual luchan con denuedo desde hace más de tres siglos.

No hay pretextos que justifiquen a los ojos del pueblo la lucha contra el frente único libertador. Es por esto que las filas de la Alianza Nacional Libertadora están abiertas a todos los que quieran luchar por su programa antiimperialista, antifeudal y antifascista, programa que solamente el gobierno popular revolucionario realizará. [...]

La Alianza Nacional Libertadora representa ya la enorme fuerza revolucionaria de nuestro pueblo y su inconmensurable voluntad de sacrificio en la lucha por la liberación nacional del Brasil. Los últimos acontecimientos de Petrópolis y el vigor con que el pueblo de Sao Paulo obligó a los jefes integristas a una retirada medrosa, hablan bien a las claras acerca de lo que será capaz de hacer el frente único nacional.

Marchamos, así, rápidamente, a la implantación de un gobierno popular revolucionario en todo Brasil, un gobierno del pueblo contra el imperialismo y el feudalismo y que demostrará en la práctica a las grandes masas trabajadoras

del país lo que son la democracia y la libertad. El gobierno popular, ejecutando el programa de la Alianza, unificará al Brasil y salvará la vida de millones de trabajadores amenazados por el hambre, perseguidos por las enfermedades y brutalmente explotados por el imperialismo y por los grandes propietarios. La distribución de las tierras de los grandes latifundios aumentará la actividad del comercio interno y abrirá el camino a una más rápida industrialización del país, independientemente de todo control imperialista. El gobierno popular abrirá a la juventud brasileña las perspectivas de una nueva vida, garantizándole trabajo, salud e instrucción.

La fuerza de las masas en que se apoyará un gobierno tal será la mejor garantía para la defensa del país contra el imperialismo y la contrarrevolución. El ejército del pueblo, el ejército nacional revolucionario, será capaz de defender la integridad nacional contra la invasión imperialista, liquidando al mismo tiempo a todas las fuerzas de la contrarrevolución.

Pero el poder solo llegará a las manos del pueblo a través de los más duros combates. El principal adversario de la Alianza no es solamente el gobierno corrupto de Vargas; son fundamentalmente los imperialistas, a los cuales él sirve, y que tratarán de impedir por todos los medios la implantación de un gobierno popular revolucionario en Brasil. Los más evidentes signos de la resistencia que se prepara en el campo de la reacción ya nos son mostrados por los latidos de la prensa venal, vendida al imperialismo. Las masas trabajadoras, todos los miembros de la Alianza, necesitan estar atentos y vigilantes. La situación es de guerra y cada uno debe ocupar su puesto. Corresponde a la iniciativa de las propias masas organizar la defensa de sus reuniones, garantizar la vida de sus jefes y prepararse activamente para el momento del asalto. La idea del asalto madura en la conciencia de las grandes masas. Corresponde a su jefe organizarlas y dirigir las.

¡Población trabajadora de todo Brasil! ¡En guardia, en la defensa de tus intereses! ¡Ven a ocupar tu puesto junto a los libertadores de Brasil!

¡Soldado de Brasil! ¡Atención! ¡Los tiranos quieren lanzarte contra tus hermanos en lucha por la liberación de Brasil!

¡Soldado de Río Grande do Sul, heroico heredero de las mejores tradiciones revolucionarias de la tierra gaucha! ¡Prepárate, organízate, porque solo así podrás volver contra los tiranos que te oprimen, las armas con las que ellos quieren eternizar la vergüenza de los días de hoy!

¡Demócrata honesto de todo Brasil! ¡Heroico pueblo de Minas Gerais, tierra tradicional de las grandes luchas por la democracia! ¡Solo con la Alianza Nacional Libertadora podrás continuar las luchas iniciadas por tus antepasados!

¡Norteño y nordestino! ¡Reserva formidable de las grandes energías nacionales! ¡Organízate para la defensa de un Brasil que te pertenezca!

¡Campesino de todo Brasil, luchador de los territorios del nordeste! ¡El gobierno popular revolucionario te garantizará la posesión de las tierras y de las represas que tomes! ¡Prepárate para defenderlo!

¡Brasileños!

¡Todos vosotros, que estáis unidos por el sufrimiento y por la humillación, en todo Brasil! ¡Organizad vuestro odio contra los dominadores, transformándolo en la fuerza irresistible e invencible de la Revolución Brasileña! ¡Vosotros que nada tenéis que perder y que poseéis la riqueza inmensa de todo Brasil para ganar! ¡Arrancad a Brasil de las garras del imperialismo y sus lacayos! ¡Todos a la lucha por la liberación nacional de Brasil!

¡Abajo el fascismo!

¡Abajo el gobierno odioso de Vargas!

¡Por un gobierno popular nacional revolucionario!

¡Todo el poder a la Alianza Nacional Libertadora!

5 de julio de 1935

3. La hegemonía stalinista

3.1. El Frente Popular en América Latina

*El Frente Popular en Chile**

Este artículo del secretario general del PC chileno data del primer período del Frente Popular; documenta las discusiones en el seno del movimiento obrero en la época de la constitución del Frente, en particular con respecto a la candidatura común a la presidencia. Contreras Labarca polemiza duramente con los trotskistas, bastante influyentes en el seno del Partido Socialista, que se oponían al “ensanchamiento hacia la derecha” del Frente Popular. También resulta interesante recalcar la actitud muy moderada con respecto al capital norteamericano, que debe entenderse en el contexto de la coyuntura internacional en aquel momento (intento de acercamiento URSS-EEUU, etcétera).

Fortalecer y ampliar el Frente Popular

Pero la unidad de la clase obrera no es suficiente. Debe asegurarse aliados. El Frente Popular constituye el cuadro de una amplia alianza cuya eficacia ha sido probada por la realidad. Las calumnias trotskistas según las cuales esta alianza es una traición de la revolución han mostrado una vez más el papel del trotskismo como lacayo del fascismo.

¿Quién puede dudar del hecho de que la existencia y el combate del Frente Popular impiden a la reacción destruir todas las libertades democráticas? Es evidente que el gobierno ha estado y estará aun en condiciones de adoptar numerosas medidas reaccionarias durante tanto tiempo como permanezca en el poder.

¿Habría sido posible impedir gran número de estas medidas? Sí, si el Frente Popular hubiera sido fortalecido y ampliado como el partido comunista reclamó con insistencia.

Las concepciones sectarias, las maniobras de los trotskistas para minar el Frente Popular, su influencia en ciertas secciones del Partido Socialista constituyen un serio obstáculo al cumplimiento de esas tareas.

* Carlos Contreras Labarca, “The People of Chile Unite to Save Democracy”, *The Communist*, N° 11, noviembre de 1938, pp. 1037-40, 1041-42. (Las notas son de la redacción de esta revista.)

La extrema y preocupante lentitud del trabajo en el campo, que es una de las debilidades más notorias del Frente Popular, indica la existencia de una influencia típicamente trotskista.

El programa agrario, recientemente elaborado, pretende satisfacer no solamente las reivindicaciones de los más pobres, sino también las de los sectores más vastos de la población rural. Busca rehabilitar la agricultura y aportar prosperidad y bienestar a las granjas. Intenta combatir prioritariamente a los grandes terratenientes feudales, aislarlos e impedirles utilizar a los “peones” (obreros agrícolas), a los aparceros y los semipropietarios contra el movimiento popular. Busca al mismo tiempo unificar la defensa de los intereses de los arrendatarios con la defensa del poder de compra de la clase obrera y de las masas trabajadoras.

La obstinada resistencia a conducir un trabajo resuelto para ganar a las masas trabajadoras católicas es también de origen trotskista. Mientras que el partido comunista trabaja con el slogan “Trabajadores católicos, nosotros os tendemos la mano”, los trotskistas encuentran lugar en la prensa socialista para acumular argumentos contrarrevolucionarios destinados a impedir la extensión del frente antifascista.

El carácter semicolonial del país, cuya economía está aplastada y deformada por el imperialismo, es lo que obliga a la industria nacional a funcionar en condiciones muy precarias y difíciles. Existen ciertos sectores de la burguesía chilena que pueden y deben ser ganados para la lucha de liberación nacional mediante una política progresista y democrática.

Importantes sectores de los partidos políticos de la derecha tienen momentos de indecisión. Nos han ofrecido ocasiones que hubieran debido ser aprovechadas para invitarlos a unirse al movimiento popular, con la seguridad de que serían satisfechos sus deseos de orden, de progreso y de democracia.

Las fuerzas armadas deben ser atraídas mediante una campaña de masas intensa, en la esfera de influencia del movimiento antifascista. No con un fin de conspiración, sino con objeto de que puedan cumplir con su deber y garantizar la validez de los derechos constitucionales.

Las posibilidades de una ampliación de las fronteras del Frente Popular son aun inmensas. Los trotskistas dicen todavía hoy: “Todos aquellos que deben estar en el Frente Popular ya están”. Esta actitud de arrogancia, de autosatisfacción y de sobrestimación de las capacidades del Frente Popular debe ser combatida por una política activa y realista para alcanzar los objetivos siguientes:

1. Unir el 95% de la población en torno al programa democrático del Frente Popular y de la candidatura Aguirre¹. Utilizar para ello la menor posibilidad existente de fortalecer y ampliar el combate contra Gustavo Ross² y el fascismo. Eliminar todo motivo de discordia o de división que pueda oponer a nuestros aliados.
2. Dividir y dispersar al enemigo utilizando sin temor las contradicciones y las dificultades que hacen furor en su seno, hasta que las cincuenta familias de la oligarquía queden totalmente aisladas.
3. Disciplinar a las fuerzas populares, acumular sus energías mediante ataques combinados contra el enemigo. Evitar esfuerzos separados y prematuros así como los actos de impaciencia y las provocaciones. Es al partido comunista a quien le pertenece la grandiosa misión de hacer comprender a todo el país la extraordinaria gravedad de la situación, la amplitud real del peligro que habría que esperar, y mostrarle el camino a seguir. Advirtiéndole al pueblo que aun hay tiempo para salvar la democracia y la vida misma de la República, pero que mañana será tal vez demasiado tarde.

Un candidato único de los antifascistas

Para elegir al candidato a la presidencia de la República, el Partido Comunista proponía el único procedimiento democrático: una convención, más amplia que el Frente Popular, de todas las fuerzas democráticas y antifascistas. Los radicales³ proponían que se les reconociera sin más trámite tener el “mayor derecho” a que el candidato salga de sus filas. Y el Frente Popular debería elegir el candidato de una lista de nombres propuesta por los radicales. Los socialistas propusieron un plebiscito. Después de un largo debate, la idea de la Convención prevaleció. Pero no fue tan amplia como se deseaba.

Dos candidatos fueron presentados en el curso de esta “Convención de la izquierda”, Pedro Aguirre por el Partido Radical y Marmaduke Grove por el Partido Socialista. Probaron sus armas en una batalla de peligrosa intransigencia. Pero ninguno de ellos podía ser elegido, conforme al pacto, sin el acuerdo del otro. Ambos solicitaron el apoyo del Partido Comunista.

¹ El doctor Pedro Aguirre Ceda es un eminente dirigente del Partido Radical que anteriormente ocupó en repetidas ocasiones puestos ministeriales. En el seno de su partido representa el centro.

² Antiguo ministro de finanzas del gobierno actual. Dimitió de ese puesto para ser candidato a las elecciones presidenciales en la lista de los conservadores y liberales, la plataforma del fascismo.

³ El partido democrático más poderoso de Chile, que representa a la pequeña burguesía urbana y es influyente entre el campesinado y ciertos sectores de la clase obrera. Es también representativo de ciertos propietarios agrícolas progresistas.

Ante los numerosos escrutinios sin resultado, el peligro de estallido de la Convención y de destrucción del Frente Popular, el Partido Comunista lanzó un llamamiento público a los dos partidos, exhortándolos, en nombre del pueblo, a dejar de lado sus intereses egoístas y partidistas a fin de buscar juntos el candidato capaz de unir todas las fuerzas democráticas del país.

La situación se complica de forma extraordinaria cuando los elementos opuestos al Frente Popular forman un frente unido contra la Convención.

La derecha del Partido Radical especula con los “peligros” de una alianza social-comunista a favor de la candidatura Grove, lesionando al Partido Radical en lo que podía esperar como partido mayoritario. El Partido Socialista creía tener derecho a la candidatura a causa de la gran popularidad de su dirigente Grove. Desgraciadamente, el PS lanzó el lema “Grove al poder” bajo la influencia de los trotskistas. Esa consigna falsa despertó graves aprensiones, creando peligros por su carácter izquierdista; no unificaba el Frente Popular y tendía al aislamiento del proletariado.

Resultó entonces necesario para el Partido Comunista hacer escuchar la voz del pueblo que reclamaba la unidad antifascista y un candidato democrático único. El X Congreso nacional de nuestro partido, que se reunía en esos momentos, planteó la necesidad de tomar en consideración:

- a) El nivel real del movimiento revolucionario chileno, es decir una apreciación exacta de la relación de fuerzas entre las clases en la etapa actual de la revolución.
- b) El grado de experiencia política y de educación revolucionaria de la clase obrera y del pueblo.
- c) La necesidad vital de mantener y desarrollar la unidad combativa de todas las fuerzas democráticas y antifascistas agrupadas en torno al proletariado, es decir, hacer pasar a los hechos la consigna: “Todo Chile contra Ross y el fascismo”.

Felizmente, bajo la extraordinaria presión popular, la Convención llegó a un acuerdo, sobre la base de la retirada de la candidatura Grove y la elección unánime de Aguirre.

Aguirre expresó la aprobación y el entusiasmo del país cuando, algunas horas después de su elección, asistió a la sesión de clausura del X Congreso del Partido Comunista. Exaltó la política de unidad inquebrantable y consecuente de nuestro partido. [...]

Los aliados extranjeros

Ya hablamos de la necesidad de ganar aliados en el país para asegurar la victoria del pueblo sobre el fascismo. Pero eso no es suficiente. Hay que conquistar aliados en el campo internacional, como lo hicieron los patriotas de 1810. Hay que recordar que, entonces, eminentes extranjeros contribuyeron con su deber, con el don de su sangre y de sus vidas a la causa de nuestra emancipación.

El Frente Popular establece la necesidad de que la clase obrera del mundo entero y las otras fuerzas democráticas le presten una colaboración y una ayuda apropiadas. La ayuda del proletariado y del pueblo de la América del Norte es particularmente preciosa.

Los trotskistas tratan de ocultar este grave problema. Utilizan el legítimo sentimiento popular de odio contra el imperialismo para concentrar sus ataques contra los imperialismos yanqui e inglés, que tienen el más importante volumen de inversiones en Chile. Ésta es una manera de ayudar a la penetración y a la dominación de los gobiernos fascistas.

Es una monstruosidad política el identificar al pueblo de los Estados Unidos con las empresas imperialistas yanquis que oprimen a nuestro país. Wall Street es el enemigo implacable de la democracia no solamente en Chile, sino también en los Estados Unidos. Los enemigos del pueblo norteamericano son los enemigos del pueblo chileno.

La realineación de las fuerzas democráticas y progresistas en los Estados Unidos favorece particularmente el establecimiento de relaciones correctas entre nuestros países.

Una política de buena vecindad

Sobre la base de una política de buena vecindad y su aplicación consecuente, pueden y deben establecerse relaciones con la administración Roosevelt, que es atacada tan violentamente por Wall Street. La política de buena vecindad, según un criterio estrictamente realista, es un instrumento útil para los objetivos del combate por la paz y la democracia.

En lo que concierne al capital extranjero invertido en Chile, el pueblo siempre ha respetado y continuará respetando las disposiciones de la Constitución del Estado que garantizan la propiedad de los capitales extranjeros y en general la de todos los capitales. Al mismo tiempo, exigirá que los capitalistas, nacionales y extranjeros, las respeten a su vez. El pueblo no ha dejado nunca de reconocer la necesidad de una cooperación del capital extranjero; está siempre dispuesto a solicitar en el futuro esta cooperación.

Las riquezas de Chile son parte integrante de su derecho a la existencia como nación independiente y libre. Deben ser dedicadas a servir el mantenimiento y la extensión de la democracia, la salvaguardia de la paz en el pueblo sobre la base de una acción concertada.

En consecuencia, el Frente Popular tiene la misión de defender, por encima de todo, la soberanía nacional, aplicando a todos, de manera igual, la ley chilena; fortaleciendo la estricta observancia de la legislación social en su integridad. No permitirá la existencia de monopolios, concesiones o privilegios de cualquier tipo que sea que pudiesen poner en peligro el bienestar y la seguridad del país. Considerará como un acto de hostilidad contra la soberanía nacional todo intento de empresas extranjeras de intervenir en la política interna teniendo como objetivo estimular, directa o indirectamente, la rebelión de las fuerzas fascistas y reaccionarias, bien sea constituyendo en sus propiedades depósitos de armas clandestinas, bien utilizando el pabellón de Estados extranjeros para efectuar o facilitar el contrabando, el espionaje o las conspiraciones.

Tales son, por lo tanto, las condiciones de un *new deal* o de un tratamiento por el pueblo de las empresas capitalistas extranjeras que harán que el gobierno de Chile no sea más un lacayo sino un gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo de Chile. Evidentemente, Chile se reserva el derecho de aclarar las relaciones que han existido hasta ahora entre los capitalistas extranjeros y los gobiernos y políticos chilenos.

Una crítica de izquierda al Frente Popular chileno*

Humberto Mendoza (también conocido con el seudónimo de “Jorge Lavín”) fue uno de los dirigentes del Partido Comunista disidente que se separaron en 1930 del PC chileno, para afiliarse en 1933 a la oposición de izquierda internacional. En 1937, Mendoza y la mayoría de los miembros de esta organización (Izquierda Comunista) deciden adherir al Partido Socialista, en cuyo seno constituirán una importante ala izquierda. Las críticas al Frente Popular chileno que desarrolla en su libro ¿Y ahora? publicado en 1942 (de donde están tomados los pasajes siguientes) se inspiran en las críticas de la corriente trotskista europea, pero tratan simultáneamente de captar la especificidad del fenómeno chileno. Prueba de la persistencia de esta problemática en la ideología del Partido Socialista chileno es la reedición en 1972 de amplios extractos de esta obra en una recopilación de documentos del partido publicada por los historiadores socialistas Julio César Jobet y Alejandro Chelén Rojas.

En Chile, en el régimen actual, *no han llegado* las clases trabajadoras al Gobierno porque el Partido Socialista esté en los Ministerios. En realidad, lo que ha sucedido es que las clases trabajadoras corren el peligro de perder a su partido, porque lentamente la dialéctica del proceso político llevará al Partido Socialista a representar intereses cada vez más ajenos al proletariado y más próximos a los del capitalismo nacional e internacional.

Dentro de la sociedad capitalista basada fundamentalmente en la lucha de clases, la democracia no puede ser sino una función de la explotación. Las libertades que la Constitución suscribe como inviolables las hemos visto borradas todas las veces que así ha convenido a las clases gobernantes.

Los obreros, los campesinos, los empleados medios y bajos, los minoristas de todas las actividades sociales sienten el peso del régimen de injusticias, de hambre y de cesantía. Esta realidad la ven, la sienten y la sufren. Pero si la conciencia de esta explotación los lleva a la acción para destruirla, todo el peso de la “democracia capitalista” se dejará sentir en los palos y balas, en las cárceles y en las prisiones en masa. El hambre enfrenta al cesante y al explotado con el significado real, con el contenido concreto de la democracia capitalista, o sea, con la dictadura capitalista en realidad.

¿Por qué los obreros no tratan de exigir con huelgas y demostraciones de fuerza el cumplimiento del “programa” del Gobierno, de este

* Humberto Mendoza, “El Frente Popular a la luz del socialismo revolucionario”. 1942 en J. C. Jobet y A. Chelén Rojas. *Pensamiento político del PS*, ed. Quimantú, Santiago, 1972, pp. 35-39, 42-44.

“Gobierno popular”? ¿O acaso las masas trabajadoras comen más que antes, tienen más trabajo, mejor salario y más derechos que en los gobiernos anteriores? Salta a la vista del más ingenuo de los obreros que no han conquistado nada y que en cambio han perdido mucho porque hasta han olvidado su independencia de acción y dejado muy atrás, escritas en páginas rojas, las heroicas jornadas de sus luchas de clase organizada. Ayer, las clases gobernantes de hoy derribaron revolucionariamente el régimen autocrático y feudal y rompieron a sangre y fuego las relaciones políticas establecidas. Hoy, esas mismas clases, opinando como opinaban ayer los reyes y zares, se consideran gobernantes por derecho propio. Quieren mantenerse a toda costa y oponen a la sociedad los propios recursos que la sociedad pone a su disposición.

“Cuando acuden ahora los burgueses a la fuerza para preservar de la ruina la ‘situación económica’ que se hunde, demuestran que son víctimas de la misma ilusión que M. Düring, que las condiciones políticas son la causa terminante de la situación económica; es decir, que se imaginan poder transformar valiéndose de la ‘primordial’ ayuda de ‘la fuerza política inmediata’ esos fenómenos de orden secundario, lo que equivale a querer destruir con cañones Krupp y fusiles Mauser los efectos económicos de la máquina de vapor y del mecanismo que ella pone en movimiento, así como del comercio mundial y el sistema actual de los bancos y el crédito”, dice Engels en su obra famosa el *Anti-Dühring*, allá por el año 1877, cuando la clase obrera no había olvidado las páginas de la Comuna, las masacres en las calles de París por las tropas de Versalles.

Sabemos que la capacidad de resistencia y la envergadura misma de las instituciones democráticas están en todos los países en relación directa con el desarrollo económico. “Donde la burguesía ocupa un lugar importante en la vida económica, lo ocupa también en la esfera política”. En Chile, en donde el predominio de la burguesía en el terreno político es indiscutible y el prestigio de las instituciones democráticas todavía suficiente para poder especular con su solvencia, el desarrollo económico *no* es de tal magnitud que determine su predominio absoluto.

La pequeña burguesía desempeña un papel importante en la economía agraria, en el comercio, en el profesionalismo universitario y en la burocracia estatal y semifiscal y tiende a desempeñar en la política un papel de primera magnitud, cada vez que la fluctuación de la actividad proletaria en las luchas políticas deja el campo libre para que surja la amenaza de una ofensiva capitalista.

¿Por que, si la correlación entre la base económica y su superestructura política es directa y notoria, aquí en Chile, donde no existe un desarrollo

económico de gran envergadura industrial, la burguesía desempeña el primer papel en el plano de la política? No siempre. Cada vez que la burguesía chilena inicia una ofensiva contra las instituciones que hasta la fecha ha utilizado para explotar la sociedad, lo hace en la seguridad de que éstas ya no le sirven para cubrir un frente de batalla contra una ofensiva proletaria. Su incompetencia política no ha permitido, todavía, encontrar el camino hacia la confianza de la pequeña burguesía. Pero está convencida de que la solidez relativa de las instituciones democráticas merece, de su parte, un respeto aparente y por un tiempo a las exterioridades formales del régimen.

Por lo demás, ésta es la clave de la política de los Frentes Populares y de toda combinación que tienda a encubrir o disimular las contradicciones económicas de las clases sociales.

Pero el proceso de descomposición de la sociedad capitalista sigue su curso a pesar de toda la contemporización política de los partidos de la clase obrera, concretándose, de esta manera, cada vez más el peligro de que la burguesía reaccione contra el proletariado, destruyéndole sus instituciones e instaurando el fascismo.

La clase de los poseedores disminuye en la misma medida que el capitalismo se concentra y se centraliza. Paralelo a esta centralización de la riqueza, se centraliza el poder, disminuyendo el número de los que lo ejercen y usufructúan. Por la propia dialéctica de este proceso, la opresión sobre las clases trabajadoras aumenta a grados desconocidos. La violencia, como medio aplicado por intermedio de fórmulas y de instituciones creadas expreso para encubrirla, pasa a convertirse en el procedimiento central, descubierto y descarado que las clases poseedoras enarbolan como razón de la existencia de su poderío. La agudización de los choques de los que todo lo tienen y de los que poco o nada poseen va adquiriendo intensidad y conciencia.

La revolución social se va haciendo cada vez más visible y necesaria a sectores cada vez más amplios de la población.

Y de esta coyuntura no se puede salir con buenos deseos o con mala y equivocada política. De esta coyuntura se vive o se muere y la lucha hay que darla por vivir.

El Partido Socialista debe, de una vez por todas, hacer comprender al proletariado y clases trabajadoras que "aun la República burguesa más democrática no es sino un instrumento de opresión de la clase obrera por la clase burguesa, de la masa proletaria por un puñado de capitalistas". El desarrollo de las fuerzas productivas rompe las relaciones de producción y este proceso inconsciente debe adquirir por intermedio de la acción justa de nuestro Partido la dirección consciente necesaria e indispensable para el triunfo

de la revolución socialista. La nueva guerra imperialista no es sino el resultado de la inmensa potencia de la técnica perfeccionada por el capitalismo, que rompe las trabas nacionales y trata de superar las contradicciones elevándolas al plano de una lucha política internacional por el establecimiento de nuevas relaciones sociales de producción.

Los proletarios apoyados en las masas del campo, al luchar por la conquista de sus derechos y de sus reivindicaciones, no hacen otra cosa que ejercitar el derecho histórico que en 1789 aplicaron los burgueses contra la autocracia.

Si la burguesía usó del terror para exterminar la resistencia del régimen derribado y para poder organizar a su vez el sistema que conocemos por democracia capitalista, no hay razón de ninguna especie que impida al proletariado organizar su dictadura para exterminar la resistencia de la burguesía y organizar la democracia proletaria.

DIEGO RIVERA

*El problema indígena en México**

Diego Rivera, el famoso pintor muralista mexicano, se había adherido al trotskismo hacia 1934. El artículo adjunto fue publicado en pleno período de los frentes populares, pero su orientación política lo sitúa decididamente a contracorriente de la estrategia del comunismo "oficial". Se trata además de uno de los escasos intentos de análisis marxista de la cuestión indiana, después del de Mariátegui (cuya toma de partido indigenista es totalmente compartida por Rivera).

Diego Rivera volverá más tarde a las filas del Partido Comunista Mexicano.

La independencia mexicana, las luchas y reformas de la burguesía colonial

14. La llamada "Independencia de México" fue realizada en 1821 por un acuerdo entre la sub-burguesía aristocrática colonial mexicana y los pocos jefes insurgentes que quedaban después de una lucha terrible de once años (el movimiento de las masas campesinas había sido conducido por los eclesiásticos y los laicos de clases criollas y mestizos oprimidos, como Hidalgo, Morelos y Matamoros, curas; Allende, Moreno, Francisco Javier Mina, militares; Leona Vicario, Primo Verdad, Quintana Roo, Rayón, Guerrero, Victoria, civiles). Este acuerdo tuvo por objeto hacer subsistir los métodos feudales y semifeudales de la colonia, contra el movimiento liberal iniciado en la metrópoli, en España. La fracción progresista de la sub-burguesía mexicana comienza, a partir de 1857, después que los Estados Unidos habían arrebatado a México en la guerra de 1846-47 más de la mitad de su territorio y la parte más fantásticamente rica, el movimiento llamado de la "Reforma". Éste no era sino la continuación de la revolución burguesa, iniciada en el Continente Americano con la independencia de Estados Unidos, de México, de la América Central y del Sur, movimiento que en los tres últimos lugares había sido frenado y detenido por la supervivencia de las capas feudales y feudalizantes, provenientes de las antiguas clases dominantes del imperio colonial español, sostenidas por el clero católico, cuyos intereses económicos estaban y continuaban estando íntimamente ligados a aquellos.

* Diego Rivera, "La lucha de clases y el problema indígena", *Clave*, N° 2, México, 1938, pp. 21-29.

15. Los liberales de la Reforma, alentaron la ilusión de crear en México en lugar de la sub-burguesía raquítica y pequeña burguesía existentes, una burguesía nacional, fuerte e independiente, cosa imposible entonces como ahora, por la situación económica semifeudal del país. Los liberales mexicanos, discípulos de los liberales burgueses de los Estados Unidos, eran individualistas, creían en el repertorio de la libre concurrencia, del libre cambio, del voto libre (sufragio efectivo) y sobre todo, en la libre explotación de los productores por los capitalistas.

16. En México, bajo la presidencia del líder nacional, el indio Benito Juárez, y mediante la Constitución legal de 1857 y las “Leyes de Reforma”, las propiedades del clero y de las comunidades agrarias fueron confiscadas con el objeto teórico de repartirlas entre numerosos propietarios individuales que habrían formado la burguesía nacional. Pero la reforma fue un fracaso completo. El campesino pobre perdió lo poco que tenía, sin adquirir nada, como aumento de salarios, o casi nada; los bienes llamados de “manos muertas”, no hicieron sino pasar a manos de algunos capitalistas extranjeros sin escrúpulo religioso y con suficiente espíritu de empresa burguesa o a los hombres testaferros, sólidamente controlados por la iglesia católica misma, la cual por este medio quedó en posesión de sus bienes, a pesar de la reforma liberal. Juárez, indio, solamente continuó desposeyendo a las comunidades campesinas indígenas de lo que habían tenido y sometiéndolas todavía a una miseria más grande que la que habían sufrido.

17. La situación creada por la llamada “Reforma Liberal” ha persistido hasta la época contemporánea. El imperialismo inglés, el colonialismo franco-belga, austro-alemán y español, aprovechando la guerra civil de los Estados Unidos entre el Norte industrial antiesclavista y el Sur reaccionario y esclavista, intentaron, con el apoyo de este último, crear un “imperio mexicano”. Habiendo fracasado por causa de la fuerza de la revolución industrial que apoyaba a los liberales de México, su intervención ha continuado bajo diferentes formas, hasta manifestarse hoy día en aquélla de un subfascismo latinoamericano, que no es sino una forma de lucha de los capitalistas fascistas imperialistas de Europa contra el capitalismo imperialista de los Estados Unidos.

Las luchas en México, llamadas “religiosas”, de los “cristeros” y otras facciones al servicio de los restos del feudalismo y del neofeudalismo y del poder clerical; aliados nacionales del capitalismo extranjero, contra el “agrarismo” y el llamado “socialismo” de la nueva sub-burguesía y de la pequeña burguesía nacidas de la industrialización emprendida en las ciudades y en el campo, durante el período de luchas políticas, comprendidas entre 1910 y 1937, llamadas “revolución mexicana”, no son sino la cola de la situación creada bajo la llamada “Reforma Liberal”.

*El problema agrario, tal como está planteado actualmente,
particularmente en México*

18. Después de 27 años de luchas pequeñoburguesas y sub-burguesas “agraristas”, por la restitución de los ejidos, creados en el siglo XVI por el Rey de España, en su imperio colonial feudal, la pobre sub-burguesía “nacional revolucionaria” mexicana, finalmente constituida en partido político gubernamental (Partido Nacional Revolucionario, PNR), no ha podido llegar todavía, bajo la administración del Presidente Lázaro Cárdenas (aunque ha sido diez veces más activo durante estos dos años y medio de poder que sus predecesores durante 24 años), sino a repartir, como entregas de tierras o como restituciones de “ejidos”, cerca de cuatro millones de hectáreas sobre los catorce de tierras cultivables que posee México; de éstas, los gobiernos anteriores a Cárdenas habían repartido un millón novecientos cuarenta mil cuatrocientas noventa y ocho hectáreas.

19. Es muy importante observar que en las regiones donde existen grandes centros de población proletaria industrial, la entrega de las tierras a los campesinos, en proporción a las tierras cultivables, es mayor que en los Estados sin centros industriales, con masas de obreros organizados, lo que prueba que la presión de éstos en favor de los campesinos ha influido grandemente en la entrega de la tierra a los últimos.

20. Hoy día, a fines de 1937, el ritmo de entrega de tierras es más lento que en los dos años y medio anteriores. Los préstamos en dinero a los “ejidos” (refacciones) tropiezan con grandes dificultades que crean conflictos entre la organización bancaria ejidal y las organizaciones obreras y campesinas, aun las más reformistas y las más dependientes del Estado, como la CTM (Confederación de Trabajadores de México). En la producción total de cereales para el consumo interior del país, se acusa este año un déficit considerable, lo cual prueba que a pesar de los esfuerzos hechos por el Gobierno para extender y acrecentar la producción, ésta ha sido incapaz de alcanzar éxito, pues con las restituciones ejidales no se ha podido mejorar la situación en la producción total del país. Es necesario hacer notar que el acrecentamiento de los préstamos (refacciones) a los “ejidos” ha sido paralelo al crecimiento del proletariado industrial, pues entre 1929 y 1937 se han establecido más de cuatro mil nuevas fábricas en México. La Ley del Salario Mínimo fue promulgada por el Presidente Abelardo L. Rodríguez, multimillonario industrial y agrario, el hombre más rico de México, con el fin de extender el mercado para los nuevos industriales. Pero, como era bien natural, los precios de los artículos de consumo se elevaron inmediatamente y la situación es hoy día, para los obreros

y los campesinos –según el poder de adquisición de sus salarios– entre un 25 a un 75% peor que aquella que existía antes de la promulgación de la Ley del Salario Mínimo hace tres años.

21. El “ejido” y la comunidad agraria actuales en México no son otra cosa que el expediente feudalista empleado por la monarquía española del siglo XVI para mantener al campesino en estado de siervo. Se suprime todavía el valor social progresivo del ejido y de las comunidades, disminuyéndole su carácter embrionario de propiedad comunal, dividiéndolos ahora en parcelas insignificantes y minúsculas, dadas en propiedad individual inalienable, como “patrimonio familiar”, a cada uno de los “ejidatarios” a los que se les dan préstamos (refacciones) por medio del Banco del Estado y el dinero se cobra sobre la base de las futuras cosechas. Como los “ejidatarios” no pueden comenzar a trabajar la tierra en su situación de campesinos pobres, este método de apariencia “socializante” no hace en realidad, sino fijar al campesino a la tierra y convertirlo en siervo de los blancos, como lo eran antes de los señores feudales latifundistas.

22. El campesino pobre de México está en tal situación de miseria que solo su congénere chino puede estar en el mismo nivel (según datos oficiales del Gobierno de México). Ha sufrido tal esclavitud y tal miseria desde la llamada Independencia hasta 1910, que la llamada “Reforma Agraria” le ha podido mover y hacerle combatir en favor de ella, durante años y años. Igualmente, según los datos oficiales, el costo de la vida en México, desde el fin del siglo XVIII hasta 1930, se ha elevado quince veces, mientras que los salarios solo se han elevado tres veces, lo que prueba que las condiciones de vida de los peones, campesinos asalariados, eran en el México “revolucionario” de 1930, peores que aquellas de los peones de los “encomenderos” latifundistas de la colonia española.

23. En vista de estas condiciones, la sola línea revolucionaria que se puede seguir en México, concerniente al problema agrario es exigir continuamente la aceleración de la entrega de la tierra a los campesinos bajo la forma aceptada por la “Revolución Mexicana”, dotaciones de tierra que chocan sin cesar con los intereses capitalistas de los nuevos y de los antiguos propietarios agrarios y del capitalismo imperialista extranjero. Estos choques deben ser utilizados para hacer ver a las masas campesinas pobres que los mismos hombres que fueron jefes, generales, funcionarios o “líderes”, durante la guerra civil, son hoy día terratenientes, sus enemigos, objetivamente aliados a los antiguos latifundistas y a los propietarios imperialistas extranjeros, a los que se encuentran ligados hoy día por una solidaridad de clase, y que en consecuencia, para la clase campesina pobre no puede haber sido un aliado: el proletariado.

Es necesario trabajar continuamente para que la insuficiencia de los métodos de cultivo y de préstamos a los “ejidos”, que tocan directamente al campesino, sirvan para convencerles de la inanidad de tales métodos que en realidad –por otra parte ellos mantienen al campesino en la servidumbre– favorecen a la derecha de la sub-burguesía, el nacimiento de tendencias ultrarreaccionarias, neofeudalistas, hábilmente explotados por el fascismo europeo.

24. Las reformas agrarias llevadas a cabo por los gobiernos llamados revolucionarios, significan en el fondo mismo, no la liquidación total de los restos del viejo feudalismo y del neofeudalismo, sino un compromiso bastardo entre los intereses feudales e imperialistas de un lado y los de los campesinos del otro, siempre, en detrimento de estos últimos. Los indios, siendo la parte más atrasada de la población, sufren más. En este terreno, la solución de la cuestión llamada indígena, significa la lucha por la revolución agraria. El proletariado de la América Latina debe poner en su programa esta consigna como una de las más importantes.

Los campesinos más explotados y más oprimidos dan una fuerza de trabajo más barata a los latifundistas, a los propietarios y a los capitalistas de toda suerte. Organizar a los campesinos, indios y mestizos, como obreros agrícolas en sindicatos combativos y llevar una lucha enérgica contra la explotación bárbara, significa no solamente elevar el nivel cultural y material del campesino, sino también el socavamiento de la economía feudal, acelerar la reforma gubernamental y sobre todo, preparar la revolución agraria.

Haciendo suya esta campaña, ganando la confianza de los campesinos, comprendidos los indígenas, el proletariado preparará su propia ascensión al poder, lo único que puede abrir la época de liberación para los indígenas, como para todos los oprimidos de la América Latina.

El aspecto específico de la cuestión etnográfica-filológica del “problema del indio” en México y en América Latina

25. En vista de la necesidad de conservar a los indios como principal fuerza de producción de riqueza en las colonias españolas de la América Latina, la iglesia católica ha realizado otro “milagro”. Ella se inflamó de amor por los indios y en la Universidad Real y Pontificia de México estableció textos de Teología y de Ciencias Físicas y Metafísicas en Lenguas Indígenas de América, prohibiendo a los universitarios, maestros y alumnos, bajo la pena de expulsión inmediata, hablar en el recinto de la Universidad otra lengua que no fuera indígena o el latín –lengua internacional del clero católico–. Así, obligado a aprender lenguas indígenas americanas el clero regular y secular

salido de la Universidad pudo “educar” al indio en su lengua natal, inspirándole confianza y amistad, por lo cual el indio recibió a sus nuevos amos como hombres que tenían simpatía por él y no como a sus enemigos.

26. El método de penetración de la iglesia católica dio resultados excelentes y, hoy día, el cura que sigue aun la antigua línea de la Universidad Pontificia, hablando las lenguas indígenas, es el mejor agente de las clases dominantes, entre los campesinos pobres, indios o no, de México (ocurre lo mismo en la América Central y del Sur). En cambio, la sub-burguesía y la pequeña burguesía “revolucionaria”, jamás han comprendido este medio de penetración y sus amos urbanos y “rurales” han fracasado en la tarea de sustituir al cura como agentes de las clases explotadoras modernas en el poder.

27. Existen en México, según las cifras oficiales de 1930, cuatro millones novecientos setenta y un mil doscientos siete indios que hablan lenguas indígenas, de los cuales un millón ciento ochenta y tres mil cuatrocientos ochenta y uno no hablan sino sus lenguas nativas y no el español; los otros pueden considerarse como bilingües. Los campesinos indios, embrutecidos por la miseria, y por las enseñanzas de los frailes y de los curas durante cuatro siglos, escuchan los consejos de ellos y de los latifundistas y de los obispos que los manejan, tanto que a veces forman bandas armadas por los propietarios y dirigidas por los curas, las cuales al grito de “¡Viva Cristo Rey!” atacan las escuelas, las incendian, cortan las orejas de los maestros, hombres y mujeres, violando a estas últimas; centenares de veces han asesinado a todo el personal docente, con una crueldad verdaderamente increíble, llegando hasta a quemar vivos a algunos. Este martirologio se realiza con los maestros a los cuales el Gobierno de México paga salarios que oscilan entre \$3.50 y \$1.50 diarios, es decir, entre un dólar y cuarenta centavos americanos al día.

28. Al mismo tiempo que el mejoramiento del material flamante del ejército, que es de hecho una policía nacional, que cuenta unos cincuenta mil hombres, el Gobierno Mexicano acaba de anunciar que el próximo año cuatro millones de niños permanecerán sin poder ir a la escuela por falta de establecimientos escolares, a lo cual el Gobierno no puede aportar ningún remedio, pues necesitaría aumentar el presupuesto en 123 millones de pesos. El presupuesto de Guerra alcanza a cerca de 80 millones de pesos. Si, haciendo una hipótesis completamente fantástica sobre el “México revolucionario”, se remplazara el ejército regular de soldados profesionales, por milicias obreras y campesinas –mucho menos costosas para el presupuesto del Estado– se podrían encontrar los millones necesarios para crear no pocas de las escuelas que faltan.

El nivel de vida

29. La población indígena, comparando el censo oficial de 1921 que da la cifra de 4.179.768 indios con el de 1930, ha aumentado en 791.768 individuos. Los 4.971.207 indios existentes en 1930, se cuentan sobre un total de población en México de 16.852.728, es decir, representan cerca de la tercera parte de la población. Es necesario hacer notar que en la población campesina mestiza dominan todos los caracteres sociales de la población indígena y que esta población campesina forma la inmensa mayoría de la población entera del país, con 11.012.091.

El nivel de vida de la población campesina y obrera mexicanas, según los datos dados por los organismos oficiales, es tan bajo que solo encuentra un grado inferior aquel del campesino y del obrero chino y que la diferencia es muy pequeña.

En los países de la América Central la situación es todavía peor y para países de América del Sur, como Bolivia y Perú, que tienen una mayoría de población indígena, la situación de ninguna manera es mejor.

30. En la América Central, en Guatemala, el ministro de Educación Pública en persona, ha declarado recientemente en el Parlamento: "Si nosotros educamos al indio, enseñándole a leer y a contar, ¿cómo haríamos enseguida nosotros para encontrar "mozos" (peones o trabajadores agrícolas) para las haciendas y cómo haríamos para que no se derrumbe la economía nacional?" Esta frase magnífica de ingenuidad, resume en realidad todo el "problema indígena" para la América Latina. En el Perú, en Bolivia y en las otras naciones de un alto porcentaje de población indígena, la situación social entre aquella de México o de Guatemala, tiende más a la de Guatemala ya que, después de todo, la "revolución mexicana" ha servido de algo.

31. El mestizaje aumenta alrededor de los centros rurales más activos y sobre todo, alrededor de los centros industriales. En estos últimos el uso del español en general elimina completamente a las lenguas indígenas. La experiencia demuestra que con los cambios de los métodos de producción y la aparición de una economía de tipo industrial –y con ella un nivel mejor de vida, superior a aquel de los campesinos– desaparecen por fusión y amalgama con los mestizos, las características de lo que se llama el problema del indio. Este problema, no es en suma otra cosa que la supervivencia de una economía rural atrasada, de un tipo colonial feudal o semifeudal, mantenida en su estado atrasado para el solo beneficio del sector más reaccionario de los capitalistas nacionales y por ende, de su patrón, el imperialismo extranjero.

Conclusión

32. Todos los países de la América Latina nos muestran con una claridad obvia cómo y de qué manera el desarrollo histórico desigual toma para los países retardados, bajo la presión imperialista, el carácter de un desarrollo histórico combinado, en el cual las primeras letras del alfabeto histórico coinciden y se confunden con sus últimas o antepenúltimas letras. La técnica norteamericana se avecina a la antropofagia, el marxismo con el totemismo, los débiles comienzos de la democracia son ahogados por las tendencias fascistas y el todo forma un marco dentro del cual la sub-burguesía no es capaz sino de tomar miserables anti-medidas sin futuro próximo. Quemando las etapas en el desarrollo de la América Latina fuerza al joven proletario a tomar sobre su espalda las tareas enunciadas pero no resueltas por la historia de los siglos precedentes. No solamente la cuestión agraria, indisolublemente ligada a la cuestión indígena, sino también las tareas más elementales de la higiene física y mental, los métodos agrícolas practicados en otras partes desde hace siglos, la creación de caminos, etcétera, etcétera, no pueden ser resueltos sino bajo el régimen de dictadura del proletariado, el único régimen estable que es posible en la América Latina.

33. Nosotros no nos hacemos ilusiones sobre el grado actual de preparación del proletariado latinoamericano para estas tareas grandiosas, pero, bajo la presión de la necesidad, este joven proletariado va también a quemar las etapas en su ascensión histórica. Sabrá marchar codo con codo con el proletariado mundial y sobre todo con el de los Estados Unidos de América. Al mismo tiempo la vanguardia proletaria de la América Latina debe servirse, con el realismo revolucionario, que es el sentido mismo del marxismo, de todas las contradicciones entre las clases y partidos dirigentes o semidirigentes para arrastrar a las masas a la lucha, para crear nuevos puntos de apoyo sobre el plano político y organizacional, para desprender las alas progresistas de la pequeña burguesía de su ala reaccionaria, facilitando y acelerando así la ascensión revolucionaria del proletariado.

La verdadera política marxista, aquí todavía más que en otras partes, consiste no en oponer a las tareas concretas e inmediatas la perspectiva abstracta de la revolución socialista, sino en demostrar que todas las tareas de independencia nacional, progreso económico y cultural, elevación del nivel de vida conducen imperiosamente a la conquista del poder por el proletariado, como guía de la clase trabajadora.

Cuba: el Frente Popular con Batista*

Cuba no conocerá un verdadero Frente Popular sino tan solo una alianza entre el Partido Comunista y el coronel Fulgencio Batista, que durará desde 1939 hasta 1944, cuando renuncia este último. En 1943, el presidente del partido, el escritor Juan Marinello, será ministro sin cartera del gobierno Batista. El artículo adjunto sitúa el marco político continental en el cual se constituyó este frente sui géneris: la alianza contra el peligro fascista, bajo la égida simultánea de Roosevelt, Batista, Lombardo Toledano (secretario general de los sindicatos mexicanos) y el PC cubano.

He aquí lo que escribe Saverio Tutino (ex-corresponsal de L'Unità en La Habana) en su historia de la revolución cubana acerca de la personalidad histórica de Batista en 1939: "Para la mayoría de los cubanos, Batista personificaba la antinación; representaba al fascismo, aun si aceptaba, ahora, debido a exigencias esencialmente norteamericanas, unirse al antifascismo en el plano internacional. Batista había hecho matar a obreros y se había manchado con el asesinato de un héroe nacional como Antonio Guiteras"¹.

El movimiento democrático cubano, que crece y se extiende constantemente, se convierte en uno de los más importantes factores del frente democrático antifascista del hemisferio occidental. A medida que se desarrolla en Cuba el movimiento democrático, la política exterior del gobierno cubano, dirigido por el coronel Batista, jefe constitucional del ejército, adquiere un carácter antifascista cada vez más marcado en toda América Latina.

Los recientes acontecimientos confirman de nuevo las futuras perspectivas desarrolladas por la X asamblea plenaria del Partido Comunista en julio de 1938 y el III Congreso del PC en enero pasado: por una parte, el movimiento popular sigue creciendo y fortaleciéndose. El coronel Batista se convirtió en un elemento importante del frente de las fuerzas progresistas. Por otra parte, la reacción y el fascismo unen sus fuerzas y urden planes desesperados para derrocar a Batista y aplastar el movimiento popular.

El Congreso de unificación sindical tuvo lugar del 23 al 28 de enero. 1.517 delegados representaban a más de 800 sindicatos y organizaciones. Se fundó la Confederación Obrera Cubana, que reagrupa a todos los sindicatos cubanos y cuenta con más de 500.000 miembros. El negro Lázaro Peña, obrero del tabaco,

* R. A. Martínez, "L'importance pour l'Amérique latine de l'essor démocratique a Cuba", en *La Correspondance Internationale*, 4 de abril de 1939, pp. 352-53.

¹ Saverio Tutino, *L'ottobre cubano*, ed. Einaudi, Turín, 1968, p. 159. Guiteras era un dirigente antiimperialista muy popular en Cuba.

uno de los dirigentes obreros cubanos más queridos, fue elegido secretario general. Una delegación extremadamente numerosa de la Confederación de Trabajadores de México, bajo la dirección de su secretario, Vicente Lombardo Toledano, también participó en el congreso. Lombardo Toledano pronunció un discurso histórico en el cual refutó en todos los puntos la teoría fascista-trotskista que niega la existencia de un peligro fascista en América Latina. Esta teoría no es más que un velo tras el cual los enemigos de la política de Roosevelt pueden proseguir su política imperialista. Un delegado de la CIO norteamericana asistió igualmente al congreso en calidad de invitado.

El congreso no solo examinó todos los problemas fundamentales que interesan a la clase obrera cubana: lucha por la aplicación de la legislación social existente, problemas de organización, actitud del proletariado para con la futura asamblea constituyente, lucha contra la guerra y el fascismo. También dedicó una atención particular al problema del campesinado cubano. Gran número de delegados de organizaciones campesinas asistían al congreso. Expusieron los problemas campesinos y propusieron la creación de una oficina nacional campesina cuyo objetivo sería ayudar a la preparación de los congresos provinciales que deben ser el preludio a un congreso nacional campesino. Apoyado por la potente Confederación de los Trabajadores Cubanos y el movimiento progresista en general, el campesinado cubano superará rápidamente su retraso desde el punto de vista de la organización.

El gobierno cubano y, sobre todo, su animador, el coronel Batista, comprenden que el desarrollo y la salvaguardia del bienestar popular así como la defensa de las instituciones democráticas están estrechamente relacionados con la lucha contra el fascismo no solo en Cuba, sino en todo el hemisferio americano y por doquier en el mundo. La valiente actitud de la delegación cubana en la conferencia de Lima no era fortuita; era la expresión de la política antifascista cada vez más consciente del gobierno cubano, como lo mostró el viaje del coronel Batista a México, y representa el intento más serio de ampliar las decisiones tomadas en Lima y de traducirlas en la realidad viva.

Desde el 3 de febrero, día de su llegada a Veracruz, hasta el 13 de febrero, día de su salida, el coronel Batista, en una serie de discursos, hizo declaraciones que, en resumen, pueden considerarse como las bases del frente antifascista latinoamericano en formación. Durante el gran mitin organizado en México por la Confederación de Trabajadores de México, el coronel Batista ante una asistencia de unos cien mil obreros, subrayó la necesidad de “una alianza de los pueblos de nuestro hemisferio sin consideraciones de nacionalidad, de raza, de color o de lengua”, para combatir al fascismo. Recibido por los miembros de las dos Cámaras mexicanas, Batista renovó su promesa solemne

de fidelidad a la causa de la España republicana y de la democracia mundial. Aseguró a México que el pueblo cubano está decidido a luchar junto con los mexicanos en caso de que el fascismo se atreva a pasar a la agresión.

De regreso a Cuba, el coronel Batista desarrolló más aun sus tendencias progresistas y democráticas. En un gran mitin organizado en su honor por la Confederación de los trabajadores cubanos, dijo en particular:

El Partido Comunista, tanto en México como en Cuba, en Francia como en los Estados Unidos, donde está reconocido como una fuerza legal en vez de estar considerado como un elemento de desorden, actúa como una fuerza viva de la democracia.

Y en otro discurso, pronunciado en Camagüey, declaró que el comunismo es “un elemento de progreso y de democracia”.

La creciente fuerza de la democracia cubana y su influencia a escala del continente provocaron los renovados ataques del fascismo y de la reacción local. Estos ataques no se dirigen únicamente contra las organizaciones obreras, los partidos democráticos y sus jefes, sino que apuntan directamente al coronel Batista. El hecho se volvió particularmente patente desde su regreso de México. La reacción hizo todo para impedir el éxito de afluencia de las manifestaciones organizadas por la CTC y las agrupaciones democráticas para acoger al jefe del gobierno. Pese a todos estos esfuerzos, pese a las dificultades creadas por las propias compañías de transporte, cien mil trabajadores participaron en esta demostración.

La reacción utiliza métodos a los cuales acude en el mundo entero. Se echa a los obreros a la calle, y los reaccionarios llegan incluso a incitar a sus partidarios a emplear un solo criado y un solo automóvil; no se pagan los impuestos y, en numerosas provincias, los plantadores de azúcar interrumpieron los trabajos del cultivo de la caña. Se oponen a la legislación progresista e impiden la adopción de la ley Warren Bro (reconocimiento de la deuda-oro del Estado cubano), de la cual depende el otorgamiento del préstamo de cincuenta millones de dólares negociado durante el viaje de Batista a México.

El Partido Comunista cubano, cuya profunda comprensión de la situación política contribuyó más que cualquier otra cosa a la evolución democrática de estos últimos tiempos, llegó a la conclusión de que es preciso renunciar a las “fórmulas caducas” aun vigentes en el partido. La política del gobierno debe ser considerada como progresista. La situación cambió y la consigna del partido debe ser en adelante: “Con Batista, contra la reacción”, es decir que el partido debe pronunciarse abiertamente por el apoyo de la política de Batista por parte de las amplias masas populares.

3.2. El pacto germano-soviético y sus repercusiones en América Latina

ERNESTO GIUDICI

*Imperialismo y liberación nacional**

El libro de Giudici (importante dirigente del PC argentino), publicado en 1940, es un ejemplo interesante de las tesis desarrolladas por el movimiento comunista latinoamericano durante el período 1939-1941 (desde el pacto Molotov-Ribentropp hasta la invasión de la URSS por los nazis). Por una parte denuncia los daños causados por el imperialismo norteamericano y la necesidad de llevar a cabo una lucha intransigente por la liberación nacional de Argentina; por otra, desarrolla un análisis del fascismo bastante ambiguo. Esta concepción solo aparece durante un corto intermedio entre dos períodos pro Roosevelt y antifascistas del comunismo latinoamericano (1936-1939 y 1941-1945).

Hubo una época en que todos los movimientos populares, entre ellos el del nacimiento de la burguesía en Europa, traducían sus anhelos de acuerdo a sus creencias religiosas o los intereses de la Iglesia. Pero esa expresión religiosa fue lo transitorio; lo perdurable era la revolución económica y política que se operaba en el seno de la vieja sociedad. Bien. Algo semejante ha ocurrido con el fascismo en el clima político de la posguerra: muchos anhelos populares creyeron tener cabida en la expresión programática y demagógica del fascismo. Muchos movimientos de liberación nacional, vagamente expresados, se volcaron en los cuadros de la organización fascista por una necesidad igual a la que, en otra esfera, obligó al imperialismo alemán a adoptar la forma fascista de lucha para, en lo internacional, abrirse paso en un mundo dominado por Inglaterra y Estados Unidos –países “pacifistas” porque estaban ahítos, satisfechos– y en lo interno, sofocar toda acción del proletariado y capas populares. Lo fascista en este caso imperialista es lo transitorio; lo que vale,

* Ernesto Giudici, *El imperialismo y la liberación nacional* (1940), ed. Granica, Buenos Aires, 1974, pp. 3-8.

lo que es motor y norte, es el imperialismo que, por no tener color político, adopta en cada etapa o tarea la forma política que mejor conviene a sus intereses; ora democrática como Inglaterra, ora fascista como Alemania.

Hay que ver y apreciar que, muchas veces, detrás de esa ideología fascista late un anhelo de masas, que por ser de masas poco importa que sea fascista o no por cuanto en el propio movimiento de masas, desarrollado con prescindencia de la ideología reaccionaria que le quieren algunos atribuir –por lo que hay que buscar contacto con él, con ese movimiento–, cabe la necesaria rectificación política. Hay capas populares que pueden creer luchar contra la oligarquía dentro del fascismo; luchan a su modo y según sus debilidades políticas; y nosotros no podemos rechazarlas, sino que debemos ir hacia ellas para convencerlas de su error. Esas capas sufren tanto y generalmente más que las demás capas populares. La lucha no puede estar dirigida contra ellas, con el pretexto de librar una batalla contra el fascismo, sino con ellas contra la oligarquía y el dirigente o teórico fascista, ambos más unidos de lo que aparenta ser.

Este esclarecimiento político es impostergable en la actual situación. La confusión emana de ciertos elementos de juicio que no se rebaten a diario porque es más cómodo incluir masa e ideología fascista, errores políticos y francas intenciones reaccionarias, en un mismo bloque. Uno de esos elementos de juicio que perturban la clara comprensión del problema es el “nacionalismo” rosista. Rosas, en efecto, se opuso a todo lo extranjero; Francia e Inglaterra bloquearon el Río de la Plata y Buenos Aires; y Rosas hizo frente al bloqueo. Vista la situación de entonces con los ojos abiertos a la realidad de hoy, eso sería una actitud de auténtico nacionalismo. ¿Lo fue en realidad? No. Ese nacionalismo era ficticio: se oponía al desarrollo de la Nación. Una oligarquía ganadera quería vivir tranquilamente con sus estancias, conservar las formas coloniales y semif feudales: lo extranjero, capital y liberalismo auspiciado por otros grupos “extranjerizantes”, le era hostil. Se cerraba así el país, no a lo extranjero, sino al progreso que provenía del extranjero. La situación era parecida a la de España invadida por las fuerzas napoleónicas: Napoleón era lo extranjero en España, pero era también, en la realidad, la revolución burguesa proyectada por toda Europa, y en esa lucha contra lo extranjero, como lo establece Marx, se unían y mezclaban en España sinceros deseos nacionalistas de algunos sectores y móviles reaccionarios de las clases monárquicas y feudales que explotaban el sentimiento nacionalista en su provecho. Lo “nacional”, geográficamente, hacia afuera, no define, por sí solo, a la liberación nacional; lo nacional, en el sentido de soberanía, debe estar ligado a lo progresista en el sentido económico, social y político de *adentro*.

Toda liberación nacional debe ser un paso revolucionario, para adelante, a fin de colocar el país al ritmo progresista de los países más adelantados. Volver atrás, estancarse, no es liberación nacional. Liberación nacional no es aislamiento antiextranjero, sino coincidencia con lo más progresista del mundo contra lo más reaccionario que, dentro de cada país, halla apoyo en los sectores más retrógrados. Barrer con los sectores de aquel “nacionalismo” rosista también es liberación nacional. En definitiva, quienes dicen que luchan contra Inglaterra deseando volver a la Argentina pre-anglófila no hacen sino un servicio a Inglaterra pues le brindan, como se le brindó antes, un país atrasado, agropecuario, hecho a la medida de sus ambiciones imperialistas.

A pesar de lo manifestado, queremos formular una reserva de carácter político. La lucha contra el imperialismo extranjero puede llevar, en países más atrasados que la Argentina, al primer plano a sectores o partidos no democráticos, productos de un medio de incipiente democracia. Eso no es lo fundamental, ni una democracia perfecta ha de exigirse previamente en la lucha contra el imperialismo, puesto que donde domina el imperialismo la democracia se ve postergada, trabada, deformada. Hay que actuar con lo que se tiene. Puesta en movimiento la lucha liberadora, lo políticamente reaccionario será barrido por la democracia que florecerá juntamente con los ascensos del movimiento y la aparición de fuerzas nuevas, jóvenes, progresistas y revolucionarias. Esto lo remarcamos porque repetidas veces hemos visto a quienes, desde Buenos Aires, con cierto alarde de aristocratismo político, juzgan con desdén movimientos populares de esencia progresista aunque, por natural gravitación de su medio, se traduzcan en luchas caudillescas carentes de pureza principista o democrática. Se les exige pureza principista o democrática, como a las masas se les reprocha su atraso e incultura. Es un círculo vicioso. La dominación imperialista sume a los países atrasados en un mayor atraso, y del atraso hay que salir en alguna forma; hay que romper el círculo vicioso o de hierro por algún lado. ¡Y al irrumpir las masas populares, por el resquicio que se abre en su acción, se les echa en cara su atraso! Dejémosla que ande. Andando, la superación se operará en todos sus aspectos. Es menester no dejarse engañar ni por el atraso de las masas ni por la apariencia antidemocrática de un movimiento antiimperialista. El imperialismo puede dominar oculto tras el manto de la democracia; toda lucha contra él obligará a medidas de fuerza que, vistas superficialmente, equivalen a una posición menos democrática. Pero la democracia no es cuestión de forma sino de contenido; reside en lo que se aspira, en lo que se construye, en las fuerzas puestas en movimiento. Si esas medidas de fuerza, incluso una dictadura, tienen por objetivo robustecer el poder de las masas en la lucha contra las oligarquías,

no se trata en realidad de una antidemocracia sino de un gobierno democrático fuerte, de una dictadura democrática. Nosotros, revolucionarios, no nos dejamos engañar por las apariencias: demócrata es el gobierno que se apoya en las grandes masas, para satisfacer sus necesidades, contra las oligarquías reaccionarias. Esto, repetimos, debe ser tenido en cuenta en muchos países latinoamericanos en los cuales la democracia no podrá implantarse de golpe, puesto que faltan las condiciones económicas y sociales para ello. Donde gobierna una oligarquía sometida al imperialismo, sobre una masa atrasada, no puede haber democracia; la democracia política exige como condición previa la formación de una burguesía nacional liberal. Por todo eso, frente al golpe del coronel Bush, en Bolivia, fuimos prudentes antes de calificarlo como reaccionario. ¿Contra quién iba dirigido ese golpe, en quién se apoyaba o buscaba apoyo? Si en realidad iba dirigido contra el imperialismo anglo-yanqui, destinado a defender la economía nacional y a sus masas explotadas, el nuevo gobierno fue progresista *pese a su forma dictatorial*. Y lo mismo puede decirse del actual gobierno de Estigarribia en el Paraguay, partiendo siempre del supuesto de que ambos movimientos hayan sido dirigidos contra la reacción oligárquica e imperialista. Decimos “partiendo del supuesto” porque no queremos sentar un juicio definitivo sin ahondar más el análisis, y aquí solo tomamos esos casos como ejemplos de lo que podría ser una dictadura latinoamericana de contenido progresista. Todo depende del desarrollo político de cada país. En Chile, por ejemplo, el movimiento liberador puede ser democrático en el fondo y en la forma desde el principio, en la Argentina debe serlo con mayor razón. Lo mismo en el Uruguay; no así en el Brasil. En México, el gobierno fuerte de Cárdenas, cual fuera recibido de manos del callismo, ha logrado en pocos años ampliar las bases de una verdadera y efectiva democracia.

Otro ejemplo más será útil para aclarar esta cuestión. Cuando en Bolivia, nacionalizado el petróleo, se habló de venderlo a Alemania por las operaciones de trueque, hubo alguna alarma. Nosotros, aun siendo partidarios del *boycott* a los países fascistas, sostuvimos: la nacionalización del petróleo es un paso adelante en el proceso de la emancipación nacional, independientemente de a quién sea vendido después, porque el producto, *boliviano*, sería vendido por su dueño, el Estado boliviano. Llevar el antifascismo hasta el extremo de preferir que el petróleo no sea nacionalizado, nadando en poder de empresas extranjeras, era una deformación del concepto de liberación nacional. Un esclavo cualquiera que deja de ser esclavo para pasar a la condición de asalariado del capitalismo, pega un salto en la historia. Como esclavo, depende en cuerpo y alma del amo; como asalariado, sigue siendo explotado, pero vende, no su cuerpo, que es su libertad y su vida: vende su fuerza de trabajo;

es un paso hacia la liberación. Se incorpora a una clase revolucionaria. En la misma forma, la reacción del trabajador europeo ante la aparición de las máquinas o telares mecánicos, fue la de su destrucción; la explotación era más dura que antes, más terrible la perspectiva de la desocupación, pero sobre esa máquina reposaba también la fuerza material de la emancipación proletaria. Distingamos siempre, pues, entre apariencia y realidad. Sepamos ver lo que es “nacionalismo” opuesto a la liberación nacional, pese a sus posturas “nacionalistas”, y lo que es liberación nacional efectiva pese a su apariencia en contrario.

Hay que bajar, insistimos, al seno de los movimientos populares para separar lo que es necesidad legítima, digna de atención y apoyo, y lo que es expresión política equivocada. Esto debe hacerse en la Argentina. Y veremos que mucha gente a la cual podemos considerar progresista en sus anhelos, ha creído en el fascismo como la fórmula de una liberación nacional antiimperialista. Todo tiene su razón de ser en los fenómenos sociales y políticos. ¿Por qué, pues, esa masa ha tenido tendencia a enrolarse en ideologías políticas que, en definitiva, atentan contra sus propios anhelos de liberación? Porque, en primer lugar, se trata de sectores pequeñoburgueses o de la burguesía nacional que no aceptan o no comprenden, naturalmente, las ideas socialistas o comunistas. Obligadas a optar entre la democracia y el fascismo, instintivamente han preferido el fascismo porque todos los partidos políticos de la burguesía que son o se dicen democráticos apoyaban y apoyan al imperialismo inglés; y se apoyan en el imperialismo inglés. En esta forma, nosotros, que hemos seguido paso a paso el desarrollo del movimiento fascista y reaccionario en la Argentina, hemos podido constatar cómo las ideologías fascistas y reaccionarias unían temporal y accidentalmente a los que dependían del nazismo alemán o del fascio italiano y a los que, sin cabida en los marcos de la democracia anglófila, iban hacia ellos más por inercia que por consciente decisión. Pero, por el lado del imperialismo dominante –el inglés, y en parte también el imperialismo yanqui– las oligarquías, también sin color político en cuanto a convicción firme y permanente, recurrían a la organización de tipo fascista para defenderse en aquellos años críticos de 1931 y siguientes. Hubo un momento en que dos organizaciones fascistas se enfrentaron en el país: por un lado, los “legionarios”, niños bien y hombres de la oligarquía gobernante que estaban a las órdenes del imperialismo inglés y yanqui; estas legiones vivieron hasta que la oligarquía las consideró indispensables para mantener el orden. Cuando el fraude en gran escala permitió a la oligarquía vivir sin mayores sobresaltos, las legiones desaparecieron. Las legiones eran antipopulares, aristocráticas; fueron las que esperaron a Martínez de Hoz a su salida de la Casa de gobierno y le rindieron tributo de rey destronado al modo

de los *camelots du roi*. Pero al lado de las legiones, que no se decían fascistas sino “nacionalistas”, aparecieron en 1932 grupos fascistas, con *camisa negra*, populacheros que buscaban el contacto popular en lugar de rehuirlo, que no seguían a la curia, que no perdían medidas represivas y que en todo momento hacían gala de esa fina demagogia que convirtió en poderoso a Benito Mussolini. Estos grupos eran todos, sin excepción, antibritánicos. En ellos se juntaban bribones y astutos *condottieri*, apolíticos y desamparados, gente de buena intención y pequeños comerciantes o productores que sentían la soledad política frente al imperialismo inglés, cada vez más tirano, día a día más opresor. ¿Alguien se acordó de esa gente? ¿Alguien se preocupó en bajar al seno de las masas para diferenciar lo que era negocio de lo que era desorientación y orfandad política? No. Era muy arriesgado hacerlo, porque no podía, a los ojos del antifascista austero y literario, haber explicación para las causas que llevaron a esas masas al fascismo. Podríamos decir que nosotros, entusiastas en el estudio del complejo fenómeno fascista, hicimos varias veces esa diferenciación, pero con eso no se resuelve la cuestión política. Políticamente, hubo incompreensión hacia esos sectores fascistas *malgré lui*.

En esta forma, algunos de esos sectores populares, poco numerosos, se acercaban sin desearlo a los sectores fascistas. Y el imperialismo fascista, por otro lado, buscaba el apoyo de esos sectores para su política antibritánica o antiyanqui en la Argentina. Este doble Juego de intereses determinó, como consecuencia, que lo antinglés fuera sospechoso siempre de connivencia con el fascismo italiano o alemán. En gran parte eso era verdad. Lo antinglés, en sus primeras manifestaciones, aparecía contaminado con ideas fascistas. Por eso no prosperó y quedó reducido a un minúsculo grupo de gente. No podía prosperar. La masa popular sabe que no puede haber lucha antiimperialista sin lucha correlativa por la democracia.

Estas enseñanzas deben tenerse presentes. Hay que dar un contenido democrático a la lucha contra el imperialismo inglés, tanto para demostrar que lo inglés no es patrimonio de democracia, sino a la inversa—fascistas de ayer están hoy al servicio de la “Inglaterra democrática”—, como para hacer viable esa lucha, que solo es posible dentro de la homogeneidad y la unidad entre lo que es antiimperialismo como movimiento de liberación nacional y lo que es democracia como expresión y camino para llevar la lucha antiimperialista hasta el final. En esa forma, lograremos convencer de su error a los fascizantes bien intencionados y dar cabida en el proceso de la liberación nacional antiimperialista y democrática a las grandes capas de la población que se encuentran sin quienes las comprendan en el seno de la democracia nuestra.

3.3. El browderismo y la posguerra

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO
*Por la industrialización de México**

Vicente Lombardo Toledano (1894-1958) fue una de las figuras más importantes del movimiento obrero mexicano y de la intelectualidad de izquierda del país. Dirigente sindical y político en los años 30 –secretario general de la CTM (Confederación de Trabajadores de México) y dirigente del PRM (Partido de la Revolución Mexicana, el partido oficial)–, Lombardo Toledano fue además autor de una vasta obra que incluye libros sobre filosofía, derecho, ética, educación, sindicalismo; agrarismo, socialismo y marxismo. Su concepción teórica se caracteriza por una síntesis sui-géneris entre el marxismo y la ideología de la revolución mexicana, o, más precisamente, entre el stalinismo y el nacionalismo del Estado mexicano. Varios críticos han comparado el pensamiento de Lombardo –que ejerció por algún tiempo una gran influencia en México– al “marxismo legal” en Rusia, como doctrina que tenía por principal función la apología del desarrollo industrial capitalista, en nombre del materialismo histórico.

Los pasajes siguientes son extraídos de un discurso pronunciado por Lombardo Toledano en septiembre de 1944 “en una Asamblea del Sector Revolucionario (organizaciones sindicales obreras, campesinas y populares bajo el liderazgo del PRM). El tema de la armonía entre los intereses de las varias clases unidas para la industrialización del país es típico de su obra política.

Los revolucionarios no se proponen la instauración inmediata del socialismo en México

Muchos creen ingenuamente, otros, no por ignorancia sino por perversidad, asumiendo el papel de simples provocadores, que esta guerra es la oportunidad histórica para que se instaure de hecho y de inmediato el régimen socialista en todas las partes del mundo. Esto es falso para México. Los socialistas mexicanos, los marxistas mexicanos, entre los cuales yo me encuentro, así como los no socialistas pero revolucionarios, los que han luchado por destruir

* Vicente Lombardo Toledano, “El nuevo programa del Sector Revolucionario de México”, México, 1944, pp. 14-15, 16-17.

las supervivencias del régimen feudal, por anular la pobreza de nuestros recursos naturales y por defender a la Patria del imperialismo, los liberales que no participan de algunas ideas concretas de los miembros de la corriente revolucionaria de hoy; todos, todos en lo absoluto, convinimos ya hace tiempo en que, en México, para la posguerra no tratamos de conseguir la abolición del régimen de la propiedad privada; que no pretendemos instaurar el socialismo en esta tierra, porque ni las condiciones históricas domésticas, ni las circunstancias internacionales, hacen propicia tarea tan trascendental. Hemos convenido en que no es la hora del socialismo la hora de la posguerra, y que nuestras miras, nuestros objetivos, nuestros propósitos, son propósitos que se ligan de una manera lógica, natural, inevitable, a los viejos objetivos históricos de la Revolución iniciada en 1910; de la Revolución de Reforma y de la Revolución de Independencia. No queremos sino el cumplimiento y el desenvolvimiento, el desarrollo, el progreso de las ideas de ayer, enriquecidas con nuevas modalidades y formas de aplicación. Queremos ser un pueblo que tenga posibilidades de cultura, posibilidades de trabajo, posibilidades de vivir de un modo civilizado; y queremos que México sea no un país semicolonial, sino una nación soberana, emancipada de veras, tanto desde el punto de vista político, como desde el punto de vista material [...]

Qué es lo esencial de nuestro nuevo programa

Transformar la tierra pobre en rica, levantar fábricas en donde no las hay, mejorar los transportes y multiplicarlos, aumentar el volumen de la riqueza nacional: todo esto no es solo tarea, evidentemente, de los campesinos y los obreros; es también tarea de los demás sectores del país, es obra de todo el pueblo; es, debe ser, propósito y objetivo de todos los sectores de México, de todas las personas, con la condición de que acepten que las únicas soluciones valederas para nuestro país son las soluciones que aspiran hacia el progreso y no las que miran hacia atrás, hacia el retroceso.

Rebasa el propósito de un solo sector, de una sola clase social, esta gran tarea histórica inmediata. Es obra de todos: campesinos, obreros, artesanos, pequeños industriales, rancheros, pequeños propietarios rurales, comerciantes en pequeño, grandes comerciantes no agiotistas, no especuladores, grandes industriales y banqueros; todos, todos sin excepción, los hombres que concurren directa o indirectamente a la producción, al desarrollo económico del país, con tal, vuelvo a afirmarlo, de que tanto los industriales grandes como los pequeños industriales, como los grandes banqueros y los comerciantes honestos, como los campesinos, y los obreros, y los artesanos y los profesionistas, y las gentes de la clase media y el ejército nacional piensen que la solución

de México está en su emancipación y en la abolición de las condiciones miserables en las que vive el pueblo mexicano.

El sector revolucionario de México piensa en consecuencia, que el nuevo programa del sector revolucionario será un programa en el que estén considerados los intereses legítimos de todos los sectores sociales del país. Mayor prosperidad para el porvenir. Sin ella, nada es posible pensar del progreso colectivo de la nación. No hay industria que pueda no solo prosperar, sino mantenerse, en un país en donde la gran mayoría de los consumidores en perspectiva no puede comprar. Pero para esto, es preciso una reforma radical, profunda, a la agricultura mexicana. Hacerla que pase de agricultura tradicional arcaica a la categoría de industria moderna.

Beneficiará este gran plan, ante todo, pues, a la inmensa mayoría del pueblo, integrada por las masas rurales. El proletariado mexicano no podrá prosperar, por tanto, sino a condición de que progresen las masas campesinas. No puede haber crecimiento del proletariado en número, ni progreso suyo en cuanto a prestaciones y salarios, en un país en donde las fábricas están detenidas en su desarrollo natural por ausencia de un mercado interior; y no hemos de aspirar todavía, por desgracia, a ser un país que exporte, en grande, manufacturas para consumo de otras naciones.

Y lo que se afirma en relación al proletariado, es mucho más cierto respecto de la clase capitalista. No hay progreso para la burguesía nacional, para los industriales mexicanos, para los banqueros mexicanos, para los técnicos mexicanos, para los comerciantes honestos de México; no hay posibilidades de progreso, de desarrollo en su fortuna lícita, sino a condición de que el campesino mexicano eleve su nivel de vida y de que se multiplique, como factor de consumo, el proletariado incipiente de nuestro país.

No afirmamos, sin embargo, que el paso trascendental que México debe dar, iniciándolo en la posguerra, ha de ser el de mejorar nuestra agricultura para seguir siendo un país agrícola, aunque de agricultura moderna. Es evidente que el porvenir agrícola de México está en los cultivos de productos de alto precio, de gran rendimiento, tratándose de la agricultura del altiplano, y en el desarrollo de la agricultura tropical. Pero el porvenir económico de México depende, principalmente, de su desarrollo industrial.

Industrializar a México, revolucionar a nuestro país mediante las industrias, hacer de la producción una unidad indivisible, de acuerdo con un plan previsor, lleno de estímulo, es la única solución que puede ofrecerse a un país que no solo quiere vivir mejor –vieja aspiración secular– sino que va a ser objeto o puede serlo en la posguerra, de la intromisión de poderosas fuerzas económicas del extranjero.

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO
*El Partido Popular**

En 1947 Lombardo Toledano funda el Partido Popular (después Partido Popular Socialista, PPS); no se trata, como él mismo lo explica, de un partido de oposición, sino de una fuerza de cooperación con el gobierno.

Los párrafos siguientes son de un discurso que pronunció en ocasión de la constitución del PP; plantea de manera precisa el programa del nuevo partido y su “división del trabajo” con el partido oficial (Partido Revolucionario Institucional, PRI).

En la misma medida en que nosotros dependamos menos del exterior, la Revolución habrá cumplido su objetivo histórico más importante. Por eso afirmamos que los objetivos de la Revolución competen por igual y por igual interesan a los sectores democráticos y progresistas de México. Elevar el nivel de vida del pueblo interesa lo mismo al proletariado que a los campesinos, que a las gentes de la clase media, que a las gentes de las organizaciones burguesas progresistas. Defender su soberanía y la independencia de la Nación por igual interesa al proletariado, a los campesinos, a la pequeña burguesía de la ciudad, a la gran burguesía progresista del país. Interesa a la Nación misma. Por eso hemos preconizado esta unión de las fuerzas nacionales. Quiere decir, en suma, que si los objetivos de la revolución, los actuales, son de tal magnitud, de tal significación, de tal importancia, hemos de concluir de un modo lógico que todos estos sectores deben participar de todas las maneras posibles en el advenimiento del nuevo régimen que ha de remplazar al régimen de la dictadura porfiriana.

Una de las actividades fundamentales en la vida de un país moderno es la actividad política.

Cuando hablamos de crear un nuevo partido político, no estamos hablando sino de crear un instrumento más para contribuir a lograr los objetivos de la Revolución, y por lo tanto, malamente podríamos hablar de crear un nuevo partido para destruir la poca fuerza revolucionaria que existe. Eso sería ingenuo, eso sería contraproducente y sería suicida para nosotros mismos. Quienes creen que nosotros tratamos de construir el Partido Popular, tratando de destruir al Partido Revolucionario Institucional, al PRI, se equivocan

* Vicente Lombardo Toledano, “Un nuevo partido para la defensa de México y de su pueblo”, versión taquigráfica de un discurso, mayo de 1947, mimeógrafo, vol. V de la colección de textos de VLT publicados por el PPS, pp. 25-26, 27-28.

de un modo rotundo. Los que transformamos al PRM, los que construimos no solo material sino ideológicamente al PRM, y los que contribuimos al nacimiento del PRI, declaramos, yo por lo menos, y creo que muchos participan de mi pensamiento, que el Partido Revolucionario Institucional, debe ser mantenido por diversas razones. [...] Por eso cuando hablamos de un nuevo partido, hablamos, de un modo lógico, en primer lugar de un partido independiente del Poder Público. El Partido Popular, ante todo, ha de ser un partido del sector revolucionario que tenga la libertad necesaria para actuar, realizando en nuestro medio la función que ningún partido oficial podrá cumplir jamás.

Por eso debe trabajar con esta base, sobre este principio de independencia del Estado, de independencia del Gobierno, de independencia del Poder Público. Independencia no quiere decir oposición. Quiere decir respeto mutuo, coordinación, alianza, asociación, trabajo común. Pero respecto del PRI, particularmente, es indispensable diferenciar las labores del Partido Popular y las del Partido Revolucionario Institucional.

Algunos ejemplos aclararán de un modo inequívoco la diferencia en la función, en la tarea de las dos organizaciones. ¿Podrá el PRI, pregunto yo, sin comprometer al Presidente de la República y al Gobierno todo, hacer la labor de autocrítica constructiva que se necesita, denunciando, por ejemplo, la mala labor de un miembro del Gabinete, o los errores del Gobierno en su conjunto, sin provocar con su opinión una crisis grave en el propio Gobierno? ¿No se tomaría la censura del Partido oficial contra un ministro, contra un Secretario de Estado, como la opinión del Presidente de la República, que por razones especiales no ha querido herir a su colaborador, pero que desea desprenderse de él? Si el partido oficial ataca a un miembro del Gabinete; no se diría: ¿por qué mejor el Presidente no le pide su renuncia o le dice en privado que abandone su Gobierno? ¿Cuál sería el efecto de un ataque del Partido oficial a un miembro del Gabinete? Una crisis política. ¿Puede el Partido oficial atacar a un gobernador de un Estado sin que se tome ese ataque como la opinión del Presidente de la República?

Y en materia internacional, pregunto yo: ¿puede el Partido del Gobierno, sin comprometer al Gobierno y a su jefe, el Presidente de la República, opinar en materia internacional como no sea repitiendo lo que el Secretario de Relaciones diga, en cuyo caso es inútil...?

Desde este punto de vista, el partido oficial ha de ser eco del Gobierno, su función crítica no puede existir, y es lógico que no exista. Por eso la función de un partido oficial como el PRI, tiene que ser la función que de hecho realiza, y que es necesaria: la función de coordinación de la acción política de los funcionarios que piensan de manera semejante, mientras la propia evolución histórica de México no permita otra clase de actividades y otra clase de elementos en la acción cívica.

*Los comunistas argentinos y el peronismo**

En 1945, el PC argentino participa en la formación de una coalición llamada Unión Democrática, que incluye fuerzas políticas pronorteamericanas, para oponerse al peronismo, calificado entonces de movimiento fascista.

En un informe de la Conferencia Nacional del partido (diciembre de 1945), presentado por su secretario general, Vittorio Codovilla (informe del cual publicamos aquí algunos extractos), se desarrolla insistentemente este análisis del “nazi-peronismo”, aun a propósito de la gigantesca huelga general del 17-18 de octubre de 1945 (en apoyo a Perón, alejado del Ministerio del Trabajo por militares de derecha). En las elecciones de febrero de 1946, Perón gana con 1.480.000 votos contra 1.210.000 para la Unión Democrática.

El PC argentino rectificará más tarde su análisis del peronismo, pero el “error” de 1945-46 –la confusión entre el populismo nacionalista de una nación dependiente y el fascismo de una metrópolis imperialista– será de gran gravedad para el porvenir político del partido.

Hay que recalcar que no se trata de una equivocación específica del partido comunista argentino, ya que otros partidos prosoviéticos (en Bolivia por ejemplo, el PIR frente al MNR) tuvieron la misma actitud. Una vez más el marco internacional (la política de la URSS) es esencial para la comprensión del problema.

¿Cuáles son las debilidades esenciales de la Unión Democrática?

La primera consiste en que se trata de una unidad INCOMPLETA, por cuanto no participan todavía en ella los sectores PROGRESISTAS del conservadurismo y algunos partidos provinciales, dispuestos a luchar en común por los mismos objetivos. Estas lagunas en el frente de la unidad democrática dejan un margen libre para las maniobras de los elementos más reaccionarios de la oligarquía y del nazi-peronismo, interesados en impedir que el grueso del caudal electoral del conservadurismo se sume a la Unión Democrática, para asegurar el triunfo de la fórmula radical.

Ahora bien, con la autoridad que nos da el hecho de ser partidarios de la unidad sin exclusiones, y de que no escatimaremos esfuerzos para lograr la unión de todas las fuerzas opuestas al peronismo, los comunistas declaramos que, cualquiera sea el curso que siga el movimiento de unidad, todo aquel que diciéndose enemigo del nazi-peronismo negara su voto a la fórmula

* Vittorio Codovilla, *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*, ed. Anteo, Buenos Aires, 1946, pp. 14-15, 18-19, 20.

de la Unión Democrática, cometería, quiéralo o no, una TRAICIÓN A LA DEMOCRACIA, puesto que favorecería al candidato continuista.

Además de ser una unidad incompleta, su debilidad esencial consiste en que se realiza sobre la base de un objetivo restringido, cual es el de hacer triunfar la fórmula presidencial radical, y en que las fuerzas coaligadas de la Unión Democrática no se presentan unidas en todos los terrenos de la lucha. En efecto, hay resistencia a la confección de listas comunes para la elección de gobernadores, senadores y diputados nacionales y provinciales. Esto hace que ese frente unido no sea lo suficientemente sólido y eficaz. No se comprende que la presentación de listas mixtas es ventajosa para asegurar que en el próximo Parlamento ingresen representantes de todos los sectores políticos y sociales democráticos, evitando que, debido a la DISPERSIÓN DE VOTOS, los candidatos naziperonistas consigan una representación que no corresponda a la influencia real que tienen en el pueblo. La consigna debe ser: NINGUNA BANCA PARA LOS PERONISTAS. De ese modo se evitaría la introducción del caballo de Troya fascista en el Parlamento. Por eso creo que los comunistas debemos insistir ante nuestros aliados en el sentido de que MARCHEMOS UNIDOS no solo en la elección PRESIDENCIAL, sino también en la de DIPUTADOS, SENADORES Y GOBERNADORES [...]

El ejemplo típico es el de nuestro país. ¡Fijaos en la demagogia “antiimperialista” del peronismo, y veréis que en el fondo de ella no hay más que un chantaje para venderse al mejor postor. Los peronistas hablan contra el imperialismo en general, pero se especializan en los ataques contra el imperialismo yanqui.

¿Por qué? Porque en nuestro país dominan los *trusts* y monopolios ingleses, que en gran parte apoyan al peronismo. Cada vez que se plantea, o se ha planteado, la necesidad de medidas o sanciones económicas internacionales para obligar a la dictadura militar-fascista a abandonar el poder y a permitir que el pueblo argentino pueda expresar libremente su voluntad a través de las urnas y darse el gobierno que quiere, surgen enseguida los sectores reaccionarios de la política inglesa alegando que no pueden apoyar tales medidas o sanciones, porque eso perjudicaría los intereses de Gran Bretaña y de su comercio importador y exportador con la Argentina. Por otra parte, cada vez que los sectores democráticos del gobierno de los Estados Unidos manifiestan su repudio a la dictadura nazi-peronista, posición que se refleja a través de los discursos de algunos diplomáticos norteamericanos, surgen inmediatamente las voces de “sosegate” de los círculos de la gran industria y de las finanzas americanas, que temen que una actitud enérgica de parte de los Estados Unidos pueda favorecer a los grandes *trusts* y monopolios ingleses que operan en nuestro país.

Y así continúan, desde hace meses y años, estas escaramuzas verbales entre los nazi-peronistas y los gobiernos americano e inglés, sin ningún resultado PRÁCTICO que beneficie al pueblo argentino [...]

Los que hemos vivido como exiliados en países hermanos, hemos podido comprobar, EN EL CALOR, CARIÑO Y ESPÍRITU SOLIDARIO con que fuimos acogidos, la intensa coparticipación de esos pueblos en el drama y en la lucha del pueblo argentino. Me refiero particularmente al pueblo chileno, al mexicano y al uruguayo, y, en muchos casos, también a los gobiernos y autoridades de esos países.

Y es que en todos ellos ha ido penetrando hondamente el concepto de que el pueblo argentino está luchando para apagar un peligroso foco nazi-fascista en América, y de que, por lo mismo, la lucha de nuestro pueblo no es solamente una lucha democrática de carácter nacional, sino también una lucha por la libertad de todos los pueblos de la América Latina. Se puede afirmar hoy que la causa del pueblo argentino, en su lucha por el aplastamiento del nazi-peronismo, SE HA TRANSFORMADO EN LA CAUSA DE TODOS LOS HOMBRES DE AMÉRICA QUE AMAN LA DEMOCRACIA Y LA LIBERTAD.

En toda la extensión de América se ha formado un poderoso movimiento de solidaridad con el pueblo argentino y con los pueblos hermanos y vecinos del nuestro, el paraguayo y el boliviano, que también están sometidos a regímenes de fuerza en gran parte apuntalados por la influencia del nazi-peronismo y también por la política munichista de ciertos monopolios extranjeros, petroleros y mineros.

Deseamos expresar, en nombre del Partido Comunista, nuestro profundo agradecimiento para con los pueblos americanos, en especial para los pueblos y gobiernos de Chile, del Uruguay y México, por sus múltiples y eficaces demostraciones de solidaridad. Entre las acciones solidarias de mayor empuje y efectividad cabe mencionar las de los valientes mineros chilenos, particularmente de los aguerridos trabajadores de las minas carboníferas de Lota, que han demostrado PRÁCTICAMENTE, con su reiterada negativa a mandar combustibles a la dictadura nazi-peronista, cómo SE PUEDE Y SE DEBE combatir a los regímenes dictatoriales fascistas, aislándolos y estrangulándolos económicamente. [...]

La huelga del 18 de octubre, lograda, en parte por la demagogia social e impuesta por la violencia, así lo demuestra. Es un hecho que esa huelga fue ejecutada de acuerdo a un plan preestablecido, y dirigida por un mando único, con el apoyo decidido de la policía. Así es como los peronistas pudieron cortar la energía eléctrica, levantar vías de ferrocarriles, paralizar los transportes, impidiendo la concurrencia al trabajo. No hay que llamarse a engaño:

el naziperonismo sabe accionar AUDAZ Y ENÉRGICAMENTE. Esa “huelga” y los desmanes perpetrados con ese motivo por las bandas armadas peronistas deben ser considerados como el PRIMER ENSAYO serio de los nazi-peronistas para desencadenar la GUERRA CIVIL.

PARTIDO COMUNISTA MEXICANO

*El pacto obrero-patronal**

En abril de 1945, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), bajo el liderazgo de Lombardo Toledano, y la Confederación de Cámaras Industriales, firman un acuerdo de unidad nacional. La Voz de México, órgano del partido comunista, saluda el histórico acontecimiento y presenta su justificación política, social y económica. Se trata de un documento característico del llamado período browderista, por su insistencia en la colaboración no solo con la burguesía nacional sino con el mismo imperialismo norteamericano (en esa época —últimas semanas de la segunda guerra mundial— aun aliado de la URSS).

El sábado 7 de abril de 1945 es una fecha histórica para México, con proyecciones hacia el exterior. En este día ha sido firmado el Pacto de alianza en el que los más altos representantes de los obreros y de los capitalistas mexicanos han expresado su decisión de actuar en conjunto en favor de un programa de aspiraciones comunes: un programa de aspiraciones que abraza toda la Nación.

- I. Pugnar por la plena autonomía económica, por el desarrollo económico del país y por la elevación de las condiciones materiales y culturales del pueblo.
- II. Renovar, reafirmar y consolidar, para la paz, la alianza que se ha venido formando en el curso de la guerra, bajo la política de unidad nacional preconizada por el Presidente Ávila Camacho.
- III. Trabajar por un México moderno, próspero y culto, libre de miseria, insalubridad e ignorancia, mediante la utilización máxima de sus recursos naturales, el aumento de la capacidad productiva, el incremento de la renta nacional, la multiplicación de mercancías y servicios, la ampliación de los transportes y las comunicaciones y las obras públicas, el mejoramiento de las instituciones sanitarias y educativas.
- IV. Desechar la tesis de la autosuficiencia económica y actuar sobre la tesis de la interdependencia económica, la cooperación financiera y técnica con los países del continente para beneficio común y como parte de un programa internacional que considere las necesidades de los demás pueblos de la tierra.

* “Histórico pacto obrero-patronal”. *La Voz de México*, 12 de abril de 1945, pp. 1, 7.

- V. Se realiza la reunión sin menoscabo de los puntos de vista particulares de las clases pactantes y sin mengua de los derechos que concedan las leyes.
- VI. Los pactantes elaborarán un programa económico conjunto para ofrecer al gobierno en favor de la solución de los problemas que implica la guerra y que se presentarán en la paz.

El Pacto es tan correcto, tan impecablemente formulado, tan patriótico que nadie ha sido capaz de presentar un argumento serio –¡uno siquiera!– objetándolo.

Construyendo la unidad nacional de largo alcance

El pacto constituye una gran realización unitaria: tan grande, como fuerte y seco ha sido el golpe que con él han recibido los enemigos de la unidad y de la patria.

El movimiento de la unidad nacional se ha venido desarrollando. De un postulado político, la unidad nacional ha venido más y más cuajando en hechos. Pero pocas expresiones –no es exagerado decir que ninguna– hay tan claras del desarrollo del movimiento de unidad nacional, como el Pacto obrero-industrial suscrito el 7 de abril.

Este Pacto merece el apoyo entusiasta, vibrante, de todos los mexicanos. Ha costado muchos esfuerzos. Representa un anhelo empezado a alcanzar tras de vencer innumerables obstáculos. Destaca en este trabajo arduo y perseverante la figura de Vicente Lombardo Toledano, abanderado incansable de este anhelo.

Desde que el mundo fue lanzado a la brutal guerra de agresión y conquista desencadenada por el hitlerismo: desde que el mundo se levantó en una guerra justa contra los bandidos nazis y sus asociados y lacayos, los patriotas de México levantaron la bandera de la unidad nacional, definida como la unión de todos los mexicanos para la defensa de la patria y por su libertad y su bienestar y progreso; de todos los mexicanos independientemente de su ideología, creencia religiosa o clase social.

En el IX Congreso Nacional del Partido Comunista –mayo de 1944–, Dionisio Encina, secretario general del PCM, presentó en nombre de los comunistas mexicanos el siguiente llamado claro y preciso: “Afirmamos que lo que se halla en la orden del día, es la independencia y el progreso de México. Declaramos que, enmarcados en este cauce, es posible e indispensable que todos los sectores, clases, grupos y fuerzas de la nación, todos los hombres y mujeres de las diversas ideologías o creencias, se unan alrededor de sus objetivos comunes

y firmes defensores de esta Unidad Nacional, lucharemos incansablemente hasta asegurarla”.

Y añadió: “Unidad de la nación mexicana para contribuir más eficazmente a ganar la guerra. Unidad de la nación mexicana en el futuro previsible después de la victoria, para el desarrollo independiente de nuestra patria y su participación en una convivencia universal pacífica, justa, popular, sólida y que abarque un período de varias generaciones”.

Abanderados con una justa política los sectores revolucionarios; con la infatigable e indomable actividad sostenida del líder de la unidad –Lombardo Toledano–, el movimiento unitario siguió su curso. Nuevas dificultades surgieron. Pero la dinámica nacional y la acción de los sectores más conscientes y responsables de la vida de México, han conducido al progreso del movimiento de unidad nacional.

La unidad avanza. El enemigo maniobra

Esta situación fue caracterizada por el reciente Consejo Nacional del Partido Comunista que, refiriéndose a la industrialización y, en relación con ella, a la demanda de que México pueda adquirir maquinaria de los Estados Unidos, afirmó: “Refleja de tal modo esta demanda un sentimiento y un postulado de unidad nacional, que recientemente la Cámara Nacional de la Industria de Transformación la defendió como propia del siguiente modo: igualdad de acceso a los equipos que el país más adelantado del mundo creemos que debe proporcionar a los países retrasados, para hacer posible su desarrollo rápido que a todos interesa”.

Firmado el histórico Pacto, la alarma y la desesperación realizan contorsiones viles para combatirlo; expuestos a ponerse en evidencia si se deciden por el ataque abierto, han preferido en su mayor parte lanzarse por el camino de la intriga y del insulto y de la maniobra repugnante.

Insisten en levantar el “fantasma” del comunismo: pero este fantasma cada día que pasa va quedando más y más reducido a un simple espantapájaros. La política del PCM –expuesta en los párrafos transcritos antes–, está acabando por abrirse paso.

Pretenden levantar suspicacias en torno a los “verdaderos fines” de Lombardo Toledano: pero no pueden destruir el hecho indiscutible para quien sabe cómo han ocurrido las cosas, de que Lombardo Toledano ha actuado como factor decisivo y como el elemento de mayor actividad para hacer posible el Pacto.

Entre toda la campaña hostil a México y al formidable progreso de la Unidad Nacional que significa la firma del Pacto, no podía faltar la perversa

labor de los periódicos *Excélsior*, que hablan, llenos de despecho, con una voz de derrota.

El alacrán "Excélsior"

Los periódicos *Excélsior* se pican con su propia cola y, desconcertados, derraman sobre sí mismos su propio veneno.

Simulando una actitud benévola que a nadie debe engañar, *Excélsior* de la mañana hace la siguiente declaración en relación con el Pacto: "ningún ciudadano amante de su país podría dejarlo de suscribir".

¿A quién resulta que afecta esa declaración? ¿Quién no es un ciudadano amante de su país? En otras palabras: ¿quién es, según *Excélsior*, traidor a la patria? ¿Con quién tropieza el venenoso aguijón de *Excélsior*?

Ese traidor a su patria según *Excélsior*, es el propio hijastro de éste: las *Últimas Noticias* vespertinas. "Ningún ciudadano AMANTE DE SU PAÍS podría dejar de suscribir el Pacto". Y he aquí lo que dice el "ciudadano" *Últimas Noticias*: "famoso pacto que propusieron los líderes que fueron a Londres y que aceptaron, movidos por su patriotismo aunque con error, a nuestro juicio, los capitanes de la industria mexicana".

¿Puede darse una prueba más evidente del juego y del papel que realizan los periódicos *Excélsior*, como órganos de la reacción fascista y de la traición a México?

Esta perniciosa misión no puede ser ocultada ni siquiera mediante un autobombo chistoso, perverso y tonto –las tres cosas al mismo tiempo– que *Excélsior* ha pretendido darse para disimular su rabia. Porque esta casa de la traición –la Casa *Excélsior*– hace cuanto puede para convencer a quienes leen periódicos de que el mayor de los que ella edita fue el primero en anunciar las pláticas que han culminado con la firma del Pacto. Lo que en realidad hizo *Excélsior* fue tergiversar las cosas, tratar de sembrar la alarma afirmando que Lombardo Toledano negociaba la supresión del Derecho de Huelga. Y el Pacto dice lo contrario: "sin mengua de los derechos que las leyes vigentes consagran a nuestro favor". Los periódicos de la casa de la traición pretendían, como se ve, impedir que hubiera Pacto, cumpliendo su misión de enemigos de México, de su unidad, y su progreso.

Una alianza llamada a ser perdurable

Los puntos del Pacto presentados al principio, son bien claros y no hay en ellos lugar a dudas. Nadie engaña a nadie. Nadie defecciona de su clase. Por el contrario, son específicos intereses de clase y, junto con ellos, los intereses

de la nación entera, los que han hecho posible este Pacto. Por su propio interés, la clase obrera y la clase capitalista luchaban por el desarrollo industrial del país y por la elevación del nivel de vida de las masas; por este interés, las condiciones que actualmente viven México y el mundo obligan a la alianza de los obreros con los capitalistas a quienes inspiran los mismos fines, sin renunciar cada cual ni a sus intereses ni a sus fines específicos de clase.

Ahora ha quedado constituida una Comisión mixta de Mesa Redonda, que discutirá los problemas y elaborará, en lo posible, opiniones comunes. A esta Comisión corresponde cumplir una gran tarea, y el pueblo mexicano espera que logre elaborar opiniones sobre el mayor número de los problemas que afectan a México.

Ahora es posible y necesario integrar los comités tripartitos propuestos por el PCM desde el 1 de mayo de 1944, en los siguientes términos: "Hay un medio concreto para contribuir tanto a la solución de los conflictos como al aligeramiento del trabajo en las factorías: el de la constitución de comités tripartitos en cada centro de trabajo, en los que representantes de los trabajadores, la empresa y el gobierno, discutan las diferencias y las resuelvan, y logre el incremento de la producción, aligerando y perfeccionando los sistemas de trabajo". Ahora, estos comités con funciones técnicas pueden ser creados en gran número a lo largo de todo el país.

Todas las condiciones permiten que esta alianza se consolide con la incorporación de los organismos obreros y núcleos capitalistas no incluidos. Ojalá que sea bastante la campaña hostil de *Últimas Noticias* —que ha pretendido sacar provecho de declaraciones de algunos grupos obreros—, para convencer a las centrales no incluidas de que su incorporación es el único camino patriótico que les corresponde seguir.

El Pacto del 7 de abril expresa la comprensión de los elementos firmantes —de gran fuerza representativa—, acerca de que solo la ruta elegida conduce a la libertad y al progreso nacionales.

Este hecho es presagio de que se verá satisfecho un deseo anhelado por todos los mexicanos amantes de su patria: que la alianza sellada se consolide y amplíe hoy, en la guerra, y se amplíe más y se desarrolle con gran potencia en la próxima paz victoriosa y justa.

Bolivia: las tesis de Pulacayo*

En noviembre de 1946, se reúne en la ciudad de Pulacayo un congreso extraordinario de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y aprueba un documento, conocido desde entonces como “Tesis de Pulacayo”. Los militantes del POR (Partido Obrero Revolucionario, fundado en 1934), en particular Guillermo Lora, fueron los principales redactores de este texto, claramente inspirado en la concepción trotskista de la revolución permanente. Es, por lo tanto, una excepción notable en el movimiento obrero latinoamericano de este período, dominado por la estrategia muy moderada de “unión nacional” preconizada por los partidos comunistas.

Las Tesis de Pulacayo se convertirán en un documento de referencia central en el movimiento obrero boliviano que sigue siendo vigente en nuestros días.

I. Fundamentos

1. El proletariado, aun en Bolivia, constituye la clase social revolucionaria por excelencia. Los trabajadores de las minas, el sector más avanzado y combativo del proletariado nacional definen el sentido de la lucha de la FSTMB.
2. Bolivia es un país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista, y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico. De esta evidencia arranca el predominio del proletariado en la política nacional.
3. Bolivia, pese a ser país atrasado, solo es un eslabón de la cadena capitalista mundial. Las particularidades nacionales representan en sí una combinación de los rasgos fundamentales de la economía mundial.
4. La particularidad boliviana consiste en que no se ha presentado en el escenario político una burguesía capaz de liquidar el latifundio y las otras formas económicas precapitalistas; de realizar la unificación nacional y la liberación del yugo imperialista. Tales tareas burguesas no cumplidas son los objetivos democrático-burgueses que inaplazablemente deben realizarse. Los problemas centrales de los países semicoloniales son:

* “Tesis central de la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia: Tesis de Pulacayo”, 1946, en Guillermo Lora (selección y notas), *Documentos políticos de Bolivia*, ed. Los Amigos del Libro, Cochabamba, 1970.

la revolución agraria, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la independencia nacional, es decir, el sacudimiento del yugo imperialista; tareas que están estrechamente ligadas la una a la otra.

5. “Las características distintivas de la economía nacional, por grandes que sean, forman parte integrante, y en proporción cada día mayor de una realidad superior que se llama economía mundial; en este hecho tiene su fundamento el internacionalismo obrero”. El desarrollo capitalista se fisionomiza por una creciente tonificación de las relaciones internacionales, que encuentran su índice de expresión en el volumen del comercio exterior.
6. Los países atrasados se mueven bajo el signo de la presión imperialista, su desarrollo tiene un carácter combinado: reúnen al mismo tiempo las formas económicas más primitivas y la última palabra de la técnica y de la civilización capitalista. El proletariado de los países atrasados está obligado a combinar la lucha por las tareas demoburguesas con la lucha por reivindicaciones socialistas. Ambas etapas –la democrática y la socialista– “no están separadas en la lucha por etapas históricas, sino que surgen inmediatamente la una de la otra”.
7. Los señores feudales han amalgamado sus intereses con los del imperialismo internacional, del que se han convertido en sus sirvientes incondicionales.

De ahí que la clase dominante sea una verdadera feudal-burguesía. Dado el primitivismo técnico sería inconcebible la explotación del latifundio si el imperialismo no fomentara artificialmente su existencia arrojándole migajas. La dominación imperialista no se la puede imaginar aislada de los gobernantes criollos. La concentración del capitalismo se presenta en Bolivia en un alto grado: tres empresas controlan la producción minera, es decir, el eje económico de la vida nacional. La clase gobernante es mezquina en la misma medida en que es incapaz de realizar sus propios objetivos históricos y se encuentra ligada tanto a los intereses feudales como a los imperialistas. El Estado feudal-burgués se justifica como un organismo de violencia para mantener los privilegios del gamonal y del capitalista. El Estado es un poderoso instrumento que posee la clase dominante para aplastar a su adversaria. Solo los traidores y los imbéciles pueden seguir sosteniendo que el Estado tiene la posibilidad de elevarse por encima de las clases y de decidir paternalmente la parte que corresponde a cada una de ellas. La clase media o la pequeña burguesía es la más numerosa y, sin embargo, su peso en la economía nacional es insignificante. Los pequeños comerciantes y propietarios, los técnicos, los burócratas,

los artesanos y los campesinos no han podido hasta ahora desarrollar una política de clase independiente y menos lo podrán en el futuro. El campo sigue a la ciudad y en ésta el caudillo es el proletariado. La pequeña burguesía sigue a los capitalistas en las etapas de “tranquilidad” social y cuando prospera la actividad parlamentaria. Va detrás del proletariado en los momentos de extrema agudización de la lucha de clases (ejemplo: la revolución) y cuando tiene la certeza de que será el único que señale el camino de su emancipación. En los dos extremos la independencia de clase de la pequeña burguesía es un mito. Evidentemente, son enormes las posibilidades revolucionarias de amplias capas de la clase media, basta recordar los objetivos de la revolución demoburguesa, pero también es cierto que no pueden realizar por sí solas tales objetivos.

El proletariado se caracteriza por tener la fuerza suficiente para realizar sus propios objetivos e incluso los ajenos. Su enorme peso específico en la política está determinado por el lugar que ocupa en el proceso de la producción y no por su escaso número. El eje económico de la vida nacional será también el eje político de la futura revolución. El movimiento minero boliviano es uno de los más avanzados de América Latina. El reformismo argumenta que no puede darse en el país un movimiento social más adelantado que el de los países técnicamente más evolucionados. Tal concepción mecanicista de la relación entre la perfección de las máquinas y la conciencia política de las masas ha sido desmentida innumerables veces por la historia. El proletariado boliviano por su extrema juventud e incomparable vigor, por haber permanecido casi virgen en el aspecto político, por no tener tradiciones de parlamentarismo y colaboracionismo clasista y, en fin, por actuar en un país en el que la lucha de clases adquiere extrema beligerancia, decimos que por todo eso el proletariado boliviano ha podido convertirse en uno de los más radicales. Respondemos a los reformistas y a los vendidos a la “rosca” que un proletariado de tal calidad exige reivindicaciones revolucionarias y una temeraria audacia en la lucha.

II. Tipo de revolución que debe realizarse

1. Los trabajadores del subsuelo no insinuamos que debe pasarse por alto la etapa demoburguesa: lucha por elementales garantías democráticas y por la revolución agraria-antiimperialista. Tampoco negamos la existencia de la pequeña burguesía, sobre todo de los campesinos y de los artesanos. Señalamos que la revolución demoburguesa, si no se la quiere estrangular, debe convertirse solo en una fase de la revolución proletaria.

2. Mienten aquellos que nos señalan como propugnadores de una inmediata revolución socialista en Bolivia. Bien sabemos que para ello no existen condiciones objetivas. Dejamos claramente sentado que la revolución será democrático-burguesa por sus objetivos y solo un episodio de la revolución proletaria por la clase social que la acaudillará. La revolución proletaria en Bolivia no quiere decir excluir a las otras capas explotadas de la nación, sino alianza revolucionaria del proletariado con los campesinos, artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía ciudadana.
3. La dictadura del proletariado es la proyección estatal de dicha alianza. La consigna de revolución y dictadura proletarias pone en claro el hecho de que será la clase trabajadora el núcleo director de dicha transformación y de dicho Estado. Lo contrario, sostener que la revolución democrático-burguesa, por ser tal, será realizada por sectores “progresistas” de la burguesía y que el futuro Estado encarnará en un gobierno de unidad y concordia nacionales, pone de manifiesto la intención firme de estrangular el movimiento revolucionario en el marco de la democracia burguesa. Los trabajadores, una vez en el poder, no podrán detenerse indefinidamente en los límites demoburgueses y se verán obligados, cada día en mayor medida, a dar cortes siempre más profundos en el régimen de la propiedad privada; de este modo la revolución adquirirá carácter permanente.

Los trabajadores mineros denunciamos ante los explotados a quienes pretenden sustituir la revolución proletaria con asonadas palaciegas fomentadas por los diversos sectores de la feudal-burguesía.

III. Lucha contra el colaboracionismo clasista

1. La lucha de clases es, en último término, la lucha por la apropiación de la plusvalía. Los proletarios que venden su fuerza de trabajo luchan por hacerlo en mejores condiciones y los dueños de los medios de producción (capitalistas) luchan por seguir usurpando el producto del trabajo no pagado, persiguen objetivos contrarios, resultando estos intereses irreconciliables. No podemos cerrar los ojos ante la evidencia de que la lucha contra los patronos es una lucha a muerte, porque en esa lucha se juega el destino de la propiedad privada. No reconocemos, contrariamente a nuestros enemigos, tregua en la lucha de clases. La presente etapa histórica, que es una etapa de vergüenza para la humanidad, solo podrá ser superada cuando desaparezcan las clases sociales,

cuando ya no existan explotados ni explotadores. Sofisma estúpido de los colaboracionistas que sostienen que no debe irse a destruir a los ricos, sino convertir a los pobres en ricos. Nuestro objetivo es la expropiación de los expropiadores.

2. Todo intento de colaboración con nuestros verdugos, todo intento de concesión al enemigo en nuestra lucha, no es nada menos que una entrega de los trabajadores a la burguesía. La colaboración de clases quiere decir renunciamento a nuestros objetivos. Toda conquista obrera, aun la más pequeña, ha sido conseguida después de cruenta lucha contra el sistema capitalista. No podemos pensar en un entendimiento con los sojuzgadores porque el programa de reivindicaciones transitorias lo subordinamos a la revolución proletaria. No somos reformistas, aunque entregamos a los trabajadores la plataforma más avanzada de reivindicaciones; somos, sobre todo, revolucionarios porque nos dirigimos a transformar la estructura misma de la sociedad.
3. Rechazamos la ilusión pequeñoburguesa de solucionar el problema obrero dejándolo en manos del Estado o de otras instituciones que tienen la esperanza de pasar por organismos equidistantes de las clases sociales en lucha. Tal solución, enseña la historia del movimiento nacional e internacional, ha significado siempre una solución de acuerdo con los intereses del capitalismo y a costa del hambre y de la opresión del proletariado. El arbitraje y la reglamentación legal de los medios de lucha de los trabajadores es, en la generalidad de los casos, el comienzo de la derrota. En lo posible, trabajamos por destruir el arbitraje obligatorio. ¡Que los conflictos sean resueltos bajo la dirección de los trabajadores y por ellos mismos!
4. La realización de nuestro programa de reivindicaciones transitorias, que debe llevarnos a la revolución proletaria, está subordinada siempre a la lucha de clases. Estamos orgullosos de ser los más intransigentes cuando se habla de compromisos con los patronos. Por esto es una tarea central luchar y destruir a los reformistas que pregonan la colaboración clasista, a los que aconsejan apretarse los cinturones en aras de la llamada salvación nacional. Cuando existe hambre y opresión de los obreros no puede haber grandeza nacional: eso se llama miseria y decrepitud nacionales. Nosotros aboliremos la explotación capitalista.

¡Guerra a muerte contra el capitalismo! ¡Guerra a muerte contra el colaboracionismo reformista! ¡Por el sendero de la lucha de clases hacia la destrucción de la sociedad capitalista!

IV. Lucha contra el imperialismo

1. Para los trabajadores mineros lucha de clases quiere decir, sobre todo, lucha contra los grandes mineros, es decir, contra un sector del imperialismo yanqui que nos oprime. La liberación de los explotados está subordinada a la lucha contra el imperialismo. Porque luchamos contra el capitalismo internacional representamos los intereses de toda la sociedad y tenemos objetivos comunes con los explotados de todo el mundo. La destrucción del imperialismo es cuestión previa a la tecnificación de la agricultura y a la creación de la pequeña y pesada industrias. Ocupamos la misma posición que el proletariado internacional porque estamos empeñados en destruir una fuerza internacional: el imperialismo.
2. Denunciamos como a enemigos declarados del proletariado a los "izquierdistas" alquilados al imperialismo yanqui, que nos hablan de la grandeza de la "democracia" del Norte y de su prepotencia mundial. No se puede hablar de democracia cuando son sesenta familias las que dominan los Estados Unidos y cuando esas sesenta familias chupan la sangre de los países semicoloniales como el nuestro. A la prepotencia yanqui corresponde una descomunal acumulación y agudización de los antagonismos y contradicciones del sistema capitalista. Estados Unidos es un polvorín que espera el contacto de una sola chispa para explotar. Nos declaramos solidarios con el proletariado norteamericano y enemigos irreconciliables de su burguesía que vive de la rapiña y la opresión mundiales.
3. La política imperialista, que define la política boliviana, está determinada por la etapa monopolista del capitalismo. Por esto la política imperialista no puede menos que ser de opresión y rapiña, de incesante transformación del Estado en un débil instrumento en manos de los explotadores. Las posturas de "buena vecindad, panamericanismo", etcétera, no son sino disfraces que utilizan el imperialismo yanqui y la feudal burguesía criolla para engañar a los pueblos de Latinoamérica. El sistema de la consulta diplomática recíproca; la creación de instituciones bancarias internacionales con dinero de los países oprimidos, la concesión de bases militares estratégicas a los yanquis, los contratos leoninos sobre venta de materias primas, etcétera, son diversas formas de la descarada entrega de los países sudamericanos por sus gobernantes. Luchar contra este entreguismo y denunciar toda vez que el imperialismo muestre su garra, es un deber elemental del proletariado. Los yanquis no se conforman con señalar el destino de las composiciones ministeriales,

van más lejos: han tomado para sí la tarea de orientar la actividad policial de los países semicoloniales, no otra cosa significa la anunciada lucha contra los revolucionarios antiimperialistas.

Trabajadores de Bolivia: ¡fortificad vuestros cuadros para luchar contra el rapaz imperialismo yanqui!

V. Lucha contra el fascismo

1. Nuestra lucha contra el imperialismo tiene que ser paralela a nuestra lucha contra la feudal burguesía entreguista. El antifascismo se convierte, en la práctica, en un aspecto de tal lucha: la defensa y consecución de garantías democráticas y la destrucción de las bandas armadas y mantenidas por la burguesía.
2. El fascismo es producto del capitalismo internacional. El fascismo es la última etapa de la descomposición del imperialismo, pero, con todo, no deja de ser una fase imperialista. Cuando se organiza la violencia desde el Estado para defender los privilegios capitalistas y destruir el movimiento obrero, nos encontramos en un régimen de corte fascista. La democracia burguesa es un lujo demasiado caro, que solo países que han acumulado grasa a costa del hambre mundial pueden darse. En países pobres, como el nuestro, los obreros están condenados, en un determinado momento, a enfrentarse con la boca de los fusiles. Poco importa el partido político que tenga que recurrir a medidas fascistizantes para servir mejor los intereses imperialistas. Si se persiste en mantener la opresión capitalista, el destino de los gobernantes está ya escrito: empleo de la violencia contra los obreros.
3. La lucha contra grupúsculos fascistizantes está subordinada a la lucha contra el imperialismo y la feudal burguesía. Los que, pretextando luchar contra el fascismo, se entregan al imperialismo “democrático” y a la feudal burguesía “democrática”, no hacen otra cosa que preparar el camino para el advenimiento inevitable de un régimen fascistizante.

Para destruir definitivamente el peligro fascista tenemos que destruir el capitalismo como sistema.

Para luchar contra el fascismo, lejos de atenuar artificialmente las contradicciones clasistas, tenemos que avivar la lucha de clase.

Obreros y explotados en general: ¡destruyamos al capitalismo para destruir definitivamente el peligro fascista y los grupúsculos fascistizantes! Solo con los métodos de la revolución proletaria, y en el marco de la lucha de clases podremos derrotar al fascismo.

VI. La FSTMB y la situación actual

1. La situación revolucionaria del 21 de julio, creada por la irrupción a la calle de los explotados privados de pan y libertad y la acción defensiva y beligerante de los mineros, impuesta por la necesidad de defender las conquistas sociales logradas y conseguir otras más avanzadas, ha permitido a los representantes de la gran minería montar su máquina estatal, gracias a la traición de los reformistas que pactaron con la feudal burguesía. La sangre del pueblo sirvió para que sus verdugos consolidaran su posición en el poder. El hecho de que la Junta de Gobierno sea una institución provisional no modifica en nada la situación creada. Los trabajadores mineros hacen bien en colocarse a la expectativa frente a los gobernantes y exigirles obliguen a las empresas a cumplir las leyes que rigen al país. No podemos ni debemos solidarizarnos con ningún gobierno que no sea el nuestro propio, es decir, obrero. No podemos dar ese paso porque sabemos que el Estado representa los intereses de la clase social dominante.
2. Los ministros “obreros” no cambian la estructura de los gobiernos burgueses. Mientras el Estado defiende a la sociedad capitalista, los ministros “obreros” se convierten en vulgares proxenetas de la burguesía. El obrero que tiene la debilidad de cambiar su puesto de lucha en las filas revolucionarias por una cartera ministerial burguesa pasa a las filas de la traición. La burguesía idea a los ministros “obreros” para poder engañar mejor a los trabajadores, para conseguir que los explotados abandonen sus propios métodos de lucha y se entreguen en cuerpo y alma a la tutela del ministro “obrero”. *La FSTMB nunca irá a formar parte de los gobiernos burgueses, pues eso significaría la más franca traición a los explotados y olvidar que nuestra línea es la línea revolucionaria de la lucha de clases.*
3. Las próximas elecciones darán como resultado un gobierno al servicio de los grandes mineros, por algo será el producto de elecciones que nada tienen de democráticas. La mayoría de la población, los indígenas y un enorme porcentaje del proletariado, por los obstáculos que pone la Ley Electoral y por ser analfabetos, está imposibilitada de concurrir a las urnas electorales. Sectores de la pequeña burguesía, corrompidos por obra de la clase dominante, determinan el resultado de las elecciones. No nos hacemos ninguna ilusión con la lucha electoral. Los obreros no llegaremos al poder por obra de la papeleta electoral, llegaremos por obra de la revolución social. Por esto, podemos afirmar que nuestra conducta

frente al futuro gobierno será la misma que frente a la actual Junta de Gobierno. Si se cumplen las leyes, enhorabuena; para eso están puestos los gobernantes. Si no se llegan a cumplir enfrentarán nuestra enérgica protesta.

VII. *Reivindicaciones transitorias*

Cada sindicato, cada región minera, tienen sus problemas peculiares y los sindicalistas deben ajustar su lucha diaria a esas peculiaridades. Pero existen problemas que, por sí solos, sacuden y unifican a los cuadros obreros de toda la nación y son la miseria creciente y el boicot patronal que se hacen cada día más amenazantes. Contra esos peligros, la FSTMB propugna medidas radicales.

1. *Salario básico vital y escala móvil de salarios.* La supresión del sistema de pulpería barata y la excesiva desproporción existente entre el estándar de vida y el salario real, exigen la fijación de un salario básico vital.

El estudio científico de las necesidades de la familia obrera debe servir de base para la fijación del salario básico vital, es decir, del salario que permita a esa familia llevar una existencia que pueda llamarse humana. Como sostuvo el III Congreso, ese salario debe ser complementado con el sistema de la escala móvil. Evitemos que la curva del alza de precios no pueda nunca ser alcanzada por los reajustes periódicos de salarios. Pongamos fin a la eterna maniobra de anular los reajustes de salarios mediante la depreciación de signo monetario y por la elevación casi siempre artificial de los precios de los medios de subsistencia. Los sindicatos deben encargarse de controlar el costo de vida y exigir a las empresas el aumento automático de salarios de acuerdo a dicho costo. El salario básico, lejos de ser estático, debe seguir al aumento de los precios de los artículos de primera necesidad.

2. *Semana de 40 horas de trabajo y escala móvil de trabajo.* La tecnificación de las minas acelera el ritmo de trabajo del obrero. La propia naturaleza del trabajo en el subsuelo convierte la jornada de 8 horas en excesiva y que aniquila en forma inhumana la vitalidad del trabajador. La lucha misma por un mundo mejor exige que en alguna medida se libere al hombre de la esclavización a la mina. Por esto la FSTMB luchará por la consecución de la semana de trabajo de 40 horas, jornada que debe ser complementada con la implantación de la escala móvil de horas de trabajo.

La única manera de luchar eficazmente contra el peligro permanente de boicot patronal está en conseguir la implantación de la escala móvil

de horas de trabajo, la que hará disminuir la jornada de trabajo en la misma proporción en que aumenta el número de desocupados. Tal disminución no debe significar una disminución del salario, puesto que éste es considerado vital necesario.

Solo estas medidas nos permitirán evitar que los cuadros obreros sean destrozados por la miseria y que el boicot patronal cree artificialmente un ejército de desocupados.

Nota. El I Congreso Extraordinario, complementando este punto, acordó conseguir la implantación de la semana de 36 horas para mujeres y niños.

3. *Ocupación de minas.* Los capitalistas pretenden contener el ascendente movimiento obrero con el argumento de que están obligados en caso de tener pérdidas. Se pretende poner un dogal a los sindicatos presentándoles el espectro de la cesantía. Además, la paralización temporal de las explotaciones, lo demuestra la experiencia, solo ha servido para burlar los verdaderos alcances de las leyes sociales y para recontractar a los obreros, bajo la presión del hambre, en condiciones verdaderamente vergonzosas.

Las empresas tienen el sistema de doble contabilidad. Una para exhibirla ante los obreros y pagar impuestos al Estado y otra para establecer el monto de los dividendos. No podemos ceder en nuestras aspiraciones ante los guarismos de los libros de contabilidad.

Los obreros que han sacrificado sus vidas en aras de la propiedad de las empresas tienen derecho de exigir que no se les niegue el derecho al trabajo, aun en épocas que no sean bonancibles para los capitalistas.

El derecho al trabajo no es una reivindicación dirigida a tal o cual capitalista en particular sino al sistema en su conjunto, por esto no puede interesarnos el lamento de algunos pequeños empresarios quebrados.

Si los patronos se encuentran incapacitados de otorgar a sus esclavos un pedazo más de pan; si el capitalismo para subsistir se ve obligado a atacar el salario y las conquistas alcanzadas; si los capitalistas responden a todo intento de reivindicaciones con la amenaza del cierre de sus instalaciones, no queda a los trabajadores más recurso que ocupar las minas y tomar por su cuenta el manejo de la producción.

La ocupación de las minas por sí misma sobrepasa el marco del capitalismo, puesto que plantea la cuestión de saber quién es el verdadero dueño de las minas: los capitalistas o los trabajadores. La ocupación no se debe confundir con la socialización de las minas, se trata solamente de evitar que el boicot patronal prospere, que los trabajadores sean condenados a morirse de hambre.

Las huelgas con ocupación de minas se convierten en uno de los objetivos centrales de la FSTMB.

Por tales proyecciones, es evidente que la ocupación de las minas adquiere categoría de medida ilegal. No podía ser de otro modo.

Un paso que desde todo punto de vista supera los límites del capitalismo no puede encontrar una legislación preestablecida. Sabemos que al ocupar las minas rompemos el derecho burgués y nos encaminamos a crear una nueva situación, que después los legisladores al servicio de los explotadores se encargarán de introducirla en los códigos e intentarán estrangularla mediante reglamentaciones.

El Decreto Supremo de la Junta de Gobierno prohibiendo la incautación de las minas por los obreros no afecta nuestra posición. Sabíamos que no es posible contar, en tales casos, con la colaboración gubernamental y teniendo la evidencia de no obrar bajo el amparo de las leyes, no nos quedaba más recurso que ocupar las minas sin derecho a indemnización alguna en favor de los capitalistas.

La ocupación de las minas debe hacer surgir los Comités de Minas, que se formarán con la concurrencia de todos los trabajadores, incluso de los no sindicalizados. Los Comités de Minas deberán decidir los destinos de la mina y de los obreros que intervienen en la producción.

Trabajadores mineros: ¡para rechazar el boicot patronal *ocupad las minas!*

4. *Contrato colectivo.* En nuestra legislación el patrón puede escoger libremente entre los contratos individual y colectivo. Hasta la fecha y porque a las empresas así les interesa, no ha sido posible llevar a la práctica el contrato colectivo. Tenemos que luchar porque se establezca una sola forma de contrato de trabajo: el colectivo.

No se puede permitir que la prepotencia del capitalista arrolle al trabajador individual, incapaz de dar libremente su consentimiento, porque no puede haber libre consentimiento allí donde la miseria del hogar obliga a aceptar el más ignominioso contrato de trabajo.

A los capitalistas organizados que obran de común acuerdo para extorcionar al obrero mediante el contrato individual, opongamos el contrato colectivo de los trabajadores organizados en sindicatos.

a] El contrato colectivo de trabajo debe ser, sobre todo, revocable en cualquier tiempo por la sola voluntad de los sindicatos; b] de adhesión, es decir, obligatorio aun para los no sindicalizados, el obrero que vaya a contratarse encontrará ya preestablecidas las condiciones pertinentes; c] no debe excluir las condiciones más favorables que se hubiesen conseguido mediante

contratos individuales; d] su ejecución y el contrato mismo deben estar controlados por los sindicatos. El contrato colectivo debe tomar como punto de partida nuestra plataforma de reivindicaciones transitorias.

¡Contra la extorsión del capitalismo: *contrato colectivo de trabajo!*

5. *Independencia sindical.* La realización de nuestras aspiraciones será posible si somos capaces de liberarnos de la influencia de todos los sectores de la burguesía y de sus agentes de “izquierda”. La sífilis del movimiento obrero la constituye el sindicalismo dirigido. Los sindicatos cuando se convierten en apéndices gubernamentales pierden su libertad de acción y arrastran a las masas por el camino de la derrota.

Denunciamos a la CSTB como una agencia gubernamental en el campo obrero. No podemos confiar en organizaciones que tienen su secretaría permanente en el Ministerio de Trabajo y envían a sus miembros a realizar propaganda gubernamental.

La FSTMB tiene absoluta independencia con relación a los sectores burgueses, al reformismo de izquierda y al gobierno. Realiza una política sindical revolucionaria y denuncia como traición toda componenda con la burguesía o con el gobierno.

¡Guerra a muerte contra el sindicalismo dirigido!

6. *Control obrero en las minas.* La FSTMB apoya toda medida que tomen los sindicatos en sentido de realizar un efectivo control de los obreros en todos los aspectos del funcionamiento de las minas. Tenemos que romper los secretos patronales de explotación, de contabilidad, de técnica, de transformación de minerales, etcétera, para establecer la directa intervención de los trabajadores como tales en dichos “secretos”. Ya que nuestro objetivo es la ocupación de las minas, tenemos que interesarnos en sacar a la luz del día los secretos patronales.

Los obreros deben controlar la dirección técnica de la explotación, los libros de contabilidad, intervenir en la designación de empleados de categoría y, sobre todo, deben interesarse en publicar los beneficios que reciben los grandes mineros y los fraudes que realizan cuando se trata de pagar impuestos al Estado y de contribuir a la Caja de Seguro y Ahorro Obrero.

A los reformistas que hablan de los sagrados derechos del patrón oponemos la consigna de *control obrero en las minas*.

7. *Armamento para los trabajadores.* Hemos dicho que mientras exista el capitalismo, la represión violenta del movimiento obrero es un peligro latente. Si queremos evitar que la masacre de Catavi se repita tenemos

que armar a los trabajadores. Para rechazar a las bandas fascistas y a los rompehuelgas, forjemos piquetes obreros debidamente armados. ¿De dónde sacar armas? Lo fundamental es enseñar a los trabajadores de base que deben armarse contra la burguesía armada hasta los dientes; los medios ya se encontrarán. ¿Hemos olvidado acaso que diariamente trabajamos con poderosos explosivos?

Toda huelga es el comienzo potencial de la guerra civil y a ella debemos ir debidamente armados. Nuestro objetivo es vencer y para ello no debemos olvidar que la burguesía cuenta con ejércitos, policías y bandas fascistas. Nos corresponde, pues, organizar las primeras células del ejército proletario. Todos los sindicatos están obligados a formar piquetes armados con los elementos jóvenes y más combativos.

Los piquetes sindicales deben organizarse militarmente y a la brevedad posible.

Contra futuras masacres: *¡cuadros obreros armados!*

8. *Bolsa pro-huelga.* Las empresas tienen un arma de control en las pulperías y en los miserables salarios que obligan a los obreros a no tener más recursos que la remuneración diaria. La huelga tiene su peor enemigo en el hambre que sufren los huelguistas. Para que la huelga llegue a feliz término se tiene que eliminar la adversa presión de la familia. Los sindicatos están obligados a destinar una parte de sus ingresos a engrosar las bolsas pro-huelgas para poder, llegado el caso, otorgar a los obreros el socorro necesario.

¡Destruyamos el control patronal de las huelgas mediante el hambre, organizando de inmediato bolsas pro-huelga!

9. *Reglamentación de la supresión de la pulpería barata.* Ya dijimos que el sistema de pulpería barata permitía a los patronos un enriquecimiento indebido a costa del salario del trabajador. La simple supresión de las pulperías baratas no hace más que agravar la situación de los trabajadores y se convierte en una medida contraria a sus intereses.

Para que la supresión de pulperías baratas cumpla su función debe exigirse que el reglamento respectivo complementa dicha medida con la escala móvil de salarios y el establecimiento del salario básico vital.

10. *Supresión del trabajo a "contrata".* Las empresas, para burlar la jornada máxima legal y explotar en mayor medida al trabajador, han ideado las diversas modalidades de trabajo que se llaman "contratos". Estamos obligados a romper esta nueva maniobra capitalista que se utiliza

con fines de rapiña. Que se establezca como único sistema el salario por jornada diaria.

VIII. Acción directa de masas y lucha parlamentaria

Reivindicamos el lugar de preeminencia que corresponde entre los métodos de lucha proletaria a la acción directa de masas. Sabemos sobradamente que nuestra liberación será obra de nosotros mismos y que para conseguir dicha finalidad no podemos esperar colaboración de fuerzas ajenas a las nuestras. Por esto, en esta etapa de ascenso del movimiento obrero nuestro método preferido de lucha constituye la acción directa de masas y dentro de ésta la huelga y la ocupación de minas. En lo posible evitemos las huelgas por motivos insignificantes a fin de no debilitar nuestras fuerzas. Superemos la etapa de las huelgas locales. Las huelgas aisladas permiten a la burguesía concentrar su atención y sus fuerzas en un solo punto. Toda huelga debe nacer con la intención de convertirse en general. Algo más, una huelga de mineros debe extenderse a otros sectores proletarios y a la clase media. Las huelgas con ocupación de minas están en la orden del día. Los huelguistas desde el primer momento deben controlar los puntos claves de la mina y sobre todo los depósitos de explosivos.

Declaramos que al colocar en primer plano la acción directa de masas no necesitamos la importación de otros métodos de lucha.

Los revolucionarios deben encontrarse en todas partes donde la vida social coloque a las clases en situación de lucha.

La lucha parlamentaria es importante, pero en las etapas de ascenso del movimiento revolucionario adquiere un carácter secundario. El parlamentarismo para jugar un papel trascendental debe subordinarse a la acción directa de masas. En los momentos de reflujo, cuando las masas abandonan la lucha y la burguesía se apropia de los puestos que aquéllas han dejado, puede el parlamentarismo colocarse en un primer plano. De un modo general, el parlamento burgués no resuelve el problema fundamental de nuestra época: el destino de la propiedad privada. Tal destino será señalado por los trabajadores en las calles. Si bien no negamos la lucha parlamentaria, la sometemos a determinadas condiciones. Debemos llevar al parlamento a elementos revolucionarios probados que se identifiquen con nuestra conducta sindical. El parlamento debe ser convertido en tribuna revolucionaria. Sabemos que nuestros representantes serán una minoría pero también que se encargarán de desenmascarar, desde el seno mismo de las cámaras, las maniobras de la burguesía. Y sobre todo, la lucha parlamentaria debe estar directamente ligada a la acción directa de masas. Diputados obreros y trabajadores mineros deben actuar bajo una sola dirección: los principios de la presente tesis central.

En la próxima lucha electoral nuestra tarea consiste en llevar un bloque obrero, lo más fuerte posible, al parlamento. Recalcamos que siendo anti-parlamentaristas no podemos dejar libre este campo a nuestros enemigos de clase. Nuestra voz también se escuchará en el recinto parlamentario.

¡Ante las maniobras electorales de los traidores de izquierda opongamos la formación del *Bloque Parlamentario Minero!*

IX. A la consigna burguesa de Unidad Nacional opongamos

(ferroviarios, fabriles, gráficos, choferes, etcétera) serán muy bien recibidos en el frente único proletario. En los últimos días la CSTB agita la consigna de frente de izquierdas. Hasta ahora no se sabe con qué fines se pretende formar tal frente. Si solo se trata de una maniobra preelectoral y se quiere imponer una dirección pequeñoburguesa –pequeñoburguesa es la CSTB– declaramos que nada tenemos que ver con tal frente de izquierda. Pero, si se permitiese que se imponga el pensamiento proletario y si sus objetivos fueran los que contempla esta tesis, iríamos con todas nuestras fuerzas a dicho frente, que, en último caso, no sería más que un frente proletario con pequeñas variaciones y diferente denominación.

¡Contra la “rosca” coaligada en un solo frente, contra los frentes que a diario viene ideando el reformismo pequeñoburgués: *forjemos el frente único proletario!*

X. Central obrera

La lucha del proletariado precisa un comando único. Necesitamos forjar una poderosa *Central Obrera*. La historia vergonzosa de la CSTB enseña la forma en que debemos proceder para lograr nuestro intento. Cuando las federaciones se convirtieron en instrumentos dóciles al servicio de los partidos políticos de la pequeña burguesía, cuando pactaron con la burguesía, dejaron de ser representantes de los explotados. Es nuestra misión evitar las maniobras de los burócratas sindicales y de las capas artesanales corrompidas por la burguesía. Sobre una base verdaderamente democrática debe organizarse la Central de los trabajadores bolivianos. Estamos cansados de los pequeños fraudes para conseguir mayorías. No vamos a permitir que una organización de un centenar de artesanos pueda pesar en la balanza plebiscitaria igual que la FSTMB que cuenta con cerca de 70.000 obreros. El pensamiento de las organizaciones mayoritarias no debe ser anulado con el voto de organismos casi inexistentes. El porcentaje de influencia de las diferentes federaciones debe estar determinado por el número de afiliados. *Debe ser el pensamiento proletario y no el pequeñoburgués el que prime en la Central Obrera*. Además, es nuestra tarea entregar a ella un programa verdaderamente revolucionario que debe inspirarse en lo que en este documento exponemos.

XI. Pactos y compromisos

Con la burguesía no tenemos que realizar ningún bloque ni ningún compromiso.

Con la pequeña burguesía como clase y no con sus partidos políticos podemos forjar bloques y firmar compromisos. El frente de izquierda,

la Central Obrera, son ejemplos de tales bloques, pero teniendo cuidado de luchar porque el proletariado sea el director del bloque. Si se pretende que vayamos a remolque de la pequeña burguesía, debemos rechazar y romper los bloques.

Muchos pactos y compromisos con diferentes sectores pueden no ser cumplidos, pero aun así son un poderoso instrumento en nuestras manos. Esos compromisos, si se los contrae con espíritu revolucionario, nos permiten desenmascarar las traiciones de los caudillos de la pequeña burguesía, nos permiten arrastrar a la base a nuestras posiciones. El pacto obrero-universitario de julio es un ejemplo de cómo un pacto no cumplido puede convertirse en arma destructora de nuestros enemigos. Cuando algunos universitarios descalificados ultrajaron a nuestra organización en Oruro, los trabajadores y sectores revolucionarios de la Universidad atacaron a los autores del atentado y orientaron a los estudiantes. En todo pacto debe colocarse como punto de partida las declaraciones contenidas en el presente documento.

El cumplimiento de un pacto depende de que los mineros iniciemos el ataque a la burguesía, no podemos esperar que tal paso lo den los sectores pequeñoburgueses. El caudillo de la revolución será el proletariado.

La colaboración revolucionaria de mineros y campesinos es una tarea central de la FSTMB, tal colaboración es la clave de la revolución futura. Los obreros deben organizar sindicatos campesinos y trabajar en forma conjunta con las comunidades. Para esto, es necesario que los mineros apoyen la lucha de los campesinos contra el latifundio y secunden su actividad revolucionaria.

Con los otros sectores proletariados estamos obligados a unificarnos, a tal unificación debemos llevar también a los sectores explotados del taller artesanal: oficiales y aprendices.

Nota. El Primer Congreso Extraordinario ha ratificado el pacto obrero-universitario suscrito en Oruro el 29 de julio de 1946 (el programa aprobado se basaba en lo acordado en el III Congreso Minero de Catavi).

Pulacayo, 8 de noviembre de 1946

3.4. La Guerra Fría

PARTIDO COMUNISTA MEXICANO

*Por un Frente Nacional Democrático y Antiimperialista**

En 1946 el PCM había llamado a apoyar la candidatura de Miguel Alemán (del partido oficial, PRM) a la presidencia de la República. Hasta 1948 siguió apoyándolo, pero con el principio de la guerra fría y la campaña anticomunista del gobierno, el PCM pasa a la oposición. Este documento de 1951 critica duramente al régimen alemanista, en nombre de una alternativa democrático-nacional; la radicalización de la política del partido resultante de la guerra fría no ha cambiado su análisis de fondo sobre el carácter y las tareas de la revolución en México.

Mexicanos:

Nuestro pueblo se enfrenta ya al problema decisivo de la sucesión presidencial.

Pese a los propósitos y a las maniobras que se incuban en los más altos círculos gobernantes del país y de las fuerzas antinacionales entregadas a servir los designios del imperialismo yanqui y la reacción, a un año escaso del día en que debe decidirse la elección del próximo Presidente de la República y la integración de las Cámaras de Diputados y Senadores, se manifiesta y crece la inquebrantable decisión del pueblo mexicano de resolver la sucesión presidencial conforme a los intereses nacionales, de acuerdo con su voluntad soberana y en función de las aspiraciones de las más amplias masas populares.

Al emprender la lucha por la sucesión presidencial, sobre el pueblo mexicano pesan grandes problemas que le agobian y México vive una de las situaciones más graves y cruciales de toda su historia.

De la salida de esta situación, depende si México ha de vivir como una nación independiente y democrática o si ha de convertirse en un país completamente sometido y colonizado por el imperialismo yanqui y sumido en el atraso,

* “Un Frente Nacional Democrático y Antiimperialista”; Comisión Política del Comité Central del PCM, julio de 1951.

la miseria, la explotación y la dictadura reaccionaria para imponer la voluntad de los círculos monopolistas de los Estados Unidos y su política de guerra y fascismo.

La política de un régimen antipopular y reaccionario

Sobre nuestro pueblo y su juventud se cierne la amenaza de ser convertidos en carne de cañón para ir a morir a lejanos frentes de batalla en una guerra injusta y de rapiña, y de que México sea arrastrado a la guerra de agresión que preparan los imperialistas norteamericanos por el dominio del mundo y la esclavización de todos los pueblos.

Nunca como ahora había sido tan vergonzosa y acentuada la dependencia de nuestro país con respecto a los Estados Unidos y tanta la intervención y penetración colonizadora del imperialismo yanqui en México.

La desenfadada carestía de la vida hincó sus garras en la inmensa mayoría de la población, y ante la pasividad cómplice del Gobierno actual, los salarios de los trabajadores sufren golpe tras golpe y sus familias son condenadas al hambre. Mientras, ante el aumento pavoroso de la miseria del pueblo, los círculos gobernantes y las clases dominantes hacen ostentación de una pretendida y falsa era de “prosperidad y auge nacional”, cuya única muestra es la insultante exhibición del lujo, del derroche y de la riqueza mal habida de una minoría explotadora. La inflación monetaria, la escasez y los altos precios, en el extremo de una política gubernamental que condena a las masas al hambre y a la miseria, pretenden ser combatidos con la congelación y el estancamiento de los salarios de los trabajadores y la represión de sus luchas reivindicativas.

La clase obrera sufre la embestida de una política gubernamental antiobrera y patronal, que destruye las conquistas de los trabajadores, congela los salarios, burla la legislación del trabajo, destruye e impide la unidad sindical, interviene en los sindicatos e impone la gubernamentalización de los mismos, hace uso de la represión policiaca para aplastar la lucha revolucionaria del proletariado y fomenta en alto grado la corrupción y la compra de líderes traidores en el seno del movimiento obrero.

A la par con una tenaz destrucción de la Reforma Agraria, de abandono completo de la entrega de tierras a los campesinos y de despojos a los ejidatarios, se forma una nueva casta de terratenientes que junto con los dueños de los grandes latifundios aun existentes y con la connivencia abierta de las esferas oficiales, condenan a las grandes masas campesinas de nuestro país a una vida de inaudita miseria y de explotación sin freno por terratenientes, acaparadores, funcionarios del Banco Ejidal y refaccionistas privados.

En condiciones que hacen aumentar el descontento de las masas populares y su repulsa a la política de un gobierno que ha traicionado a la Revolución Mexicana y revela plenamente su carácter reaccionario, antipopular y sometido al imperialismo yanqui, las libertades democráticas y los derechos políticos del pueblo mexicano son violados y restringidos, la Constitución es agredida y se adopta un vergonzoso Código Penal para reprimir la libertad de expresión, el derecho de reunión, el derecho de huelga y las luchas democráticas del pueblo y de la clase obrera de México y en defensa de la paz, de sus derechos y de la independencia nacional.

Unido a los numerosos empréstitos yanquis que hipotecan y entregan al país la economía nacional es libada y subordinada a la economía de crisis y de guerra de los Estados Unidos, los grandes monopolios norteamericanos se apoderan más y más de las fuerzas de la riqueza nacional y destruyen la economía nacional independiente de México, deteniendo así su desarrollo y progreso económicos.

A un grado jamás alcanzado y sin precedentes, la corrupción y la inmoralidad administrativa invaden el aparato del Estado y con el robo de la hacienda pública se forman de la noche a la mañana funcionarios públicos millonarios.

Estos hechos, principalmente, enuncian la política reaccionaria y antipopular mantenida por el gobierno del Presidente Alemán e indican la grave situación y los grandes problemas que pesan sobre nuestra Patria y el pueblo mexicano.

*El antiimperialismo en Brasil**

El período de la guerra fría (1949-53) se caracteriza por la persecución de los partidos comunistas en América Latina y por su viraje hacia una política de oposición radical al imperialismo norteamericano y a los gobiernos. Esta orientación originaba a veces simplificaciones excesivas, como en el documento de marzo de 1952 del PC del Brasil, que define el régimen populista de Vargas como profascista y “agente cínico del imperialismo norteamericano”. En realidad, Vargas oscilaba entre la aceptación de las imposiciones norteamericanas (el Acuerdo de Asistencia Militar) y tímidas iniciativas nacionalistas, que provocarán su caída (y su suicidio) en 1954.

Este documento muestra además la preocupación del PC brasileño por la guerra de Corea y su lucha contra el envío de tropas de Brasil junto con las fuerzas intervencionistas norteamericanas. El antiimperialismo radical corresponde a la política exterior soviética del momento, pero también a los sentimientos de importantes sectores de las masas populares de Brasil, como lo demuestra el éxito de la campaña del PCB contra las compañías petroleras extranjeras, con la consigna “¡El petróleo es nuestro!”.

Un paso más hacia la guerra

Con la firma en Itamaratí el día 15 de marzo último del denominado “Acuerdo de asistencia militar entre Brasil y Estados Unidos”, el gobierno del señor Vargas da un nuevo y serio paso en el sentido de arrastrar al país a una guerra imperialista y comete un nuevo crimen contra la seguridad y la soberanía de la patria y contra la vida del pueblo brasileño.

La comisión ejecutiva del Partido Comunista del Brasil, ante la gravedad de este acontecimiento y convencida de que interpreta los anhelos de paz de la mayoría aplastante de la Nación, levanta su más vehemente protesta contra este nuevo paso en el camino de la guerra y de la traición nacional y se dirige a todo el pueblo para alertarlo ante el peligro creciente que a todos amenaza.

El referido “Acuerdo de asistencia militar” es un verdadero tratado para la guerra, elaborado secretamente, a espaldas del pueblo, y contrario a los intereses vitales de la nación. Se trata, antes que nada, de arrastrar al país a las acciones guerreras del gobierno de los Estados Unidos, de enviar tropas brasileñas a Corea o a cualquier otra parte del mundo, siguiendo las imposiciones de Truman. No es por casualidad que se repite en ese documento que es deseo

* “Resolução do PC do Brasil”, marzo de 1952, en *Problemas*, N° 39, 1952, pp. 4-6.

del gobierno de Vargas “proporcionar fuerzas armadas a las Naciones Unidas”, organización que, como es notorio, no pasa hoy de ser mero instrumento para la agresión norteamericana en Corea.

En segundo lugar, el señor Vargas busca con el presente “Acuerdo” legalizar la concesión de bases militares al gobierno de los Estados Unidos y volver así más fácil la ocupación de nuestro territorio por las tropas norteamericanas. Y, como la pretendida “asistencia militar”, está dirigida a enfrentar supuestas agresiones externas o incluso internas, los términos del “Acuerdo” permiten la automática ocupación de nuestro territorio por las tropas norteamericanas en caso de cualquier movimiento popular contra el gobierno en el país, fácilmente calificable de agresión del “comunismo internacional”. Es evidente que el señor Vargas, temeroso del pueblo, desde ya solicita ayuda a su patrón yanqui para que venga a hacer de nuestra patria una nueva Grecia, para que los soldados norteamericanos vengan a matar brasileños a fin de salvar los intereses de los traidores y de los enemigos del pueblo.

Además de estos dos objetivos fundamentales, el nuevo “Acuerdo” somete por completo a las fuerzas armadas brasileñas al dominio de los imperialistas norteamericanos. Éstos buscan transformarlas en cuerpos de mercenarios bajo el comando de generales y oficiales yanquis para lanzarlas no solo contra el pueblo coreano y otros pueblos libres sino igualmente contra nuestro propio pueblo, que está contra la guerra imperialista y demuestra ya no estar dispuesto a morir lentamente de hambre ni a dejarse esclavizar por los fascistas y agentes del imperialismo norteamericano. Por último, en los términos del nuevo “Acuerdo”, el gobierno de Vargas entrega gratuitamente al imperialismo norteamericano todas las riquezas de la nación, abre por completo las puertas del país a la invasión de todos los agentes y espías yanquis con regalías e inmunidades diplomáticas, y viola cínicamente las leyes del país, asegurando a los agentes de Truman derechos de extraterritorialidad y garantías incluso contra procesos judiciales.

Es éste en resumen, el contenido del referido “Acuerdo”, claro atentado a la manifiesta voluntad de paz de todo un pueblo, verdadero crimen de traición contra la soberanía nacional y contra la vida y la libertad de los brasileños.

La firma de este “Acuerdo” muestra, así, a la nación, cuál es el verdadero sentido de la política del señor Vargas, y confirma una vez más lo que a ese respecto ha dicho y repetido el Partido Comunista del Brasil; se trata de un gobierno de guerra y de traición nacional, gobierno de los más cínicos agentes del imperialismo norteamericano y que, desde sus primeros días; viene haciendo esfuerzos para arrastrar al país a la participación directa en los actos agresivos de los incendiarios de guerra norteamericanos. Esta participación descarada

del señor Vargas en los planes de guerra del imperialismo norteamericano es lo que lleva a prohibir la realización de la Conferencia Continental por la Paz -expresión de los anhelos de paz de los pueblos del continente americano- y a desencadenar el terror contra el pueblo que lucha contra el hambre, por la paz y por sus derechos democráticos. Es por ese camino y con el conocido pretexto de la lucha contra los comunistas que el gobierno de Vargas prepara las condiciones para implantar el fascismo en el país. Se suceden por eso las provocaciones policiales, los pretendidos “golpes armados” de que son acusados los comunistas, provocaciones que deben servir para justificar el desencadenamiento del terror policial contra el pueblo, para legalizar las medidas de excepción, para aplastar las luchas del pueblo, para arrastrar al país a la guerra, así como para entregar el petróleo brasileño a la Standard Oil y satisfacer otras exigencias de los incendiarios de guerra norteamericanos.

Solamente la fuerza del pueblo, unido y organizado, podrá detener esa política criminal e impedir que el señor Vargas prosiga impunemente por el camino de la guerra. Solamente la fuerza del pueblo podrá salvar al país de la catástrofe que lo amenaza. Ante la gravedad de la situación y del peligro creciente que amenaza a la Nación y a la propia vida del pueblo, ningún patriota puede quedarse de brazos cruzados ni impasible o indiferente.

La Comisión Ejecutiva del Partido Comunista del Brasil se dirige por eso a todo el pueblo haciéndole un llamamiento para que se oponga decididamente a los monstruosos planes del gobierno de Vargas y de los imperialistas norteamericanos. Hoy más que nunca es indispensable que la voz del pueblo se haga oír, que protestas enérgicas y decididas –lo más amplias posibles– se levanten en el país entero contra el crimen que significa la firma de este nuevo tratado de guerra con los imperialistas norteamericanos. Empleando todas las formas de protesta, las grandes masas populares deben demostrar su repudio a este acuerdo criminal contra la Patria, así como desarrollar la más amplia acción para impedir que el Congreso Nacional lo ratifique. La acción popular podrá reducir a la nada los acuerdos de guerra y paralizar la política de guerra del gobierno. Si las grandes masas populares tomaran en sus manos la defensa de la paz y de la soberanía nacional, los planes de los incendiarios de guerra podrían ser derrotados.

La comisión ejecutiva del Partido Comunista del Brasil se dirige a todos los patriotas, hombres y mujeres, a las madres, esposas, hijas y novias que sienten en su propio corazón el peligro que amenaza la vida de sus seres queridos, a los jóvenes, sean obreros, campesinos o estudiantes, soldados, aviadores o marineros, amenazados de muerte por los planes siniestros y criminales del señor Vargas, y a todos hace un caluroso llamado en el sentido

de que intensifiquen la lucha por la paz y contra el gobierno de traición nacional de Vargas, contra el envío de tropas brasileñas a Corea y contra la entrega del petróleo brasileño a los imperialistas norteamericanos.

La comisión ejecutiva del Partido Comunista del Brasil llama especialmente a los obreros y campesinos a que intensifiquen la lucha por la paz, contra la política de guerra, de hambre y reacción del señor Vargas, por la liberación nacional del yugo imperialista y por un gobierno democrático y popular.

A las organizaciones del Partido y a cada comunista les corresponde, en esta emergencia, el deber de hacer esfuerzos redoblados y cada vez mayores, juntamente con todos los otros partidarios de la paz, en la lucha en defensa de la paz y de la independencia nacional.

La Comisión Ejecutiva del Partido Comunista de Brasil

MANUEL AGUSTÍN AGUIRRE

*El socialismo revolucionario en Ecuador**

Durante el período de la guerra fría, el movimiento comunista latinoamericano no es el único en alzar la bandera del antiimperialismo radical. Corrientes socialistas revolucionarias, más o menos influidas por las ideas de Trotsky, se desarrollan, sobre todo en Chile (véase por ejemplo la obra de Oscar Waiss, del PS chileno, Nacionalismo y socialismo en América Latina, Prensa Latinoamericana, Santiago, 1954) y en Ecuador; su orientación era simultáneamente antiimperialista y anticapitalista.

Manuel Agustín Aguirre fue uno de los fundadores del Partido Socialista de Ecuador (1933), del cual fue secretario general durante muchos años. Elegido senador en 1944, será encarcelado y desterrado por la dictadura de Velasco Ibarra (1946), Fue además el primer decano de la Facultad de Ciencias Económicas y más tarde rector de la Universidad Central de Ecuador. En 1960, Manuel Agustín Aguirre dirige la escisión de izquierda que se llevará a la mayoría de la base del partido para formar el Partido Socialista Revolucionario de Ecuador.

Los extractos que publicamos aquí forman parte de un discurso que pronunció el 1 de mayo de 1952 y resumen algunos de los temas centrales del socialismo revolucionario en América Latina (en particular el principio estratégico del carácter socialista de la revolución en el continente).

¿Revolución burguesa en Latinoamérica y el Ecuador?

Después de este somero análisis, creo que no podemos esperar, sin caer en el absurdo, el mesiánico y ya fallido 1789, que ha de liquidar lo que nos resta de estructura feudal, conduciéndonos a la industrialización y al capitalismo floreciente. ¿Cómo es posible esperar que la burguesía terrateniente o los terratenientes burgueses, han de llegar a destruir la propia estructura que les sirve de soporte y base? ¿Cómo creer que estas capas burgués-feudales han de solucionar el problema de la tierra, entregándola a los campesinos, si viven fundamentalmente de la explotación de ese campesinado? ¿Cómo esperar que una economía de “*laissez faire*”, de un Estado liberal que ya ha demostrado por años su incapacidad, pueda llevar adelante nuestro desarrollo económico diferido y paralizado? ¿Cómo esperar que los que viven de la miseria y explotación del pueblo sean capaces de liberarlo y redimirlo?

* Manuel Agustín Aguirre, “América Latina y el Ecuador (apuntes para un estudio socioeconómico)”, 1952, Asociación de la Escuela de la Facultad de Ciencias Administrativas, Quito, 1972.

A situaciones insostenibles como ésta, nos llevan los teorizantes metafísicos que creen que la misma vigencia que tuvieron las clases burguesas y las ideas liberales en el desarrollo industrial de Europa y los Estados Unidos, en los siglos XVIII y XIX, han de tenerla aun en la América india, tan lejana y distinta, en la plena mitad del siglo XX. Estas escandalosas incongruencias son las que nos han llevado a sostener, continua y permanentemente, la necesidad ineludible de tratar nuestros problemas latinoamericanos y ecuatorianos, situándolos francamente en nuestro meridiano de países semicoloniales y semicapitalistas, uncidos al carro del imperialismo mundial.

Por otra parte, ¿cómo es posible pensar que la burguesía terrateniente nacional ha de luchar contra el imperialismo del cual depende y es su aliado? ¿Acaso no sabemos que actualmente la economía latinoamericana y especialmente la ecuatoriana, continúan encadenadas al comercio exterior de exportación e importación, que es el que les imprime su ritmo y su modalidad esencial? No es difícil comprender, entonces, que los terratenientes que producen materias primas para ese imperialismo, así como la capa de grandes comerciantes exportadores e importadores, que viven del comercio de exportación e importación, no han de ser los que luchen contra el imperialismo, al que se encuentran tan íntimamente soldados. Si bien el capitalismo industrial y nacional incipiente, por razones de competencia, pudiera oponer algunas veces sus intereses a los imperialistas; sin embargo tampoco posee la capacidad suficiente para la lucha antiimperialista; pues, cuando se siente amenazada se apresura a unirse con la burguesía imperialista, que extiende la mano para garantizar su salvación en una solidaridad ancha y continental [...]

No se puede negar, como lo hemos demostrado en este rápido ensayo, que existen fuertes rezagos feudales, especialmente en el campo, mantenidos por la burguesía terrateniente y el imperialismo que han limitado y entorpecido nuestra marcha hacia adelante; pero de esto a negar el capitalismo como forma fundamental de nuestras relaciones de producción y la existencia de un proletariado con la capacidad suficiente para constituirse en el conductor de la revolución latinoamericana y ecuatoriana, hay la distancia que va del cómodo oportunismo a la actitud realmente revolucionaria. Por lo demás, aunque el proletariado, como quizás toda clase en sí, no sea una mayoría cuantitativa, lo es cualitativamente, como dice Lenin, por su fuerza y capacidad revolucionarias.

Por otra parte, si contamos no solo al proletariado industrial, sino al proletariado y semiproletariado que suda y muere, en la ciudad y el campo, para alimentar y enriquecer a la burguesía terrateniente nacional y a la gran burguesía internacional, encontramos que aquellos forman las grandes mayorías nacionales. ¿O es que la reducida clase burgués-terrateniente constituye esa mayoría?

Y aun suponiendo, mero supuesto, que algunas naciones poco desarrolladas de Latinoamérica, como el Ecuador, fueran fundamentalmente feudales, y, en consecuencia, el proletariado una minoría insignificante, como dicen aquellos teóricos, ni aun entonces podríamos llegar a la conclusión de que es la revolución burguesa y no la proletaria socialista, la única posible en nuestra América, ya que hemos probado hasta la saciedad lo imposible y absurdo de esperar una revolución de la clase burgués-terrateniente, empeñada en mantener la estructura feudal-burguesa-imperialista en nuestras naciones. Aun constituyendo una minoría, y no se necesitan mayorías cuantitativas para la revolución, como nos lo demuestra la historia, la clase proletaria es la única capaz de realizar en el Ecuador, en nuestro Continente y en el mundo entero, la transformación socialista que ha de salvar a la humanidad.

También es necesario liquidar de una vez para siempre, aquella tesis pseudo-marxista, que sostiene la imposibilidad del socialismo en nuestros países, hasta que no lleguen a su pleno desarrollo capitalista. Estos teorizantes ignoran que después del gran desarrollo mundial del capitalismo y el advenimiento del imperialismo, las naciones no pueden considerarse como unidades aisladas e independientes, sino como simples eslabones débiles o fuertes, del gran capitalismo mundial. Estos señores olvidan la gran Revolución Rusa y que el capitalismo existe como un todo, el capitalismo mundial en decadencia, que debe ser superado, lo antes posible, con el advenimiento revolucionario del socialismo [...]

Un Frente Proletario Campesino Latinoamericano y los Estados Unidos Socialistas de América

Esto nos lleva a sostener la necesidad de que en Latinoamérica se forme un solo frente de proletarios y campesinos pobres, que apoyándose en el proletariado mundial, lleven adelante la revolución socialista que ha de salvar nuestros países del atraso en que yacen, destruyendo la explotación y la miseria, y estableciendo la verdadera libertad, la paz y la justicia.

Así como la burguesía terrateniente supo unirse en la gran guerra de la Independencia que, desgraciadamente, dada la contextura de tal clase, derramó la sangre popular solo en provecho propio, ahora las clases proletario-campesinas de Latinoamérica deben fundirse en un abrazo solidario y continental, para realizar la verdadera lucha por la liberación e independencia del hombre latinoamericano, en sus más amplias dimensiones; porque ahora las clases proletarias, al liberarse por sí mismas del yugo de la explotación, liberarán a todos los hombres, al construir una sociedad socialista sin clases.

Solo un frente proletario y campesino ha de realizar la verdadera libertad de América, rompiendo las cadenas de la esclavitud y servidumbre interior y exterior, para darnos la libertad integral del hombre americano.

Solo la revolución socialista en América Latina, al planificar no solo las economías en forma nacional, sino internacional, completándolas y reajustándolas en un solo todo, hará posible la formación de los Estados Socialistas Latinoamericanos, que debe ser nuestra máxima aspiración continental. El sueño de Bolívar fue un sueño de la clase terrateniente-burgués americana, que no podía cumplirse porque se basaba en la rivalidad y la competencia que separa y opone a los países en dominadores y dominados, en explotadores y explotados. Por eso únicamente el socialismo, que es la supresión de la explotación de unos hombres por otros y de unas naciones sobre otras, hará posible la unidad latinoamericana, con bases de verdadera equidad y justicia.

He aquí el gran deber de las clases proletarias y campesinas latinoamericanas; he aquí el gran deber y la responsabilidad de las juventudes de izquierda, verdaderamente revolucionarias de América, especialmente las juventudes universitarias, que deben ser las más conscientes de su misión histórica; he aquí el gran deber de todos los hombres que aspiramos a la verdadera paz y la justicia; gran deber que debemos rubricar en este primero de mayo de 1952.

Guatemala: la posición de los trotskistas*

Poco antes del golpe de las fuerzas pronorteamericanas en Guatemala (junio de 1954), el trotskista latinoamericano Ismael Frías publicaba en la revista Cuarta Internacional un análisis de la situación seguido de propuestas concretas para el movimiento obrero: constitución de comités de soldados para depurar al ejército, organización de milicias bajo la dirección de los sindicatos, etcétera. El artículo contiene también una interpretación de la naturaleza contradictoria e inestable del régimen de Arbenz y de las razones por las cuales no gozaba del apoyo de la burguesía.

Defender a Guatemala en contra del imperialismo es una tarea para los marxistas revolucionarios y las organizaciones obreras del mundo entero, sobre todo de América Latina. La forma más efectiva de esta defensa es la lucha revolucionaria anticapitalista en nuestro propio país; pero también tenemos que movilizar a los trabajadores para acciones específicas de solidaridad con el pueblo guatemalteco: mítines de protesta, huelgas, boicots y, en caso de intervención militar imperialista, organización de brigadas internacionales. Además, el carácter mundial de la lucha de clases y las tradiciones del internacionalismo proletario nos imponen otro deber: estudiar las experiencias de la revolución guatemalteca, ayudar a construir la vanguardia del proletariado de Guatemala y cooperar en la elaboración de su programa, su estrategia y sus tácticas. [...]

La movilización revolucionaria de las masas

Guatemala es algo más que una semicolonía norteamericana: es una semicolonía norteamericana que empezó su revolución antiimperialista.

La huelga exitosa y la insurrección popular del 20 de octubre de 1944 y el triunfo electoral de Juan José Arévalo, menos de seis meses después, fueron manifestaciones del ascenso revolucionario que se produjo en toda América Latina. En esta misma época, movimientos de masas similares llevaron al poder a Villarroel en Bolivia, a Betancourt en Venezuela, a Bustamante en Perú, a Perón en Argentina, etcétera. ¿Por qué, en los años que siguieron, el gobierno impuesto por las masas de Guatemala no fue derrocado como lo fueron casi todos los demás? Esto se debió al extraordinario dinamismo revolucionario

* Ismael Frías, “La Révolution guatémaltèque” en *Quatrième Internationale*, vol. 12, N^{os} 3-5, marzo-mayo de 1954.

de los obreros y campesinos guatemaltecos que rechazaron una tras otra veintinueve insurrecciones reaccionarias. En *A New Day in Guatemala*, Samuel Guy Inman escribe con razón: “El primer movimiento obrero organizado fue lo que permitió al presidente Arévalo terminar su período de seis años”. Durante la más grave insurrección reaccionaria, que tuvo lugar tras el asesinato del coronel Federico Arana, tres mil soldados armados con fusiles obligaron a los rebeldes a rendirse después de varios días de combate, cuenta Inman en la obra citada.

Robert M. Hallet, en el *Christian Science Monitor* del 8 de enero de 1953, describe muy claramente la situación bajo el gobierno de Jacobo Arbenz. Lee-mos en este órgano: “Los partidos que apoyan al gobierno Arbenz tienen una base muy poco sólida, su lealtad es incierta y están divididos por intensas rivalidades. No brindan una base política firme. Las únicas fuerzas coherentes son las del movimiento obrero y las del Partido Comunista, que actualmente se confunden. Así, en términos más sencillos, el gobierno no puede mantenerse sin el apoyo de la clase obrera unida bajo la bandera de la Confederación General de Trabajadores de Guatemala”.

La movilización revolucionaria de los campesinos arrancó al gobierno la ley de la reforma agraria. El proceso actual de nueva distribución de la tierra es, por consiguiente, una transformación revolucionaria aun inacabada de las relaciones de propiedad agraria, empezada y continuada por los propios campesinos conjuntamente con el proletariado urbano. Volveremos a esta cuestión más adelante.

La unificación de la clase obrera guatemalteca en la Confederación General de Trabajadores de Guatemala (CGTG) y las grandes huelgas de estos últimos años, como la de los ferrocarrileros (1951), de los trabajadores de Tiquisate, de los obreros del puerto de Puerto Barrios, de los trabajadores de la Pan American Airways, de los bananeros del norte, etcétera, completan el cuadro de la progresión revolucionaria de las masas en Guatemala.

La Reforma Agraria

Veamos rápidamente cuál era la situación agraria en Guatemala antes de la reforma.

Hasta el 17 de junio de 1952, fecha de la promulgación del decreto 900, un 2,2% de los propietarios de terrenos poseían más del 70% de la tierra, mientras que el 76% poseía menos del 10%; veintidós grandes propietarios poseían 528.000 hectáreas, cuando doscientos cincuenta y nueve mil individuos solo disponían de 327.000 hectáreas. Los campesinos pobres eran víctimas de la usura más descarada; una encuesta realizada por Joaquín Noval reveló

que la tasa legal de interés alcanzaba en ciertas regiones hasta el 35% al mes y, en casos excepcionales, hasta el 175% mensual. Estas cifras pueden darnos una idea del infierno que era la vida rural en Guatemala.

La transformación revolucionaria del campo solo está empezando: un año después de la reforma agraria, se habían redistribuido 296.000 hectáreas de propiedad nacional (antigua propiedad alemana nacionalizada durante la segunda guerra mundial) y 151.000 hectáreas de propiedad privada (mediante indemnización pagada en Bonos de la Reforma Agraria), que benefició a más de ciento diez mil campesinos. De las 119.680 hectáreas, 19 áreas y 39 centiáreas, propiedad de la United Fruit Co., se expropiaron 83.929 hectáreas, 24 áreas y 74 centiáreas que no cultivaba, a cambio de indemnización prevista en Bonos, naturalmente.

El artículo primero de la ley declara que la reforma agraria “tiene por objeto liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que de ella derivan y suprimir la forma de explotación y los métodos capitalistas de producción en la agricultura y preparar la vía a la industrialización de Guatemala”. ¡Una utopía dentro del sistema capitalista en la época del imperialismo! Pero la ley es inconsecuente incluso en la búsqueda de su utopía: el artículo diez exceptúa de la expropiación los “inmuebles rurales de hasta noventa hectáreas, veinticinco áreas y trece centiáreas (dos caballerías) ya estén o no cultivadas” y los “inmuebles rurales de más de noventa hectáreas, veinticinco áreas y trece centiáreas (dos caballerías) y de menos de doscientas hectáreas, setenta y cinco áreas y cuarenta centiáreas (seis caballerías) de las cuales las dos terceras partes están cultivadas”: además las tierras de la United Fruit Co., se liberan de la expropiación en virtud del párrafo “D” del mismo artículo que exceptúa “las tierras en toda propiedad o arrendadas en las cuales están establecidas empresas agrícolas para cultivos técnicos o económicos tales como el café [...] los plátanos [...] o demás artículos cuya producción está destinada a satisfacer las necesidades del mercado interior o exterior”.

Como lo hemos dicho más arriba, los campesinos han empezado la reforma agraria y manifiestan la tendencia a llevarla a cabo hasta el final por sus propios medios. Es lo que demuestra la noticia siguiente publicada en el *Christian Science Monitor* del 23 de enero de 1953: “Volle, Guatemala. La policía dice que campesinos armados de cuchillos, en el sureste de Guatemala, aplican por su cuenta la ley de reforma agraria, al tomar propiedades cultivadas. Se informa que unos cuatrocientos obreros agrícolas, armados de machetes, se adueñaron de la tierra en la zona de Asunción Mita cerca de la frontera con Salvador”. Casos como éste se han producido por docenas desde entonces.

La burguesía y el gobierno

El gobierno Arbenz es un gobierno burgués. No debe haber confusión a este respecto si queremos comprender lo que sucede en Guatemala. El propio José Manuel Fortuny, secretario general del Partido Comunista (ahora llamado Partido Guatemalteco del Trabajo), reconoce en su Informe sobre la actividad del Comité Central en el Segundo Congreso del Partido, el 11 de diciembre de 1952. que “el gobierno Arbenz [...] es un gobierno de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía que sirve los intereses nacionalistas de la burguesía y dirige su acción revolucionaria contra el feudalismo”. Lo que Fortuny calló, y que en calidad de stalinista solo podía callar, es que la burguesía guatemalteca dista de apoyar totalmente a su propio gobierno, en particular en lo que se refiere a las medidas revolucionarias que tuvo que tomar bajo la presión de las masas y, sobre todo, a sus esfuerzos osados por apoyarse en esas masas para resistir al imperialismo. El gobierno Arbenz es un gobierno burgués bonapartista que, aunque defiende los intereses generales de la burguesía, se mantiene en equilibrio entre ella y las masas y entre estas últimas y el imperialismo, logrando así una relativa independencia. En su artículo “La administración obrera en la industria nacionalizada”, León Trotsky, estudiando el gobierno de Cárdenas, escribía: “El gobierno oscila entre el capital extranjero y el capital doméstico, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente potente. Esto confiere a este gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, un Carácter distintivo. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar [...] maniobrando con el proletariado hasta hacerle concesiones y obteniendo así la posibilidad de cierta independencia para con los capitalistas extranjeros”. El gobierno Arbenz pertenece a esta categoría.

La diferencia entre el gobierno actual y el de Arévalo consiste en que el gobierno Arbenz está sometido a una presión popular mucho más fuerte que lo obliga a hacer mayores concesiones a los trabajadores. En su *Informe* citado más arriba, Fortuny revela gran parte de la verdad cuando dice: “la nueva correlación de fuerzas y el cambio de gobierno se caracterizaron por una organización y una movilización popular más importantes [que] permitieron al gobierno Arbenz ser más independiente [...]”

No debemos hacernos ilusiones acerca de la capacidad antiimperialista de la burguesía guatemalteca y, por consiguiente, de su gobierno. El mismo Fortuny lo dice en su *Informe*, varias veces citado: “El hecho de que una pequeña parte de la burguesía de Guatemala resista al imperialismo e incluso se preocupe por la defensa de la soberanía nacional no impide que la burguesía de Guatemala en general, débil y naciente, no esté dispuesta a defender

los intereses nacionales ya que coloca sus relaciones con el imperialismo por encima de los intereses de la nación”.

Un gobierno como el de Arbenz es eminentemente transitorio ya que representa un factor de equilibrio social inestable. O bien es derribado por el imperialismo y los feudales-burgueses idigoristas, o bien deja su lugar al gobierno obrero-campesino, o sea a un gobierno formado por el Partido Comunista, la Confederación General de los Trabajadores y la Confederación Nacional Campesina, gobierno que emanciparía realmente al país del imperialismo y completaría la reforma agraria. Es obvio que los marxistas revolucionarios de Guatemala deben luchar incansablemente por esta última solución.

Mientras tanto, nuestro deber es defender al gobierno Arbenz con las armas en la mano, contra cualquier ataque de la contrarrevolución proyanqui. Esto, naturalmente, no significa que debemos otorgarle el menor apoyo político, que debemos esconder sus límites y su carácter efímero o que sembramos ilusiones acerca de su capacidad para dirigir la lucha antiimperialista. En esto precisamente se diferencian los marxistas revolucionarios y los burócratas oportunistas como Fortuny: los primeros dicen la verdad a los obreros, los preparan para defender al gobierno contra la reacción y a remplazarlo por su propio gobierno, los segundos engañan a los obreros y los desorientan impidiéndoles prepararse para una u otra tarea.

El Partido Guatemalteco del Trabajo (ex Partido Comunista)

El partido stalinista agrupa a la vanguardia del proletariado guatemalteco. En el *Informe* que ya citamos tantas veces, Fortuny dice: “Hay actualmente en el Partido un 60% de obreros y demás trabajadores, un 13% de campesinos y un 27% que provienen de las clases medias de la sociedad. Los obreros y los campesinos forman juntos un 73%, lo que significa que el Partido fortaleció enormemente su composición proletaria y de campesinos trabajadores”. La gran afluencia de obreros a sus filas se explica por el hecho de que el Partido se presenta como el único revolucionario en Guatemala. Actualmente su periódico *Tribuna Popular* tiene una circulación estimada en diez mil ejemplares. La penetración del partido en las masas es muy eficaz y se realiza a través de la CGTG y la CNC, organizaciones nacionales del proletariado y del campesinado guatemaltecos.

La autocrítica de Fortuny en su *Informe*, al mismo tiempo que nos permite conocer la política oportunista del Partido durante el gobierno de Arévalo es un indicio de la existencia de un ala izquierda opuesta a esta política, única explicación de su franqueza y de sus capacidades. Fortuny ha reconocido tres errores fundamentales: 1] “A partir de algunas de nuestras formulaciones

podría concluirse que nuestro Partido preconiza el desarrollo capitalista para Guatemala [...] y que creemos históricamente inevitable un largo período de desarrollo capitalista en Guatemala”; 2] “no haber subrayado con bastante nitidez y firmeza el papel dirigente del proletariado en la presente etapa de lucha por la liquidación del feudalismo y por la independencia nacional”; y 3] “haber juzgado superficialmente el proceso democrático de Guatemala empezado en 1944, al grado de apreciar y definir este movimiento como si fuera ya la revolución democrático-burguesa antiimperialista en Guatemala”.

Por supuesto, su “autocrítica” no le impide volver a los caminos trillados, evitando las contradicciones flagrantes tan solo gracias a la imprecisión de los términos que emplea. Por ejemplo, cae en los mismos errores cuando dice que “nosotros los comunistas reconocemos que, debido a sus condiciones especiales, el desarrollo de Guatemala deberá realizarse por un tiempo por el camino del capitalismo”; sin embargo, ¿acaso un país retrasado puede desarrollarse, en la época de la decadencia del imperialismo en los moldes del capitalismo? Más lejos nos dice que “el Partido Comunista de Guatemala [...] apoya también al gobierno democrático de Arbenz, pero no se integra a él [...] no pertenece al gobierno”. ¿Qué pasa en todo esto con “el papel dirigente del proletariado”? Apoyar políticamente al gobierno ¿no significa acaso reconocer su dirección? En lo que se refiere al “error” cometido con el gobierno de Arévalo, es exactamente el mismo que comete ahora con el gobierno de Arbenz.

Como en cualquier partido stalinista, ya no se conoce la democracia interna de tipo leninista. El mismo Fortuny se ve obligado a reconocerlo cuando admite que “el empleo reducido de la crítica y de la autocrítica” se debe “en parte al temor de ciertos camaradas”, y cuando insiste en que “los camaradas no deben temer en absoluto desarrollar la crítica”.

Las tareas de los marxistas revolucionarios en Guatemala

Los marxistas que entienden que la política oportunista de los dirigentes del partido guatemalteco del trabajo no es únicamente un fenómeno nacional, sino que se origina en los intereses y la política contrarrevolucionaria de la burocracia stalinista rusa, los marxistas que aprendieron a distinguir entre el comunismo de Lenin y Trotsky y el stalinismo, tienen como deber esencial asentar las bases del programa revolucionario del proletariado guatemalteco mediante un estudio concienzudo de las relaciones de clase en Guatemala. Naturalmente, solo podemos esbozar aquí los elementos más esenciales de este programa; lo hacemos como contribución a este trabajo indispensable.

Como lo vimos al principio, los salarios de los trabajadores de Guatemala son los más bajos de América Latina. La primera reivindicación de los proletarios urbanos y rurales debe ser EL SALARIO MÍNIMO VITAL FIJADO POR LAS ORGANIZACIONES OBRERAS Y CAMPESINAS. Pero la constante alza del costo de la vida, que aniquilaría muy rápidamente los aumentos, impone la institución de la ESCALA MÓVIL, o sea el aumento automático de los salarios proporcionalmente al aumento de los precios. La amenaza de una crisis del capitalismo norteamericano que provocaría la crisis de la economía de Guatemala y el desempleo para decenas de miles de trabajadores guatemaltecos, vuelve urgente la adopción de consignas contra el lock-out: NO ACEPTAR DESPIDOS MASIVOS; establecer la ESCALA MÓVIL de las horas de trabajo, o sea la disminución de la jornada sin disminución de los salarios y el reparto del trabajo existente entre todos los obreros para evitar el desempleo. Si las empresas, nacionales o imperialistas, se niegan a aceptar estas reivindicaciones pretextando pérdidas, hay que ABRIR LOS LIBROS DE CONTABILIDAD PARA QUE LOS EXAMINEN LOS SINDICATOS; Organizar EL CONTROL OBRERO DE LA PRODUCCIÓN Y NACIONALIZAR SIN INDEMNIZACIÓN LAS EMPRESAS QUE PROCEDEN AL LOCK-OUT. Es obvio que para llevar a buen término la lucha por estos medios, hay que establecer la DEMOCRACIA SINDICAL y LA INDEPENDENCIA DE LOS SINDICATOS FRENTE AL GOBIERNO.

La realización de la reforma agraria debe pasar a manos de COMITÉS DEMOCRÁTICOS DE CAMPESINOS POBRES, TRABAJADORES AGRÍCOLAS Y GAÑANES. Hay que reunir un gran CONGRESO NACIONAL DE CAMPESINOS POBRES, TRABAJADORES AGRÍCOLAS Y GAÑANES para REVISAR RADICALMENTE LA LEY DE REFORMA AGRARIA, ANULAR EL PAGO DE INDEMNIZACIONES A LOS GRANDES TERRATENIENTES Y ASUMIR EL CONTROL DEL BANCO NACIONAL DE CRÉDITO AGRÍCOLA.

Guatemala no se volverá independiente mientras no proceda a la NACIONALIZACIÓN SIN INDEMNIZACIÓN Y BAJO CONTROL OBRERO DE LAS TIERRAS E INSTALACIONES DE LA *UNITED FRUIT COMPANY*, DE LA *INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA* Y DE OTRAS EMPRESAS IMPERIALISTAS; mientras no establezca el MONOPOLIO ESTATAL DEL COMERCIO EXTERIOR y no intensifique sus RELACIONES COMERCIALES CON LA URSS, CHINA Y LAS "DEMOCRACIAS POPULARES".

La única garantía eficaz contra las insurrecciones reaccionarias es la DEMOCRATIZACIÓN DEL EJÉRCITO y ARMAR AL PUEBLO. Hay que constituir COMITÉS DE CLASES Y SOLDADOS PARA LA DEPURACIÓN DE LOS OFICIALES ANTIDEMOCRÁTICOS y proceder a la ELECCIÓN DE LOS OFICIALES POR LA TROPA. Hay que ARMAR A LOS OBREROS Y A LOS TRABAJADORES DEL CAMPO organizándolos en MILICIAS BAJO LA EXCLUSIVA DIRECCIÓN DE LOS SINDICATOS.

La lucha por estos medios no tiene sentido si no se combina con la lucha por el GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO, por un GOBIERNO FORMADO POR EL PARTIDO

GUATEMALTECO DEL TRABAJO, LA CONFEDERACIÓN GENERAL DE LOS TRABAJADORES DE GUATEMALA Y LA CONFEDERACIÓN NACIONAL CAMPESINA, en base a organismos democráticos locales y a fin de llevar a cabo el programa revolucionario [...]

Marzo de 1954

*Guatemala: la autocrítica de los comunistas**

El derrocamiento del régimen progresista de Jacobo Arbenz (1951-54) en Guatemala, después de la invasión de unos "voluntarios" directamente organizada por Estados Unidos, es uno de los episodios más cruciales de la guerra fría en el continente. En este documento, publicado un año después de los acontecimientos, el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista) –que había desempeñado un papel importante en el gobierno de Arbenz– desarrolla un balance autocrítico de su orientación durante este período; reconoce haber cometido ciertos errores, en particular en sus relaciones con la burguesía nacional, cuya influencia en el partido fue tan profunda que pudo frenar muchas de sus actividades. Esto demuestra que la guerra fría no cambió la orientación estratégica fundamental del movimiento comunista en América Latina: la alianza con la burguesía democrática para llevar a cabo la primera etapa histórica de la revolución.

El 27 de junio de 1954, fue derrocado el Gobierno democrático de Guatemala que desde el 15 de marzo de 1951, por libre elección popular, presidía el coronel Jacobo Arbenz. Desde aquella fecha el pueblo guatemalteco se ha preocupado por establecer cuáles fueron los factores que condujeron a la derrota temporal del movimiento revolucionario de Guatemala. A su vez los pueblos del mundo se han preguntado también por qué Guatemala no presentó una mayor y más prolongada resistencia a la agresión norteamericana. Se han dado diversas versiones de los acontecimientos, hasta se ha especulado con muy poca seriedad acerca de ellos, pero ha faltado un análisis serio y profundo que descubra la causa fundamental de la derrota, que extraiga las enseñanzas principales que se derivan de aquellos acontecimientos para el pueblo y que, por consiguiente, alumbré con la luz de la experiencia el camino que las masas populares siguen en su lucha por hacer de nuestra patria una Guatemala democrática, próspera e independiente.

La Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo, con la ayuda de la probada doctrina científica de la clase obrera, el marxismo-leninismo, ha realizado un serio esfuerzo para hacer un examen correcto de aquella experiencia, el cual por razones muy comprensibles puede hacerse público hasta ahora, y que sin duda será de gran utilidad para la elaboración de la línea política del Partido, al mismo tiempo que ayudará a la clase obrera y a las masas populares guatemaltecas para orientarse mejor

* "La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático". Comisión Política del PGT, 1955, pp. 3-4, 30-36.

en su lucha contra la falsificación de los hechos y por sacudirse el yugo de la tiranía y de la dominación imperialista norteamericana.

De dónde provino la agresión

El gobierno de los Estados Unidos ha tratado vanamente de disfrazar los hechos y ocultar sus responsabilidades de organizador de la intervención, atribuyéndole al pueblo guatemalteco el derrocamiento del régimen democrático que él mismo se diera, y bajo el cual disfrutó de las más amplias libertades de toda su historia. La verdad que conoce nuestro pueblo, y que comprueba cada día más, es que el derrocamiento del gobierno legítimo de Arbenz, el aplastamiento brutal de todas las libertades y la destrucción de todas las conquistas revolucionarias y democráticas alcanzadas, es la obra de los monopolios yanquis, particularmente de los que tienen inversiones en Guatemala, o que codician las riquezas naturales de nuestro país, tales como la United Fruit Company y otros; es la obra, por consiguiente, del gobierno de los Estados Unidos, el cual hace tiempo se encuentra bajo el control de los grandes monopolios norteamericanos, en cuyo nombre practica una política agresiva y de sojuzgamiento colonial de nuestros países; es la obra también de la camarilla terrateniente-burguesa reaccionaria en la que se apoya y se ha apoyado siempre el imperialismo norteamericano para oprimir a nuestro pueblo y para saquear el país sin freno alguno.

Los invasores que el 17 de junio, procediendo de Honduras, violaron por dos puntos la frontera de nuestra patria y se internaron en nuestro territorio sembrando a su paso la desolación, el terror y la muerte, eran guatemaltecos solo en una mínima parte, la mayoría abrumadora estaba compuesta por mercenarios nicaragüenses, hondureños, salvadoreños, dominicanos y cubanos, una verdadera gama de aventureros fracasados, de hampones de la más baja calaña y criminales de oficio, que fueron reclutados y pagados por la United Fruit Company y entrenados durante varios meses en territorio de Nicaragua y Honduras por oficiales del Ejército de los Estados Unidos. Estas bandas de maleantes fueron armadas hasta los dientes por las compañías yanquis, en primer lugar, por la United Fruit Company, habiendo suministrado las armas el gobierno de los Estados Unidos, que usó de pantalla a los gobiernos títeres de Honduras y Nicaragua.

El hecho de que al frente de la invasión apareciera un grupo de guatemaltecos traidores, encabezados por el más traidor de todos, Carlos Castillo Armas, no reduce en nada el carácter extranjero de la agresión. Todo el mundo sabe que Castillo Armas y su minúscula pandilla de aventureros no disponían de cinco centavos para financiar la invasión y también es sabido

que las contribuciones de los finqueros, los grandes comerciantes y los patronos reaccionarios apenas alcanzaban para saciar la voracidad de ese grupo de vividores. Todo el mundo sabe que los dominios de la United Fruit Company en Honduras, que llegan hasta las fronteras de Guatemala, se convirtieron en los últimos años en el principal centro de conspiración contra el régimen democrático de Guatemala: allí se elaboraban los planes que luego aprobaban Washington y Boston; allí se reclutaba a los sabotadores y terroristas que luego se enviaban al interior de Guatemala; allí se cocinaba la propaganda de sucias mentiras y calumnias contra las fuerzas democráticas y el movimiento revolucionario guatemalteco; allí se proyectaban y ordenaban los llamados “desfiles cívicos anticomunistas”; allí se disponían los numerosos viajes de los conspiradores para coordinar la acción con Somoza, Pérez Jiménez, Trujillo y Batista, a quienes el Departamento de Estado yanqui había ordenado “cooperar” en la realización de los planes para aplastar la democracia en Guatemala; allí, en fin, se reclutaba y se pagaba a los mercenarios que debían integrar el mal llamado “ejército de liberación”.

El gobierno de los Estados Unidos suministró los aviones que durante diez días consecutivos volaron sobre ciudades y aldeas de Guatemala, bombardeando no solamente objetivos militares, sino también hogares humildes, iglesias y escuelas, e incendiándolos. Aquellos aviones que ametrallaron la población pacífica de la ciudad de Guatemala, Chiquimula, Zacapa y otros lugares, con el fin de sembrar el terror y la desesperación, estaban piloteados por aviadores norteamericanos que después se han jactado cínicamente de su “hazaña”.

El golpe de Estado de los jefes militares traidores que derrocó al gobierno del presidente Arbenz en los momentos en que existían todas las condiciones para rechazar victoriosamente la agresión extranjera, fue planeado, financiado y dirigido por la embajada de los Estados Unidos en Guatemala. El embajador yanqui, John Peurifoy, un gángster y provocador de triste recordación en Grecia, a donde fue comisionado para organizar la matanza de patriotas griegos, fue el hombre escogido por el gobierno de los Estados Unidos para que ejecutara las órdenes de los monopolios norteamericanos de ahogar en sangre el régimen democrático de Guatemala.

Para que pueda comprenderse mejor por qué los imperialistas yanquis organizaron la intervención y agredieron a nuestro país para aplastar el movimiento revolucionario y derrocar el gobierno de Arbenz, es conveniente recordar algunos rasgos sobresalientes de la vida y la lucha de nuestro pueblo[...]

Las experiencias del Partido

EL DESARROLLO DEL PARTIDO DE LOS COMUNISTAS GUATEMALTECOS

Fundado el 28 de septiembre de 1949 el Partido Guatemalteco del Trabajo ha acumulado en corto tiempo una rica experiencia. Nuestro Partido ha tenido que enfrentar situaciones y problemas muy complejos y tareas que algunas veces fueron superiores a su propia fuerza, a su experiencia y a su nivel teórico. De estas situaciones salió muchas veces victorioso, en otras su inexperiencia y su debilidad teórica fueron un obstáculo para triunfar, o bien no tuvo la fuerza necesaria para salir adelante con éxito.

Nuestro Partido ha tenido que desarrollar su labor en un medio muy atrasado en el que los enemigos de la clase obrera y del pueblo han realizado una venenosa propaganda anticomunista durante decenas de años, mucho antes de que naciera nuestro Partido y de que hubiera una organización que diera respuesta adecuada a las sucias calumnias de la propaganda anticomunista; en un medio en el que el clericalismo y el alcoholismo han sido armas principales de las clases reaccionarias dominantes, destinadas a minar la voluntad y el espíritu combativo y rebelde de la clase obrera y de todas las masas trabajadoras oprimidas.

Nuestro Partido, gracias al trabajo abnegado de sus escasos cuadros y de sus militantes, en su mayoría ganados recientemente para la causa del socialismo, logró romper el bloqueo político que desde su nacimiento quisieron imponerle las fuerzas reaccionarias, conquistó el apoyo y la simpatía de un gran sector de la clase obrera, de importantes masas campesinas y de los intelectuales y profesionales progresistas. Nuestro Partido fue el motor principal, el organizador y el dirigente de la lucha por la unidad de la clase obrera, el defensor más consecuente de la unidad cuando ésta cristalizó en su forma orgánica con la constitución de la CGTG, el organizador y el dirigente de las principales batallas de los trabajadores por sus reivindicaciones, el guía de la clase obrera en defensa de las reivindicaciones de los campesinos, y, en primer lugar, por la realización de la reforma agraria, el impulsor de la lucha por la rápida entrega de la tierra a los campesinos.

Nuestro Partido fue el que más se preocupó por la defensa de los derechos y reivindicaciones de la Juventud y de las mujeres. Nuestro Partido fue el más batallador por la unidad de las fuerzas democráticas y antiimperialistas, el que con más firmeza y patriotismo apoyó y defendió el régimen democrático del coronel Arbenz en cuanto que éste se orientaba por una política de contenido antifeudal y antiimperialista.

La consecuencia de la lucha del Partido en defensa de los intereses de las masas trabajadoras, de la democracia y de la independencia nacional, le ha ganado el odio bestial de las clases reaccionarias, odio que está ampliamente compensado por el creciente cariño, el respeto y la simpatía de la clase obrera, las masas campesinas y los elementos honestos de la intelectualidad democrática.

Como el cariño y el respeto del pueblo trabajador los ha conquistado nuestro Partido, merced a la consecuencia y abnegación de su lucha, ninguna ley fascista, ninguna campaña calumniosa, ningún género de terror, por brutal que sea, puede impedir que el pueblo confíe cada día más en nuestro Partido; ninguna medida puede liquidar al Partido de los comunistas guatemaltecos, porque nuestro Partido no surgió de manera incidental sino que ha nacido en el proceso de la lucha de la clase obrera por la liberación nacional y contra la explotación clasista, y tiene unido su destino, su vida y su suerte al desarrollo histórico de la sociedad, a la cabeza del cual inevitablemente debe marchar la clase obrera.

El desarrollo del Partido Guatemalteco del Trabajo está indisolublemente ligado a su lucha en defensa de los intereses del pueblo y de la patria; en lo sucesivo ésta seguirá siendo la fuente de su fuerza y de su crecimiento.

Junto a los éxitos destacados de la actividad de nuestro Partido se han cometido errores graves que debemos señalar con franqueza para extraer las experiencias que de ellos se derivan, a fin de evitar que en el futuro puedan entorpecer de nuevo la lucha exitosa del Partido.

La Comisión Política del Comité Central del Partido considera que en lo fundamental sus errores y debilidades arrancan de su propia línea política. La línea política del Partido era en lo general correcta, sin embargo, era en algunos aspectos insuficiente e incompleta en tanto que no trazaba una perspectiva concreta para enfrentar determinados problemas a los que más tarde se vio abocada la dirección del Partido. Esta insuficiencia de nuestra línea se debió sin duda al bajo nivel teórico del Partido y a que nuestro Congreso (el II Congreso del Partido, diciembre de 1952) no profundizó lo bastante la discusión de los problemas de mayor importancia para el desarrollo de la revolución.

Pero, sobre todo, el origen de los errores del Partido está en la deficiente asimilación de la línea política y en su mala aplicación, ya que aun cuestiones subrayadas por el Congreso, tales como el carácter de la revolución democrático-burguesa en un país semicolonial como el nuestro, y el papel del proletariado como fuerza dirigente de dicha revolución, no se tuvieron en cuenta más tarde, se subestimaron en algunos casos y no se desarrollaron de manera consecuente en el curso de la lucha revolucionaria. Examinemos los errores principales del Partido.

El Partido Guatemalteco del Trabajo no siguió una línea suficientemente independiente en relación a la burguesía nacional democrática. En la alianza con la burguesía democrática tuvo éxitos señalados, pero a su vez la burguesía ejerció cierta influencia en nuestro Partido, influencia que en la práctica constituyó un freno para muchas de sus actividades.

El PGT no estimó correctamente la débil capacidad de resistencia de la burguesía y no siempre tuvo en cuenta su carácter conciliador frente al imperialismo y las clases reaccionarias, de allí que haya tenido algunas ilusiones en el patriotismo, la lealtad y la firmeza de la burguesía nacional frente a las embestidas del imperialismo norteamericano.

El PGT, aunque teóricamente sustentaba el criterio leninista de que la burguesía nacional ya no es en la época del imperialismo una clase consecuentemente revolucionaria, y, por consiguiente, que debe ser la clase obrera la que se ponga a la cabeza y ejerza la hegemonía en la revolución democrático-burguesa, en la práctica se limitó a repetir una y otra vez esta concepción leninista, sin comprenderla en toda su profundidad; no luchó con la debida tenacidad porque la clase obrera conquistara la dirección del movimiento revolucionario, no se plantearon ni resolvieron las tareas concretas que era necesario realizar para asegurar la hegemonía de la clase obrera en el movimiento revolucionario.

Nuestro Partido se percataba de que muchos líderes de los partidos burgueses y elementos importantes del gobierno, cuyas vacilaciones eran ya conocidas, capitularían frente al imperialismo; se daba cuenta de que las vacilaciones del movimiento revolucionario obedecían particularmente a que la burguesía era la clase que aun jugaba el papel dirigente de la mayor parte del movimiento revolucionario y que a éste le faltaba que la clase obrera pasara a ser la fuerza hegemónica del conjunto de fuerzas democráticas. Nuestro Partido abrigaba en el fondo la falsa concepción de que a la clase obrera guatemalteca no le era posible conquistar todavía la dirección del movimiento revolucionario, porque numéricamente era muy débil y políticamente estaba muy atrasada. Sin embargo, esta manera de plantear las cosas conducía a un callejón sin salida, más aun, conducía –como condujo– a que la dirección del movimiento revolucionario quedara en manos de la burguesía democrática hasta tanto la clase obrera no creciera y se desarrollara políticamente.

Es claro que nuestro Partido caía, sin proponérselo, en las posiciones oportunistas demolidas hace más de cincuenta años por el gran Lenin. A propósito de esta cuestión se dice lo siguiente en las Tesis del Instituto Marx-Engels-Lenin-Stalin, "El cincuenta aniversario de la primera revolución rusa":

La marcha de la revolución confirmó la justeza y la vitalidad de la estrategia y la táctica de los bolcheviques. Se confirmó plenamente la tesis leninista de que el proletariado puede y debe desempeñar el papel dirigente del movimiento revolucionario [...]

En un país campesino atrasado como Rusia, la clase obrera demostró que la verdadera fuerza y el papel del proletariado no dependen de que éste constituya o no la mayoría de la población del país, sino de su energía revolucionaria, de su conciencia política, de su capacidad para dirigir la lucha revolucionaria del pueblo, de su aptitud para atraer a la revolución, en calidad de aliado, a las masas campesinas.

Si nuestro Partido se hubiera detenido a examinar la cuestión a la luz del marxismo-leninismo habría comprendido que la pequeñez numérica de la clase obrera guatemalteca no era un obstáculo insuperable para que asumiera la dirección del movimiento revolucionario, y en lo que respecta al atraso político de la clase obrera la cuestión dependía enteramente del propio Partido, de lo que éste hiciera para pertrecharse a sí mismo y a la clase obrera con la teoría marxista-leninista, de la voluntad, la energía y la audacia que pusiera nuestro Partido en la tarea de elevar el nivel político de la clase obrera y, en particular, su conciencia del papel dirigente que le corresponde en la revolución antifeudal y antiimperialista.

Hay otras manifestaciones importantes de las concesiones que en la práctica hizo el Partido a la burguesía democrática.

El PGT, por ejemplo, cometió el grave error de no denunciar y combatir públicamente a aquella parte de la alta oficialidad del ejército que se sabía que era, por razones de clase y de ideología, enemiga del movimiento revolucionario y de las transformaciones fundamentales que estaban en marcha en Guatemala. El Partido no confiaba en los traidores como Monzón, Sánchez, Aldana Sandoval, Parinello y otros más, pero por una falsa manera de enfrentar el problema, aceptando en cierto modo la falsa concepción burguesa de la “apoliticidad” del ejército —cortina de humo tras de la cual los jefes han realizado siempre una política reaccionaria—, y temiendo que se pudiera acusar al Partido de actos provocadores, no los desenmascaró públicamente, limitándose a exponer sus puntos de vista en círculos estrechos del campo democrático y al presidente Arbenz. El PGT contribuyó a alimentar ilusiones en el ejército al no desenmascarar la verdadera posición y la actividad contrarrevolucionaria de los jefes del ejército, al publicar en su órgano central, sin la debida crítica, los discursos de Arbenz en que se hacía mención de la “lealtad” de los jefes militares, y las hipócritas declaraciones de éstos, a pesar de que no era de esperar que los jefes militares se enfrentaran al imperialismo yanqui aun en el caso de que éste agrediera nuestra patria.

Nuestro Partido no asumió una consecuente actitud crítica frente a la burguesía democrática, a veces se fue complaciente con ésta, olvidando que la alianza con la burguesía no debe atar las manos al Partido para criticarla y para censurar sus múltiples vicios y sus actos inconsecuentes con el pueblo y el movimiento revolucionario.

Al examinar nuestro trabajo de frente único volveremos sobre esta cuestión.

EL TRABAJO DEL PARTIDO EN LA CLASE OBRERA

El Partido Guatemalteco del Trabajo desarrolló un enorme y fructífero trabajo en el seno de la clase obrera, llevó adelante una correcta política de frente único en el movimiento sindical, combatió el sectarismo y el espíritu de grupo dentro y fuera del Partido, encabezó grandes luchas victoriosas de los trabajadores en defensa de su salario y de sus reivindicaciones principales. Pero nuestro Partido se limitó a un trabajo de tipo economicista en el seno de la clase obrera, no supo ligar la lucha por las demandas económicas y el trabajo en el campo sindical con el trabajo político cotidiano que corresponde realizar al Partido revolucionario de la clase obrera, no supo realizar la agitación y la propaganda políticas en el seno de la clase obrera, a fin de que ésta comprendiera correctamente los fenómenos sociales y políticos que tenían lugar, la posición de los diversos partidos y de las distintas clases frente a dichos fenómenos, la posición y la línea política de nuestro Partido.

Al Partido le faltó tenacidad e intransigencia en el trabajo organizativo en el seno de la clase obrera, lo que nos impidió aprovechar al máximo la gran influencia y la autoridad del Partido, en general, y de algunos camaradas, en particular, en el movimiento obrero.

Aun mucho antes de producirse la agresión norteamericana y el golpe de Estado de los militares traidores, el PGT era decidido partidario de que se armara a los obreros y los campesinos, considerando esta tarea como la clave del triunfo de las fuerzas democráticas frente a una inminente intervención extranjera. Sin embargo, el Partido no planteó esta tarea ante la clase obrera con toda la energía y la audacia que era necesario, la planteó solamente a algunos aliados, y más tarde, frente a la inminente invasión extranjera, la planteó con retraso y con mucha debilidad ante las masas trabajadoras.

La principal gestión del Partido en este sentido se hizo por arriba, con algunos aliados. El Partido se había enredado en el temor de que se podía producir un golpe del ejército, o por lo menos una imposición política de éste, si planteaba abiertamente la cuestión de las armas para la clase obrera y los campesinos, y no supo encontrar la forma y la oportunidad de plantear la cuestión cuando anteriormente pudo haberlo hecho. Aun en el momento

de iniciarse la agresión norteamericana el problema no fue bien planteado pues el Partido dio a las organizaciones populares la iniciativa de demandar primero instrucción militar, para después solicitar pelear junto al ejército en la defensa de la patria.

Esta manera de plantear las cosas alimentaba ilusiones en las masas sobre el papel que jugaría el ejército, pues hacía suponer que el ejército era leal en su totalidad, que combatiría dignamente contra el invasor y que mantendría honrosamente su juramento de defender la inviolabilidad del territorio nacional, la soberanía nacional, las instituciones democráticas y el gobierno legítimo electo por el pueblo.

Es cierto que el Partido organizó numerosas brigadas de obreros, campesinos y jóvenes para luchar contra la intervención, es bien cierto que estas brigadas, armadas solamente con machetes y palos, le hicieron frente a los grupos reaccionarios en diversos lugares del país, pero en lo fundamental se esperó a que las armas las diera el ejército en cumplimiento de una orden del presidente Arbenz. El ejército, por su parte, que no recibió tal orden hasta un día antes del golpe de Estado, rechazó una tras otra las solicitudes de los sindicatos, de las uniones campesinas y las organizaciones populares de recibir entrenamiento militar y armas.

Nuestro Partido no combatió con las masas la negativa del ejército a armar a los obreros y los campesinos, no desenmascaró públicamente el fondo de clase de esta negativa, encubierta hipócritamente con declaraciones de fingido patriotismo y de autosuficiencia para rechazar al invasor. Nuestro Partido no desplegó una enérgica actividad para que la consigna del armamento del pueblo fuera una consigna comprendida y sentida por cada obrero y por cada campesino, por cada luchador antiimperialista de tal manera que se desarrollara en cada uno la iniciativa de armarse a toda costa. Como no se hizo este trabajo los campesinos procedieron ingenuamente a entregar a las autoridades militares y civiles las armas que los aviones invasores arrojaban en paracaídas en distintos lugares del país. El Partido cometió un grave error al elogiar este acto ingenuo de los campesinos y al dar instrucciones en algunos lugares para que se procediera de igual forma, temiendo una "prematura" fricción con el ejército y abrigando la esperanza de que se podría conseguir por arriba la decisión de armar al pueblo. Es verdad que las armas arrojadas en paracaídas por los invasores no fueron muchas y que una buena parte era vieja o estaba inutilizada, pero esta circunstancia no atenúa en lo más mínimo el error del Partido.

Finalmente, el Partido cometió el error de no preocuparse por organizar el trabajo revolucionario en el seno del ejército. Se desaprovecharon

magníficas oportunidades que brindaba la Reforma agraria para acercarse a los soldados, para ligar a los soldados, en su gran mayoría de origen campesino, a la clase obrera, para hacer un serio trabajo de agitación y propaganda por los objetivos del movimiento revolucionario, contra la venenosa labor anticomunista y contrarrevolucionaria de los jefes y oficiales reaccionarios.

EL FRENTE ÚNICO DE LAS FUERZAS DEMOCRÁTICAS

El Partido siguió una correcta línea de alianza de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas contra los terratenientes feudales, la burguesía reaccionaria y el imperialismo yanqui. Sin embargo, en la aplicación de la justa línea de frente único el Partido concedió más importancia a la alianza con los partidos democrático-burgueses, que a la forja de una firme alianza de la clase obrera y los campesinos. El Partido no tuvo suficientemente en cuenta que el frente único de todas las fuerzas democráticas debía tener como núcleo fundamental la alianza de los obreros y los campesinos, que los campesinos son el aliado natural y más próximo de la clase obrera y que tal alianza es indispensable para que la clase obrera pueda ejercer la hegemonía del movimiento revolucionario y garantizar su desarrollo consecuente.

El Partido creó las condiciones para una estrecha alianza de los obreros y los campesinos al conducir la lucha de la clase obrera por la realización de la reforma agraria, haciendo de ésta una consigna propia de la clase obrera, al luchar de manera consecuente por la satisfacción de las demandas de los campesinos y exigir la entrega inmediata de la tierra a los campesinos, sin distinción de opinión política o religiosa, ni de que fueran o no miembros de alguna organización de masas. Sin embargo, estas condiciones favorables no se supo aprovecharlas al máximo, ni se supo encontrar las múltiples formas concretas de utilizarlas en interés del fortalecimiento de la alianza obrero-campesina.

En cuanto a la alianza del Partido con los partidos de la burguesía democrática, debe indicarse que fue el resultado de una justa táctica que correspondía a los intereses del pueblo y a los objetivos del movimiento revolucionario y democrático. El Partido fue perseverante en sus esfuerzos para mantenerla y perfeccionarla y es justo reconocer que en los partidos democrático-burgueses, junto a los elementos capituladores y reaccionarios incrustados había fuerzas y elementos que respondían consecuentemente a la línea de unidad de las fuerzas democráticas, gracias a la cual se alcanzaron importantes conquistas económicas, sociales y políticas. Las fallas de nuestra parte radicaron en cuatro cuestiones fundamentales: En primer lugar, la dirección del Partido realizaba un trabajo serio por arriba, con los dirigentes de los partidos que integraban el Frente Democrático Nacional en proceso de desarrollo,

pero el conjunto de las organizaciones del Partido no realizaban igual esfuerzo con los miembros y las organizaciones locales de los partidos burgueses democráticos, desatendiendo las reiteradas indicaciones del Comité Central del Partido de realizar el trabajo de frente único por la base. Esto les permitía a los líderes de los partidos burgueses el incumplimiento de los acuerdos y el entorpecimiento del desarrollo del Frente Democrático, en el cual aquellos líderes veían solamente un instrumento electoral, cuando no participaban en las reuniones solo para “complacer al señor Presidente”, cuya posición unitaria era conocida.

En segundo lugar, el Partido, temeroso de caer en posiciones sectarias, o de que se le pudiera tildar de “provocador”, limitó muchas veces la propaganda por su propio Programa y por su propia línea marxista-leninista, y ciñó sus actividades al ritmo lento y tortuoso del Frente Democrático. Debido a este erróneo criterio el Partido accedió a suspender la manifestación popular del día 18 de junio de 1954, tomando en cuenta las informaciones que tenía el gobierno de que esa tarde los aviones invasores iban a bombardear la ciudad, como efectivamente sucedió, pero al mismo tiempo el Partido no propuso ninguna hora ni fecha distinta para llevar a cabo la manifestación, ni luchó por convencer a los aliados de la necesidad de sacar a las masas a la calle para patentizar el respaldo popular del gobierno en aquellos momentos en que era tan necesario hacerlo. Esto expresaba una concepción falsa acerca del trabajo de frente único, concepción que colocaba al Partido a la zaga de sus propios aliados.

En tercer lugar, por las mismas falsas concepciones, el Partido no realizó la debida crítica del gobierno del coronel Arbenz, en el cual, como bien se sabe, no todos sus miembros eran sinceramente demócratas y antiimperialistas, por el contrario, junto a los elementos que tenían una posición democrática se movían los elementos reaccionarios y proimperialistas, los desfalcadores del tesoro público, los traidores como Elfego H. Monzón, ministro sin cartera, Luis Ángel Sánchez, ministro de la Defensa, y tantos otros más que tenían igual o parecida actitud, en forma abierta o solapada. Algunos de los males del gobierno de Arbenz se veían con indiferencia por el Partido considerándolos simples “males propios de un régimen burgués”, cuando precisamente por serlo los comunistas debimos practicar una justa crítica de los mismos, con lo cual se conseguía, entre otras cosas, educar a las masas trabajadoras, en primer lugar, a la clase obrera.

En cuarto lugar, como ya lo hemos dicho, el Partido permitió que la burguesía ejerciera sobre él cierta influencia nociva, influencia que por la debilidad teórica y política del Partido era tanto más perjudicial y que se manifestó no solo en la base sino que hasta en determinadas opiniones políticas

de algunos de los principales dirigentes del Partido. Aquella influencia actuó como un freno de la actividad del Partido y no siempre la dirección del Partido supo descubrirla y combatirla a tiempo.

Sabiendo que la posición democrática y antiimperialista del presidente Arbenz no era compartida por una parte muy importante de su gobierno, el Partido siguió la política de vigorizar el respaldo de las masas a Arbenz como una manera de afirmar la posición de éste en el seno de su gobierno y frente al ejército, pero el Partido cometió el error de no levantar al mismo tiempo ante las masas al Comité Central y a los principales dirigentes del Partido, por lo cual se mantuvo en las masas la concepción de Arbenz como jefe de la revolución, lo que hizo perder de vista que Arbenz era, a pesar de su respeto por las promesas que había hecho al pueblo, de su consecuencia y del arraigo de sus convicciones democráticas, un exponente y un líder de la burguesía nacional que no podía por sí solo decidir sobre su propia clase.

El Partido subestimó la necesidad de elaborar y practicar una política de frente único con los católicos, no prestó suficiente atención a la réplica a la calumniosa campaña reaccionaria que presenta a los comunistas como enemigos de la libertad de conciencia y a los cultos religiosos, campaña llevada a cabo con notorio desparpajo por los dirigentes de ideología fascista de la Iglesia Católica, cuyas vinculaciones con los monopolios extranjeros, con la burguesía reaccionaria y con los terratenientes feudales no fueron desenmascaradas oportunamente por nuestro Partido. Por ello el clero reaccionario pudo movilizar con relativa facilidad a algunos sectores católicos en favor de la intervención extranjera.

3.5. Después del XX Congreso

PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL

*Por el desarrollo económico capitalista en Brasil**

Después del final de la guerra fría y en particular después del XX Congreso del PC soviético, se inicia una reorientación del comunismo latinoamericano, Se criticará la política de los años 1949-54 como sectaria e izquierdista, y se seguirá una orientación mucho más moderada, cuyo eje principal es la tesis de una “vía pacífica” de la revolución. También se observa cierto acercamiento a las concepciones desarrollistas que predominaban entonces en los medios políticos y universitarios de América Latina. Los extractos adjuntos pertenecen a una declaración del PC brasileño de marzo de 1958, que presenta de modo claro y sistemático la idea central de este nuevo período: el desarrollo capitalista corresponde a los intereses de todo el pueblo, la contradicción principal es la que existe entre la nación en desarrollo y el imperialismo norteamericano. Observemos de paso que el texto insiste también en la importancia de las “superfuerzas feudales” como freno al desarrollo capitalista del país.

Los documentos del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética motivaron en las filas de nuestro partido una intensa discusión, en el curso de la cual fueron sometidos a crítica los graves errores de carácter dogmático y sectario de la orientación política del Partido.

El examen de estos errores y la necesidad de superarlos condujeron al comité central del Partido Comunista del Brasil a trazar una nueva orientación política, que se expone en la presente declaración. Al hacerlo, el comité central consideró la experiencia pasada del partido y las modificaciones esenciales ocurridas en la situación de Brasil y del mundo.

El comité central espera que, en el proceso de su aplicación práctica, la política aquí trazada sea sometida a comprobación y enriquecida por la experiencia del Partido y del pueblo brasileño [...]

* “Declaração sobre a política”, del Partido Comunista de Brasil, Río de Janeiro, marzo de 1958, pp. 3, 14-16, 24-26.

Se profundiza la contradicción entre la nación brasileña y el imperialismo norteamericano

Las modificaciones en la situación económica y política del país, así como en la situación internacional, determinan importantes alteraciones en la disposición de las fuerzas sociales y definen el camino hacia la solución de los problemas de la revolución brasileña.

Como consecuencia de la explotación imperialista norteamericana y de la permanencia del monopolio de la tierra, la sociedad brasileña está sometida, en la etapa actual de su historia, a dos contradicciones fundamentales. La primera es la contradicción entre la nación y el imperialismo norteamericano y sus agentes internos. La segunda es la contradicción entre las fuerzas productivas en desarrollo y las relaciones de producción semi-feudales en la agricultura. El desarrollo económico y social del Brasil hace necesaria la solución de estas dos contradicciones fundamentales.

La sociedad brasileña encierra también la contradicción entre el proletariado y la burguesía, que se expresa en las diversas formas de la lucha de clases entre obreros y capitalistas. Pero esta contradicción no exige una solución radical en la etapa actual. En las condiciones presentes de nuestro país, el desarrollo capitalista corresponde a los intereses del proletariado y de todo el pueblo.

La revolución en Brasil, por consiguiente, no es aun socialista, sino antiimperialista y antifeudal, nacional y democrática. La solución completa de los problemas que ella plantea debe conducir a la total liberación económica y política de la dependencia con respecto al imperialismo norteamericano; a la transformación radical de la estructura agraria, con la liquidación del monopolio de la tierra y de las relaciones precapitalistas de trabajo; al desarrollo independiente y progresista de la economía nacional y a la democratización radical de la vida política. Estas transformaciones removerán las causas profundas del atraso de nuestro pueblo y crearán, con un poder de las fuerzas antiimperialistas y antifeudales bajo la dirección del proletariado, las condiciones para la transición al socialismo, objetivo no inmediato, sino final, de la clase obrera brasileña.

En la situación actual del Brasil el desarrollo económico capitalista entra en conflicto con la explotación imperialista norteamericana, profundizándose la contradicción entre las fuerzas nacionales y progresistas en crecimiento y el imperialismo norteamericano, que obstaculiza su expansión. En estas condiciones, la contradicción entre la nación en desarrollo y el imperialismo norteamericano y sus agentes internos, se ha transformado en la contradicción principal de la sociedad brasileña.

El golpe principal de las fuerzas nacionales, progresistas y democráticas se dirige, por ello, actualmente, contra el imperialismo norteamericano y los entreguistas que lo apoyan. La derrota de la política del imperialismo norteamericano y de sus agentes internos abrirá el camino para la solución de todos los demás problemas de la revolución nacional y democrática en Brasil.

Para realizar su política de explotación y de vinculación de nuestro país a sus planes guerreros, el imperialismo norteamericano cuenta con el apoyo de sectores de latifundistas y de sectores de la burguesía. Sirven al imperialismo norteamericano los latifundistas que están ligados, por sus intereses, a la explotación imperialista, numerosos intermediarios del comercio exterior, los socios de empresas controladas por el capital monopolista norteamericano y determinados agentes de negocios bancarios y comerciales.

Estos sectores –una minoría verdaderamente ínfima– constituyen las fuerzas entreguistas que, dentro y fuera de los órganos del Estado, sostienen la política de dependencia con respecto al imperialismo norteamericano.

Al enemigo principal de la nación brasileña se oponen, por lo tanto, fuerzas muy amplias. Estas fuerzas incluyen al proletariado, el luchador más consecuente por los intereses generales de la nación; los campesinos, interesados en liquidar una estructura retrógrada que se apoya en la explotación imperialista; la pequeña burguesía urbana, que no puede expandir sus actividades en virtud de los factores de atraso del país; la burguesía, interesada en el desarrollo independiente y progresista de la economía nacional; los sectores de latifundistas que están en contradicción con el imperialismo norteamericano, a raíz de la disputa en torno a los precios de los productos de exportación, a la competencia en el mercado internacional o a la acción extorsiva de las firmas norteamericanas y de sus agentes en el mercado interno; los grupos de la burguesía ligados a monopolios imperialistas rivales de los monopolios de Estados Unidos y que son perjudicados por éstos.

Son fuerzas, por consiguiente, extremadamente heterogéneas por su carácter de clase. Incluyen desde el proletariado, que tiene interés en las más profundas transformaciones revolucionarias, hasta partes de las fuerzas más conservadoras de la sociedad brasileña. Su consecuencia en la lucha contra el imperialismo norteamericano no puede ser evidentemente la misma, aunque todas esas fuerzas poseen motivos para unirse contra la política de sumisión al imperialismo norteamericano. Cuanto más amplia sea esta unidad, mayores serán las posibilidades de infligir una derrota completa a aquella política y garantizar un curso independiente, progresista y democrático al desarrollo de la nación brasileña. [...]

El Frente Único y la lucha por un gobierno nacionalista y democrático

Las tareas impuestas por la necesidad del desarrollo independiente y progresista del país no las puede resolver ninguna fuerza social aisladamente. De esto se desprende la exigencia objetiva de la alianza entre todas las fuerzas interesadas en la lucha contra la política de sumisión al imperialismo norteamericano. La experiencia de la vida política brasileña ha demostrado que las victorias antiimperialistas y democráticas solo se pudieron obtener mediante la acción en frente único de estas fuerzas [...]

Siendo inevitablemente heterogéneo, el frente único nacionalista y democrático encierra contradicciones. Por una parte, hay intereses comunes y, por lo tanto, hay unidad. Éste es un aspecto fundamental y explica la necesidad de la existencia del frente único, su capacidad de superar las contradicciones internas entre sus componentes. Por otra parte, hay intereses contradictorios y por lo tanto, las fuerzas sociales integrantes del frente único se oponen en el terreno de ciertas cuestiones, esforzándose en hacer prevalecer sus intereses y sus puntos de vista.

El proletariado y la burguesía se alían en torno al objetivo común de luchar por un desarrollo independiente y progresista contra el imperialismo norteamericano. Aunque explotado por la burguesía, es de interés del proletariado aliarse a ella, toda vez que sufre más las consecuencias del atraso del país y de la explotación imperialista que las del desarrollo capitalista. Entretanto, marchando unidos para alcanzar un objetivo común, la burguesía y el proletariado poseen también intereses contradictorios.

La burguesía se empeña en recoger para sí todos los frutos del desarrollo económico del país, intensificando la explotación de las masas trabajadoras y lanzando sobre ellas el peso de las dificultades. Por ello, la burguesía es una fuerza revolucionaria inconsecuente, que vacila en ciertos momentos, tiende a los compromisos con los sectores entreguistas y teme a la acción independiente de las masas.

El proletariado tiene interés en el desarrollo antiimperialista y democrático consecuente.

A fin de asegurarlo, al mismo tiempo que lucha por la causa común de todas las clases y capas que se oponen a la explotación imperialista norteamericana, el proletariado defiende sus intereses específicos y los de las vastas masas trabajadoras y lucha por las amplias libertades democráticas que faciliten la acción independiente de las masas. El proletariado debe salvaguardar, por ello, su independencia ideológica, política y organizativa dentro del frente único.

Es indispensable, mientras tanto, no perder de vista jamás que la lucha dentro del frente único es diferente, en principio, de la lucha que el frente único libra contra el imperialismo norteamericano y las fuerzas entreguistas. En este último caso, el objetivo consiste en aislar al enemigo principal de la nación brasileña y derrotar su política. Ya la lucha del proletariado dentro del frente único no tiene por fin aislar a la burguesía ni romper la alianza con ella, sino que se dirige a defender los intereses específicos del proletariado y de las vastas masas, ganando simultáneamente a la propia burguesía y a las demás fuerzas con el fin de aumentar la cohesión del frente único. Por librarse dentro del frente único, esta lucha debe ser conducida de modo adecuado, a través de la crítica o de otras formas, evitando elevar las contradicciones internas del frente único al mismo nivel de la contradicción principal, que opone la nación al imperialismo norteamericano y sus agentes. Así, es preciso tener siempre en cuenta que las contradicciones de intereses y las divergencias de opinión dentro del frente único, aunque no deban ser ocultadas y lleguen a causar dificultades, pueden ser abordadas y superadas sin romper la unidad.

*Tesis de la izquierda revolucionaria en Argentina**

Algunas corrientes de izquierda revolucionaria surgen en ciertos países de América Latina en oposición a la orientación del movimiento comunista oficial: coexistencia pacífica a escala internacional, apoyo a partidos o gobiernos burgueses considerados como progresistas, etcétera. En Argentina, Silvio Frondizi (1907-1974), historiador y sociólogo marxista (próximo al trotskismo), constituye una pequeña organización que será la primera en llamarse MIR, Movimiento de la Izquierda Revolucionaria. Pensador original y vigoroso, autor de trabajos filosóficos, económicos y políticos importantes (La integración mundial del capitalismo, 1947. El Estado moderno, 1954. La realidad argentina, 1955-56. Interpretación materialista dialéctica de nuestra época, 1960, etcétera), abogado de los combatientes de la guerrilla encarcelados por el régimen militar argentino (1966-73), Silvio Frondizi será asesinado en 1974 por un grupo terrorista de extrema derecha (Triple A).

Los pasajes siguientes se tomaron de la respuesta a una encuesta sobre la izquierda argentina realizada hacia 1958-59.

Peronismo

Para nosotros, el peronismo ha sido la tentativa más importante y la única de realización de la revolución democrático-burguesa en la Argentina, cuyo fracaso se debe a la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir con dicha tarea.

A través de su desarrollo, el peronismo ha llegado a representar a la burguesía argentina en general, sin que pueda decirse que ha representado de manera exclusiva a uno de sus sectores –industriales o terratenientes–. Dicha representación ha sido directa, pero ejercida a través de una acción burocrática que lo independizó parcial y momentáneamente de dicha burguesía. Ello le permitió canalizar en un sentido favorable a la supervivencia del sistema, la presión de las masas, mediante algunas concesiones determinadas por la propia imposición popular, la excepcional situación comercial y financiera del país, y las necesidades demagógicas del régimen. Precisamente, la floreciente situación económica que vivía el país al término de la segunda gran guerra, constituyó la base objetiva para la actuación del peronismo.

* “Contesta el doctor Silvio Frondizi”, en *Las izquierdas en el proceso político argentino*, ed. Palestra, Buenos Aires, 1959, pp. 28-33, 40-46.

Éste contó, en su punto de partida, con cuantiosas reservas acumuladas de oro y divisas, y esperó confiadamente que la situación que las había creado mejorara constantemente, por la necesidad de los países afectados por la guerra y por un nuevo conflicto bélico que se creía inminente.

Una circunstancia excepcional y transitoria más, contribuyó a nutrir ilusiones sobre las posibilidades de progreso de la experiencia peronista. Nos referimos a la emergencia de una especie de interregno en el cual el imperialismo inglés vio disminuir su control de la Argentina, sin que se hubiera producido todavía el dominio definitivo y concreto del imperialismo norteamericano sobre el mundo y sobre nuestro país. Ello posibilitó cierto bonapartismo internacional –correlativo al que se practicó en el orden nacional–, y engendró en casi todas las corrientes políticas del país grandes ilusiones sobre las posibilidades de independencia económica y de revolución nacional.

La amplia base material de maniobras permitió al gobierno peronista, en primer lugar, planear y empezar a realizar una serie de tareas de desarrollo económico y de recuperación nacional, con todas las limitaciones inherentes a un intento de planificación en el ámbito capitalista. La estructura tradicional de la economía argentina no sufrió cambios esenciales; las raíces de su dependencia y de su deformación no fueron destruidas. Al agro no llegó la revolución, ni siquiera una tibia reforma. Fueron respetados los intereses imperialistas, a los cuales incluso se llamó a colaborar, a través de las empresas mixtas. Tampoco se hicieron costear las obras de desarrollo económico al gran capital nacional e imperialista. El Primer Plan Quinquenal, en la medida que se realizó, fue financiado, ante todo, con los beneficios del comercio exterior. Por otra parte, a consecuencia de una serie de factores, aquella fuente primordial de recursos pronto se tornó insuficiente, y debió ser complementada con las manipulaciones presupuestarias y el inflacionismo abierto. A través de la inflación, los costos de la planificación económica peronista no tardaron en recaer también sobre la pequeña burguesía y el proletariado de las ciudades.

Pero durante su primer período de expansión y euforia, el peronismo tuvo también realizaciones en los distintos aspectos de la economía. En materia de transportes, se nacionalizaron los ferrocarriles y se incorporó nuevo material; la marina mercante argentina fue aumentada en sus efectivos y en el tonelaje total transportado. Hacia la misma época se fue dando gran impulso a la aviación, se completó la nacionalización de puertos, etcétera. Otra realización recuperadora del peronismo en su período de auge ha sido la repatriación de la deuda pública externa. Se pretendió solucionar el problema de la energía en general y del petróleo en particular, pero sin atacar las cuestiones de fondo. Se tomaron una serie de medidas favorables a la industria

y se apoyaron los rudimentos de una industria pesada estatizada, heredados del gobierno precedente, aumentando la participación estatal en la industria. La intervención directa del Estado en la industria tuvo una doble finalidad: tomar a su cargo tareas económicas necesarias que la endeble burguesía nacional no era capaz de realizar por sí sola y proporcionar a la burocracia bonapartista un nuevo resorte de poder y una importante fuente adicional de beneficios. La generosidad del crédito estatal fue otra de las formas de favorecer al capitalismo nativo-extranjero.

El mantenimiento de un grado apreciable de paz social ha sido una de las contribuciones más importantes del Estado peronista a la prosperidad de la burguesía agroindustrial argentina durante el primer período de expansión. La propia prosperidad general fue factor fundamental en la atenuación transitoria de las luchas clasistas argentinas. A ello se agregó la acción del Estado, que por un lado promovía una política de altos salarios, a la vez que subsidiaba a las grandes empresas para evitar que éstas elevaran exageradamente sus precios, y por otra parte encerraba a los trabajadores en un flexible pero sólido y eficiente mecanismo de estatización sindical.

Este balance realizado –que es nuestra posición desde hace varios años– nos ha evitado caer en los dos tipos de errores cometidos respecto al peronismo: la idealización de sus posibilidades progresistas, magnificando sus conquistas y disimulando sus fracasos, y, por el otro lado, la crítica negativa y reaccionaria de la “oposición democrática”, que, v.gr., tachó al peronismo de fascismo.

El resultado de tal balance es la entrega del capitalismo nacional al imperialismo, a través de su personero gubernamental, el peronismo. En efecto: transcurridos los primeros años de prosperidad, entró a jugar con toda fuerza el factor crítico fundamental de los países semicoloniales: el imperialismo. Éste logró por diversos medios (dumping, relación de los términos de intercambio, etcétera) ir estrangulando paulatinamente a la burguesía nacional y su gobierno. Los diversos tratados celebrados con el imperialismo –verdaderamente lesivos para el país– culminaron el proceso de entrega. En fin, el balance de la experiencia nacional-burguesa del peronismo ha sido la crisis: estancamiento y retroceso de la industria, la caída de la ocupación industrial y de los salarios reales, el crónico déficit energético, la crisis de la economía agraria y del comercio exterior, la inflación, etcétera.

Yendo ahora a su aspecto político, el rasgo fundamental del peronismo estuvo dado por su aspiración de desarrollar y canalizar simultáneamente la creciente presión del proletariado en beneficio del grupo dirigente primero y de las clases explotadoras luego. De aquí que nosotros hayamos calificado

al peronismo como bonapartismo, esto es, una forma intermedia, especialísima de ordenamiento político, aplicable a un momento en que la tensión social no hace necesario aun el empleo de la violencia, que mediante el control del aparato estatal tiende a conciliar las clases antagónicas a través de un gobierno de aparente equidistancia, pero siempre en beneficio de una de ellas, en nuestro caso la burguesía.

El capitalismo, frente a la irrupción de las masas populares en la vida política, y sin necesidad inmediata de barrer con la parodia democrática que la sustenta, trata de canalizar esas fuerzas populares. Para ello necesita favorecer, por lo menos al comienzo, a la clase obrera con medidas sociales, tales como aumento de salario, disminución de la jornada de trabajo, etcétera. Pero como estas medidas son tomadas, por definición, en un período de tensión económica, el gran capital no está en condiciones materiales y psicológicas de soportar el peso de su propia política. Lógico es, entonces, que lo haga incidir sobre la clase media, la que rápidamente pierde poder, pauperizándose. Con ello se agrega un nuevo factor al proceso de polarización de las fuerzas sociales.

La política de ayuda obrera referida se realiza, en realidad, en muy pequeña escala, si es que alguna vez se realiza, dándosele apariencia gigantesca por medio de supuestas medidas de todo orden.

Las consecuencias de este demagogismo son fácilmente previsibles: dislocan aun más el sistema capitalista, anarquizándolo y por lo tanto, acelerando su proceso crítico. Además, la política demagógica relaja la capacidad de trabajo de los obreros, lo que explica que cuando el capitalismo necesita readaptarlos para el trabajo intenso, tenga que emplear métodos compulsivos. Ésta es una nueva causa que explica el totalitarismo y una nueva demostración de que, en el actual período, el Estado Liberal carece tanto de posibilidad como de valor operativo.

El proceso demagógico presenta algunos resultados beneficiosos, particularmente en el orden social y político. Al apoyarse en el pueblo, desarrolla la conciencia de clase política del obrero. Creemos que el aspecto positivo fundamental del peronismo está dado por la incorporación de la masa a la vida política activa; en esta forma la liberó psicológicamente. En este sentido Perón cumplió el papel que Yrigoyen con relación a la clase media. Hizo partícipe al obrero, aunque a distancia, en la vida pública, haciéndole escuchar a través de la palabra oficial el planteamiento de los problemas políticos de fondo, tanto nacionales como internacionales.

Estos aspectos representados por el peronismo fueron los que lo volvieron peligroso a los ojos del gran capital. De aquí que nosotros hayamos dicho en el primer tomo de *La realidad argentina*, escrito en 1953, que Estados Unidos

“necesita un gobierno de personalidades más formales” que las peronistas, permitiéndonos predecir “que llegado este momento (de profundas convulsiones sociales) el general Perón, instrumento del sistema capitalista en una etapa de su evolución, será desplazado”.

La pérdida de la *base material de maniobra* del país y del peronismo restó a éste la posibilidad de continuar con su política, y fue la que condujo, en última instancia, a su caída.

La acusación de fascismo lanzada contra el régimen peronista carece de tanto fundamento como la posición que consideró a éste un movimiento de liberación nacional. Para demostrar que el mismo fue bonapartista y no fascista, será suficiente con indicar que se apoyó en las clases extremas, gran capital y proletariado, mientras la pequeña burguesía y en general la clase media, sufrió el impacto económico-social de la acción gubernamental.

Por el contrario, en el fascismo, la fuerza social de choque del gran capital está constituida por la pequeña burguesía. Esta circunstancia explica que las persecuciones contra el proletariado bajo el régimen fascista, encierren tanta gravedad, ya que la acción represiva está a cargo de toda una clase. Es necesario distinguir entre dictadura clasista y dictadura policial.

La torpe y reaccionaria acusación de fascismo, partió de la Unión Democrática, de triste recuerdo. Las fuerzas más oscuras de la política argentina, coaligadas en la Unión Democrática, en la que no faltó el apéndice izquierdista, no quisieron o no supieron comprender en su hora toda la importancia del nuevo fenómeno representado por el peronismo, y de su desprestigio e incapacidad cosechó éste para conquistar el poder. Así, nosotros pudimos predecir el triunfo del coronel Perón, en nuestro trabajo “La crisis política argentina”.

El gran odio que le profesó la “oposición democrática” se debió a que su régimen destapó la olla podrida de la sociedad burguesa, mostrándola tal cual es. La juridicidad burguesa y la sacrosanta Constitución Nacional, perdieron su virginidad poniendo al descubierto su carácter de servidoras de una situación. Se destruyó la unidad del ejército y se colaboró en la descomposición de los partidos políticos, etcétera. En efecto, no fueron los rasgos negativos del peronismo los que verdaderamente separaban a la “oposición democrática”, como se ha visto después: el aventurerismo y la corrupción política, administrativa, etcétera, la “pornocracia”; la estatización y burocratización del movimiento obrero; la legislación represiva hoy en vigor con más fuerza que nunca, etcétera. Asimismo, con la caída de Perón no se trató de corregir esos defectos, sino terminar con los excesos de su demagogismo, demasiado peligroso ya en un período de contracción económica. El golpe de Estado de 1955 cumple ese objetivo del gran capital nativo-extranjero [...]

Creemos que en Latinoamérica están dadas las condiciones para una revolución socialista, pero nos faltan todavía algunas condiciones subjetivas. Claro está que el análisis de esta situación significa resolver el grave problema –tal vez el más grave que enfrenta la revolución socialista en el mundo– sobre las relaciones entre masa, partido y dirección.

El M. I. Revolucionaria (Praxis) ha enfrentado y buscado solucionar estos problemas, mediante la formación de cuadros medios obreros, manuales e intelectuales, que puedan llegar a ser grandes conductores sociales. En esta forma, si algún día llega como llegará el ascenso revolucionario en el país, no se irá al fracaso, tal como sucedió en Bolivia por ejemplo, en el que las condiciones objetivas están maduras y poco o nada se hizo por la ausencia de una dirección numerosa y consciente.

El primer requisito de una dirección consciente reside en la firme creencia en la jerarquía de la masa obrera y en la necesidad de acatar los dictados de la magnífica capacidad creadora de las masas populares.

Debemos ahora dedicar la atención a los elementos de las otras clases que pueden integrarse con el proletariado en la lucha por la liberación del hombre. Ante todo, corresponde el estudio de la pequeña burguesía pauperizada.

Ésta sufre directamente las consecuencias de la concentración económica monopolista. La situación de esta subclase debe ser tenida especialmente en cuenta, por cuanto su posición intermedia la hace apta para cualquier desplazamiento social. Es necesario hacerle comprender que su porvenir está ligado a los intereses del proletariado, que puede liberarla de la opresión económica y social que sufre.

Junto a los elementos sociales examinados, debemos tener en cuenta también a sectores o individuos de la intelectualidad, que han esclarecido el problema social y se pasan al campo revolucionario.

La toma del poder por el proletariado con la colaboración de los demás elementos sociales tratados, produce un salto cualitativo. Aunque esta opinión es suficientemente clara, no siempre es bien comprendida, por la deformación social, intelectual y moral realizada a través de toda suerte de propaganda que empieza en la escuela primaria y acompaña al individuo durante toda su vida. De aquí que, cuando se piensa sobre las posibilidades y consecuencias de un cambio social, se lo hace dentro de los viejos moldes mentales y de acuerdo a las acostumbradas posibilidades. Y no es así: la toma del poder por el proletariado produce un salto cualitativo que abre inmensas posibilidades, no dadas en la formación anterior.

La clase obrera puede realizar dicha transformación gracias a su mayor independencia frente a la deformación producida por la sociedad capitalista.

Por otra parte, el proletariado, al no compartir ciertas ventajas de la sociedad burguesa, tiene la suerte de no compartir muchas de sus deformaciones; tal es el caso de los convencionalismos sociales que, por ejemplo, aplastan la vida de la pequeña burguesía.

Debemos indicar un elemento más: la tremenda y creciente alienación sufrida por los trabajadores bajo el capitalismo, crea en ellos una legítima y a menudo inconsciente resistencia a todo posible esfuerzo productivo o creador, aun cuando ello implique mejoras inmediatas.

La transición a la nueva sociedad socialista encierra un problema importante, porque es evidente que en el país no se han cumplido todos los aspectos de la revolución democrático-burguesa. Establecida esta conclusión, y la de que la burguesía ha caducado como fuerza capaz de realizarla y que es el proletariado como fuerza rectora el que debe encargarse de esta misión, el problema se resuelve pensando que ya no se trata de realizar la revolución democrático-burguesa como etapa cerrada en sí misma, como fin, sino de realizar tareas democrático-burguesas en la marcha de la revolución socialista.

Entre esas tareas inmediatas figura: la lucha contra el imperialismo, que solo puede ser realizada por un partido marxista revolucionario que se fundamente en las masas. Además, será necesario resolver los graves problemas que impiden el desarrollo industrial y agrario del país. En el primer aspecto, deberán colocarse las grandes fuentes de producción en manos de la colectividad, dando en esta forma poderoso impulso a la acumulación económica. En el otro aspecto, el agrario, las fuerzas socialistas deberán realizar, no ya un paso o un salto adelante, sino la revolución agraria integral, cuya primera manifestación es la nacionalización de los latifundios. Esta nacionalización deberá realizarse, no para distribuirlos en forma de pequeña propiedad, sino para ser colectivizados, medida que permitirá, entre muchas otras cosas, el empleo masivo de la maquinaria agrícola.

Por supuesto, para la realización de tales tareas se requiere un cambio cualitativo en el aparato estatal. Éste no podrá estar en manos de un sector privilegiado de la sociedad, sino en manos de la colectividad social como tal; en otras palabras, implica el cambio del Estado por la Comunidad.

Solamente una organización socialista podrá resolver el problema de la libertad de conciencia, separando efectivamente la Iglesia del Estado, impidiendo que los intereses confesionales se entrometan, como lo pretenden, en los problemas político-sociales, en una tentativa de imposible regresión a la Edad Media.

En fin, la organización socialista de la sociedad es la única que puede asegurar al hombre su libertad, que no ha podido ser dada por los partidos

tradicionales, ni al país ni a sus propias organizaciones. Para ello la nueva fuerza tendrá que asegurar al hombre la libertad política y espiritual.

Pero la revolución socialista tiene un sentido más, que es su internacionalización. Esto es importante porque distintas tendencias de izquierda propugnan aparentemente lo mismo, pero en realidad con un contenido y resultado totalmente distintos.

En efecto, los representantes de las corrientes pequeñoburguesas, ya sea en el campo burgués o en el marxista, sostienen también la tesis de la integración latinoamericana. El problema se circunscribe a saber si tal tarea puede ser realizada por las burguesías nacionales o por el contrario es tarea que cabe exclusivamente a las fuerzas que actúan en la revolución socialista. Sostenemos la última alternativa, dado que: desde el punto de vista general, las burguesías nacionales son, por definición, nacionales, y han nacido, vivirán y morirán como tales. Y esto es tanto más válido en nuestra época, en que las burguesías, para poder sobrevivir, deben luchar a dentelladas entre ellas. A esta acción disociadora debe agregarse la función disolvente del imperialismo, creando o avivando antagonismos. Además de lo dicho, podría agregarse el aspecto histórico, es decir, la no realización de ninguna unidad internacional en manos de la burguesía, dado su carácter fundamentalmente competitivo.

La única posibilidad de realizar la unidad latinoamericana está dada por la toma del poder por las fuerzas socialistas. Solamente una clase libre de los intereses nacionales e internacionales que envuelven a la burguesía, puede realizar tal tarea. Tanta importancia asignamos a la internacionalización de la revolución para la supervivencia de un intento de socialismo en cualquier país latinoamericano, que creemos que debe ser una de las tareas centrales de toda revolución. Buena parte de sus energías y recursos debe ser destinada a esta finalidad. Los recursos que las burguesías nacionales y sus Estados sustraen a la comunidad y despilfarran sin sentido, deben ser destinados por la primera revolución socialista para la extensión y el triunfo revolucionario en los demás países latinoamericanos.

No es posible indicar dónde o en qué país se iniciará la lucha, pero es evidente que esta lucha ha de comenzar pronto. En cualquier forma nuestro país tiene una tarea importante y decisiva que cumplir: la consolidación de la revolución socialista latinoamericana se producirá, en efecto, con la revolución argentina. Esto será así, por el poderoso desarrollo relativo y el consiguiente peso específico que hemos adquirido en todos los órdenes de la actividad económica, ideológica, etcétera. En este orden de ideas, piénsese solamente en lo que significarán las vastas praderas argentinas, junto con las zonas montañosas ricas en yacimientos minerales de Brasil, Chile, Bolivia.

Perú, etcétera, y se tendrá una idea de las enormes posibilidades que tiene esta parte del mundo para realizar una integración de carácter económico. Y decimos integración, porque, al quedar suprimida la competencia, tiende a ir dejando de funcionar la ley del desarrollo combinado.

Dicha integración económica centuplicará las fuerzas originales de los países que la realizarán. Por otra parte, todo nuevo país que se va sumando al proceso revolucionario asesta un golpe mortal al imperialismo desde varios puntos de vista. Lo obliga a dividir los recursos financieros y militares disponibles para la represión internacional. Le reduce el mercado para la producción e inversión, agudizando sus contradicciones sociales y políticas internas al restarle las bases materiales para el equilibrio relativo que varios imperialismos han gozado, en distinto grado durante décadas.

Tal es, a grandes rasgos, la perspectiva estratégica determinante de la enorme tarea que se ha impuesto el MIR (Praxis), a la que ha dado principio de ejecución mediante un trabajo práctico y teórico incansable. Creemos que es hora ya de que la izquierda, abandonando viejas rivalidades y falsas posiciones, se decida a formar por fin, un gran frente para librar la batalla definitiva contra la opresión capitalista.

Si las viejas direcciones, que durante décadas han marchado separadas del proletariado argentino, insisten en optar, no entre los movimientos de izquierda, sino entre las distintas fracciones de la burguesía, llámense éstas Unión Democrática, peronismo o frondizismo, serán entonces sus propias bases las que les den la espalda, cansadas de seguir dando vuelta a una noria que no conduce a ninguna parte. El dilema de la hora es bien claro: o socialismo revolucionario o dictadura burguesa. Que cada uno elija su lugar en la lucha.

3.6. La historia económica marxista

SERGIO BAGÚ

*La economía colonial**

El historiador y economista argentino Sergio Bagú (también autor de trabajos sobre el materialismo histórico) es uno de los representantes más significativos de las ciencias sociales marxistas en América Latina. Sus obras de historia económica muestran que aun durante el período de hegemonía del dogmatismo más tosco, se hicieron trabajos marxistas serios. Economía de la sociedad colonial (1949) es un libro pionero, seguramente el primero que impugna, en forma sistemática, amplia y explícita, el esquema tradicional del “feudalismo latinoamericano”, subrayando la dimensión capitalista de la colonización ibérica del continente.

Índole de la economía colonial

La determinación de la índole de la economía colonial es algo más que un tema estrictamente técnico. Afecta la interpretación misma de la historia económica y adquiere un alcance práctico inmediato si consideramos que la economía actual de los países latinoamericanos conserva aun muchas de las fundamentales características de su estructura colonial.

La estructuración económica de la sociedad colonial hispano-lusa va adquiriendo sus líneas definitivas a mediados del siglo XVI, las que se acen- túan notablemente en los siglos posteriores. Al producirse la independencia de nuestros países, ya lleva el régimen colonial tres siglos largos de funciona- miento. En uno de ellos –Cuba– casi cuatro. Y en el más infortunado de todos –Puerto Rico– aun continúa en pie, bajo distinta insignia. Esta larga vigencia ayuda a explicar la honda huella colonial que los Estados independientes de América Latina heredan, mientras que en las colonias anglosajonas del norte el régimen imperial no alcanzó a vivir dos siglos, durante gran parte de los cuales estuvieron libradas a su propia suerte.

* Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial*, ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1949, pp. 97-98, 103-4, 117-20, 142-43.

¿Qué índole de economía es ésta que españoles y portugueses organizan aquí, en medio de las enormes multitudes nativas de América y África? ¿Es feudalismo, decadente entonces en el continente viejo? ¿Es capitalismo, cuyo brillo y empuje documentan en la época el apogeo italiano y los navegantes ibéricos? ¿Es algo distinto de ambos, aunque de ambos recoja algunas de sus características básicas? [...]

Pero hay un hecho indudable, las colonias hispano-lusas de América no surgieron a la vida para repetir el ciclo feudal, sino para integrarse en el nuevo ciclo capitalista que se inauguraba en el mundo.

Fueron descubiertas y conquistadas como un episodio más en un vasto período de expansión del capital comercial europeo. Su régimen económico colonial fue organizado con miras al robustecimiento de las economías metropolitanas y al mercado colonial. Muy pocos lustros después de iniciada su historia propiamente colonial, la orientación que van tomando sus explotaciones mineras y sus cultivos agrícolas descubren a las claras que responden a los intereses predominantes entonces en los grandes centros comerciales del viejo mundo.

Con todo, no podemos dejar de advertir en la estructuración económico-social de nuestra América una conmixti3n de factores, de características aparentemente contrapuestas, que deben ser estudiadas en detalle para extraer de su visi3n panorámica un concepto amplio y nítido de la índole de la economía colonial. [...]

La producci3n para el mercado

Si alguna característica bien definida e incuestionable queremos encontrar en la economí3a colonial, es la de la producci3n para el mercado. Desde los primeros tiempos del régimen hasta sus últimos días, condiciona ella toda la actividad productiva.

Para el mercado internacional producen el *senhor de engenho* de Bahía, de Río y de San Vicente, desde mediados del primer siglo colonial; del mismo modo que los *mineiradores* de Minas Gerais y el Distrito Diamantino, que la corona portuguesa monopoliza, en el siglo XVIII. Con el mismo destino se cultiva el algodón en Mara3n, en el XVIII y, hacia el fin de la era colonial, comienzan a extenderse los cafetales sureños. Para el mercado interno producen los *fazendeiros de ganado* del noreste desde el XVI y, más tarde, sus competidores del sur. Para el mercado interno se cultivan cereales en distintas regiones. [...]

Las colonias hispano-lusas no solo se incorporan rápidamente a la revoluci3n comercial iniciada en Europa sino que llegan a constituir, en su conjunto, uno de sus elementos más importantes.

Por otra parte, síntomas hay abundantes del alto grado de sensibilidad comercial que va presidiendo el desarrollo económico de estas colonias. Cuando se advierte que un producto colonial puede ser lanzado en gran escala al mercado internacional, hay crédito, instrumentos y esclavos disponibles para estimular su producción; a veces, hay también armas dispuestas a conquistar la zona productora para usufructuar mejor sus riquezas.

La Dutch West India Company, que invade la costa noreste del Brasil en 1630, busca dominar las zonas del azúcar, producto por el cual existía de antiguo gran interés en Holanda, al punto de que en el siglo XVI ya se había constituido en este país una compañía para venderla. Está aun en posesión de esa franja costera de la colonia portuguesa, cuando su necesidad de obtener el producto en grandes cantidades le lleva a ofrecer a los colonos ingleses de Barbados todo lo que éstos necesitan –capital, implementos, negros, caña de azúcar– para que inicien en la isla el mismo cultivo y, después que las primeras tentativas fracasan porque el azúcar obtenido no es de buena calidad, hace venir a algunos colonos de Barbados a sus flamantes dominios brasileños para que allí aprendan a mejorar la técnica. Cuando los portugueses y los brasileños la expulsan de Brasil en 1654, Barbados ya ha comenzado a exportar azúcar a Europa, con gran beneplácito de los accionistas y directores de la compañía holandesa, sin cuya ayuda Barbados no se hubiera transformado en lo que después sería: un gigantesco latifundio azucarero.

En el siglo XVIII –ya muy perfeccionada la técnica colonial del comercio internacional– los ejemplos como éste se multiplican. Los esclavistas estimulan la producción de azúcar en Cuba, abriendo créditos a los agricultores. La Compañía Geral do Comercio de Grao Pará e Maranhao abre crédito para la adquisición de esclavos e instrumentos de labranza, a los colonos de Marañón para estimular el cultivo del algodón, que los telares europeos buscan con insaciable avidez. La Compañía Guipuzcoana ofrece crédito a los pequeños agricultores de Venezuela para que se dediquen a producir cacao y otros frutos, que aquélla coloca a buen precio en el viejo continente.

Bastan los casos expuestos para confirmar que la colonia hispano-lusa forma parte fundamental del ciclo capitalista mundial y se desarrolla como complementaria de la economía europea, razón por la cual los productos más solicitados en el viejo mundo son los que mayor auge cobran en el nuevo. El mercado colonial fue también mucho más importante de lo que nuestros historiadores del siglo XIX habían supuesto, pero no puede equipararse, sin embargo, al europeo, en cuanto a la gravitación que ejerce en la configuración de la economía americana. [...]

La economía colonial como capitalismo colonial

Estamos ahora en condiciones de ofrecer una respuesta a los interrogantes que abrimos al iniciar el capítulo. El régimen económico luso-hispano del período colonial no es feudalismo. Es capitalismo colonial.

Cuando los historiadores y economistas dicen que el feudalismo, agonizante en Europa, revivió en América, se refieren a hechos ciertos: el traslado de algunas instituciones ya decadentes en el viejo mundo; el florecimiento de una aristocracia constituida por elementos desplazados de allá; ciertas características de las grandes explotaciones agrarias, ganaderas y mineras, que hemos analizado y que evocan las condiciones de dependencia de siervo a amo y la beligerancia señorial de la época feudal. Pero todos esos hechos no son suficientes para configurar un sistema económico feudal.

Por lo demás, el capitalismo colonial presenta reiteradamente en los distintos continentes ciertas manifestaciones externas que lo asemejan al feudalismo. Es un régimen que conserva un perfil equívoco, sin alterar por eso su incuestionable índole capitalista.

Lejos de revivir el ciclo feudal, América ingresó con sorprendente celeridad dentro del ciclo del capitalismo comercial, ya inaugurado en Europa. Más aun: América contribuyó a dar a ese ciclo un vigor colosal, haciendo posible la iniciación del período del capitalismo industrial, siglos más tarde.

La esclavitud no tiene nada de feudal y sí todo de capitalista, como creemos haberlo probado en el caso de nuestra América. Al integrarse dentro del ciclo comercial, la América luso-hispana recibió un formidable injerto africano. La mano de obra indígena y la otra de procedencia africana fueron los pilares del trabajo colonial americano. América y África –destiladas sus sangres por los alquimistas del comercio internacional– fueron indispensables para el deslumbrante florecimiento capitalista europeo.

CAIO PRADO JUNIOR

*La naturaleza económica de la colonización tropical**

Caio Prado Junior, eminente historiador brasileño y militante del Partido Comunista, es autor de varios libros de historia económica del Brasil que se han convertido en "clásicos". Él (junto con Bagú) fue uno de los primeros marxistas latinoamericanos que impugnaron la tesis tradicional de los partidos comunistas sobre el carácter "feudal" de la economía colonial, en su libro Historia económica do Brasil, de 1951. Sin embargo, como él mismo lo explicará más tarde, sus descubrimientos científicos no alteraron de ningún modo las concepciones de su partido sobre la necesidad de una revolución "antifeudal" en el Brasil del siglo XX.

El texto que sigue es un análisis de las características propias de la colonización "tropical" (diferente de la de América del Norte) en América Latina en general y en Brasil en particular, subrayando su dimensión capitalista específica.

Imaginemos la Europa anterior al siglo XVI, aislada de los trópicos que no le eran accesibles sino de una forma indirecta y lejana. De hecho, aquella Europa estaba casi enteramente privada de productos que hoy pueden parecer secundarios por su banalidad. Pero entonces eran apreciados como artículos de lujo. Tomemos, por ejemplo, el azúcar: cultivada en mediana escala en Sicilia, no por ello dejaba de ser un artículo muy raro y muy buscado. Incluso, en ocasión de matrimonios regios, figuraba como una dote preciosa y muy estimada. La pimienta, importada de Oriente, fue durante muchos siglos uno de los principales productos comerciales de las repúblicas comerciantes italianas; durante largo tiempo, la larga y difícil ruta de las Indias no sirvió más que para el aprovisionamiento de Europa. El tabaco, originario de América y por consiguiente desconocido antes de los descubrimientos, no tendrá una importancia menor después de su comercialización. Lo mismo sucederá con el añil, el arroz, el algodón y tantos otros productos tropicales.

Esto nos permite medir la atracción ejercida por los trópicos lejanos sobre la fría Europa. América iba a ofrecerle territorios inmensos que no esperaban más que la iniciativa y el esfuerzo del hombre, lo que estimulará la ocupación de los trópicos americanos. Pero, aunque impulsado por ese poderoso interés, el colono europeo no estaba dispuesto a invertir en ese medio a la vez difícil y extraño la energía de su trabajo físico. Llegaba a los trópicos

* Caio Prado Junior, *Historia económica do Brasil*, ed. Brasiliense, São Paulo, 1959, pp. 20-23.

para dirigir la producción de bienes de gran valor comercial, era el empresario de un negocio rentable, y no era sino a contrapelo que se convertía él mismo en trabajador. Otros trabajarían para él.

Sobre esta base es que se realiza una primera selección entre los colonos que se dirigen hacia los dos sectores del Nuevo Mundo, a saber el sector templado y los trópicos. El colono europeo no se dirige hacia los trópicos, libre y espontáneamente, sino cuando dispone de recursos y aptitudes capaces de garantizarle un papel dirigente; por lo tanto, cuando puede contar con gentes que trabajen para él. Otra circunstancia vendrá a reforzar esta tendencia y esta discriminación: es el carácter de la explotación agraria en los trópicos. Ésta se desarrollará en gran escala, es decir en grandes unidades productivas –las *fazendas* (grandes propiedades), los *engenhos* (ingenios azucareros), las plantaciones (como en las colonias inglesas)–, las cuales reúnen un número relativamente importante de trabajadores. En otros términos, para cada propietario (*fazendeiro*, amo o plantador) había muchos trabajadores subordinados y sin propiedad.

Las colonias tropicales tomaron una dirección completamente distinta de las que se encontraban en la zona templada. En esta última, se constituirían colonias de *poblamiento* (expresión consagrada por el trabajo clásico de Le-roy-Beaulieu, *De la colonisation chez les peuples modernes*), exutorio de los excesos demográficos de Europa. Exutorio que se utilizará para reconstituir, en el Nuevo Mundo, una organización y una sociedad semejantes al modelo europeo de origen. En los trópicos, por el contrario, veremos aparecer un tipo de sociedad completamente original, y que no es la simple sucursal comercial (*feitoria*), irrealizable en América. Pero esta sociedad conservará un carácter mercantil muy acentuado, será la empresa del colono blanco, la que le permitirá hacer la unión de una naturaleza pródiga en recursos ventajosos con la producción de bienes de gran valor comercial y del trabajo aportado por las razas inferiores, es decir los indios y los negros africanos importados que domina el colono blanco. Se realiza así un ajuste entre los objetivos mercantiles tradicionales que señalan el comienzo de la expansión marítima europea y las nuevas condiciones en que se realizará la empresa. Estos objetivos mercantiles, relegados al segundo plano en la zona templada, serán conservados en los trópicos marcando profundamente a las colonias aquí existentes y fijando su destino. En conjunto, contemplada en el plano mundial e internacional, la colonización de los trópicos adopta el aspecto de una vasta empresa comercial, mucho más compleja que la antigua sucursal (*feitoria*), pero siempre con el mismo carácter que aquélla, por estar destinada a la explotación de los recursos naturales de un territorio virgen en beneficio del comercio europeo.

Ahí está el verdadero sentido de la colonización tropical, de la que Brasil es uno de los resultados. Esto es lo que explica los elementos fundamentales de la formación y de la evolución de los trópicos americanos, tanto en el plano social como en el económico. Si queremos llegar a lo que hay de esencial en nuestra formación, veremos que en realidad nos constituimos con vistas a proporcionar primeramente azúcar, tabaco y algunos otros productos. Más tarde, será el oro y los diamantes; después el algodón, seguido por el café, y todo ello para el comercio europeo. Nada más que eso. En función de tal objetivo, objetivo orientado hacia el exterior, y sin otras consideraciones más que el interés de ese tipo de comercio, es que la sociedad y la economía brasileñas serán organizadas. Todo será dispuesto en el sentido que ha sido indicado, desde la estructura social hasta las otras actividades del país. El hombre blanco europeo vendrá hasta aquí para especular, para hacer un negocio: colocará sus capitales en esta empresa y reclutará la mano de obra –indios y negros importados– que necesita. Con tales elementos, articulados en una organización puramente productiva y mercantil, es que se constituirá la colonia brasileña.

Ese comienzo, cuyo carácter permanecerá dominante a través de los siglos de formación de la sociedad brasileña, marcará de manera profunda y total la vida del país, sobre todo en su estructura económica. Y eso hasta nuestros días, puesto que apenas empezamos a liberarnos de ese largo pasado colonial. Tomarlo en cuenta es necesario para comprender lo esencial de la evolución económica de Brasil.

MARCELO SEGALL
*El desarrollo del capitalismo en Chile**

El historiador chileno Marcelo Segall es también uno de los primeros autores marxistas que criticaron la doctrina del feudalismo latinoamericano. Nacido en Santiago en 1920, Segall fue rector y fundador de la Universidad Independiente (popular) de Santiago y profesor e investigador de la Universidad de Chile. Detenido en 1973 y encarcelado durante un año por la Junta militar de Pinochet, fue liberado gracias a una campaña de opinión internacional y actualmente dirige el Departamento Latinoamericano del Instituto Internacional de Historia social de Amsterdam. Segall fue militante comunista desde los años treinta hasta 1957, cuando deja el Partido Comunista chileno y se acerca a la corriente trotskista, pero como independiente. Además de su obra pionera de 1953 sobre el desarrollo del capitalismo en Chile, Segall es autor de varios trabajos importantes de historia económica y social: Biografía social de la ficha salario, ed. Mapocho, Santiago, 1964; "Las fichas salario en el mundo", Boletín de la Universidad de Chile, Santiago, 1967, etcétera.

Publicamos aquí algunos fragmentos del libro El desarrollo del capitalismo en Chile, cinco ensayos dialécticos (1953); debemos señalar que Marcelo Segall considera las tesis de esa época parcialmente superadas. En una carta que nos envió (23 de abril de 1976) recalca: "Mi punto de vista anterior tenía una expresión algo mecánica: presentaba la sociedad chilena como capitalista desde la época colonial, a partir del salto histórico que significó el paso de la tierra de uso comunal a la propiedad privada mercantil, el paso de la economía natural a la economía monetaria [...] Pero esto no explicaba el conjunto del proceso. [...] Mi visión actual es más dialéctica y universal. Parte del salto histórico pero lo considera como un fragmento del desarrollo desigual y combinado de la sociedad: la conquista española aportó las relaciones de propiedad privada, pero sobre la cultura existente, es decir, las culturas andinas que constituirían una forma original de la evolución [...] La América Latina andina es el producto del desarrollo combinado de sociedades de diferentes niveles culturales, muy desigual, pero como totalidad, después de la conquista, capitalista".

La agricultura moderna nace con la encomienda y el repartimiento organizado por los conquistadores. El repartimiento y la encomienda fueron la expropiación violenta, sangrienta y necesaria de la tierra a sus primitivos habitantes aborígenes y su reducción a la esclavitud. Tal uso de la mano de obra

* Marcelo Segall, *El desarrollo del capitalismo en Chile*, cinco ensayos dialécticos, Santiago de Chile, 1953, pp. 90-91, 96-97, 98-99.

se produjo por medio de una revolución en las relaciones de producción; es decir, de la recolección primitiva y común del sistema tribal al régimen de la explotación de una clase por otra.

Se ha asimilado el régimen de la tierra chilena desde la encomienda y aun el de hoy, con el feudalismo estadio europeo, posterior al de la esclavitud de la antigüedad.

Con el fin de evitar estas confusiones y malos entendidos, en su comprensión, tanto de ese sistema como de su significado terminológico, nos detendremos previamente a definir y determinar qué es capitalismo y qué es feudalismo.

Feudalismo es, en el sentido económico, la relación de producción de un estadio de la sociedad caracterizado, específicamente, por la explotación agrícola y artesanal en pequeña escala, para el consumo directo del señor y de sus siervos.

Capitalismo es, en el sentido mercantil, al contrario, el modo de producción destinado al mercado, ya sea nacional o exterior en mayor o menor escala; esto significa, a su vez, un intercambio comercial, o sea la producción de mercancías (o valores de cambio), en este caso productos agrícolas. Modo de producción caracterizado por la venta de su fuerza por el trabajador.

La encomienda se inició, en parte, para el uso privado del conquistador pero el fin general era producir artículos para el consumo y abastecimiento de las ciudades y de la minería: poder producir mercancías, para el intercambio y pagar derechos a la Corona de España. En resumen, una evolución capitalista, pero de tipo colonial. [...]

La causa de la sumisión de los inquilinos no reside en el "sistema social feudal" hipotético, sino en las constantes deudas pendientes, que le obligan a ocupar el resto del tiempo en trabajar gratuitamente para su acreedor "benevolente". Acreedor que es su patrón.

El secreto de la liberación campesina en Chile reside en el esfuerzo que el inquilino hacía (hace) por cumplir el trato y quedar con algún excedente en calidad de utilidad y alimentación, lo cual lo presiona a un trabajo de sol a sol. Y no solo a él, sino también a sus familiares. "Esta condición se hereda en la familia y en las generaciones futuras que de este modo pertenecen de un modo efectivo al acreedor" (K. Marx.)

Bajo las condiciones de deudor, es evidente que si el clima lo permite o lo obliga (por los imprevistos naturales de la agricultura) con el propósito de cuidar, defender la cosecha, apura el trabajo, ocupa las noches, y también a sus familiares. Ritmo de actividad que jamás ejercería si únicamente trabajara presionado por la simple sujeción, dura pero esquivable con un poco de habilidad.

Me parece que puedo, con esto, poner fin a la leyenda patriarcal (o semifeudal) de las relaciones familiares entre patrón e inquilino. Leyenda continuada por el investigador Mac Bride, en las páginas iniciales de su obra¹.

Para los defensores del actual régimen agrario, el patrón es un patriarca bondadoso. Para sus enemigos, mal informados, un feudal. El historiador y agricultor Francisco Encina los declara "patriarcas", o sea en el fondo un benéfico feudalismo. Desde el otro campo, el historiador socialista Julio César Jobet, "feudales o semifeudales".

La opinión general no concuerda con la mía. Desde Mac Bride a los programas impersonales, todos coinciden en afirmar que la agricultura chilena conserva una estructura medieval modificada o semifeudal. Estas posiciones son comunes en casi toda América, con algunas notables excepciones como la del norteamericano William Z. Foster, los mexicanos Jan Bazant y Silvio Zavala y el argentino Sergio Bagú, los cuales (excepto Zavala), continuando el método de análisis económico de Marx, tienen otra forma de definir. Foster² clasifica a la agricultura latinoamericana como empresa capitalista de poco desarrollo y Bazant define a la encomienda como una organización capitalista de métodos y formas esclavistas. [...]

Otro elemento que contribuye al concepto, errado, de feudalismo chileno, es la confusión de este término con latifundismo. La gran superficie no es la característica fundamental del feudo. Puede tenerla como la tuvo el esclavismo y el Imperio Romano. Pero también existe en la capitalista Inglaterra. Lo que caracteriza al feudalismo es la relación clasista de señor y siervo. Otra costumbre para definir al terrateniente nacional como feudal, es aquella que parte de las costumbres familiares y externas, es decir de un carácter moral, orientación muy notoria en Julio César Jobet. Arranca su actitud del hecho que la gran mayoría de los propietarios de la tierra es descendiente de antiguos mayorazgos y encomenderos, lo cual les crea la posibilidad de un tradicionalismo de casta privilegiada y una ostentación de nobleza provinciana. Tampoco esto altera la forma capitalista de producción, que es lo esencial.

¹ *Chile, su tierra y su gente*. A pesar de sus defectos, es la más valiosa contribución al problema. Muchas veces acertada y precisa en sus investigaciones sobre la agricultura.

² *An Outline of Political History of the Americas*, Nueva York, 1952.

MILCIÁDES PEÑA

*El desarrollo combinado de la economía colonial**

Militante y teórico trotskista, autor de varias obras de historia económica y social de Argentina (Antes de mayo, El paraíso terrateniente, Masas, caudillos y élites, ed. Fichas, Buenos Aires) Milcíades Peña fue también (bajo el seudónimo de Alfredo Parrera Dennis), hasta su muerte en 1956, animador de una revista marxista de investigaciones sociales, Fichas de Investigación Económica y Social. Su análisis de la economía colonial, desarrollado esencialmente durante los años 1955-57, será publicado por primera vez en 1966 en dicha revista. Peña trata de aplicar a la estructura socioeconómica latinoamericana la teoría de Trotsky sobre el desarrollo desigual y combinado. El fragmento que publicamos es una polémica sobre este tema con el historiador, que proviene del Partido Comunista argentino, Rodolfo Puiggrós.

Que a lo largo de toda la historia colonial hay en la América Española un tipo de señor cuyos hábitos, cuya actuación y cuya mentalidad guardan estrecha semejanza con el señor del Medioevo no puede caber la menor duda. *El senhor do engenho* y el *fazendeiro de ganado* o de café, en Brasil; el encomendero, el minero, el latifundista, el cultivador de cacao y de azúcar, el obispo, el ranchero, el estanciero en las colonias españolas, tienen una marcada tendencia a considerarse señores absolutos dentro de sus dominios territoriales, jefes militares locales con menosprecio de la autoridad central, y a ejercer sobre sus subordinados una justicia de inspiración feudal. También puede decirse lo mismo de los propietarios de ingenios de las Antillas británicas y de los plantadores de tabaco de Virginia y las Carolinas. Pero los “señores feudales” americanos tienen con los europeos algunas diferencias dignas de notarse: las bases materiales de sus riquezas no son feudos cerrados, unidades autosuficientes, sino minas que producen para el exterior, o indios encomendados, o ingenios, o estancias, o ranchos cuyos productos se exportan. Como dijera Bagú, América fue una “concepción de casta sobre una realidad de clases”.

Rodolfo Puiggrós, historiador de formación stalinista que hace años escribió historia argentina con el propósito de encontrar en ella –o, en todo caso, inventar– los elementos feudales a los cuales contraponer la correspondiente burguesía progresista, hizo un descubrimiento que, guardando las distancias,

* Milcíades Peña, *Antes de mayo, formas sociales del trasplante español al Nuevo Mundo*, ed. Fichas, Buenos Aires, 1973, pp. 51-54.

es por lo menos tan trascendental como el de América. Se trata de que “La conquista colonizadora trasladó las formas de producción [...] del feudalismo ibérico en decadencia” y que luego “América dio oxígeno al agónico feudalismo [...] de la península ibérica”. Siguiendo a Puiggrós, Leonardo Paso dice también que en América “la colonización fue feudal” pero con injertos esclavistas. Y un apóstol del disparate que escribió un libro titulado *América Latina un país* dice que las colonias españolas “desarrollaban su economía sobre bases feudales” (Jorge Alberto Ramos).

Pese a las afirmaciones sobre la colonización feudal, el mismo Puiggrós reconoce que “el descubrimiento de América fue una empresa llevada a cabo por comerciantes y navegantes” y tuvo objetivos perfectamente comerciales. Hay una evidente contradicción entre esa afirmación y la tesis sobre el carácter de la colonización, que Puiggrós esquiva con la teoría del “puente” según la cual los objetivos comerciales de la conquista de América sirvieron de pasarela para que en estas tierras arraigara el feudalismo español. Evidentemente, Puiggrós y Cía., entienden por feudalismo la producción de mercancías en gran escala con destino al mercado mundial, y mediante el empleo de concentraciones de mano de obra semiasalariada, similares a las que muchos siglos después acostumbra levantar el capital financiero internacional en las plantaciones afroasiáticas. Si esto es feudalismo cabe preguntarse con cierta inquietud qué será capitalismo. Pero esta pregunta no preocupa a Puiggrós, quien explica el “carácter eminentemente feudal del dominio español en América” en base a que “la Corona consideraba al nuevo continente feudo directo suyo y vasallos a sus habitantes, y no colonias en el sentido que desde el siglo XVII les ha ido dando a sus dominios comerciales”. Aunque parezca lo contrario, estas palabras no pertenecen a un especialista en derecho comparado, sino a un historiador que se proclama marxista. Pero nada es más extraño al marxismo que el cretinismo jurídico, y nada más revelador de un impenitente cretinismo jurídico que caracterizar como feudal la colonización española, no por la estructura de sus relaciones de producción, sino por la forma jurídica que asume el vínculo entre las colonias y la Corona española. La forma que reviste la relación entre las colonias y España tiene, indudablemente, en lo jurídico, un acentuado color feudal. Pero, bajo esa forma jurídica, el contenido económico-social de las colonias gira en torno a la producción para el mercado y la obtención de ganancias, lo cual da a ese contenido un decisivo carácter capitalista, pese a todos los matices feudales que lo envuelven.

Nuevamente se tropieza aquí –en la tesis de Puiggrós– con el pensamiento esquemático y formal, que tantos errores origina en el proceso del conocimiento; España era feudal; “luego”, su colonización fue feudal.

Perfecta deducción formal y perfecto error. Los españoles llegados a América encontraron una realidad nueva, inexistente en España: y el resultado fue que, aun cuando subjetivamente quisieran reproducir la estructura de la sociedad española, objetivamente construyeron algo muy distinto. La España feudal levantó en América una sociedad básicamente capitalista –un capitalismo colonial, bien entendido, del mismo modo que, a la inversa, en la época del imperialismo el capital financiero edifica en sus colonias estructuras capitalistas recubiertas de reminiscencias feudales y esclavistas–. Éste es precisamente el carácter combinado del desarrollo histórico. El pensamiento formal no capta esto, y por eso, en general, no capta absolutamente nada de lo esencial.

RODNEY ARISMENDI

*La economía feudal en América Latina**

A pesar de los numerosos trabajos de los historiadores marxistas de los años cuarenta y cincuenta, la doctrina oficial de los partidos comunistas latinoamericanos continuará sosteniendo la tesis del carácter feudal o semifeudal de la economía colonial del continente y de su actual sobrevivencia.

*El texto que publicamos a continuación es un breve resumen de esta concepción histórica, que presenta una visión de conjunto de la estructura socioeconómica de las colonias latinoamericanas. Es un extracto de un ensayo de Rodney Arismendi, sociólogo y filósofo marxista, secretario general del Partido Comunista de Uruguay, y uno de los principales teóricos del comunismo tradicional de América Latina (publicado en 1961 en la revista *Kommunist de Moscú*).*

Recordemos la estructura económico-social de las colonias iberoamericanas. Si bien el descubrimiento de América, el oro y la plata indios, la transformación de la esclavitud en la empresa mercantil de la cacería y venta de esclavos negros, el desenvolvimiento de la navegación y la técnica, etcétera¹ pertenecen históricamente a ese sangriento, rapaz y maravilloso período del amanecer del capitalismo, de la formación del mercado mundial, las instituciones sociales y las relaciones de producción que España y Portugal trasplantan a las tierras del Nuevo Mundo, son feudales o de cuño feudal y no capitalistas. Esas instituciones deben adaptarse a las circunstancias americanas, a la existencia o no, de metales preciosos, al clima –condición primaria y natural de la producción– y a las posibilidades de mano de obra nativa; pero, en lo esencial ponen siempre un sello feudal más o menos clásico sobre la arcilla de las recién evocadas economías.

No es ésta la oportunidad de rebatir, una vez más, las disquisiciones de historiadores y sociólogos iberoamericanos que niegan el carácter predominantemente feudal de las relaciones de producción de las colonias españolas y portuguesas, y que las denominan de diversos modos, entre ellos como “un capitalismo colonial”. Aquí nos circunscribiremos a desenterrar del pasado colonial, los raigones de la estructura actual de nuestras economías. Ellos son,

* Rodney Arismendi, “Problemas de una revolución continental”, en *Recherches Internationales a la Lumière du Marxisme*, N° 32, julio-agosto de 1962, pp. 31-34.

¹ Véase Carlos Marx, *El Capital*, tomo I, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1972, el capítulo referente a la acumulación original del capital y otras referencias a América, al papel del capital comercial y a su relación con las manufacturas.

primordialmente, el régimen latifundista de propiedad de la tierra y la supe-
ditación de la economía colonial a la economía metropolitana. Ambos rasgos
conjugados quitan, aparentemente, a la plantación, al ingenio de azúcar bra-
sileño, al latifundio ganadero del Plata, la característica de unidad económica
cerrada que singulariza una economía feudal típica. Éstos producen para la
metrópoli, pero las relaciones de producción imperantes en la mayoría de los
países se basan en el trabajo servilizado del indio (encomiendas, yanaconas,
etcétera) combinado con el trabajo esclavizado del negro o semiesclavizado
del indio (la mita). En torno a estas unidades económicas de exportación, ba-
sadas en un régimen feudal de propiedad, se organiza la economía natural y
se encuentran cuasi típicamente las formas de la renta precapitalista (en tra-
bajo, natural y, mucho más tarde, la renta monetaria precapitalista).

Avanzando el siglo XVIII es posible encontrar el trabajo asalariado como
una manifestación esporádica; la pequeña producción individual y la econo-
mía mercantil simple. En muchos países se organizan corporaciones artesanales
de tipo medieval que utilizan a la vez el trabajo del negro esclavo y del indio.
Pero lo esencial y lo predominante siempre es la relación feudal o semifeudal
y el latifundio.

Los españoles reparten tierras entre los colonizadores –por acto feu-
dal y por cuenta del monarca– por procedimientos diversos (mercedes reales,
“composición” que es una venta de carácter feudal)². Los portugueses echan
las bases del latifundio con el reparto de la fabulosa tierra del palo brasil en
“capitanías” y en mercedes de latifundios denominados “sesmarias”³. Sobre
la base del latifundio se originan diversos tipos de unidades económicas de
cuño feudal o semifeudal: minas o latifundios de México, Perú, etcétera, de
un feudalismo más estratificado⁴; el ingenio brasileño donde el latifundio y
el ingenio azucarero se basan en el trabajo de los negros esclavos combinado
con la pequeña explotación campesina dependiente del señor del ingenio⁵;
la vasta empresa de los jesuitas (Paraguay, actual nordeste argentino y “las
misiones” hoy territorio brasileño) que a pesar de su peculiaridad tipifica
bien su carácter feudal. En las regiones donde no hay indios para la “enco-
mienda”, ni metales preciosos, ni productos de alto valor mercantil, ni clima
tropical, sino tierras de colonización tardía, tales como Buenos Aires

² Ots Capdequí, *El régimen de la tierra en la América española*, ed. Universidad República Dominicana.

³ Caio Prado, *História econômica do Brasil*. Del mismo autor *Formação do Brasil contemporâneo*, ed. Brasiliense, Sao Paulo. O el relatorio de Antonil correspondiente a su viaje en la época colonial.

⁴ C. Wiese, *Historia crítica del Perú*. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed. Era, México, 1979.

⁵ Diéguez Júnior, *População e açúcar no nordeste do Brasil*, ed. C. Nal. de Alimentação.

y la Banda Oriental (Uruguay)⁶, se forma el latifundio ganadero, de apariencia patriarcal –cueros, sebo, astas, carne abundante y luego tasajo– que explota trabajo gratuito, algunos esclavos negros y el trabajo asalariado esporádico. También en torno a ellos se establecen relaciones sociales que configuran un tipo especial de aparcería. La plantación, organizada en función de una inversión comercial colonial y de la utilización abundante de esclavos negros, corresponde solo a las islas del Caribe de preferente colonización inglesa, francesa u holandesa⁷.

Conjuntamente con el latifundio y la producción primaria de minerales y alimentos, el período colonial deja como herencia la hipertrofia del capital comercial intermediario y formas variadas de capital usurario. Ya Marx y Lenin han demostrado que el desarrollo independiente del capital comercial está en razón inversa del grado de desarrollo capitalista⁸. Éste es un factor que ha contribuido a la formación de las grandes ciudades portuarias sudamericanas, que se desarrollaron como verdaderos emporios comerciales.

En los siglos XVIII y comienzos del XIX, las economías latinoamericanas fueron incorporadas abiertamente al mercado mundial capitalista, a raíz de modificaciones en la política colonial de la monarquía española y luego por la independencia política sucesiva de diversos países. Las mercancías europeas –primordialmente inglesas– batieron en brecha y provocaron la ruina de las industrias domésticas de muchos países y a la vez entroncaron la producción primaria latinoamericana con la producción industrial europea, especialmente inglesa.

La vinculación al mercado mundial pone en marcha el desarrollo capitalista. Pero la economía mundial capitalista que erosiona y subordina las economías de origen colonial y que, sin duda, desencadena el desenvolvimiento capitalista interior, actúa a la vez como un factor deformante. De acuerdo a la consistencia de las instituciones feudales de cada país, el proceso es más o menos rápido –podemos comparar por ejemplo el Río de la Plata con Bolivia o Perú–; pero en ningún caso es un proceso normal de transición del feudalismo y semifeudalismo colonial al capitalismo. Éste es un proceso lento, doloroso, complejo; se materializa sobre la base de mantener, en lo sustancial, el latifundio de cara al mercado exterior, de adaptarse luego, a través de la exportación de capitales, de la extensión de las vías férreas,

⁶ R. Levene, *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Plata*. P. Blanco Acevedo, *El gobierno colonial en el Uruguay*. F. R. Pintos. *De la colonia a la guerra grande*. Varios autores, *Historia de la nación argentina*, ed. de la Academia de Historia de Argentina.

⁷ Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, ed. Fondo de Cultura Económica, t. II.

⁸ Carlos Marx, *El Capital*, t. II y V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.

de la navegación, etcétera, como un factor condicionado y condicionante del pasaje del capitalismo a su fase imperialista⁹. En su transcurso las formas capitalistas se van enroscando y adaptando a las formas precapitalistas. Así, la acumulación originaria de un capital nacional y la conformación del mercado interior –la constitución del proletariado y la burguesía modernos– se alargan por muchas décadas con las consecuencias más dolorosas para las masas.

⁹ “La posibilidad de la exportación de capital está determinada por el hecho de que una serie de países atrasados se hallan ya incorporados a la circulación del capitalismo mundial, han sido construidas las principales líneas ferroviarias o se ha iniciado su construcción, cuentan con las condiciones de desarrollo de la industria, etcétera” (V. I. Lenin, *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, p. 80).

4. El nuevo período revolucionario

4.1. La revolución cubana

*El Partido Socialista Popular y la revolución en Cuba**

El triunfo de la revolución cubana tuvo lugar en 1959, pero sus raíces se remontan al célebre asalto al cuartel Moncada (1953), que dio origen al Movimiento del 26 de julio. Resulta interesante estudiar la posición del Partido Socialista Popular (PC cubano) sobre este episodio y sobre los métodos de lucha contra la dictadura de Batista, para captar mejor la diferencia entre la concepción del nuevo comunismo castrista, que cristalizará en los años sesenta, y la tradición del comunismo latinoamericano (desde los años treinta). El documento que sigue (extractos de un artículo publicado por Fundamentos, el órgano del PSP en 1954) permite también comprender por qué el PSP no encabezó el más importante movimiento revolucionario de la historia del continente.

Compañeros:

El 26 de Julio de 1953, la camarilla burgués-latifundista y pro imperialista, que se impuso al país mediante el golpe de Estado reaccionario del 10 de marzo de 1952, dio, en la práctica, un nuevo golpe de Estado, esta vez para acentuar el carácter reaccionario de su gobierno y eliminar toda una serie de obstáculos que se oponían a sus planes.

La estéril y equivocada –no obstante los buenos propósitos que pudieron alentar sus autores– intencionalidad, que tuvo por punto culminante el asalto a los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo y que fuera derrotada fácilmente por la maquinaria militar del régimen de facto, sirvió a éste de oportuno pretexto para barrer la escasa legalidad democrática subsistente a la sazón y para dar fuertes golpes al movimiento democrático de masas, que en aquellos momentos crecía y amenazaba seriamente trastornar todos los planes del gobierno.

En las semanas que precedieron al 26 de julio, se observaba un rápido crecimiento de la protesta popular, que poco a poco se traducía en acciones diversas y hasta en huelgas que sacudían al régimen de facto. El gobierno,

* A. Díaz, “Balance de la actividad de la Dirección Nacional del Partido desde el 26 de julio hasta la fecha...”, *Fundamentos*, La Habana, mayo de 1954, pp. 111-13, 133-37.

comprometido con sus padrinos y protectores, los imperialistas yanquis, a imponer en Cuba el “plan de reajuste”, de rebajas de salarios, despidos en masa y derogación de la legislación social ganada a través de las grandes luchas de los trabajadores bajo la orientación de nuestro Partido; el gobierno, decimos, comprometido a hacer de Cuba una colonia sin disfraces, fiel cumplidora de la política expansionista y de guerra yanqui y abrir camino a la insaciable sed de explotación de los monopolios yanquis, confrontaba grandes dificultades para cumplir lo que de él se exigía. Además, en esas condiciones de creciente movilización de las masas, de resistencia en aumento a sus propósitos, se hacía cada vez más precaria la posibilidad de asegurar, sin correr el “peligro” de una votación abrumadoramente adversa, una farsa electoral que le permitiera al gobierno darse el barniz legalista que ha buscado desde el propio 10 de marzo.

Por eso, con salvaje alegría y desbocada furia, los capitostes del 10 de marzo recibieron los sucesos orientales como un deseado pretexto y emprendieron una rápida y violenta ofensiva contra esos restos de legalidad democrática de que hablamos, y desataron la ola de persecuciones y de atropellos que en aquellos instantes conmovió al país. Como consecuencia de esa ofensiva, además de los innumerables asesinatos en los caminos reales orientales, de los centenares de presos, de los registros en masa, de la clausura de nuestro querido *Hoy* y de otros periódicos, quedó Cuba sometida a la suspensión de toda garantía constitucional (¡de las pocas garantías constitucionales que quedaban después del 10 de marzo!) y al imperio de la violencia desenfundada de los sicarios del régimen, de su SIM odioso, esa gestapo que no halla precedente ni en la policía política de Machado.

Con el 26 de julio, vinieron la completa supresión de los derechos de reunión y de palabra, la represión desenfundada contra nuestro Partido, nuevas restricciones al movimiento obrero y popular, la draconiana ley de “orden” público que suprimió, prácticamente, la libertad de prensa, y otras medidas, no pregonadas, de opresión y sofocamiento de los derechos democráticos. La fascista ley anticomunista, adoptada dos meses más tarde, no hizo sino darle una cobertura “jurídica” a la ilegalización de nuestro Partido y crear un instrumento de chantaje y persecuciones contra todo el movimiento obrero y antiimperialista, inclusive contra la oposición burguesa de Batista.

Después, el gobierno “restableció” las garantías constitucionales pero, ¿quién no sabe que no hay garantías en Cuba y que persiste, en la práctica, un régimen de excepción, de arbitrariedad, de ausencia de derechos democráticos y de persecuciones?

Contra nuestro Partido, como es sabido, se dirigen los más violentos ataques y las medidas más agresivas del gobierno. Está bien establecido

que nuestro Partido no solo no tuvo arte ni parte en los sucesos orientales, sino que es opuesto a esas tácticas burgués-putchistas, por ser falsas, por producirse fuera de las masas, por estorbar la lucha de masas, que en definitiva es la única que puede, en su necesario desarrollo llevada hasta las formas más altas y combativas, alcanzar la victoria contra la reacción y el imperialismo, como se demostró en 1933 o, más tarde, y de otra forma en 1938-39. Si eso es así, ¿por qué ese encarnizamiento de la persecución contra el Partido? Para todos debe ser claro el motivo: el Partido Socialista Popular es el obstáculo más fuerte y decisivo a los planes del imperialismo norteamericano y de sus agentes en el gobierno de Batista y fuera del gobierno de Batista. Nuestro Partido es el único que no puede ser intimidado, ni coaccionado, ni comprado, ni corrompido. Nuestro Partido es el único partido antiimperialista, el único que no se inclina ante Washington y que levanta sin vacilaciones ni dudas la bandera de la plena independencia nacional, de la liberación de Cuba de la opresión extranjera. Nuestro Partido es el único partido de la clase obrera, de todos los trabajadores y campesinos, de la unidad obrera y de la democracia sindical, del subsidio para los desocupados, de la verdadera reforma agraria que distribuya gratuitamente la tierra a los campesinos, de la unión del pueblo, del Frente Democrático Nacional que conduzca al país fuera de la crisis y hacia empeños superiores de progreso y desarrollo nacional. Nuestro Partido, en fin, es el partido de la paz y del socialismo.

Por eso, y porque es el más consistente luchador contra el “plan de reajuste” y contra la política proimperialista y reaccionaria de Batista, porque es el partido de lucha pro-elecciones democráticas y por la solución democrática de la crisis cubana, el Partido Socialista Popular es el blanco de los peores ataques y de las más brutales persecuciones por parte del gobierno reaccionario que ensombrece a Cuba.

El ensañamiento de esta persecución contra nuestro Partido Socialista Popular –azuzada desde el extranjero por las periódicas declaraciones anticomunistas de Prío y sus amigos– está dictado en la mayor medida por el interés del régimen de facto de mantener el favor de Washington, haciendo coro a su sucia y repulsiva histeria anticomunista y antisoviética; de mantener el apoyo de los imperialistas yanquis uniéndose a la política fascista del anticomunismo rabioso.

Estas persecuciones y estas medidas gubernamentales contra nuestro Partido, pues, no son ocasionales ni se hacen con finalidad transitoria. Se trata de un plan que sus autores quieren que sea definitivo y que busca no solamente ilegalizar al Partido, sino destruirlo. Que puedan lograrlo y que en definitiva el resultado de su plan sea transitorio, vistas las cosas desde el ángulo histórico,

es harina de otro costal. Con el pueblo, estamos seguros de que derrotaremos ese y todos los planes del enemigo destinados a “barrer” el comunismo, que es presente victorioso en la tercera parte del mundo y esperanza de toda la humanidad. [...]

Es conocida nuestra posición.

Desde los inmediatos días al 10 de marzo, nosotros hemos venido sosteniendo una línea que ha probado ser correcta.

Nosotros no nos planteamos los problemas cubanos –*como hemos dicho*– en términos de simple “crisis institucional”.

Nosotros vamos al fondo de las cosas y proponemos soluciones de fondo para los problemas, que se derivan no solo del golpe de Estado y del régimen reaccionario de facto, sino, también, y decisivamente, de la crisis económica que avanza sobre la nación y del sofocamiento del desarrollo nacional por la injerencia imperialista.

De ahí que nuestra línea no mire solamente a lo circunstancial de la contienda electoral sino que provea soluciones de fondo a la crisis.

De ahí que nuestra línea postule elecciones libres inmediatas, no como un fin en sí mismas, sino como vía actual y posible para plantearse la solución democrática de la crisis.

De ahí que nuestra línea demande la formación de un Frente Democrático Nacional, que organice un gobierno capaz de aplicar el programa cubano y patriótico de la solución democrática de la crisis.

Nosotros rechazamos tanto el aventurerismo y el “putchismo” como el entreguismo electorero. Somos opuestos a todas esas conspiraciones sin principios, al golpismo, al terrorismo y demás modos de actuación de grupos, aislados de las masas, cuya ineficacia y negatividad ha sido comprobada por la historia. Somos opuestos al “quietismo”, al abstencionismo y demás formas que condenan al pueblo a la pasividad, a la simple espera pasiva del desarrollo de los acontecimientos. Somos opuestos al entreguismo electorero que solo busca pequeñas concesiones y ventajas inmediatas olvidando los verdaderos problemas que requieren solución.

Frente a todos esos métodos burgueses y pequeñoburgueses, nosotros postulamos resueltamente los métodos proletarios de la lucha de masas, la movilización de masas, la propaganda de masas, la unión de masas.

Nuestra táctica es clara: propugnamos el frente único, la unión popular, el acuerdo entre los partidos opositores, para defender los derechos democráticos, para lograr la libertad de los presos, para combatir las rebajas de salarios, los despidos, los desalojos campesinos, la discriminación racial, etcétera; para luchar por elecciones libres y participar, eventualmente, en los comicios,

con el programa de la solución democrática de la crisis, del Frente Democrático Nacional.

Nuestro objetivo es claro: la solución democrática de la crisis cubana, la derrota del gobierno de facto de sumisión al imperialismo y la construcción de un gobierno patriótico de Frente Democrático Nacional. ¿Qué hemos hecho por aplicar y desarrollar esa política? Los acontecimientos del 26 de julio no lograron desviar al Partido de su línea. A pesar de las nuevas condiciones y del terror desatado, el Partido no abandonó la lucha por el Frente Único sino que la reforzó por todos los caminos a su alcance; no retiró, desesperado, la consigna de elecciones generales inmediatas y democráticas, sino que la planteó con más fuerza y demandó del Tribunal Superior Electoral y del gobierno un nuevo período para inscribir partidos y las modificaciones necesarias para hacer de los comicios una verdadera consulta popular. Con redoblados bríos, el Partido se planteó la necesidad de constituir un vehículo electoral de frente único.

El Partido acogió con energía estas tareas y en breve proliferaban los comités de frente único de un extremo a otro del país. El movimiento de frente único habanero, más viejo y fuerte (pues provenía de antes del 26 de julio) dio el paso al frente para iniciar la constitución del Partido de Frente Unido Nacional, en cuyo empeño colaboraban hombres y mujeres de todos los partidos, incluso del nuestro.

En gran medida, por esa lucha, por la petición dirigida por el Frente Único de La Habana al gobierno y al Tribunal Supremo Electoral, por nuestra demanda de nueva convocatoria electoral, el gobierno se vio obligado a maniobrar, designando una Comisión Electoral para “oír a la oposición”. A esa Comisión gubernamental llegó, conjuntamente con la clara y resuelta voz de nuestro Partido, una avalancha de demandas y peticiones pro elecciones democráticas. Y el gobierno se vio obligado no solo a posponer la convocatoria –lo que venía bien con sus planes–, sino a abrir nuevo plazo de inscripción de partidos y a hablar de “concesiones a la oposición”.

Ante la abierta oportunidad, los comités de frente único del país presentaron más de 8.000 firmas de electores para inscribirse como Partido. Este hecho, el vigor demostrado por ese movimiento, asustaron al gobierno reaccionario. Se hallaba en puertas un verdadero instrumento popular electoral de oposición y su vigencia abría nuevas posibilidades a la unión de las masas y a la lucha unida por comicios libres, por las demandas democráticas, por la libertad de todos los presos políticos, etcétera, y por derrotar al gobierno. La camarilla batistiana no halló otro modo de enfrentar esta situación que forzando una negativa arbitraria a la inscripción del FUN y corriendo el riesgo de desenmascarar aun más –como desenmascaró– sus planes destinados

a impedir toda oposición democrática en los comicios y a dar la “brava” al fin, si las circunstancias lo exigían. La negativa a inscribir el FUN demostró que las medidas draconianas del gobierno no eran momentáneas, sino que formaban parte de sus planes permanentes.

Posteriormente, vinieron las afiliaciones y el Partido nuestro, impedido arbitrariamente de participar en el proceso electoral, aprovechó la oportunidad para denunciar una vez más el carácter de mascarada del proceso reorganizativo y para llamar a las masas a no permitir que sus nombres aparecieran afiliados en ninguno de los partidos que del lado del gobierno o de la supuesta oposición, participaban en la mascarada afiliatoria.

Las masas, como es sabido, repudiaron la reorganización. Batista y sus conmlitones se hicieron aparecer con cerca de dos millones de afiliados, pero el pueblo sabe que en esa cifra hay cientos de miles de cédulas robadas, arrancadas a la fuerza o, simplemente, nombres vaciados del censo.

Por el fracaso de las afiliaciones, precisamente, tuvo el gobierno que dictar el vergonzoso decreto-remache.

Recientemente, e insistiendo en nuestra línea de lucha y unión de masas, nuestro Partido se dirigió a la Comisión Ejecutiva Permanente de la Ortodoxia acogiendo la iniciativa del Frente Unido de apoyar –pese a sus insuficiencias– el plan de demandas presentado al país por esa Comisión e invitando a la Ortodoxia a contribuir al movimiento unido por tales demandas, que podían y debían servir de base para unir no solamente a la Ortodoxia sino a toda la oposición, en una acción común por varias demandas democráticas y por elecciones libres. Aunque la referida Comisión Ejecutiva Permanente no respondió a nuestro Partido, nuestra declaración no pudo dejar de influir en la dirección por nosotros defendida.

Realmente, si se insiste en esta dirección, si peleamos seriamente por mover a los ortodoxos a acciones comunes por su programa de demandas, si promovemos sin desesperación ni cansancio la lucha unida con los ortodoxos y los opositores de otros partidos, no solo por arriba sino por debajo, si no despreciamos las pequeñas acciones por las demandas económicas y políticas en las fábricas y talleres, en el campo, en los barrios, entre los jóvenes y estudiantes, ni los gestos de unidad de la base, la idea del frente único se abrirá paso con decisión, se hará carne de las masas y forzará en esa dirección a los dirigentes que temen a la unidad, al pueblo y a la lucha de masas contra el régimen y contra su sostén, el imperialismo yanqui, el mayor obstáculo a la victoria de la democracia en Cuba.

En fin, el camino correcto para el pueblo, en las actuales circunstancias, es, concretamente expuesto, éste:

- a) Unir a la oposición, a las masas, para el logro de:
- unas elecciones libres; y
 - la derrota, así, del “putchismo”, del “posibilismo” y de cualquier componenda a espaldas de y contra las masas.
- b) En todo caso, mantener viva la lucha de masas por las demandas económicas y las consignas democráticas, por las elecciones libres y por el programa del Frente Democrático Nacional y prepararse a utilizar, para esa lucha y por esas demandas, inclusive la propia farsa que organiza el gobierno.

La situación no es fácil, ni mucho menos. El gobierno se opone resueltamente a todo lo que sea elecciones libres y derechos democráticos. Se aferra a sus planes de farsa y “brava” electorales. Por eso, y porque la unión brilla por su ausencia en la oposición, y porque el “putchismo” y el abstencionismo frenan todavía a las masas, el gobierno puede aun maniobrar y resistir a la solución que el país necesita.

Por eso, nuestro Partido tiene que reforzar su actividad en pro de la unión y de la movilización de masas, no dejar de actuar, no dejarse arrastrar por ciertas corrientes electoralistas, persistentes todavía en algunos círculos del Partido, no dejarse arrastrar tampoco por las corrientes pseudo-izquierdistas que nos colocarían en el mismo plano de los “abstencionistas”, y seguir en cambio, golpeando con renovada energía en favor de nuestra justa línea.

La situación, insistimos, no es fácil, pero tampoco está cerrada a la victoria de nuestras consignas. No olvidemos que la lucha de masas tiende a crecer, que aumenta la actividad de las masas por sus demandas económicas y políticas, y que, en definitiva, si movemos a las masas debidamente, ellas podrán imponer la solución.

Batista, con la colaboración de factores de oposición, se resiste al avance de la democracia. Confía en la fuerza. Usa toda su maquinaria para que las elecciones sean a su antojo y conveniencia, sin verdadera participación popular.

Sobre esta base y con conocimiento de esa realidad, tenemos que actuar con crecida tenacidad para lograr en poco tiempo cambiar la situación o, en su caso, llevar nuestra lucha al terreno en que se coloca el enemigo.

La consigna del pueblo es una: elecciones libres y derrota del gobierno anticubano de facto, para abrir camino a la solución democrática y al gobierno de Frente Democrático Nacional.

Para esa tarea, estamos dispuestos a unirnos con cualquier partido o grupo político o ciudadano.

Miramos al interés del pueblo y solo a eso. Y sobre esa base, actuamos y actuaremos. ¡Que hagan los demás lo mismo, si de veras quieren sacar a Cuba de la oscura y difícil situación actual!

En conclusión debemos:

- Reforzar la lucha por elecciones libres inmediatas.
- Reforzar la lucha por unir a las masas, a los partidos de oposición, etcétera, por demandas tales como:
 - amnistía para los presos políticos y sociales;
 - total derogación de los decretos-leyes de orden público y anticomunista; cese de la clausura de *Hoy*, *La Calle* y otros periódicos, y efectivo restablecimiento de la libertad de prensa;
 - restablecimiento de los derechos democráticos, incluido el derecho de los trabajadores y empleados a reunirse, organizarse y hacer manifestaciones de protesta contra las rebajas de salarios y sueldos;
 - derogación del impuesto sindical fascista;
 - facilidades para la concurrencia de todos los partidos y núcleos democráticos, obreros, antiimperialistas, socialistas y progresistas, a las elecciones, restableciendo al efecto, los principios de la Constitución del 40; y
 - voto directo y libre.
- Reforzar la lucha por el frente único; por la creación de más y más activos comités de frente único en las fábricas, en los centros de trabajo, en centrales y colonias, en los centros docentes, en las oficinas, en los barrios y ciudades; por unir a todos los comités de frente único en un poderoso movimiento estable y firme.
- Propagar y defender con mayor fuerza la idea del Frente Democrático Nacional y su programa, como la solución cubana de los males cubanos.
- Y en fin, utilizar al máximo el proceso electoral convocado por este gobierno, si otra cosa no pudiera lograrse y no obstante sus limitadas posibilidades, para llevar a él la lucha de masas, para defender la línea del Partido y el programa del Frente Democrático Nacional, para unir a las masas, incluso en dicho proceso electoral, contra el gobierno de Batista y por la solución democrática de la crisis cubana.

FIDEL CASTRO

*Revolución socialista y democrática en Cuba**

La evolución de la revolución cubana a revolución socialista tuvo lugar en octubre de 1960, pero no fue sino hasta abril de 1961 cuando se reconoció explícitamente y se proclamó abiertamente este “salto cualitativo” del proceso revolucionario.

Fue durante un discurso histórico, pronunciado el 16 de abril de 1961, en el entierro de las víctimas de un bombardeo de aviones contrarrevolucionarios venidos de Guatemala, cuando Fidel Castro afirmó por vez primera el carácter socialista y democrático de la revolución cubana. Al día siguiente, 17 de abril, varios miles de contrarrevolucionarios cubanos (armados y entrenados por la CIA) desembarcaban en Playa Girón, pero eran derrotados en setenta y dos horas por las milicias obreras y campesinas constituidas en 1960.

Porque lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba.

Eso es lo que no pueden perdonarnos: que estemos aquí, en sus narices, ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las mismas narices de los Estados Unidos!

Esa revolución socialista la defendemos con esos fusiles. Esa revolución socialista la defendemos con el valor con que ayer nuestros artilleros antiaéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores.

Y esa revolución, esa revolución no la defendemos con mercenarios. La defendemos con los hombres y mujeres del pueblo.

¿Quiénes tienen las armas? ¿Acaso las armas las tiene el mercenario? ¿Acaso las armas las tiene el millonario? ¿Porque mercenarios y millonarios son la misma cosa? ¿Acaso las armas las tienen los hijitos de los ricos? ¿Acaso las armas las tienen los mayores? ¿Quién tiene las armas? ¿Qué manos son esas que levantan las armas? ¿Son manos de señoritos? ¿Son manos de ricos? ¿Son manos de explotadores? ¿Qué manos son esas que levantan esas armas? ¿No son manos obreras? ¿No son manos campesinas? ¿No son manos endurecidas por el trabajo? ¿No son manos creadoras? ¿No son manos humildes del pueblo? ¿Y cuál es la mayoría del pueblo? ¿Los millonarios o los obreros?

* Fidel Castro, *La Revolución Cubana, 1953-62*, ed. Era, México, 1976, pp. 328-29.

¿Los explotadores o los explotados? ¿Los privilegiados o los humildes? ¿No tienen las armas los privilegiados? ¿Las tienen los humildes? ¿Son minoría los privilegiados? ¿Son mayoría los humildes? ¿Es democrática una revolución en que los humildes tienen las armas?

Compañeros obreros y campesinos, ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y por esta revolución de los humildes, y por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida.

Obreros y campesinos, hombres y mujeres humildes de la patria, ¡juran defender hasta la última gota de sangre esta revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes?

Compañeros obreros y campesinos de la patria, el ataque de ayer fue el preludio de la agresión de los mercenarios. El ataque de ayer costó siete vidas heroicas, tuvo el propósito de destruir nuestros aviones en tierra, mas fracasaron. No nos destruyeron los aviones, y el grueso de los aviones enemigos fue averiado o abatido. Aquí, frente a la tumba de los compañeros caídos, aquí junto a los restos de los jóvenes heroicos, hijos de obreros e hijos de humildes, reafirmemos nuestra decisión de que, al igual que ellos pusieron su pecho a las balas, al igual que ellos dieron su vida, cuando vengan los mercenarios, nosotros orgullosos de nuestra revolución, orgullosos de defender esta revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, no vacilaremos, frente a quienes sean, en defenderla hasta nuestra última gota de sangre.

¡Viva la clase obrera! ¡Vivan los campesinos! ¡Vivan los humildes! ¡Vivan los mártires de la patria! ¡Vivan eternamente los héroes de la patria! ¡Viva la revolución socialista! ¡Viva Cuba libre!

¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

FIDEL CASTRO
*De Martí a Marx**

El discurso del 2 de diciembre de 1961 es un documento clave de la revolución cubana: es la primera vez que Fidel se vale explícitamente del marxismo y explica su itinerario ideológico del antiimperialismo radical (Martí) a Marx y Lenin. También aclara por qué y cómo la revolución cubana experimentó un proceso de “transcrescimiento” hacia el socialismo. Se encuentran en este discurso algunas de las principales características de la interpretación castrista del marxismo: percepción del campo político en términos de la alternativa imperialismo o socialismo, intenso pathos ético. Mencionaremos el homenaje a Mella, a Martínez Villena (poeta y dirigente comunista muerto en 1935) así como a Guiterras.

Realmente, nosotros pensamos que aquél era un tipo de trabajador verdaderamente heroico. ¿Cómo trabajaba? Trabajaba en el llano quince días, reunía quince o veinte pesos, compraba sal y un poco de manteca, regresaba a las lomas. Y así, durante años, mientras recogía los primeros granitos de café, nadie lo ayudaba. Pero no solo eso: cuando ese campesino desmontaba un pedazo de monte, por allí se le aparecía la pareja de la guardia rural, y si no iba la pareja de la guardia rural iba un encargado que tenía el Jefe de Puesto más próximo, que era el encargado de cobrar una cantidad de dinero por los desmontes, para él.

Así es que aquel infeliz guajiro que bajaba al llano, trabajaba quince días, con mil fatigas porque le pagaban un peso, para hacer una finquita de café, y un cabo de la guardia rural, o un sargento de un puesto lejano, le echa encima a un individuo encargado de sacarle dinero cada vez que cortaba.

Esos mismos campesinos tenían el problema de que al vender el café se lo pagaban a trece pesos, catorce pesos; les prestaban dinero, y les cobraban unos intereses altísimos. Ya existía el BANFAIC. Claro: ya existía el BANFAIC, pero el BANFAIC, ¿a quién le daba dinero? El BANFAIC le daba dinero al campesino que ya tenía una cosecha, al individuo que había tenido dinero, al capitalista casi, o al que con mil trabajos había podido sembrar media caballería, y ya recogía cien quintales. Al que recogía cien quintales le daban la refacción, pero al que no recogía ningún quintal –que era la inmensa mayoría de los campesinos de la sierra– no le daban dinero, porque no tenían el título

* Fidel Castro, *La Revolución Cubana*, 1953-62, op. cit., pp. 394-99, 434-39.

de la propiedad –el BANFAIC exigía título de propiedad de la tierra; exigía además que tuviese ya una cosecha, que recogiera granos, si no, no le daban–. Ésa era la situación del campesino.

Además, cuando iba la guardia rural por allí seguro que le quitaba por lo menos un gallo fino. ¡Por lo menos! Si es que no le llevaba el puerquito también y todas aquellas cosas. Las mercancías que les vendían a los campesinos, se las vendían carísimas. Allí no había una escuela. Allí no había maestro. Desde luego que si los guajiros hubiesen sabido lo que ellos podían hacer es posible desde mucho antes, con seis rifles nada más, se hubiesen hecho por lo menos independientes en las montañas. Porque las condiciones eran óptimas. Para cualquier campesino era mucho mejor suerte agarrar un fusil y alzarse que ser desalojado de las tierras y pasar trabajos y miserias.

Ésas son las condiciones que nosotros encontramos en la Sierra Maestra. Es decir: condiciones objetivas. Todo lo demás –organización de aparato militar, organización de aparato político, ¡todo!– estaba por hacer. Exactamente había pasado en el llano. En el llano se formó la organización correspondiente, pero era una organización muy embrionaria, era una organización muy nueva y, desde luego, no podía tener la disciplina de una organización revolucionaria fogueada por muchos años de lucha.

Es indiscutible que en el llano mucha gente joven luchó, se sacrificó, se jugó la vida, y luchó heroicamente. Pero, naturalmente, era una lucha de tipo heroico, sin que pudiera estar en correspondencia con los frutos que, desde luego, ya empezábamos a recoger en las montañas.

El teatro para la lucha eran las montañas. Entonces empezó nuestra tarea de ir organizando el movimiento guerrillero, dándole experiencia, adquiriendo experiencia, y al mismo tiempo ganando, conquistando para la revolución, a las masas campesinas. Era perfectamente lógico que en aquellas condiciones objetivas que existían en la Sierra Maestra, el trabajo revolucionario se desarrollara, hasta llegar a contar, como llegó a contar, con el apoyo unánime, prácticamente, de los campesinos de la Sierra Maestra.

Es decir, ya se contaba con una fuerza social, aunque con pocas armas y toda una serie de dificultades. La lucha siguió desarrollándose, se desarrolló en el segundo frente de Las Villas, después en el segundo frente de Oriente. La táctica que nosotros promovíamos había triunfado. Es decir que los hechos habían demostrado que aquel camino, en determinadas condiciones, era correcto. Se empezó a abandonar las tácticas del tipo putchista, de organización de fuerzas para intentar conquistar el poder en una lucha frontal, con una gran desventaja, contra las fuerzas armadas. La táctica que nosotros preconizábamos llevaba el desgaste a las fuerzas de la tiranía.

De más está decir que por eso nosotros tenemos, desde luego, una profunda fe en la lucha guerrillera. Nosotros creemos en la lucha guerrillera en las condiciones de nuestro país, que es similar a las condiciones de muchos países de América Latina. Y no vayan a pensar por eso que nosotros estamos promoviendo... Ustedes no me dejaron terminar. Nosotros lo creemos muy seriamente. Tenemos derecho a creerlo, porque hemos atravesado esa experiencia.

Desde luego, nosotros sabemos que cuando ese convencimiento llegue a otros pueblos, igualmente oprimidos por el imperialismo y las camarillas al servicio del imperialismo, por las castas militares, igualmente explotados por los latifundistas, otro pueblo donde pase exactamente lo mismo que pasaba en Cuba con campesinos hambrientos, explotados, sin tierra, sin escuelas, sin médicos, sin créditos, sin ayuda de ninguna clase, cuando se convenzan de lo que nosotros fuimos convenciéndonos –y nos convencimos, sobre todo, por la realidad de los hechos–, estoy seguro de que no habrá fuerza imperialista, ni reaccionaria, ni casta militar, ni el ejército de la OTAN, que pueda contener el movimiento revolucionario.

Nosotros creemos, sinceramente, que en las condiciones de Cuba nos percatamos de una táctica. Tan así es que los enemigos tratan de usarla. Con una sola diferencia, con una sola diferencia: que ellos quieren hacer una revolución en un campesinado donde se acabaron los latifundistas, se acabó la renta, y hay un maestro en cada barrio, hospitales, médicos, créditos, ayuda, y se acabaron el intermediario, el especulador, las cosechas garantizadas. Es decir: en condiciones que son absolutamente el reverso de las condiciones en que la hicimos nosotros.

O sea, que nosotros hicimos una revolución en determinadas condiciones, y vienen los contrarrevolucionarios a querer hacer una guerra en unas condiciones que son el reverso de las condiciones donde nosotros luchamos. Es decir: todo lo necesario para que les pase lo que les pasa, en dos palabras. Allí en la Sierra Maestra, en las zonas aquellas, cuando han querido formar un grupo contrarrevolucionario, antes de las cuarenta y ocho horas siempre han estado fuera de combate.

Es decir, que copiaron una parte pero no copiaron la otra. La otra no puede copiarse, en dos palabras. Pero copiaron la idea de formar guerrillas hasta los enemigos, hasta la reacción. Ahora bien, el Pentágono también copió las ideas, al fin y al cabo, pero en el reverso de la medalla. Nosotros no tenemos que copiar nada: dejar las cosas, sencillamente, y ver cómo van a ir produciéndose. Sabemos que toda la ciencia militar del Pentágono va a estrellarse contra la realidad. La realidad son las condiciones en que viven los pueblos de América Latina.

No habría más que una sola forma de combatir la guerrilla revolucionaria, que es la desaparición del imperialismo, de sus monopolios y de su explotación. Por eso nadie se aflija cuando oigan decir que el general Taylor, o cualquier otro general que estuvo en Corea, o estuvo donde haya estado, dirige una escuela antiguerrillera en Panamá. Eso es una pérdida de tiempo.

En dos palabras: ellos temen eso; demuestran que, realmente, temen eso. Pero incurren en la ilusión de creer que eso se puede evitar: la lucha revolucionaria de los pueblos. Frente a la lucha revolucionaria de los pueblos no hay remedio de ninguna clase. Únicamente la desaparición de las causas que llevan a los pueblos a la revolución. Por eso hay que reírse de todas las escuelas de Taylor. Nosotros estamos seguros de que un puñado de hombres cualquiera que se lance a la lucha, en países donde haya las condiciones objetivas que existían en Cuba –y no me refiero a ningún país en particular–, y ese movimiento revolucionario, ese grupo cumpla las reglas que debe cumplir una guerrilla, estamos completamente seguros que es la chispa que enciende la llama.

En definitiva, nosotros fuimos como un fosforito puesto en un pajar –no voy a decir en un cañaveral, porque eso de fósforo en un cañaveral es una cosa seria–, un fósforo en un pajar: ése fue el movimiento guerrillero, dadas las condiciones que existían en nuestro país. Poco a poco la lucha se fue convirtiendo en una lucha de todo el pueblo. Fue el pueblo. todo el pueblo, el único actor en esa lucha, fueron las masas las que decidieron la contienda.

Cuando la táctica fue acreditándose, inmediatamente comenzó a unirse el pueblo, comenzaron a unirse todos los revolucionarios, y se convirtió en la táctica y en la lucha de todo el movimiento revolucionario cubano, de todos los revolucionarios. Y al final en la lucha de todo el pueblo.

¿De qué manera, incluso –aunque es cierto que ya, en la etapa final, a fines del mes de diciembre, las fuerzas regulares de la tiranía estaban bastante quebrantadas–, qué es lo que hace posible que el movimiento revolucionario pueda evitar lo que hoy están haciendo en Santo Domingo, evitar lo que siempre ha tratado de hacer la reacción y el imperialismo en cualquier parte de América? Solo una conciencia revolucionaria que se ha desarrollado en el pueblo, una participación activa de las masas.

¿Qué fue lo que liquidó, como un merengue en la puerta de una escuela, la maniobra de la embajada americana y de la reacción? Simplemente la huelga general. No había que tirar un solo tiro más. Ése era el momento adecuado para lanzar la consigna de huelga general.

Indiscutiblemente que la habíamos lanzado en un momento muy prematuro. ¿Qué quiere decir eso?: Predominaron los criterios subjetivos, desconocimos las condiciones objetivas. Nuestra propia revolución puede

mostrar ejemplos de todo. Nosotros queríamos que ya estuvieran esas condiciones listas; nosotros queríamos que con una simple consigna se desatara la huelga general y se desplomara la tiranía; eso era lo que nosotros deseábamos, eso era lo que queríamos. Pero ocurrió que nosotros convertimos nuestros deseos en realidad, pero solo en la imaginación.

Y ¿qué es lo que tiene que hacer el revolucionario? Debe interpretar la realidad. Nosotros no interpretamos esa realidad y cometimos una equivocación. El resultado fue que no hubo tal huelga, porque las condiciones no estaban completamente maduras, y por la táctica empleada. En suma, que fundamentalmente no estaban maduras las condiciones. La fuerza militar de la revolución contaba con menos de doscientos hombres.

Cuando se lanzó la consigna por segunda vez, ya teníamos provincias enteras aisladas, unidades completas del enemigo destruidas, el enemigo estaba realmente resquebrajado, mientras que en la otra ocasión el enemigo siempre había atravesado el territorio que había querido y siempre había dominado la situación en el país. El momento en que se lanza la consigna es el adecuado y, entonces, se cumple, sencillamente, la estrategia: la conquista del poder revolucionario con las masas. Eso era lo que diferenciaba un movimiento verdaderamente revolucionario de un golpe de Estado.

¿Qué factor había movilizado a las masas? La lucha guerrillera se convirtió en un factor que movilizó a las masas, que agudizó la lucha, la represión, agudizó las contradicciones del régimen y, sencillamente, toma el poder el pueblo; se toma el poder por las masas. Ésa fue la primera característica fundamental.

Se puede liquidar la fuerza, el aparato militar, la maquinaria que había sostenido al régimen. Es decir, que se fueron cumpliendo una serie de leyes revolucionarias; primero, la conquista del poder por las masas y segundo, la liquidación del aparato, de la maquinaria militar que sostenía todo aquel régimen de privilegio.

¿Qué es lo que procuran la reacción y el imperialismo? ¿Qué es lo que trata de conservar en cualquier crisis? La historia de América Latina está llena de ejemplos: lo que tratan de conservar a toda costa es el aparato militar, la máquina militar del sistema. Ni al imperialismo ni a las clases dominantes les importa, en última instancia, quién está de presidente, quién está de representante, quién está de senador.

Desde luego, al imperialismo y a la reacción les interesa, si es posible, que el que esté de presidente no sea un ladrón consumado; les interesa, si es posible, que sea honrado, que invierta correctamente el dinero en beneficio de sus intereses de clase dominante; les interesa que la administración pública

funcione con honestidad y, en fin, prefieren un gobierno de gente que robe menos a un gobierno que robe más.

¿Qué le interesa al imperialismo? Le interesa, desde luego, un gobierno que garantice los beneficios de sus monopolios. Entonces, le da lo mismo que sea un Pérez Jiménez que un Rómulo Betancourt. Si quieren un ejemplo, ahí lo tienen. [...]

Desde el punto de vista de la marcha de la historia del mundo, desde el punto de vista del gran esfuerzo que realizan todos los pueblos por librarse del hambre, de la miseria, de la explotación, del coloniaje, de la discriminación, como están luchando los pueblos de Asia, de África, de América Latina, nosotros jamás podríamos haber estado conscientemente al lado del imperialismo. Es posible que mucha gente, atiborrada de revistas *Selecciones*, de películas yanquis, de revistas *Life* y de cables de la UPI y de la AP que han dicho tantas mentiras, llegaran a creer que la política de los Estados Unidos era una política correcta, noble y humanitaria, como ellos hacían ver.

¿Quién que hoy comprenda, quién que hoy razone, quién que hoy se dé cuenta de lo que pasa en el mundo entero, podría estar honestamente al lado de la política del imperialismo?

Era lógico que nuestro país, ya desde el punto de vista no de los valores nacionales y de los sentimientos nacionales, sino desde el punto de vista de los intereses universales del hombre, jamás podría haber estado al lado de aquella política, sino al lado de la política que sustenta hoy defendiendo en todas partes los derechos de todos esos pueblos. Eso es posible que alguna gente todavía lo vea más claro que los propios problemas económicos. Para todo aquel que no se dé cuenta que nuestro país tenía que optar entre dos políticas: la política del capitalismo, la política del imperialismo, o la política antiimperialista, la política del socialismo.

Es preciso tener en cuenta que no hay términos medios entre capitalismo y socialismo. Los que se empeñan en encontrar terceras posiciones, caen en una posición verdaderamente falsa y verdaderamente utópica. Eso equivaldría a desentenderse, eso sería complicidad con el imperialismo. Es perfectamente comprensible que quien permanezca indiferente ante la lucha de los argelinos es un cómplice del imperialismo francés. Quien permanezca indiferente ante la intervención yanqui en Santo Domingo es un cómplice de esa intervención yanqui en Santo Domingo. Quien permanezca ajeno a la persecución desatada por el traidor Rómulo Betancourt contra los obreros y contra los estudiantes en Venezuela –esos mismos obreros y estudiantes de Venezuela que nos defienden–, es un cómplice de aquella opresión. Quien permanezca indiferente ante Franco en España, ante el rearme alemán, ante el hecho

de que los guerreristas alemanes, los oficiales nazis, estén hoy armados, y estén reclamando por armas termonucleares, inclusive, quien permanezca indiferente ante lo que pasa en Vietnam del Sur, ante lo que pasa en el Congo, ante lo que pasa en Angola, quien permanezca indiferente, y pretenda, frente a todos estos hechos, adoptar una tercera posición, no está realmente adoptando una tercera posición, está adoptando una posición prácticamente de complicidad con el imperialismo.

Hay algunos –que se presumen de muy sabios– que afirman que lo que debió haber hecho la Revolución Cubana era cogerle dinero a los americanos y cogerle dinero a los rusos, como dicen ellos.

Es decir, que no falta quién predique una tesis política tan repugnante, tan cobarde y tan mercachifle y tan baja. Es decir: véndete, vendan el país, como si se vendiera una mercancía cualquiera, a los intereses del imperialismo. Cójale al imperialismo amedrentándolo y asustándolo con la amistad de la Unión Soviética, es decir, ser chantajista. Y así ha habido quienes promovieron aquí la tesis del chantaje.

¡Ah! pero, además, la tesis del chantaje, ¿cómo? ¿Cómo iban a llevar a cabo esa tesis del chantaje? Eso no era tal chantaje. Habría sido la tesis, además, de permanecer en el statu quo que existía en nuestro país, y el respeto a todos los intereses del imperialismo, todos sus miles de caballerías, todos sus centrales azucareros, su “pulpo” eléctrico, su compañía telefónica, su control de nuestro comercio exterior e interior, de los bancos. Y, además, cualquier país que se decidiera a liberarse del monopolio del comercio norteamericano, que se decidiera a hacer una reforma agraria, que se decidiera a tener una industria propia, tener una política independiente, tenía que enfrentarse al imperialismo.

Es decir, que la revolución no era revolución o tenía que ser traición. La revolución tenía que escoger entre estos dos términos: traición o revolución.

Y nosotros, que nos acordamos de los hombres que han muerto por esta revolución, que nos acordamos de nuestros compañeros caídos en la lucha, como de todos los revolucionarios que tenían que haber recordado los que cayeron desde Guiteras, desde Martínez Villena –aunque Martínez Villena prácticamente no murió asesinado, pero murió como consecuencia del desastre de aquella lucha–, de Mella, de todos aquellos revolucionarios. Los que pensaron no en los revolucionarios de ahora, los que pensaron en Martí; Martí, que tuvo también una visión genial.

Porque ¿cuál es el mérito de Martí, lo que nos admira de Martí? ¿Martí era marxista-leninista? No, Martí, no era marxista-leninista. Martí dijo de Marx que, puesto que se puso del lado de los pobres, tenía todas sus simpatías.

Porque la revolución de Cuba era una revolución nacional, liberadora, frente al poder colonial español; no era una revolución que fuera una lucha social, era una lucha que perseguía primero la independencia nacional. Y aun en aquella época, en aquella época, Martí dijo de Marx: “puesto que se puso del lado de los pobres merece mi respeto”.

Y ¿qué otra visión tuvo Martí? Una visión también genial en el año 1895. Tuvo la visión del imperialismo norteamericano, cuando el imperialismo norteamericano todavía no había empezado a ser imperialismo. Eso se llama tener visión política de largo alcance.

Porque el imperialismo norteamericano se comienza a desarrollar vigorosamente a partir de la intervención en Cuba, en que se apodera prácticamente de la riqueza del país, se apodera de Puerto Rico, se apodera de Filipinas, y se inicia la etapa imperialista del capitalismo norteamericano.

Martí prevé en el año 1895 el desarrollo de los Estados Unidos como potencia imperialista. Y escribe, y alerta al pueblo contra eso, y se pronuncia contra eso. Véase si Martí era realmente un revolucionario genial que se percató del desarrollo del imperialismo en el año 1895 cuando todavía éste no había empezado a manifestarse como fuerza mundial.

Y, entonces, hay que pensar en todos los que cayeron, en todos los que murieron, en todos los que lucharon. ¿Para qué lucharon? ¿Para que la compañía de electricidad siguiese siendo compañía yanqui? ¿Para que las 18 mil caballerías de la Atlántica del Golfo siguieran siendo 18 mil caballerías extranjeras? ¿Para que siguieran sin tierra, siguieran pasando hambre, siguieran pasando miseria nuestros campesinos? ¿Para que los bancos continuasen siendo propiedades extranjeras? ¿Para que de nuestro país se succionaran cientos de millones de dólares todos los años? ¿Para que continuaran un millón de analfabetos en nuestro país? ¿Para que continuaran sin escuela los campesinos, sin hospitales, sin casas, viviendo en los barracones, en los barrios de indigentes? ¿Para que continuara así nuestro pueblo, después de cincuenta años en que supuestamente había conquistado su independencia?

Desde luego, yo no estoy hablando aquí para los revolucionarios. Y es posible que ya para los revolucionarios sea innecesario hablar esto. Hay que hablarles, incluso, a los insensibles, a los indiferentes, a los confusos, a los que no entienden por qué esto y por qué aquello.

Y ¿había muerto toda esa gente para que los latifundistas siguieran siendo dueños de miles de caballerías de tierra? No, cualquiera comprende que no; cualquiera comprende que habrían sido traidores los dirigentes de la revolución, si hubiesen hecho una revolución, si hubiesen llevado a tantos jóvenes al combate y a la lucha, si se hubiesen sacrificado tantas vidas para eso.

¡Para tan poca gloria no valía la pena que hubiese muerto un solo cubano!, ¡para tan poca gloria no habría valido la pena levantar un arma! Esgrimir un arma, combatir, luchar, sufrir lo que sufrió nuestro país, tenía que ser por algo, mucho más que todo esto.

Y algunos pretendían que estaban muriendo los hombres, precisamente, para que siguiese ese sistema de explotación, para que siguiese un millar de familias viviendo como príncipes en nuestras capitales y en nuestras ciudades, para que siguiese existiendo aquel régimen de explotación, de hambre, de miseria, de discriminación, de abusos. Algunos pretendían eso. Y, precisamente, al parecer creyeron que la revolución podía ser eso. Hubo algunos que, a última hora, incluso compraron algunos bonos e hicieron algunas cosas para eso. ¡Qué equivocados estaban! ¡Qué equivocados estaban, que creían que ciertas conquistas de nuestro país, que ya fueron trazadas incluso desde la guerra del 95, iban a quedarse trucas, y las cosas iban a seguir como estaban!

Claro está que esta política honesta, esta política revolucionaria, esta política que marcha acorde con la historia, acorde con los sentimientos e intereses de los pueblos subdesarrollados y explotados de todo el mundo, que marcha acorde con los intereses y con el honor nacional, no es una política fácil. Tenía que ser necesariamente una política de sacrificios, porque si nosotros queríamos redimir a nuestro pueblo de la incultura, del desempleo, del hambre, de la miseria, desarrollar nuestra economía, tener una economía propia, una economía independiente, y, junto con una economía independiente, una política independiente que acabara con el desempleo, con la incultura, con la miseria, con el retraso, con la pobreza, con la ignorancia, con la enfermedad, con la situación de infelicidad en que vivía la mayor parte de nuestro pueblo, teníamos que hacer una política consecuentemente revolucionaria. Hacerlo significaba enfrentarse al imperialismo con todas sus fuerzas. Y eso es lo que hemos hecho.

Desde luego, los dirigentes de la revolución somos revolucionarios. Si no fuéramos revolucionarios, no estaríamos, sencillamente, haciendo una revolución. Quiero decir con esto, que los revolucionarios y los pueblos junto con los revolucionarios, es decir, la gran masa explotada del pueblo, está dispuesta a pagar el sacrificio que sea necesario, y el precio que sea necesario por todo eso.

A un “pancista”, a un indiferente, a un insensible, a un corrompido, le podrán decir que lo mejor era no buscarse problemas, que lo mejor era respetar todos esos intereses, sencillamente. A éste le podían decir eso, y eso lo podría decir.

Nosotros teníamos que optar entre permanecer bajo el dominio, la explotación y la insolencia imperialista, seguir soportándoles aquí a los embajadores yanquis que dieran órdenes, seguir manteniendo a nuestro país en el estado de miseria en que estaba, o hacer una revolución antiimperialista, y hacer una revolución socialista..

En eso no había alternativa. Nosotros escogimos el único camino honrado, el único camino leal que podíamos seguir con nuestra patria, y acorde con la tradición de nuestros mambises, acorde con la tradición de todos los que han luchado por el bien de nuestro país. Ése es el camino que hemos seguido: el camino de la lucha antiimperialista, el camino de la revolución socialista. Porque, además, no cabía ninguna otra posición. Cualquiera otra posición era una posición falsa, una posición absurda. Y nosotros nunca adoptaremos esa posición, nosotros jamás vacilaremos. ¡Jamás!

El imperialismo debe saber que –para siempre– jamás tendrá nada que ver con nosotros, y el imperialismo tiene que saber que por grandes que sean nuestras dificultades, por dura que sea nuestra lucha por construir nuestro país, por construir el futuro de nuestro país, por hacer una historia digna de nuestro país, el imperialismo no debe tener con respecto a nosotros la menor esperanza.

Muchos que no comprendían estas cosas las comprenden hoy. Y las comprenderán cada vez más. Para todos nosotros estas cosas son cada vez más claras, más evidentes, más indiscutibles.

Ése era el camino que tenía que seguir la revolución: el camino de la lucha antiimperialista y el camino del socialismo. Es decir: la nacionalización de todas las grandes industrias, de los grandes comercios. La nacionalización y la propiedad social de los medios fundamentales de producción, y el desarrollo planificado de nuestra economía a todo el ritmo que nos permitan nuestros recursos, y nos permita la ayuda que estamos recibiendo del exterior. Que ha sido otra cosa verdaderamente favorable a nuestra revolución, el hecho de que contamos con ayuda y solidaridad que nos permiten, sin los enormes sacrificios que tuvieron que hacer otros pueblos, llevar adelante nuestra revolución.

Había que hacer la revolución antiimperialista y socialista. Bien. La revolución antiimperialista y socialista solo tenía que ser una, una sola revolución, porque no hay más que una revolución. Ésa es la gran verdad dialéctica de la humanidad: el imperialismo, y frente al imperialismo el socialismo. Resultado de eso: el triunfo del socialismo, la superación de la época del socialismo; superación de la etapa del capitalismo y el imperialismo, el establecimiento de la era del socialismo, y después la era del comunismo.

Nadie se asuste, no habrá comunismo –por si queda algún anticomunista por ahí– hasta dentro de treinta años, por lo menos.

Así que, para que aprendan incluso nuestros enemigos a comprender cómo es el marxismo, en dos palabras; y que, sencillamente, no se puede saltar por encima de una etapa histórica. Quizá la etapa histórica que algunos países subdesarrollados pueden saltar hoy es la edificación del capitalismo. Es decir, pueden iniciar el desarrollo de la economía de un país por el camino de la planificación y por el camino del socialismo, lo que no puede saltarse es el socialismo. Y la propia Unión Soviética, después de cuarenta años, empieza la edificación del comunismo y espera haber avanzado considerablemente en ese terreno al cabo de veinte años. Así que estamos en la etapa de construcción del socialismo.

Y el socialismo. ¿Cuál es el socialismo que debíamos aplicar? ¿El socialismo utópico? Teníamos, sencillamente, que aplicar el socialismo científico. Por eso les empecé diciendo con toda franqueza que creíamos en el marxismo, que creíamos que es la teoría más correcta, más científica, la única teoría verdadera, la única teoría revolucionaria verdadera. Lo digo aquí con entera satisfacción, y con entera confianza: soy marxista-leninista, y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida.

4.2. El castrismo y el guevarismo

ERNESTO CHE GUEVARA

*Guerra de guerrillas, un método**

Este escrito de Guevara, que se remonta a 1963, es uno de los más interesantes intentos de generalizar ciertas lecciones de la revolución cubana para la lucha en América Latina. Una de las tesis centrales del texto se refiere al carácter socialista de la revolución latinoamericana y está estrechamente ligada al análisis del papel de las burguesías nacionales. Guevara presenta también, de modo conciso y riguroso, sus ideas sobre la guerra de guerrillas a escala continental; hay que recalcar que, contrariamente a lo que pretenden sus críticos superficiales, Guevara concebía la guerrilla como un proceso político-militar con carácter de lucha de masas. Por supuesto, su concepción de la guerra de guerrilla está directamente influida por el ejemplo cubano: prioridad de la lucha en el campo, papel clave del foco inicial, etcétera.

La guerra de guerrillas ha sido utilizada innúmeras veces en la historia en condiciones diferentes y persiguiendo distintos fines. Últimamente ha sido usada en diversas guerras populares de liberación donde la vanguardia del pueblo eligió el camino de la lucha armada irregular contra enemigos de mayor potencial bélico. Asia, África y América han sido escenario de estas acciones cuando se trataba de lograr el poder en lucha contra la explotación feudal, neocolonial o colonial. En Europa se la empleó como complemento de los ejércitos regulares propios o aliados.

En América se ha recurrido a la guerra de guerrillas en diversas oportunidades. Como antecedente mediato más cercano puede anotarse la experiencia de Augusto César Sandino, luchando contra las fuerzas expedicionarias yanquis en la Segovia nicaragüense. Y, recientemente, la guerra revolucionaria de Cuba. A partir de entonces, en América se han planteado los problemas de la guerra de guerrillas en las discusiones teóricas de los partidos progresistas

* Ernesto Che Guevara, "Guerra de guerrillas, un método" (1963), *Obra revolucionaria*, ed. Era, México, 1973, pp. 551-52 y 556-63.

del continente y la posibilidad y conveniencia de su utilización es materia de polémicas encontradas.

Estas notas tratarán de expresar nuestras ideas sobre la guerra de guerrillas y cuál sería su utilización correcta.

Ante todo hay que precisar que esta modalidad de lucha es un método; un método para lograr un fin. Ese fin, indispensable, ineludible para todo revolucionario, es la conquista del poder político. Por tanto, en los análisis de las situaciones específicas de los distintos países de América, debe emplearse el concepto de guerrilla reducido a la simple categoría de método de lucha para lograr aquel fin.

Casi inmediatamente surge la pregunta: ¿El método de la guerra de guerrillas es la fórmula única para la toma del poder en la América entera?, o ¿será, en todo caso, la forma predominante?, o, simplemente, ¿será una fórmula más entre todas las usadas para la lucha? y, en último extremo, se preguntan, ¿será aplicable a otras realidades continentales el ejemplo de Cuba? Por el camino de la polémica, suele criticarse a aquellos que quieren hacer la guerra de guerrillas, aduciendo que se olvidan de la lucha de masas, casi como si fueran métodos contrapuestos. Nosotros rechazamos el concepto que encierra esa posición; la guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población, es el preludio de un desastre inevitable. La guerrilla es la vanguardia combativa del pueblo, situada en un lugar determinado de algún territorio dado, armada, dispuesta a desarrollar una serie de acciones bélicas tendientes al único fin estratégico posible: la toma del poder. Está apoyada por las masas campesinas y obreras de la zona y de todo el territorio de que se trate. Sin esas premisas no se puede admitir la guerra de guerrillas.

En nuestra situación americana, consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; son ellas: Primero: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. Segundo: no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. Tercero: en la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo (La guerra de guerrillas).

Tales son las aportaciones para el desarrollo de la lucha revolucionaria en América y pueden aplicarse a cualquiera de los países de nuestro continente en los cuales se vaya a desarrollar una guerra de guerrillas. [...]

Durante el desarrollo de la lucha armada aparecen dos momentos de extremo peligro para el futuro de la revolución. El primero de ellos surge en la etapa preparatoria y la forma en que se resuelva da la medida de la decisión de lucha y claridad de fines que tengan las fuerzas populares. Cuando el Estado burgués avanza contra las posiciones del pueblo, evidentemente tiene que producirse un proceso de defensa contra el enemigo que, en ese momento de superioridad, ataca. Si ya se han desarrollado las condiciones objetivas y subjetivas mínimas, la defensa debe ser armada, pero de tal tipo que no se conviertan las fuerzas populares en meros receptores de los golpes del enemigo; no dejar tampoco que el escenario de la defensa armada simplemente se transforme en un refugio extremo de los perseguidos. La guerrilla, movimiento defensivo del pueblo en un momento dado, lleva en sí, y constantemente debe desarrollarla, su capacidad de ataque sobre el enemigo. Esta capacidad es la que va determinando con el tiempo su carácter de catalizador de las fuerzas populares. Vale decir, la guerrilla no es autodefensa pasiva, es defensa con ataque y, desde el momento en que se plantea como tal, tiene como perspectiva final la conquista del poder político.

Este momento es importante. En los procesos sociales la diferencia entre violencia y no violencia no puede medirse por las cantidades de tiros intercambiados; responde a situaciones concretas y fluctuantes. Y hay que saber ver el instante en que las fuerzas populares, conscientes de su debilidad relativa, pero al mismo tiempo de su fuerza estratégica, deben obligar al enemigo a que dé los pasos necesarios para que la situación no retroceda. Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica-presión popular. La dictadura trata constantemente de ejercerse sin el uso aparatoso de la fuerza; el obligar a presentarse sin disfraz, es decir, en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias, contribuirá a su desenmascaramiento, lo que profundizará la lucha hasta extremos tales que ya no se pueda regresar. De cómo cumplan su función las fuerzas del pueblo abocadas a la tarea de obligar a definiciones a la dictadura –retroceder o desencadenar la lucha–, depende el comienzo firme de una acción armada de largo alcance.

Sortear el otro momento peligroso depende del poder del desarrollo ascendente que tengan las fuerzas populares. Marx recomendaba siempre que una vez comenzado el proceso revolucionario, el proletariado tenía que golpear y golpear sin descanso. Revolución que no se profundice constantemente es revolución que regresa. Los combatientes, cansados, empiezan a perder la fe y puede fructificar entonces alguna de las maniobras a que la burguesía nos tiene tan acostumbrados. Éstas pueden ser elecciones con la entrega del poder a otro señor de voz más meliflua y cara más angelical que el dictador de turno,

o un golpe dado por los reaccionarios, encabezados, en general, por el ejército y apoyándose, directa o indirectamente, en las fuerzas progresistas. Caben otras, pero no es nuestra intención analizar estrategias tácticas.

Llamamos la atención principalmente sobre la maniobra del golpe militar apuntada arriba. ¿Qué pueden dar los militares a la verdadera democracia? ¿Qué lealtad se les puede pedir si son meros instrumentos de dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperialistas y como casta, que vale en razón de las armas que posee, aspiran solamente a mantener sus prerrogativas?

Cuando, en situaciones difíciles para los opresores, conspiran los militares y derroquen a un dictador, de hecho vencido, hay que suponer que lo hacen porque aquél no es capaz de preservar sus prerrogativas de clase sin violencia extrema, cosa que, en general, no conviene en los momentos actuales a los intereses de las oligarquías.

Esta afirmación no significa, de ningún modo, que se deseche la utilización de los militares como luchadores individuales, separados del medio social en que han actuado y, de hecho, rebelados contra él. Y esta utilización debe hacerse en el marco de la dirección revolucionaria a la que pertenecerán como luchadores y no como representantes de una casta.

En tiempos ya lejanos, en el prefacio de la tercera edición de *La guerra civil en Francia*, Engels decía: "Los obreros, después de cada revolución, estaban armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De ahí que, después de cada revolución ganada por los obreros, se llevara a cabo una nueva lucha que acababa con la derrota de éstos..." (Cita de Lenin, *El Estado y la Revolución*).

Este juego de luchas continuas en que se logra un cambio formal de cualquier tipo y se retrocede estratégicamente, se ha repetido durante decenas de años en el mundo capitalista. Peor aun, el engaño permanente al proletariado en este aspecto lleva más de un siglo de producirse periódicamente.

Es peligroso también que, llevados por el deseo de mantener durante algún tiempo condiciones más favorables para la acción revolucionaria mediante el uso de ciertos aspectos de la legalidad burguesa, los dirigentes de los partidos progresistas confundan los términos, cosa que es muy común en el curso de la acción, y se olviden del objetivo estratégico definitivo: *la toma del poder*.

Estos dos momentos difíciles de la revolución, que hemos analizado someramente, se obvian cuando los partidos dirigentes marxistas-leninistas son capaces de ver claro las implicaciones del momento y de movilizar

las masas al máximo, llevándolas por el camino justo de la resolución de las contradicciones fundamentales.

En el desarrollo del tema hemos supuesto que eventualmente se aceptará la idea de la lucha armada y también la fórmula de la guerra de guerrillas como método de combate. ¿Por qué estimamos que, en las condiciones actuales de América, la guerra de guerrillas es la vía correcta? Hay argumentos fundamentales que, en nuestro concepto, determinan la necesidad de la acción guerrillera en América como eje central de la lucha.

Primero: aceptando como verdad que el enemigo luchará por mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción del ejército opresor; para destruirlo hay que oponerle un ejército popular enfrente. Ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse en el arsenal que brinda su enemigo, y esto condiciona una lucha dura y muy larga, en la que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad.

En cambio, el núcleo guerrillero, asentado en terrenos favorables a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario. Las fuerzas urbanas, dirigidas desde el estado mayor del ejército del pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia. La eventual destrucción de estos grupos no haría morir el alma de la revolución, su jefatura, que, desde la fortaleza rural, seguiría catalizando el espíritu revolucionario de las masas y organizando nuevas fuerzas para otras batallas.

Además, en esta zona comienza la estructuración del futuro aparato estatal encargado de dirigir eficientemente la dictadura de clase durante todo el período de transición. Cuanto más larga sea la lucha, más grandes y complejos serán los problemas administrativos y en su solución se entrenarán los cuadros para la difícil tarea de la consolidación del poder y el desarrollo económico, en una etapa futura.

Segundo: la situación general del campesinado latinoamericano y el carácter cada vez más explosivo de su lucha contra las estructuras feudales, en el marco de una situación social de alianza entre explotadores locales y extranjeros. Volviendo a la Segunda Declaración de La Habana:

- Los pueblos de América se liberaron del coloniaje español a principios del siglo pasado, pero no se liberaron de la explotación. Los terratenientes feudales asumieron la autoridad de los gobernantes españoles, los indios continuaron en penosa servidumbre, el hombre latinoamericano en una u otra forma siguió esclavo y las mínimas esperanzas de los pueblos sucumben bajo el poder de las oligarquías y la coyunda del capital extranjero. Ésta ha sido la verdad de América, con uno u otro matiz,

con alguna que otra variante. Hoy América Latina yace bajo un imperialismo mucho más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperialismo colonial español.

- Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear el aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos pseudolegales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos.

Esta situación objetiva nos muestra la fuerza que duerme, desaprovechada, en nuestros campesinos y la necesidad de utilizarla para la liberación de América.

Tercero: el carácter continental de la lucha. ¿Podría concebirse esta nueva etapa de la emancipación de América como el cotejo de dos fuerzas locales luchando por el poder en un territorio dado? Difícilmente. La lucha será a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas de represión. Los párrafos arriba citados también lo predicen.

Los yanquis intervendrán por solidaridad de intereses y porque la lucha en América es decisiva. De hecho, ya intervienen en la preparación de las fuerzas represivas y la organización de un aparato continental de lucha. Pero, de ahora en adelante, lo harán con todas sus energías; castigarán a las fuerzas populares con todas las armas de destrucción a su alcance; no dejarán consolidarse al poder revolucionario y, si alguno llegara a hacerlo, volverán a atacar, no lo reconocerán, tratarán de dividir las fuerzas revolucionarias, introducirán saboteadores de todo tipo, crearán problemas fronterizos, lanzarán a otros Estados reaccionarios en su contra, intentarán ahogar económicamente al nuevo Estado, aniquilarlo, en una palabra.

Dado este panorama americano, se hace difícil que la victoria se logre y consolide en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llegue a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, caracteres continentales. La cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.

No podemos decir cuándo alcanzará estas características continentales, ni cuánto tiempo durará la lucha; pero podemos predecir su advenimiento y su triunfo, porque es resultado de circunstancias históricas, económicas

y políticas inevitables y su rumbo no se puede torcer. Iniciarla cuando las condiciones estén dadas, independientemente de la situación de otros países, es la tarea de la fuerza revolucionaria en cada país. El desarrollo de la lucha ira condicionando la estrategia general; la predicción sobre el carácter continental es fruto del análisis de las fuerzas de cada contendiente, pero esto no excluye, ni mucho menos, el estallido independiente. Así como la iniciación de la lucha en un punto de un país está destinada a desarrollarla en todo su ámbito, la iniciación de la guerra revolucionaria contribuye a desarrollar nuevas condiciones en los países vecinos.

El desarrollo de las revoluciones se ha producido normalmente por flujos y reflujos inversamente proporcionales; al flujo revolucionario corresponde el reflujo contrarrevolucionario y, viceversa, en los momentos de descenso revolucionario hay un ascenso contrarrevolucionario. En estos instantes, la situación de las fuerzas populares se torna difícil y deben recurrir a los mejores medios de defensa para sufrir los daños menores. El enemigo es extremadamente fuerte, continental. Por ello, no se pueden analizar las debilidades relativas de las burguesías locales con vistas a tomar decisiones de ámbitos restringidos. Menos podría pensarse en la eventual alianza de estas oligarquías con el pueblo en armas. La Revolución cubana ha dado el campanazo de alarma. La polarización de fuerzas llegará a ser total: explotadores de un lado y explotados de otro; la masa de la pequeña burguesía se inclinará a uno u otro bando, de acuerdo con sus intereses y el acierto político con que se la trate; la neutralidad constituirá una excepción. Así será la guerra revolucionaria.

Pensemos cómo podría comenzar un foco guerrillero.

Núcleos relativamente pequeños de personas eligen lugares favorables para la guerra de guerrillas, ya sea con la intención de desatar un contraataque o para capear el vendaval, y allí comienzan a actuar. Hay que establecer bien claro lo siguiente: en el primer momento, la debilidad relativa de la guerrilla es tal que solamente debe trabajar para fijarse al terreno, para ir conociendo el medio, estableciendo conexiones con la población y reforzando los lugares que eventualmente se convertirán en su base de apoyo.

Hay tres condiciones de supervivencia de una guerrilla que comience su desarrollo bajo las premisas expresadas aquí: movilidad constante, vigilancia constante, desconfianza constante. Sin el uso adecuado de estos tres elementos de la táctica militar, la guerrilla difícilmente sobrevivirá. Hay que recordar que la heroicidad del guerrillero, en estos momentos, consiste en la amplitud del fin planteado y la enorme serie de sacrificios que deberá realizar para cumplimentarlo.

Estos sacrificios no serán el combate diario, la lucha cara a cara con el enemigo: adquirirán formas más sutiles y más difíciles de resistir para el cuerpo y la mente del individuo que está en la guerrilla.

Serán quizás castigados duramente por los ejércitos enemigos; divididos en grupos, a veces; martirizados los que cayeren prisioneros; perseguidos como animales acosados en las zonas que hayan elegido para actuar; con la inquietud constante de tener enemigos sobre los pasos de la guerrilla; con la desconfianza constante frente a todo, ya que los campesinos atemorizados los entregarán, en algunos casos, para quitarse de encima con la desaparición del pretexto, a las tropas represivas; sin otra alternativa que la muerte o la victoria, en momentos en que la muerte es un concepto mil veces presente y la victoria el mito que solo un revolucionario puede soñar.

Esa es la heroicidad de la guerrilla; por eso se dice que caminar también es una forma de combatir, que rehuir el combate en un momento dado no es sino una forma de combatir. El planteamiento es, frente a la superioridad general del enemigo, encontrar la forma táctica de lograr una superioridad relativa en un punto elegido, ya sea poder concentrar más efectivos que éste, ya asegurar ventajas en el aprovechamiento del terreno que vuelque la correlación de fuerzas. En estas condiciones se asegura la victoria táctica; si no está clara la superioridad relativa, es preferible no actuar. No se debe dar combate que no produzca una victoria, mientras se pueda elegir el “cómo” y el “cuándo”.

En el marco de la gran acción político-militar, del cual es un elemento, la guerrilla irá creciendo y consolidándose; se irán formando entonces las bases de apoyo, elemento fundamental para que el ejército guerrillero pueda prosperar. Estas bases de apoyo son puntos en los cuales el ejército enemigo solo puede penetrar a costa de grandes pérdidas; bastiones de la revolución, refugio y resorte de la guerrilla para incursiones cada vez más lejanas y atrevidas.

A este momento se llega si se han superado simultáneamente las dificultades de orden táctico y político. Los guerrilleros no pueden olvidar nunca su función de vanguardia del pueblo, el mandato que encarnan, y por tanto deben crear las condiciones políticas necesarias para el establecimiento del poder revolucionario basado en el apoyo total de las masas. Las grandes reivindicaciones del campesinado deben ser satisfechas en la medida y forma que las circunstancias aconsejen, haciendo de toda la población un conglomerado compacto y decidido.

Si difícil será la situación militar de los primeros momentos, no menos delicada será la política; y si un solo error militar puede liquidar la guerrilla, un error político puede frenar su desarrollo durante grandes períodos.

Político-militar es la lucha, así hay que desarrollarla y, por lo tanto, entenderla.

La guerrilla, en su proceso de crecimiento, llega a un instante en que su capacidad de acción cubre una determinada región para cuyas medidas sobran hombres y hay demasiada concentración en la zona. Allí comienza el efecto de colmena, en el cual uno de los jefes, guerrillero distinguido, salta a otra región y va repitiendo la cadena de desarrollo de la guerra de guerrillas, sujeto, eso sí, a un mando central.

Ahora bien, es preciso apuntar que no se puede aspirar a la victoria sin la formación de un ejército popular. Las fuerzas guerrilleras podrán extenderse hasta determinada magnitud; las fuerzas populares, en las ciudades y en otras zonas permeables del enemigo, podrán causarle estragos, pero el potencial militar de la reacción todavía estaría intacto. Hay que tener siempre presente que el resultado final debe ser el aniquilamiento del adversario. Para ello, todas estas zonas nuevas que se crean, más las zonas de perforación del enemigo detrás de sus líneas, más las fuerzas que operan en las ciudades principales, deben tener una relación de dependencia en el mando. No se podrá pretender que exista la cerrada ordenación jerárquica que caracteriza a un ejército, pero sí una ordenación estratégica. Dentro de determinadas condiciones de libertad de acción, las guerrillas deben de cumplir todas las órdenes estratégicas del mando central, instalado en alguna de las zonas, la más segura, la más fuerte, preparando las condiciones para la unión de las fuerzas en un momento dado. ¿Habrá otras posibilidades menos cruentas?

La guerra de guerrillas o guerra de liberación tendrá en general tres momentos: el primero, de la defensiva estratégica, donde la pequeña fuerza que huye muerde al enemigo; no está refugiada para hacer una defensa pasiva en un círculo pequeño, sino que su defensa consiste en los ataques limitados que pueda realizar. Pasado esto, se llega a un punto de equilibrio en que se estabilizan las posibilidades de acción del enemigo y de la guerrilla y, luego, el momento final de desbordamiento del ejército represivo que llevará a la toma de las grandes ciudades, a los grandes encuentros decisivos, al aniquilamiento total del adversario.

Después de logrado el punto de equilibrio, donde ambas fuerzas se respetan entre sí, al seguir su desarrollo, la guerra de guerrillas adquiere características nuevas. Empieza a introducirse el concepto de la maniobra; columnas grandes que atacan puntos fuertes; guerra de movimientos con traslación de fuerzas y medios de ataque de relativa potencia. Pero, debido a la capacidad de la resistencia y contraataque que todavía conserva el enemigo, esta guerra de maniobra no sustituye definitivamente a las guerrillas; es solamente una forma de actuar de las mismas; una magnitud superior de las fuerzas guerrilleras, hasta que, por fin, cristaliza en un ejército popular con cuerpos de ejércitos.

Aun en este instante, marchando delante de las acciones de las fuerzas principales, irán las guerrillas en su estado de “pureza”, liquidando las comunicaciones, sabotando todo el aparato defensivo del enemigo.

Habíamos predicho que la guerra sería continental. Esto significa también que será prolongada; habrá muchos frentes, costará mucha sangre, innúmeras vidas durante largo tiempo. Pero, algo más, los fenómenos de polarización de fuerzas que están ocurriendo en América, la clara división entre explotadores y explotados que existirá en las guerras revolucionarias futuras, significan que, al producirse la toma del poder por la vanguardia armada del pueblo, el país, o los países, que lo consigan, habrán liquidado simultáneamente, en el opresor, a los imperialistas y a los explotadores nacionales. Habrá cristalizado la primera etapa de la revolución socialista; estarán listos los pueblos para restañar sus heridas e iniciar la construcción del socialismo.

¿Habrá otras posibilidades menos cruentas?

Hace tiempo que se realizó el último reparto del mundo en el cual a los Estados Unidos le tocó la parte del león de nuestro continente; hoy se están desarrollando nuevamente los imperialistas del viejo mundo y la pujanza del mercado común europeo atemoriza a los mismos norteamericanos. Todo esto podría hacer pensar que existiera la posibilidad de asistir como espectadores a la pugna interimperialista para luego lograr avances, quizás en alianza con las burguesías nacionales más fuertes. Sin contar con que la política pasiva nunca trae buenos resultados en la lucha de clases y las alianzas con la burguesía, por revolucionaria que ésta luzca en un momento dado, solo tiene carácter transitorio, hay razones de tiempo que inducen a tomar otro partido. La agudización de la contradicción fundamental luce ser tan rápida en América que molesta el “normal” desarrollo de las contradicciones del campo imperialista en su lucha por los mercados.

Las burguesías nacionales se han unido al imperialismo norteamericano, en su gran mayoría, y deben correr la misma suerte que éste en cada país. Aun en los casos en que se producen pactos o coincidencias de contradicciones entre la burguesía nacional y otros imperialismos con el norteamericano, esto sucede en el marco de una lucha fundamental que englobará necesariamente, en el curso de su desarrollo, *a todos los explotados y a todos los explotadores*. La polarización de fuerzas antagónicas de adversarios de clases es, hasta ahora, más veloz que el desarrollo de las contradicciones entre explotadores por el reparto del botín. Los campos son dos: la alternativa se vuelve más clara para cada quien individual y para cada capa especial de la población.

La Alianza para el Progreso es un intento de refrenar lo irrefrenable.

Pero si el avance del mercado común europeo o cualquier otro grupo imperialista sobre los mercados americanos, fuera más veloz que el desarrollo de la contradicción fundamental, solo restaría introducir las fuerzas populares como cuña, en la brecha abierta, conduciendo éstas toda la lucha y utilizando a los nuevos intrusos con clara conciencia de cuáles son sus intenciones finales.

No se debe entregar ni una posición, ni un arma, ni un secreto al enemigo de clase, so pena de perderlo todo.

De hecho, la eclosión de la lucha americana se ha producido. ¿Estará su vórtice en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú, Ecuador...? ¿Serán estas escaramuzas actuales solo manifestaciones de una inquietud que no ha fructificado? No importa cuál sea el resultado de las luchas de hoy. No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado. Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día; la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario, la certeza de su posibilidad.

Es una predicción. La hacemos con el convencimiento de que la historia nos dará la razón. El análisis de los factores objetivos y subjetivos de América y del mundo imperialista, nos indica la certeza de estas aseveraciones basadas en la Segunda Declaración de La Habana.

ERNESTO CHE GUEVARA

*Mensaje a la Tricontinental**

Este documento, redactado por Guevara en el monte boliviano a comienzos de 1967, desarrolla en forma de carta al Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (creada, por la Conferencia Tricontinental de 1966) su concepción de la revolución mundial y del internacionalismo proletario. La influencia de este escrito fue enorme y rebasó ampliamente los límites de América Latina.

El pasaje que aquí presentamos insiste simultáneamente en el carácter socialista de la revolución y en la ineluctabilidad de la lucha armada. Fue utilizado como texto programático tanto por la corriente castrista como por el trotskismo latinoamericano.

El campo fundamental de la explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados, América, Asia y África. Cada país tiene características propias, pero los continentes, en su conjunto, también las presentan.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta. Los gobiernos títeres o, en el mejor de los casos, débiles y medrosos, no pueden oponerse a las órdenes del amo yanqui. Los norteamericanos han llegado casi al máximo de su dominación política y económica, poco más podrían avanzar ya; cualquier cambio de la situación podría convertirse en un retroceso en su primacía. Su política es mantener lo conquistado. La línea de acción se reduce en el momento actual, al uso brutal de la fuerza para impedir movimientos de liberación, de cualquier tipo que sean.

Bajo el slogan “no permitiremos otra Cuba”, se encubre la posibilidad de agresiones a mansalva, como la perpetrada contra Santo Domingo, o anteriormente, la masacre de Panamá, y la clara advertencia de que las tropas yanquis están dispuestas a intervenir en cualquier lugar de América donde el orden establecido sea alterado, poniendo en peligro sus intereses.

Esa política cuenta con una impunidad casi absoluta; la OEA es una máscara cómoda, por desprestigiada que esté; la ONU es de una ineficiencia rayana en el ridículo o en lo trágico; los ejércitos de todos los países de América están listos a intervenir para aplastar a sus pueblos. Se ha formado, de hecho, la internacional del crimen y la traición.

* Ernesto Che Guevara, “Mensaje a la Tricontinental” (1967), en *Obra revolucionaria*, op. cit., pp. 643-45 y 646-48.

Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo –si alguna vez la tuvieron– y solo forman su furgón de cola. No hay cambios que hacer: o revolución socialista o caricatura de revolución. [...]

En América Latina se lucha con las armas en la mano en Guatemala, Colombia, Venezuela y Bolivia y despuntan ya los primeros brotes en Brasil. Hay otros focos de resistencia que aparecen y se extinguen. Pero casi todos los países de este continente están maduros para una lucha de tipo tal, que para resultar triunfante, no puede conformarse con menos que la instauración de un gobierno de corte socialista.

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional de Brasil, con cuyo pueblo, los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud entre ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo “internacional americano” mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos: esta rebelión ¿cómo fructificará?, ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace algún tiempo que dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.

En el marco de esa lucha de alcance continental, las que actualmente se sostienen en forma activa son solo episodios, pero ya han dado los mártires que figurarán en la historia americana como entregando su cuota de sangre necesaria en esta última etapa de la lucha por la libertad plena del hombre. Allí figurarán los nombres del comandante Turcios Lima, del cura Camilo Torres, del comandante Fabricio Ojeda, de los comandantes Lobatán y Luis de la Puente Uceda, figuras principalísimas en los movimientos revolucionarios de Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú.

Pero la movilización activa del pueblo crea sus nuevos dirigentes; César Montes y Yon Sosa levantan la bandera en Guatemala, Fabio Vázquez y Marulanda lo hacen en Colombia, Douglas Bravo en el occidente del país y Américo Martín en El Bachiller, dirigen sus respectivos frentes en Venezuela.

Nuevos brotes de guerra surgirán en estos y otros países americanos, como ya ha ocurrido en Bolivia, e irán creciendo, con todas las vicisitudes que entraña este peligroso oficio de revolucionario moderno. Muchos morirán

víctimas de sus errores, otros caerán en el duro combate que se avecina: nuevos luchadores y nuevos dirigentes surgirán al calor de la lucha revolucionaria. El pueblo irá formando sus combatientes y sus conductores en el marco selectivo de la guerra misma, y los agentes yanquis de represión aumentarán. Hoy hay asesores en todos los países donde la lucha armada se mantiene y el ejército peruano realizó, al parecer, una exitosa batida contra los revolucionarios de ese país, también asesorado y entrenado por los yanquis. Pero si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar, se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de los yanquis. En el propio Perú, con tenacidad y firmeza, nuevas figuras aun no completamente conocidas, reorganizan la lucha guerrillera. Poco a poco, las armas obsoletas que bastan para la represión de las pequeñas bandas armadas, irán convirtiéndose en armas modernas y los grupos de asesores en combatientes norteamericanos, hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejército nacional títere se desintegra ante los combates de las guerrillas. Es el camino de Vietnam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución Cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve; la de la creación del Segundo o Tercer Vietnam o del Segundo y Tercer Vietnam del mundo.

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales –instrumentos de dominación–, armas y toda clase de artículos, sumiéndonos en una dependencia absoluta.

El elemento fundamental de esa finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá, a través de la lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una Revolución Socialista.

Al enfocar la destrucción del imperialismo, hay que identificar a su cabeza, la que no es otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

Debemos realizar una tarea de tipo general que tenga como finalidad táctica sacar al enemigo de su ambiente obligándolo a luchar en lugares donde sus hábitos de vida choquen con la realidad imperante. No se debe despreciar al adversario; el soldado norteamericano tiene capacidad técnica y está respaldado por medios de tal magnitud que lo hacen temible. Le falta esencialmente la motivación ideológica que tienen en grado sumo sus enconados rivales de hoy: los soldados vietnamitas. Solamente podremos triunfar sobre ese ejército en la medida en que logremos minar su moral. Y ésta se mina infligiéndole derrotas y ocasionándole sufrimientos repetidos.

Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que deben exigirse desde hoy, a la luz del día y que quizás sean menos dolorosos que los que debiéramos soportar si rehuyéramos constantemente el combate, para tratar de que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego.

Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrará a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial se sufra igual o más aun. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que ésta conlleva y la espera como un men-drugo de victoria.

Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en forma pacífica. Para nosotros está clara la solución de esta interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes —donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares—, en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo.

Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla.

DOUGLAS BRAVO
*La guerrilla en Venezuela**

Dirigente del Partido Comunista Venezolano y su representante a la cabeza de las guerrillas del Frente de Liberación Nacional (FLN) –alianza del PCV con el MIR y sectores independientes– a principio de los años sesenta, Douglas Bravo se va a transformar rápidamente en una de las figuras legendarias de la nueva izquierda armada que se desarrolla en América Latina bajo la influencia de la revolución cubana. En 1965 rompe con el PCV, cuando este partido empieza a alejarse de la lucha armada, y algunos años después constituye su propia organización, el PRV (Partido de la Revolución Venezolana), permaneciendo hasta los años setenta en la sierra, con un pequeño núcleo guerrillero. En 1979 su juicio es sobreesido y Douglas Bravo sale de un período de casi treinta años de clandestinidad para desarrollar una actividad política legal.

Publicamos aquí extractos de un documento redactado por Douglas Bravo y Elías Manuit del Comité Regional de la Montaña del FLN en 1964, en el cual explican su concepción de las particularidades de la revolución venezolana.

Camino venezolano

Partiendo de las características peculiares de nuestra guerra de liberación ya señaladas anteriormente, arribamos a la formulación de las leyes fundamentales que rigen y regirán en nuestro proceso revolucionario. De igual modo partiendo de la comprensión de estas leyes fundamentales, generales y particulares, arribaremos a la formulación que sirva de base al lineamiento táctico a seguir. El examen de nuestra realidad económica, social y política le permitió a nuestro CC precisar el carácter prolongado de nuestra guerra de liberación; pero en la aplicación de esta concepción cometió un grave error; de un lado, como dijimos anteriormente, exageramos nuestras características peculiares y desarrollamos una táctica cortoplacista principalmente reflejada en ilusiones golpistas y electorales. Del otro lado abandonamos estas características y quisimos aplicar un esquema ajeno a nuestra realidad, la guerra larga de las tres etapas clásicas.

La experiencia internacional nos indica que dos vías de desarrollo armado han sido transitadas en los países hermanos: la insurrección clásica de corto plazo y la guerra de liberación clásica a largo plazo. Para nuestro país

* Douglas Bravo, “Informe del Comité Regional de la Montaña”, aprobado por el FLN y por la Comandancia General del Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos, 18 de octubre de 1964.

con las características y leyes ya señaladas, corresponde una formulación de nuevo tipo que seguramente será la misma para otros países de América Latina. Muy alejados estamos de la clásica insurrección al estilo de San Petersburgo, donde el momento coyuntural de la crisis fue aprovechado en 48 horas para el asalto al poder y cambiar el viejo orden de cosas. Allí las ciudades fueron el factor fundamental y el campo un factor secundario. En los casos de China y otros países asiáticos, la guerra prolongada de las tres etapas fue la vía de desarrollo. Fue necesario que estos países desarrollaran una guerra cuyo ejército incipiente en un comienzo, pasara a una segunda etapa de equilibrio, y más tarde a una etapa de superioridad, la llamada etapa de la ofensiva militar estratégica, para luego disponerse al asalto al poder. En este caso la superioridad del movimiento revolucionario estaba en razón directa a la existencia de un ejército regular con territorios libres y con pleno dominio de la guerra convencional. Para ser más gráfica esta expresión diremos que partiendo del punto CERO solo se puede llegar al punto CIEN de ebullición mediante un gran poderío militar que fue la premisa clave: un ejército estratégica y tácticamente a la ofensiva.

En nuestro caso las cosas son diferentes: ni la insurrección clásica de las ciudades ni la guerra prolongada clásica de las tres etapas. De allí que podamos hablar con propiedad de un camino venezolano al que denominaremos LA INSURRECCIÓN COMBINADA. Aclaremos que el carácter de guerra prolongada no varía, solo que los factores propios de nuestra realidad permiten quemar las etapas, llegar al punto CIEN de ebullición, no como producto de la existencia de un ejército regular en una guerra convencional en franca ofensiva militar estratégica y táctica, sino porque la superioridad en nuestro caso será la conjunción de factores políticos y militares perfectamente ensamblados en el escenario de las áreas rurales, suburbanas y urbanas mediante el aprovechamiento de las múltiples formas de la lucha armada y no armada, de lo legal y de lo ilegal, de la lucha reivindicativa y de la lucha política de las masas que se incorporan al estallido insurreccional. LA INSURRECCIÓN COMBINADA como línea de desarrollo a seguir, es un proceso permanente que aprovecha todas las riquezas que las múltiples formas que la lucha política tiene, y la subordina estratégicamente al desarrollo de la lucha armada, en particular a la guerrilla rural como la forma fundamental de lucha para tomar el poder. Es decir, armoniza los factores fundamentales de la insurrección que existen en nuestras leyes, con los factores fundamentales de guerra prolongada que también existen en ellas produciéndose una interrelación dialéctica entre los factores fundamentales y secundarios, políticos y militares, sociales y económicos, etcétera, que existen en nuestro país. Factores estos que se reflejan en el auge de masas latente que existe

y que no hemos sabido capitalizar, ni canalizar hasta llevarlo al estallido insurreccional porque hemos carecido de una táctica política y militar adecuada. Por eso decimos que las leyes de nuestra revolución se resumen en la INSURRECCIÓN COMBINADA como línea táctica a seguir [...]

Partiendo de esta realidad la INSURRECCIÓN COMBINADA basa su estrategia político-militar en hacer fijar la mayor cantidad de efectivos enemigos en las áreas urbanas y suburbanas en labores de protección y vigilancia mediante una justa combinación de la actividad militar de las UTG y de las guerrillas suburbanas con las múltiples formas de la actividad no armada que las masas desarrollen fundamentalmente en las áreas pobladas. Una actividad político-militar permanente en las ciudades y en las zonas suburbanas, disminuiría la cantidad de efectivos disponibles para chocar con la guerrilla campesina, facilitándose a la guerrilla su labor de aniquilamiento del aparato represivo. Tal estrategia del Movimiento Revolucionario aplicada a través de la INSURRECCIÓN COMBINADA PERMANENTE, introduce una contradicción insuperable para el enemigo; esta contradicción es que sus efectivos represivos nunca serán suficientes y tendrán que desguarnecerse algunos de los frentes atacados facilitando nuestros golpes de aniquilamiento. Esta estrategia además es la que permite al movimiento revolucionario sacar nuestra guerra de liberación del carácter de vanguardia que actualmente tiene y convertirla en una verdadera guerra del pueblo con la participación de las masas en huelgas, manifestaciones, protestas, etcétera, etcétera, hasta llegar a EMPUÑAR LAS ARMAS y producir el momento coyuntural al ASALTO AL PODER.

Douglas Bravo

Elías Manuit

Por el CR de la Sierra de Falcón en Armas.

Iracara, 18 de octubre de 1964.

CAMILO TORRES

*Mensaje a los cristianos**

Camilo Torres nació en Bogotá en 1929 y se ordenó sacerdote en 1954; ese mismo año viaja a Europa para estudiar sociología en la Universidad de Lovaina, donde permanece hasta fines de 1958. Nuevamente en Colombia, en 1959, trabaja como profesor en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. En el curso de los años sesenta se comprometerá de manera cada vez más directa con las luchas populares de su país.

El primer llamamiento, publicado en el periódico Frente Unido, órgano del Frente Unido del Pueblo, es un documento muy significativo: revela las mediaciones ideológicas a través de las cuales un cristiano radicalizado se compromete con el movimiento revolucionario. Fusiona de una manera profundamente sincera la problemática evangélica del amor al prójimo y la teoría marxista de la lucha de clases, el deber de caridad y el deber de hacer la revolución.

Un año más tarde, Camilo Torres, que encuentra cada vez más restricciones para llevar a cabo su campaña de propaganda del Frente Unido del Pueblo, se pone en contacto con el Ejército de Liberación Nacional (dirigido por Fabio Vázquez) y decide unirse a la guerrilla. Como Che Guevara, Camilo Torres creía en la necesidad de que los dirigentes dieran el ejemplo personal en la lucha. En febrero de 1966, muere en un combate contra las fuerzas armadas gubernamentales. El segundo documento muestra las razones de este compromiso.

Mensaje a los cristianos

Las convulsiones producidas por los acontecimientos políticos, religiosos y sociales de los últimos tiempos, posiblemente han llevado a los cristianos de Colombia a mucha confusión. Es necesario que en este momento decisivo para nuestra historia, los cristianos estemos firmes alrededor de las bases esenciales de nuestra religión.

Lo principal en el catolicismo es el amor al prójimo: "El que ama a su prójimo cumple con la ley" (S. Pablo, Rom. XIII 8). Este amor para que sea verdadero tiene que buscar la eficacia. Si la beneficencia, la limosna, las pocas escuelas gratuitas, los pocos planes de vivienda, lo que se ha llamado "la caridad", no alcanzan a dar de comer a la mayoría de los desnudos ni a enseñar a la mayoría de los que no saben, tenemos que buscar medios eficaces para el bienestar de las mayorías. Estos medios no los van a buscar las minorías privilegiadas

* Camilo Torres, "Mensaje a los cristianos" (1965), "Al pueblo colombiano desde las montañas" (1966), en *Cristianismo y revolución*, ed. Era, México, 1972, pp. 525-28 y 571-72.

que tienen el poder, porque generalmente esos medios eficaces obligan a las minorías a sacrificar sus privilegios. Por ejemplo, para lograr que haya más trabajo en Colombia, sería mejor que no se sacaran los capitales en forma de dólares y que más bien se invirtieran en el país en fuentes de trabajo. Pero como el peso colombiano se desvaloriza todos los días, los que tienen dinero y tienen el poder, nunca van a prohibir la exportación de dinero, porque exportándolo se libran de la devaluación.

Es necesario, entonces, quitarles el poder a las minorías privilegiadas para dárselo a las mayorías pobres. Esto, si se hace rápidamente, es lo esencial de una revolución. La revolución puede ser pacífica si las minorías no hacen resistencia violenta. La revolución, por lo tanto, es la forma de lograr un gobierno que dé de comer al hambriento, que vista al desnudo, que enseñe al que no sabe, que cumpla con las obras de caridad, de amor al prójimo no solamente en forma ocasional y transitoria, no solamente para unos pocos, sino para la mayoría de nuestros prójimos. Por eso la revolución no solamente es permitida sino obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos. Es cierto que “no hay autoridad sino de parte de Dios” (S. Pablo, Rom. XIII, 1). Pero Santo Tomás dice que la atribución concreta de la autoridad la hace el pueblo.

Cuando hay una autoridad en contra del pueblo, esa autoridad no es legítima y se llama tiranía. Los cristianos podemos y debemos luchar contra la tiranía. El gobierno actual es tiránico porque no lo respalda sino el veinte por ciento de los electores y porque sus decisiones salen de las minorías privilegiadas.

Los defectos temporales de la Iglesia no nos deben escandalizar. La Iglesia es humana. Lo importante es creer que también es divina y que si nosotros los cristianos cumplimos con nuestra obligación de amar al prójimo, estamos fortaleciendo a la Iglesia.

Yo he dejado los deberes y privilegios del clero, pero no he dejado de ser sacerdote. Creo que me he entregado a la revolución por amor al prójimo. He dejado de decir misa para realizar ese amor al prójimo en el terreno temporal, económico y social. Cuando mi prójimo no tenga nada contra mí, cuando haya realizado la revolución, volveré a ofrecer la misa si Dios me lo permite. Creo que así sigo el mandato de Cristo: “Si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano y entonces ven y presenta tu ofrenda” (S. Mateo V, 23-24).

Después de la revolución los cristianos tendremos la conciencia de que establecimos un sistema que está orientado sobre el amor al prójimo. La lucha es larga, comencemos ya...

Al pueblo colombiano desde las montañas

Colombianos:

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía.

En aquellos momentos en los que la desesperación del pueblo ha llegado al extremo, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguando con nuevas fórmulas que siempre paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la casta privilegiada.

Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliecer Gaitán, la oligarquía lo mató. Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró el país de violencia. Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas para tomarse el poder, la oligarquía inventó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran. Cuando el pueblo pedía democracia, se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponía la dictadura de la oligarquía.

Ahora el pueblo ya no creerá nunca más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar la vida, tengan educación, techo, comida, vestido y sobre todo DIGNIDAD. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano.

Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes con su ejemplo y con su presencia den la voz de combate.

Yo quiero decirle al pueblo colombiano que éste es el momento. Que no les he traicionado. Que he corrido las plazas de los pueblos y ciudades bregando por la unidad y la organización de la clase popular para la toma del poder. Que he pedido que nos entreguemos por estos objetivos hasta la muerte.

Ya está todo preparado. La oligarquía quiere organizar otra comedia en las elecciones; con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar; con comités bipartidistas; con movimientos de renovación a base de ideas y de personas que no solo son viejas, sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos, colombianos? Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir en la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido.

Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, de base campesina, sin diferencias religiosas ni de partidos tradicionales. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismos. Que busca liberar al pueblo de la explotación de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido.

Todos los colombianos patriotas debemos ponernos en pie de guerra. Poco a poco irán surgiendo jefes guerrilleros experimentados en todos los rincones del país. Mientras tanto, debemos estar alerta.

Debemos recoger armas, municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. Conversar con los más íntimos. Reunir ropas, drogas y provisiones, y prepararnos para una lucha prolongada.

Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar pero no nos impacientemos. En una guerra prolongada todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese preciso momento la revolución los encuentre listos y prevenidos. No se necesita que todos hagamos todo. Debemos repartir el trabajo. Los militantes del Frente Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y confianza en la victoria final.

La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado porque la jornada es larga.

Colombianos: No dejemos de responder al llamado del pueblo y de la revolución.

Militantes del Frente Unido: Hagamos una realidad nuestras consignas: ¡Por la unidad de la clase popular hasta la muerte! ¡Por la organización de la clase popular hasta la muerte! ¡Por la toma del poder para la clase popular hasta la muerte! Hasta la muerte porque estamos decididos a ir hasta el final. Hasta la victoria porque un pueblo que se entrega hasta la muerte, siempre logra su victoria. ¡Hasta la victoria final con las consignas del Ejército de Liberación Nacional!

¡Ni un paso atrás!

¡Liberación o muerte!

Enero de 1966

CARLOS MARIGHELLA

*Carta al Comité Ejecutivo del Partido Comunista del Brasil**

Carlos Marighella (1911-1969), dirigente histórico del comunismo brasileño, rompió con el PCB en 1967 después de un viaje a La Habana, donde asistió al Congreso OLAS. El documento interno que aquí publicamos, enviado a la dirección del PCB en diciembre de 1966, apunta hacia las razones que llevaron a la ruptura: rechazo de la política de subordinación a la burguesía nacional propuesta por el partido, necesidad de iniciar la lucha armada.

Con Joaquim Câmara Ferreira y otros comunistas de Sao Paulo, Marighella funda en 1968 la Alianza de Liberación Nacional (ALN), que desarrollará innumerables actividades de guerrilla urbana contra el régimen militar, pero que fueron destruidas por la represión, después de la muerte de su principal dirigente, asesinado por la policía en una emboscada el 4 de noviembre de 1969.

Rio de Janeiro, 1 de diciembre, 1966.

A la Comisión Ejecutiva

Estimados Camaradas:

Les escribo con tal de pedir mi dimisión de la actual Comisión Ejecutiva.

El contraste de nuestras posiciones políticas e ideológicas es demasiado grande y existe entre nosotros una situación insostenible.

En la vida de un combatiente es preferible renunciar a una convivencia formal a tener que quedar en “shock” con la propia conciencia.

En nada personal me opongo a los camaradas.

En el trabajo que lleva por título “Lucha interna y dialéctica” publicado en la “*Tribuna de Debate*” y en un folletín, traté de aclarar la idea que tengo sobre lo innecesario de un tono personal en la lucha interna.

En verdad, ninguna persona por sí sola está en condiciones de determinar la marcha de la historia, cosa que le compete, sin duda alguna y antes que nada, a las masas trabajadoras.

Lo que vuelve ineficaz a la Comisión Ejecutiva es su falta de movilidad, es no ejercer el comando efectivo y directo del partido en las empresas fundamentales del país, es no tener actuación directa entre los campesinos.

El centro de la gravedad del trabajo del ejecutivo, descansa en convocar a reuniones, redirigir políticas y elaborar informes. De esta forma, no existe

* Carlos Marighella, *Escritos de Marighella*, Sao Paulo, Livramento, 1979, pp. 89-97.

una acción planeada, la actividad no gira en torno a la lucha. En los momentos excepcionales, el partido inevitablemente estará sin conductos para poder movilizarse, no oír la voz del comando, como ya sucedió frente a la renuncia de Janio y la deposición de Goulart.

Solicitando la dimisión del actual Ejecutivo –como aquí lo hago– deseo volver pública que mi disposición es luchar revolucionariamente, junto a las masas, y jamás estar a la espera de las reglas del juego político burocrático y convencional que impera en el liderazgo.

La circulación de las ideas

Una de las cuestiones en las que el Ejecutivo se muestra temeroso y conservador es en cuanto a la aparición de libros y a la circulación de ideas.

Cerca de un año y medio atrás publiqué un libro: *Porque resistí a la prisión*.

La experiencia de los liderazgos pasados, en materia de lanzamiento de libros, no es buena. Las direcciones ejecutivas dificultaban o impedían tal cosa por medio de subterfugios, reteniendo originales o ejerciendo la censura previa.

Los camaradas del Ejecutivo actual reclamaron, mientras tanto, que solo *a posteriori* tomarían el conocimiento del libro mencionado.

Aun así, no lo discutieron; sobre él no emitieron ninguna opinión, a pesar de que fueron interpelados por militantes y otros dirigentes.

Ahora, pasado más de un año, los compañeros hacen una autocritica por la omisión y opinan sobre el libro, considerando buena la primera parte (que da cuenta del relato de la prisión). No concuerdan, por tanto, con la segunda parte (que expone los asuntos ideológicos y políticos), porque esta –según lo que piensan– se presenta como contraria a la actual línea del partido.

Parece extraño condenar una parte del libro y no condenar igualmente la otra.

Las dos partes son indivisibles. Una es la secuencia de la otra. Existe una interacción entre ellas, una relación de causa-efecto. La resistencia a la prisión no habría sido tal si los motivos políticos expuestos en el libro no la justificasen.

Sin embargo, los compañeros, no ponen atención a esa evidencia. Entran al terreno de la abstracción y del agnosticismo kantista y separan cosas inseparables.

Y van más allá, sosteniendo la tesis de que un miembro del liderazgo no puede escribir, públicamente, en desacuerdo.

La tesis es stalinista, pero allí la tenemos de vuelta.

Nótese que la discordancia no se trata nunca de un hecho repentino, pero sí de la maduración de un proceso contradictorio, facilitado siempre que se abre el debate, sobre todo cuando el último fue trabado hace 6 años.

Y es exactamente en ese momento –con debates abiertos– que los compañeros afirman la imposibilidad de la discordancia pública.

Se recae, de esa manera, en la “teoría de la unanimidad” que tanto perjuicio trajo en el pasado. Se vuelve a la concepción antimarxista y antidialéctica del “núcleo dirigente” monolítico, sobrepuesto al colectivo. En suma, se trata de una tentativa de intimidación ideológica, el recurso a una forma de coacción para evitar la circulación de ideas que son temidas.

Mientras tanto, revelar las contradicciones es una forma y hasta un método para superarlas, siempre y cuando las ideas entren en confrontación una con las otras y la práctica sea tomada como criterio para testar la verdad.

De dónde vienen las discordancias

Nuestras discordancias no son de ahora. Vienen de mucho antes. Crecieron a partir de los acontecimientos subsecuentes a la renuncia de Janio, cuando nuestra poca experiencia política e ideológica quedó demostrada.

En 1962, frente al colectivo del partido, critiqué los métodos no marxistas, los residuos del individualismo en la dirección y la ausencia de toma de posiciones ideológicas frente a nuestra falta de experiencia.

El golpe de abril –victorioso sin ninguna resistencia– demostró una vez más que política y sobre todo ideológicamente, no estábamos preparados.

La resistencia a la prisión y el libro que trató del tema, significaban aquella toma de posiciones ideológica frente al no estar preparados y a la perplejidad general.

La falta de experiencia política e ideológica del Ejecutivo –de acuerdo a lo que pienso– se revela en sus concepciones, ahora puestas en duda por muchos militantes.

Son concepciones imbuidas de un fatalismo histórico de que la burguesía es la fuerza dirigente de la revolución brasileña. El Ejecutivo subordina la táctica del proletariado a la burguesía, abandona las posiciones de clase del proletariado. Con esto, pierde la iniciativa, queda a la espera de los acontecimientos.

El libro que publiqué bajo el título *A crise brasileira (Ensaio políticos)* es exactamente una contribución al debate abierto en torno de las posiciones de liderazgo, posiciones que vengo combatiendo públicamente, amparado en el principio de la libre discusión.

No veo mal en combatir tales posiciones, pues lo que todos deseamos es un Ejecutivo en condiciones de dirigirse hacia la acción y manejar el método dialéctico-marxista.

Las ilusiones de clase

Las ilusiones del Ejecutivo –los compañeros me perdonen– permanecen intactas. De ahí el porqué las vimos reflejadas en las ilusiones de una buena parte de los dirigentes y militantes que creían en líderes burgueses, como Juscelino, Janio, Adhemar, Amauri Kruel, Justino Alves y otros, y tenían esperanza en la resistencia que prometían hacer contra la dictadura. El episodio de anulación de Adhemar no fue, sin embargo, la última decepción.

Tenemos ahora el caso del “frente amplio”¹. El Ejecutivo se manifestó con inequívocas simpatías por el “frente amplio”, renunciando a criticarlo y en aclarar a las masas su significado.

Lacerda –líder fascista– quiere hacer su propio partido, exhibiéndose como popular y reformista.

El Ejecutivo cree que todo esto es un “hecho político positivo” (*Voz Operária*², N° 22, noviembre de 1966), admitiendo que el “frente amplio” puede tener la capacidad de luchar contra la dictadura, por las libertades y los intereses reales del pueblo brasileño.

La jugada de Lacerda es abrir nuevos caminos para servir al imperialismo norteamericano y evitar la liberación nacional de nuestro pueblo. Lacerda es incapaz –por su situación de clase– de luchar realmente por el pueblo, contra el latifundio y el monopolio de la propiedad privada de la tierra, a favor de los campesinos y de la clase obrera. Lo que Lacerda pretende –según lo que se puede deducir de los hechos– es la colaboración de clases, es la conciliación que lleva a apoyar a Costa y Silva.

El Ejecutivo calla todo esto, ayuda a sembrar ilusiones.

Las ilusiones son justificadas en nombre de la divulgación pública amplia, en nombre del combate al sectarismo y al izquierdismo, mientras no se toma en cuenta la lucha a favor de la ideología del proletariado. Se olvida del papel del partido marxista, de su independencia de clase y se cae en el servilismo frente a la burguesía.

¹ “Frente Amplio”: aprobado por la nueva Constitución en enero de 1967, el líder fascista Carlos Lacerda inicia una campaña por una “verdadera” Constituyente. En diciembre su movimiento contaba con el apoyo de la mayoría de las secciones regionales del MDB. En el primer semestre de 1968, un portavoz del Ministerio de Justicia declararía ilegal al “frente amplio” de Lacerda y el movimiento se disiparía (nota de la edición original).

² El diario *Voz Operária* es el órgano oficial del PCB (nota de la edición original).

En vez de combatir las ilusiones, el Ejecutivo se apuró en combatir con revanchismo, adoptando una posición burguesa, como si no debiésemos ajustar cuentas con la dictadura a la forma proletaria, o sus crímenes, y llamar a sus autores a la responsabilidad. Como si no debiésemos apuntar al proletariado los criminales golpistas, denunciar “a la manera plebeya”, de acuerdo a lo que diría Marx en sus tiempos.

Camino electoral o camino armado

El Ejecutivo todavía piensa en infligir a la dictadura derrotas electorales capaces de debilitarlo. Y de la gran importancia al MDB, apuntándolo como capaz de permitir la aglutinación de amplias fuerzas contra la dictadura. O entonces apoya al “frente amplio” de Lacerda.

¿No es esto deshacerse de la dictadura suavemente, sin ofender a los golpistas, uniendo a griegos y troyanos?

En vez de una técnica y una estrategia revolucionarias, todo es reducido –abierta o veladamente– a una imposible e inaceptable salida pacífica, a una ilusoria redemocratización (inapropiada hasta en el término).

Parece ser que no se ha comprendido a Lenin cuando en *Dos tácticas* afirma que “los grandes problemas de la vida de los pueblos se resuelven solamente por la fuerza”.

Por otra parte, hablando sobre la victoria, Lenin agrega que esta “deberá apoyarse inevitablemente en la fuerza armada de las masas, en la insurrección”, y no en tales o cuales instituciones creadas “por la vía legal” y “pacífica”.

Después de haber dicho tantas veces que a la violencia de las clases dominantes se respondería con la violencia de las masas, nada fue hecho para que las palabras coincidiesen con los actos. Se olvida lo prometido y se continúa a plegar el pacifismo.

Falta el impulso revolucionario, la conciencia revolucionaria, que es generada por la lucha.

La salida en Brasil –la experiencia actual lo está demostrando– solo puede ser la lucha armada del pueblo, con todas las consecuencias e implicaciones que de ahí resultan.

Es verdad que nuestra influencia, la de los social-demócratas (es decir, la de los comunistas), sobre la masa del proletariado todavía es muy insuficiente; la influencia revolucionaria sobre la masa campesina es insignificante; la dispersión, la falta de desarrollo, la ignorancia del proletariado y sobre todo de los campesinos, todavía son terriblemente enormes.

La revolución, sin embargo, aglutina las fuerzas con rapidez y las instruye con la misma velocidad. Cada paso dado en su desarrollo despierta a la masa y la atrae con una fuerza irresistible hacia el programa revolucionario, el único que expresa de un modo consecuente y completo sus verdaderos intereses, sus intereses vitales (Lenin).

En Brasil existen fuerzas revolucionarias internas capaces de resistir a la dictadura e ir a la lucha. Y es verdad que el pensamiento leninista brota por otra parte donde el proletariado hace sentir su influencia.

Razones irreversibles

El Ejecutivo cree en el liderazgo de la burguesía y este hecho es decisivo en la toma de posiciones. Conforme al punto de partida a propósito de esta cuestión, las demás cuestiones serán resueltas de una forma u otra.

La cuestión más importante, la fundamental, es la cuestión del poder. Los revolucionarios en Brasil no se pueden proponer a otra cosa que a la toma del poder, en conjunto con las masas. No hay por qué luchar para entregar el poder a la burguesía, para que sea constituido un gobierno sobre la hegemonía de la burguesía. Fue lo que se pretendió con el gobierno nacionalista y democrático. Es lo que se pretende ahora, proponiéndose a la conquista de un “gobierno más o menos avanzado”, eufemismo que traduce la esperanza en un gobierno bajo la hegemonía burguesa, destinado a no resolver los problemas del pueblo.

Eso significa la renuncia a la lucha por el poder por medio de la acción revolucionaria, la confianza en el camino pacífico y electoral, la capitulación ante la burguesía.

La Constitución fascista, autoritaria, que elimina el monopolio estatal, que sustenta la actual retrógrada estructura agraria, que asegura la total entrega del país a los Estados Unidos, que reduce el Parlamento y la Justicia a instrumentos dóciles del Poder Ejecutivo, tal Constitución no permitirá ningún gobierno democrático por la vía electoral.

Es necesario que por debajo de la mencionada Constitución, se derrumbe a la dictadura, establecer un gobierno apoyado en otra base económica, en otra estructura. Sin esto, es permanecer otros 10 ó 20 años, haciendo acuerdos electorales, ayudando a las clases dominantes y al imperialismo norteamericano a mantener a Brasil como una dictadura institucionalizada, al servicio de la represión al movimiento de liberación de los pueblos latinoamericanos.

La conclusión no puede ser diferente, sobre todo frente a 20 años de acuerdos electorales hechos en el pasado, acuerdos electorales sin principios, que nos hicieron perder crédito y nos desgastaron ante las masas.

Son tentativas inviables, práctica y teóricamente, pues la época de las revoluciones democrático-liberales ya está ultrapasada.

Temeroso de la Revolución Cubana, el imperialismo norteamericano, ahora apoyado por las fuerzas armadas convencionales latinoamericanas, no vacila en desencadenar golpes militares a la menor señal de un avance en el camino de la liberación de los pueblos de nuestro continente. Y ni siquiera desiste o retrocede frente al empleo de la guerra de agresión más brutal, como en Vietnam.

La lucha por las reformas de base no es posible pacíficamente, al menos que sea por medio de la toma de poder por la vía revolucionaria y con la consecuente modificación de la estructura militar que sirve a las clases dominantes.

El abandono del camino revolucionario lleva a la pérdida de confianza en el proletariado, transformándolo, entonces, en un auxiliar de la burguesía, mientras el partido marxista pasa a ser un apéndice de los partidos burgueses.

La subordinación y la perplejidad ante la burguesía y su liderazgo incitan al menosprecio del campesinado con relación a la revolución brasileña. De ahí el porqué el trabajo en el campo jamás se ha constituido en actividad prioritaria, entorpeciendo los esfuerzos en este sentido con la indiferencia y la mala voluntad de la Comisión Ejecutiva.

Entretanto, el campesino es el fiel de la balanza de la revolución brasileña, y sin él el proletariado tendrá que gravitar en la órbita de la burguesía, tal como sucede entre nosotros, en la más patente negación del marxismo.

Sin el campesino, el partido no se concentrará en otra cosa que en acuerdos políticos y acuerdos electorales de cúpula, para no hablar de permutas.

Son razones que no pueden dejar de contribuir en mi pedido de dimisión, tornándose imposible aceptar cualquier conciliación ideológica. [...]

Es para mí doloroso escribirles tal como lo hago en este momento. Pero no sería de mi índole dejar de decirles, frente al colectivo partidario y a la opinión pública, lo que siento realmente.

La causa revolucionaria brasileña, la liberación de nuestro pueblo del yugo de los Estados Unidos, el empeño por la unidad del partido en torno a las ideas marxistas están por encima de cualquier acomodación, sobre todo cuando lo que más se exige de nosotros, comunistas revolucionarios marxistas-leninistas, es justamente el coraje de decir y actuar.

Sin más, y con saludos proletarios.

Carlos Marighella.

La declaración de la OLAS*

En agosto de 1967 se reunió en La Habana el primer (y único) congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), con representantes de todas las organizaciones que compartían las tesis de la revolución cubana. La corriente castrista era por supuesto hegemónica, pero algunos representantes del comunismo tradicional (en particular Rodney Arismendi, secretario del PC uruguayo) también desempeñaron un papel importante. En cambio, los partidos comunistas de Brasil, Venezuela y Argentina boicotearon el congreso. Las tesis de la OLAS tuvieron un impacto muy profundo en toda América Latina, en particular en Brasil, donde aceleraron la crisis interna del Partido Comunista. Sin embargo, la organización nunca logrará estructurarse a escala del continente.

La declaración general que publicamos aquí resume las tesis centrales del congreso y recupera, en un contexto marxista, la perspectiva “bolivariana” de revolución continental.

La Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad se reunió en La Habana, capital de la República de Cuba, desde el 31 de julio hasta el 10 de agosto de 1967.

La Conferencia constituye un luminoso jalón en la lucha revolucionaria que libran en las montañas y en las ciudades los pueblos de nuestro continente por su definitiva y total liberación nacional y social. Por primera vez en la historia de América Latina, se congregan los representantes genuinos de sus masas explotadas, hambreadas y oprimidas para discutir, organizar e impulsar la solidaridad revolucionaria, intercambiar sus experiencias, coordinar sus acciones sobre una firme base ideológica y, a la luz de las enseñanzas de su pasado revolucionario y de las condiciones presentes, enfrentarse los pueblos a la estrategia global contrarrevolucionaria del imperialismo y las oligarquías nacionales.

El objetivo central de la Conferencia ha sido, en suma, estrechar los lazos de la solidaridad militante entre los combatientes antiimperialistas de América Latina y elaborar las líneas fundamentales para el desarrollo de la Revolución Continental. Esta magna reunión ha abierto posibilidades de una amplia y profunda discusión sobre viejos problemas de estrategia y táctica revolucionarias, así como un intercambio de opiniones en relación con el papel

* “Declaración General de la Primera Conferencia Latinoamericana de Solidaridad”, 1967, en *Primera Conferencia de la OLAS* (Documentos), ed. El orientador revolucionario. Instituto del Libro, La Habana, 1967, pp. 68-78.

de las diferentes clases y capas sociales en el actual proceso histórico del continente. El intercambio de opiniones, la elaboración de una línea común y la creación de un organismo permanente de solidaridad, constituye un paso importante de aliento y de impulso a la lucha revolucionaria en América Latina. La lucha revolucionaria armada triunfante en Cuba y ya iniciada en Venezuela, Colombia, Guatemala y Bolivia no terminará hasta destruir el aparato burocrático y militar de la burguesía y de los terratenientes e instaurar un poder revolucionario del pueblo trabajador enfrentado, parejamente, a la contrarrevolución interna y a la intervención yanqui y que segará implacablemente las raíces de la dominación imperialista.

La batalla emprendida solo terminará con la victoria de los legítimos descendientes de aquellos que nutrieron las heroicas y abnegadas huestes de los libertadores. Vivimos ya bajo el signo promisorio de la segunda guerra de independencia.

Siglo y medio hace que los pueblos de nuestra América empuñaron decididamente las armas para abatir el poder colonial que los sojuzgaba, exprimía y afrentaba, sacudiendo todo el continente con sus proezas y sacrificios. La gesta revolucionaria que culminó con el derrocamiento de la dominación ibérica en casi toda América, fue dirigida por hombres capaces, resueltos e indomables, provenientes en su mayoría de los grupos de intelectuales pudientes educados en el liberalismo burgués y en los ideales de la Revolución Francesa, con una clara perspectiva del carácter continental de la lucha y, por ende, con una comprensión cabal de sus deberes de revolucionarios latinoamericanos. “Para nosotros –postuló Simón Bolívar, la más alta personificación de los libertadores de la época– la patria es América”. Estos hombres, que constituían la vanguardia revolucionaria del movimiento emancipador, no solo se percataron de que la lucha era una desde el río Bravo hasta la Patagonia, sino que, conjuntamente, se dispusieron a liberar la patria común con acciones también comunes que desbordaran las fronteras de los Virreinos y de las Capitanías hasta privar al enemigo de toda base territorial para ulteriores ataques a los pueblos independizados. Consecuentemente con sus concepciones, objetivos y métodos, la vanguardia de los libertadores fraguó desde los albores de la contienda la unidad de la dirección política y militar y marchó siempre a la cabeza de los ejércitos revolucionarios, organizando y guiando a los pueblos por el único camino que los conduciría a la victoria: la insurrección armada. Los objetivos perseguidos determinaban el carácter de la lucha. Frente a la violencia reaccionaria, que era la esencia misma del régimen colonial, no había otra alternativa para conquistar la independencia, la soberanía y la dignidad, que la violencia revolucionaria. La historia no registra

un solo caso de clase dominante que haya abdicado graciosamente su poder. La historia demuestra, por el contrario, que los oprimidos y explotados tienen que arrebatárselo a sus opresores y explotadores.

En aquella ocasión como ahora, como siempre, hubo gente de poca fe que negó la eficacia del camino emprendido, replegándose a posiciones procolonialistas o pasándose abiertamente al enemigo. Eran, obviamente, seudorrevolucionarios incapaces de afrontar la prueba de los hechos, aptos solo para enmascarar, con espesa retórica seudorrevolucionaria, sus tendencias a la conciliación, al apoltronamiento y a la traición; los típicos sietemesinos a que aludiera José Martí. En ostensible contraste con los conformistas, claudicantes y cobardes, los combatientes de la vanguardia libertadora albergaron siempre encendida confianza y absoluta seguridad en el coronamiento victorioso de su magna empresa. Cuando los pueblos se deciden a vencer o morir, y los encabeza una dirección lúcida, audaz y firme, el fruto de su determinación es siempre la victoria, a despecho del tamaño y del poderío del enemigo; ésa es la más fecunda lección que legó esta aguerrida vanguardia a la posteridad.

Pero esa vanguardia fue aun más lejos al tratar de incluir en el Congreso de Panamá, convocado a instancia de Bolívar, su decisión solidaria de contribuir a la emancipación de Cuba y Puerto Rico, rezagos de la dominación española en el continente. La conjura del gobierno de Estados Unidos contra ese designio delata su temprana ambición de apoderarse de Cuba y Puerto Rico y de ejercer su dominio sobre nuestra América, contenido ya en la Doctrina Monroe, formulada cuando los ejércitos de los pueblos del continente señoreaban en los Andes y despuntaba en el horizonte el fulgor glorioso de Ayacucho.

La primera guerra de independencia librada por los pueblos de nuestra América se redujo, en los hechos, a un traspaso formal de soberanía política y a un desplazamiento de los jefes del movimiento revolucionario por la exigua minoría criolla –que detentaba la propiedad territorial– y sus caudillos. Las banderas coloniales habían sido arriadas; pero la débil y atrasada estructura económica de la sociedad colonial, caracterizada por su escaso grado de desarrollo técnico y capitalista, permaneció intacta y así sobrevivió, por tanto, el régimen de opresión y explotación contra el cual se habían rebelado las masas de campesinos, esclavos, indios y trabajadores manuales. Nunca epopeya alguna tuvo tan pobres resultados para sus verdaderos, heroicos y anónimos protagonistas, ni han sido tan desconocidas sus hazañas.

Los factores condicionantes del régimen colonial –latifundio, monopolio comercial, misoneísmo ideológico, atraso científico, estratificación social, yugo religioso, opresión política– explican el moroso desarrollo de las futuras naciones de América Latina y, asimismo, la frustración, poco después

de independizarse de la metrópoli, de un desarrollo capitalista libre de trabas y de la formación de una burguesía nacional. Era patente la radical discordancia entre las ideas que inspiraron la lucha por la independencia y la realidad que sirvió de sustento a las nuevas repúblicas. La resultante de la gigantesca batalla no fue el régimen burgués capitalista en su forma plena de desarrollo. Fue un proceso a la inversa del que aconteció en Estados Unidos, que sería rápidamente la más dinámica, pujante y agresiva expresión del capitalismo, primero, y después, del imperialismo agresor y criminal.

Al avivarse el ritmo del crecimiento económico durante los años subsiguientes a la independencia, se crean en América Latina ciertas condiciones propicias para el desarrollo independiente del capitalismo y de la burguesía; pero este desarrollo se vio paralizado, desviado y deformado al irrumpir en escena la penetración imperialista. Por otra parte, la debilidad orgánica de la burguesía latinoamericana para romper el latifundio –supuesto indispensable de la ampliación de la producción agrícola y del mercado interno y el entrelazamiento de sus intereses de clase con los intereses de clase de los latifundistas–, la forzarían a integrar con los dueños de la tierra una compacta oligarquía, directamente ligada a la casta que domina el ejército profesional y en cuyas manos se concentran las posiciones decisivas del poder político.

Sería absurdo suponer que, en tales condiciones, la llamada burguesía latinoamericana pueda desarrollar una acción política independiente de la oligarquía y del imperialismo, en defensa de los intereses y aspiraciones de la nación. La contradicción en que está objetivamente atrapada es, por naturaleza, insuperable. La endeblez de semejante estructura explica con entera nitidez su incapacidad para encararse a la embestida brutal que significa el hecho universal de la expansión imperialista. Y explica, asimismo, su inmediata subordinación a los intereses extranjeros y el marco de subdesarrollo en que se estanca, con sus correspondientes relaciones de clase, privilegios y jerarquías, y sus corolarios económicos, políticos, sociales y culturales.

La influencia económica de las potencias coloniales europeas fue desplazada aceleradamente a partir de la guerra hispano-cubano-norteamericana y sustituida por el dominio neocolonial cada vez más voraz, férreo y rampante de Estados Unidos, apuntalado por las oligarquías y los aparatos de fuerza de los gobiernos títeres, que durante muchos años representaron ante el mundo la tragicomedia de un continente apócrifamente libre, que exhibía la bandera, el himno y un color en el mapa como atributos formales de su soberanía intervenida y de su economía secuestrada.

Es harto sabido que el imperialismo yanqui controla casi totalmente en América Latina los mecanismos del comercio exterior, el sistema bancario,

las tierras más fértiles, las minas, los servicios públicos, las principales industrias y los medios de publicidad. Los vastos recursos naturales de este continente —estaño, cinc, bauxita, plomo, manganeso, cobalto, grafito, hierro, cobre, níquel, vanadio, berilio, azufre, petróleo— están sometidos a una sistemática succión en detrimento del desarrollo de los pueblos que, con su fatiga y sudor, arrancan esa riqueza a las entrañas de una tierra que es suya solo de nombre. América Latina figura a la cabeza de las regiones subdesarrolladas del mundo en el renglón de las inversiones de capitales norteamericanos, que se concentran especialmente en la minería, el petróleo, el comercio y la industria. En el período de 1956 a 1965, esas inversiones alcanzaron la suma de 2.893 millones de dólares, obteniendo por concepto de ganancias 7.441 millones. Por cada dólar invertido, el imperialismo yanqui ha rapiñado casi tres dólares a nuestros pueblos. Estas cifras claves no incluyen, desde luego, los intereses y beneficios obtenidos por los préstamos, por el capital asociado, por las diferentes formas de penetración que emplea, por el robo y el saqueo que se realizan al margen de la seudolegalidad burguesa. Su objetivo, ya logrado, es apoderarse de nuestro mercado interno y convertir la economía latinoamericana en una economía complementaria de la yanqui, condenando a la desaparición y, en el mejor de los casos, a la vida vegetativa a aquellas ramas de la industria nacional que pueden competir con los productos norteamericanos. El radio de acción del capital nacional queda compulsoriamente enmarcado en el comercio y en la manufactura dependientes de los monopolios extranjeros. Las consecuencias de este proceso de absorción y hegemonía están a la vista: saqueo de los recursos, ruina de las industrias nacionales, deformación de la economía, déficit permanente en el balance de pagos, bajos salarios, desempleo crónico, desigualdad creciente, atraso tecnológico, subalimentación popular, analfabetismo masivo, insalubridad en gran escala, tasa elevadísima de mortalidad, servidumbre social, discriminación racial, inestabilidad política, contradicciones de clase cada vez más agudas, violencia criminal como esencia del poder.

A esas formas de penetración económica del imperialismo, añádanse las mil formas de su penetración ideológica y los índices comparativos de la expansión demográfica con el crecimiento del producto bruto interno *per capita* y la desigual redistribución del ingreso bruto nacional, y se tendrá un cuadro vivido de la dramática situación que afrontan nuestros pueblos.

La tremenda gravitación política que ello entraña es demasiado evidente para insistir. Las mismas contradicciones de la burguesía latinoamericana con el imperialismo yanqui se desarrollan en tales condiciones de subordinación y vasallaje que jamás adquieren un carácter antagónico: su impotencia es absoluta.

No ha habido un solo acto de intervención directa o indirecta del imperialismo en nuestros países –desde el siglo pasado hasta la fecha– que la burguesía latinoamericana no haya justificado y apoyado. Está intrínsecamente invalidada para enfrentarse a los imperialistas. Más aun: es su obsecuente servidora y su aprovechada intermediaria. Los problemas que plantea esta compleja y coagulada estructura de intereses antipopulares, antinacionales y antihistóricos, fundada en la explotación del hombre por el hombre, mantenida por la fuerza y usufructuada principalmente por el imperialismo yanqui, que la genera y condiciona, no pueden resolverse mediante académicas “reformas de estructura” y “el ejercicio efectivo de la democracia representativa”. La única vía real para resolverlos es la lucha revolucionaria de los pueblos.

La política intervencionista norteamericana en América Latina, que desputa con la Doctrina Monroe, se acentúa y define con las “doctrinas” de la “fruta madura” y del “destino manifiesto”, con el despojo de más de la mitad del territorio de México, las aventuras filibusteras de William Walker en América Central, la imposición a Cuba de la Enmienda Platt y del arrendamiento del territorio que ocupa la Base Naval de Guantánamo, la desvergonzada ocupación de Puerto Rico, las sucias maniobras en torno al control del canal de Panamá, el cínico Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, los empréstitos leoninos, las intervenciones descaradas en Nicaragua, Panamá, México, Haití, Colombia, Guatemala y Santo Domingo y la creación en Bogotá de la sedicente Organización de Estados Americanos, mera cobertura de la vieja y desacreditada Unión Panamericana, cuyos torvos designios había denunciado y combatido José Martí, quien avizoró antes que nadie, con genial penetración política, el fenómeno imperialista que se gestaba en Estados Unidos, llamándole por su nombre en carta a Manuel Mercado, escrita la víspera de su muerte heroica. Los dispositivos seudojurídicos establecidos en la OEA por el imperialismo yanqui para “legitimar” su expansión económica, dominio político y agresiones militares en América Latina, se completan con el titulado Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, órgano de aplicación de su política represiva en el continente.

Los pueblos de América Latina no han permanecido cruzados de brazos ante sus verdugos y explotadores. Se han erguido numerosas veces y presentado batalla desigual a las oligarquías y al imperialismo, conquistando a veces determinados beneficios y el respeto temporal de elementales derechos. Han apelado a todas las formas de lucha, desde las demostraciones populares y las huelgas políticas hasta los alzamientos esporádicos, y no pocas veces han sido víctimas, por la desesperación en que viven, del espejismo de movimientos demagógicos encabezados por partidos al servicio de las oligarquías

y del imperialismo. Pero lo más importante ha sido, sin duda, su actitud constante de resistencia y rebelión contra la opresión, la miseria, el despojo y la humillación, sin otro sostén, por lo común, que la fuerza moral que dimana de los principios, de la conciencia y de la dignidad.

En el curso de sus luchas contra las oligarquías y el imperialismo yanqui, los pueblos latinoamericanos han acumulado energías revolucionarias, han acrecentado su nivel político, han fortalecido sus cuadros y han promovido la solidaridad militante más allá de sus fronteras. No obtuvieron ventaja política o económica alguna que no fuera arrancada a los explotadores por la fuerza y, por eso, cobraron cada vez más clara noción de que solo la derrota de las oligarquías, de los gobiernos títeres y del dominio imperialista podría liberarlos definitiva y totalmente y poner en sus manos el derecho a labrar su propia vida.

El triunfo y consolidación de la Revolución Cubana puso de manifiesto que la insurrección armada es el verdadero camino para la toma del poder por el pueblo trabajador y, a la vez, que los ejércitos profesionales pueden ser destruidos, las oligarquías vencidas, el imperialismo yanqui derrotado, y el socialismo, como vía nacional de desarrollo, puede avanzar y fortalecerse, no obstante el bloqueo económico, la subversión, la agresión, el chantaje, el hostigamiento, la presión y la contrarrevolución.

Las primeras consecuencias fundamentales de la Revolución Cubana fueron el ascenso del movimiento antiimperialista y la consiguiente radicalización y deslinde de las fuerzas en choque; la polarización de éstas es cada vez más clara y tajante: de un lado, en apretado haz militante, combatiendo por su liberación y defendiendo con acciones concretas la Revolución Cubana, la clase obrera urbana, los trabajadores agrícolas, los campesinos, los estudiantes, las clases medias más progresistas, los subempleados, los desempleados, los indios y los negros; y del otro lado, tratando de ahogarlos, las oligarquías, los gobiernos títeres y el imperialismo yanqui.

Los imperialistas yanquis han pretendido aislar a Cuba de América para que su ejemplo no cunda en todo el continente. Sin embarco, nunca Cuba ha estado más unida al resto de los pueblos de América. Los imperialistas han levantado la consigna de que Cuba quiere imponer en el continente una ideología extracontinental. No obstante esto, los pueblos de nuestra América han sentido y comprendido la Revolución Cubana estrechamente hermanada a su propia Revolución. Extraños a América Latina son los imperialismos yanquis y su ideología reaccionaria. En Cuba se concretan y sintetizan las aspiraciones e ideales de todos los pueblos de América Latina. Pretendieron aislarla y han logrado con esta actitud estrechar más los lazos de indestructible unidad

entre el pueblo cubano y los restantes pueblos de América, que constituyen una sola gran familia humana enfrentada a un adversario común, el principal enemigo de toda la humanidad: el imperialismo yanqui.

La sumisión y el entreguismo de las oligarquías y los gobiernos títeres adquirieron notorios tintes a partir de las Conferencias de la OEA, efectuadas en Punta del Este en 1961 y 1962, en que se confabularon abiertamente bajo los dictados de Washington para aislar a Cuba diplomática y económicamente del resto de América Latina, desatando parejamente una represión implacable contra sus pueblos, que exhibe crudamente el carácter contrarrevolucionario y proimperialista, tanto de los regímenes “gorilas” como de los “reformistas” o “demócratas representativos”. Incapaces de resolver los problemas planteados por el subdesarrollo y la penetración imperialista, acosados cada vez más por las crecientes demandas de los trabajadores, campesinos, estudiantes y desempleados, aterrorizados ante la marea creciente de la guerra revolucionaria, ven en el apoyo, la alianza y la intervención del imperialismo, con sus centros antiguerrilleros, sus “boinas verdes”, sus “marines” y su Fuerza Interamericana de Paz, la única garantía de su supervivencia y la única fuerza capaz de defender sus intereses. El imperialismo yanqui, a su vez, en un esfuerzo baldío por frenar el impulso revolucionario y ensombrear la imagen de la Revolución Cubana en la mente de las masas latinoamericanas, urdió el fraude de la Alianza para el Progreso, enderezada a uncirla aun más a su política de medro, explotación y represión. Su fracaso ha sido tan ruidoso que el propio Comité Interamericano a su cargo, se ha visto compelido a señalar el engaño contenido en esta real Alianza para el Retroceso.

En las actuales circunstancias, en América Latina existen condiciones para el desarrollo y triunfo de la Revolución que la emancipe de la estructura del poder oligárquico-imperialista que coarta su independencia, progreso y bienestar. Y existen esas condiciones porque en las regiones rurales hay millones de campesinos y trabajadores agrícolas sometidos a condiciones intolerables de vida personal y a un régimen inaudito de explotación del trabajo y una concentración increíble de la propiedad de la tierra: porque en las ciudades contrastan dramáticamente el lujo y dispendio de las clases dominantes con el hacinamiento, la sordidez y la pobreza en que viven millones de obreros y desempleados, evidenciándose así el carácter antagónico de los intereses de las clases explotadoras y los explotados; por la cada vez más diáfana y firme conciencia de clase creada por el desarrollo del capitalismo en ciertas regiones del continente y la existencia de una intelectualidad progresista y, particularmente, de un estudiantado con grandes tradiciones de lucha, adscrito a idearios de izquierda. La posición de fuerza de las oligarquías, los gobiernos títeres

y el imperialismo yanqui que apelan a la tortura y al asesinato para oponerse a toda reclamación popular y recurren a los métodos más crueles y torpes en su guerra contra las masas y sus vanguardias revolucionarias, está contribuyendo también a desarrollar la conciencia combatiente y la clara comprensión del camino de las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales; a oponer a la violencia contrarrevolucionaria, la violencia revolucionaria, legitimada ya por la Revolución Cubana y por los triunfos de las fuerzas guerrilleras.

Las condiciones revolucionarias existentes en América Latina están vigentes también en otros países subdesarrollados de África y Asia, continentes que con América Latina forman parte de una misma corriente histórica antiimperialista. Como sucedió en Rusia y China en los años anteriores a la Revolución, dichas condiciones indican que es posible el desarrollo de la Revolución. En el contexto de la lucha revolucionaria en América Latina, estas condiciones plantean el desarrollo de la tarea con una vanguardia revolucionaria audaz, decidida y valiente, forjada en la guerra popular e íntimamente ligada a las masas campesinas y proletarias y que, unificando la dirección política y militar, puede y debe convertirse en el centro de acción político, ideológico y revolucionario que, enfrentándose y derrotando a los ejércitos profesionales, dé al traste con las oligarquías, los gobiernos títeres y la dominación imperialista. En América Latina la Revolución del pueblo trabajador es el primer punto de la orden del día. Las condiciones están maduras para emprenderla con confianza, seguridad, decisión y éxito. Vietnam enseña que la victoria de los pueblos latinoamericanos es posible.

La Conferencia, luego de analizar con profundidad y dedicación las condiciones existentes en el continente y haber esclarecido en el terreno ideológico esenciales problemas del movimiento revolucionario, concluye que:

En América Latina existe una situación convulsiva, caracterizada por la existencia de una débil burguesía, que, fundida de manera indisoluble con los terratenientes, constituye la oligarquía dominante en nuestros países. Un mayor sometimiento y una dependencia casi absoluta de estas oligarquías al imperialismo, determinan la intensa polarización de fuerzas en el continente: por un lado, la alianza oligarco-imperialista y por otro, los pueblos. El enorme potencial revolucionario de los pueblos solo espera ser canalizado por una dirección consecuente, por una vanguardia revolucionaria, para desarrollar o emprender la lucha.

Este potencial es el de las masas proletarias de obreros urbanos y trabajadores agrícolas, de un campesinado pobre superexplotado, de una intelectualidad joven, de un estudiantado con hermosas tradiciones de lucha y de las capas medias, unidos todos por el común denominador de la explotación a que son sometidos.

Ante la crisis estructural del sistema económico, social y político del continente y la creciente insurgencia de los pueblos, el imperialismo ha formulado y desarrollado una estrategia continental represiva que pretende, infructuosamente, detener el curso de la historia.

La supervivencia del sistema colonial y neocolonial de explotación y dominio es objetivo del imperialismo norteamericano.

Esta situación determina y exige que se desate y desarrolle la violencia revolucionaria, en respuesta a la violencia reaccionaria.

La violencia revolucionaria, como expresión más alta de la lucha del pueblo, es no solo la vía, sino también la posibilidad más concreta y manifiesta para derrotar al imperialismo.

Los pueblos y los revolucionarios han constatado esta realidad y se plantean, consecuentemente, la necesidad de que se inicie, desarrolle y culmine la lucha armada con el fin de destruir la máquina burocrático-militar de las oligarquías y el poder del imperialismo.

En muchos países, las especiales condiciones del campo, una topografía favorable y una base social potencialmente revolucionaria, unidas a la especial adaptación de los medios técnicos y de los ejércitos profesionales para reprimir al pueblo en las ciudades, e incapaces, en cambio, de adaptarse a la guerra irregular, hacen de la guerrilla la fundamental expresión de la lucha armada, la escuela más formidable de revolucionarios y su vanguardia indiscutible.

La Revolución, que marcha ya en algunos países, es demanda inmediata en otros y futura perspectiva en el resto, tiene un carácter definido antiimperialista dentro de sus objetivos antioligárquicos.

El primer objetivo de la Revolución popular en el continente es la toma del poder mediante la destrucción del aparato burocrático-militar del Estado y su reemplazo por el pueblo armado para cambiar el régimen social y económico existente: dicho objetivo solo es alcanzable a través de la lucha armada.

El desarrollo y organización de la lucha dependen de la justa selección del escenario donde librarla y del medio organizativo más idóneo.

Las enseñanzas de la Revolución Cubana, las experiencias acumuladas por el movimiento revolucionario en los últimos años en el mundo y la presencia en Bolivia, Venezuela, Colombia y Guatemala de un creciente movimiento revolucionario armado, demuestran que la guerra de guerrillas, como genuina expresión de la lucha armada popular, es el método más eficaz y la forma más adecuada para librar y desarrollar la guerra revolucionaria en la mayoría de nuestros países y consiguientemente en escala continental.

En esta particular situación, la unidad de los pueblos, la identidad de objetivos, la unificación de criterios y la disposición conjunta de librar la lucha,

son los elementos caracterizadores de la estrategia común que ha de oponerse a la que, con carácter continental, desarrolla el imperialismo.

Esta estrategia requiere una nítida y clara expresión de solidaridad, cuyo carácter más efectivo es la propia lucha revolucionaria, cuya extensión es el continente y cuyo destacamento de vanguardia es la guerrilla y los ejércitos de liberación.

Nosotros, representantes de los pueblos de nuestra América, conscientes de las condiciones que existen en el continente, sabedores de la existencia de una estrategia común contrarrevolucionaria que dirige el imperialismo yanqui,

Proclamamos:

1. Que constituye un derecho y un deber de los pueblos de América Latina hacer la Revolución.
2. Que la Revolución en América Latina tiene sus más profundas raíces históricas en el movimiento de liberación contra el colonialismo europeo del siglo XIX, y contra el imperialismo en este siglo. La epopeya de los pueblos de América y las grandes batallas de clase contra el imperialismo que han librado nuestros pueblos en las décadas anteriores, constituyen la fuente de inspiración histórica del movimiento revolucionario latinoamericano.
3. Que el contenido esencial de la Revolución en América Latina está dado por su enfrentamiento al imperialismo y a las oligarquías de burgueses y terratenientes. Consiguientemente, el carácter de la Revolución es el de la lucha por la independencia nacional, la emancipación de las oligarquías y el camino socialista para su pleno desarrollo económico y social.
4. Que los principios del marxismo-leninismo orientan al movimiento revolucionario de América Latina.
5. Que la lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental de la Revolución en América Latina.
6. Que todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental, que es la lucha armada.
7. Que para la mayoría de los países del continente, el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario.
8. Que aquellos países en que esta tarea no está planteada de modo inmediato, de todas formas han de considerarla como una perspectiva inevitable en el desarrollo de la lucha revolucionaria en su país.

9. Que a los pueblos de cada país y a sus vanguardias revolucionarias corresponderá la responsabilidad histórica de echar hacia adelante la Revolución en cada uno de ellos.
10. Que la guerrilla –como embrión de los ejércitos de liberación– constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria en la mayoría de nuestros países.
11. Que la dirección de la Revolución exige como un principio organizativo la existencia del mando unificado político y militar como garantía para su éxito.
12. Que la solidaridad más efectiva que pueden prestarse los movimientos revolucionarios entre sí, la constituye el desarrollo y culminación de la propia lucha en el seno de cada país.
13. Que la solidaridad con Cuba y la colaboración y cooperación con el movimiento revolucionario en armas constituyen un deber insoslayable de tipo internacional de todas las organizaciones antiimperialistas del continente.
14. Que la Revolución Cubana, como símbolo del triunfo del movimiento revolucionario armado, constituye la vanguardia del movimiento antiimperialista latinoamericano. Los pueblos que desarrollan la lucha armada, en la medida en que avanzan por ese camino, se sitúan también en la vanguardia.
15. Que los pueblos directamente colonizados por las metrópolis europeas o sujetos por dominación colonial directa a los Estados Unidos, en su camino para la liberación tienen como objetivo inmediato y fundamental el luchar por la independencia y mantenerse vinculados a la lucha general del continente, como única forma de evitar ser absorbidos por el neocolonialismo norteamericano.
16. Que la Segunda Declaración de La Habana, recogiendo la hermosa y gloriosa tradición revolucionaria de los últimos 150 años de la historia de América, constituye un documento programático de la Revolución Latinoamericana, que los pueblos de este continente durante los últimos cinco años han confirmado, profundizado, enriquecido y radicalizado.
17. Que los pueblos de América Latina no tienen antagonismos con ningún otro pueblo del mundo y le extienden su mano fraternal al propio pueblo de los Estados Unidos, al que exhortan a luchar contra la política represiva de los monopolios imperialistas.

18. Que la lucha en América Latina fortalece sus vínculos de solidaridad con los pueblos de Asia y África y de los países socialistas, y con los trabajadores de los países capitalistas, especialmente con la población negra de los Estados Unidos que sufre a la vez la explotación de clase, la miseria, el desempleo, la discriminación racial y la negación de los más elementales derechos humanos y que constituye una importante fuerza a considerar en el contexto de la lucha revolucionaria.
19. Que la lucha heroica del pueblo de Vietnam presta a todos los pueblos revolucionarios que combaten al imperialismo, una inestimable ayuda y constituye un ejemplo inspirador para los pueblos de América Latina.
20. Que hemos aprobado el Estatuto y creado el Comité Permanente, con sede en La Habana, de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, la que constituye la genuina representación de los pueblos de América Latina.

Nosotros, revolucionarios de nuestra América, la América al sur del río Bravo, sucesores de los hombres que nos dieron la primera independencia, armados de una voluntad inquebrantable de luchar y de una orientación revolucionaria y científica y sin otra cosa que perder que las cadenas que nos oprimen,

Afirmamos:

Que nuestra lucha constituye un aporte decisivo a la lucha histórica de la humanidad por librarse de la esclavitud y de la explotación.

El deber de todo revolucionario es hacer la Revolución.

*La guerrilla urbana de los Tupamaros**

El Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros fue fundado por Raúl Sendic (1925), abogado del Partido Socialista Uruguayo y organizador de los sindicatos de obreros agrícolas del norte del país. En un principio se trataba de una especie de “brazo armado” del Partido Socialista, pero muy pronto, después de las primeras acciones armadas (en 1963), se autonomiza y se convierte en una organización independiente, aun si permanece abierta a militantes socialistas, comunistas y anarquistas. Durante los años 1965-72, los Tupamaros (cuyo nombre recuerda a Tupac Amaru, jefe de una rebelión indígena contra el colonizador español en el siglo XVIII) se desarrollan mucho y se granjean la simpatía y el apoyo de un sector significativo de la población (sobre todo joven) por una serie de acciones armadas (urbanas) espectaculares: expropiaciones, rapto de diplomáticos, ejecución de torturadores, etcétera. Sin embargo, a partir de 1972, diezmado por la represión y debilitado por las escisiones, el movimiento atraviesa por una profunda crisis.

El texto que publicamos aquí es un extracto del documento “30 preguntas a un Tupamaro”, publicado el 2 de junio de 1968 por la revista chilena Punto Final (cercana al MIR), y que sirvió durante mucho tiempo de plataforma política y estratégica del Movimiento.

30 preguntas a un tupamaro

—¿Cuál ha sido el principio fundamental en que se ha basado la actividad de su organización hasta el presente?

—El principio de que la acción revolucionaria en sí, el hecho mismo de armarse, de prepararse, de pertrecharse, de procesar hechos que violen la legalidad burguesa, genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias.

—¿Cuál es la diferencia fundamental de la organización de ustedes con otras organizaciones de la izquierda?

—La mayoría de estas últimas parecen confiar más en los manifiestos, en la emisión de enunciados teóricos referentes a la revolución para preparar militantes y condiciones revolucionarias, sin comprender que fundamentalmente son las acciones revolucionarias las que precipitan las situaciones revolucionarias.

* “30 preguntas a un Tupamaro”, 1968, en Omar Costa, *Los Tupamaros*, ed. Era, México, 1975, pp. 68-73.

—¿Me puede poner algún ejemplo histórico ilustrativo de cómo funciona el principio de que la acción revolucionaria genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias?

—Cuba es un ejemplo. En lugar del largo proceso de formación del partido de masas, se instala un foco guerrillero con una docena de hombres y este hecho genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias que culminan con una verdadera revolución socialista. Ante el hecho revolucionario consumado todos los auténticos revolucionarios se ven obligados a lanzarse detrás.

—¿Quiere decir que lanzada la acción revolucionaria, la famosa unidad de izquierda puede darse en la lucha?

—Sí, las fuerzas que se llaman revolucionarias se ven obligadas a optar entre apoyar o desaparecer. En Cuba, el Partido Socialista Popular optó por apoyar una lucha que no había iniciado ni dirigido y subsistió. Pero Prío Socarrás, el que se llamaba el principal opositor de Batista, no apoyó y desapareció.

—Esto es con respecto a la izquierda. ¿Y con respecto al pueblo en general?

—Para el pueblo realmente disconforme con las injusticias del régimen, la opción es mucho más fácil. Quiere un cambio y tiene que elegir entre el improbable y remoto cambio que le ofrecen algunos por medio de proclamas, manifiestos o acción parlamentaria y el camino directo que encarna el grupo armado y su acción revolucionaria.

—¿Quiere decir que la lucha armada al mismo tiempo que va destruyendo el poder burgués, puede ir creando el movimiento de masas que necesita una organización insurreccional para hacer la revolución?

—Sí, sin considerar esfuerzo perdido el que se realice para crear un partido o movimiento de masas antes de lanzar la lucha armada, hay que reconocer que la lucha armada apresura y precipita el movimiento de masas. Y no es solo el ejemplo de Cuba, también en China el partido de masas se fue creando en el transcurso de la lucha armada. Quiere decir que la fórmula rígida de ciertos teóricos, “primero crear el partido para después lanzar la revolución”, históricamente, reconoce más excepciones que aplicaciones. A esta altura de la historia ya nadie puede discutir que un grupo armado, por pequeño que éste sea, tiene mayores posibilidades de éxito para convertirse en un gran ejército popular, que un grupo que se limite a emitir “posiciones revolucionarias”.

—Sin embargo, un movimiento revolucionario necesita plataformas, documentos, etcétera.

—Desde luego; pero no hay que confundir. No es solo puliendo plataformas y programas como se hace la revolución. Los principios básicos de una revolución socialista están dados y experimentados en países como Cuba y no hay más que discutir. Basta adherir a esos principios y señalar con hechos el camino insurreccional para lograr su aplicación.

—¿Considera que un movimiento revolucionario debe prepararse para la lucha armada en cualquier etapa, aun cuando las condiciones para la lucha armada no estén dadas?

—Sí, por dos razones al menos. Porque un movimiento armado de izquierda puede ser atacado por la represión a cualquier altura de su desarrollo y debe estar preparado para defender su existencia... Recordar Argentina y Brasil.

Y porque si a cada militante no se le inculca desde el principio la mentalidad del combatiente, iremos elaborando otras cosas: un mero movimiento de apoyo a una revolución que harán otros, por ejemplo, pero no un movimiento revolucionario en sí mismo.

—¿Esto puede interpretarse como un menosprecio de toda otra actividad, salvo la de prepararse para combatir?

—No, el trabajo de masas que lleve al pueblo a posiciones revolucionarias también es importante. De lo que el militante, incluso el que está en el frente de masas, ha de ser consciente, es que el día en que se dé la lucha armada él no se va a quedar en su casa esperando el resultado. Y debe prepararse en consecuencia, aunque su militancia actual sea en otros frentes. Esto, además, dará autoridad, autenticidad, sinceridad y seriedad a su prédica revolucionaria actual.

—¿Cuáles son las tareas concretas de un militante en el movimiento de masas que pertenezca a su organización?

—Si se trata de un militante en gremio o movimiento de masas, debe tratar de crear un ámbito, sea un grupo dentro del gremio, sea todo el gremio, donde se pueda organizar el apoyo para la acción del aparato armado y la preparación para ingresar al mismo. Formación teórica y práctica, reclutamiento, serán las tareas concretas principales dentro de ese ámbito. Además, la propaganda de la lucha armada. Y en caso de que sea posible, llevar al gremio a luchas más radicales y a etapas más definitorias de la lucha de clases.

—¿Cuáles son los objetivos fundamentales en general, del movimiento en esta etapa?

—Tener un grupo armado, lo mejor preparado y pertrechado posible, probado en la acción.

Tener buenas relaciones con todos los movimientos populares que apoyan esta clase de luchas.

Crear órganos de propaganda destinados a radicalizar las luchas y crear conciencia.

Tener un eficiente aparato de captación de militantes con posibilidades de formación teórica y grupos dentro del movimiento de masas que cumplan las funciones antes mencionadas.

—La importancia que le da el movimiento a la preparación para la lucha armada, ¿implica la afirmación de que un combatiente no se puede improvisar?

—La lucha armada es un hecho técnico que requiere, pues, conocimientos técnicos, entrenamiento, práctica, materiales y psicología de combatiente. La improvisación en este terreno se paga onerosamente en vidas y fracasos. El espontaneísmo que propician los que hablan vagamente de la “revolución que hará el pueblo” o “las masas”, o es mera dilatoria o es librar a la improvisación, justamente, la etapa culminante de la lucha de clases. Todo movimiento de vanguardia, para conservar ese carácter en el momento culminante de la lucha, debe intervenir en ella y saber encauzar técnicamente la violencia popular contra la opresión, de modo que se logre el objetivo con los menores sacrificios posibles.

—¿Considera que los partidos de izquierda puedan cumplir esa preparación para la lucha armada manteniendo un pequeño grupo de choque o de autodefensa?

—Ningún partido cumple con los principios revolucionarios que enuncia si no encara seriamente esta preparación en toda la escala del partido. De otra forma no se logra la máxima eficiencia posible para enfrentar a la reacción en cada etapa, lo cual puede resultar una negligencia fatal (cabe recordar a Brasil y Argentina), o el desperdicio de una coyuntura revolucionaria.

No encarados para su fin específico, los pequeños grupos armados partidistas pueden transformarse en triste masa de maniobras políticas. Un mísero ejemplo que recordar en tal sentido, son los incidentes sucedidos en la manifestación del último Primero de Mayo: grupos armados rebajados a la tarea de proteger el reparto de un manifiesto donde se ataca a otros grupos de izquierda y grupos armados rebajados a la tarea de impedir que se repartan manifiestos.

—¿Qué le parece que podrían exigir los militantes de los aparatos armados partidistas a sus respectivas direcciones?

—Que su acción sea dirigida solamente contra el enemigo de clase, contra el aparato burgués y sus agentes. Ningún aparato armado puede cumplir su fin específico si su dirección no reúne, al menos, estos requisitos mínimos:

- 1) que sea consecuente y demuestre con hechos su adhesión invariable al principio de la lucha armada, dándole la importancia y los medios materiales necesarios para su preparación;
- 2) que ofrezca las condiciones necesarias de seguridad y discreción para los militantes que desarrollen tareas ilegales;
- 3) que por su amplitud y correcta línea, tenga posibilidades –las más inmediatas posibles– de constituirse en dirección de masas proletarias.

–¿No cree que un aparato armado debe depender de un partido político?

–Creo que todo aparato armado debe formar parte de un aparato político de masas a determinada altura del proceso revolucionario y en caso de que tal aparato no exista debe contribuir a crearlo. Esto no quiere decir que sea obligado, en el panorama actual de la izquierda, adscribirse a uno de los grupos políticos existentes o se deba lanzar uno nuevo. Esto es perpetuar el movimiento o sumarse a él. Hay que combatir la mezquina idea en boga de partido, que lo identifica con una sede, reuniones, un periódico y posiciones sobre todo lo que lo rodea. El conformismo de esperar que los otros partidos de izquierda se disuelvan ante sus andanadas verbales, y sus bases y el pueblo en general vengan un día a él. Esto es lo que se ha hecho durante 60 años en Uruguay, y el resultado está a la vista. Hay que reconocer que hay revolucionarios auténticos en todos los partidos de izquierda, y muchos más que no están organizados. Tomar estos elementos y grupos donde estén y unirlos, es una tarea para la izquierda en general, para el día en que los sectarismos queden atrás; cosa que no depende de nosotros. Pero mientras esto no suceda, la revolución no se puede detener a esperar. A cada revolucionario, a cada grupo revolucionario solo nos cabe un deber: prepararse para hacer la revolución. Como dijo Fidel en uno de sus últimos discursos: “...con partido o sin partido”. La revolución no puede esperar.

–¿Me puede detallar la estrategia para la toma del poder en el Uruguay?

–No, no puedo darle una estrategia detallada. En cambio puedo darle algunas líneas generales estratégicas y esto mismo sujeto a modificaciones, con el cambio de circunstancias. Es decir, líneas generales estratégicas validas para el día, mes y año en que se enuncian.

–¿Por qué no puede darme una estrategia detallada y definitiva?

–Porque una estrategia se va elaborando a partir de hechos reales básicos y la realidad cambia, independientemente de nuestra voluntad. Comprenda que no es lo mismo una estrategia basada en el hecho de un movimiento sindical fuerte y organizado que una basada en el hecho de que ese movimiento haya sido desbaratado, para poner un ejemplo ilustrativo.

—¿Sobre qué hechos reales básicos funda su organización las líneas estratégicas generales en este período?

—Para citar solo aquéllos más importantes: La convicción de que la crisis, lejos de irse superando, se va profundizando día a día. El país está fundido y un plan capitalista de desarrollo para aumentar la producción de artículos exportables, en caso de que se pudiera aplicar, no dará rendimiento sino muy menguado y dentro de varios años. Quiere decir que tenemos varios años por delante donde el pueblo deberá seguir apretándose el cinturón. Y con 500 millones de deuda externa no es previsible que vengan desde el extranjero cuantiosos créditos capaces de devolverles su mediano estándar de vida a los sectores que lo han perdido. Éste es un hecho concreto básico: habrá penuria económica y descontento popular en los próximos años.

Un segundo hecho básico para una estrategia, es el alto grado de sindicalización de los trabajadores del Uruguay. Si bien todos los gremios no tienen un alto grado de combatividad —sea por su composición, sea por sus dirigentes—, el solo hecho de que prácticamente todos los servicios fundamentales del Estado, la banca, la industria y el comercio están organizados, constituye de por sí un hecho altamente positivo, sin parangón en América. La posibilidad de paralizar los servicios del Estado ha creado y puede crear coyunturas muy interesantes desde el punto de vista de la insurrección porque —para poner un ejemplo— no es lo mismo atacar a un Estado en la plenitud de sus fuerzas, que a un Estado semiparalizado por las huelgas.

Otro factor estratégico a tener en cuenta —éste negativo—, es el factor geográfico. No tenemos lugares inexpugnables en el territorio como para instalar un foco guerrillero que perdure, aunque tenemos lugares de difícil acceso en campaña. En compensación tenemos una gran ciudad con más de 300 kilómetros cuadrados de edificios, que permite el desarrollo de la lucha urbana. Esto quiere decir que no podemos copiar la estrategia de aquellos países que por sus condiciones geográficas pueden instalar un foco guerrillero en las montañas, sierras o selvas con posibilidades de estabilizarse. Por el contrario, tenemos que elaborar una estrategia autóctona adecuada a una realidad diferente a la de la mayoría de los países de América.

ROQUE DALTON

*El Salvador, el istmo y la revolución**

Poeta, escritor y militante comunista salvadoreño. Roque Dalton vivió varios años exiliado en Cuba, donde publica, en 1971, en la revista Pensamiento Crítico, testimonios y documentos sobre la revolución de 1932 en El Salvador; fue así como por primera vez salió a la luz la importancia histórica de esta gran experiencia popular insurreccional. Es en cuanto miembro (disidente) del Partido Comunista de El Salvador que Roque Dalton redacta este artículo en 1969; pocos años después vuelve clandestinamente a El Salvador, rompe con el Partido Comunista y se integra en una organización guerrillera. En 1974, miembros de una de las fracciones de este grupo, en un acto absurdo e inexplicable, asesinan a Roque Dalton.

En lo que se refiere a El Salvador este proceso nos había llevado a ser un país bastante peculiar en Centroamérica; el proceso de integración nacional desde el punto de vista étnico se había completado a principios de siglo; la densidad de la población y la pequeñez territorial, si bien evitaron la aparición de la gran plantación imperialista al estilo de las de la United Fruit Company en Honduras, crearon la explosividad del problema social en las relaciones inmediatas entre el pueblo y la oligarquía cafetalera; la lucha popular tomó tempranamente los cauces de la organización revolucionaria, lo que obligó a las clases dominantes a concentrar su respuesta represiva en el tiempo y en el espacio. Desde otro punto de vista, básico, las características de la oligarquía criolla, el carácter de la explotación imperialista en el país, el nivel del sector comercial local, propiciaron que la tendencia hacia el desarrollo capitalista (así como el desarrollo capitalista en sí) tuviera un ritmo más acelerado que en el resto de los países del istmo. El Salvador (en tanto núcleo de la costa pacífica centroamericana y hablando en los términos que ha acuñado la literatura revolucionaria moderna, desde Mao Tse-tung hasta Régis Debray) comenzó a ser como conjunto la zona urbana y suburbana de Centroamérica, lo cual le impone en la actualidad características y necesidades específicas al planteamiento de su lucha revolucionaria.

A partir de 1914 aparece, con las organizaciones gremiales de artesanos urbanos, suburbanos y rurales, la organización popular clasista en El Salvador.

* Roque Dalton, "El Salvador, el istmo y la revolución", *Tricontinental*, N° 11, La Habana, marzo-abril de 1969, pp. 9-10, 20-22.

En la década de los 20 esta labor organizativa cobra un desarrollo importante a nivel nacional y funde sobre líneas político-gremiales un tanto ambiguas (anarquistas, anarco-sindicalistas, reformistas, marxistas) a grandes capas de trabajadores de la ciudad y el campo, a cuya vanguardia se van colocando poco a poco los representantes incipientes marxistas de la más incipiente aun clase obrera y del proletariado agrícola. De este auge organizativo radical surge en 1930 el Partido Comunista de El Salvador, que comenzó a desarrollar, ligado a la Internacional Comunista, una labor extraordinaria. Tan extraordinaria que, a menos de sus dos años de existencia, en el seno de la *situación revolucionaria* que en los años 1931-32 se planteó en El Salvador como resultado nacional de la crisis mundial capitalista, nuestro Partido llamó al pueblo a la insurrección armada para tomar el poder político en el país. Los detalles y el análisis de esta acción histórica sobrepasan nuestros propósitos en estas líneas; baste decir que la insurrección salvadoreña de 1932, tan desconocida aun en nuestro país, es uno de los acontecimientos clave de la historia contemporánea de América Latina que permanece aun sin ser aprovechada como experiencia para los revolucionarios del continente. Fundamentalmente por errores de tipo militar y organizativo, aquella insurrección fue derrotada por el primer gobierno oligárquico-imperialista propiamente tal que tuvo El Salvador: la dictadura de Maximiliano Martínez. El pueblo fue asesinado y las organizaciones revolucionarias arrasadas. El número de víctimas obreras y campesinas llegó a cerca de 30 mil en menos de un mes. *Esta profunda derrota, cuyo análisis no ha sido efectuado correctamente por las organizaciones revolucionarias de El Salvador, ha presidido durante décadas las concepciones organizativas y de ligazón con las masas en el seno del Partido Comunista –principal organización revolucionaria en el país desde su nacimiento, a pesar de su debilidad y sus concepciones estratégicas y tácticas no siempre justas–, ha servido como punto de referencia negativo para el planteamiento salvadoreño de la lucha armada revolucionaria, ha significado de hecho una seria ruptura entre la tradición revolucionaria de nuestro pueblo y su perspectiva de poder.* Esto en lo subjetivo. En lo objetivo, la derrota del año 32 fue la base material para la construcción de un aparato de poder oligárquico-imperialista de gran eficacia porque planteó a nivel operativo (a nivel local y nacional) el problema de la defensa del sistema frente a la lucha armada revolucionaria dirigida hacia la Revolución Socialista desde una época tan temprana como 1932.

La larga dictadura militar que, con cambios en las personas, continúa hasta la fecha, se inició entonces. Al gobierno de Martínez (derrocado en 1944 por una huelga general nacional encabezada por los estudiantes universitarios que culminó un proceso insurreccional que había sido iniciado con un levantamiento militar fracasado), le siguieron: el del sangriento coronel Osmín Aguirre

(que sobrevivió a una etapa de acciones armadas ciudadanas y a una invasión armada de estudiantes, profesionales y militares jóvenes que entró desde Guatemala a la zona de Ahuachapán, en donde fue rechazada por la guardia nacional y el ejército), el del general Salvador Castañeda Castro, el del coronel Oscar Osorio y el del coronel José María Lemus (1956-1960). Las luchas populares contra este último gobierno abren una nueva etapa en la situación y las perspectivas políticas del país en el mismo período en que para América Latina en general las abre revolucionariamente el triunfo de la insurrección de Cuba. [...]

A partir de 1962 se abrió una etapa de reflujo en la acción revolucionaria de masas. El Partido sufrió impactos serios (traiciones, desertiones, paralización de frentes enteros de trabajo, etcétera) pero pudo reponerse en la medida suficiente para estar de nuevo al frente del movimiento obrero en las grandes huelgas de 1966, 1967 y 1968. Sin embargo las nuevas concepciones de la lucha armada habían sido seriamente cuestionadas en la conciencia de los comunistas salvadoreños (por dos vías: la de los afectados del reflujo y la de la contraposición de hecho entre el movimiento huelguístico abierto y entre el movimiento proinsurreccional, contraposición esta última que en la cabeza de muchos se encarnaba en la diferencia entre las líneas políticas –y sus resultados prácticos– del Partido Guatemalteco del Trabajo y del PC de El Salvador), hasta el grado de poderse afirmar en la actualidad que ese cuestionamiento ha pasado a ser la labor más importante de la corriente conservadora que predomina en la dirección y en extensos sectores de las bases del Partido, todo lo cual se ha reflejado en distintos aspectos de su actividad práctica (tendencias en la política de alianzas; política electoralista; caídas en desviaciones economicistas y legalistas en el frente obrero sobre todo por no dar a las masas agremiadas una perspectiva revolucionaria subsiguiente al elevarse la lucha abierta hasta determinados niveles; rupturas y escisiones en las filas del Partido a un nivel y con unos resultados sin precedentes en los últimos años; diversas carencias en el frente militar, etcétera).

¿Qué ha hecho por su parte el enemigo durante este período? A partir de 1961 el imperialismo pasó a subrayar más aun el énfasis en la solución político-militar frente a los problemas revolucionarios de Centroamérica. La perspectiva marcada por el inicio de la guerra de guerrillas en Guatemala aceleró aun más esta actividad contrarrevolucionaria. En lo que a El Salvador respecta, el ejército pasó a ser directamente el instrumento fundamental de gobierno y concentró gran parte de la actividad administrativa en manos de sus cuadros de mando. Al desarrollo de la integración económica centroamericana y a la creación del Mercomún en la zona siguió muy de cerca la integración de los ejércitos centroamericanos bajo un estado mayor conjunto

y un organismo planificador y ejecutivo común, el Consejo de Defensa Centroamericano. Todo este aparataje militar regional ha actuado conjuntamente, en los niveles en que hasta ahora ha sido necesario, contra los movimientos guerrilleros aparecidos en nuestros países. Para resumir la actividad del imperialismo en este terreno en los últimos años, diremos que el gobierno de los Estados Unidos *ha creado y puesto en función en Centroamérica las instituciones y los organismos de la guerra especial*. Es decir que, hablando en términos amplios, el imperialismo en complicidad con las oligarquías y los ejércitos locales *ha planteado ya institucionalmente la guerra contra los pueblos centroamericanos*. Retoques de últimos niveles de acabado se están dando ya a este conjunto de fuerza cuando, por ejemplo, se persigue una interpenetración entre el ejército y las empresas mixtas de la Integración Económica usando el procedimiento de hacer de los cuadros de mando militar, accionistas, administradores o altos funcionarios de las grandes firmas industriales y comerciales o de las instituciones estatales que instrumentan la Integración.

En El Salvador, la tradicional habilidad de la oligarquía criolla y las experiencias de la lucha contra el pueblo y las guerrillas de Guatemala han hecho que el ejército haya tratado de llevar las consignas imperialistas de organización de la violencia a un nivel de masas populares. El coronel José Alberto Medrano, coordinador de los servicios de inteligencia del país y hombre fuerte de la CIA, ha anunciado la existencia de una organización rural paramilitar llamado ORDEN (Organización Democrática Nacionalista) que con fines "anticomunistas y antiguerrilleros" agrupaba en 4 mil células de combate de 15 individuos cada una a 60 mil campesinos en todo el territorio nacional, a fines del año pasado. Esta organización, sumada a los efectivos del ejército (infantería, policía militar, blindados, aviación y tropas aerotransportadas, artillería, caballería, marina, etcétera), la guardia nacional, policía de hacienda, policía nacional, policías municipales, etcétera, forman una bastante bien coordinada red antidemocrática cuyo real papel en el camino de la revolución es imposible ignorar.

Datos como éstos, que se agregan a los tradicionalmente esgrimidos en esta dirección (territorio pequeño, superpoblado, sin montañas o lugares inaccesibles, cruzado en todas las direcciones por buenas carreteras y caminos; presencia de un ejército relativamente numeroso y conocedor del terreno; carencia de bases revolucionarias en el campo y preponderancia de la fuerza revolucionaria en dos o tres de las ciudades principales), hacen que las tendencias al quietismo no revolucionario proliferen bajo diversos aspectos. *Del hecho de que la lucha armada revolucionaria presenta en nuestro país dificultades especiales y problemas técnico-prácticos particulares suele llegarse muy a menudo*

a la conclusión de que la lucha revolucionaria es allí imposible. Esto no siempre se dice directamente en los documentos, pero se desprende nítidamente del contenido de muchos de ellos con el más ligero análisis.

Solo mediante la elaboración en concreto de la estrategia de lucha armada en El Salvador, de acuerdo con las condiciones concretas del país, y solo mediante el emprendimiento práctico de las tareas que imponga esa perspectiva estratégica, podrá evitarse esa peligrosa tendencia al quietismo que es, en último término, la contrarrevolución. Esa perspectiva estratégica deberá elaborarse partiendo del análisis de nuestro país no como un país aislado sino como un país que pertenece a la zona centroamericana en los momentos en que el imperialismo le impone un nuevo desarrollo unitario contrario a los intereses de los pueblos. La estrategia de la revolución salvadoreña deberá ser una estrategia político-militar centroamericana [...]

El carácter centroamericano de la lucha de los pueblos de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica lo establece el hecho de la unidad que de nuevo le ha planteado el enemigo imperialista a la región en la forma que hemos dejado esbozada antes. La unidad económica básica no es ya El Salvador, Guatemala, etcétera, sino el conjunto de países centroamericanos que componen el Mercado Común. Para defender esta estructura económica nueva (cuyas crisis estructurales comienzan a ser evidentes) el imperialismo ha construido y continúa construyendo un aparato centroamericano de dominación y represión. La respuesta de los revolucionarios debe ser también a nivel centroamericano. En Guatemala y en Nicaragua esa respuesta han comenzado a darla los hombres que combaten bajo la dirección de César Montes y de Carlos Fonseca Amador. Las organizaciones revolucionarias salvadoreñas no pueden ser indiferentes a esos esfuerzos extraordinariamente abnegados pues ello equivaldría a serlo con su propio porvenir. De tal manera que subrayar en demasía el *carácter interior* de la lucha de clases de nuestros países como lo hace la CP de nuestro Partido en el epílogo al *Diario del Che*, se convierte en Centroamérica en una contraposición frente a la necesidad de centroamericanizar la lucha, en un despropósito, basado en análisis obsoletos. [...]

Desentrañar hasta las últimas consecuencias la lección del Che es tarea de quienes pudieron dejar definitivamente atrás las ilusiones pacifistas que se encarga siempre de estimular el enemigo; es tarea de los comunistas decididos a marchar por el duro camino de la guerra popular. Poco a poco las direcciones de los PC de América Latina nos han venido construyendo un panorama desconsolador en lo que se refiere a la participación del Partido en la lucha armada revolucionaria: ¿no han sido más o menos similares a la del PCB las actividades concretas de los Partidos de Venezuela, Perú, Honduras, Nicaragua, Brasil frente a las acciones armadas en sus países, y las posiciones teóricas de los PC

de Argentina, Costa Rica, Ecuador, y, ahora El Salvador, en esta problemática? ¿Es que hay una línea pacifista en el movimiento comunista latinoamericano, encubierta hasta ahora por las declaraciones sucesivas en favor de la lucha armada? De ser así, la discusión misma con esos Partidos se haría imposible porque la discusión revolucionaria sobre los problemas de la lucha armada solo podrá sustanciarse entre los revolucionarios que emprendan la ruta de la lucha armada.

En el caso de nuestro Partido, creemos que el momento es grave y lleno de inquietantes alternativas. Sin lugar a dudas se trata de una de las organizaciones revolucionarias más maduras, fuertes e influyentes de Centroamérica, cuyas posiciones políticas y cuya estructura orgánica dejan muy atrás a Partidos como los de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, para citar ejemplos concretos. Sin embargo los resabios conservadores determinan aun gran parte de sus posibles proyecciones y los limitan. Estos resabios pueden convertirse en freno definitivo para que el Partido pueda ocupar su puerto de vanguardia en la lucha del pueblo salvadoreño y alejarlo del lugar que le estaría destinado en la lucha de las masas centroamericanas contra el enemigo común. En la zona hay varios ejemplos de este proceso regresivo. Solo una discusión a fondo de la realidad centroamericana, procesada con espíritu constructivo e independiente, y el emprendimiento de la acción que exijan las circunstancias y el momento de las conclusiones podrá conjurar el peligro. En caso contrario, nuestro Partido, presa del dogmatismo que ya se refleja aunque sea parcialmente en el epílogo al *Diario del Che*, se verá imposibilitado de seguir la ruta que nos hemos marcado para tomar el poder político para el pueblo, se verá imposibilitado de hacer la Revolución y dirigirla. En América Latina también hay ejemplos en este sentido, en diverso nivel de desarrollo. Basta abrir bien los ojos para saberlo.

*Declaración de Principios del MIR**

Fundado en 1965 por la fusión de un grupo de jóvenes salidos de los partidos socialista y comunista (Vanguardia Revolucionaria Marxista) y del Partido Obrero Revolucionario (trotskista), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile se convertirá en algunos años en uno de los grupos castristas más numerosos y más influyentes de América Latina.

La Declaración de Principios adoptada en la fundación, que publicamos aquí, muestra que durante el primer período del MIR la influencia trotskista era preponderante. Esta influencia se manifiesta también en el Programa aprobado en 1965, que proclama por ejemplo: "El MIR se pronuncia por la defensa de los países socialistas en caso de agresión. En los países socialistas, controlados por el reformismo o el revisionismo, apoyamos al pueblo revolucionario y no a sus direcciones burocráticas que deformaron el proceso de construcción del socialismo y traicionaron el marxismo revolucionario".

En 1967, se aparta a los cuadros trotskistas y el grupo de dirigentes estudiantes de Concepción (Bautista van Schowen, Luciano Cruz, Miguel Enríquez) toma la dirección de la organización. Se adopta una nueva orientación (Documento Programa de 1967), que reafirma por un lado la tesis trotskista de la revolución proletaria –a la vez democrática y socialista– en Chile, pero por otro adopta las tesis de Debray sobre la guerrilla rural¹.

I

El MIR se organiza para ser la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile que buscan la emancipación nacional y social. El MIR se considera el auténtico heredero de las tradiciones revolucionarias chilenas y el continuador de la trayectoria socialista de Luis Emilio Recabarren, el líder del proletariado chileno. La finalidad del MIR es el derrocamiento del sistema capitalista y su remplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos del poder proletario, cuya tarea será construir el socialismo y extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases. La destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas.

* Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Declaración de Principios, Santiago de Chile, septiembre de 1965.

¹ Cf. Catherine Lamour, *Le pari chilien*, ed Stock, París, 1972, pp. 222-23.

II

El MIR fundamenta su acción revolucionaria en el hecho histórico de la lucha de clases. Los explotadores, por un lado, asentados en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio; y por otro, los explotados, mayoría aplastante de la población, que solo cuentan con la fuerza de trabajo, de los cuales la clase burguesa extrae la plusvalía. El MIR reconoce al proletariado como la clase de vanguardia-revolucionaria que deberá ganar para su causa a los campesinos, intelectuales, técnicos y clase media empobrecida. El MIR combate intransigentemente a los explotadores, orientado en los principios de la lucha de clase contra clase y rechaza categóricamente toda estrategia tendiente a amortiguar esta lucha.

III

El siglo XX es el siglo de la agonía definitiva del sistema capitalista. El desarrollo de la técnica no ha servido para evitar las crisis periódicas, los millones de desocupados y la pauperización, a causa de que en el régimen capitalista la producción es social, pero la apropiación es individual. El sistema capitalista, en su etapa superior, el imperialismo, no puede ofrecer a la humanidad otra perspectiva que no sea el régimen dictatorial y la guerra, como un intento último para salir de su crisis crónica de estructura. Pretende ocultar, en determinados períodos, su régimen de dictadura burguesa, ejercido a través del Estado opresor, hablando en abstracto de la libertad, pero sus contradicciones lo llevan inevitablemente al fascismo.

IV

El rasgo más sobresaliente de este siglo es el carácter mundial que ha adquirido el proceso revolucionario. Todos los continentes han sido sacudidos por la historia y la relación de fuerzas entre las clases ha cambiado en un sentido desfavorable al imperialismo. Un tercio de la humanidad –más de mil millones de personas– ha salido de la órbita del capitalismo, y está construyendo el socialismo. El triunfo de la revolución en numerosos países atrasados ha demostrado que todas las naciones tienen condiciones objetivas suficientes para realizar la revolución socialista; que no hay proletariados “maduros e inmaduros”. Las luchas por la liberación nacional y la reforma agraria se han transformado, a través de un proceso de revolución permanente e ininterrumpida, en revoluciones sociales, demostrándose así que sin el derrocamiento de la burguesía no hay posibilidades efectivas de liberación nacional y reforma agraria integral, tareas democráticas que se combinan con medidas socialistas.

La revolución en los países coloniales y semicoloniales no ha resuelto aun los problemas básicos del socialismo. Mientras la revolución no triunfe en los países altamente industrializados siempre estará abierto el peligro de una guerra nuclear y no se podrá alcanzar la sociedad sin clases. El imperialismo no será derrotado con la mera competencia económica entre los regímenes sociales opuestos en un mundo formal de coexistencia pacífica, sino por medio de la revolución socialista en los propios bastiones del imperialismo.

V

Las condiciones objetivas están más que maduras para el derrocamiento del sistema capitalista. A pesar de ello, el reformismo y revisionismo siguen traicionando los intereses del proletariado. De ahí que la crisis de la humanidad se concretiza en la crisis de dirección mundial del proletariado. Sin embargo, el proceso revolucionario de las últimas décadas ha producido una crisis en los partidos políticos tradicionales de izquierda y han comenzado a surgir movimientos revolucionarios nuevos que abren la perspectiva histórica para la superación de la crisis de dirección del proletariado.

VI

Chile se ha convertido en un país semicolonial, de desarrollo capitalista atrasado, desigual y combinado. A pesar de su atraso, Chile no es un país agrario sino industrial y minero. En 150 años de desgobierno las castas dominantes han retrasado la agricultura, la minería y la industria, han entregado nuestras principales fuentes de producción al imperialismo, hipotecando la independencia nacional con pactos y compromisos internacionales; han convertido a Chile en uno de los países con más bajo promedio de vida, de más alta mortalidad infantil, de mayor analfabetismo, déficit alimenticio y habitacional. La trayectoria de las clases dominantes desde la declaración de nuestra Independencia en el siglo pasado hasta el presente, ha demostrado la incapacidad de la burguesía criolla y sus partidos para resolver las tareas democrático-burguesas que son, fundamentalmente, la liberación nacional, la reforma agraria, la liquidación de los vestigios semi-feudales. Rechazamos, por consiguiente, la “teoría de las etapas” que establece equivocadamente, que primero hay que esperar una etapa democrático-burguesa, dirigida por la burguesía industrial, antes de que el proletariado tome el poder.

Combatiremos toda concepción que aliente ilusiones en la “burguesía progresista” y practique la colaboración de clases. Sostenemos enfáticamente que la única clase capaz de realizar las tareas “democráticas” combinadas

con las socialistas, es el proletariado a la cabeza de los campesinos y de la clase media empobrecida.

VII

Las directivas burocráticas de los partidos tradicionales de la izquierda chilena defraudan las esperanzas de los trabajadores; en vez de luchar por el derrocamiento de la burguesía se limitan a plantear reformas al régimen capitalista, en el terreno de la colaboración de clases, engañan a los trabajadores con una danza electoral permanente, olvidando la acción directa y la tradición revolucionaria del proletariado chileno. Incluso, sostienen que se puede alcanzar el socialismo por la “vía pacífica y parlamentaria”, como si alguna vez en la historia las clases dominantes hubieran entregado voluntariamente el poder.

El MIR rechaza la teoría de la “vía pacífica” porque desarma políticamente al proletariado y por resultar inaplicable, ya que la propia burguesía es la que resistirá, incluso con la dictadura totalitaria y la guerra civil, antes de entregar pacíficamente el poder. Reafirmamos el principio marxista-leninista de que el único camino para derrocar el régimen capitalista es la insurrección popular armada.

VIII

Frente a estos hechos, hemos asumido la responsabilidad de fundar el MIR para unificar, por encima de todo sectarismo, a los grupos militantes revolucionarios que estén dispuestos a emprender rápida, pero seriamente, la preparación y organización de la Revolución Socialista Chilena.

El MIR se define como una organización marxista-leninista, que se rige por los principios del centralismo democrático.

*El MIR y la Unidad Popular en Chile**

Al dejar la clandestinidad después del triunfo electoral de Salvador Allende (que encabeza la Unidad Popular, coalición de los partidos de izquierda) el MIR se desarrolla considerablemente, a través de sus frentes de masas: el Movimiento Campesino Revolucionario, el Movimiento de los Pobladores (habitantes de los cinturones de miseria), el Frente de los Trabajadores Revolucionarios, etcétera. Junto con la izquierda de la Unidad Popular (un ala del partido socialista, una tendencia del MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), la Izquierda Cristiana, etcétera), tratará de disputar la hegemonía del movimiento obrero al Partido Comunista Chileno, sin lograrlo.

El texto que publicamos aquí es uno de las más característicos de este período: una polémica con el PC acerca de la estrategia de la lucha.

La práctica y la doctrina del MIR durante este período enriquecen mucho la experiencia y las tesis hasta entonces predominantes en la corriente castrista (guerrilla rural y urbana, etcétera).

El poder popular autónomo, independiente y alternativo al Estado burgués no es una fantasmagoría, sino una realidad y necesidad

El Secretario General del PC, Luis Corvalán, afirma en su carta a Carlos Altamirano:

Pero ocurre que quien está, como ya se ha dicho, bajo el fuego graneado del imperialismo y la oligarquía de los Jarpa y de los Frei, y a quien éstos quieren derrocar, no es el fantasmagórico Poder Popular Independiente del Gobierno de que habla el MIR y que solo existe en la cabeza calenturienta de sus dirigentes, sino al Gobierno del Presidente Allende.

Pensamos que la argumentación es falaz y pasamos a demostrarlo.

Lo que la gran burguesía y el imperialismo quieren es impedir que la clase obrera y las masas populares avancen con independencia de clase hacia la toma del poder político. Es en ese contexto que las clases reaccionarias y sus partidos se han planteado impedir que el Gobierno actual actúe como un verdadero Gobierno de los Trabajadores, abriendo paso, impulsando y apoyando la movilización y la lucha independiente de las masas. Por eso la burguesía

* “El MIR responde al Partido Comunista”, *Punto Final*, N° 178, 27 de febrero de 1973, Santiago de Chile.

impuso en octubre la salida del Gabinete UP-Generales, precisamente para colocar bajo custodia de una institución que es un “agente del Estado burgués”, en este caso “agente restaurador”, al gobierno. Por eso también el imperialismo y la burguesía buscan la derrota del gobierno bajo la forma de derrocamiento y claudicación. Y es por eso precisamente que la movilización creciente de las masas y su organización en órganos de poder, independientes y autónomos del *Estado Burgués*, es la única alternativa real para que la clase obrera y las masas populares puedan enfrentar con posibilidades de éxito a las fuerzas de la reacción burguesa. La burguesía ha comprendido perfectamente esto y por eso lucha por subordinar toda forma de organización independiente de las masas, de poder de las masas, al Estado burgués.

En esto encuentran el concurso del reformismo, el apoyo de la dirección del PC, que se opone a impulsar el desarrollo de formas de poder popular autónomas y contradictorias con el Estado burgués chileno.

Y entiéndase bien, estamos hablando de un poder obrero y popular, que se organiza desde abajo en forma autónoma e independiente, en contradicción y lucha con el Estado burgués y sus instituciones de dominación social y política. Se trata de un poder autónomo y alternativo al Estado burgués e independiente del gobierno actual. Esto no significa que ese poder tenga que ser necesariamente contradictorio con el gobierno. Eso depende exclusivamente del gobierno, de su capacidad para realizar y absorber o no, los intereses inmediatos y generales de los distintos sectores de la clase obrera, las masas y el pueblo. Más aun, se trata de que efectivamente el gobierno ayude a desarrollar ese poder popular que es el único factor de fuerza que le puede dar una estabilidad clasista, proletaria y popular. Que el gobierno apoye las luchas del pueblo, sea una palanca efectiva de sus movilizaciones, lucha y organización independiente, depende del carácter de clase y la fuerza de clase en que se afirme.

En verdad, el fondo de la polémica sobre el poder popular alternativo no está en las relaciones de éste con el gobierno, sino en la concepción de la dirección del PC sobre el actual período y las tareas del proletariado en la presente etapa de la lucha de clases.

Lo que ocurre es que la dirección del PC es contraria al desarrollo de un poder obrero y popular alternativo y autónomo, porque no se plantea para este período la toma del poder político por el proletariado, la sustitución revolucionaria del actual Estado, sino, como dice el senador Corvalán:

somos partidarios de llevar adelante el proceso revolucionario en los marcos del actual estado de derecho, sin perjuicio de irlo mejorando paulatinamente y somos firmes partidarios de la participación

de la clase obrera en la gestión del Gobierno, pero somos absolutamente contrarios a los planteamientos del MIR acerca de la creación de un poder popular como alternativa al Gobierno Popular, pues eso a nuestro juicio significa debilitar al Gobierno, cuando de lo que se trata es de fortalecerlo.

Es decir, la dirección del PC se plantea un largo período de luchas por reformas dentro del capitalismo, dentro del Estado de derecho burgués, a través de la acción parlamentaria, para llegar gradualmente al socialismo, tesis de la transición pacífica y electoral parlamentaria al socialismo. Esto es la esencia del reformismo de ayer, el de los Bernstein, Plejánov y Kautsky y del neorreformismo contemporáneo del PC chileno y de otros PC que siguen la misma política reformista de la dirección del PC chileno.

Es necesario señalar claramente que la dirección del PC se plantea una reforma del capitalismo y una democratización del actual Estado burgués, pero que no se plantea ni la toma del poder político, ni el socialismo en el actual período y en la actual etapa. Y no porque no haya condiciones. Marx y Lenin estudiaron los períodos en que era posible que el proletariado se planteara el cuestionamiento real del poder del Estado. Estos son los períodos de crisis de la sociedad, de crisis de la dominación burguesa y ascenso del movimiento de masas, período que hoy vivimos en Chile en su fase prerrevolucionaria.

La dirección del PC no debe ocultar sus ideas y propósitos. No debe seguir mistificando y deformando la realidad y la lucha ideológica afirmando que el poder popular que desarrollan las masas es necesaria e inevitablemente alternativo y contradictorio al gobierno actual. *Es alternativo al Estado burgués*, a ese Estado al que la dirección del PC no quiere combatir en sus raíces y al que no quiere que el Gobierno actual combata (por eso aceptaron la incorporación de los militares), Estado que solo se propone modernizar, democratizar, hacer más popular, sin que pierda su carácter burgués. Solo será contradictorio con el Gobierno si éste se opone a la lucha independiente del proletariado y el pueblo.

El Poder Popular alternativo y autónomo es parte de una estrategia proletaria alternativa a la estrategia del reformismo, que acepta mantener subordinadas a las masas a la democracia burguesa.

El Poder Popular alternativo y autónomo no es una fantasmagoría, ni existe solo en la "cabeza calenturienta" de algunos dirigentes. Ha surgido, se está desarrollando y se fortalecerá en el seno de las masas, aunque algunos dirigentes del PC quieran impedirlo o darle un carácter distinto. Y ello porque es el producto de una agudización de la lucha de clases, de un proceso progresivo y creciente de mayor autonomía ideológica, política, programática y organizativa de las masas.

Tan real es el Poder Popular Independiente que es una de las principales preocupaciones de la dirección del PC y que las masas que todavía reconocen conducción en el PC, y aun las bases de su propio partido, se les escapan y desarrollan una política contraria a la política oficial de la dirección del PC. La dirección del PC fue hasta el paro de octubre contraria a los Comandos y Consejos Comunales de trabajadores. Octubre les mostró que no podían ir contra la corriente de la lucha de clases. Entonces decidieron aceptar formalmente los Comandos y Consejos, pero anulándoles todo su contenido proletario al intentar convertirlos en instrumentos de lucha corporativa y de democratización del Estado nacional-burgués. Los Comandos y Consejos, el desarrollo del Poder Popular alternativo y autónomo, constituyen órganos fundamentales para abrir paso a la Revolución Proletaria [...]

La verdadera posición del MIR frente al gobierno

El senador Corvalán señala en la carta ya mencionada que “el MIR descalifica por completo al Gobierno actual”. Mientras ustedes [se refiere al PS] y nosotros [el PC] consideramos que trabaja por los cambios y quiere abrir paso al socialismo, el MIR sostiene que se propone la reafirmación del orden burgués. No es ése exactamente el pensamiento del MIR. Nosotros pensamos que hasta la constitución del Gabinete UP-generales, el Gobierno fue un gobierno predominantemente reformista de izquierda, que amplió las libertades democráticas en Chile y puso en práctica un limitado proyecto de reformas en beneficio de la clase obrera, y en ese sentido lo valoramos. Lo cual no significa que hayamos estado absolutamente de acuerdo con su práctica, ni con subordinar la lucha independiente del proletariado a la capacidad de acción del gobierno y a los límites políticos del Gobierno como objetivo último de la acción obrera. Muy por el contrario, valoramos la existencia de un gobierno de izquierda, en la medida en que sea realmente un instrumento y una palanca importante en la lucha de la clase obrera y las masas. Por eso criticamos la política reformista que con sus vacilaciones y falta de confianza en las masas, posteriormente llevó a buscar la solución a la crisis de octubre en la incorporación de algunos representantes del cuerpo de oficiales de las FFAA al Gabinete, iniciándose con ello un proceso gradual de reafirmación del orden burgués en el interior del Gobierno y aparato estatal.

La esencia de la política de la dirección del PC chileno: la alianza de las fuerzas populares con la "burguesía nacional"

La esencia de la política de la dirección del PC para el actual período fue definida por José Cademártori, miembro de la Comisión Política del PC, en un artículo aparecido en los números 11 y 12 de la *Revista de la Universidad Técnica*.

Cademártori señala que la dirección del PC considera que estamos en la primera etapa del proceso chileno de transición al socialismo y que la clave del éxito en esta primera etapa reside en lograr conseguir el concurso y el apoyo de la burguesía nacional (que para el PC está constituida por todos los sectores que estén fuera de las 49 o bien de las 91 empresas definidas para integrar el APS) al camino chileno de transición al socialismo.

Es decir, la dirección del PC plantea hoy día, frente al fracaso de su estrategia por la crisis de la economía y crisis por tanto de su modelo de acumulación de fuerzas que se basa en los éxitos económicos, una nueva alianza de clases. Una alianza de clases en que a la burguesía ya no solo se le garantizan sus intereses en forma subordinada, a través del programa, sino que se redefine la alianza social, la alianza de clases que sustenta el actual programa de la UP, dando un papel importante, un rol mayor a la burguesía nacional. Se entiende que esto debe traducirse en una incorporación orgánica de la burguesía a las alianzas bajo alguna forma y, por tanto, su incorporación también en los niveles de dirección del gobierno. Esta alianza plantea, según Cademártori, una redefinición de las relaciones entre la burguesía nacional y el proletariado que, de relaciones de lucha y oposición entre explotados y explotadores, se deben transformar en "relaciones de cooperación entre capital y trabajo asalariado". Se trata de convencer, según la dirección del PC, a la burguesía chilena que apoye la lucha del proletariado en el tránsito chileno al socialismo. Nosotros pensamos que lo que la dirección del PC busca en los hechos es más bien convencer al proletariado que colabore a la plena restauración del dominio burgués.

Así se hacen perfectamente comprensibles las afirmaciones recientes del secretario general del PC cuando señala: "Somos partidarios de llevar adelante el proceso revolucionario en los marcos del actual estado de derecho sin perjuicio de irlo mejorando paulatinamente". Es decir, la dirección del PC renuncia a impulsar la lucha anticapitalista y socialista del proletariado. En el actual período no se plantea como objetivo la conquista del poder político por el proletariado, sino la reforma del capitalismo, de los monopolios, el latifundio y la penetración imperialista en algunos sectores de la economía,

aceptándolo en otros y la democratización del Estado nacional burgués, a través de mejoras paulatinas que se irían introduciendo al edificio capitalista y explotador de la sociedad chilena.

Las razones que la dirección del PC da para impulsar esta política están en el conocido y falaz argumento de la concepción de la correlación de fuerzas internas (fundamentalmente electorales para la dirección del PC) para plantearse objetivos socialistas y no existiría tampoco la correlación de fuerzas internacionales para plantearse objetivos socialistas en un país que está en el traspaso colonial del imperialismo yanqui.

Pero lo contradictorio y paradójico es que la dirección del PC no plantea una política para quebrar esa correlación de fuerzas en el plano interno, salvo la de ganar la "batalla de la producción" y, a partir de la solución de los problemas económicos, ganarse a las masas y modificar la correlación de fuerzas. Este esquema ha fracasado. Pero se sigue insistiendo en él. *Como la dirección del PC ha visto que no puede ganar la batalla de la producción en una economía capitalista sin el concurso de la burguesía, ha decidido llamar en su auxilio a la "burguesía nacional".*

Pero la paradoja llega al extremo cuando se nos dice que no obstante que no hay fuerza para plantearse objetivos socialistas, es decir, el objetivo de la conquista del poder político en el período, se nos dice que se inició ya la primera fase de la transición al socialismo. Ésta se habría iniciado el 4 de septiembre de 1970, antes de que el proletariado y sus aliados hayan conquistado el poder político salvo, dice el PC, una parte del poder. Ahora se trataría de convencer a la burguesía nacional para que ayudara al proletariado a conquistar todo el poder.

El problema en verdad es otro. En Chile nunca ha habido ni se ha iniciado transición alguna del capitalismo al socialismo. Lo que ha ocurrido desde el 4 de septiembre del 70 a esta parte es una transición hacia un capitalismo de Estado, bajo la dirección de un gobierno reformista de izquierda. Lo que el PC plantea hoy día es revivir, bajo otra forma, su vieja tesis de la liberación nacional, de la burguesía nacional "progresista" y de la revolución por etapas. No otra cosa significa el frente amplio que Cademártori y la dirección del PC llaman a constituir entre el proletariado y la burguesía llamada "nacional y progresista". Todas las políticas económicas del PC han estado orientadas a ganarse la confianza de la "burguesía nacional". (Por eso la política de reajuste, por eso el proyecto sobre el ASP, etcétera.)

Secretariado Nacional del MIR.

Santiago, 10 de febrero de 1973

MIGUEL ENRÍQUEZ
*Las causas de la derrota**

Miguel Enríquez (1944-1974), secretario general y principal teórico del MIR, era uno de los representantes más notables de la nueva generación de revolucionarios marxistas en el continente. Estudiante en la Universidad de Concepción, pertenece, con Bautista van Schowen y Luciano Cruz, al grupo que tomará la dirección del Movimiento en diciembre de 1967. Cae en octubre de 1974, durante un combate contra las fuerzas militar-policíacas de la Junta chilena. Este texto es uno de sus últimos documentos: una entrevista con el semanario francés Rouge (trotskista) acerca del balance de la trágica experiencia de la Unidad Popular y las perspectivas de la resistencia al régimen militar instaurado por el golpe de septiembre de 1973.

—¿Cuál es la reacción del MIR frente a las acusaciones —principalmente del Partido Comunista— en cuanto a su responsabilidad en la caída de la Unidad Popular? Esta acusación fue también utilizada por la prensa burguesa “democrática” en Europa.

—En realidad, estas acusaciones vienen fundamentalmente de dos sectores: el reformismo de izquierda y los burgueses. Nosotros sabemos que algunas personalidades de otros tantos partidos comunistas europeos se han dedicado a expandir la afirmación de que la caída del gobierno de la Unidad Popular se debió a la “impaciencia”, al “ultraizquierdismo” y a la “precipitación” del MIR. De esta manera tratan de salvar históricamente al reformismo y a su política, del fracaso en Chile, con el fin de ensayar lo mismo en otros países. Las acusaciones tienen como fundamento las frustraciones de la Unidad Popular, al no haber podido lograr una alianza con el Partido Demócrata Cristiano chileno. Nosotros vamos a responder lo más brevemente posible dada la magnitud del tema.

El gobierno de la Unidad Popular fue un gobierno pequeñoburgués de izquierda, cuyo eje se formó en la alianza del reformismo obrero con el reformismo pequeñoburgués.

La política que desarrolló en el curso de sus tres años fue reformista y se caracterizó por su sumisión al orden burgués y por su tentativa de concretar un proyecto de colaboración de clases.

* “Entrevista a Miguel Enríquez”, Correo de la resistencia, boletín del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile en el exterior, N° 1, junio de 1974, pp. 29-38.

El reformismo no apreció el carácter que asumió el período de su gobierno, lo que hizo imposible que desarrollara con éxito su proyecto de colaboración de clases. El sistema de dominación capitalista entró en crisis. El movimiento de masas cuyas movilizaciones y actividad iban aumentando después de 1967, había entrado en ebullición con la llegada de la UP al gobierno. En el curso de estos tres años había multiplicado sus movilizaciones, desarrollando sus niveles de organización y de conciencia, mucho más allá de todo lo que antes se había visto en Chile.

En ese mismo momento, y en parte como consecuencia de ello, la crisis interburguesa continuó profundizándose. Fue eso lo que confundió al reformismo que, percibiendo que la lucha interburguesa se hacía cada vez más aguda, pretendió sellar una alianza con una de las fracciones en lucha. No comprendió que, si bien la lucha interburguesa aumentaba, las fracciones burguesas se daban cuenta, desde el comienzo, que el aumento del movimiento de masas, por su carácter, iba mucho más lejos que las tímidas reformas que la UP se proponía y que amenazaban el sistema de dominación capitalista vigente. El conjunto de la clase dominante asumió desde el principio la defensa de dicho sistema y la lucha dirigida a derrocar el gobierno de la Unidad Popular. El aumento y la polarización de la lucha de clases cerró históricamente toda posibilidad de éxito para su proyecto de colaboración de clases.

Siempre detrás de este ilusorio proyecto de colaboración de clases, la UP, bajo la ilusión de haber conquistado el poder, impulsó una política económica que funcionó fundamentalmente sobre el consumo y no sobre la propiedad de los medios de producción. La redistribución drástica del ingreso hizo aumentar el consumo, a partir del cual aumentó la producción sobre la base de la utilización de la capacidad instalada, la que se agotó a mediados del 72.

La Unidad Popular también trabajó sobre los medios de producción pero de una manera limitada: nacionalizó la gran minería del cobre y la banca y se propuso integrar al área social solamente 91 grandes empresas industriales –que eran en realidad entre 500 y 800–, olvidando explícitamente todas las grandes empresas de construcción y de distribución. En el campo, a lo largo de 1971, se limitó a la expropiación de un poco más de 1.000 fundos, que aumentaron más tarde a 1.300, pero solo fueron fundos que tenían una superficie superior a 80 hectáreas de riego básico, y sobre las cuales los latifundistas tenían un derecho a reserva de 40 hectáreas, que podían ser escogidas entre las mejores tierras. Por otra parte, esto les permitió olvidar explícitamente las grandes empresas agrícolas, cuya extensión era entre 40 y 80 hectáreas, que producían en 1973 cerca del 50% de toda la producción agrícola de Chile. De 4.500 que había en 1970, subieron a 9.000 en 1973.

Sobre el plano político, su proyecto de colaboración de clases se expresó no solo en su subordinación a la institucionalidad burguesa sino también a la legalidad en los momentos en que la clase dominante controlaba poderosas instituciones del aparato del Estado: el parlamento, el poder judicial, la contraloría, la mayoría de los cuerpos de oficiales de las Fuerzas Armadas, etcétera, a partir de las cuales, en los hechos, gobernó a Chile. Todas estas concesiones y vacilaciones no fueron gratuitas ni indiferentes al movimiento de masas, única fuente posible de fuerza real del gobierno.

Todas estas concesiones –olvidar las grandes empresas, prometer a los norteamericanos el pago de la deuda externa, legitimar a la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, etcétera– fortificaron a la clase dominante, que apoyada por el bloqueo del crédito norteamericano logró mantener en sus manos –gracias a estas concesiones– enormes cantidades de poder y de riqueza, que no dudó en descargar con furor empresarial sobre el gobierno, la clase obrera y el pueblo; sabotando la producción a partir de las empresas que ella conservaba en sus manos, acaparando, especulando, creando el mercado negro y favoreciendo la inflación, acentuando la presión militar, etcétera.

Además, todas estas concesiones fueron hechas hiriendo y golpeando los intereses de los sectores populares. Mientras, dejaba intactas las grandes empresas industriales, agrícolas, de construcción, de distribución, etcétera, cerraba el paso a la lucha de los trabajadores; no apoyando las movilizaciones directas de la clase obrera, combatiéndolas e incluso haciendo acciones represivas contra ella; atacando todo trabajo político en el seno de las Fuerzas Armadas. A la vez que esto fragmentó a la izquierda, dividió y confundió a los trabajadores que veían al gobierno como un instrumento para sus luchas.

En el terreno político, el reformismo favoreció a la vía parlamentaria y los ensayos frustrados de alianza con el Partido Demócrata Cristiano. Además cada vez que esta alianza se frustraba, el reformismo no se apoyaba en las masas, sino que se refugiaba en el aparato del Estado constituyendo gabinetes cívico-militares, aumentando así, al interior del Estado, el peso de la institucionalidad y, en particular, de la alta oficialidad reaccionaria de las Fuerzas Armadas.

Pero empecinado en sus vacilaciones, el reformismo debió ceder frente a las presiones del movimiento de masas. Su amplia base de apoyo popular, el carácter masivo y decidido de las movilizaciones directas del pueblo, obligaron al gobierno a poner bajo su control más de 300 grandes empresas, derribaron la fortaleza de la burguesía agraria con las tomas de fundos de 40 a 60 hectáreas, y motivaron la ocupación de numerosas empresas de construcción, de viñas y de algunas firmas distribuidoras. Pero estas concesiones

del reformismo a los trabajadores, que primero fueron combatidas y luego reprimidas (expulsión de campesinos de los fundos, desalojos de obreros de las fábricas, etcétera), fueron limitadas y desordenadas. De esta manera, el gobierno primero cedió frente a la presión del movimiento de masas, para luego negarle su apoyo y abandonarlo, lo que fragmentó, dispersó y confundió a las masas.

A pesar de todo, la legitimación del gobierno de estas conquistas del movimiento de masas despertó la cólera de la clase dominante. Fue así como el gobierno se sometió al orden burgués; y buscando sellar una alianza con una fracción burguesa, hizo todo tipo de concesiones a la institucionalidad y a la clase dominante, e hirió de esta manera los intereses de la clase obrera y el pueblo, creando en él la confusión.

La clase dominante jamás perdió de vista el carácter revolucionario y anticapitalista que asumió el movimiento de masas. Arremetió contra el gobierno desde el principio a pesar de las promesas y limitaciones que el proyecto reformista les ofrecía.

De esta manera, el gobierno de la Unidad Popular no tuvo la fuerza que le habría dado una alianza con una fracción burguesa, reforzó a la clase dominante y debilitó y dispersó su verdadera fuente de poder: el movimiento de masas.

Estos problemas se vieron multiplicados después de la tentativa fracasada del golpe de Estado del 29 de junio, y la amenaza subsecuente del nuevo golpe. El gobierno no tomó medidas contra los verdaderos conspiradores, no cambió a los oficiales superiores, solo detuvo a quienes estaban directamente implicados.

El movimiento de masas, dirigido por la clase obrera, desarrolló altos niveles de organización y conciencia. Ocupó cientos de fábricas, se organizó en cordones industriales (semejantes a los consejos obreros) y en comandos comunales, que reagrupaban a obreros, campesinos, pobladores y estudiantes; logrando, incluso, desarrollar masivamente formas materiales y orgánicas de autodefensa.

La clase dominante utilizó una doble táctica: por una parte, reforzó su ofensiva a través del paro de los camioneros, de atentados, de acusaciones a los ministros en el parlamento, del bloqueo de la contraloría y de las declaraciones de los presidentes del Senado y la cámara de Diputados; y por la otra, permitió que una minoría del PDC –bien intencionada, pero sin fuerza– abriera un diálogo con el gobierno, exigiéndole primero concesiones, luego un consenso, más tarde la capitulación y finalmente la renuncia.

Bajo la ilusión de este diálogo, el gobierno comenzó su capitulación, comprometiendo así su suerte en el curso de la semana: constituyó el gabinete

del diálogo, enseguida un gabinete cívico-militar. Golpeó al movimiento obrero, devolviendo a los patrones decenas de industrias que habían sido tomadas recientemente por los trabajadores. Combatió el poder popular (los cordones y los comandos), dio curso a acciones represivas, aquí y allá, desalojando a los obreros de las industrias ocupadas, deteniendo en las calles a los obreros de algunos cordones y poblaciones. Combatió furiosamente a la izquierda revolucionaria, acusándola de subversiva y permitió decenas de allanamientos militares en fábricas y fundos en búsqueda de armas. En algunos de estos allanamientos se torturó salvajemente a obreros y campesinos, como fue el caso de Nehuentúe, en la provincia de Cautín, y en la Industria Sumar en Santiago. Se tomaron medidas legales contra los marineros de la Escuadra que preparaban medidas de autodefensa en caso de un golpe militar, con lo que el gobierno apoyó las torturas brutales que los oficiales de la Marina ejercieron sobre los marineros, permitiendo, a su vez, la persecución legal del procurador de la Marina contra los secretarios generales del PS, del MIR y del MAPU.

Con estas acciones, el gobierno reforzó la ofensiva de la clase dominante y de la alta oficialidad reaccionaria; frustró, confundió y desarticuló la tropa antigolpista de las Fuerzas Armadas y dividió a la izquierda, abriendo el camino al golpe de Estado.

Aquí está la responsabilidad de la política reformista. Y éste es un hecho que muchos han tratado de esconder o de oscurecer. Muchos de estos cuadros y militantes reformistas, afrontaron más tarde heroicamente a la dictadura; otros se asilaron y el resto hoy está en Chile, haciendo frente a la represión gorila.

Durante los tres últimos años, nosotros hemos alertado a los trabajadores y a la izquierda de la catástrofe hacia la cual la política reformista los arrastraba; y hemos hecho, frente a las masas y como partido, todo lo que nosotros podíamos hacer para evitarla.

Las masas no fueron “ultraizquierdistas” cuando multiplicaron sus movilizaciones en defensa de sus intereses. Continuaron su marcha –después de llevar a la UP al gobierno– por el único camino que la historia les ofrecía. No fueron las masas las que impidieron la alianza entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, sino la lucha de clases en un país subdesarrollado y dependiente como Chile.

La clase obrera y el pueblo solo pueden constituirse en fuerza social –como lo fueron al llevar a la UP al gobierno– en la medida en que como clase realicen sus intereses. Y esto, objetivamente, en Chile capitalista, no puede ni podrá obtenerse sino atacando los intereses de clase dominante, una de cuyas fracciones –con el PDC como representante político– lo comprendió también.

La clase dominante asumió desde el comienzo la defensa del sistema capitalista, la lucha contra los avances de los trabajadores y la destrucción de lo que ellos habían creado: el gobierno de la Unidad Popular.

Las masas no se equivocaron avanzando, como la historia no se equivoca. Ni el PDC –partido burgués– fue alejado por la extrema izquierda. Lo que arrastró a Chile hacia la catástrofe gorila que vivimos hoy día, fue la política reformista, que sistemáticamente golpeó, frustró y finalmente destruyó la fuerza social que la había llevado al gobierno y su fuente fundamental de fuerza, la clase obrera y el pueblo.

Nosotros no hemos sido “impacientes” ni “ultraizquierdistas”. Nosotros dirigimos, en la medida de nuestras fuerzas, la marcha histórica de los trabajadores contra la clase dominante y el sistema capitalista, en las fábricas, en los fundos, en los liceos y universidades, y en los cuarteles. Pero no fuimos capaces de arrebatarle al reformismo la conducción del movimiento de masas. Ésa fue nuestra debilidad y nuestra falla, ninguna otra.

Hoy día nos quedamos en Chile para reorganizar el movimiento de masas, buscando la unidad de toda la izquierda y de todos los sectores dispuestos a combatir la dictadura gorila, preparando una larga guerra revolucionaria, a través de la cual la dictadura gorila será derrotada, para luego conquistar el poder para los trabajadores e instaurar un gobierno de obreros y campesinos.

–¿Estas acusaciones significan la voluntad, el deseo de aislar al MIR del resto de la izquierda?

–No es ésta la polémica central hoy en Chile. Nuestro objetivo es obtener la unidad de toda la izquierda. Pero lo que ha ocurrido en Chile es una lección para todos los pueblos del mundo. Raras veces el desastre provocado por la política reformista ha sido tan evidente. Los ataques que algunos personajes y partidos europeos nos lanzan, nos obligan a responder y hacer que la verdad se imponga por encima de la desfiguración de los hechos.

–¿Cuál es la posición del MIR en cuanto al acercamiento, a nivel de direcciones, con el PS, el PC, el MAPU, la IC, etcétera...?

–Creo que ya lo hemos explicado. Fundamentalmente, el sentido de estas acusaciones es ocultar la responsabilidad histórica del reformismo, borrar su derrota en Chile y tratar de nuevo de aplicar su política en otras partes. Nosotros respondemos aclarando la realidad de los hechos, ya que tergiversando lo que ha ocurrido, impiden a los pueblos del mundo la posibilidad de extraer las lecciones que la experiencia chilena ofrece, para evitar los errores cometidos en Chile.

No es el socialismo ni la política revolucionaria lo que ha fracasado en Chile, sino una débil e ilusoria tentativa reformista.

Es necesario que el reformismo asuma su responsabilidad histórica y no busque más disculpas entre los revolucionarios. Al mismo tiempo, la experiencia y condiciones exigen hoy en Chile la unidad de todas las fuerzas de izquierda y de todos los sectores dispuestos a luchar contra la dictadura, en el seno de un frente político de la resistencia.

Estamos en contacto con todas las fuerzas de izquierda y otras en Chile. El paso que hemos dado al lanzar al exterior un llamado conjunto de toda la izquierda es un avance importante en la unidad de todas las fuerzas de la izquierda y ha sido bastante útil aquí en Chile.

—¿Cuál es la posición del MIR frente a la alianza táctica con todos los demócratas (alianza denominada “frente amplio”), en tanto que significa un peligro inminente de una restauración del sistema burgués?

—Nosotros impulsamos la unidad de todas las fuerzas dispuestas, en la práctica, a luchar contra la dictadura, en el seno de un frente político de la resistencia, como ya hemos mencionado. En este frente, nosotros creemos que deben entrar todas las organizaciones de izquierda de la ex-UP, nosotros, y también una parte del PDC, la “progresista” o “pequeñoburguesa democrática” que antes y después del golpe, se pronunció abiertamente contra él.

La base fundamental de la lucha contra la dictadura será la clase obrera y el pueblo. Como consecuencia de su experiencia reciente, una experiencia trágica de dictadura burguesa, según la forma de democracia representativa, es muy difícil creer que los trabajadores la acepten otra vez.

El otro sector del PDC, llamado “democrático” por algunos, fue dirigido por Frei, y apoyó sin condiciones las agresiones de la clase dominante contra los trabajadores y el gobierno, incitó y preparó las condiciones del golpe militar. Hay que recordar las declaraciones de Frei exigiendo los allanamientos para buscar armas, la declaración del congreso sobre la ilegitimidad del gobierno, etcétera.

Reconoció y aplaudió el golpe militar, inmediatamente después y también posteriormente. Asimismo participa en la dictadura gorila, aportando técnicos, un ministro y algunos subsecretarios de Estado. A pesar de que a través de la prensa y algunos grupos de presión reclama tímidamente la moderación de la Junta en su política represiva y económica. Lo hace cuidadosamente a fin de acumular fuerza en su lucha contra la fracción burguesa hegemónica, para participar en la mayor medida posible de la riqueza y el poder que el Estado controla en Chile, como es la renta del cobre, las exenciones fiscales, créditos del Estado, etcétera...

Trata, como los anteriores movimientos populistas, de colocar detrás de él al grueso de la población golpeada por la política de la Junta, buscando sumar también el apoyo popular del reformismo, para caerle encima cuando haya tomado el poder.

Con ese sector ni la clase obrera, ni el pueblo, ni los revolucionarios pueden hacer una alianza que decapite su programa y sus métodos de lucha, pero sí pueden aprovechar las grietas abiertas por la lucha interburguesa intensificada.

—En caso de que haya un vacío de nivel directivo en el PC y el PS, ¿cómo analiza el MIR el acercamiento revolucionario a las bases y cómo piensa asumir la dirección del movimiento revolucionario?

—La conducción de la lucha contra la dictadura gorila no se gana por decreto o por declaraciones. Ella será conquistada en la lucha misma. La lucha contra la dictadura gorila no es, fundamentalmente, una lucha de partidos políticos contra la dictadura, es la lucha de la clase obrera y de todo el pueblo contra un sector del cuerpo de oficiales de las Fuerzas Armadas. Es por esto, que a fin de organizar a todos los sectores del pueblo dispuestos a combatir la dictadura, sean o no militantes de partido, impulsamos en la base —y con cierto éxito— la constitución de un movimiento de resistencia popular contra la dictadura gorila, mediante la formación de comités en cada fábrica, fundo, población, liceo, universidad, repartición pública, etcétera.

—¿Cómo concilia tácticamente el acercamiento con los sectores democráticos y el desarrollo de la lucha armada en el Sur? ¿Cuál es el grado de organización del movimiento armado en este momento? ¿En qué plazo piensa que se puede desarrollar paralelamente la reorganización de los sindicatos y de los frentes de masas?

—Solo serán parte de la resistencia, evidentemente, los sectores dispuestos a impulsar o apoyar en la práctica la lucha en todos los terrenos contra la dictadura. En consecuencia, los problemas de conciliación de tácticas no deberían ser fundamentales. La reorganización del movimiento de masas se desarrolla progresivamente desde hace algunos meses. Lo que dirigirá la lucha armada en Chile será fundamentalmente aquello que evite el aislamiento de las vanguardias de las masas, aquello que incorpore progresivamente a la clase obrera y al pueblo a formas de lucha armada. A partir del movimiento de resistencia popular, surgirá el Ejército Revolucionario del Pueblo, única fuerza capaz de enfrentar al ejército gorila y derrocar la dictadura.

—¿El fracaso del proceso chileno podría ser, a su juicio, el fin de los partidos tradicionales?

–El fracaso en Chile de un proyecto reformista debería tener como consecuencia, al menos en nuestro país, el fin del predominio de las ilusiones reformistas en el seno de la clase obrera y el pueblo. Pero el reformismo, como proyecto político, no desaparece como consecuencia de una derrota. Será la experiencia adquirida por los trabajadores y los militantes de izquierda –y la que venga de la lucha misma– orientada por una táctica y una estrategia revolucionarias, la que deberá desterrar al reformismo de la conducción de las masas.

–¿Un nuevo sistema de comunicaciones, podría poner fin al aislamiento de la izquierda chilena y permitiría crear un frente común contra el imperialismo?

–Pienso que desde el punto de vista de su aislamiento del resto del mundo, es la dictadura gorila la que está más aislada. La clase obrera, el pueblo y la izquierda chilena han recibido y reciben un apoyo enorme de los países socialistas, de Cuba revolucionaria y de los sectores revolucionarios y progresistas del mundo.

Los revolucionarios del Cono Sur de América Latina han constituido una Junta coordinadora entre el ERP de Argentina, el MLN-Tupamaros de Uruguay, el ELN de Bolivia y el MIR de Chile, que no solamente quiebra todo aislamiento posible, sino que significa un enorme progreso para la lucha revolucionaria. En todo caso, cualquier iniciativa que contribuya a unir y a reforzar la lucha contra el imperialismo y por la revolución, será siempre considerada como positiva por nosotros.

*La Junta de Coordinación Revolucionaria**

En 1972, durante un encuentro entre dirigentes del MIR, de los Tupamaros y del PRT argentino, Miguel Enríquez propone la creación de una organización internacionalista –un “pequeño Zimmerwald”, según sus propias palabras– entre los tres grupos revolucionarios. Esta proposición es aceptada y pronto el ELN boliviano se unirá a la iniciativa. Después de un período de consolidación de los lazos establecidos, se proclama a inicios de 1974 la formación de la Junta de Coordinación Revolucionaria, compuesta de las cuatro organizaciones, con vocación de ensanchamiento más allá del cono sur del continente. Contrariamente a la OLAS, la JCR no es una iniciativa de la dirección cubana, aun si existen lazos fraternales: la constitución de la JCR significa cierta autonomía del guevarismo latinoamericano con respecto a Cuba.

Es el camino de Vietnam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

CHE GUEVARA, Mensaje a la Tricontinental

El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) de Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) de Chile, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de Argentina firman la presente declaración para hacer conocer a los obreros, a los campesinos pobres, a los pobres de la ciudad, a los estudiantes e intelectuales, a los aborígenes, a los millones de trabajadores explotados de nuestra sufrida patria latinoamericana, su decisión de unirse en una Junta de Coordinación Revolucionaria.

Este importante paso es producto de una sentida necesidad, de la necesidad de cohesionar a nuestros pueblos en el terreno de la organización, de unificar las fuerzas revolucionarias frente al enemigo imperialista, de librar con mayor eficacia la lucha política e ideológica contra el nacionalismo burgués y el reformismo.

* “A los pueblos de América Latina, declaración constitutiva de la JCR”, *Che Guevara*, órgano de la JCR, N° 1, noviembre de 1974.

Este importante paso es la concreción de una de las principales ideas estratégicas del Comandante Che Guevara, héroe, símbolo y precursor de la revolución socialista continental. Es también significativo paso que tiende a retomar la tradición fraternal de nuestros pueblos que supieron hermanarse y luchar como un solo hombre contra los opresores del siglo pasado, los colonialistas españoles.

Nuestra lucha es antiimperialista

Los pueblos del mundo viven la amenaza permanente del imperialismo más agresivo y rapaz que jamás haya existido antes. Han presenciado, no con indiferencia, el genocidio organizado y dirigido por el imperialismo yanqui contra el heroico pueblo vietnamita. En esta guerra desigual, cuyas llamas aun no se extinguen, se ha mostrado de cuerpo entero el carácter guerrerrista y alevoso del imperialismo del norte. Pero en esta guerra, una vez más y por contrapartida, se ha demostrado la debilidad de su sistema y aun todo su poderío militar frente a un pueblo dispuesto a luchar y decidido a ser libre a cualquier precio.

Los pueblos latinoamericanos, desde el siglo pasado hasta nuestros días, soportan el pesado yugo colonial o neocolonial de los imperialistas, han sufrido consecutivamente intervenciones militares y guerras injustas ejecutadas o fomentadas, bien por el ejército norteamericano, bien por los monopolios supranacionales.

Y ahí está el despojo de México, la ocupación de Puerto Rico, la intervención en Santo Domingo, y está Playa Girón y muchos hechos bélicos que nuestra América no olvida y no perdonará jamás.

Y está la Shell, la Esso o la Standar Oil, la United Fruit, la ITT, los dineros de Mr. Rockefeller y Mr. Ford. Y está la CIA que con Papy Shelton, Mitrión, Siracusa, dejó huellas indelebles de la política avasalladora y prepotente de los EE.UU. contra el movimiento popular en Latinoamérica.

Latinoamérica marcha hacia el socialismo

El 1 de enero de 1959, con el triunfo de la revolución cubana, se inicia la marcha final de los pueblos latinoamericanos hacia el socialismo, hacia la verdadera independencia nacional, hacia la felicidad colectiva de los pueblos.

Es la justa y abierta rebelión de los explotados de América Latina contra un bárbaro sistema neocolonial capitalista impuesto desde fines del siglo pasado por el imperialismo yanqui y europeo, que con la fuerza, el engaño y la corrupción se adueñaron de nuestro continente. Las cobardes burguesías criollas

y sus ejércitos no supieron hacer honor al legado revolucionario liberacionista de la gloriosa lucha anticolonial de nuestros pueblos, que, conducidos por héroes como Bolívar, San Martín, Artigas y tantos otros, conquistaron la independencia, la igualdad y la libertad.

Las clases dirigentes, defendiendo mezquinos intereses de grupo, se unieron a los imperialistas, colaboraron con ellos, facilitaron su penetración económica, entregando progresivamente el control de nuestra economía a la voracidad insaciable del capital extranjero. La dominación económica engendró el control y la subordinación política y cultural. Así, se fundó el sistema capitalista neocolonial que viene explotando, oprimiendo y deformando desde hace cien años a las clases trabajadoras de nuestro continente.

Desde principios del siglo la clase obrera comenzó a alzarse contra ese sistema, desplegando la entonces poco conocida bandera del socialismo, unida indisolublemente a la bandera de la independencia nacional, promoviendo el despertar de los campesinos, de los estudiantes, de todo lo sano y revolucionario de nuestros pueblos. El Anarquismo, el Socialismo y el Comunismo como movimientos organizados de la clase obrera vanguardizaron con energía y heroísmo la movilización de amplias masas, jalones imborrables de lucha revolucionaria. El legendario líder nicaragüense Augusto César Sandino, obrero metalúrgico, dirigió en su pequeño país una de las más heroicas de esas batallas, cuando su ejército guerrillero tuvo en jaque y derrotó a las tropas intervencionistas norteamericanas en 1932. Fue en esa década del 30 cuando nuestros pueblos desarrollaron en todo el continente un formidable auge de masas que puso en jaque la dominación neocolonial homogeneizada por el imperialismo yanqui, enemigo número uno de todos los pueblos del mundo.

Pero esa formidable movilización revolucionaria de masas no fue coronada por la victoria. La activa intervención contrarrevolucionaria política y militar, directa e indirecta del imperialismo yanqui, unida a las deficiencias del anarquismo, de las corrientes socialistas y los Partidos Comunistas, fueron las causas de una derrota temporal. La mayoría de los Partidos Comunistas, los más conscientes, consecuentes y organizados de ese período, cayeron en el reformismo. Algunos de ellos como el heroico y aguerrido Partido Comunista Salvadoreño sufrieron crueles derrotas con decenas y miles de mártires. Por ello, el impetuoso auge de las masas se desvió de su camino revolucionario y cayó bajo la influencia y dirección del nacionalismo burgués, vía muerta de la revolución, recurso inteligente y demagógico que encontraron las clases dirigentes para prolongar con el engaño la vigencia del sistema capitalista neocolonial.

A partir del formidable triunfo del pueblo cubano, que bajo la hábil y clarividente conducción de Fidel Castro y un grupo de dirigentes marxistas-leninistas logró derrotar al ejército batistiano y establecer en la isla de Cuba, en las mismas barbas del imperialismo, el Primer Estado Socialista Latinoamericano, los pueblos del continente vieron fortalecida su fe revolucionaria e iniciaron una nueva y profunda movilización de conjunto.

Con aciertos y errores nuestros pueblos y sus vanguardias se lanzaron con decisión a la lucha antiimperialista por el socialismo. La década del 60 vio sucederse en forma ininterrumpida grandes luchas populares, violentos combates guerrilleros, poderosas insurrecciones de masas. La guerra de abril, insurrección general del pueblo dominicano, obligó a la intervención directa del imperialismo yanqui que debió enviar 30.000 soldados para sofocar con la masacre ese magnífico levantamiento.

La legendaria figura del Comandante Ernesto Guevara personificó, simbolizó todo ese período de lucha, y su muerte heroica, así como su vida ejemplar y su clara concepción estratégica marxista-leninista, abre e ilumina el nuevo auge revolucionario de nuestros pueblos que crece día a día en poderío y consistencia, parte de las fábricas, de los pueblos, del campo y de las ciudades y se despliega incontenible por todo el continente.

Es el definitivo despertar de nuestros pueblos que pone en pie millones y millones de trabajadores y que se encamina inexorablemente hacia la segunda independencia, hacia la definitiva liberación nacional y social, hacia la definitiva eliminación del injusto sistema capitalista y el establecimiento del socialismo revolucionario.

La lucha por la dirección del movimiento de masas

Pero el camino revolucionario no es fácil ni sencillo. No solamente debemos enfrentar la bárbara fuerza económica y militar del imperialismo. Enemigos y peligros más sutiles acechan a cada momento a las fuerzas revolucionarias, a sus esfuerzos por librar con efectividad, victoriosamente, la lucha antiimperialista.

Hoy día, dada la particular situación del proceso revolucionario continental, debemos referirnos específicamente a dos corrientes de pensamiento y acción, que conspiran poderosamente contra los esfuerzos revolucionarios de los latinoamericanos. Ellos son, un enemigo: el nacionalismo burgués y una concepción errónea en el campo popular: el reformismo.

Ambos, a veces estrechamente unidos, intentan encaramarse en el auge revolucionario de nuestros pueblos, lograr su dirección e imponer sus concepciones erróneas e interesadas, que indefectiblemente terminarán por detener

y castrar el impulso revolucionario. Por ello adquiere una dimensión estratégica la intransigente lucha ideológica y política que los revolucionarios debemos librar contra esas corrientes, imponernos a ellas, ganar así la dirección de las más amplias masas, para dotar a nuestros pueblos de una consecuente dirección revolucionaria que nos conduzca con constancia, inteligencia y efectividad hacia la victoria final.

El nacionalismo burgués es una corriente apadrinada por el imperialismo que se apoya en ella como variante demagógica para distraer y desviar la lucha de los pueblos cuando la violencia contrarrevolucionaria pierde eficacia. Su núcleo social está constituido por la burguesía pro-imperialista o un embrión de ella, que pretende enriquecerse sin medida, disputando con la oligarquía y burguesía tradicional los favores del imperialismo mediante el truco de presentarse como bomberos del incendio revolucionario, con influencia popular y capacidad de negociación ante la movilización de las masas. En su política del engaño esgrimen un antiimperialismo verbal e intentan confundir a las masas con su tesis nacionalista preferida: la tercera posición. Pero en realidad no son antiimperialistas sino que se allanan incluso a nuevas y más sutiles formas de penetración económica extranjera.

El reformismo es en cambio una corriente que anida en el propio seno del pueblo trabajador, reflejando el temor al enfrentamiento de sectores pequeñoburgueses y de la aristocracia obrera. Se caracteriza por rechazar cerradamente en los hechos la justa y necesaria violencia revolucionaria como método fundamental de lucha por el poder, abandonando así la concepción marxista de la lucha de clases. El reformismo difunde entre las masas nocivas ideas pacifistas y liberales, embellece a la burguesía nacional y a los ejércitos contrarrevolucionarios, con quienes constantemente busca aliarse, exagera la importancia de la legalidad y del parlamentarismo. Uno de sus argumentos preferidos, de que es necesario evitar la violencia y relacionarse con la burguesía y los “militares patriotas” en busca de una vía pacífica que ahorre derramamientos de sangre a las masas en su camino hacia el socialismo, es rotunda y dolorosamente refutado por los hechos. Allí donde el reformismo impuso su política conciliadora y pacifista las clases enemigas y sus ejércitos ejecutaron las más grandes masacres contra el pueblo. La cercanía de la experiencia chilena con más de 20.000 hombres y mujeres trabajadores asesinados nos exime de mayores comentarios.

Frente al nacionalismo burgués, el reformismo y otras corrientes de menor importancia, en constante lucha ideológica y política con ellas, se alza el polo armado, el polo revolucionario que día a día se consolida en el seno de las masas, aumentando su influencia, mejorando su capacidad política y militar,

convirtiéndose cada vez más en una opción real hacia la independencia nacional y el socialismo.

Precisamente para contribuir al fortalecimiento de ese polo revolucionario a escala continental, las cuatro organizaciones firmantes de esta declaración, hemos decidido constituir la presente Junta de Coordinación Revolucionaria en torno a la cual y a cada una de sus organizaciones nacionales, llamamos a organizarse y a combatir juntos, a toda la vanguardia revolucionaria obrera y popular de Latinoamérica. Esto significa naturalmente que las puertas de esta Junta de Coordinación están abiertas para las organizaciones revolucionarias en los distintos países latinoamericanos.

La experiencia de nuestras organizaciones

El MLN Tupamaros, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), en el curso de su lucha patriótica y revolucionaria, han ido comprendiendo la necesidad de unirse, han ido afirmando por propia experiencia su concepción internacionalista, comprendiendo que al enemigo imperialista y capitalista que está unido y organizado debemos oponerle la más férrea y estrecha unidad de nuestros pueblos.

Vinculados por la similitud de nuestras luchas y nuestra línea, las cuatro organizaciones hemos establecido primero vínculos fraternales, y en un proceso hemos pasado a un intercambio de experiencias, a la mutua colaboración cada vez más activa, hasta dar hoy este paso decisivo que acelera la coordinación y colaboración que sin ninguna duda redundará en una mayor efectividad práctica en la encarnizada lucha que nuestros pueblos libran contra el feroz enemigo común.

El mayor desarrollo de nuestras organizaciones, el fortalecimiento de su concepción y práctica internacionalistas, permitirá un mayor aprovechamiento de las potencialidades de nuestros pueblos hasta erigir una poderosa fuerza revolucionaria capaz de derrotar definitivamente a la reacción imperialista-capitalista, aniquilar a los ejércitos contrarrevolucionarios, expulsar al imperialismo yanqui y europeo del suelo latinoamericano, país por país, e iniciar la construcción del socialismo en cada uno de nuestros países, para llegar el día de mañana a la más completa unidad latinoamericana.

Lograr ese sagrado objetivo no será fácil, la crueldad y fuerza del imperialismo hará necesarios, como lo vislumbrara el Comandante Guevara, desarrollar una cruenta y prolongada guerra revolucionaria que hará del continente latinoamericano el segundo o tercer Vietnam del mundo.

Más, siguiendo el glorioso ejemplo del heroico pueblo vietnamita, los trabajadores latinoamericanos sabremos combatir sin desmayos, con creciente eficacia, desplegando en toda su intensidad, las imbatibles energías de las masas y aplastar al imperialismo yanqui y sus agentes conquistando así nuestra felicidad y contribuyendo poderosamente a la destrucción definitiva del enemigo principal de la clase obrera internacional, del socialismo, de todos los pueblos del mundo.

Nuestro programa

Nos une la comprensión de que no hay otra estrategia viable en América Latina que la estrategia de guerra revolucionaria. Que esa guerra revolucionaria es un complejo proceso de lucha de masas, armado y no armado, pacífico y violento, donde todas las formas de lucha se desarrollan armónicamente convergiendo en torno al eje de la lucha armada. Que para el desarrollo victorioso de todo el proceso de guerra revolucionaria es necesario movilizar a todo el pueblo bajo la dirección del proletariado revolucionario. Que la dirección proletaria de la guerra se ejerce por un partido de combate marxista-leninista, de carácter proletario, capaz de centralizar y dirigir, uniendo en un solo, potente haz, todos los aspectos de la lucha popular, garantizando una dirección estratégica justa. Que bajo la dirección del Partido Proletario es necesario estructurar un poderoso ejército popular, núcleo de acero de las fuerzas revolucionarias, que desarrollándose de lo pequeño a lo grande, íntimamente unido a las masas y alimentado por ellas, se erija en impenetrable muro donde se estrellen todos los intentos militares de los reaccionarios, y esté en condiciones materiales de asegurar el aniquilamiento total de los ejércitos contrarrevolucionarios. Que es necesario construir asimismo un amplio frente obrero y popular de masas que movilice a todo el pueblo progresista y revolucionario, a los distintos partidos populares, a los sindicatos y demás organizaciones similares, en una palabra, a las más amplias masas cuya lucha corre paralela, convergiendo a cada momento y estratégicamente con el accionar militar del ejército popular y el accionar político clandestino del partido proletario.

La respuesta debe ser clara, y no otra que la lucha armada como el principal factor de polarización, agitación y, en fin, de la derrota del enemigo, la única posibilidad de triunfo. Esto no quiere decir que no se utilicen todas las formas de organización y lucha posibles: la legal y clandestina, la pacífica y violenta, económica y política, convergiendo todas ellas con mayor eficacia en la LUCHA ARMADA, de acuerdo a las particularidades de cada región y país.

El carácter continental de la lucha está signado, en lo fundamental, por la presencia de un enemigo común. El imperialismo norteamericano desarrolla una estrategia internacional para detener la Revolución Socialista en Latinoamérica. No es casual la imposición de regímenes fascistas en los países donde el movimiento de masas en ascenso amenaza la estabilidad del poder de las oligarquías. A la estrategia internacional del imperialismo corresponde la estrategia continental de los revolucionarios.

El camino por transitar en esta lucha no es corto. La burguesía internacional está dispuesta a impedir, por cualquier medio, la Revolución, así se planteara en un solo país. Ella posee todos los medios oficiales y oficiosos, bélicos o de difusión, para utilizarlos contra el pueblo. Por eso nuestra guerra revolucionaria es de desgaste del enemigo en sus primeras fases, hasta formar un ejército popular que supere en fuerza a los del enemigo. Este proceso es paulatino, pero es, paradójicamente, la senda más corta y menos costosa para alcanzar los objetivos estratégicos de las clases postergadas.

Pueblo latinoamericano: a las armas

Vivimos momentos decisivos de nuestra historia. En esa conciencia, el MLN Tupamaros, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), llaman a los trabajadores explotados latinoamericanos, a la clase obrera, a los campesinos pobres, los pobres de la ciudad, los estudiantes e intelectuales, los cristianos revolucionarios y a todos aquellos elementos provenientes de las clases explotadoras, dispuestos a colaborar con la Justa causa popular, a tomar con decisión las armas, a incorporarse activamente a la lucha revolucionaria antiimperialista y por el socialismo que ya se está librando en nuestro continente bajo la bandera y el ejemplo del Comandante Guevara.

Victoria o muerte [ELN]

Patria o muerte/Venceremos [MIR]

A vencer o morir por la Argentina [ERP]

Libertad o muerte [MLN, Tupamaros]

Junta de Coordinación Revolucionaria

CARLOS FONSECA AMADOR
*El Frente Sandinista en Nicaragua**

Carlos Fonseca Amador (1936-1976) fue uno de los personajes más significativos de la joven generación marxista nacida bajo la estrella de la revolución cubana. Siendo estudiante, se adhirió al Partido Socialista Nicaragüense (comunista), pero pronto lo abandonó para buscar una vía más radical. En 1959, poco después del triunfo de la revolución en Cuba, toma el camino de la guerrilla y cae herido de gravedad durante un combate contra las tropas de Somoza. En 1962, es uno de los fundadores del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que trata de volver a tomar la antorcha de la guerrilla campesina de Sandino contra el imperialismo norteamericano y sus agentes nicaragüenses. Convertido en principal dirigente e ideólogo del FSLN, cae en 1976, asesinado por la Guardia Nacional somocista.

Publicamos aquí algunos extractos de un texto de 1969, que presenta dos características importantes, que no siempre se encuentran en la corriente castrista: una crítica explícita del pasado y del presente del movimiento comunista tradicional y una afirmación clara del carácter simultáneamente democrático y socialista de la revolución en Nicaragua.

Desde 1926 hasta 1936 el pueblo de Nicaragua vivió uno de los períodos más intensos de su historia. Más de 20 mil muertos produjo la lucha armada, mediante la cual el pueblo buscó un cambio. Fue una lucha que se inició contra el gobierno conservador impuesto por los norteamericanos, pasó por la resistencia sandinista y concluyó con el golpe militar de Anastasio Somoza a Juan B. Sacasa.

La lucha se desarrolló sin existir un proletariado industrial. La incipiente burguesía traicionó al pueblo nicaragüense y se entregó a la intervención yanqui. La burguesía no pudo ser relevada de inmediato de la vanguardia de la lucha popular por un proletariado revolucionario. La resistencia sandinista, que se convirtió en la heroica vanguardia del pueblo, presentaba una composición casi absoluta campesina y precisamente en este detalle reside la gloria y la tragedia de aquel movimiento revolucionario. Fue una gloria para el pueblo de Nicaragua que la clase más humilde respondiera por el mancillado honor de la patria y al mismo tiempo fue una tragedia porque se trataba de un campesinado sin nivel político alguno. Además, hubo jefes de importantes

* Carlos Fonseca Amador, "Nicaragua hora H", *Tricontinental*, N° 14, La Habana. septiembre-octubre de 1969, pp. 32-33, 40-41.

columnas guerrilleras que no conocían una letra. Esto condujo a que una vez asesinado Sandino su movimiento no pudiera tener continuidad.

La prolongada lucha armada, que finalizó en traición y frustración, provocó un agotamiento de la fuerza popular. El sector encabezado por Anastasio Somoza logró la hegemonía sobre el partido liberal tradicional mientras la oposición al gobierno de Somoza pasaba a ser dominada por el partido conservador tradicional, fuerza política reaccionaria profundamente debilitada debido a que en los años 30 estaba fresca en la memoria del pueblo la entrega por parte de ese partido a los intervencionistas yanquis.

Un factor importante que contribuyó también seriamente a interrumpir la lucha antiimperialista fue la situación que se originó al estallar la segunda guerra mundial, la cual concentró el foco de la reacción mundial en Europa y Asia. El imperialismo yanqui, enemigo tradicional del pueblo de Nicaragua, se convirtió en un aliado del frente mundial antifascista. La falta de una dirección revolucionaria en Nicaragua impidió que esta realidad fuera interpretada correctamente, y Somoza se aprovechó de la situación para consolidar el dominio de su camarilla.

Surgimiento del viejo sector marxista

Durante largos años, la influencia del sector marxista en la oposición al régimen de Somoza fue extremadamente débil. La oposición antisomocista estuvo bajo la hegemonía casi total del sector conservador, fuerza política representante de los intereses de un sector de la clase capitalista. Una de las causas que contribuyeron a la debilidad del sector marxista se originó en las condiciones en que fue constituido el Partido Socialista Nicaragüense (organización comunista tradicional de Nicaragua). Esa organización nació en junio de 1944, cuando aun no había concluido la segunda guerra mundial y en una época en que estaba en pleno vigor la tesis de Earl Browder, secretario del Partido Comunista de Estados Unidos, quien propugnó la conciliación con la clase capitalista y con el imperialismo norteamericano en América Latina.

En aquellos años, el movimiento obrero nicaragüense estaba integrado básicamente por artesanos y esto fue una base para incurrir en desviaciones antiobreras. Paralelamente, la dirección misma del Partido Socialista era de origen artesanal y no de raíces proletarias, como demagógicamente se afirma en el Partido Socialista Nicaragüense. Se trataba de una dirección que padecía de un bajísimo nivel ideológico.

Durante muchos años, en Nicaragua el intelectual revolucionario fue una rara excepción. Los intelectuales radicales y librepensadores de los años de la intervención armada de Estados Unidos, que como clase representaban

a la burguesía que terminó claudicando, no pudieron ser relevados por intelectuales identificados con la clase obrera, en virtud de las razones expuestas anteriormente. En consecuencia, en Nicaragua el movimiento intelectual pasó a ser el monopolio de un elemento católico, que durante un período llegó incluso a identificarse abiertamente con el fascismo. De ese modo, permaneció cerrada para el movimiento revolucionario la puerta del pensamiento.

El Partido Socialista Nicaragüense nació en un mitin cuyo objetivo era proclamar el apoyo al gobierno de Somoza. Esto aconteció el 3 de julio de 1944 en el gimnasio de Managua y para ser rigurosamente objetivos es necesario explicar este gravísimo error no como producto de la simple mala fe de los dirigentes, sino tomando en cuenta los factores que lo propiciaron. La dirección marxista no guardó la debida serenidad ante la hegemonía que el sector conservador tenía sobre el movimiento antisomocista; no supo distinguir entre la justeza de la oposición antisomocista y las maniobras del sector conservador.

Una vez que Somoza utilizó a su favor al sector seudomarxista, desató una persecución contra el movimiento obrero que, debido a las condiciones de comodidad en que había nacido, no supo defenderse con la firmeza propia de los revolucionarios. [...]

El Frente Sandinista de Liberación Nacional considera que en la actualidad y durante un cierto tiempo se atravesará en Nicaragua por una etapa en que una fuerza política radical va adquiriendo su fisonomía. Por consiguiente, en el momento actual se hace necesario que planteemos con gran énfasis que nuestro magno objetivo es la revolución socialista, una revolución que se propone derrotar al imperialismo yanqui, a sus agentes locales, a los falsos opositores y a los falsos revolucionarios. Esta propaganda, con el respaldo consecuente de la acción armada, permitirá al Frente ganarse el apoyo de un sector de las masas populares que sea consciente de toda la profundidad de la lucha que realizamos.

La fuerza que representan los partidos capitalistas por la influencia que todavía ejercen en la oposición es necesario que se tenga en cuenta para trazar la estrategia del movimiento revolucionario. Hay que estar alerta contra el peligro de que la insurrección revolucionaria sirva de escalera a la fuerza reaccionaria de la oposición al régimen somocista. La meta del movimiento revolucionario es doble. Por un lado, derrocar a la camarilla criminal y traidora que durante largos años usurpa el poder y, por otro, impedir que la fuerza capitalista de la oposición, de probada sumisión al imperialismo yanqui, aproveche la situación que desencadena la lucha guerrillera, y atrape el control del poder. En la tarea de salirles al paso a las fuerzas capitalistas traidoras ha de desempeñar

un papel singular, una fuerza revolucionaria, política y militar con arraigo en un amplio sector del pueblo. Tal arraigo depende de la capacidad que se tenga para extirpar de ese sector la influencia liberal y conservadora.

De acuerdo con la actitud que asuma el conjunto del pueblo ante los viejos partidos que hoy tienen una dirección capitalista, determinaremos la política a seguir más adelante respecto a esos partidos.

En cuanto a la situación del Partido Socialista Nicaragüense, puede afirmarse que los cambios que ha habido en la dirección de esa organización política son únicamente de forma. La antigua dirección se hace ilusiones respecto al sector conservador y clama por la construcción de un frente político en que estos contumaces agentes del imperialismo ocupen su lugar. La llamada nueva dirección justifica actualmente haber patrocinado la farsa electoral de 1967 apoyando la candidatura pseudo opositora del político conservador Fernando Agüero. Igual que la vieja dirección, la llamada "nueva dirección" no cesa de hablar de lucha armada, mientras en la práctica concentra sus energías en el trabajo leguleyesco.

Los planteamientos anteriores no están en contradicción con la posibilidad de desarrollar cierta unidad del sector antisomocista en general. Pero se trata de una unidad por la base, con los sectores más honestos de las diversas tendencias antisomocistas. Esto se posibilita aun más en razón del aumento de prestigio del Frente Sandinista de Liberación Nacional y del creciente desprestigio que se suma al fraccionamiento de la dirección de los partidos capitalistas y similares.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional comprende todo lo duro que es el camino guerrillero. Pero no está dispuesto a retroceder. Sabemos que nos enfrentamos a una sanguinaria fuerza armada reaccionaria como la Guardia Nacional, la feroz GN, que conserva intactas las prácticas de crueldad que le inculcaron sus creadores, los infantes de marina de Estados Unidos. Bombardeos de aldeas, degollamientos de niños, violación de mujeres, incendio de chozas con campesinos en su interior, la mutilación como tortura, ésas fueron las asignaturas que los profesores norteamericanos de civilización impartieron a la GN en el período de la resistencia guerrillera (1927-1932) que encabezó Augusto César Sandino.

La frustración que siguió al período de la resistencia sandinista no ha de repetirse hoy. Ahora los tiempos son otros. Los días actuales no son como aquellos en que Sandino y sus hermanos guerrilleros se batían solitarios contra el imperio yanqui. Hoy los revolucionarios de todos los países sojuzgados se lanzan o se preparan para librar la batalla contra el imperio del dólar. Cúspide de esa batalla es el indómito Vietnam, que con su ejemplo de heroísmo rechaza la agresión de las bestias rubias [...]

Cumpliremos fielmente nuestro juramento:

“Ante la imagen de Augusto César Sandino y Ernesto Che Guevara, ante el recuerdo de los héroes y mártires de Nicaragua, América Latina y la Humanidad entera, ante la historia. Pongo mi mano sobre la bandera roja y negra que significa ‘Patria Libre o Morir’, y juro defender con las armas en la mano el decoro nacional y combatir por la redención de los oprimidos y explotados de Nicaragua y del mundo. Si cumplo este juramento, la liberación de Nicaragua y de todos los pueblos será un premio; si traiciono este juramento, la muerte oprobiosa y la ignominia serán mi castigo”.

*Comunicado del Frente Sandinista de Nicaragua**

El Frente Sandinista de Liberación Nacional se había dividido en 1975 en tres tendencias: 1) la tendencia proletaria, que insistía en la importancia de la implantación en el seno de la clase obrera, en calidad de fuerza social hegemónica, de la lucha revolucionaria contra el régimen de Somoza; 2) la tendencia guerra popular prolongada, y 3) la tendencia insurreccional (mayoritaria en el Frente). En diciembre de 1978, en vísperas del movimiento insurreccional popular, las tres tendencias se unificaron en una plataforma común que publicamos aquí.

Hermanos nicaragüenses:

El FSLN-GPP, el FSLN-PROLETARIO, y el Estado Mayor de la Resistencia Urbana-FSLN-INSURRECCIONAL, hemos decidido unir nuestras fuerzas políticas y militares para garantizar que la lucha heroica de nuestro pueblo no sea burlada por las maniobras del imperialismo yanqui y los sectores vende patria de la burguesía local. Uniremos nuestras fuerzas para impulsar la lucha armada revolucionaria hasta que la Dictadura Militar Somocista sea definitivamente derrocada y se instaure en nuestra patria un régimen auténticamente democrático que garantice la soberanía nacional y el progreso socioeconómico de nuestro pueblo trabajador. La Unidad Sandinista, que hoy nos comprometemos a reforzar cada día más, será la indiscutible garantía de la victoria popular.

Todas las fuerzas revolucionarias del Frente Sandinista unidas en nuestra ineludible voluntad de conquistar junto a nuestro pueblo un futuro de libertad y progreso social, declaramos:

1. Que rechazamos la mediación imperialista que no es más que una burda maniobra intervencionista mediante la cual el imperialismo yanqui trata de burlar las aspiraciones revolucionarias del pueblo de Nicaragua implantando un gobierno reaccionario y sometido a sus designios, un somocismo sin Somoza. Advertimos que nos opondremos intransigentemente a la intervención imperialista levantando contra ella los fusiles revolucionarios.
2. Que ante la claudicación cobarde de cualquier sector de la oposición burguesa, el Frente Sandinista continuará la guerra revolucionaria en defensa de la libertad de nuestro pueblo y la soberanía de nuestra patria.

*

Comunicado del FSLN al Pueblo de Nicaragua, 9 de diciembre de 1978.

El plebiscito propuesto por la Comisión Mediadora no es más que una artimaña que conduce al pacto y a la traición. El derrocamiento de la dictadura por la vía revolucionaria y la disolución de la Guardia Nacional son las condiciones indispensables para una verdadera democracia. Por estos objetivos lucharemos hasta el fin con las armas en la mano.

3. Que apoyamos decididamente una solución patriótica, nacional y democrática a la crisis que vive el país y que sufren principalmente las masas trabajadoras. Por esta razón respaldamos las reivindicaciones planteadas en el programa del MPU y consideramos que constituyen las bases mínimas para enrumbar al país por un camino de paz y progreso. Hacemos un llamado a todas las fuerzas democráticas, a todos los que rechazan la intromisión del imperialismo yanqui en nuestros asuntos internos, a todos los nicaragüenses honestos y patrióticos, a fortalecer el MPU y forjar la unidad de toda la nación en contra de la dictadura somocista y en defensa de nuestra soberanía nacional.

¡Viva la Unidad Sandinista!

¡¡Fortalezcamos al MPU!!

¡¡¡Construyamos la Unidad Nacional!!!

¡Desarrollemos la lucha guerrillera y marchemos hacia la insurrección!

¡¡¡Por el derrocamiento revolucionario de la dictadura!!!

Patria Libre o Morir

Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)
Tendencia Guerra Popular Prolongada

Comisión Política del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)
Tendencia Proletaria

Estado Mayor de la Resistencia Urbana del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) Tendencia Insurreccional

En algún lugar de Nicaragua, 9 de diciembre de 1978.

*El programa sandinista para los campesinos de Nicaragua**

Algunas semanas después del triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, Jaime Wheelock, nuevo ministro de la Reforma Agraria, otorgó una entrevista al periódico trotskista Perspectiva Mundial, en la cual desarrolla un breve análisis de la estructura agraria del país y presenta el programa agrario del nuevo régimen. Jaime Wheelock fue de 1975 a 1978 uno de los principales dirigentes de la tendencia proletaria del FSLN, que preconizaba una estrategia de revolución socialista y antiimperialista para Nicaragua.

—Para empezar quizás puedas describir un poco la estructura de la producción agrícola bajo la dictadura durante los últimos años.

—Desde el punto de vista del destino de la producción y de la tecnología, aquí nosotros teníamos dos tipos de producción básica. La producción interna de grano básico y de ganadería digamos ociosa, y la producción destinada a la exportación. La mayor parte de esta producción se manejaba en virtud de relaciones de producción mediante las cuales los trabajadores permanecían la mayor parte del tiempo ociosos, es decir, son cultivos estacionales. Y al mismo tiempo, la producción ésta era destinada a llenar fundamentalmente las necesidades de una capa muy reducida de propietarios, o sea prácticas latifundarias [sic] de la tierra.

El algodón, hay unas 300 mil manzanas de algodón; el café, unas 150 mil manzanas; ganadería intensiva unas 200 mil reses para carne y una buena parte también para leche; producción de azúcar, había unas veintitantas mil manzanas controladas por dos familias, Somoza y Pelas. Y luego el tabaco y el arroz, controlados fundamentalmente por el somocismo. Al mismo tiempo que encontramos una producción para el consumo interno, encontramos también un sector altamente latifundario y capitalista y un sector llamémosle de campesinos pobres y de campesinos medios.

Prácticamente del 40% al 60% de estas tierras cultivables estaban controladas por la familia Somoza. Y si sumamos a los somocistas, se puede elevar esta cifra a un 70%. El resto, quizás había unos 60 mil campesinos con poca tierra y como 100 mil campesinos que estaban trabajando en una forma mixta, viviendo del trabajo asalariado, trabajo mixto, trabajo asalariado y trabajo campesino pobre.

* “La reforma agraria en marcha: el programa sandinista para los campesinos de Nicaragua”, *Perspectiva Mundial*, vol. 3, Nº 16, 3 de septiembre de 1979.

Claro está que muchos trabajadores, inclusive campesinos medios con unidades familiares, tienen o tenían que, en las paltas o maduras de la cosecha, dedicarse a la siembra o bien al corte. Solamente en el caso del algodón, había más de 250 mil trabajadores agrícolas en el momento maduro. En el caso del café se requieren como 150 mil hombres en el período también alto. En el caso del azúcar, como unos 15 mil trabajadores. O sea todo esto es una masa proletaria, pero una masa proletaria estacional, flotante.

Entonces, ¿qué es lo que había ocurrido? Que la práctica capitalista de explotación extensiva, y al mismo tiempo las prácticas extensivas ociosas de la vieja oligarquía, fueron desplazando a los pequeños productores, a los pequeños campesinos. Y en el caso, por ejemplo, de la producción capitalista de Chinandega tenemos que casi toda la tierra está cubierta por haciendas azucareras, algodonerías o por producción de banana, y la masa campesina ha sido desplazada de su tierra. Tiene vidas miserables en el medio del campo, o sea ese fenómeno que hay en las ciudades, de marginalidad, de barrios marginales. Eso se da en el campo. Eso es increíble, vos te encontrás con vidas marginales en el *campo*, como que si alguien los hubiera desplazado hacia fuera de la ciudad digamos, pero no, eso es un fenómeno distinto, es una reducción, un ahogamiento por la tierra.

En el caso de las ciudades se ha dado un fenómeno contrario. Algunos de los campesinos que han sido desplazados se ubican en las ciudades, en la periferia, y hacen los barrios marginales. Otros campesinos del sector de Chinandega estaban casi en el mar, o sea los van desplazando hasta casi echarlos al mar, viviendo de la pesca.

—¿Cuáles medidas están ustedes tomando para resolver este terrible problema?

—Aquí en Nicaragua nosotros tenemos distintos tipos de situación agrícola. Tenemos a los campesinos pobres de los departamentos del norte, donde no hay caminos, no hay infraestructura y la tierra, a pesar de que no es una necesidad urgente, a pesar de que hay cierta disponibilidad de tierra, esas tierras son improductivas. Allí nosotros queremos hacer un programa de ensanchamiento del área territorial de los campesinos combinada con asistencia técnica y de trabajo de infraestructura.

Por otro lado, aquí en el sector del Valle de Managua, Masaya y Carazo, donde tenemos la vieja comunidad indígena y campesina, que fue siendo ahogada también por la distensión latifundaria, tenemos unifundismo productor de granos pero bastante fuerte, bastante numeroso, una capa fuerte de unifundismo en el centro del país. Entonces nosotros queremos resolver allí el problema de la tierra entregando tierra a los campesinos. Tanto en el norte como en el caso de aquí vamos a entregar tierras.

Pero en otros sectores, por ejemplo en el caso de León, de Chinandega, de Rivas, nosotros no queremos entregar tierras. No vamos a hacer otra cosa que construir grandes empresas estatales que sean al mismo tiempo la base de impulso del desarrollo económico y social de la zona, y una base para la profundización de este proceso. O sea que queremos en algunos de los casos resolver el problema del campesino pobre sin tierras, con tierras; en otros casos vamos a resolver el problema del trabajador agrícola incorporándolo a la producción y dándole trabajo estable durante todo el año y grandes beneficios sociales y económicos. Y en el caso en el que encontramos sistemas de producción con resabio indígena, vamos a entregarle al indígena la tierra, pero no como para productor individual sino como para la colectividad indígena. Una cantidad suficiente para que ellos puedan desarrollar su vida y su producción.

—¿Qué tipo de administración está planeada para este tipo de grandes empresas estatales?

—Yo te decía antes del problema de desarrollo económico y social. Nosotros vamos allí a establecer unas grandes empresas, una sociedad de producción en la que los trabajadores van a participar en la gestión y en las decisiones fundamentales de la empresa. Pero también una buena parte del producto de cada empresa se va a integrar al desarrollo social, educación, salud, vivienda, etcétera, de esos trabajadores y de toda la región.

Por ejemplo en el caso de Rivas, allí tenemos un gran ingenio que se llama Dolores. Es un ingenio que tiene una gran producción. Con la producción de ese ingenio, probablemente nosotros vamos a resolver la carencia de hospitales en todo el departamento de Rivas. Y eso los trabajadores lo tienen que saber. Esa es la conciencia que nosotros le queremos infundir al trabajador. Que sepan que fueron ellos con su producción los que le han resuelto el problema hospitalario a todo el departamento de Rivas, a pesar de que también nosotros a ellos, a esos trabajadores, los vamos a dotar de vivienda, los vamos a dotar de programas de educación, de programas de alfabetización, y al mismo tiempo los vamos a incorporar socialmente como hombres a la producción y a las decisiones, de la empresa y de toda la sociedad.

—Hubo un artículo en Barricada de unos días atrás que reportó que unos campesinos, creo que en León, demandaban armas para defender su nueva situación. ¿Se está estimulando este proceso de milicias campesinas?

—Sí. De hecho, ya hay milicias campesinas, se forjaron durante la guerra. Dentro de nuestro ejército hay una buena composición del campesinado.

—Otra pregunta, relacionada con el papel de los campesinos en la lucha contra Somoza, en la insurrección.

—Mira, el campesinado desde hace muchos años participa directamente en la lucha por la democracia y por la libertad, por el progreso en Nicaragua.

Esto viene desde los tiempos del general Sandino. Los campesinos fueron la fuerza numérica más importante de esa lucha de liberación nacional. Pero en esta nueva etapa también, los primeros núcleos del Frente Sandinista crecen en las montañas bajo el apoyo del campesino, y el campesinado ha sido aquí la capa social más golpeada por la represión.

Basta recordar como un ejemplo, porque hay muchos más, basta recordar la represión brutal, la escalada represiva que lanzó Somoza en el año 75-76 y 77 contra los campesinos en el norte. Hubo poblaciones como el Barial, Sofana, Boca de Lulu, todo eso, que fue totalmente desbaratado. Barial dejó de existir. Fueron miles de campesinos los sacrificados por las bandas somocistas. Y sin embargo el campesinado estuvo siempre en una actividad combativa y patriótica.

Entonces nosotros tenemos un gran compromiso con el campesino. Además, el campesino es promotor de esta revolución y él es el primer beneficiado de esta revolución. Y claro; también tendrá que trabajar por consolidar su revolución.

EGP DE GUATEMALA

*La revolución y los indígenas**

A fines de los años sesenta concluyó con la derrota un largo período de lucha guerrillera en Guatemala, con la destrucción de las principales columnas de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y del MR-13 (Movimiento Revolucionario 13 de Junio) y la muerte de sus principales dirigentes (Turcios Lima, Yon Sosa). En 1973, algunos sobrevivientes de estos dos grupos se unen para constituir el EGP, Ejército Guerrillero de los Pobres, que se transforma en pocos años en la principal organización revolucionaria del país. Progresivamente surgen otros grupos político-militares; las FAR reconstituidas y la ORPA (Organización Revolucionaria del Pueblo Armado); las tres organizaciones armadas han recientemente constituido una Coordinación Unitaria, que incluye también a la izquierda del PGT (Partido Guatemalteco del Trabajo: el partido comunista tradicional). Paralelamente se ha desarrollado un proceso de movilización popular, bajo la dirección del CENUS (Consejo Nacional de Unidad Sindical) y del Frente Democrático contra la Represión, en el cual están organizados los principales sindicatos obreros, asociaciones campesinas, de maestros, estudiantes, etcétera; el Frente Democrático se solidariza con los objetivos por los que luchan las organizaciones político-militares.

Publicamos aquí unos pasajes del Manifiesto del EGP de octubre de 1979, que se refieren a la cuestión indígena en Guatemala. Ya en los años sesenta un dirigente de las FAR, Ricardo Ramírez, en su importante libro Cartas del frente guatemalteco, había subrayado la importancia de los indígenas para el proceso revolucionario. El EGP retoma esta temática y señala la necesidad de una solución socialista-revolucionaria al problema.

El problema étnico-nacional y la revolución

Con todo y lo que hay en común estructural y geopolíticamente con los países centroamericanos, Guatemala tiene una peculiaridad que la distingue del resto. Un factor que sin determinar cambios esenciales en la dinámica del proceso social, de lucha de clases y de lucha revolucionaria, introduce un elemento distintivo, que es a la vez una necesidad adicional de transformación revolucionaria en nuestro país.

Se trata del problema nacional-étnico. En Guatemala la mayoría de la población, el 60% de su totalidad, pertenece a 22 grupos minorías étnicas,

* “EGP de Guatemala”, Manifiesto Internacional, octubre de 1979, pp. 27-29, 35-36.

indígenas que en conjunto constituyen la mayoría de los guatemaltecos, la mayoría de los dueños de la Patria.

Este 60 por ciento de los guatemaltecos ha permanecido marginado, discriminado y oprimido desde el tiempo de la colonia a los días presentes. En ellos se sintetiza el máximo de la opresión y el máximo de la explotación, pues también son ellos los que aportan la mayor parte de la mano de obra barata y forman la mayor proporción del semiproletariado.

En algunas regiones han sido relegados a los lugares más alejados, inhóspitos y pobres, de tal manera que a ellos no llegan ni las ventajas ni las desventajas de los servicios, del poder estatal, y de las instituciones de las clases dominantes. También son grandes los problemas de comunicación, de contacto y de intercambio económico, social y cultural.

En estas condiciones no es dable hablar en Guatemala de la existencia de una nacionalidad integrada. Los opresores de los indígenas guatemaltecos, los de antes y los de ahora, creyeron erróneamente que la servidumbre, la explotación o la marginación quebrantarían el espíritu de resistencia de los pueblos maya-quiché y que sus rasgos sociales y culturales desaparecerían con el tiempo y serían finalmente absorbidos y digeridos por el sistema. Profundo y fatal error; esas condiciones han acumulado y fortalecido los factores de identidad propia de los pueblos indígenas, y la acumulación de su sorda rebeldía ha venido aumentando, de tal manera que ahora su magnitud no solo ya no puede ser ignorada como factor catalítico, sino que se ha convertido, además, en un elemento decisivo para el futuro de nuestro país.

Las minorías étnicas guatemaltecas no pueden dirigir y construir libremente su desarrollo cultural, no pueden gozar de su legítimo derecho a participar en la conducción de la Patria y de participar en la configuración de su fisonomía social y cultural, en un país donde el sistema de producción y el desarrollo está determinado por las leyes de la explotación de clases y de la opresión de razas y culturas.

Por estas razones ningún cambio parcial que se opere en la sociedad guatemalteca, o en su régimen, eliminará estas diferencias que hacen de la mayoría de la población guatemalteca una masa subyugada. La historia ha comprobado que el capitalismo no puede resolver estos problemas, porque su propia dinámica de dominación de clases lo conduce a incorporar a sus mecanismos la opresión nacional. La liberación verdadera y total de los grupos nacionales y oprimidos es imposible de llevar a cabo en el cuadro de una sociedad dividida en clases, explotadoras y explotadas.

Solo en el socialismo, que elimina las fronteras de la explotación y de la división de clases, podrán los indígenas guatemaltecos formar parte

de la comunidad nacional y cultural sin perder su identidad, pues entonces el factor que cohesione las partes componentes de la nacionalidad guatemalteca será un interés común, y no el dominio de unos sobre otros. La comunidad de los guatemaltecos no estará determinada por el sometimiento de todos a un mismo destino desigual, sino que estará determinada por la convivencia común de un mismo destino conjunto, en una mecánica de recíproca comunicación, interacción e interinfluencia. Solo en estas condiciones podremos hablar de la nación guatemalteca. Y este imperativo social constituye, junto con la lucha de clases, el impulso esencial de la revolución guatemalteca. [...]

- No podrá haber en Guatemala un triunfo revolucionario si éste no logra transformaciones en las estructuras y en las instituciones que reflejen básicamente las necesidades y los intereses concretos e históricos de la clase obrera y los demás sectores populares de Guatemala.
- No podrá haber triunfo revolucionario en Guatemala si éste no conlleva la desaparición de la opresión étnico-cultural, la incorporación de los pueblos indígenas a la plenitud de los derechos económicos, políticos y sociales, y a la constitución de un marco de convivencia nacional sin desigualdades, común y conjunto con la población mestiza.
- El desenvolvimiento histórico y económico-social de nuestro país, la conjunción de factores arcaicos y modernos, en el marco de la actual coyuntura mundial, determinan un entrelazamiento de las tareas revolucionarias, democráticas y socialistas, imposible de deslindar y de desligar como conjunto. La revolución guatemalteca deberá abordar esa problemática global. De esto deriva su contenido.
- La ubicación geopolítica de Guatemala y el actual grado de desarrollo del campo socialista, explica y determina que el triunfo revolucionario en Guatemala abra una fase de obligada transición, entre un sistema y otro, del capitalismo al socialismo, que persistirá en tanto que el socialismo, como sistema global, no logre una correlación de fuerzas decisiva en su favor.
- La liquidación del status de país dependiente del imperialismo y la instauración de un poder popular revolucionario constituyen las bases iniciales de ese período de transición.

COORDINADORA REVOLUCIONARIA DE MASAS DE EL SALVADOR

*Programa del Gobierno Democrático Revolucionario**

En los años 1979-80 conoce El Salvador una intensificación y agudización de los enfrentamientos de clase; el cambio del régimen militar del general Romero por una Junta Cívico-Militar en el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979 no ha modificado la situación de crisis prerrevolucionaria. A principios de 1980 se produjo un acercamiento entre las principales organizaciones populares: los tres grupos guerrilleros (EPL Farabundo Martí, Resistencia Nacional, ERP) y el Partido Comunista de El Salvador. En febrero del mismo año se produce un acuerdo entre los frentes de masas vinculados a esas organizaciones, frentes que reúnen a los principales sindicatos y asociaciones obreras, campesinas, estudiantiles, etcétera, el BPR, el FAPU, las LP-28 y la UDN. De ese acuerdo nace la Coordinadora Revolucionaria de Masas, de cuyo Programa publicamos aquí los extractos más significativos. Se trata de un programa que plantea, implícitamente, una dinámica de ruptura con el Estado burgués y su aparato militar, y de liquidación del capitalismo. Pocos meses después, la mayoría de los dirigentes de la Coordinadora fueron asesinados por el ejército y las organizaciones guerrilleras se unificaron en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN).

Las estructuras económicas y sociales de nuestro país, que han garantizado el enriquecimiento desmesurado de una minoría oligárquica y la explotación de nuestro pueblo por el imperialismo yanqui se encuentra en una crisis profunda e insalvable.

También se encuentra en crisis la dictadura militar, todo el ordenamiento jurídico y la ideología que han defendido y defienden los intereses oligárquicos e imperialistas norteamericanos, oprimiendo y sometiendo al pueblo salvadoreño por medio siglo. Las filas de esas clases dominantes se han agrietado y los intentos fascistas y reformistas para superar la crisis han fracasado, víctimas de sus propias contradicciones y golpeados por la decidida y heroica acción del movimiento popular. Este fracaso no ha podido ser impedido ni siquiera por la cada vez más descarada intervención norteamericana en respaldo de esos proyectos antipopulares.

El fiel apego de las organizaciones revolucionarias a los intereses y aspiraciones del pueblo salvadoreño ha permitido que, de manera indisoluble, se fortalezcan y ahonden sus raíces entre las grandes mayorías trabajadoras

* Plataforma programática del Gobierno Democrático Revolucionario. El Salvador, febrero de 1980, en *Combate*, Suecia. N° 55-56, marzo-abril de 1980, pp. 5-7.

y las capas medias. El movimiento revolucionario, por su arraigo popular, es ahora indestructible y constituye la única alternativa para el pueblo salvadoreño, que no podrá ser detenido ni desviado en su lucha por conquistar una Patria Libre en la que se realicen sus anhelos vitales.

La crisis económica y política de las clases dominantes, por un lado, y por otro, la pujanza del movimiento popular, constituido en la fuerza política decisiva de nuestro país, han originado un proceso revolucionario y condiciones para que el pueblo asuma el poder.

La transformación revolucionaria de nuestra sociedad, sometida hasta ahora a la injusticia, el entreguismo y el pillaje, es hoy una realidad posible y próxima. Solo mediante ella conquistará y asegurará nuestro pueblo las libertades y derechos democráticos que le han sido negados. Únicamente la revolución solucionará el problema agrario, generando en beneficio de las masas campesinas y de los asalariados agrícolas condiciones materiales y espirituales de vida favorables a la inmensa mayoría de nuestra población, sumida hoy en la miseria, el atraso cultural y la marginalidad. Será la revolución la que conquiste la verdadera independencia política de nuestro país, dándole al pueblo salvadoreño el derecho de determinar libremente su destino y de alcanzar la independencia económica real.

Esta revolución es, por ello, popular, democrática, antioligárquica y busca conquistar la efectiva y verdadera independencia nacional. Solo la victoria revolucionaria detendrá la criminal represión y hará posible que el pueblo conquiste la paz de que hoy no goza; una paz sólida, basada en la libertad, la justicia social y la independencia nacional.

Esta revolución que está en marcha no es –ni podrá ser– la obra de un grupo de conspiradores; por el contrario, es el fruto de la lucha de todo el pueblo, es decir, de los obreros, de los campesinos, las capas medias en general y todos los sectores y personas honestamente democráticas y patrióticas.

Las filas más conscientes y organizadas del pueblo salvadoreño, que ya son multitudinarias, combaten ahora cada vez más ensanchadas y unidas. Por su disposición combativa, su grado de conciencia, temple y organización y su espíritu de sacrificio en aras del triunfo popular, la alianza de los obreros y campesinos ha confirmado ser el más firme puntal para garantizar la consecuencia y firmeza del movimiento hacia la liberación, en el cual se unen –como expresión de la unidad de todo el pueblo– las fuerzas revolucionarias y las fuerzas democráticas, los dos grandes torrentes engendrados por la larga lucha librada por el pueblo salvadoreño.

La tarea decisiva de la revolución, de la cual depende el cumplimiento de todas las tareas y objetivos, *es la conquista del poder y la instauración*

de un Gobierno Democrático Revolucionario que emprenda, a la cabeza del pueblo, la construcción de una nueva sociedad.

Tareas y objetivos de la revolución

Las tareas y objetivos de la revolución en El Salvador son los siguientes:

1. Derrocar la dictadura militar reaccionaria de la oligarquía y el imperialismo yanqui, impuesta y sostenida contra la voluntad del pueblo salvadoreño desde hace cincuenta años, destruir su criminal maquinaria político-militar y establecer el *Gobierno Democrático Revolucionario*, fundamentado en la unidad de las fuerzas revolucionarias y democráticas, en el Ejército Popular y en el pueblo salvadoreño.
2. Poner fin al poder y dominio político, económico y social en general, de los grandes señores del capital y de la tierra.
3. Liquidar definitivamente la dependencia económica política y militar de nuestro país respecto al imperialismo yanqui.
4. Asegurar los derechos y libertades democráticos para todo el pueblo, particularmente para las masas trabajadoras, que son quienes menos los han disfrutado.
5. Traspasar al pueblo, mediante la nacionalización y la creación de empresas colectivas y asociativas, los medios de producción y distribución fundamentales, ahora acaparados por la oligarquía y los monopolios estadounidenses: la tierra en poder de los grandes terratenientes, las empresas productoras y distribuidoras de electricidad, la refinación de petróleo, las empresas industriales, comerciales y de servicios monopolísticas, el comercio exterior, la banca, las grandes empresas del transporte. Todo ello sin afectar a los pequeños y medianos empresarios privados, a los cuales se dará estímulo y apoyo, en todo sentido, en las diversas ramas de la economía nacional.
6. Elevar el nivel material y cultural de vida de la población.
7. Crear el nuevo Ejército de nuestro país, que surgirá fundamentalmente en base del Ejército Popular construido en el curso del proceso revolucionario, al cual podrán incorporarse aquellos elementos sanos, patrióticos y dignos que pertenecen al ejército actual.
8. Impulsar la organización popular en todos los niveles, sectores y formas, para garantizar su incorporación activa, creadora y democrática al proceso revolucionario y conseguir la más estrecha identificación entre el pueblo y su gobierno.

9. Orientar la política exterior y las relaciones internacionales de nuestro país por los principios de la independencia y la autodeterminación, la solidaridad, la convivencia pacífica, la igualdad de derechos y el respeto mutuo entre los Estados.
10. Con todo ello, asegurar en nuestro país la paz, la libertad, el bienestar del pueblo y el sucesivo progreso social. [...]

Es opinión unánime de las fuerzas populares y democráticas, que solo con la realización de las medidas contenidas en esta plataforma se podrá resolver la profunda crisis estructural y política de nuestro país, en beneficio del pueblo salvadoreño.

Únicamente la oligarquía, el imperialismo norteamericano y quienes sirven a sus intereses antipatrióticos, se oponen y conspiran contra estos cambios. A partir del 15 de octubre de 1979, diversos partidos y sectores vanamente han intentado, desde el gobierno, llevar a la práctica gran parte de las medidas que proponemos, sin derrotar primero al viejo poder reaccionario y represivo y sin instaurar un poder verdaderamente revolucionario y popular. Esta experiencia confirmó con toda claridad que esta obra transformadora solo puede realizarla el movimiento revolucionario unido, en alianza con todas las fuerzas democráticas.

La hora de esta histórica victoria liberadora, por la que el pueblo salvadoreño ha luchado y derramado heroicamente tanta sangre suya, está llegando. Nada ni nadie podrá impedirlo.

¡¡Por la unidad de las fuerzas revolucionarias y democráticas!!

¡¡Hacia la conquista del gobierno democrático revolucionario!!

Coordinadora Revolucionaria de Masas

Por la Dirección Ejecutiva del Bloque Popular Revolucionario -BPR-

Juan Chacón, Secretario General

Julio Flores, Secretario de Organización

Por el Comité Coordinador Nacional CCN del FAPU

Héctor Recínes, José Napoleón Rodríguez Ruiz

Por la Comisión Política Nacional de las Ligas Populares 28 de Febrero
Leoncio Pichente

Por el Comité Coordinador Nacional de la Unión Democrática Nacionalista UDN

Manuel Franco.

San Salvador, El Salvador C. A., 23 de febrero de 1980.

4.3. Socialismos

SALVADOR ALLENDE

*La vía chilena hacia el socialismo**

El Partido Socialista de Chile ha tomado muchas veces posiciones más radicales y ha conocido una mayor influencia de la revolución cubana en sus filas que el Partido Comunista.

Este discurso de Salvador Allende, dirigente histórico del PS chileno, presidente de Chile bajo la Unidad Popular, asesinado por los militares golpistas en septiembre del 1973, es más bien característico de los sectores moderados del partido. Tiene a la vez planteamientos realmente radicales en cuanto a la transformación socialista de la sociedad e ilusiones sobre la posibilidad de un camino pacífico y constitucional hacia el socialismo en Chile. Es un testimonio de la generosidad y de los límites de un hombre comprometido con su pueblo y que murió con el arma en la mano luchando por sus ideales.

La superación del capitalismo en Chile

Las circunstancias de Rusia en el año 17 y de Chile en el presente son muy distintas. Sin embargo, el desafío histórico es semejante.

La Rusia del año 17 tomó las decisiones que más afectaron a la historia contemporánea. Allí se llegó a pensar que la Europa atrasada podría encontrarse delante de la Europa avanzada, que la primera revolución socialista no se daría, necesariamente, en las entrañas de las potencias industriales. Allí se aceptó el reto y se edificó una de las formas de construcción de la sociedad socialista que es la dictadura del proletariado.

Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con grandes masas de población pueden, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos.

* Salvador Allende, "La vía chilena hacia el socialismo" (Mensaje al Congreso, 21 de mayo de 1971), *La vía chilena hacia el socialismo*, ed. Fundamentos, Madrid, 1971, pp. 28-32.

Como Rusia entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de constituir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada. Los pensadores sociales han supuesto que los primeros en recorrerla serían naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista.

Sin embargo, una vez más, la historia permite romper con el pasado y construir un nuevo modelo de sociedad, no solo donde teóricamente era más previsible, sino donde se crearon condiciones concretas más favorables para su logro. Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista.

Este desafío despierta vivo interés más allá de las fronteras patrias. Todos saben, o intuyen, que aquí y ahora la historia empieza a dar un nuevo giro, en la medida que estemos los chilenos conscientes de la empresa. Algunos entre nosotros, los menos quizás, solo ven las enormes dificultades de la tarea. Otros, los más, buscamos la posibilidad de enfrentarla con éxito. Por mi parte, estoy seguro que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario.

Los escépticos y los catastrofistas dirán que no es posible. Dirán que un Parlamento que tan bien sirvió a las clases dominantes es incapaz de transfigurarse para llegar a ser el Parlamento del pueblo chileno.

Aun más, enfáticamente han dicho que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hasta ahora sostén del orden institucional que superaremos, no aceptarían garantizar la voluntad popular decidida a edificar el socialismo en nuestro país. Olvidan la conciencia patriótica de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, su tradición profesional y su sometimiento al poder civil. Para decirlo en los propios términos del general Schneider, en las Fuerzas Armadas, como “parte integrante y representativa de la Nación y como estructura del Estado, lo permanente y lo temporal organizan y contrapesan los cambios periódicos que rigen su vida política dentro de un régimen legal”.

Por mi parte declaro, señores miembros del Congreso Nacional, que fundándose esta institución en el voto popular, nada en su naturaleza misma le impide renovarse para convertirse de hecho en el Parlamento del pueblo. Y afirmo que las Fuerzas Armadas chilenas y el Cuerpo de Carabineros, guardando fidelidad a su deber y a su tradición de no interferir en el proceso político, serán el respaldo de una ordenación social que corresponda a la voluntad popular expresada en los términos que la Constitución establezca. Una ordenación más justa, más humana y más generosa para todos, pero esencialmente para los trabajadores que hasta hoy dieron tanto sin recibir casi nada.

Las dificultades que enfrentamos no se sitúan en ese campo. Residen realmente en la extraordinaria complejidad de las tareas que nos esperan: institucionalizar la vía política hacia el socialismo, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo, romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socio-económica capaz de prever a la prosperidad colectiva.

Las causas del atraso estuvieron –y están todavía– en el maridaje de las clases dominantes tradicionales con la subordinación externa y con la explotación clasista interna. Ellas se lucraban con la asociación a intereses extranjeros, y con la apropiación de los excedentes producidos por los trabajadores, no dejando a éstos sino un mínimo indispensable para reponer su capacidad laboral.

Nuestra primera tarea es deshacer esta estructura constricta, que solo genera un crecimiento deformado. Pero simultáneamente es preciso edificar la nueva economía, de modo que suceda a la otra sin solución de continuidad, edificarla conservando al máximo la capacidad productiva y técnica que conseguiremos pese a las vicisitudes del subdesarrollo, edificarla sin crisis artificialmente elaboradas por los que verán proscritos sus arcaicos privilegios.

Más allá de estas cuestiones básicas se plantea una que desafía a nuestro tiempo como su interrogante esencial: ¿Cómo devolver al hombre, sobre todo al joven, un sentido de misión que le infunda una nueva alegría de vivir y que confiera dignidad a su existencia? No hay otro camino sino apagarse en el esfuerzo generoso de realizar grandes tareas impersonales, como autosuperación de la propia condición humana, hasta hoy envilecida por la división entre privilegiados y desposeídos.

Nadie puede imaginar hoy soluciones para los tiempos lejanos del futuro, cuando todos los pueblos habrán alcanzado la abundancia y la satisfacción de sus necesidades materiales y heredado, al mismo tiempo, el patrimonio cultural de la humanidad. Pero aquí y ahora, en Chile y en América Latina, tenemos la posibilidad y el deber de desencadenar las energías creadoras particularmente de la juventud, para misiones que nos conmuevan más que cualquier otra empresa del pasado.

Tal es la esperanza de construir un mundo que supere la división entre ricos y pobres. Y en nuestro caso, edificar una sociedad en la que se proscriba la guerra de unos contra otros en la competencia económica; en la que no tengan sentido la lucha por privilegios profesionales; ni la indiferencia hacia el destino ajeno que convierte a los poderosos en extorsión de los débiles.

Pocas veces los hombres necesitaron tanto como ahora de fe en sí mismos y en su capacidad de rehacer el mundo, de renovar la vida.

Es éste un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Solo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta herencia. Solo así se podrá invocar a los hombres y reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Éste es el ideal socialista.

PAUL SINGER

*Lo que es hoy el socialismo**

Economista, profesor universitario (Universidad de Sao Paulo - USP) e investigador del Cebrap (Centro Brasileño de Análisis y Planeamiento), Paul Singer es militante socialista desde los años 50. De formación marxista, influenciado por las teorías económicas de Rosa Luxemburgo, participó del seminario de estudios de El Capital de Marx en Sao Paulo. Miembro del Partido Socialista Brasileño durante muchos años, a partir de 1980 se afilió al PT. Durante la administración petista de la ciudad de Sao Paulo (prefecto Luiza Erundina), fue secretario de Planeamiento. Siempre fue y continúa siendo uno de los más influyentes defensores de un socialismo democrático y pluralista en Brasil. En el folletín del cual extrajimos este texto se presenta como una contribución al debate general sobre el socialismo.

El socialismo que proviene de las luchas actuales de los trabajadores de los sectores económicamente más avanzados, constituye una reformulación profunda de lo que se concebía como socialismo hace apenas algunas décadas. La reformulación más drástica es probablemente el rechazo a la idea de que el socialismo debe ser implementado a partir de la conquista del poder político, lo que implicaba la noción de que el socialismo sería, en esencia, realizado por *un* poder político que a tanto se propusiese. La lógica del raciocinio se basaba en el presupuesto de que el socialismo resultaría de la socialización de los medios de producción, entendida como abolición de la propiedad privada de los mismos.

Sin embargo, hoy, después de diversas tentativas fracasadas de llegar al socialismo de esta manera, sabemos que socializar solo puede significar someter los medios de producción al control colectivo del conjunto de los trabajadores. Sin embargo, tal como hemos visto, la naturaleza de las fuerzas productivas actualmente disponibles hace que el control *inmediato* de la producción social sea ejercido por una camada de técnicos y administradores, y mientras así sea la esencia de la socialización no consiste en subordinar formalmente esa camada a un poder llamado “proletario” o “socialista”, sino en someterla *de hecho* a la hegemonía de la clase trabajadora. Pero eso significa que, en lugar de “conquistar” el poder político, lo que los socialistas tienen que hacer es dividirlo de tal modo que las decisiones finales sean tomadas,

* Paul Singer, *O que é o socialismo hoje*, Petrópolis, Vozes, 1980, pp. 69-72.

directa o indirectamente, por la clase trabajadora. En otras palabras, si la burguesía dividió el poder político en tres ramas independientes –ejecutivo, legislativo y judicial– para imponer su hegemonía, el proletariado no puede reunificarlo, como pretexto de su conquista, sin terminar por ser dominado por los que de hecho lo ejercen.

El Estado de nuevo tipo tendrá que ver su poder también dividido, de modo que su ejercicio sea confiado a representantes electos de las diversas corrientes de opinión o coaliciones de intereses en las que se divide la población. No hay por qué especular ahora, si el Estado del nuevo tipo conservará la tradicional división de tres poderes y además los más usuales tres niveles de poder nacional, regional y local o si otras divisiones serán experimentadas. Lo más probable es que diferentes tipos de estructuración del poder serán ensayados en varios momentos y en diversos países. Lo que importa es el principio general. Si el socialismo significa el control de los controladores por parte de la masa de ciudadanos comunes, el poder tendrá que ser considerablemente descentralizado, probablemente más que en las repúblicas (o monarquías) burguesas más democráticas. Esa descentralización debe hacer que las divergencias y conflictos sean llevados a la esfera pública y que la participación de los ciudadanos en su resolución sea una fuente irremplazable de educación política para los mismos.

Sin embargo, si este es el Estado que puede llevar al socialismo y que por tanto debe llevar a su propio perecimiento, el instrumento para su conquista difícilmente podrá ser un partido monolítico que tenga como objetivo inmediato arrancar el poder de la burguesía para unificarlo en sus manos. El instrumento será antes un amplio frente de masas, en el cual convivan diversas corrientes y, en la medida en que se conquiste *algún* poder, a nivel local o de empresa o sindicato, o utilice de inmediato para subordinarlo al conjunto de ciudadanos sobre el cual él es ejercido. *La lucha por el socialismo se vuelve así una práctica de liberación.* El propio frente político debe ser un modelo de esa práctica, en lo que respecta a la vigencia de la más completa democracia interna. Su objetivo inmediato es transformar el poder antes que conquistarlo. De esa manera, el socialismo acabará siendo implantado en la medida en que el frente político revolucionario sea capaz de destruir las estructuras autoritarias en las más diversas instituciones, en el Estado y en las empresas, en las escuelas y en los centros científicos, en los sindicatos y en las fuerzas armadas, en las iglesias y en las familias.

Eso también significa que el ámbito de la lucha por el socialismo es mucho mayor que el plano político convencional. No solo el poder del Estado debe ser transformado, sino que todo poder que es ejercido autoritariamente:

el del jefe de la empresa, el del profesor en la escuela, el del oficial en el Ejército, el del padre en la Iglesia, el del dirigente en el sindicato o en el partido y, por fin pero no el último, el del padre en la familia. De todos estos, probablemente la soberanía del Estado y la autocracia patronal o gerencial en la empresa son formas fundamentales de poder, cuya transformación condiciona las demás. Pero no por eso existiría alguna razón para restringir la práctica de liberación a estas dos instituciones. La lucha por el socialismo requiere de la movilización de toda la población y, por tanto, las luchas antiautoritarias tienen que ser suscitadas en todas las instituciones, en el presupuesto, confirmado por la experiencias, que las prácticas de liberación tienden, en general, a reforzarse mutuamente, en la medida en que la legitimidad de todas es reconocida, al paso que la tentativa de considerar una lucha específica como prioritaria y conteniendo en sí misma la solución de las demás –“una vez conquistado el poder y eliminada la propiedad privada de los medios de producción, todo lo demás se resuelve sin fricción ni demora”– solo tiende a dividir los movimientos de liberación y sectarizarlos.

El socialismo hoy será alcanzado después de una extensa y victoriosa práctica de liberación, que abra camino, al mismo tiempo, al desarrollo de nuevas fuerzas productivas y a la socialización completa del trabajo intelectual.

4.4. Los partidos comunistas

RODNEY ARISMENDI

*Una revolución continental**

Secretario general del Partido Comunista Uruguayo, ex diputado, autor de varias obras políticas y filosóficas (por ejemplo: La justicia soviética defiende al mundo. Los procesos de Moscú, Montevideo, 1938; La filosofía del marxismo y el señor Haya de la Torre, Montevideo, 1946; Los intelectuales y el Partido Comunista. Montevideo, 1948), Rodney Arismendi es seguramente uno de los representantes más inteligentes y más cultos de la corriente marxista prosoviética. Contrariamente a otros dirigentes comunistas (argentinos y brasileños por ejemplo) Arismendi colabora con la dirección cubana y desempeña un papel importante como “conciliador” entre el castrismo y los partidos comunistas en la conferencia de la OLAS.

Las páginas adjuntas están tomadas de un artículo del año 1961, publicado por la revista soviética Kommunist, que trata de incorporar la experiencia cubana y sus consecuencias en el marco de la doctrina tradicional de los partidos comunistas latinoamericanos.

El método revolucionario verifica su aptitud para resolver los problemas candentes de América Latina

El segundo elemento a tener en cuenta en toda estimación de la incidencia de la revolución cubana en el proceso latinoamericano, consiste en que ésta llevó a cabo, por primera vez y de un modo radical, las tareas fundamentales ya maduras que el desarrollo social promueve ante la revolución continental y ante cada pueblo en particular. Hasta entonces, las luchas de los pueblos latinoamericanos no habían logrado batir el yugo imperialista y el dominio de los grandes terratenientes y grandes capitalistas¹.

* Rodney Arismendi, *Problemas de una revolución continental*, ed. Pueblos Unidos, Montevideo, s.f., pp. 20-22, 50-54.

¹ La guerra de independencia –1810-1830– que liberó las colonias iberoamericanas de la dominación de España y Portugal, logró la independencia política, pero en general dejó en pie los problemas fundamentales de la revolución democrático-burguesa.

Las revoluciones democrático-burguesas iniciadas en algunos países –en la época del imperialismo, la revolución mexicana, y luego de la segunda guerra mundial, la revolución boliviana– quedaron a mitad del camino como un testimonio más del carácter contradictorio y dual de la burguesía nacional y de su incapacidad orgánica para conducir en América Latina, de un modo profundo, la lucha democrática de liberación nacional.

La revolución cubana, por el contrario, llevó a cabo en un plazo exiguo las tareas democráticas generales y antiimperialistas de la revolución, y sentó las premisas materiales para el tránsito a formas sociales más avanzadas².

Por todo ello, Cuba encarna hoy –como lo proclama con acierto la Declaración de los Partidos Comunistas y Obreros de América Latina reunidos en La Habana en agosto de 1960– *“las aspiraciones patrióticas y democráticas de todos nuestros pueblos cuyas riquezas son esquilgadas por el imperialismo yanqui y sus cómplices latifundistas y grandes capitalistas antinacionales y cuyas soberanías están mediatizadas por el dictado norteamericano en materia de política exterior”*³.

Es, en este sentido, una revolución agraria y antiimperialista perfectamente definida; pero, como bien lo advirtieran los cubanos, esta revolución, por las fuerzas de clase que la sostienen y por los métodos radicales que emplea... *“es una revolución popular avanzada”*. *“Las clases sociales que están objetivamente interesadas en la realización de estas tareas históricas son los obreros, los campesinos, las capas medias urbanas y la burguesía nacional. Pero las fuerzas motrices de la revolución, las que la impulsan y llevan adelante son principalmente los obreros, los campesinos pobres y los sectores radicales de la pequeña burguesía urbana”*⁴.

Esta situación es, sin duda, una peculiaridad de la revolución cubana; sin embargo, ni la particularidad de su curso, ni su carácter avanzado,

² Expropió y nacionalizó compañías imperialistas norteamericanas por valor de mil millones de dólares; expropió y nacionalizó las propiedades de los hombres de la dictadura y enemigos de la revolución; realizó una reforma agraria radical, destruyó el latifundio, repartió la tierra a los campesinos y asalariados rurales y nacionalizó aquellos establecimientos cuya parcelación habría sido antieconómica, inició un amplio plan de desarrollo industrial y de diversificación agrícola con la ayuda generosa del campo socialista; adoptó importantes medidas para el mejoramiento material y cultural de los trabajadores; destruyó el viejo aparato militar y burocrático del Estado e inició la edificación de un nuevo poder revolucionario sostenido por el pueblo en armas, organizado en el ejército rebelde y las milicias obreras y campesinas. En las relaciones internacionales, el nuevo gobierno revolucionario cubano puso en práctica una política exterior independiente y de paz, se transformó en el acusador implacable del imperialismo norteamericano e inició relaciones de amistad con el campo socialista y con todos los pueblos amantes de la paz y adversos al colonialismo.

³ Reproducida por *Estudios*, N° 17, 1960. Revista teórico-política editada por el Comité Ejecutivo del Partido Comunista del Uruguay.

⁴ Blas Roca. “Informe a la VIII Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular”, *Estudios*, N° 17, 1960.

aminoran la repercusión en toda la revolución latinoamericana, cuyos ritmos de desarrollo son bien diversos, pero cuyos problemas esenciales y tareas generales son los mismos. Cuando formulamos esta aseveración, prevenimos, a fuer de cautelosos, que nos estamos refiriendo al contenido de la revolución y a sus experiencias más generales. En ello no hay ningún margen para el extremismo pequeñoburgués, que prescinde de las condiciones objetivas y que toma, como receta única, tal o cual forma particular de lucha empleada por los revolucionarios cubanos.

Sería un error creer que en todo el continente las campanas están anunciando la misma hora; ello podría precipitarnos en un esquematismo impolítico o en el pecado infantilista de quemar las etapas. Empero creemos que, por su sola presencia, la revolución cubana apremia el paso zigzagueante de la historia, pone las heridas en carne viva, sitúa toda la lucha en un plano superior. Sería pues, una miopía imperdonable perder de vista *el cambio cualitativo que la revolución cubana introdujo en la situación general del continente, en la experiencia de las masas, en la definición de las clases y capas sociales y en la lucha entre éstas, en la tensión explosiva de todas las contradicciones.*

Así lo confirma la ola de masas que Cuba ha evocado. Toda la batalla de ideas gira en el último año y medio, en nuestros países, en torno a Cuba o se enlaza directa o indirectamente con el debate suscitado por los actos de su revolución. El imperialismo, los latifundistas y los grandes capitalistas cubren las páginas de la gran prensa y los espacios radiales con la calumnia sistemática contra la revolución cubana. Los obreros, los estudiantes, los campesinos, los intelectuales, los sectores avanzados de la burguesía nacional, en las más diversas y activas formas de lucha, inundan las calles, fábricas y aulas con el soplo ardiente de la solidaridad.

Por qué hablamos de una revolución continental

Cuando hablamos de un cambio cualitativo en la situación general del continente, pensamos, precisamente, en la unidad esencial de la revolución latinoamericana de nuestra época, y en la revolución cubana como una expresión de ésta, y como un factor que, reactuando sobre ella, pasa a integrarla en calidad de condicionante.

Un mérito de los revolucionarios cubanos es el pensar su revolución en términos continentales. No debe entenderse esto en la acepción provocativa que le atribuyen el imperialismo yanqui y las clases dominantes vendidas que, mientras organizan la invasión a Cuba, acusan al gobierno revolucionario de “exportar la revolución”. ¡La revolución no se exporta ni se importa!

Los libertadores del siglo pasado tenían casi todos conciencia clara del carácter continental de la revolución. “Somos una nación de repúblicas”, decía Simón Bolívar. Desde entonces muchas cosas han cambiado y no podemos modificar, según nuestros deseos, lo que la historia ha hecho: veinte y más repúblicas si incluimos las islas o regiones de colonización francesa, holandesa, e inglesa, geográficamente situadas en la plataforma continental. Empero, esa diversidad y a veces fragmentación –que Lenin ya advirtiera en sus apuntes sobre el imperialismo– constituye un obstáculo para la comprensión del carácter único y global de la revolución latinoamericana.

Otras veces, la necesidad de luchar contra las utopías pequeñoburguesas que parlotean acerca de una unidad o confederación latinoamericana en el marco de las actuales estructuras, conduce a descuidar un poco la idea activa y no solo especulativa de la unidad esencial del proceso revolucionario latinoamericano.

Las clases dominantes y hasta los agentes más descarados del imperialismo yanqui utilizan el nacionalismo para enfrentar unos países a otros y desmenuzar la concepción de un frente común. Así procedió también la diplomacia inglesa en el siglo XIX con los hombres de la Independencia y así procura actuar el imperialismo yanqui en el centro y el sur de América.

Solo el pensamiento internacionalista del proletariado puede resolver en la práctica los problemas que plantean la unidad y diversidad de la revolución latinoamericana. Por ello creemos que se puede y se debe hablar de una revolución latinoamericana, lo que no invalida la existencia de los caminos, ritmos y tiempos peculiares de una revolución cubana, brasileña, argentina, chilena, etcétera [...]

Filosofía social y programa de la gran burguesía conciliadora

La directiva política principal del gobierno norteamericano apunta pues, en primer término, a entroncar con sus intereses, los de las viejas clases dominantes, de latifundistas y grandes burgueses vendidos. No obstante, debe enfrentar a la vez, a regañadientes, la nueva situación que aumentó el ya importante papel de la gran burguesía conciliadora en muchos países de América Latina. Ésta ocupa posiciones destacadas en grandes partidos políticos de Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Colombia; el presidente de Venezuela, Betancourt y otros políticos centroamericanos corresponden al pensamiento político-social de esta capa de grandes burgueses latinoamericanos. Llamamos así a aquellas capas de la burguesía, económicamente poderosas, que no están conectadas directamente con los monopolios imperialistas, pero que tienen ciertos lazos con ellos y tienden preferentemente, a pesar de las frecuentes fricciones,

a negociar con los imperialistas yanquis, a costa del pueblo y del país. Su posición objetiva está determinada por sus vínculos con sectores del latifundio, evolucionado en un sentido capitalista, y por su situación privilegiada en la estructura económico-social y también por la antigüedad y agudeza de la lucha de clases con el proletariado.

Desde el punto de vista de la orientación en materia de política exterior, la posición de la gran burguesía conciliadora se expresa por el intento fallido de resolver, dentro de la ficción panamericanista y sin romper con la OEA, vale decir, en el cuadro de la estrategia mundial yanqui, sus fricciones frecuentes y sus quejas siempre agudas, con los EEUU. En el plano interior, su directriz económica y su “propaganda” se sintetizan por el propósito de “desenvolver” el capitalismo y proseguir la industrialización sin romper las relaciones de producción latifundistas, desarrollando el capitalismo por las vías más dolorosas, a costa de las grandes masas trabajadoras. En este sentido, incurre en la aparente paradoja de oponerse a los monopolios imperialistas en el mercado interior y, a la vez, pedir la “ayuda de capitales” extranjeros para acelerar la industrialización; de aspirar a un ensanchamiento del mercado interior y, al tiempo, eludir todo enfrentamiento radical del problema agrario; de promover a veces el comercio con los países socialistas, para luego, a pesar de sus conveniencias, ponerse a temblar si el imperialismo yanqui y la gran burguesía vendida la acusan de hacerles el juego a los comunistas. En Uruguay decimos que esta capa de la gran burguesía “tiene su corazón en Washington, pero su bolsillo en Montevideo”.

Las bases materiales de esta actitud tan contradictoria de la gran burguesía conciliadora hay que buscarlas en el proceso de desarrollo capitalista relativamente importante, pero deformado, que caracteriza a nuestros países.

El pensamiento político-social de este importante sector de la burguesía, se ha traducido en la llamada teoría “del desarrollo” o del “desenvolvimiento” que hoy influye también a capas de la burguesía nacional y la pequeña burguesía. Esta teoría –que inclusive ha sido motivo del estudio de un seminario de sociología, organizado por el Centro de Investigaciones de Ciencias Sociales de Río de Janeiro– sustituye la definición científica de la estructura de los países dependientes y semicoloniales, por la confusa expresión “países subdesarrollados”. El subdesarrollo, como todos sabemos, es producto del desenvolvimiento desigual del capitalismo, de la frustración de la revolución democrático-burguesa en continentes enteros, de la formación del sistema colonial del imperialismo y del mantenimiento de relaciones precapitalistas en una buena parte del mundo. La teoría “del desarrollo” elude definir la estructura de estos países en función de la presencia del imperialismo

y del latifundio, y promueve, como ideal, la elevación de la “tasa de la producción por habitante” concibiéndola como un simple desarrollo cuantitativo de las fuerzas productivas sin romper las viejas relaciones de producción. Y de ahí, infiere la cuasi verdad de que urge una mayor disponibilidad de “capitales para la inversión”... los que pueden venir del extranjero, o de una “mayor productividad”, lograda por el pillaje del campesino y la explotación redoblada del obrero, o por evitar los “gastos superfluos” de la legislación social, la cultura y la salud públicas.

La teoría del “desenvolvimiento” refleja, por un lado, la tendencia al desarrollo capitalista, por otro, la falta de voluntad de combatir firmemente por la independencia frente al imperialismo y por transformaciones democráticas profundas frente al latifundio. La expresión más conocida de este pensamiento y de esta postura frente a los tópicos cardinales de la revolución latinoamericana, la dio el Presidente J. Kubitschek de Brasil, cuando, a raíz de las demostraciones contra Nixon, postuló la Operación Panamericana. Pero, en lo esencial, lo mismo pensaban los sectores del batllismo en Uruguay, de los radicalismos argentino y chileno, de los liberales colombianos, Betancourt en Venezuela, muchos “revolucionarios” –con siete erres– del partido gubernamental mexicano y otros políticos de Centro y Sudamérica.

La tesis esencial consiste en conmover a Washington, esgrimiendo la “amenaza comunista” y mostrándole la importancia del continente para la estrategia mundial de los EEUU, a fin de que ayude a América Latina⁵. Olvidan lo que medio siglo veinte de relaciones con EEUU ha demostrado y que Perogrullo ya sabía: que el olmo no da peras, ni aceite el ladrillo.

Como consecuencia de la Operación Panamericana, pero también del crecimiento del embate nacional-libertador, EEUU debió acceder a montar las conferencias de los “21”, que ya se han reunido por tres veces, entre fracasos, quejas y seducciones dirigidas al imperialismo yanqui. El tercer cónclave de los “21” se realizó en Bogotá, luego de la Conferencia de Costa Rica, en la cual los gobiernos de América Latina, entre ellos los representantes

⁵ “...esta situación (la de la economía latinoamericana) es un fértil campo de acción para el comunismo. No hay gobierno democrático que resista una prolongada crisis económica. Si el interés de EEUU es mantener los gobiernos democráticos, debe contribuir primero a asegurar sus economías” (Discurso del brasileño Schmidt en la Conferencia de los “21” de Buenos Aires). Y como un eco, el colombiano Turbay Ayala afirma en Bogotá –tercera Conferencia de los “21”– lo siguiente: “Cuando todos nosotros le hemos solicitado a los EEUU que asuman una nueva actitud frente a sus hermanos de Latinoamérica, sencillamente los estamos invitando a que complementen nuestro esfuerzo para impedir que se presenten situaciones incontrolables que seguramente podrán comprometer, con perjuicio para todos, la estructura de nuestras instituciones”. Podríamos agregar toda una antología de discursos de igual sentido, donde varía apenas la nacionalidad del orador y a veces el estilo.

de la gran burguesía conciliadora, aceptaron firmar la declaración apuntada contra Cuba, sobre la base de la promesa de Herter de un empréstito colectivo norteamericano.

En esta última reunión de los "21", EEUU volvió a burlarse de los gobiernos del sur ofreciéndoles para el futuro... ¡500 millones de dólares a repartir entre todos, previa aprobación del Congreso de Washington!

El delegado cubano R. Botti enjuició así los resultados de la Conferencia:

El fondo que propone ahora EEUU es el instrumento inventado para acallar la esperanza militante despertada en los pueblos laboriosos por la revolución cubana... Y "por otro lado" quiere "desviar la atención del problema fundamental: el desarrollo económico autosostenido, independiente".

Líneas principales de desarrollo que disputan hoy el futuro de América Latina

Los terratenientes y la gran burguesía vendida asienten a la agresión contra Cuba; la gran burguesía conciliadora, por su parte, se sirve del espectro de la revolución para chalanear con el imperialismo yanqui en la absurda ilusión de que éste dejará de saquear a América Latina y ayudará a su desarrollo.

El 29 de octubre se constituyó en Washington, en la OEA, un nuevo comité de "alto nivel para coordinar planes interamericanos de estudios sobre desarrollo". El Comité está integrado por J. Mora, presidente de la OEA, Felipe Herrera, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y R. Prebisch, por la CEPAL. El embajador colombiano Sanz de Santamaría dijo en su discurso: *"América Latina está corriendo una carrera entre la evolución y la revolución en su pugna por lograr el desarrollo económico"*⁶.

En verdad, con este planteamiento se despejan las direcciones en pugna del curso latinoamericano. Más allá de la fraseología y la envoltura ideológica más o menos coloreada, el contenido social de clase de los programas esenciales, está a la vista. Además de los latifundistas y la gran burguesía vendida, cuyos intereses histórica e intrínsecamente se confunden con el imperialismo y los peores rasgos de la caduca estructura económico-social en crisis, disputan hoy por el futuro de América Latina *la concepción del desenvolvimiento de la gran burguesía conciliadora y el programa de la revolución democrática y nacional liberadora.*

⁶ *El País*, Montevideo, 1 de noviembre de 1960.

Esa lucha recorre toda la vida social y política, se encarna en la aguda y compleja lucha de las clases y se corporiza, desnuda o cubierta de disfraces, en el terreno de los encuentros ideológicos. La disputa se traba tanto en el plano de la pugna antiimperialista como en los postulados programáticos respecto a la cuestión agraria. En este campo, la lucha se entabla más allá de las dos vías de desarrollo burgués que Lenin en su tiempo clásicamente analizara. A la línea de la paulatina transformación de los latifundios de un modo burgués se opone hoy la línea revolucionaria de una reforma agraria radical. Solo el proletariado será capaz de sostener, con firmeza, esta segunda línea, uniendo así los objetivos nacionales de la revolución con los agrarios, base ésta de la sólida alianza obrero-campesina y garantía del triunfo de la revolución democrática de liberación nacional.

Dice bien, en este sentido, la Declaración de los Partidos Comunistas y Obreros:

La alianza de la clase obrera y de los campesinos es la fuerza más importante para conquistar y defender la independencia nacional, realizar profundas transformaciones democráticas y asegurar el progreso social. Esta alianza está llamada a ser la base de un amplio frente nacional. De su fuerza y solidez depende también en no pequeña medida el grado de participación de la burguesía nacional en la lucha liberadora.

Algunos caminos de la edificación del Frente Democrático Nacional

Los pueblos latinoamericanos construyen el frente democrático nacional, el poder social capaz de ejecutar el veredicto de la historia. Su vanguardia es el proletariado; su base, la alianza obrero-campesina; en torno a ésta se agrupan las grandes masas de las capas medias y los sectores avanzados de la burguesía nacional. Estas fuerzas sociales se empeñan por ganar o neutralizar a la mayor parte de la burguesía nacional y se apoyan, para el logro de sus objetivos estratégicos, en toda la gama de contradicciones con el imperialismo yanqui y las clases dominantes vendidas.

Este frente se está edificando ya en toda América Latina, según las particularidades políticas nacionales, aunque son todavía disparejos en cada lugar, su estructura y desarrollo.

Antes que nada, las grandes masas

El papel protagónico de las multitudes, su experiencia colectiva y su ingreso apasionado en la arena político-social, constituye uno de los caracteres

ostensibles de la actual correlación de las fuerzas. Lo comprueban, inclusive, los episodios negativos; por ejemplo, los grandes desplazamientos electorales que se han producido en varios países tras espejismos demagógicos. Pero lo verifica la historia más reciente.

La caída de las dictaduras, que el imperialismo yanqui implantara en el período de la guerra fría, no fue esta vez consecuencia de golpes de palacio o arreglos de trastienda. Tradujo la presencia de un tercero en discordia; las masas populares y el proletariado. Fue así aun en aquellos casos en que las clases dominantes controlaron luego la situación, como en Colombia. Las masas, que derribaron las más feroces dictaduras, no enfrentaban solo a los tiranos, sino también al poder oculto tras el trono: el imperialismo yanqui y las clases dominantes vendidas.

Los que dieron la batalla que modificó el rostro político de América Latina fueron el proletariado, el campesinado, los estudiantes, las capas medias urbanas y el ala avanzada de la burguesía nacional.

JOSÉ REVUELTAS
*Un proletariado sin cabeza**

Uno de los más grandes novelistas mexicanos modernos, militante comunista durante largos años, José Revueltas, rompe en 1960 con el PC mexicano. El libro Ensayo sobre un proletariado sin cabeza (1962) explica las razones de esta disidencia y critica las concepciones predominantes en el seno de la izquierda mexicana, desde Lombardo Toledano hasta el mismo PCM (pero en esa época aun sin cuestionar a la URSS y la tradición del Comintern stalinista). En 1968 Revueltas participa en el gran movimiento estudiantil y se asocia a jóvenes marxistas revolucionarios. Es arrestado y condenado a dieciséis años de prisión. Después de su liberación (1971) y hasta su muerte (1976) actúa como intelectual francotirador en el seno de la izquierda, sin comprometerse con ninguna organización.

¿Cuál es la forma en que Lombardo Toledano encara el problema de la burguesía nacional en el texto del artículo suyo que hemos transcrito?

Comencemos por destacar los elementos más esenciales del artículo de Lombardo, a saber:

a) Existencia en América Latina de una *burguesía nacionalista* en contradicción con la *burguesía nacional* “que sirve al extranjero”; b) *burguesía nacionalista* que, como “fenómeno histórico”, en general, “representa una fuerza revolucionaria” (aunque sea “por el momento”, como tiene a bien Lombardo “cubrirse” respecto a las eventualidades de su afirmación); c) *burguesía nacionalista* que liga sus aspiraciones con las del pueblo “formando, así, un *verdadero frente nacional*” que, pese a sus confusiones, tiene “un claro sentido de resistencia al imperialismo”.

Después de examinar estos enunciados de Lombardo se llega a la conclusión de que difícilmente podría encontrarse caso tan perfecto de un contrapunto ideológico, donde pudieran ajustarse con mayor exactitud las coincidencias a la inversa, como el que se produce entre las recíprocas actitudes opuestas de Lombardo Toledano y el Partido Comunista Mexicano en el problema de la burguesía nacional.

En efecto, la “gran burguesía reaccionaria mexicana” del Partido Comunista, no viene a ser otra, en esencia, que la “burguesía nacionalista” de Lombardo. Podrá parecer sorprendente, aventurado e inexplicable a primera vista decirlo,

* José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, ed Era, México, 1980, pp. 105-8, 218-20.

pero el hecho histórico, real, es que ninguna de estas dos categorías existen en México al margen, fuera e independientemente de la *burguesía nacional*. Esta burguesía nacional es la que existe en nuestro país (al margen, aquí sí, de los sectores financieros e intermediarios que ya existían desde los tiempos de la Dictadura Porfiriana, más aun, que fueron creados por la política económica seguida por Porfirio Díaz-Limantour, y que eran y siguen siendo los *aliados naturales* del Imperialismo). Y como decíamos, esta burguesía nacional mexicana se conduce de un modo cambiante, versátil, según las circunstancias. Ahora bien; esto es porque *puede hacerlo* en razón de que dentro de las fronteras del país no tiene un verdadero enemigo al frente en las demás clases sociales, sobre todo en la clase obrera, que se encuentre en condiciones de presionarla e inducir la, *por la fuerza política*, a seguir un camino determinado *aunque ella no quiera*.

De tal modo la burguesía nacional mexicana unas veces hace cierta política progresista y otras una abierta y cínica política reaccionaria, según sus conveniencias inmediatas, pero con la tendencia, cada vez más acusada, de realizar cada vez en mayor medida y preferentemente una política reaccionaria, sin que esto quiera decir que renuncie a determinadas formas *burguesas* de lucha (o de “tironeo”, más bien) con el imperialismo. Pero entendámonos.

El prejuicio ideológico que debe desterrarse es aquél que hace consistir en *revolucionaria* toda la política *nacionalista* de la burguesía. En este prejuicio es en el que se sustentan los ideólogos de la burguesía nacional para confundir a la clase obrera y para perseguir e impedir sus luchas independientes. La política nacionalista de la burguesía no es revolucionaria en todos los casos, ni mucho menos; pero más aun, es perfectamente compatible con una política reaccionaria en el interior del país, como lo demuestra la experiencia histórica de México en numerosas ocasiones, con Carranza, con Obregón, con Calles.

Así pues, cuando el Partido Comunista Mexicano trata de explicarse la política antiobrera del Gobierno y atribuye dicha política a una “gran burguesía reaccionaria mexicana”, no hace sino tratar de que aparezca como *menos burguesa* una burguesía nacional que se encuentra realmente en el poder, que es dueña material del Gobierno y cuya tendencia es seguir de modo preferente el camino reaccionario, *aunque no renuncie a su política nacionalista*, propia y muy suya, llena de las trampas, chicleos, simulaciones, blandroneadas, hipocresías y “trastopijes” que le son tan psicológicamente característicos y que parecerían heredados por ella desde los tiempos del Emperador Moctezuma II.

Aquí es donde se produce el fenómeno de “coincidencia al revés” del Partido Comunista y de Lombardo Toledano. Mientras para el Partido Comunista parece inconciliable que el Gobierno pueda llevar a cabo una evidente

aunque muy limitada política nacionalista, junto a una política reaccionaria y antiobrera, abierta y franca, para Lombardo Toledano, en el sentido opuesto, ciertas medidas nacionalistas del Gobierno deben ser consideradas de un modo forzoso como revolucionarias y no pueden explicarse de ninguna otra manera que en esa condición. De tal suerte, mientras para satisfacer su esquema el Partido Comunista necesita una “gran burguesía reaccionaria” dentro del Gobierno y un sector de la “burguesía nacional” fuera; para satisfacer el suyo Lombardo necesita una “burguesía nacionalista” *dentro* del Gobierno y una “burguesía nacional” que sirve al extranjero, desde fuera del aparato gubernativo, el primero, al servicio de una línea sectaria e izquierdizante; y el segundo, de una línea oportunista de derecha.

Lo anterior evoca inevitablemente aquella situación en que dos sordos se encuentran a la orilla de un río y se produce entre ambos el siguiente diálogo:

Sordo I: ¿Vienes a pescar? Sordo II: No; vengo a pescar. Sordo I: ¡Ah, yo creí que venías a pescar!

Este diálogo de sordos parecería el que, cada quien por su lado, sostuvieran el Partido Comunista y Lombardo Toledano respecto a la burguesía nacional. Cada uno, con diferente carnada, ha ido a “pescar” a una misma e idéntica burguesía revolucionaria, progresista, antiimperialista, susceptible de incorporarse o de formar con ella “un frente nacional”. Sin embargo, para uno y otro este “frente nacional” representa, en apariencia, dos cosas completamente distintas entre sí. Para los unos (el Partido Comunista), en virtud de que la burguesía nacional que buscan no se encuentra dentro del Gobierno, el “frente nacional”, en consecuencia, no solo debe ser antiimperialista, sino antigubernamental. Para los otros (Lombardo y sus amigos), la *burguesía nacionalista* está dentro o influye en la política del Gobierno y éste forma parte (en México) de las fuerzas revolucionarias, por lo que el “frente nacional” debe comprender al propio Gobierno dentro de sus filas (más adelante de los párrafos de su artículo que aquí reproducimos, dice Lombardo: “Hace unos días, en México, los dos sectores de la burguesía nacional, ligada al imperialismo yanqui, elevaron su protesta porque el Gobierno, prosiguiendo su política de nacionalización de las principales fuentes de la economía y los servicios públicos, después de la nacionalización de la industria eléctrica, ha tomado en sus manos el monopolio de la exhibición de las cintas cinematográficas, que funcionaba en violación abierta del texto de la constitución”).

Para el primer sordo ideológico y político (Partido Comunista Mexicano) el frente nacional no existe y debe ser formado después de que se localice, con toda precisión, el punto donde la burguesía progresista se encuentra.

Para el *Sordo II* (Vicente Lombardo), en cambio, esa burguesía *revolucionaria* ya está localizada, por lo que a México se refiere, dentro del propio Gobierno (bajo el aspecto de una burguesía *nacionalista*) y como dicha burguesía “liga sus aspiraciones a las que el pueblo tiene, formando, así, un *verdadero frente nacional*”, lo único que queda, entonces, es “impulsarla para que mantenga su actitud sin vacilaciones y sin concesiones peligrosas hacia el poder del exterior”. [...]

Pero, ¿cómo proceden los ideólogos de la enajenación en México?

- a) Pretenden, de hecho, que la opresión imperialista despoja a la burguesía nacional de su carácter de clase, de su inconsecuencia natural e inalienable, y que, entonces, dicha *burguesía nacional* se convierte, en virtud de sus circunstancias, en una burguesía *necesariamente* “progresista” y “antiimperialista”.
- b) Consideran que la industrialización, en sí misma, y no porque facilite la lucha “del proletariado contra la burguesía por el socialismo” ya constituye una aceleración del proceso del desarrollo democrático-burgués (ignorando que este desarrollo pueda llevarse a cabo *sin la burguesía*), con lo que confunden la revolución democrática con la clase burguesa y abandonan en manos de ésta la hegemonía dentro del proceso. Aquí, de tal modo, y a título de que la industrialización constituye para el país la forma de liberarse económicamente del imperialismo, adoptan sin más ni más el punto de vista de la “prosperidad” capitalista, benéfica para el país y la nación, según ellos, y no como lo es, para la burguesía.

2. La realidad, sin embargo, echa por tierra, en cada ocasión, tales posiciones, como ya lo hemos visto repetidamente en este ensayo. Los ideólogos de la enajenación, así, tienen que recurrir a los siguientes elementos de “diversión” del problema:

- a) Inventar una debilidad insuperable, permanente, de la burguesía nacional, que, en virtud de tal estado de indigencia se ve en la obligación ineludible de enfrentarse *siempre* a su causante, el imperialismo;
- b) Como, a pesar de todo, esa burguesía (contra todas las previsiones de sus ideólogos en el campo obrero) se consolida y fortifica cada vez más, no queda otro recurso que dividirla en “sectores”. Estos sectores, enriquecidos y fuertes, se entregan de inmediato y sin más trámites, al servicio del imperialismo y la reacción, dejando siempre, en el fondo del vaso de la prosperidad capitalista con que se embriagan, un residuo de *burguesía nacional* “antiimperialista y progresista”, pobre, maltrecha, y sin duda, también heroica. En esta forma no es la burguesía nacional

“como clase” (Lenin) la que *“engendra inevitablemente su (propia) inconsecuencia en la revolución democrática”*, sino que tal inconsecuencia radica en los “sectores” que “la traicionan”:

- c) Como, a pesar de todo también, el Estado mexicano es un Estado de clase, los ideólogos de la enajenación, como lo hemos dicho ya, salen del apuro, unos (el Partido Comunista Mexicano) cargando sobre él la influencia predominante de la “gran burguesía reaccionaria”, y otros (Lombardo Toledano), entronizando en su seno a la “burguesía del capitalismo de Estado” como una burguesía que se autonega de hecho, de modo práctico y concreto, y no de una manera falsa y aparente, en su condición de clase social burguesa, y ya no solo como un núcleo que podría ser, en el peor de los casos, “inconsecuentemente” democrático y progresista.

3. La auténtica e indiscutible revisión del leninismo que *practican*, cada uno desde sus posiciones, Lombardo Toledano y el Partido Comunista Mexicano, por supuesto no se queda aquí.

Para Lombardo y el PCM, en palabras, el proletariado es la clase esencialmente revolucionaria, pero en los hechos es una clase que no existe como tal, porque jamás la han situado, ni quieren situarla, en el punto real de las relaciones de clase verdaderas que hay en la sociedad mexicana.

¿Dónde se expresa siempre, desde el punto de vista *político*, la realidad de las relaciones de clase? Se expresa en la posición estratégica que tengan las clases hacia el Estado y, consecuentemente, en la actitud táctica que observan frente al gobierno. Una clase que tenga en sus manos el poder del Estado, pretenderá conservarlo y defender, entonces, su posición hegemónica en el gobierno, expuesto el problema en sus líneas más generales. Una clase que aspire a la posesión (o sustitución) del Estado, estará colocada, pues, en la situación inversa, y mantendrá hacia el gobierno las relaciones tácticas que se derivan de una lucha de clases. Que estas relaciones tácticas supongan una lucha violenta o no violenta, dentro de la legalidad constitucional o fuera de ella, por procedimientos parlamentarios o a través de la lucha de masas (o por medio de una combinación de ambos métodos), serán cosas que decidan la correlación de fuerzas y otros factores. Pero ante todo se tratará de mantener hacia el Estado y el Gobierno *una posición de lucha de clases*.

Ahora bien: ni Lombardo Toledano ni el Partido Comunista Mexicano mantienen esa posición *en los hechos*, ante el Estado y el Gobierno, porque ambos, bajo diferentes formas, no ven sino una única clase consecuentemente democrática y progresista, y esa clase no es el proletariado, sino la *burguesía nacional*.

VITTORIO CODOVILLA
*Historia del marxismo en América Latina**

Estos pasajes pertenecen a un artículo publicado en 1964 por Codovilla, presidente del Partido Comunista Argentino, con motivo de la celebración del centenario de la Primera Internacional por la Nouvelle Revue Internationale. Contienen un esbozo de historia "ortodoxa" del comunismo latinoamericano, orientado sobre todo en torno a la lucha contra las numerosas desviaciones que lo amenazaron o siguen amenazándolo: nacionalismo, browderismo, trotskismo, maoísmo, etcétera.

Fue entre 1918 y 1922 cuando surgieron partidos comunistas en Argentina, en México, en Uruguay, en Chile y en Brasil. En 1925, se fundaba el Partido Comunista Cubano. Durante la gran crisis económica mundial y las grandiosas luchas entabladas por los trabajadores de los países de América Latina, se formaron partidos comunistas en Venezuela, en Colombia, en el Perú, en Ecuador, en Costa Rica, en el Salvador y en Paraguay; en otros países, se constituyeron en vísperas o después de la segunda guerra mundial.

En todos los países de América Latina, los comunistas lucharon con perseverancia por llevar a cabo la unidad sindical y política de la clase obrera y para desarrollar su conciencia de clase. Con este fin tuvieron que luchar sin cesar contra las ideologías burguesas y pequeñoburguesas que habían penetrado en el proletariado e incluso en los partidos comunistas. El marxismo-leninismo se impuso en el movimiento obrero y popular de América Latina combatiendo, por un lado, al anarquismo y sus variantes "extremistas", y, por otro, al socialismo reformista y el nacionalismo burgués, cuya manifestación más notoria fue y sigue siendo el aprismo, que trata de subordinar el movimiento de las masas a los intereses de la oligarquía terrateniente y del imperialismo, en particular del imperialismo yanqui, al utilizar una fraseología "de izquierda". En 1920-1930, los partidos comunistas tuvieron que combatir todas las formas de verbalismo seudorrevolucionario trotskista, así como los intentos oportunistas de adaptar al nacionalismo burgués la organización, el programa y la táctica de los partidos comunistas.

* Vittorio Codovilla, "La pénétration du marxisme-leninisme en Amérique Latine", *Nouvelle Revue Internationale*, agosto de 1964, pp. 91-95, 96-99.

Así fue como estos últimos se endurecieron, se convirtieron en verdaderos partidos revolucionarios leninistas y preservaron su independencia de clase a pesar de los enemigos del marxismo-leninismo.

La conferencia de los partidos comunistas que se reunió en Buenos Aires en julio de 1929 desempeñó un gran papel en la vida de los partidos marxistas-leninistas, tanto desde el punto de vista ideológico como del organizativo. Esta conferencia (en la cual participaron los representantes de quince partidos comunistas y obreros de América Latina¹ así como una delegación del Partido Comunista de Estados Unidos) analizó la experiencia acumulada por los comunistas latinoamericanos desde hacía un decenio, sus éxitos y sus debilidades, y por vez primera el carácter de la revolución en América Latina y de sus fuerzas motrices fue definido a la luz de las enseñanzas del marxismo-leninismo.

La conferencia subrayó que Estados Unidos intensificaba su acción para asentar su dominación en la economía de los países latinoamericanos y suplantarlo al imperialismo inglés. Señaló igualmente que si bien Estados Unidos se presentaba ante los pueblos de América Latina como los paladines de la democracia y de la independencia nacional, seguía en realidad una política agresiva y reaccionaria, y se apoyaba ante todo en regímenes dictatoriales (tales como los de Ibáñez en Chile, de Leguía en Perú, de Gómez en Venezuela, de Machado en Cuba, y más tarde de Uriburu en Argentina) que, enarbolando consignas nacionalistas, gobernaban mediante métodos fascistas para reprimir a las masas y facilitar la penetración del imperialismo yanqui, y se apresuraban en confiar la explotación de los yacimientos petroleros y demás riquezas naturales a los monopolios de Estados Unidos.

Por lo tanto, la conferencia se empeñó en recordar que el enemigo número uno de la emancipación nacional era el imperialismo yanqui, el más poderoso y el más rapaz de todos, y que el combate principal debía dirigirse contra él. Y esto tanto más cuanto que en el partido del nacional-reformismo burgués ciertas voces preconizaban una política de conciliación con el imperialismo, afirmando que su penetración se acompañaba de una descolonización progresiva de los países latinoamericanos, y que por esta razón el imperialismo en general, y el imperialismo norteamericano en particular, desempeñaba, según las teorías del APRA, un papel progresista. La conferencia mostró que se trataba en realidad de una colonización reforzada, ya que el imperialismo yanqui, al penetrar en nuestros países, perpetuaba en ellos las formas feudales y semif feudales de propiedad y de explotación. En cuanto a la industrialización,

¹ Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Cuba, Ecuador, Guatemala, México, Panamá, Paraguay, Perú, Salvador, Uruguay, Venezuela (el Partido Comunista de Chile anunció su adhesión, pero no pudo participar en la conferencia debido a la represión que causaba estragos en este país).

si es que existía alguna, solo interesaba a las empresas que pertenecían a los monopolios yanquis o dependientes de ellos, y se traducían por una redoblada explotación de las masas laboriosas.

Al reconocer que los principales enemigos de los pueblos eran el imperialismo norteamericano e inglés y las oligarquías terratenientes, la conferencia se dotaba de los medios para definir correctamente el carácter de la revolución en América Latina, revolución antiimperialista, agraria y democrática burguesa. Por consiguiente, el golpe principal debía asestarse a los terratenientes mediante la aplicación de una reforma agraria radical, y contra la dominación imperialista mediante la expropiación y la nacionalización de las empresas pertenecientes a los monopolios.

En cuanto a las clases y a las capas sociales interesadas en la victoria de la revolución democrática burguesa, la conferencia precisó que si bien no había que subestimar el papel de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional en la lucha antifeudal y antiimperialista, también era importante no olvidar nunca que llega un momento en que estas fuerzas tienden a comprometerse con los grandes propietarios y los monopolios extranjeros, y que, llegadas al poder, acaban por capitular ante ellos. Por lo tanto, las fuerzas motrices de la revolución deben ser los obreros y los campesinos que actúan en alianza estrecha y bajo la hegemonía del proletariado.

La conferencia denunció la actitud del APRA, previniendo contra la peligrosa idea de constituir partidos antiimperialistas que representen a tres clases: la pequeña burguesía, el campesinado y el proletariado, bajo la dirección de intelectuales pequeñoburgueses. Por lo tanto, al mismo tiempo que estimó indispensable una alianza con las fuerzas dispuestas a combatir a los grandes propietarios y a los monopolios imperialistas, la conferencia recomendó fortalecer el partido de vanguardia del proletariado con respecto a la organización y a la ideología allí donde ya existía, y crear uno en los países donde aun no existía, ya que, recalcó, únicamente bajo la hegemonía del proletariado y la dirección de su vanguardia, el partido comunista, podrá llevarse a cabo la revolución democrática, agraria, y antiimperialista, con el objetivo de transformarla en revolución socialista.

La conferencia analizó los diferentes tipos de guerra que podían estallar en América Latina y exhortó a los comunistas, a la clase obrera y a los pueblos a manifestar la más amplia solidaridad con las guerras de liberación nacional como la que dirigía Sandino en Nicaragua.

Llamó a los pueblos de América Latina a luchar contra el peligro de una guerra mundial y a defender a la URSS amenazada de agresión por el imperialismo, en particular por el imperialismo inglés.

Por consiguiente, se puede decir que la conferencia de 1929 asentó fundamentos que, desarrollados y enriquecidos durante los años siguientes, sirvieron de base para la consolidación de los partidos comunistas de América Latina en el plano de la ideología y de la organización, así como para sus programas.

A inicios de los años treinta, ante el creciente peligro de una guerra mundial después de la llegada al poder de Hitler en Alemania, un amplio movimiento se desarrolló, en América Latina igualmente, contra el fascismo y la guerra, movimiento encabezado por los partidos comunistas que cobró una amplitud particular en el momento de la campaña de solidaridad con la República española.

Después de la agresión de las hordas hitlerianas contra la URSS, los partidos comunistas de América Latina dedicaron esencialmente sus esfuerzos a organizar acciones de solidaridad con la Unión Soviética y la coalición antihitleriana.

Durante la segunda guerra mundial y los primeros años de la posguerra, se asistió, en cierto número de países de América Latina, al desarrollo de la industria (sobre todo de la industria ligera); en algunos de ellos (Brasil, México, Argentina y Chile) surgieron principios de industria pesada. Paralelamente, el proletariado aumentaba en número.

Después de la derrota del fascismo en la segunda guerra mundial, gracias ante todo a los esfuerzos del pueblo soviético y de sus ejércitos, y por consiguiente, de la de sus principales partidarios en América Latina, corrientes burguesas y pequeñoburguesas nacionalistas surgieron en algunos de nuestros países, que lanzaron demagógicamente consignas de justicia social y de independencia nacional para tratar de detener los progresos del comunismo y colocar a la clase obrera y a las masas populares bajo su dirección. A este respecto, el fenómeno más típico fue el peronismo en Argentina, que llegó al poder en 1934 mediante un golpe de Estado, y luego, aprovechando el aparato estatal, logró granjearse el apoyo de las masas en las elecciones y extender su influencia en otros países de América Latina.

En Argentina, el peronismo obtuvo en primer lugar su fuerza de las nuevas capas de obreros llegados principalmente de las regiones rurales y que se habían incorporado al proletariado durante los años de desarrollo industrial del período de guerra y de posguerra. Estos obreros, que aspiraban a la justicia social y estaban animados por un gran espíritu combativo, carecían de experiencia política y social. El peronismo pudo granjearse su adhesión no solo debido a sus consignas demagógicas, sino también porque pudo satisfacer algunas de las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores, gracias a la coyuntura favorable

por la que atravesó Argentina en aquella época, ya que vendía a buenos precios alimentos y materias primas a los países beligerantes.

Pero, llegados al poder, los peronistas se negaron a aprovechar esta coyuntura favorable para realizar las reformas radicales que habían prometido. Para ellos, la reforma agraria consistía en la adquisición de tierras mediante indemnización, de tal modo que no se perjudicaran los intereses de los latifundistas cuyas propiedades permanecieron intactas, y aun a veces se ensancharon, la nacionalización de las empresas extranjeras tuvo por contrapartida (y fue en efecto el caso para los ferrocarriles) el pago de compensaciones elevadas con el fin de no afectar en absoluto los intereses de los imperialistas.

En el exterior, el peronismo pretendió seguir una “tercera vía”, que no hay que confundir con la actitud actual de los países “no comprometidos”, que contribuye en lo esencial al mantenimiento de la paz. En cuanto al propio Perón, que pensaba que una nueva guerra mundial era inevitable, esta vez entre Estados Unidos y la URSS, declaraba que en caso de conflicto Argentina debería participar al lado de Estados Unidos, ya que era parte integrante de la “civilización occidental y cristiana”. Por lo tanto, Perón persiguió a los comunistas y a las demás fuerzas progresistas en vez de buscar su alianza para llevar a cabo el programa prometido al pueblo.

El Partido Comunista de Argentina, así como los demás partidos comunistas de América Latina, se esforzó por ayudar a la clase obrera a liberarse de las ideas nacionalistas burguesas y a asimilar la ideología del proletariado, el marxismo-leninismo, a fin de que pudiera asumir el papel dirigente en el bloque de las fuerzas obreras, democráticas y populares que luchan por la revolución democrática, agraria y antiimperialista, por una perspectiva socialista.

Durante los primeros años de posguerra, los partidos comunistas de América Latina tuvieron que combatir igualmente la desviación browderista que, so pretexto de la lucha antifascista y de la unidad de todas las fuerzas democráticas y progresistas para aniquilar los restos del fascismo e instaurar regímenes democráticos, preconizaba la necesidad de disolver los partidos comunistas y crear frentes democráticos nacionales en los cuales las fuerzas comunistas se diluirían. Browder pensaba que podían firmar acuerdos los Estados Unidos imperialistas y la URSS socialista para garantizar el desarrollo económico de los países coloniales y dependientes sin crisis ni conflictos. De este modo hacía revivir la teoría, más peligrosa que nunca, del papel progresista del imperialismo. Esta corriente nefasta, que no dejó de influir en ciertos dirigentes de varios partidos comunistas de América Latina, fue vigorosamente combatida, luego aplastada, en el plano ideológico.

Simultáneamente, varios partidos comunistas tenían que luchar contra las corrientes sectarias que negaban la necesidad de una política de amplias alianzas con el fin de impulsar a las masas, tanto para hacer triunfar sus reivindicaciones inmediatas –económicas, sociales y políticas– como para alcanzar el objetivo fundamental de la revolución democrática, agraria y antiimperialista.

Esta lucha fortaleció ideológicamente a los partidos comunistas de América Latina. Pudieron así enfrentarse con éxito a la peligrosa desviación trotskizante, dogmática y aventurera, impregnada de ideas chovinistas burguesas, que es la de los dirigentes del Partido Comunista de China. Estos últimos, utilizando métodos inadmisibles en las relaciones entre partidos hermanos, tratan de imponer a nuestros partidos su línea antimarxista y antileninista y, si no lo logran, intentan dividirlos, como lo hicieron en varios países. Pisotean los documentos internacionales adoptados en las Conferencias de 1957 y 1960, documentos que firmaron ellos mismos.

Por esta razón cada partido comunista tiene conciencia de que su unidad y la unidad del movimiento comunista mundial requieren una lucha intransigente contra la línea que los dirigentes chinos tratan de imponer al movimiento comunista mundial. El hecho de que ningún partido comunista de América Latina apoye la posición de los dirigentes chinos demuestra la madurez ideológica y política de estos partidos. Todos repudian la política de escisión y estrechan filas, lo mismo que el conjunto del movimiento comunista internacional, en base al marxismo-leninismo, y todos reconocen el papel de vanguardia del glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética.

LUIS CORVALÁN
*El Gobierno Popular**

Poco después del triunfo electoral de Salvador Allende y la constitución del gobierno de la Unidad Popular (noviembre de 1970), Luis Corvalán publica en la Nouvelle Revue Internationale, órgano del movimiento comunista mundial (pro soviético), un artículo que desarrollaba los ejes estratégicos esenciales que iban a orientar al Partido Comunista Chileno durante los tres años de la UP. Esta estrategia se fundaba en dos supuestos fundamentales: la posibilidad de gobernar en cooperación con la Democracia Cristiana y la lealtad de las Fuerzas Armadas hacia el régimen constitucional.

Luis Corvalán fue detenido después del putsch de septiembre de 1973 y recluido en un campo de concentración por la Junta Militar.

A tres meses de la elección y a un mes de constituido el Gobierno Popular, la correlación de fuerzas ha cambiado en favor del nuevo régimen. Aunque en la oposición la Democracia Cristiana no está en guerra contra el gobierno, la mayoría de ella se halla en ánimo de apoyar algunos proyectos y medidas. Y lo que es tanto o más importante, las masas populares que votaron por su candidato cierran filas junto a los partidos de izquierda. Incluso en un sector de los que sufragaron por Alessandri se observan actitudes positivas.

Estos hechos abren las posibilidades de consolidar y ampliar la unidad de todas las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas.

En virtud del carácter mismo de la revolución chilena, de los intereses de clases y capas populares, de la necesidad de aislar a los reaccionarios, de derrotar sus maniobras sediciosas, de impedir la intervención extranjera, de enfrentar las presiones imperialistas, de darle, en fin, un respaldo nacional al gobierno, en virtud de todo esto puede y debe desarrollarse todavía más la unidad del pueblo y convertirse éste en una fuerza realmente invencible. ¡Tal es la cuestión principal que hay que resolver en los días que corren!

Como ha dicho el Presidente de Chile, Salvador Allende, su elección no fue la victoria de un hombre, sino el triunfo de un pueblo.

Fue el triunfo de una vasta conjunción de fuerzas sociales y políticas agrupadas en torno a un programa de profundas transformaciones revolucionarias.

* Luis Corvalán, "Chile, el pueblo al poder", *Revista Internacional* N° 12, diciembre de 1970, en L. Corvalán, *Camino de Victoria*, ed. de homenaje al cincuentenario del PCCh, Santiago de Chile, septiembre de 1971, pp. 424-26.

El Programa contempla la nacionalización de las riquezas básicas extractivas en poder del capital monopolista extranjero y de la oligarquía financiera; la nacionalización de la banca privada, de los seguros, del comercio exterior y de los monopolios de distribución, de los monopolios industriales estratégicos y en general de aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país. También incluye llevar adelante, con mayor profundidad y claridad, la reforma agraria iniciada por el gobierno demócratacristiano.

Bajo el Gobierno Popular habrá tres áreas en la economía: el área de propiedad social formada por las empresas que actualmente posee el Estado más las que se expropien; el área privada, constituida por los artesanos y los pequeños y medianos comerciantes, agricultores e industriales, y el área mixta, compuesta por aquellas empresas donde se combinen los capitales del Estado y los particulares. [...]

En cuanto a las Fuerzas Armadas, la Unidad Popular está por el afianzamiento de su carácter nacional y de su sentido profesional, por su “formación técnica abierta a todos los aportes de la ciencia militar”, por hacer posible “su contribución al desarrollo económico del país” sin perjuicio de su labor esencial de defensa de la soberanía nacional y en materias afines a su función. Sobre estas bases –dice el Programa– es “necesario asegurar a las Fuerzas Armadas los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, promociones y jubilaciones que garanticen a oficiales, suboficiales, clases y tropas la seguridad económica durante su permanencia en las filas y en las condiciones de retiro y la posibilidad efectiva para todos de ascender atendiendo a sus condiciones personales”.

Como ha señalado reiteradamente el Presidente Allende, los partidos de la Unidad Popular no han llegado al poder en lucha contra las Fuerzas Armadas o contra una parte de las mismas. Además, éstas se mantuvieron al margen de la pugna por el gobierno y una vez lograda la victoria popular, luego de ser ésta ratificada por el Congreso Pleno, la han reconocido expresamente.

Es cierto que no se debe pasar por alto las condiciones en que han sido formadas y sobre todo, la educación y el entrenamiento que han recibido en los últimos decenios, bajo la inspiración del Pentágono. Pero no por esto se las puede calificar de obsecuentes servidores del imperialismo y de las clases dominantes. En ellas impera el espíritu profesional y el respeto al gobierno establecido de acuerdo a la Constitución. Además, el Ejército y la Marina nacieron en la lucha por la independencia. Los soldados y suboficiales de las tres instituciones armadas provienen de capas sociales modestas y casi todos los oficiales han salido de las capas medias. Hace ya tiempo que la oligarquía

y la burguesía más ricachona dejaron de interesar a sus hijos en la carrera militar. En especial se debe tener presente que ya no hay institución que permanezca impermeable a las conmociones sociales, cerrada a los vientos que corren en el mundo, ajena o indolente al drama de los millones y millones de seres humanos que viven en la miseria más atroz.

La actuación que le cupo a buena parte del Ejército Dominicano durante la invasión yanqui de su territorio y el carácter progresista del gobierno militar del Perú demuestran que las Fuerzas Armadas no deben ser miradas con criterio dogmático.

Es verdad que los institutos militares también necesitan cambios; pero éstos no pueden serles impuestos. Deben surgir de su propio seno, por su propio convencimiento. En lo demás, el tiempo y la vida hablarán.

En conclusión, la cuestión del carácter del Estado y de sus instituciones y la cuestión del rol de la clase obrera, requieren ante todo soluciones prácticas. Esto es lo que se busca, sobre la base de ir siempre afianzando –y no debilitando– la unidad del pueblo, la cohesión y la operatividad del nuevo gobierno. Es claro que esto no se da de un día para otro. Pero el carácter de las fuerzas que toman la dirección del país permite señalar que se trata de un cambio esencial en la composición y en la orientación de clase del gobierno y que a este mismo cambio se debe llegar en toda la institucionalidad. El nuevo Estado de Derecho debe ser un Estado Popular.

JORGE DEL PRADO
*¿Revolución en el Perú?**

La aparición de regímenes militares llamados nacionalistas en América Latina no es un fenómeno nuevo, pero cobra en el período actual características particulares.

En 1968, una Junta Militar presidida por el general Velasco Alvarado toma el poder y decreta rápidamente una serie de reformas: nacionalizaciones (petróleo, etcétera), reforma de la empresa, reforma agraria, etcétera. El Partido Comunista Peruano aportará un creciente apoyo al nuevo régimen, como lo muestra este artículo de su secretario general, publicado en 1971. Para Jorge del Prado, las transformaciones realizadas por los militares nacionalistas “alejan poco a poco” al Perú del capitalismo y lo llevarán en último análisis al socialismo, si el gobierno “persiste en su voluntad de progreso económico y social”.

La orientación del PC peruano es característica de la orientación de la mayoría de los partidos comunistas frente al fenómeno de la corriente militar reformadora, que se convierte –incluso allí donde no está en el poder– en una pieza clave en su análisis y su estrategia.

Las modificaciones estructurales que tienen lugar en el país gozan del apoyo de los campesinos, de los obreros del petróleo y de los obreros agrícolas. Diariamente se extiende la unidad del proletariado en el seno de la Confederación General de los Trabajadores del Perú, que se pronuncia resueltamente por transformaciones revolucionarias. Todo esto equivale a un nuevo reparto de las fuerzas de clases.

La “Doctrina Velasco”

En estas condiciones se formuló la “Doctrina Velasco” y se promulgaron las leyes sobre la industria y la “comunidad industrial”, marcando el inicio de una nueva etapa, un salto cualitativo en el proceso revolucionario.

El presidente de la República formuló cuatro principios fundamentales de la política del gobierno: 1) las principales riquezas y los recursos naturales del país deben pertenecer al Estado; 2) el desarrollo económico debe responder no a la sed de lucro de ciertas personas y de ciertos grupos, sino a los intereses del país; 3) las inversiones extranjeras también deben corresponder

* Jorge del Prado, “¿Revolución en el Perú?”. *Nouvelle Revue Internationale*, febrero de 1971, pp. 215-16, 219-22.

a los intereses nacionales; 4) todas estas medidas deben contribuir al fortalecimiento de la independencia del país y al mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo.

Las leyes promulgadas por el nuevo gobierno prevén la instauración de la propiedad estatal de la producción de los medios principales de producción, la planificación del desarrollo industrial del país, la participación de los trabajadores en el reparto de las utilidades y de las acciones y en la gestión de las empresas.

Todo esto supera el marco habitual de las relaciones de producción capitalistas. Se limita la propiedad capitalista privada de los medios de producción y la apropiación de la plusvalía por los capitalistas. La planificación obligatoria en el interés del país termina con la libre competencia y la anarquía de la producción, a condición, por supuesto, de que estas medidas se apliquen al pie de la letra.

Los imperialistas y la oligarquía local ponen el grito en el cielo y califican lo que ocurre de “socialismo oculto” y de “procomunismo”. Para responder a estas afirmaciones, el gobierno declara que se trata de una nueva vía de desarrollo, ni capitalista, ni comunista, que elimina la explotación, los abusos, la rapacidad del capitalismo y la “deshumanización” del socialismo. Naturalmente, aunque no estemos de acuerdo con esta última afirmación, compartimos el punto de vista del gobierno, que piensa que las transformaciones que se realizan en el Perú nos alejan poco a poco del capitalismo. El presidente Velasco y sus colaboradores denuncian abiertamente el sistema capitalista como un régimen inhumano y como el principal responsable del estado de dependencia y del subdesarrollo de nuestro país.

Admitimos igualmente que la revolución en el Perú no es socialista y por consiguiente muy alejada del comunismo. Pero si bien respetamos la opinión del gobierno, no creemos en la posibilidad de una tercera vía, ni para el Perú, ni para otro país. El problema radica en que, pese al deseo loable de los miembros más progresistas del gobierno revolucionario de lograr la “armonía social” y pese a nuestra voluntad de llevar a cabo transformaciones revolucionarias sin recurrir a la violencia, la coexistencia permanente y pacífica del proletariado y de la burguesía (así como del imperialismo y del movimiento de liberación nacional) es imposible debido a las leyes objetivas del desarrollo social. Tampoco resulta posible conjugar por mucho tiempo la propiedad privada y la propiedad colectiva de los medios de producción en el seno de una misma empresa. No se puede asegurar el desarrollo de las fuerzas productivas en beneficio de la sociedad entera sin socializar todos los medios de producción. Por lo tanto, la “comunidad industrial” solo puede ser

una etapa transitoria que llevará al socialismo con el tiempo si, como lo esperamos, el gobierno persiste en su voluntad de progreso económico y social,

la aprueban. No se trata únicamente de formular y difundir un programa político, sino también de ponerlo en práctica. Alentamos sin reservas la participación consciente de la clase obrera organizada en la defensa y la extensión de las transformaciones antiimperialistas, antioligárquicas y progresistas que se llevan a cabo en el país. Desplegamos igualmente grandes esfuerzos para asegurar la participación organizada de los estudiantes, de los campesinos, de las capas no proletarias de la población de las ciudades, del pueblo entero, en este proceso.

Los comunistas ven claramente la vía que tienen que seguir. Apoyamos al gobierno que marcó el inicio de la revolución antiimperialista y antioligárquica por la cual siempre hemos luchado. Pero no olvidamos el papel de nuestro partido y la hegemonía del proletariado. La revolución en el Perú no ha llegado más que a su primera etapa. No olvidamos nuestra misión histórica y hacemos todo lo posible por llevarla a cabo.

Proceso revolucionario y conspiración contrarrevolucionaria

¿Acaso puede decirse que la revolución antiimperialista y antilatifundista se desarrollará con éxito? ¿Acaso es justo pensar que ningún peligro la amenaza y que su camino será simple?

Si se examina la situación dentro del país y en el mundo, se puede decir, casi con certeza, que las conquistas logradas son irreversibles. Pero esto no significa que la revolución entre en un período de desarrollo y que ningún peligro la amenace. El imperialismo aun no está vencido, aunque sufra duras derrotas. Durante un mitin en Lima, el 3 de octubre de 1970, el presidente Velasco Alvarado recalcó las numerosas dificultades que el país debe enfrentar.

Quedan por resolver muchos problemas heredados del pasado. Habrá que nacionalizar varias empresas imperialistas, reformar el sistema de enseñanza, etcétera.

El aparato de Estado, sus importantes instituciones como la policía política, el poder local, están impregnados de conservadurismo, de burocratismo, de oportunismo, de espíritu reaccionario y de corrupción. Es en este ámbito que se corren los mayores peligros de sabotaje, de conspiración de la oligarquía y del imperialismo.

No se ha superado aun la crisis económica y los graves problemas que de ella derivan permanecen sin solución. Se observa, por ejemplo, un hecho paradójico. Por una parte, después de la nacionalización del petróleo y del comercio de los minerales, y del establecimiento de un control de cambios, etcétera, el déficit de la balanza de pagos y del presupuesto del Estado fue borrado por vez primera en seis años. Hay cuatrocientos millones de reservas

en divisas en la Banca de Reserva y en el Banco Nacional. Por otra, el desempleo total y parcial afecta a quinientas mil personas y el índice del salario real bajó, entre enero de 1967 y noviembre de 1969, 25.5 puntos. Esto se debe a que los depositarios retiran su dinero del banco, mientras que los jefes de empresas recurren a despidos masivos de trabajadores y a otras medidas que disminuyen su nivel de vida.

Los estudiantes, los intelectuales y algunas otras capas de la población desconfían cada vez más del régimen militar. Esta desconfianza tiene raíces históricas y se encuentra alimentada por los medios de información y de propaganda de los enemigos del pueblo.

Pensamos que hace falta añadir a estos obstáculos el peligro de las tendencias de la “tercera vía”. Al querer darle fundamentos históricos, sus adeptos acaban por alimentar el anticomunismo y enjuiciar el sincero y resuelto apoyo que la clase obrera, los trabajadores del campo y las masas no proletarias otorgan al gobierno y a su política de transformaciones fundamentales.

Nueva fase del proceso revolucionario

La promulgación de la ley general sobre la industria y de la ley sobre la “comunidad industrial” marcó el inicio de una nueva fase en el proceso revolucionario. Éste incluye las siguientes particularidades: las medidas tomadas afectan no solo los intereses de los imperialistas y de los latifundistas, sino también los aspectos más nocivos de las relaciones de producción capitalistas. La participación de la clase obrera en las transformaciones se vuelve activa, organizada, consciente y decisiva. Se ha constituido un frente unido de las fuerzas populares; las corrientes que forman parte de él acordaron una alianza con los medios militares revolucionarios. Siete organizaciones forman actualmente el núcleo de este movimiento de masas: la Confederación General de Trabajadores del Perú, la Central General de las Nuevas Ciudades, la Asociación de los Sargentos, de los Soldados y de los Marineros, la Federación de Campesinos “Tupac Amaru”, la Asociación Nacional de Cooperativas, la Brigada Nacional de Voluntarios para la Reforma Agraria y la cooperativa “Prensa y Pueblo”; la acción coordinada y consecuente de estas organizaciones atraerá a todos los peruanos dispuestos a luchar resueltamente para alcanzar los objetivos más elevados de la revolución.

PARTIDO COMUNISTA MEXICANO

*Por el pluralismo socialista**

El Partido Comunista Mexicano fue durante mucho tiempo uno de los más incondicionalmente stalinistas de América Latina. Algunos de sus dirigentes (Siqueiros) participaron directamente en el primer intento de asesinar a Trotsky en 1940; uno de los principales líderes del partido, Valentín Campa, fue excluido en esa época porque no quería comprometer a los comunistas mexicanos en el homicidio del fundador del Ejército Rojo. Todavía en 1945, el periódico del PCM publicaba artículos con el título evocador “Aplastar a los reptiles trotskistas es una tarea de todos los antifascistas” y exigía del gobierno mexicano la prohibición del pequeño grupo trotskista mexicano (véase La Voz de México, órgano del PCM, 13 de mayo de 1945).

A partir de los años sesenta, empieza a producirse un cambio importante: la dirección del partido se renueva, el PCM guarda sus distancias hacia la URSS y condena la invasión de Checoslovaquia (será uno de los pocos partidos comunistas latinoamericanos en hacerlo). Valentín Campa es “rehabilitado” y vuelve a la dirección del partido (en 1976, es candidato en las elecciones presidenciales, apoyado por un frente que incluye a los trotskistas mexicanos).

El documento que publicamos aquí es el mensaje enviado por el PCM al PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), sección mexicana de la Cuarta Internacional, con motivo de su Congreso Extraordinario de septiembre de 1977 (durante el cual se le unieron otros dos grupos trotskistas mexicanos). Afirma dos principios importantes, sintomáticos de cierta ruptura con el pasado: la unidad de acción con la izquierda revolucionaria (incluso con los trotskistas) y el pluralismo de los partidos obreros en la construcción del socialismo.

El conjunto del planteamiento del PCM es bastante excepcional con respecto al resto del movimiento comunista tradicional en América Latina.

Compañeros delegados:

Reciban a nombre del Comité Central del Partido Comunista Mexicano un fraternal y revolucionario saludo, así como nuestros mejores deseos para que los acuerdos y resoluciones adoptados en este evento hagan avanzar el proceso de la lucha revolucionaria que hoy tiene lugar en nuestro país.

El momento político en el que se realiza este Congreso es de gran importancia e interés para todos los revolucionarios pues ustedes y nosotros somos no solo testigos de las diversas acciones de la lucha que hoy se desarrolla

* “Saludo del PCM”. *La Internacional*, N° 5-6, México, septiembre-diciembre de 1977.

en México, sino actores y participantes de ellas. Vivimos y actuamos en un país que padece una profunda crisis política y económica que ha llevado a una quiebra total de la cual no podrá recuperarse; todo su sistema político constituido para someter y controlar a las masas trabajadoras se está viniendo abajo y mostrando su quiebra; el sistema de partidos ya no engaña a nadie, el charrismo sindical es puesto en jaque constantemente por el proletariado; en el campo las masas pasan a la acción y se organizan independientemente; éstos son los inicios del descontento que culminará si las fuerzas revolucionarias cumplimos nuestro papel en cambios de fondo.

En medio de esta situación estamos haciendo todo lo posible para que las fuerzas revolucionarias que pugnamos por la revolución socialista y que constituimos una alternativa a la situación de hoy, podamos marchar cada vez más unidas y avanzar hacia el objetivo que nos proponemos.

Los comunistas mexicanos no somos pesimistas respecto al proceso de unidad que hoy viven ustedes, al contrario, nos da gusto que se desarrollen, fortalezcan y superen como un partido serio, maduro, consolidado y revolucionario, pues estamos lejos de pensar que en la próxima revolución en México solo estarán presentes los comunistas; la revolución la harán las masas y en ella participarán los partidos obreros revolucionarios, el más capaz será quien dirigirá. Somos partidarios de que en el socialismo puedan existir pluralidad de partidos obreros y será la capacidad científica y revolucionaria de esos partidos lo que los colocará a la vanguardia de la clase obrera y la conduzca a la tarea de construir la sociedad socialista.

Estamos por la unidad de acción con ustedes, nos interesa estrecharla, fortalecerla y multiplicarla, aun más de lo que hasta ahora hemos hecho; nos complace sobremanera y consideramos que podemos poner como ejemplo de unidad de acción las diversas actividades revolucionarias conjuntas llevadas a cabo por nuestros comités regionales en el Valle de México, cuestión que debería ser tomada en cuenta por el conjunto de nuestros partidos.

Somos conscientes y estamos claros de las discrepancias políticas e ideológicas que tenemos mutuamente, pero hoy es mucho más lo que nos une, aun tenemos un largo camino que recorrer juntos y en ese camino, compañeros, debemos ir resolviendo y discutiendo nuestras diferencias, pues ponerlas hoy en el primer plano simplemente nos alejaría de la unidad: hagamos hoy el recorrido que corresponde para que mañana podamos recorrer el otro tramo sin que se convierta en un obstáculo.

Compañeros, hace solo tres meses –no lo olvidamos– vuestro Partido fue víctima de una agresión reaccionaria en la que perdió la vida el camarada Alfonso Peralta; de nuevo queremos reiterar nuestra solidaridad militante

en este Congreso y nos unimos a ustedes en el homenaje que hoy se le rinde a ese luchador revolucionario. Queremos dejar patente también de que en los comunistas mexicanos encontrarán unos aliados firmes, leales, honestos y revolucionarios. ¡Viva el Primer Congreso Extraordinario del PRT!

CARLOS NELSON COUTINHO

*La democracia como valor universal**

Excelente conocedor de Gramsci y Lukacs –uno de los primeros en introducirlos en Brasil–, Carlos Nelson Coutinho ocupa un lugar especial en el panorama del pensamiento comunista brasileño y latinoamericano. En los años 70 y 80, fue uno de los principales animadores –junto con el filósofo Leandro Konder–, de una corriente de inspiración “eurocomunista” dentro del Partido Comunista Brasileño. La afirmación de “la democracia como valor universal”, en el libro del mismo título publicado en 1980, tuvo gran impacto y provocó numerosos debates en la izquierda brasileña. Carlos Nelson Coutinho se alejó del PCB en los años 80 e ingresó, un tiempo después, al Partido de los Trabajadores.

1. Premisa

La cuestión de los vínculos entre socialismo y democracia marcó siempre, desde los inicios, el proceso de formación del pensamiento marxista, y estuvo, directa o indirectamente, en la raíz de innumerables controversias que marcaron y marcan la historia de la evolución de ese pensamiento. Así, no se debe olvidar que Marx, antes de emprender su monumental obra crítica de la economía política, ya había esbozado en sus primeras obras de juventud (*Crítica de la filosofía hegeliana del derecho público*, *La cuestión judía*, etc.) los presupuestos de una crítica de la política, de una crítica de la democracia representativa burguesa; ni que Engels se preocupó, hacia el fin de su vida, de las nuevas condiciones que la conquista del sufragio universal (la ampliación de la democracia política) presentaba al movimiento obrero socialista (recuérdese la célebre introducción de 1985, a la reedición de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx).

Después de la muerte de Engels, con el cambio de siglo, vuelve a aparecer la cuestión del valor de la democracia en las polémicas entre “revisionistas” y “ortodoxos” cuando frente a la tentativa de Bernstein de sustituir el supuesto “blanquismo” de Marx por una versión aguada del liberalismo, Kautsky y los “ortodoxos” se limitaron a repetir dogmáticamente una versión empobrecida del marxismo, un conjunto de fórmulas incapaces de dar cuenta de los nuevos hechos sobre los cuales ya Engels llamó la atención del movimiento obrero. En el momento en que también Kautsky se alinea junto a la concepción liberal

* Carlos Nelson Coutinho, *A democracia como valor universal*, Libreria Editora Ciências Humanas, São Paulo, 1980, pp. 19-21 y 32-36

de los “revisionistas”, la cuestión democrática resurge entre los principales representantes de la izquierda marxista, en la época inmediatamente posterior a la Revolución de Octubre; basta recordar la polémica entre Rosa Luxemburgo, por un lado, y Lenin y Trotsky, por otro, acerca de la conservación de ciertas instituciones democráticas bajo el gobierno proletario que surgirá de esa revolución.

Más tarde, la tentativa stalinista de generalizar acríticamente para el Occidente el modelo de transición seguido por los bolcheviques, condujo al movimiento obrero a derrotas trágicas: ya en los 30, ante la expansión del fenómeno fascista, la política del “Frente Popular” –teorizada sobre todo por Dimitrov– consagra una nueva actitud de los comunistas frente al valor de la democracia. Es ese mismo momento, en las cárceles de Mussolini, Antonio Gramsci –esforzándose por pensar las diferencias estructurales entre las formaciones sociales de “Oriente” y de “Occidente”– echó las bases para una refundación de la teoría marxista de transición al socialismo, colocando en el centro de esa transición, la cuestión democrática.

Y si hoy se generaliza entre los marxistas occidentales una actitud crítica frente a determinados aspectos del “modelo soviético”, ya no considerado como modelo único o universal de socialismo, ello resulta en gran parte en la emergencia de una nueva concepción del vínculo entre socialismo y democracia por parte de esos marxistas. Esa nueva concepción fue sintetizada expresivamente por Enrico Berlinguer en el discurso que pronunció en Moscú en 1977, con ocasión del 70 aniversario de la Revolución de Octubre. “La democracia es hoy no solamente el terreno en el cual es obligado a retroceder el adversario de clase, sino que es también el valor históricamente universal sobre el cual fundar una sociedad socialista original”¹. Precisamente por ser universal, el valor de la democracia no se limita a áreas geográficas. Porque si hay algo de universal en las reflexiones teóricas y la práctica política de lo que hoy se llama “eurocomunismo”, ese algo es un modo nuevo –un modo *dialécticamente* nuevo, no una novedad metafísicamente concebida como *ruptura absoluta*– de concebir esa relación entre democracia y comunismo.

Una prueba de la universalidad de la cuestión democrática son las esclarecedoras polémicas que tienen lugar hoy entre las fuerzas progresistas brasileñas, relativas al significado y al papel de la lucha por la democracia en nuestro país. Esas polémicas tienen lugar inclusive entre grupos políticos y personalidades que dicen inspirarse en el patrimonio teórico de Marx, Engels y Lenin. Se puede constatar fácilmente, en ese sentido, la presencia de diferentes e incluso contradictorias concepciones de democracia entre las corrientes

¹ Citado por Lucio Lombardo Radice, “*Un socialismo da inventare*”, Roma, 1979, p. 126.

que se proponen representar los intereses populares y, en particular, los de las masas trabajadoras. Se trata de un hecho normal y hasta saludable, en tanto no se pierda de vista la necesidad imperiosa de acentuar –al menos en la presente coyuntura– lo que une a todos los opositores, o sea, la lucha por la conquista de un régimen de libertades político-formales que ponga definitivamente término al régimen de excepción que, a pesar de la fase de transición que estamos viviendo, aun domina en nuestro país.

No creo que ninguna organización responsable ponga hoy en duda la importancia de esa unidad en torno a las luchas por las libertades democráticas. Todavía hay corrientes y personalidades que revelan tener una visión estrecha, instrumental, puramente táctica de la democracia; según esa visión –aunque útil para las luchas de las masas populares, para su organización y la defensa de sus intereses económico-corporativos–, la democracia no sería, en última instancia y por *su propia naturaleza*, sino una forma de dominación de la de la burguesía, o, más concretamente, en el caso brasileño, de los monopolios nacionales o internacionales.

Esa visión estrecha se basa, sobre todo, en una errada concepción de la teoría marxista del Estado, en una falsa y mecánica identificación entre democracia política y dominación burguesa. Implica, en segundo lugar, aunque a veces solo tácitamente, una concepción equivocada de las tareas que se plantean actualmente al conjunto de las fuerzas populares brasileñas; esas tareas no pueden ser identificadas con la lucha inmediata por el socialismo, pero sí con un combate arduo y probablemente largo por la creación de los *presupuestos* políticos, económicos e ideológicos que harán posible el establecimiento y la consolidación del socialismo en nuestro país.

Nuestro objetivo, en el presente ensayo, consiste en esbozar sumariamente –mucho más planteando interrogantes que proponiendo respuestas sistemáticas– los tópicos esenciales de esos dos órdenes de cuestiones. En primer lugar, intentaremos indicar cómo el vínculo entre socialismo y democracia, cómo los desdoblamientos mientras requeridos por la evolución histórica, son parte integrante del patrimonio categorial del marxismo y, en segundo lugar, mostraremos cómo la *renovación democrática* del conjunto de la vida nacional –en cuanto elemento indispensable para la creación de los presupuestos del socialismo– no puede ser encarada como un objetivo táctico inmediato, sino que aparece como el contenido estratégico de la actual etapa de la revolución brasileña [...]

2. El caso brasileño: la renovación democrática como alternativa a la "vía prusiana".

El valor de la democracia política para las corrientes de izquierda en nuestro país gana dimensión aun más concreta –yendo más allá del plano teórico-abstracto que esbozamos más arriba– si analizamos las vicisitudes de la historia brasileña, si situamos dialécticamente los problemas de hoy en el amplio cuadro histórico de la formación nacional. No me refiero solo al hecho de que el pueblo brasileño está hoy frente a una tarea *democrática* urgente y prioritaria: la de derrotar al régimen de excepción implantado en nuestro país desde 1964 y, con ello, construir un régimen político que asegure las libertades fundamentales. El problema de la democracia, incluso en sus límites meramente formales liberales, es así el problema decisivo de la vida brasileña hoy. Pero el valor de la democracia adquiere para nosotros una dimensión más profunda (y ya aquí superando dialécticamente, en el sentido antes indicado, la democracia puramente liberal) cuando tomamos conciencia del hecho de que el régimen de excepción vigente es "solo" la expresión actual –expresión extrema y radicalizada– de una tendencia dominante a lo largo de la historia brasileña. Me refiero al carácter elitista y autoritario que marca toda la evolución política, económica y cultural de Brasil, incluso en sus breves períodos "democráticos".

Como se ha señalado otras veces, las transformaciones políticas y la modernización económico-social en Brasil fueron siempre efectuadas en el cuadro de una "vía prusiana", o sea, por medio de la conciliación entre fracciones de las clases dominantes, de medidas aplicadas de arriba hacia abajo, conservando los trazos esenciales de las relaciones de producción atrasadas (del latifundio) y con la reproducción (ampliada) de la dependencia del capitalismo internacional². Esas transformaciones "por lo alto" tuvieron como causa y efecto principales la permanente tentativa de marginar a las masas populares no solo de una participación activa en la vida social en general, sino sobre todo en el proceso de formación de las grandes decisiones políticas nacionales. Los ejemplos son innumerables: quien proclamó nuestra independencia política fue un príncipe portugués en una típica maniobra "por lo alto";

² Entre los autores que analizaron aspectos de la historia brasileña valiéndose del concepto de "vía prusiana", se pueden citar: C. N. Coutinho "O significado de Lima Barreto en la literatura brasileña", en *Realismo e Ante-Realismo na Literatura Brasileira*, Río de Janeiro, 1974, p. 1-56; J. Chasin, *O integralismo de Plínio Salgado*, São Paulo, 1978, p. 621 y sig.; Luiz Werneck Vianna, *Liberalismo e sindicato no Brasil*, Río de Janeiro, 1976, especialmente p. 128 y sigs.; e Ivan de Otero Ribeiro "A importância de exploração familiar camponesa na América Latina", en *Temas de Ciencias Humanas*, São Paulo, 1978, vol. 4, pp. 143-159.

la clase dominante del Imperio fue la misma de la época colonial; quien terminó capitalizando los resultados de la proclamación de la República (también proclamada “por lo alto”) fue la vieja oligarquía agraria; la Revolución de 1930, no pasó –a pesar de todo– de ser una rearticulación del antiguo bloque de poder que cooptó –y de ese modo, neutralizó y subordinó– a algunos sectores más radicales de las capas medias urbanas; la burguesía industrial floreció bajo la protección de un régimen bonapartista, el Estado Nuevo (o Estado Novo) que aseguró por la represión y la demagogia la neutralización de la clase obrera, al mismo tiempo que conservaba el poder del latifundio casi intocado, etc. Pero esa modalidad de “vía prusiana” (Lenin, Lukacs) o de “revolución-restauración” (Gramsci) encontró su punto más alto en el actual régimen militar, que creó las condiciones políticas para la implantación en nuestro país de una modalidad dependiente (y conciliada con el latifundio) de capitalismo monopolista de Estado, radicalizando hasta el extremo la vieja tendencia a excluir, tanto de los frutos del progreso cuanto de las decisiones políticas, a las grandes masas de la población nacional.

Para el conjunto de las fuerzas populares se plantea una tarea de amplio alcance: la lucha para invertir esa tendencia elitista o “prusiana” de la política brasileña y para eliminar sus consecuencias en diversas esferas del ser social brasileño. (Y no hay que olvidar, antes de nada, que la “vía prusiana” llevó siempre a la construcción de las superestructuras adecuadas a la dominación de una pequeña oligarquía –primero latifundista, hoy monopolista– sobre la abrumadora mayoría de la población). La lucha por la eliminación del “prusianismo” se confunde con una profunda *renovación democrática* del conjunto de la vida brasileña. Esa renovación aparece, por lo tanto, no solo como la alternativa histórica a la “vía prusiana”, como el modo de realizar en condiciones nuevas las tareas que dejó abiertas en nuestro país la ausencia de una revolución democrático-burguesa, pero también –y precisamente por eso– como el proceso de creación de los presupuestos necesarios para un avance de Brasil rumbo al socialismo.

Una consecuencia directa de la “vía prusiana” fue una gran debilidad histórica de la democracia en Brasil. Esa debilidad no se expresa solo en el plano del pensamiento social (recuérdese el carácter conciliador de nuestro liberalismo, inclusive las tradiciones autoritarias y “golpistas” que marcaron y marcan todavía buena parte del pensamiento de izquierda entre nosotros) y tienen consecuencias también en la propia estructura de relación entre el Estado y la sociedad civil, ya que al carácter extremadamente fuerte y autoritario del primero corresponde a la naturaleza amorfa y atomizada de la segunda. Hasta incluso en los períodos en que vivíamos bajo regímenes formalmente liberales

(sobre todo, en el período 1954-1964), los partidos políticos y los organismos de masa tendieron casi siempre a ser “correas de transmisión” del Estado, reservas en las cuales el poder ejecutivo cooptaba a sus burócratas; en suma, mecanismos que orientaban la conciliación “por lo alto”. Las tendencias a la autoorganización-popular cuando no eran directamente reprimidas, sufrían la dura competencia de un Estado que, presentándose como “benefactor”, se relacionaba directamente con individuos atomizados y no con organizaciones colectivas (tendencias –pero solo tendencias– a invertir esa situación ocurrirán en los años inmediatamente anteriores a 1964). Esa debilidad histórico-estructural de la democracia, aliada a la presencia de un régimen abiertamente autoritario, hizo que el proceso de renovación democrática asuma como tarea prioritaria de hoy, la construcción y/o consolidación de determinadas formas de relacionamiento social que, en un primer momento, a nivel de la organización estatal probablemente no debería sobrepasar los límites de la democracia liberal. Un análisis objetivo de la actual correlación de fuerzas, hace prever que los sectores dominantes del nuevo régimen liberal continuarán siendo, durante algún tiempo, los monopolios nacionales e internacionales, aunque esa dominación sea ejercida de modo menos absoluto y menos despótico que bajo el actual régimen autoritario.

Pero eso no altera el valor de esas conquistas liberal-democráticas para las fuerzas populares y, en particular, para la clase obrera. En primer lugar, la creación de un régimen de libertades formales representaría la superación de la figura política actual de la “vía prusiana”, o sea, del régimen más profundamente autoritario que hemos conocido en nuestra historia; y, en segundo, la consolidación de un régimen de democracia política aparece como un *presupuesto* que deberá ser *repuesto* –conservado y al mismo tiempo profundizado– en cada etapa de la lucha por la completa realización de los objetivos finales de las corrientes socialistas. En otras palabras: la conquista de un régimen de democracia política no es una etapa en el camino al socialismo, que se abandona a favor de tipos de dominación formalmente no democráticos. Es, antes de eso, la creación de una base, de una plataforma mínima que ciertamente debe ser profundizada (tanto en sentido económico como en sentido político), pero también *conservada* a lo largo de todo el proceso. Lo que antes sostuvimos a nivel teórico vale también para el caso brasileño: la democracia de masas que los socialistas brasileños se proponen construir *conserva y eleva a un nivel superior* las conquistas puramente liberales.

¿En qué consiste, en el caso brasileño, esa “elevación a un nivel superior”? Antes de nada, en medidas que eliminan gradualmente las bases económico-sociales que no solo hicieron posible la emergencia de la “vía prusiana” elitista

y oligárquica, sino que contribuyen a reproducirla (de modo ampliado) permanente. En pocas palabras (porque no es éste el lugar para siquiera esbozar un plan económico democrático detallado, ni tengo competencia para hacerlo); se trata de democratizar la economía nacional, creando una situación en la cual los frutos del trabajo del pueblo brasileño –que se hace cada vez más productivo– reviertan a favor de la gran mayoría de la población. La extinción de lo que ha sido llamado “capitalismo salvaje” aparece como presupuesto indispensable para integrar en la sociedad nacional, en condición de sujetos, a inmensos sectores de la población que están actualmente reducidos a condición subhumana. Antes de nada, se trata de resolver una urgente *cuestión nacional*, que solo se ha agravado en los últimos años: la de integrar a regiones y segmentos sociales que engloban a millones y millones de personas, a un proceso de modernización económica y social. Así adquiere importancia central la lucha por una *reforma agraria* que no se limite a promover la capitalización del latifundio, sino que abra espacio para la formación entre nosotros de una sólida economía campesina familiar o cooperativizada. Independientemente de las ventajas económicas (mejoría de las condiciones de vida de amplios sectores de la población, mejor abastecimiento de las ciudades, ampliación del mercado interno), una reforma agraria de ese tipo implicaría la elevación a la ciudadanía política de millones de trabajadores rurales. Su realización, por lo tanto, es un elemento imprescindible para la renovación democrática de nuestro país. Y la lucha por esa reforma agraria puede obtener el consenso de la inmensa mayoría de la población, incluyendo a sectores importantes del capital monopolista asentado en Brasil.

Pero, a mediano plazo, la democratización de la economía requiere también la aplicación de medidas antimonopolistas, dirigidas en particular contra los monopolios internacionales, las cuales comenzarían a poner en discusión los modelos de desarrollo y los patrones de consumo antinacionales que nos son impuestos por el imperialismo, y llegarían hasta a proponer la nacionalización de las empresas monopolistas. Un programa así interesaría también a amplios sectores de la población, desde la clase obrera a las capas medias asalariadas y la pequeña y mediana burguesía nacional. Pero, para ser efectivo, un programa de ese tipo no puede presentarse como un programa de gabinete, una vez más concebido y aplicado (*para aplicarse*) de arriba hacia abajo, por tecnócratas eventualmente generosos. La elaboración, aplicación y control de un programa de democratización de la economía nacional debe ser el resultado de un amplio debate que abarque a todas las fuerzas interesadas (partidos, sindicatos, asociaciones profesionales, etc.): solo así obtendrá el consenso mayoritario necesario para su consecuente realización y, más que eso,

–al transformar a los trabajadores en sectores activos de la gestión de la economía– contribuirá al proceso general de renovación democrática del país.

La “elevación a un nivel superior” presupone igualmente una profundización política de la democracia; la incorporación amplia y *organizada* de las grandes masas a la vida política nacional –la socialización creciente de la política es el único antídoto de eficacia duradera contra el veneno de la “vía prusiana”–. Y esa socialización de la política ya no es más en nuestro país un simple deseo subjetivo. Aunque duramente reprimida, la sociedad civil brasileña –impulsada indirectamente por el proceso de modernización conservadora y de diferenciación social y cultural favorecido por nuestra última “revolución por lo alto”– creció y se hizo más compleja en los últimos 16 años. Se multiplicaron, sobre todo en los últimos tiempos, organizaciones de democracia directa, sujetos políticos colectivos de nuevo tipo (comisiones de empresa, asociaciones de moradores, comunidades religiosas de base, etc.); también ganaron autonomía y representatividad, en la medida en que se desligaron prácticamente de la tutela del Estado, antiguos organismos de masas, como algunos de los principales sindicatos del país, o poderosos aparatos privados de hegemonía como la OAB, la CNBB, la ABI, etc.; finalmente asistimos a la irrupción de importantes movimientos sectoriales contra opresiones específicas (en particular el movimiento feminista), o en defensa de la ecología y la calidad de vida, cuyas reivindicaciones –de carácter fundamentalmente democrático– son hoy parte importante de la lucha por la renovación política y cultural de nuestro país. El fortalecimiento de la sociedad civil abre así la posibilidad concreta de intensificar la lucha por la profundización de la democracia política en el sentido de una democracia organizada de masas que desplace cada vez más “hacia abajo” el eje de las grandes decisiones que hoy se toman exclusivamente por lo alto.

Ampliar la organización de esos diversos sujetos colectivos de base y, al mismo tiempo, respetar su autonomía y diversidad, luchar por la unificación de los mismos en un poderoso bloque democrático y nacional-popular, no es solo la condición para extirpar definitivamente los elementos dictatoriales que todavía deberán permanecer a lo largo del período de transición en que estamos envueltos; es también un paso decisivo en el sentido de la creación de los presupuestos para la profundización y generalización del proceso de renovación democrática y, consecuentemente, para el éxito del programa antilatifundista y antimonopolista de democratización de la economía, abriendo así camino para la transición al socialismo. Ese bloque unitario de las organizaciones democráticas de base ya comienza a ser hoy mismo –y deberá convertirse cada más vez más en el futuro– en un poderoso instrumento

de presión y control sobre la acción de las instituciones de representación indirecta, como los parlamentos locales y nacional. Un papel decisivo en ese proceso de unificación deberá ser desempeñado por los partidos democráticos de masas (en particular los de la clase obrera) cuyos programas de renovación social solo serán hegemónicos si asumen todas las reivindicaciones democráticas de los movimientos específicos y orientan correctamente –a nivel global– su solución política³.

³ La idea de un partido obrero de masas que sea, al mismo tiempo, un partido *nacional* aparece muy claramente en las reflexiones de Togliatti sobre “el partido nuevo”. De sus muchas definiciones hay una –de 1956– que me parece bastante significativa. “Hubo antes de nada, el propósito de construir un partido que, por su propia composición, por el número de sus adherentes, por su estructura y modo de funcionamiento, fuera capaz de realizar una función positiva, constructiva; fuera capaz no solo de hacer propaganda, agitación, reafirmar los grandes principios, sino de dirigir día a día a la clase obrera, a las masas trabajadoras y a la mayoría de la población en el sentido de comprender sus intereses y, principalmente, de consolidar el régimen democrático y desarrollarlo en la dirección de profundas reformas sociales” (Palmiro Togliatti, “La Via Italiana al Socialismo”, en *Opere Scelte*, Roma, 1977, p. 756).

4.5. El Maoísmo

PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL *La revolución nacional-democrática**

Este documento, del año 1968, define la estrategia política fundamental del PC del Brasil. Se trata de la tradicional concepción de la revolución por etapas, en una versión totalmente clásica, stalinista. La orientación de la corriente castrista (la OLAS) es criticada por su intento de “mezclar” los objetivos socialistas y nacional-democráticos de la lucha. Desde este punto de vista, la doctrina del maoísmo brasileño parece menos una renovación que un regreso a la política del partido antes de 1956.

Carácter nacional y democrático de la revolución

Las naciones latinoamericanas han visto trabado su progreso por los mismos obstáculos –la dominación imperialista extranjera y el sistema del latifundio– y tienen los mismos enemigos –los monopolios norteamericanos, los grandes propietarios de la tierra y la parte de la burguesía ligada a los intereses yanquis–. Los objetivos actuales de las luchas de los pueblos latinoamericanos se dirigen, así, a resolver tareas de tipo nacional y democrático.

La revolución en los diversos países de América Latina, por las tareas que ahora necesita afrontar, tiene un carácter democrático-burgués. En todos ellos los problemas por solucionar son semejantes en su contenido económico-social, aunque cada país tenga un diferente grado de desarrollo y presente características y particularidades propias. Pero esta revolución democrático-burguesa es una revolución de nuevo tipo. Forma parte de la revolución proletaria mundial. Su perspectiva es la transición hacia el socialismo. Justamente por eso es indispensable que el proletariado, cuyos intereses están directamente ligados a la conquista del socialismo, sea la fuerza dirigente.

No es procedente y es totalmente errónea la afirmación de ciertas corrientes de izquierda en el sentido de que la revolución en los países de América Latina

* “Algunos problemas ideológicos da revolução na América Latina”, en *A linha revolucionaria do PC do Brasil*, mayo de 1968, pp. 281-84.

debe ser socialista. No tienen tampoco razón quienes, no pudiendo negar los aspectos nacional y democrático de la revolución, intentan mezclarlos con los objetivos socialistas, aseverando que la revolución es socialista de liberación nacional –como hacen ciertas agrupaciones católicas de izquierda– o definiendo su carácter como “de lucha por la independencia nacional, por la emancipación con respecto a las oligarquías y por el camino socialista para su pleno desarrollo económico y social” –como ejemplo de lo que declara la I Conferencia Latinoamericana de Solidaridad (OLAS)–.

Postular el socialismo como tarea de la etapa actual de la revolución es trabar el avance del proceso revolucionario porque restringe grandemente el campo de las fuerzas revolucionarias y facilita la acción de los enemigos del pueblo. Significa negar el papel de los campesinos. En las actuales circunstancias en América Latina, el movimiento campesino, principal base de masas de la revolución, es esencialmente democrático. Tiene como objetivo fundamental liquidar el latifundio y resolver el problema de la entrega de la tierra a los campesinos. No tiene, así, un carácter socialista. A su vez, las grandes masas urbanas, al igual que la clase obrera, si bien manifiestan simpatía por el socialismo, están imbuidas de prejuicios democrático-burgueses y no sienten la necesidad de la dictadura del proletariado. Todas ellas, por lo tanto, aspiran a liquidar los actuales obstáculos al progreso de sus países. Además, en la lucha contra el imperialismo, muchos otros sectores de la población están directamente interesados y pueden participar; levantar como consigna inmediata el socialismo es alejar de la revolución a tales sectores.

Es innegable que América Latina solo podrá alcanzar un brillante futuro en el socialismo. Solo este régimen social transformará radicalmente a las naciones latinoamericanas, dando plena expansión a sus fuerzas productivas, asegurando el bienestar de las masas, el amplio desarrollo de la cultura y la verdadera democracia para el pueblo. Pero el camino para alcanzarlo pasa necesariamente por la etapa nacional y democrática. En la construcción de las tareas de esa etapa se crean las condiciones, objetivas y subjetivas, favorables a la transición al socialismo.

Conviene destacar también que, en toda lucha, hay siempre un enemigo principal a combatir, cuya derrota posibilita la liquidación de los demás adversarios. Esto tiene relación directa con el carácter de la revolución. Concentrar esfuerzos contra el enemigo principal, movilizar contra él el máximo de aliados y neutralizar las fuerzas que podrían ser por él movilizadas, es el principio estratégico fundamental. No se consigue la victoria si no se tiene en cuenta este principio. En la actualidad, el imperialismo y el latifundio son los enemigos principales de los pueblos latinoamericanos. ¿Por qué agregar

a estos enemigos el capitalismo nacional en su conjunto, levantando medidas socialistas como reivindicaciones inmediatas? Al presentar las exigencias democráticas y antiimperialistas, que una vez satisfechas hieren de muerte a aquellos enemigos, el proletariado puede aliarse temporalmente con una parte de la burguesía, incluso vacilante, neutralizar a otra y golpear solamente a los sectores burgueses ligados al imperialismo.

Aplicación magistral y creadora de este principio básico de concentración de esfuerzos fue la realizada en el período de la segunda guerra mundial en la lucha contra el fascismo. La unión de los más amplios sectores de la población contra el enemigo común selló su derrota y abrió el camino hacia la victoria de la revolución en varios países de Europa y de Asia. Este principio fue hábilmente empleado en China. En este país, hasta la victoria final de la revolución, solamente se plantearon las reivindicaciones inherentes a la etapa democrático-burguesa y, durante un largo período de la lucha revolucionaria, la dirección del ataque principal fue orientada contra el imperialismo japonés, se intentó atraer a la burguesía hacia la lucha antijaponesa e inclusive se atenuó la lucha contra los latifundistas. Es bastante ilustrativo también el ejemplo de la Revolución Cubana. Sus líderes concentraron los ataques en la dictadura de Fulgencio Batista y contra ella orientaron la dirección del golpe principal de las fuerzas revolucionarias. Con este objetivo levantaron únicamente la bandera de la democracia, lo que permitió aislar al enemigo y fortalecer la revolución. Ernesto Che Guevara, en su artículo "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?", del 9 de abril de 1961, afirmó: "No creemos que se pueda considerar excepcional el hecho de que la burguesía, o por lo menos, una buena parte de ella, se mostrara favorable a la guerra revolucionaria contra la tiranía". Y más adelante agregó: "Teniendo en cuenta las condiciones en que se libró la guerra revolucionaria y la complejidad de las tendencias políticas que se oponían a la tiranía, tampoco resulta excepcional el hecho de que algunos elementos latifundistas adoptaran una actitud neutral, o al menos, no beligerante, hacia las fuerzas insurreccionales". Esto prueba que la Revolución Cubana tuvo una etapa democrático-burguesa bien definida. Es de lamentar que esa experiencia haya sido abandonada por los dirigentes cubanos, inclusive por el autor del artículo, valiente y probado revolucionario, que poco antes de morir consideraba que el carácter de la revolución en los países de América Latina debe ser socialista. Ahora, las fuerzas revolucionarias de Vietnam unen a todos los patriotas en el combate contra los imperialistas yanquis y sus lacayos y contra ellos dirigen el filo de sus ataques. El programa del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, recientemente publicado, incluye solamente

reivindicaciones correspondientes a la etapa nacional y democrática. Y esto cuando la parte norte del país ya es socialista.

Estas experiencias demuestran hasta qué punto es importante definir de manera correcta el carácter de la revolución y cómo es nocivo establecer ahora objetivos que corresponden a otra etapa del proceso revolucionario. Para los pueblos del continente ésta es una cuestión vital. En todos los países de América Latina es bastante evidente la naturaleza nacional y democrática, de carácter agrario y antiimperialista, y el aspecto popular de la revolución.

PARTIDO COMUNISTA DEL BRASIL

*La guerra popular**

Durante los años 1968-71, el Partido Comunista del Brasil se niega a comprometerse en el proceso de lucha armada desencadenado por las organizaciones castristas, a las que acusará de aventurerismo: Durante los años setenta, el partido maoísta brasileño lanza su propia experiencia de combate, bajo la forma de una guerrilla rural en la Amazonia que es diezmada por la represión militar. Este texto, fechado en 1969, trata de aplicar a la realidad brasileña la estrategia militar maoísta de cerco de las ciudades por el campo durante el transcurso de una guerra popular dirigida por el Partido Comunista.

Si desde el punto de vista de la estrategia política (revolución nacional-democrática), el Partido Comunista del Brasil no está muy alejado de su rival prosoviético, referente a este problema (la guerra del pueblo), sí se diferencia radicalmente de él.

El camino de la lucha armada

Los factores favorables y desfavorables para la revolución, factores inherentes a la realidad brasileña, son elementos esenciales para determinar la vía de la lucha armada, se puede decir que de ahí se derivan las perspectivas fundamentales del desarrollo de la guerra revolucionaria en el Brasil.

¿Cuáles son esas perspectivas?

- 1) La lucha armada del pueblo brasileño será realmente una guerra popular que reúna a las masas más importantes de la población. La dependencia del país y la monopolización de la tierra por una minoría de grandes terratenientes confieren a la revolución un carácter nacional-democrático, lo que permite movilizar considerables fuerzas sociales para derrocar el régimen actual. Las clases dominantes no pueden resolver la contradicción entre el acelerado crecimiento demográfico y la carencia cada vez mayor de empleos, medios de educación y asistencia. Tampoco están capacitadas para evitar el contraste, cada vez más escandaloso, entre el Brasil de las grandes ciudades y el Brasil del interior. De aquí el creciente descontento de vastos sectores populares cuyas aspiraciones podrá satisfacer solo la revolución. El hecho de que el pueblo brasileño ya haya gozado de ciertas libertades durante los recientes períodos

* “Guerra popular. Caminho da luta armada no Brasil”, en *A linha revolucionaria do PC do Brasil*, enero de 1969, pp. 300-3.

de auge democrático, y haya desarrollado su conciencia política, lo impulsa a luchar cada vez más decididamente contra la reacción y la dominación imperialista. Una lucha armada de carácter verdaderamente popular no puede ser dirigida por la burguesía nacional, ni por la pequeña burguesía, fuerzas sociales ambas inconsecuentes. La dirección del Partido Comunista del Brasil, partido del proletariado y defensor intransigente de los intereses de las masas más depauperadas, actuará de manera que la lucha revolucionaria sea la lucha de la aplastante mayoría de la población y que su acción resulte eficaz. En esta forma la lucha armada de las fuerzas revolucionarias tendrá un carácter eminentemente popular y será una guerra del pueblo.

- 2) Las grandes ciudades no pueden ser el escenario principal de la guerra de liberación del pueblo brasileño, porque los contingentes más importantes de las fuerzas enemigas se concentran en ellas. En Río de Janeiro, Sao Paulo, Porto Alegre, Recife, Belo Horizonte, Salvador, etcétera, se encuentran acantonadas guarniciones perfectamente equipadas y entrenadas para aplastar las luchas populares, insuficientemente armadas, por su parte, para entablar combate.

Esto no niega el importante papel de las grandes ciudades, no solo en la preparación sino también en el desarrollo de la guerra popular. Los centros urbanos agrupan a tres millones de obreros y a una importante clase pequeñoburguesa que constituyen, unidos a los campesinos y a los asalariados agrícolas, las fuerzas motrices de la revolución. Las ciudades tienen una tradición de amplios y activos movimientos de masas: el de los estudiantes y el de las huelgas obreras constituyen un ejemplo en estos últimos años. Estas luchas minan el poder de las clases dominantes y obligan a la reacción a mantener importantes fuerzas militares en las ciudades. La acción revolucionaria puede alcanzar en ellas a los órganos de decisión política y militar del enemigo, tanto como a su base logística. Las ciudades enviarán a un considerable número de patriotas a unirse con las fuerzas armadas del interior. Una estrecha coordinación de las actividades revolucionarias, armadas y no armadas, en el campo y las ciudades, conducirá al triunfo de las fuerzas populares. El movimiento político de las masas en las ciudades ayuda a preparar y a desencadenar acciones armadas en el campo que a su vez impulsan las luchas de masas en los grandes centros urbanos. El interior, donde la población vive en el abandono, la ignorancia y la miseria, es un terreno propicio para la guerra popular. En todos los niveles, los campesinos se esfuerzan en la lucha por sus derechos; sus acciones tienen en conjunto un carácter radical

debido a la brutal represión por parte de los latifundistas y de la policía. Principalmente en las zonas donde se han llevado a cabo invasiones de tierras (*posseiros*), son muy frecuentes los choques armados con las milicias privadas de los latifundistas (*grileiros*). La sexta conferencia nacional del partido ha subrayado la importancia de las masas campesinas para la conquista de los objetivos nacionales y democráticos. Reiteradamente han manifestado su aspiración a la posesión de la tierra: representan un considerable potencial revolucionario que, incluso en los momentos de reflujo, permanece sensible ante las luchas más virulentas y es capaz de suministrar el contingente de combatientes más importante de la guerra popular. El interior es el eslabón más débil en el dominio de las fuerzas reaccionarias del país, ya que éstas no disponen de efectivos militares suficientes para ocupar las vastas zonas rurales que, incluso con millones de soldados, brasileños o norteamericanos, no podrían controlar. Las tropas reaccionarias se encontrarían en un medio hostil: situación geográfica favorable para los combatientes del pueblo y contraria para las unidades de represión, medios de transporte difíciles o ineficaces, dificultades de abastecimiento dado el número tan considerable de hombres, condiciones sociales desfavorables, etcétera. Las vías de comunicación con esta zona son precarias y bastante vulnerables y serían necesarios enormes contingentes de protección. Para ocupar estas zonas, las tropas de la reacción tendrían que dispersarse, quedando así expuestas a los golpes de los revolucionarios. En el interior, las fuerzas armadas populares dispondrán de un amplio campo de maniobras que les permitirá evitar el cerco, ahorrar y acumular sus fuerzas. Es también la zona donde es posible asegurar la supervivencia de los grupos combatientes en la difícil fase inicial de la guerra popular. Por lo tanto, el interior constituye el escenario principal de la guerra popular.

PARTIDO COMUNISTA (ML) DE COLOMBIA

*La guerra del pueblo**

El Partido Comunista (Marxista-Leninista) de Colombia, organización maoísta surgida de una escisión del partido prosoviético hacia 1963-1964, fue en un principio considerablemente influido por el castrismo. Sus primeros documentos mencionan tanto los escritos de Mao Tse-tung como los del Che Guevara y de Fidel Castro. Es también uno de los pocos grupos maoístas que emprendieron desde los años sesenta la lucha armada, mediante la creación, en 1967, del ELP (Ejército de Liberación del Pueblo), que fue durante algunos años un núcleo armado bastante importante (se debilitará mucho en los años setenta debido a las sucesivas escisiones del partido maoísta).

Este documento explica la concepción maoísta de la guerra del pueblo, en oposición a la estrategia de autodefensa de las masas, practicada por el PC tradicional, que tenía su propio instrumento armado (las FARC, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), encargado de la defensa de ciertas zonas campesinas.

La “autodefensa de masas” es una política promovida por los revisionistas desde 1948, fruto de su vil alianza con los grandes terratenientes. Se inició en Viota y alcanzó su apogeo en 1953-57, período en que los revisionistas lograron someter lo que quedaba del movimiento guerrillero. La “autodefensa” tiene como objetivo la transformación de la guerrilla en ligas campesinas, la alianza de estas últimas con los grandes terratenientes para “garantizar la paz en la región” y la canalización de toda expresión de la lucha de clases entre, por una parte, los latifundistas y, por otra, los obreros agrícolas, los campesinos pobres y los campesinos medios.

Naturalmente, no podemos desconocer el derecho de un pueblo a defenderse cuando se le ataca. Sin embargo, hacer del derecho de defensa la política estratégica de las masas para la toma del poder y presentar la “autodefensa” como una forma superior de lucha popular, no es solamente un error muy grave, sino una manifiesta traición a la causa de la revolución colombiana. La guerra popular no puede progresar sin ofensiva táctica o, como dice el Che Guevara, *sin defensa con ataque*.

Las principales fallas de esta estrategia revisionista están ligadas a sus propios orígenes:

* “Conclusiones del II Pleno del Comité Central del PCML de Colombia”, diciembre de 1965, *Combatiendo Unidos Venceremos*, Documentos 1, PC de Colombia-ML, ed. 8 de junio, Medellín, 1975, pp. 275-78, 292-93.

- a) El culto a la espontaneidad que deja toda iniciativa al enemigo, instala a los combatientes en una espera pasiva de la agresión y los convierte en protectores del miserable statu quo del campo; y esto es precisamente lo que quieren las clases dominantes.

Los revisionistas deducen este principio del hecho de que los campesinos –en la primera fase de violencia reaccionaria ya descrita– emprenden la lucha bajo la presión del enemigo, olvidando que los que se transforman así en guerrilleros son los sobrevivientes de las matanzas oficiales, que ya tenían en su haber a cientos de miles de muertos.

- b) Una falsa idea del carácter *legalista* de la burguesía, ya que la “autodefensa” no es sino un intento “jurídico” de conducir la lucha armada sin apartarse de las normas del código penal vigente que garantiza el “derecho a la legítima defensa”.
- c) La supresión de todo criterio de clase, que lleva a los creadores de la “autodefensa” a impulsar a los campesinos a concertar alianzas contra natura con los terratenientes y sus agentes “a fin de evitar daños a la región”, lo que conduce a una separación de los jefes del gobierno del aparato represivo, culpando así de la violencia a los oficiales y funcionarios menores (sargentos, subtenientes y alcaldes) o al “alto mando” del ejército, como si todos ellos no fueran burgueses, como si dirigieran la guerra contra el pueblo por su propia cuenta y no en calidad de ejecutores de la política de las clases dominantes y principalmente del imperialismo yanqui. En esta forma, se ven llevados a reclamar la paz a los ministros y al presidente, olvidándose de que éstos son burgueses o grandes terratenientes encargados de misiones dentro del gobierno o agentes especializados del mismo. Han llegado incluso a concluir, con algunos de sus miembros, pactos secretos que resultan siempre fatales para el pueblo.
- d) Hacer de la primera fase de la lucha una *guerra de posiciones*, lo cual transforma a los defensores de las diferentes regiones en fácil presa para el enemigo, como lo confirman las viejas experiencias de Villarrica y de Sumapaz y la más reciente de Marquetalia, Pato, Guayabero y Río Chiquito.
- e) El desprecio sistemático del objetivo estratégico de la lucha armada, que es la toma del poder político por el pueblo; se insiste en el error principal de la fase de guerrilla precedente, con la diferencia de que en este caso se trata de un error consciente y deliberado que se podría llamar traición con mayor exactitud.

Esto es tan cierto que casi siempre el único objetivo reconocido por los revisionistas ha sido el de la “paz” bajo el dominio de la burguesía autóctona y del imperialismo, sin aspiración alguna a cualquier cambio revolucionario. El resultado es que las regiones donde operan los movimientos campesinos –así como los movimientos mismos– han caído uno tras otro, por culpa suya, sin siquiera haberse arriesgado a romper la simultaneidad de la lucha en las distintas zonas que “dirigían” mediante un modesto plan de solidaridad mutua. Esta criminal indiferencia ha causado importantes pérdidas al pueblo y a ellos mismos; la manifiesta desobediencia de los combatientes que han tomado la iniciativa de convertirse en *guerrilleros por su cuenta* no es una de las pérdidas menores.

Aunque estos fundamentos teóricos sean a tal punto erróneos, la “autodefensa” nos ha dejado algunas importantes experiencias:

- a) Ha puesto en evidencia que la lucha armada popular no puede limitarse a su propia defensa sino que debe consistir en una *defensa con ataque destinada a convertirse durante la lucha en una ofensiva estratégica*.
- b) La aparición de algunas brigadas campesinas que se han pasado a la guerrilla, negando en la práctica las pretendidas virtudes de la “autodefensa” como forma superior de lucha; estas brigadas pueden constituir a corto plazo una reserva para el movimiento consciente y revolucionario si se liberan totalmente de la tutela revisionista.
- c) El desarrollo de ciertas formas de cooperación popular entre las masas campesinas y los combatientes, debido principalmente al hecho de que estos últimos han sostenido con ella relaciones permanentes y han evitado el pillaje y el bandolerismo de los destacamentos armados, actitud motivada por la experiencia de fases anteriores.

La guerra del pueblo

Conforme a lo dicho anteriormente, queda claro que estamos comprometidos a dirigir nuestra acción no simplemente *a favor de la lucha armada de un partido político por el poder popular, sino a favor de la guerra popular por el poder político*. Es decir, a favor de una lucha dirigida principalmente por las masas agrupadas alrededor de la alianza obrero-campesina, dentro de la cual nuestro partido, siendo la vanguardia de la clase obrera, debe desempeñar el papel de vanguardia.

Esto significa que para nosotros el problema no es saber si debemos lanzar o no una ofensiva armada contra el imperialismo y la oligarquía autóctona,

ni siquiera el de saber cómo lanzarla. Lo fundamental en el momento actual es lograr mantenerla y generalizarla para que se transforme en lo que reclaman los trabajadores colombianos: una vasta contraofensiva que respondería a la ofensiva que los explotadores de nuestro pueblo sostienen desde hace veinte años.

No lo lograremos sino mediante la más amplia movilización posible de las masas. Es decir, por medio de un *cambio cualitativo* de la lucha reivindicativa en general, que se obtiene no solo mediante una elevación del nivel de esta lucha, sino sobre todo por una diligente y constante *denuncia política*, del imperialismo yanqui y de la oligarquía y sus actos criminales, desenmascarando la realidad nacional y exponiendo los objetivos estratégicos de la revolución colombiana, pública e incansablemente.

No se trata de movilizar a las masas en abstracto, sino de llevarlas a la guerra contra sus enemigos después de haber realizado su unificación en el seno del frente patriótico de liberación nacional.

Solamente entonces la guerra popular será una forma superior de lucha de masas, generalizada y ascendente, totalmente diferente de la formación de uno o dos focos guerrilleros.

Con una gran parte del pueblo hemos intentado –y la experiencia ha demostrado que estábamos equivocados– hacer la guerra partiendo de uno o varios frentes armados (o “focos”) dando más o menos la espalda a las masas. Para nuestro partido, se trata de *extender la guerra popular* a partir de varias zonas guerrilleras estrechamente vinculadas con el pueblo de cada región. Además sabemos que la concentración de las fuerzas revolucionarias en un solo lugar trae la concentración de fuerzas enemigas en ese mismo lugar, privándonos así de la superioridad táctica adquirida en el inicio. Por lo tanto es necesario desarrollar la lucha más o menos simultáneamente en diversas zonas con el objeto de dispersar los efectivos del enemigo. Nadie ignora lo que actualmente sucede en el país y que esto constituye una garantía de la extensión progresiva de la guerra popular.

4.6. El trotskismo

HUGO BLANCO

*¿Milicia o guerrilla?**

Nacido en Cuzco en 1934, estudiante de agronomía y luego fundador del FIR (Frente de Izquierda Revolucionaria, organización trotskista peruana), Hugo Blanco animó uno de los más importantes movimientos campesinos de los años sesenta. Dirigente de la Federación Provincial de Campesinos de los valles de la Convención y Lares, organiza las huelgas, las ocupaciones de tierras y arma una milicia sindical durante los años 1961-63. Detenido en 1963, Hugo Blanco pasará ocho años en prisión; en 1964, escribe en calidad de prisionero una carta que hace el balance de su experiencia y analiza el problema de la relación entre partido y sindicatos, guerrillas y milicia en la lucha revolucionaria de los campesinos. Amnistiado en 1970, Hugo Blanco se incorporó a las luchas en Perú, por lo que fue varias veces deportado del país. En 1978 fue candidato del FOCEP (Frente Obrero Campesino Estudiantil del Perú) a la Asamblea Constituyente, y elegido diputado con la tercera votación más alta del país. En la actualidad es dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores (sección peruana de la IV Internacional).

Las experiencias cubana, china, etcétera, se caracterizaron, en su punto de partida, por la ausencia de organización de las masas combatientes, considerada hasta entonces como una condición previa. Era totalmente normal que el grupo armado no gozara en un principio de la confianza de las masas, lo que le daba el carácter nómada del guerrillero. Pero cuando el grupo armado logra granjearse la confianza y el apoyo de las masas, pierde su carácter nómada para instalarse en un mismo sitio. En estas condiciones, la guerrilla constituye el eje de la lucha del pueblo, el núcleo polarizador y organizador, la vanguardia. Se trata por lo tanto de un grupo que se preparó y organizó al margen de un movimiento de masas casi inexistente, movimiento que la guerrilla, surgida ella misma del seno de las masas, está llamada a organizar.

* Hugo Blanco, "A propos des guerrillas et des milices", *Quatrième Internationale*, París, N° 24, marzo de 1965, pp. 45-47 (las notas son de la redacción de la revista).

En el Perú ya existen organizaciones que agrupan a amplias masas. En las regiones donde estas organizaciones están constituidas, pocas personas quedan al margen de éstas.

La pregunta fundamental es la siguiente: ¿acaso piensas que existe actualmente en el campo una situación de doble poder?¹ Si no lo piensas, tienes que pronunciarte por las guerrillas². Pero si estás convencido de que esta situación existe, entonces debes escoger las milicias³.

Después de abril de 1962, cuando me encontraba separado de mis camaradas y que grandes nubes putschistas pasaban aun por mi mente, redacté bajo la presión de la realidad un informe titulado *La zona liberada antes de la insurrección*. Por cierto, este informe contiene algunos errores de apreciación, pero con el mero título puede uno darse cuenta de cómo se había desarrollado la situación de poder dual⁴. También conoces lo que escribí acerca de los sindicatos campesinos⁵. Parece inútil recordar estas cosas a un miembro del FIR, “factor consciente del despertar del campesinado”, como tú dices. Si recuerdo estas cosas es porque me parece que tus ideas acerca de la lucha armada son el producto de tu desconocimiento y de tu aislamiento del trabajo de base del FIR.

Si para entablar la lucha armada se parte de situaciones tan diferentes a las de Cuba y de China, resulta obvio que esta lucha debe en un principio ser diferente de las demás. Éste es el “proceso dialéctico”.

La guerrilla, como lo dices, debe “granjearse la simpatía del campesinado”.

La milicia es el producto del ascenso del campesinado. Las masas, habiendo entendido la necesidad de la lucha armada, crean las milicias. Éstas son engendradas por el propio campesinado y gozan por lo tanto de su confianza, de su apoyo, aun antes de surgir. No olvides que los campesinos ya decidieron la constitución de comités de defensa: están conscientes de la necesidad de estos comités y saben que ellos mismos son los que deben crearlos.

¹ Conviene precisar que se trata de la dualidad del poder que menciona la carta de H. B. fechada el 7 de febrero, es decir de una lucha por el poder dispersa, inconsciente, sin centralización y sin programa. No obstante, esta lucha tiende necesariamente a desarrollarse, a cobrar mayor conciencia, gracias a la acción de la vanguardia.

² Independientemente del desarrollo del movimiento de masas. Difieren de los Comités de Defensa, brazos armados del campesinado, que están destinados a emplear métodos de guerrillas durante la lucha.

³ Es la denominación más precisa que se puede dar a los Comités de Defensa debido a que se constituyen y se desarrollan en el seno de la masa campesina, independientemente de la técnica que utilizarán en el momento de los combates.

⁴ Este informe acerca de la dualidad de poder fue adoptado por la dirección nacional del FIR.

⁵ Este texto fue publicado por Revolución Peruana y adoptado por la dirección del FIR.

A tu frase *“Aquí se une el movimiento de masas a las formas embrionarias de la lucha armada por el poder”*, hubiera preferido ésta: *“Aquí el movimiento de las masas alcanza la clase de la lucha armada por el poder”* (aun si no se percibe este objetivo conscientemente en un principio).

Preguntas: *“¿Cuál es el organismo destinado a preparar y a organizar la lucha armada: el sindicato campesino o el partido?”*. Para ayudarnos a contestar, preguntaré a mi vez: ¿quién dirigirá la ocupación de las tierras en Cuzco? ¿Los sindicatos? ¿El Partido? ¿Y quién tomó el poder en Rusia... los soviets? ¿O el partido? La respuesta en los tres casos es: fue el partido a través de las organizaciones de masas, en nuestro caso a través de los sindicatos campesinos. Éstos ya demostraron que estaban de acuerdo en ello. No queda más que actuar.

“[...] esta forma de lucha es practicada por organismos formados y disciplinados en la ciencia y el arte de la guerra revolucionaria. Por lo tanto el sindicato no podría ni organizar ni dirigir la lucha armada”. Estos organismos son precisamente los comités de defensa del sindicato revolucionario dirigido por el partido.

No niego la gran importancia que tiene el partido. Por el contrario, reconozco que la enorme carencia de 1962 se identifica con la ausencia de un partido, y que de ahí derivaron todas las debilidades.

Es el deber del partido tener células en los sindicatos campesinos; esto es necesario si queremos dirigir lo mejor posible la lucha armada. Debemos aprovechar las experiencias. Si hubiera existido un partido bien organizado –por lo menos en la Convención y en Lares– hubiéramos obtenido otros resultados. Fue una experiencia de signo negativo.

Pero debemos aprovechar igualmente las experiencias positivas. ¿Por qué (mis compañeros y yo) nos mantuvimos más tiempo que cualquier otro grupo pese a la ausencia de partido, de claridad política, de conocimientos técnicos, etcétera? Porque éramos un grupo surgido del sindicato campesino, alimentado y apoyado por el sindicato.

En nuestra experiencia hay aportaciones que un guerrillero llamaría de la segunda etapa: se conoce a las personas que constituyen la población, y por consiguiente a los tres o cuatro esquirols que viven en ella (a menos que hayan sido alejados de la zona como se hizo en Quochapampa, Mesada, etcétera). Casi toda la población está organizada. No solamente apoyará económicamente, protegerá, informará, alimentará, etcétera, a los grupos armados, sino que hará aun más: llegado el momento practicará el sabotaje y entablará incluso la lucha armada en masa. Por cierto esta lucha sería episódica si se llevara a cabo antes de la insurrección, pero las ocasiones no faltarán para que se produzca. No quiero decir con ello que hay que promover semejante lucha

en todas las circunstancias, aunque a veces habrá que hacerlo. Lo que deseo es mostrarte cómo se presentan y se presentarán las cosas ante nosotros: hay que señalar que ya tenemos mucha experiencia para empezar y que no debemos desperdiciar ninguna fuerza (durante la época de tensión contra Chaupimayo todos los sindicatos hacían guardia por turno). La riqueza de información de la cual disponían los sindicatos se encontraba inexplorada debido a la falta de un partido.

Todas estas condiciones semejantes a las de la “segunda etapa de las guerrillas”, ofrecen a un grupo armado la posibilidad de instalarse en una población que le es muy favorable. Si la caza tenaz de tal o cual miliciano planteara algún problema, hay que transferirlo al sindicato de otra región.

Una de las condiciones fundamentales de la lucha de las milicias es la gran amplitud del territorio en el cual se desarrolla. Hacen falta muchas milicias en el territorio previsto: una por sindicato. Si no, la milicia tomaría el carácter de guerrilla y el enemigo concentraría sus ataques en ella y su sindicato (eso es lo que nos ocurrió; sin embargo no éramos una guerrilla clásica de la primera etapa). Ya no volveremos a actuar como en Chaupimayo, donde atrajimos las fuerzas concentradas del enemigo.

En cuanto a la táctica de la guerrilla, estoy de acuerdo en que hay que enseñársela a los comités de defensa. Éstos no deben recurrir al empirismo, ya que el partido de vanguardia tiene sus razones de ser. Hay que explotar todos los conocimientos en materia de guerrillas que puedan adaptarse a nuestra estrategia.

Y ahora una pregunta de suma importancia: ¿acaso resulta más fácil reclutar guerrilleros que reclutar milicianos?⁶

Gran parte de los campesinos están dispuestos a perder la vida pero no a dejar su tierra, su modo de vivir. Aprueban así la consigna “¡Tierra o muerte!” Por lo tanto el guerrillero deja su hogar para regresar a él al terminar la lucha. En cambio, el miliciano se queda en casa, se dedica a su trabajo y cuando hay que luchar, lucha. De unos cien campesinos dispuestos a la lucha, 99 querrán ser milicianos y solo uno guerrillero. No quiero entrar aquí en detalles, pero puedes creerme: ya hice la experiencia de ello. Manco II, que había cercado a Cuzco para dar el asalto, fue abandonado por sus tropas porque había llegado el momento de plantar las papas o de recogerlas; no me acuerdo cuál de los dos.

No obstante, nada se opone a la organización de guerrillas. Pueden constituirse algunas con los elementos dispuestos a ello, para ayudar

⁶ Tomando en cuenta la relación de fuerzas, el carácter y el nivel de las luchas campesinas.

a las milicias⁷. Pero el organismo fundamental de la lucha armada en el Perú es la milicia del sindicato dirigida por el partido.

Aprovechemos todas las particularidades de la realidad peruana y no volvamos a empezar desde el principio, después de haber avanzado tanto. Dices: *“El FIR debe entablar la lucha armada por la toma del poder”*. Muy bien: así cabalgando sobre el movimiento campesino ocurrió en Cuba. Pero los cubanos tomaron primero las armas y luego montaron a caballo, cuando nosotros montamos a caballo, pero carecemos de armas. ¿Por qué pondríamos pie en tierra?

Estoy convencido de que si mi respuesta no logra convencerte tu unión con los militantes de base se encargará de ello. Y mientras más pronto mejor.

¡Tierra o muerte! ¡Venceremos!

Prisión central de Arequipa, a 7 de abril de 1964.

⁷

Pero estas guerrillas tendrán una dirección centralizada, y en el marco de la organización revolucionaria de masas [de los sindicatos] y no fuera de ella. Las necesidades de la lucha determinarán el número de las guerrillas.

LUIS VITALE

*América Latina: ¿feudal o capitalista?**

Luis Vitale (1927), historiador argentino nacionalizado chileno –autor de una importante Interpretación marxista de la historia de Chile (cuatro volúmenes editados a partir de 1967)–, publica en 1966 este texto que estimuló la polémica sobre la naturaleza de las formaciones socioeconómicas latinoamericanas. El punto de partida teórico de Vitale es que América Latina no es una reedición de la Europa del siglo XIX y no ha atravesado los mismos estudios históricos que la sociedad europea. Se trata, naturalmente, de un debate cargado de implicaciones políticas importantes, que son puestas en evidencia por el autor en las conclusiones del ensayo.

Ex-dirigente del MIR, militante trotskista, Vitale fue detenido después del golpe militar de 1973 y encarcelado durante casi tres años en un campo de concentración.

III

La tercera tesis del reformismo sostiene que la aristocracia feudal, nacida en la Colonia, impulsó la Independencia contra España. Nosotros afirmamos que España conquistó América no para reproducir en ella el ciclo feudal europeo, sino para incorporarla al nuevo sistema de producción capitalista. Esta “impronta” tendrá repercusiones no solo en la gestación de las clases sociales sino que generará las causas de la revolución americana de principios del siglo XIX. La colonización española originó una burguesía criolla que, al desarrollarse y entrar en contradicción con los intereses imperiales, dirigió la emancipación latinoamericana.

El desarrollo de América Latina estuvo subordinado desde el comienzo a su condición de colonia. Su economía nació deformada, para servir los intereses de la metrópoli. La característica de América Latina, como continente productor de materia prima, proviene de la época colonial. La evolución de la industria autóctona, condición básica, junto a la reforma agraria, para crear el mercado interno, fue coartada por España. La Colonia cumplía la doble función de exportador de materia prima e importador de productos elaborados.

España ejercía el monopolio de la exportación e importación colonial, imposibilitando a los productores criollos para obtener mejores precios

* Luis Vitale, *América Latina, ¿feudal o capitalista?*, Estrategia, Santiago de Chile, 1966.

en otros mercados y comprar productos manufacturados más baratos. A fin de apaciguar las protestas contra el monopolio, los reyes de la Casa de Borbón inauguraron una política, de corte reformista, al permitir la apertura de 33 nuevos puertos para el comercio con América en 1778. El relativo auge comercial acrecentó las expectativas de la burguesía criolla. Las concesiones borbónicas, en lugar de atenuar el descontento de las colonias, sirvieron como acicate a las aspiraciones de los terratenientes, mineros y comerciantes criollos. Las reformas impulsadas por los ministros liberales de Carlos III demuestran que la Colonia estaba perdida para España mucho antes de 1810.

La economía colonial generó una burguesía productora de materias primas. El sello capitalista de la colonización determinó que en América Latina la burguesía naciera directamente de la Colonia, sin necesidad de pasar por el ciclo europeo. Pero dada su condición de dependiente y de abastecedora exclusiva de materia prima, esta burguesía no alcanzó la fisonomía moderna. No fue una burguesía industrial, sino una burguesía productora y exportadora de materia prima. Su interés no residía en el desarrollo de un mercado interno, sino en la colocación de sus productos en el mercado europeo.

El hecho de que los criollos acomodados adquirieran títulos de nobleza, establecieran mayorazgos y otras reminiscencias medievales, ha inducido a liberales y reformistas a cometer el error sociológico de caracterizar como aristocracia feudal a esta capa de la sociedad. La verdad es que estas instituciones feudales eran solo el aspecto exterior, formal, de una clase social que se asentaba en las leyes inexorables del mercado mundial capitalista en formación. Más aun, los títulos de nobleza eran adquiridos con el dinero que los criollos obtenían de su actividad esencialmente burguesa y no por baños de sangre azul de una supuesta condición de nobles feudales.

La existencia de otras clases sociales demuestra, asimismo, que la Colonia no se desarrollaba bajo el signo feudal. La pequeña burguesía, cuyo papel ha sido subestimado por los historiadores, se componía de empleados públicos, comerciantes minoristas, pequeños agricultores, mayordomos de fundos, pequeños industriales, pulperos, matarifes, baja oficialidad del ejército, abogados, etcétera. La estructuración de una clase media no es característica propia del feudalismo. La existencia de artesanos, que tendían a superar el régimen de corporaciones medievales, el crecimiento de asalariados mestizos en las minas, campos, plantaciones, obrajes e industrias derivadas de la ganadería, demuestran el curso capitalista, aunque incipiente y embrionario, que siguieron las colonias. [...]

IV

La tesis cuarta del reformismo establece que la aristocracia feudal gobernó a los países latinoamericanos durante los siglos XIX y XX, impidiendo la evolución capitalista y el surgimiento de una burguesía nacional. Su conclusión es que falta por cumplir una etapa de desarrollo capitalista, tarea que debe acometer la “burguesía progresista”.

Nosotros creemos, por el contrario, que nuestros países han sido dirigidos no por señores feudales sino por una burguesía esencialmente productora de materia prima. Esta burguesía no tenía ningún interés en desarrollar el mercado interno y la industria nacional durante el siglo XIX porque su fuente básica residía en el comercio de exportación. Después de abortar los primeros planes de fomento a la industria esbozados por el ala más avanzada de la primera generación de revolucionarios de 1810, los terratenientes y comerciantes –comprometidos con Inglaterra y Francia para permitir la introducción de mercaderías extranjeras a cambio de un buen trato para sus materias primas– fueron los sepultureros de las incipientes industrias artesanales del interior de cada país. El libre comercio significaba una ventaja para la burguesía criolla exportadora que detentaba el poder, pero era la liquidación de los pequeños talleres regionales que habían tenido un pequeño auge durante las guerras de la Independencia al abastecer las necesidades de los ejércitos patriotas. La apariencia exterior de esta clase social, sin interés alguno en el desarrollo industrial, ha inducido a caracterizarla como feudal. A pesar de que la explotación de la mano de obra empleada por los gamonales conserva restos semif feudales –pongaje en Bolivia, por ejemplo–, el sistema de producción no es feudal sino capitalista pues sus productos están destinados al mercado exterior.

Pocas décadas después de la Independencia, se acelera el proceso de acumulación primitiva de la tierra con la conquista violenta de las propiedades que aun conservan las comunidades indígenas. Se afirma así la gran propiedad latifundiaria, que algunos confunden con el feudalismo por su extensión y atraso. Durante la segunda mitad del siglo XIX se echan las bases de la hacienda moderna como fruto del proceso de desarrollo del capitalismo agrario, condicionado por la demanda cada vez más creciente de materia prima de las naciones altamente industrializadas. Los agricultores capitalistas no surgen en América Latina a causa del desarrollo de la producción industrial y del mercado interno, como en la Europa de la revolución industrial, sino directamente ligados con la demanda del mercado mundial.

Para ciertos economistas, desarrollo capitalista e importancia social de la burguesía solo significa mecanización fabril o industria avanzada. Es decir,

donde no existe industria no habría capitalismo ni burguesía. Este criterio sirve para medir si un país es más adelantado que otro, pero siembra la confusión si se aplica a los países coloniales y semicoloniales. En éstos no existe una industria adelantada, pero sí un sistema de producción capitalista en la explotación agrícola, ganadera, etcétera y una clase social –la burguesía nacional terrateniente y minera– que se rige por las leyes del valor, la plusvalía y la cuota de ganancia. A mediados del siglo pasado, esta clase introduce en América Latina el medio más moderno de comunicación –el ferrocarril– e inaugura el sistema bancario que comienza a financiar las empresas agrícolas, frigoríficos, ingenios azucareros, fundiciones. Los mineros chilenos logran una alta productividad en las minas de cobre y salitre. Los terratenientes argentinos aumentan la exportación de ganado con la introducción de nuevas técnicas e inician el auge del capitalismo agrario. La burguesía terrateniente cubana se convierte en la principal abastecedora de azúcar del mundo, lo mismo que la boliviana con el estaño. La clase exportadora de nuestro continente cabalgaba hace ya más de un siglo en un corcel que no tascaba el freno feudal sino burgués. El atraso de América Latina no es producido por un sistema feudal que jamás existió sino por su calidad de continente productor de materia prima y dependiente del mercado mundial. Es efectivo que existían –y existen– comunidades indígenas y resabios semif feudales en las relaciones entre las clases. Pero estos factores de atraso coexisten con los adelantos más modernos de la técnica. Junto a la pequeña producción familiar y a los miserables talleres artesanales, se levantan grandes empresas capitalistas. Son los signos distintivos del desarrollo desigual combinado que caracteriza a las naciones atrasadas. según la aguda apreciación de León Trotsky, quien con la categoría de “combinado” complementó la teoría del desarrollo desigual de Marx y Lenin.

La inauguración de una nueva etapa del capitalismo a fines del siglo XIX –el imperialismo– selló el destino posterior de América Latina. La inversión de capital financiero foráneo transformó a nuestros países de dependientes en semicoloniales. Las materias primas, en manos de la burguesía nacional en el pasado, pasaron en gran parte a poder del imperialismo europeo, primero, y yanqui, después. Es historia conocida la entrega del cobre chileno, el estaño boliviano, las plantaciones centroamericanas, etcétera, por lo que no nos vamos a referir a este fenómeno de semicolonización. Queremos sí detenernos en la industria, ya que los revisionistas hacen tanto caudal acerca de la progresividad y el carácter nacional y antiimperialista de la burguesía industrial.

Al revés de la europea –que se generó en lucha contra la nobleza terrateniente y en una época histórica caracterizada por el capitalismo libre-cambista y competitivo– la burguesía industrial latinoamericana nació directamente ligada

a los terratenientes y al imperialismo. A fines del siglo pasado, el imperialismo no solo inundó los mercados con sus manufacturas sino que controló desde el comienzo la mayoría de las acciones de las principales industrias que se crearon en nuestros países. Durante las dos guerras mundiales hubo un relativo desarrollo de la industria, debido a las dificultades para importar productos manufacturados. Este proceso –realizado en plena etapa monopolista– se produjo en el sector de la industria ligera (textil, calzado, etcétera).

Los reformistas creen que existe una gran contradicción entre el imperialismo y el desarrollo de esta producción industrial. La verdad es que la evolución de la industria se ha hecho bajo el control del imperialismo y ha significado una mayor dependencia porque la industria ligera está obligada a comprar su maquinaria al monopolio extranjero. Precisamente, uno de los rasgos que caracterizan nuestra condición de países semicoloniales es la importación de maquinarias. Al imperialismo, especialmente norteamericano, le conviene el desarrollo de la industria ligera en los países atrasados, porque constituye nuevos mercados para la colocación de los productos de su industria pesada. Uno de los objetivos de la Alianza para el Progreso, cuando preconiza la “reforma agraria”, es que al desarrollarse la industria liviana latinoamericana –como resultado de un aumento del poder de compra campesino– significará una mayor demanda de maquinarias, acrecentándose así las ventas en bienes de producción de las empresas norteamericanas. Este objetivo de la “Alianza” ha sido manifestado en forma casi descarada por los voceros de Wall Street. Los revisionistas al proclamar que existe incompatibilidad entre el imperialismo y el desarrollo industrial de los países atrasados, parecen ignorar que lo básico para el gran monopolio contemporáneo no es la exportación de artículos de consumo (vestuario, calzado, alimentos, lavarropas, etcétera) sino la venta de la maquinaria que elabora su industria pesada (productos durables). Al viejo capitalismo –decía Lenin– le interesaba la exportación de mercancías, al moderno –el imperialismo– la exportación de capitales en forma de bienes de producción. En fin, la burguesía industrial latinoamericana –que surgió íntimamente ligada al monopolio extranjero en plena época imperialista– depende ahora más que nunca de la importación de maquinaria producida por las metrópolis.

La burguesía industrial nativa nace combinada con otras clases dominantes. Los escuálidos capitales de la industria nacional provienen de las inversiones de los terratenientes o mineros. Los industriales, a su vez, adquieren tierras y se convierten en latifundistas. En América Latina, se establecen vínculos estrechos entre el capital financiero extranjero, los terratenientes y la burguesía industrial, sectores que se “trutstifican” cada vez con mayor intensidad.

Sintetizando, es falso que la aristocracia feudal haya gobernado los países latinoamericanos. Lo cierto es que el poder ha sido ejercido por una burguesía exportadora de materia prima, que ha condicionado el atraso de nuestro continente. La etapa imperialista significó el traspaso de estas materias primas al capital financiero extranjero. La burguesía industrial de dientes de leche se ha mantenido dependiente del imperialismo por su incapacidad histórica para desarrollar la industria pesada, condición básica para la evolución progresiva de un país en la actual etapa de la civilización. El atraso de América Latina no es producto del feudalismo sino de una burguesía que ha agotado todas las posibilidades de desarrollo de un continente semicolonial en plena época imperialista. Es falso, por consiguiente, afirmar, como lo hace el revisionismo, que falta una etapa de desarrollo capitalista factible de ser realizada por la “burguesía progresista”.

V

Y llegamos a la tesis final del reformismo, objetivo de todos los afanes seudohistóricos de los revisionistas: “los partidos populares deben apoyar a la burguesía progresista contra la oligarquía feudal para realizar las tareas democrático-burguesas, a través de un Frente de Liberación Nacional”.

La estrategia política de los revisionistas se basa en la teoría de la Revolución por etapas. Como, según ellos, América Latina ha sido dominada por la oligarquía feudal, es necesario hacer primero la revolución antifeudal, a cuya cabeza debe ponerse la burguesía progresista, para realizar la etapa de desarrollo capitalista que falta por cumplir. Este esquema histórico –fabricado para justificar una estrategia política falsa– nada tiene que ver con la realidad. América Latina no ha sido una copia mecánica de la Europa del siglo XIX, donde la nueva clase burguesa en ascenso tuvo que derrocar al feudalismo para iniciar el ciclo de las revoluciones democrático-burguesas. Nuestro continente no atravesó por las clásicas etapas del Viejo Mundo sino que pasó directamente de las comunidades indígenas primitivas al capitalismo incipiente introducido por la colonización española. Al independizarse de España, América Latina no fue gobernada por la fantasmagórica oligarquía feudal sino por una burguesía productora de materias primas que, al depender del mercado mundial capitalista, condicionó el atraso de nuestro continente.

La historia ha demostrado que esta burguesía es incapaz de realizar las tareas democráticas. El carácter combinado de las clases dominantes determina que la burguesía nacional –incluida la industrial– no pueda ni quiera realizar la reforma agraria porque todas las clases están comprometidas en la tenencia de la tierra. Es por tanto ilusorio –por no decir criminal– sostener

que la burguesía industrial, que tuvo una gran cuota de poder en los gobiernos latinoamericanos de posguerra, encabece la lucha por la reforma agraria. La burguesía industrial también está incapacitada para romper con el imperialismo por su grado de dependencia respecto del capital financiero. Puede tener ciertos roces con algunas empresas foráneas que introducen productos competitivos con la industria ligera, pero su lucha no va más allá de imponer débiles barreras aduaneras. A una clase cuya existencia misma depende del imperialismo no puede pedírsele que se haga el “haraquiri” por la simple razón de que una clase no va nunca contra sí misma. Por tanto, la reforma agraria y la expulsión del imperialismo se ha hecho y se hará no con sino contra la burguesía industrial.

“Aunque hay intereses en conflicto y alianzas efímeras, las supuestas contradicciones fundamentales entre la ‘burguesía nacional’, los ‘señores feudales’, la ‘burguesía compradora’ y los ‘imperialistas’, como justamente lo señalan Huberman y Sweezy, y a despecho de toda la cháchara en sentido contrario, son en gran medida un mito”.

Para entender la relación entre burguesía nacional e imperialismo no hay que aplicar el principio de identidad sino el de unidad. Imperialismo no es exactamente igual a burguesía nacional. Los roces entre ambos se producen dentro de una unidad integrada por el capital financiero extranjero, los terratenientes y la burguesía industrial. De ahí que los antagonismos sean secundarios y que estas clases cierren filas en la lucha contra el enemigo común: el proletariado y el campesinado. La política de gobiernos bonapartistas como Perón, Vargas, Goulart, Paz Estenssoro, etcétera, nunca tendió a romper con el imperialismo sino solo a chantajearlo para obtener un acuerdo más provechoso en el reparto de la renta nacional.

Las ilusiones reformistas en la capacidad de la burguesía “progresista” para cumplir una etapa democrática de reforma agraria, independencia nacional y desarrollo industrial, han sido barridas por la experiencia histórica. El curso de las revoluciones rusa, china, cubana, etcétera, ha demostrado que la Revolución es un solo proceso permanente e ininterrumpido: que tal como lo anticipara Trotsky en 1905, no hay primero una etapa democrática –dirigida por la burguesía o en alianza con ella– y después una etapa socialista. Si Fidel Castro y el Che Guevara se hubieran detenido en la mera lucha antiimperialista y agraria, dejando intacta a la burguesía nacional, hoy día en Cuba las campanas estarían sonando a muerte, como ocurrió en la Guatemala de Arbenz. O la revolución avanza expropiando a los expropiadores o la burguesía prepara la contrarrevolución bañando en sangre al proletariado, como ha sucedido en Indonesia con los 10.000 comunistas asesinados por el gobierno burgués

“progresista” de Sukarno. La historia contemporánea de los países semicoloniales ha demostrado que solo el proletariado, unido al campesinado y demás capas pobres, puede garantizar por medio de la Revolución Social, la liquidación del imperialismo y la Revolución Agraria. El gobierno revolucionario, asentado en los órganos de poder armado de obreros y campesinos, cumple las tareas democráticas que la burguesía no fue capaz de realizar, medidas que combina con tareas de tipo socialista, como ha sido comprobado por las experiencias rusa, china y cubana. El hecho de que la Revolución en los países atrasados no pueda realizar de inmediato tareas ciento por ciento socialistas, no significa que la burguesía tenga todavía un papel progresivo que cumplir.

La táctica de la vía pacífica está determinada por la teoría de la revolución por etapas. Los revisionistas garantizan a la respetable matrona burguesa que el parto de la revolución antifeudal será sin dolor. De lo contrario, no se concibe cómo esta señora entraría a un frente en el que actuaran desorbitados partidarios de la vía violenta; esos guerrilleros que sin respetar las buenas maneras y los pactos de caballeros pueden saltarse las etapas convenidas apropiando no solo al imperialismo y a la “oligarquía feudal” sino también a sus propios patrones criollos: los industriales “progresistas”.

La nueva generación latinoamericana, surgida al calor de la Revolución Cubana, ya no podrá ser mistificada con los viejos esquemas de la revolución por etapas, llámese ésta democrática, antifeudal, agraria, nacional o antiimperialista. Sabe que hay un solo camino para derrotar a los enemigos seculares del atraso continental: la *insurrección popular armada para implantar el socialismo*.

A los teóricos que en un vuelo gallináceo sin par han llegado a sostener que la clase obrera y campesina de nuestros países no está madura, la historia se ha encargado de ponerles el epitafio definitivo: la primera revolución social se realizó en uno de los países más atrasados del mundo; la segunda, tercera, cuarta y quinta, también.

Santiago de Chile, febrero de 1966.

*El POR boliviano y la guerrilla del Che**

En mayo de 1967, cuando la guerrilla iniciada por el Che Guevara en Bolivia empieza a actuar, el POR (Partido Obrero Revolucionario) publica una declaración (redactada por su dirigente principal Hugo González Moscoso) de solidaridad con los guerrilleros. Además el POR es la única organización que apoyará abiertamente a los combatientes de Ñancahuazú. Sin embargo, no se concibe este apoyo simplemente en términos de adhesión a la guerrilla; el documento del partido trotskista boliviano insiste en la importancia del desarrollo de la lucha de masas urbana, de la movilización de los sindicatos de mineros, de la organización de las milicias obreras.

Poco después de la publicación de este documento, González Moscoso y los demás dirigentes del POR son detenidos y la actividad del partido quedará temporalmente paralizada.

¡Levantémonos en honor de las guerrillas de Ñancahuazú! Frente a la desmoralización de los indecisos, al oportunismo de los explotadores y cuando la represión militar, después de haber llenado los campos de concentración de los bosques occidentales, ha puesto fuera de la ley al POR y al PC, la aparición de las guerrillas en el sureste del país constituye la respuesta adecuada a los crímenes de los gorilas dictadores. Las guerrillas son un llamamiento al combate e indican el camino que deben seguir las masas bolivianas para aplastar el yugo que las oprime y las explota.

Las guerrillas no son una loca aventura y menos aun una transposición mecánica y artificial de la guerrilla cubana. Si bien es cierto que la lucha armada victoriosa de la Sierra Maestra es una de las lecciones más válidas de la revolución cubana que sepultó el revisionismo de los partidos del “*modus vivendi*” con el imperialismo y de las “vías pacíficas al socialismo”, la guerrilla surgida en Bolivia es el punto culminante de un proceso político interno. El pueblo boliviano no es ajeno a la lucha armada, ésta es por el contrario, la conclusión que sacó de su realidad objetiva actual. Toda la historia de Bolivia está marcada por las sublevaciones armadas de las masas ansiosas por romper sus cadenas. La acción de las guerrillas de la Independencia, de los Padilla, de las Juana Azurduy, de los Lanza, de los Moto Méndez, las tesis de Pulacayo y sus comités armados, la acción del 9 de abril con las milicias sindicales armadas, constituyen la fuente histórica en que se alimentan los guerrilleros de Ñancahuazú.

* “En Bolivie, tout le peuple est aux cotes des guérillas”. *Quatrième Internationale*, N° 31, París, julio de 1967, pp. 15-18.

Es simbólico que el teatro de sus acciones sea el mismo en que Juana Azurduy y Manuel Padilla vencieron al ejército real español gracias a las guerrillas durante la segunda década del siglo pasado.

El pueblo boliviano tenía que regresar a esta tradición histórica incitado por la experiencia vivida de estos últimos quince años. Los guerrilleros de Ñancuazú expresan una corriente popular general y son sus mejores voceros.

La decisión de pasar a la lucha armada maduró en la conciencia obrera y popular mediante un lento proceso. Estos últimos quince años muestran cómo los trabajadores, los campesinos, los intelectuales, los partidos obreros y populares y todo el pueblo boliviano lucharon por elevar sus condiciones de vida, por sacar al país de su dependencia y de su atraso. Numerosos congresos obreros, campesinos y estudiantiles elaboraron reivindicaciones, formularon planes y programas. Las masas movilizadas dieron su apoyo y su fuerza a una u otra de las direcciones burguesas para que, llegadas al poder, dieran satisfacción a sus aspiraciones y a sus deseos de progreso. Pero las masas siempre fueron engañadas. Las conquistas sociales y políticas, impuestas a costa de numerosos sacrificios, se transformaron en el momento de su realización en discursos líricos y pomposos. La reforma agraria no mejoró la existencia de las masas campesinas que siguen en la miseria con el ingreso anual por habitante más bajo de América Latina. La nacionalización de las minas sirvió para enriquecer a una casta y esto, con el extraño objetivo de crear una "burguesía fuerte". En vez de obtener la independencia nacional, el capital financiero se apoderó de nuevo del petróleo y del oro. Los agentes imperialistas se infiltraron en todas las instituciones empezando por el gobierno, el ejército, la enseñanza y todas las actividades administrativas y económicas del país. Centenares de espías del supuesto "Cuerpo de Paz", comisiones militares, bancarias, agrícolas, mineras, culturales, dominan de un lado a otro del territorio.

Cuando las masas se sintieron embaucadas, se impacientaron y exigieron soluciones y cambios en su existencia. Sus ídolos se convirtieron en sus verdugos y cada reivindicación, cada movilización de los trabajadores fue acogida por una represión militar abierta. Pero el encarcelamiento de los dirigentes obreros, el aislamiento de los dirigentes trotskistas y comunistas no resolvieron la crisis económica y no hicieron desaparecer el desempleo, como tampoco dieron de comer al pueblo.

El agravamiento de esta crisis llevó a los militares al poder; el gobierno militar apareció para aplastar al pueblo. Su impotencia para resolver los problemas nacionales y obreros lo indujo a matar a los mineros de Siglo XX, a bombardear y a ametrallar Milluni y Alto La Paz, a confiscar los bienes sindicales y a no tomar en cuenta a los sindicatos. En vez de dar más pan al pueblo,

el gobierno militar bajó los salarios en más de un 300%. Con la dictadura militar, la opresión imperialista se agravó. Por consiguiente, los últimos vestigios de libertad, la democracia para las masas y para sus partidarios desaparecieron. Pero la capitulación ante el imperialismo, la destrucción de los sindicatos, el desempleo y, finalmente, la puesta fuera de la ley del POR y del PCB, lejos de resolver la crisis económica, solo la acentuaron. El gobierno militar y sus métodos de terror no pueden resolver el menor problema mientras se desarrollen el caos y la bancarrota.

Las guerrillas abren la vía de la liberación de Bolivia

Las guerrillas surgieron para acabar con esta situación y para abrir un nuevo camino, verdadero éste, que garantice el progreso del país. Los métodos de lucha normales, legales, resultaron ineficaces frente a la dictadura. La lucha armada, en forma de guerrillas, fue impuesta por las condiciones actuales. La dictadura militar cerró el camino de la democracia y provocó el nacimiento de las guerrillas. Es una verdad indiscutible. Cuando se destroza y se destruye a los sindicatos, cuando se encarcela y se acosa a los dirigentes sindicales y a los militantes revolucionarios, cuando se responde a cada reivindicación y a cada propuesta obrera por las armas y la cárcel, es que ya no hay cabida para los métodos de lucha legal y democrática.

La dictadura militar es la que se puso fuera de la ley y provocó la lucha armada. El único responsable de la existencia de las guerrillas y de sus consecuencias es el gobierno militar, lacayo del imperialismo.

Las masas aprendieron gracias a su experiencia cotidiana que la rebelión armada es hoy día la única vía que permite derrocar a la dictadura militar y al imperialismo y crear después un Estado obrero y popular. El pueblo se dio cuenta de que la burguesía y el imperialismo eran incapaces de desarrollar el país. Las reuniones de los ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, de la CEPAL, la reunión en la cumbre de los presidentes, la Alianza para el Progreso, los planes económicos de toda clase, fracasaron y se convirtieron en cortina de humo destinada a ocultar la realidad latinoamericana y boliviana, dramática y desgarradora.

Todos estos organismos estudiaron la crisis boliviana durante veinte años. Por cierto no faltan planes, programas, encuestas, etcétera. Bolivia fue estudiada desde todos los puntos de vista, pero los imperialistas y sus lacayos nunca pudieron encontrar una solución a su atraso. La razón de ello es muy simple: los males de Bolivia, su situación atrasada, su dependencia y su miseria solo puede curarlos el socialismo, y este remedio es un veneno para los explotadores y la burguesía nacional. Por lo tanto es natural que los pueblos

ya no confíen en los planes y los organismos del imperialismo y de las burguesías semicoloniales. Después de una larga experiencia, ya no se puede esperar que los explotadores cambien y se vuelvan sensibles a las necesidades y a los intereses de sus explotados; apenas lograron disimularse tras una verborrea vacía y demagógica. Barrientos habla de desarrollo, de diálogo con el pueblo, pero para él el desarrollo significa la capitulación, y dialoga con la oligarquía y con los agentes del imperialismo. Habla de concordia y de pacificación entre bolivianos, pero al mismo tiempo persigue, encarcela y mata. El diálogo del cual Barrientos habla, lo hemos visto en Siglo XX cuando el ejército penetró en él. La paz que ofrece es la paz de los cementerios, como ocurrió para el obrero de la construcción Adrián Arce, para el dirigente de los mineros, miembro del POR, César Lora, asesinado de una bala en la cabeza. Este diálogo es la pacificación del panóptico, de San Pedro, de Puerto Rico, de Huaragoys, de Pekín, de Madidi, de Ixlamas, de Ulla Ulla donde están confinados los oponentes revolucionarios a su régimen antinacional y antiobrero. Es la prohibición del POR y del PCB. El pueblo boliviano entero rechaza y condena semejante diálogo y semejante pacificación.

Los guerrilleros son los hijos de pueblo

Gracias a esta convicción, el pueblo y la gran mayoría de la nación están convencidos de que la lucha armada y la guerrilla son actualmente la única vía y la única salida. A esto se debe que las guerrillas emanen de las necesidades del pueblo y de sus entrañas.

En las sierras de Ñancahuazú, los hijos más decididos y más valientes del pueblo boliviano combaten: los mineros que fueron expulsados de las minas y condenados a morirse de hambre, los obreros de fábricas y de la construcción que vieron su salario disminuir y sus derechos suprimidos, los campesinos que en su humilde choza esperaron en vano el progreso y vieron la reforma agraria transformarse en una farsa cruel, los jóvenes sin trabajo que prefirieron sacrificarse por la patria en vez de exiliarse, los universitarios cuyas esperanzas fueron engañadas por la crisis y el desempleo.

La dictadura militar califica a estos hijos de Bolivia, estos hijos de mineros, de campesinos e intelectuales, de “mercenarios extranjeros”. Rechazamos esta ofensa hecha a los patriotas que son los hijos del pueblo. Los mercenarios son los espías yanquis, homenajeados desde el Palacio de Gobierno hasta la última oficina. El “gorilismo” de Barrientos armó un escándalo a propósito de tres periodistas, pero permanece callado acerca de la llegada de militares yanquis y de agentes del FBI. Los mercenarios extranjeros son los mercenarios argentinos, norteamericanos y brasileños que, pisoteando la soberanía nacional,

reemplazaron en los hechos al alto mando militar incapaz y al propio gobierno. Los mercenarios son aquellos que siguen al amo imperialista y transformaron a Bolivia en una cárcel para los bolivianos.

¿Para qué luchan los guerrilleros?

Los objetivos de los guerrilleros son obvios y no necesitan una propaganda particular. Surgidos de lo más profundo del pueblo, tratan de acabar con la injusticia social, la ausencia de garantías y de libertad democrática, la opresión nacional impuesta por el imperialismo.

La lucha de guerrillas se origina en todas las aspiraciones populares y obreras, en las reivindicaciones de los mineros, de los obreros, de los maestros y de los universitarios que hasta ahora solo recibieron una respuesta negativa y violenta de la dictadura militar.

La actitud de la dictadura militar

El “gorilismo” contestó a la presencia de guerrillas en Ñancahuazú como lo había hecho antes a las reivindicaciones obreras, o sea por el terror, la mentira y el engaño. Sin reflexionar acerca de las causas económicas y sociales, la camarilla militar se lanzó rabiosamente contra el pueblo. En las ciudades, en las minas, decenas de dirigentes sindicales revolucionarios fueron encarcelados. Los campos de concentración de los bosques orientales están repletos de militantes y de dirigentes del POR, del PCB y del PRIN, de dirigentes mineros y estudiantiles. En el campo, la burocracia adicta a la dictadura desencadenó el terror y las víctimas campesinas son numerosas. En la zona de las guerrillas, los militares yanquis, argentinos y brasileños muestran una severidad criminal; tres mil soldados de infantería, la artillería pesada, los aviones de caza, los bombarderos, los paracaidistas, la DIC y la Guardia Nacional con perros policías fueron lanzados contra un puñado de patriotas bolivianos, contra los guerrilleros. Diariamente, se bombardea y se ametralla con violencia y sin discriminación los bosques, el chaco y los edificios, los campesinos, los ganaderos, los campesinos pobres que reciben las bombas de napalm de la ayuda norteamericana. Las aldeas de Camiri, Lagunillas, Muyupampa y Monteagudo viven horas angustiosas debido a los verdugos militares. Día tras día, se hacen prisioneros, se detiene a supuestos partidarios de las guerrillas, entre los cuales muchos son hallados “suicidados” después de horribles torturas.

La actitud de los militares mercenarios yanquis, argentinos y brasileños así como de los traidores bolivianos contrasta con la conducta humana de los guerrilleros que llaman a la rendición y que solo disparan para defenderse, que tratan bien a los prisioneros y los liberan después de haberlos curado.

Ésta es la razón de los muertos en la zona de guerrilla; la dictadura militar y sus mercenarios gorilas son enteramente responsables de ello.

Es un deber apoyar a las guerrillas

La causa de los guerrilleros es la causa de todos los bolivianos. Las guerrillas son el brazo armado del pueblo que debe oponerse a los que hacen padecer hambre a las masas, a los asesinos de Arce y de Lora, de Siglo XX, de Milluni, de Alto La Paz de 1965, a los que son responsables del atraso y de la miseria de Bolivia, de la reducción de los salarios, y por último a los que venden y entregan la patria a la voracidad imperialista.

Los guerrilleros, cuya lucha es la de toda Bolivia, representan a cada boliviano, a cada sector de la población. Pero resulta necesario organizar y coordinar el apoyo del pueblo. La mejor ayuda es desarrollar la lucha de las masas urbanas, de los mineros, de los obreros, de los campesinos, de los universitarios por sus propias reivindicaciones. ¡Hay que luchar por recuperar las minas! ¡Hay que luchar por el aumento general de los salarios! ¡Hay que desarrollar la lucha de los maestros, de los universitarios, de los estudiantes, de los campesinos! ¡Hay que luchar por la obtención de garantías democráticas y la libertad para los encarcelados! ¡Las guerrillas apoyan la lucha del pueblo con las armas en la mano! ¡Movilícense contra la dictadura militar, contra los mercenarios y los gorilas!

Todos los revolucionarios deben unirse para fortalecer el poderoso Frente de Izquierda. Deben reaparecer los comités clandestinos, las milicias armadas en los sindicatos, hacen falta direcciones sindicales audaces. En este proceso, hay que reorganizar vigorosamente los sindicatos, desde la base hasta la dirección de la COB, con hombres que estén a la altura de la lucha armada iniciada por las guerrillas. Las masas deben partir del nivel que alcanzaron gracias a las experiencias de los últimos años.

Las guerrillas triunfarán

El pueblo es invencible y las guerrillas que son su expresión armada triunfarán. La debilidad del imperialismo y del gobierno fantoche son visibles, y ya se observan signos de crisis y de desmoralización a nivel del alto mando militar, de los oficiales y de la tropa. El gabinete mixto del Cao Ky boliviano, Barrientos, se bambolea. Si no hubo ruptura entre el ejército y el gobierno hasta ahora, fue gracias a la presión de la embajada norteamericana. Una parte del ejército reclamó el retiro de Barrientos y exige un gobierno únicamente militar.

Esta crisis ha sido frenada hoy día, pero se acentuará y estallará. La guerrilla y la lucha de las masas vencerán todos los obstáculos y a los aparatos represivos. Después, Bolivia será libre y encontrará el camino de su desarrollo que la llevará a crear una nueva sociedad de trabajadores en la cual los explotadores ya no existirán.

Buró Político del POR
(Sección Boliviana de la IV Internacional)

Bolivia, mayo de 1967

ADOLFO GILLY

*México, la revolución interrumpida**

Militante trotskista argentino, autor de trabajos sobre la economía cubana de los años sesenta y colaborador, en esa época, de la revista marxista norteamericana Monthly Review, Adolfo Gilly ha vivido durante muchos años en México. Detenido en abril de 1966 y acusado de "conspiración subversiva" fue encarcelado durante más de seis años. Fue en la cárcel de Lecumberri de México donde escribió el libro La revolución interrumpida, publicado en 1971; tuvo un gran éxito y estimuló muchas discusiones dentro de la izquierda mexicana. El libro estudia la revolución mexicana de los años 1910-20 a la luz de la teoría de la revolución permanente de Trotsky.

Los dos fragmentos que publicamos se refieren al papel revolucionario del campesinado; la ocupación de la ciudad de México en diciembre de 1914 por la División del Norte de Pancho Villa y el Ejército de Liberación del Sur de Emiliano Zapata, y la comuna campesina zapatista del Estado de Morelos, en el sur de México.

México, diciembre de 1914

La capital ocupada por los ejércitos campesinos es la síntesis de lo que sucede en el país. La guerra campesina ha llegado a su punto más alto. La vieja oligarquía ha perdido el poder para siempre, junto con gran parte de sus bienes, cosa que aun no había sucedido ni sucedería hasta muchos años después en ningún país de América Latina. Los representantes de la nueva burguesía aun no han podido afirmar ese poder en sus manos. No solo no han podido, sino que han debido ceder al embate de las armas campesinas y abandonarles el centro político del país, la capital, y el símbolo material de ese poder, el Palacio Nacional, ocupado por las tropas zapatistas.

En realidad, el poder está vacante. Pues no basta que la oligarquía lo pierda y la burguesía no tenga fuerzas para sostenerlo: alguien debe tomarlo. Y la dirección campesina no lo toma; nomás lo tiene "en custodia" como al Palacio Nacional, para entregarlo a los dirigentes pequeño-burgueses de la Convención. Ejercer el poder exige un programa. Aplicar un programa demanda una política. Llevar una política requiere un partido. Ninguna de esas cosas tenían los campesinos, ni podían tenerlas.

* Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida, México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, ed. El Caballito, México, 1977, pp. 139-41, 151-52, 236-37.

El proletariado, como fuerza política independiente, estaba ausente. Había proletarios, particularmente mineros y ferroviarios, en el ejército de Villa; pero como individuos, no como fuerza o tendencia de clase. Había jornaleros agrícolas en cantidad en los dos ejércitos campesinos. Pero ninguna tendencia, ni aun dirigentes individuales, representaban o asumían una posición de clase proletaria. El anarquismo –los magonistas– no existía como organización independiente, sino como tendencia pequeñoburguesa difusa en la dirección de los incipientes sindicatos. Y tanto a título de dirigentes sindicales como a título de corriente política, la inclinación de los dirigentes anarcosindicalistas, en México entonces como en todas partes siempre, era vincularse y entrelazarse con el poder estatal burgués, no a correr la aventura de unir su suerte al incierto destino de los campesinos en armas. Por otra parte, tampoco tenían un programa que ofrecer a éstos, porque los llamados del magonismo, además filtrados a través del prisma burocrático de los dirigentes sindicales anarcosindicalistas, no llegaban a ser un programa de clase ni tenían punto de enganche en la realidad de la lucha de clases tal como se daba, no tal como la trazaban las especulaciones anarquistas.

Los obreros y artesanos de la capital miraban con simpatía a los ejércitos campesinos. En mil formas espontáneas les expresaron su solidaridad de clase, su fraternidad y su amistad, cuando entraron en México. Pero los sentimientos no alcanzan a establecer la alianza obrera y campesina, hacen falta además el programa y la política que la expresen, y los organismos que la lleven adelante. Nada de eso tenían los incipientes sindicatos entonces, ni sus dirigentes, y tampoco la dirección campesina comprendió ni pudo comprender la necesidad de esa alianza, tironeada entre los impulsos revolucionarios y radicales que partían de la base en armas y la ingenuidad y las ilusiones pequeñoburguesas en las “buenas leyes” y los “buenos hombres ilustrados” de que aun no se habían despojado sus dirigentes, ni tampoco las mismas masas campesinas a pesar de su natural desconfianza de clase hacia los catrines. En realidad, no bastaba la experiencia anterior, sino que solo la aparición de un centro proletario independiente podía eliminar esas ilusiones, que se alimentaban de la situación contradictoria e intermedia del campesinado en la sociedad burguesa y de la ausencia nacional y mundial de ese centro.

No existían la dirección ni el centro proletario a escala nacional, ni había aun un solo Estado obrero en el mundo que sirviera como guía, centro de atracción y punto de apoyo a la revolución mexicana. La revolución mundial estaba en su punto más bajo en muchos años. Acababa de estallar la primera gran guerra imperialista y las masas de Europa estaban paralizadas y envueltas en la matanza burguesa.

Esto no solo determina la situación de aislamiento mundial de la revolución mexicana en ese momento culminante. Mide también la hazaña histórica de los campesinos mexicanos que, aun sin saberlo, eran en ese mes de diciembre de 1914 la punta más alta de la revolución en todo el mundo, cuando asumiendo la representación de las masas de todo el país se hicieron dueños de la ciudad de México. Y con ingenuidad, pero también con resolución, trataron de sacar adelante la tarea que la historia y su propio coraje habían colocado sobre sus hombros.

La ocupación de México por los ejércitos campesinos es uno de los episodios más hermosos y conmovedores de toda la revolución mexicana, una expresión temprana, violenta y ordenada de la potencia de las masas que ha dejado hasta hoy su marca en el país, y uno de los cimientos históricos en que se afirman, sin que reveses, traiciones ni contrastes hayan podido conmoverlo, el orgullo y la altivez del campesino mexicano. Es, en la conciencia histórica de las masas, una cabecera de puente de la insurrección obrera, el asalto al poder y la revolución socialista. [...]

Lo que demuestra el empuje poderoso de la revolución es que los campesinos llegaron a intentar independizarse políticamente del gobierno de la burguesía, instaurando ellos un gobierno en la capital del país bajo su ocupación, y no simplemente manteniendo la guerra en los campos. Pero el poder campesino mediado por los pequeñoburgueses –los “gabinetes”, como diría Pancho Villa–, al no llegar a ser un poder proletario, irremediamente era un poder burgués suspendido del aire, en contradicción con el real gobierno burgués de Carranza pero en el fondo mucho más en contradicción con la misma base campesina insurrecta que lo sostenía frente a Carranza. Por eso terminó actuando como agente de éste contra las direcciones campesinas.

Así lo escribió años después, con toda lucidez y todo cinismo, el que vino a ser el cronista de la indecisión convencionista, Martín Luis Guzmán, en *El águila y la serpiente*.

Eulalio que no se mamaba el dedo, se dio exacta cuenta de la situación en que nos encontrábamos: le bastaron tres o cuatro semanas de estancia en el poder (o lo que fuera) para confirmarse en su primitiva idea de que nada podía hacerse por de pronto, salvo ganar tiempo y buscar el medio de escapar de Villa sin caer en Carranza. Pero esperar quería decir defenderse –defenderse del amago más próximo, que era el de Villa y Zapata–, por donde nos fue preciso desarrollar una de las políticas más incongruentes de cuantas puedan concebirse: contribuir a que nuestros enemigos declarados –los carrancistas– vencieran a nuestros sostenedores oficiales –los villistas y zapatistas– a fin

de que eso nos librara un tanto de la presión tremenda con que nos sujetaba el poder más próximo.

El gobierno de la Convención instalado en la capital y sostenido en ejércitos que dominaban la mayor y más importante parte del país, significaba en esencia que la dinámica de la revolución exigía un organismo que expresara en términos políticos el poder de las masas campesinas, y al mismo tiempo que éstas no podían crearlo, aunque su empuje revolucionario rebasaba y rechazaba los marcos del poder burgués. Entonces la Convención no llegaba a ser un organismo de poder –y así lo reconoce el mismo Guzmán cuando habla de su “estancia en el poder, o lo que fuera”– sino de alianza inestable y conflictiva con un sector de la pequeña burguesía radicalizada. Era una especie de preconstituyente, y como toda asamblea constituyente o similar, planteaba dos problemas pero no los resolvía: a dónde va el país y quién ha de dirigir esa marcha. No podía dar respuesta al primero, y mucho menos al segundo (que en definitiva es el que decide sobre el primero) para el cual hacen falta no los debates sino la fuerza material: el programa, la organización y las armas. Todo eso no podía durar mucho, y no duró.

El gobierno en sí reflejaba íntegramente esta contradicción. Era un conjunto heterogéneo sin base de clase propia y sin confianza en las masas, o más bien, hostil a éstas, que lo tenían prisionero. En realidad, la perspectiva de sus elementos más conscientes era negociar con Obregón y a través de él con Carranza, aprovechando la fuerza de los campesinos. Nada más que para ser aceptados como interlocutores en la negociación habrían debido demostrar que controlaban esa fuerza, y solo podían mostrar que saboteaban bajo cuerda, pero que no controlaban nada. En otros de sus miembros, la perspectiva era completamente inestable y nebulosa, eran aventureros o ingenuos arrastrados en la ola revolucionaria. Como un todo, era un conjunto de pequeñoburgueses compuesto de arribistas, ilusos, aventureros, inciertos y vividores, o en el mejor de los casos, desorientados. Su diferencia con las cumbres de otros “partidos campesinos” de la historia era que en este caso, la base campesina armada dominaba el país –no era una simple masa electoral– y tenía sus direcciones propias, en particular el zapatismo que era el decisivo políticamente, y a través de ellas ejercía una profunda desconfianza armada sobre esas cumbres pequeñoburguesas, atravesándole fusiles en el camino de sus maniobras. Inevitablemente, la contradicción tenía que estallar en corto plazo.

Esos pequeñoburgueses, impotentes hasta para dictar una ley de reforma agraria porque iba a dar a la base campesina un centro antiburgués para oponerse a ellos o para empujarlos, eran una traba con su sola presencia. Odiaban, despreciaban y temían a Villa y a Zapata. Alzaban con su presencia,

con sus actos, con sus modos y con su inacción, una barrera pequeño burguesa entre los campesinos villistas y zapatistas y el proletariado, barrera que completaban del otro lado los dirigentes sindicales anarcosindicalistas que veían perspectivas de carrerismo con Obregón, no con Villa y Zapata. Paralizaban y traicionaban todo. Los más corrompidos vivían en el lujo abandonado por la burguesía, los más ilusos vivían en las nubes. Ninguno representaba nada, salvo la ausencia del proletariado como fuerza política independiente y la impotencia del campesinado para serlo.

Es decir, representaban dos ausencias, dos signos negativos que no alcanzaban a hacer uno positivo.

Pero si el gobierno convencionista era todo eso, el hecho de su formación expresa algo más duradero y profundo que los hombres que lo integraban. Significa también que las masas campesinas, a través de la organización y la centralización militar expresada en Villa y a través de la intransigencia política expresada en Zapata, manifestaron una capacidad hasta entonces única en la historia de las guerras campesinas para hacer un esfuerzo supremo para romper con la burguesía y constituirse en fuerza nacional independiente; para arrastrar en esas condiciones a un sector de la pequeña burguesía, así fuera condicional y transitoriamente, y para influir poderosamente al otro (la tendencia radical y jacobina en el constitucionalismo), a través del cual terminaría por expresarse en términos políticos más permanentes el peso campesino en el curso de la revolución.

Este gran esfuerzo supremo, inevitablemente fallido como tal, era no obstante el anuncio de la inminencia de la era de las revoluciones proletarias victoriosas en el mundo, que iba a abrir tres años después la revolución rusa; y el presagio de que finalmente el campesinado, como ahora dice Posadas, iba a ser arrancado mundialmente como masa a la perspectiva burguesa y ganado a la revolución socialista.

La guerra campesina y la revolución mexicana se alzan en el confín de dos épocas históricas mundiales. Su protagonista; el campesinado de México, al intentar establecer su propio poder nacional utilizando para ello los inservibles instrumentos pequeñoburgueses que encontró a la mano, es un precursor histórico de los gobiernos obreros y campesinos, a la manera como –salvando las diferencias– en el campo teórico los socialistas utópicos son precursores del marxismo como teoría científica del socialismo y la revolución proletaria. [...]

A partir de la retirada de México en enero de 1915 la revolución campesina, unida frágilmente en Xochimilco y en la ocupación de la capital en diciembre de 1914, volvió a dividirse en sus dos sectores, norte y sur, esta vez definitivamente.

A diferencia del período anterior, en que ambos sectores eran llevados por la ola ascendente de las masas hacia la conquista de todo el país y de sus centros de poder y hacia su unificación nacional, esta vez la retirada tomó la forma del doble repliegue hacia las regiones de origen, sin más porvenir que la guerra defensiva primero y la guerra de guerrillas que se desencadenó después.

Sin embargo, como en toda guerra campesina, por definición dispersa y sin centro único, el ritmo y las formas del repliegue tuvieron características diferentes. El carrancismo, como se ha visto, concentró toda su presión militar en 1915 sobre el ejército villista. Es decir, se concentró en batir a la fuerza militar decisiva de la revolución campesina y la que al mismo tiempo significaba potencialmente una alternativa burguesa –a través de Felipe Ángeles– apoyada en un sector del campesinado, al gobierno burgués del carrancismo apoyado en un sector de la pequeña burguesía urbana, del proletariado y aun del mismo campesinado. La lucha militar contra el zapatismo, en ese período, fue entonces esencialmente una acción de contención, que no aspiraba a aplastarlo todavía sino solamente a impedir que se extendiera.

Este objetivo era realizable en virtud de que coincidía con las características mismas del movimiento de Morelos, apegado a sus tierras y a su región hasta en sus formas de organización militar.

El carrancismo y su jefe militar, Obregón, eludían combatir en dos frentes no solamente por razones de debilidad militar. También porque su debilidad social todavía era grande, el tumulto de la revolución campesina continuaba, la marea solo empezaba entonces a cambiar de sentido y eran indicios los que aparecían, no seguridades: nadie en ese momento, ni aun el instinto político bonapartista de Obregón, podía ver ninguna garantía de triunfo en el futuro inmediato. El Ejército de Operaciones era todavía una fracción militar trashumante, no más débil pero tampoco más fuerte que los dos ejércitos campesinos tomados separadamente. Por otra parte, Obregón comprendía que contra Villa se trataba de llevar una guerra esencialmente militar, de ejército contra ejército, mientras que contra Zapata, atrincherado éste en su región, la perspectiva era mucho más una guerra social encubierta por formas militares. Y no era Obregón el hombre para llevar esta guerra con las armas, sino para recoger después sus frutos con la transacción política.

Por todas estas razones, mientras el ejército de la democracia pequeño-burguesa dirigido por Obregón entró en campaña para combatir al ejército campesino de Villa y recuperar el control del centro y el norte del país, las masas del sur tuvieron un relativo respiro en las acciones militares, se sintieron dueñas de su Estado de Morelos y desarrollaron en consecuencia su democracia campesina.

Éste es uno de los episodios de mayor significación histórica, más hermosos y menos conocidos de la revolución mexicana¹. Los campesinos de Morelos aplicaron en su Estado lo que ellos entendían por el Plan de Ayala. Al aplicarlo, le dieron su verdadero contenido: liquidar revolucionariamente los latifundios. Pero como los latifundios y sus centros económicos, los ingenios azucareros, eran la forma de existencia del capitalismo en Morelos, liquidaron entonces los centros fundamentales del capitalismo en la región. Aplicaron la vieja concepción campesina precapitalista y comunitaria, pero al traducirla sus dirigentes en leyes en la segunda década del siglo XX, ella tomó una forma anticapitalista. Y la conclusión fue: expropiar sin pago los ingenios y nacionalizarlos, poniéndolos bajo la administración de los campesinos a través de sus jefes militares. Allí donde los campesinos y los obreros agrícolas finalmente establecieron su gobierno directo por un período, la revolución mexicana adquirió ese carácter anticapitalista empírico. De ahí la conspiración del silencio de los escritores de la burguesía y de los teóricos de la revolución por etapas acerca de este episodio crucial de la revolución. Pero no hay conspiración del silencio ni deformación de la historia que pueda borrar lo que ha quedado en la conciencia colectiva de las masas a través de su propia experiencia revolucionaria. Es lo que vuelve a aparecer en cada nueva etapa de ascenso de la revolución, porque las conquistas de la experiencia y de la conciencia pueden quedar cubiertas y vivir subterráneamente por todo un período, pero son las que nunca se pierden.

La lucha armada, el reparto de tierras desde 1911 en adelante, el triunfo militar sobre el ejército federal, la derrota del Estado burgués de Díaz, Madero y Huerta y la ocupación de la capital del país, dieron a las masas campesinas de Morelos, en un proceso ascendente de cuatro años, una gran seguridad histórica, la seguridad y la confianza de que podían decidir. Eso fue lo que aplicaron en su territorio.

Entonces, la detención y el comienzo del retroceso de la marea revolucionaria en escala nacional a partir de diciembre de 1914, se combinó aun con una etapa de continuación del ascenso en escala local. Se había roto el impulso nacional, pero continuaba por sectores, aunque forzosamente no podía ser por mucho tiempo. Pero eso no podían saberlo, ni siquiera sospecharlo, los campesinos y obreros agrícolas que se pusieron a reconstruir la sociedad de Morelos sobre la base de sus propias concepciones.

¹ Este período ha sido descrito en detalle, sobre la base de un minucioso estudio de archivos sobre todo de origen zapatista, por el historiador norteamericano John Womack en su obra *Zapata y la revolución mexicana*. Constituye la fuente principal en cuanto a hechos para este capítulo, aunque la interpretación de ellos difiera de la de Womack.

Este desajuste es un fenómeno típico de la revolución campesina. Su empirismo, la limitación o la ausencia de una concepción nacional de la lucha, altera los tiempos de la revolución, los desacompaña por regiones. En Morelos, los jefes campesinos, apoyándose en la fuerza y en las aspiraciones del campesinado organizado en el ejército zapatista y en los pueblos de la región, aplicaron lo que hubieran querido hacer como fuerza nacional a través del gobierno nacional que no pudieron mantener. Lo hicieron en escala local, donde conocían el terreno y las gentes y se sentían seguros social, organizativa, política y militarmente. La fuerza les venía de una revolución campesina mucho más profunda que su propia comprensión, porque tenía sus raíces en viejas tradiciones colectivas comunales y en una estructura social tradicional que siempre había sido un instrumento de lucha y resistencia del campesinado.

*Tesis del PRT sobre la Revolución Mexicana**

Es en el curso del movimiento de 1968 y en el seno del Comité Nacional de Huelga que surge el primer núcleo del GCI (Grupo Comunista Internacionalista) que se transformará más tarde a través de un proceso de fusiones (y escisiones) en el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) sección mexicana de la Cuarta Internacional. Recientemente (1981) el PRT obtuvo su registro condicional como partido político legal; constituye actualmente la más importante organización de la IV en América Latina.

En su congreso de fundación (1976) el PRT aprobó un documento que es a la vez un análisis histórico sobre el desarrollo de la lucha de clases en México desde la revolución de 1910 hasta el movimiento de 1968, y un programa para la futura revolución socialista en México.

El régimen de la revolución: El bonapartismo mexicano

El fracaso de la democracia constitucionalista, encarnado sangrientamente en la ejecución de Venustiano Carranza, como consecuencia del alzamiento de los generales en Agua Prieta en 1919, la instauración del equipo sonorenses en el poder con Adolfo de la Huerta como presidente provisional, la campaña populista de Obregón que recorrió la República entera en busca de votos para las elecciones de 1920 y el ascenso de Obregón en el mismo año. en la rápida sucesión en que se desarrollaron, marcaron el nacimiento del “régimen de la revolución mexicana” que está a punto de cumplir 60 años de sólida permanencia en el poder.

Los fundamentos internos de este régimen posrevolucionario eran el ejército, la policía y el control de las masas obreras y campesinas a través de los sindicatos y las ligas agrarias. En el exterior el apoyo buscado afanosamente y encontrado venturosamente era el reconocimiento de Estados Unidos. La longevidad que este régimen ha experimentado se basa en el hecho de que esos ejes fundamentales se equilibran parcial y mutuamente. El tipo de régimen que se instauró con la contrarrevolución que inauguró el equipo sonorenses tiene todas las características de un *régimen bonapartista de un país semicolonial*.

El bonapartismo (forma de gobierno que se compara con el cesarismo de la antigüedad) está siempre en embrión en los gobiernos burgueses, como lo decía Federico Engels: “Todo gobierno en la actualidad se está convirtiendo

* “Tesis del PRT sobre la Revolución Mexicana (pasada y futura)”. *Folletos Bandera Socialista* N° 36, septiembre de 1976, pp. 16-18, 31-35.

en bonapartista, *noles volens* (quíéralo o no)". En la época de la decadencia del capitalismo esta forma de gobernar se justifica más que nunca, en la medida en que el conflicto esencial de la sociedad capitalista entre la burguesía y el proletariado no se resuelve definitivamente en favor de uno (fascismo) o de otro (socialismo). La conciliación de clases, que en épocas del auge capitalista se pudo realizar a través de la democracia parlamentaria, en la actualidad cuando la exacerbación de las tensiones de clase ponen en peligro la sociedad en su conjunto, es cada día más difícil, y la burguesía se ve obligada a recurrir a otra forma de gobernar para garantizar su dominio. Ésta es la bonapartista que se basa en la fuerza del aparato burocrático-militar que se eleva como el aparente árbitro de las clases en pugna y se erige, encarnado en el caudillo nacional, en el salvador de la patria.

El bonapartismo asume desde un principio este carácter arbitral, que se refuerza por el carácter *sui generis* que adopta, es decir, de mediador entre las masas revolucionarias y el imperialismo. Este carácter es lo que determina su rol "antiimperialista", heredado de la Revolución, pero al mismo tiempo su supuesto carácter popular, que es más bien populista, manipulador y controlador de las masas.

En México, además, el bonapartismo es un producto de la situación posrevolucionaria en un país semicolonial, lo que le dio una estabilidad mucho mayor que lo eleva más allá de un simple régimen de transición entre la democracia y el fascismo o el socialismo. Cuando se argumenta que es difícil que un régimen de transición como el bonapartista, logre una estabilidad y una edad tan avanzada como en México, se olvida que en la política las definiciones no tienen como objeto medir el tiempo de la duración de los procesos que definen. Las formas bonapartistas de gobierno, en realidad, están determinadas por las relaciones de clases que en último término se expresan al nivel gubernamental y son ellas las que pueden durar mucho o poco, ser transitorias o no.

En México, la inoperancia de la democracia burguesa y la ausencia de la alternativa del proletariado socialista-revolucionaria, en conjunción con un movimiento campesino extremadamente agresivo y heredero de luchas revolucionarias, han constituido anclas pesadas para la estabilidad bonapartista. Las luchas masivas y el sentimiento que dejaron contra el imperialismo constituyen su otro gran fundamento vinculado a la política del régimen mexicano.

El bonapartismo mexicano es de carácter burgués y, en último término, profundamente reaccionario. Esto no significa que en 1920, Obregón volvió a una situación contrarrevolucionaria pre-1910. Tampoco quiere decir que la burguesía se identifique plenamente en él o con algunas de sus medidas que incluso

a veces pueden contar con el total repudio de la clase capitalista nacional (la reforma agraria que afectó a los latifundistas) y del imperialismo (la expropiación petrolera que afectó a los capitalistas norteamericanos y, fundamentalmente, ingleses). [...]

1968: El principio del fin

El año de 1968 representa históricamente el punto de inflexión fundamental en el largo trayecto del sistema bonapartista, claramente el punto de inicio de su decadencia. Si antes, desde Alemán, el sistema se había comenzado a endurecer y desgastar visiblemente, había, sin embargo, logrado superar las pruebas a las que había sido sometido sin grandes problemas. En 1968 no fue así.

La marca con que selló el movimiento popular de ese año al bonapartismo, ha permanecido. Tlatelolco es la fecha límite que ha marcado ante millones de mexicanos la bancarrota y el desprestigio de un régimen represor y antidemocrático.

La movilización de 1968 concentró los rasgos característicos que, sin duda, serán los que identificarán en el futuro las movilizaciones revolucionarias que sacudirán al país. Ellos son:

- Su carácter independiente del gobierno. Es decir, por primera vez desde los años veinte, una dirección de un gran movimiento de masas no respondía al interés del gobierno, no acepta las orientaciones de sus diversas facciones (liberales, moderadas, progresistas o reaccionarias). El Consejo Nacional de Huelga (CNH) es el símbolo más importante que hasta ahora ha surgido en la historia de las luchas populares, de un organismo revolucionario de autorganización y de dirección de masas.
- Su carácter democrático. Las masas encontraron sus propios canales de expresión, ampliando su concepción y reorientando su visión, tradicionalmente subordinada al Estado, hacia formas y contenidos políticos y culturales nuevos, pioneros de la vida en el futuro socialista.
- Su carácter masivo, no corporativo. A diferencia del vallejismo y de tantos movimientos campesinos, en 1968 la protesta popular confluyó con los intereses populares más amplios y sentidos en el país. Desde este punto de vista, a pesar de su raíz estudiantil original, y pese a que los partidos políticos de izquierda no estuvieron a su cabeza, fue un movimiento *político revolucionario* que desbordó los marcos corporativos estrechos.

La levadura de 1968 no fue liquidada en Tlatelolco. Desde entonces produce sus efectos en todo el país. Es ante todo en las repercusiones que ha tenido en la clase obrera en donde hoy es más evidente su importancia. La insurgencia sindical que, con altas y bajas, se desarrolla desde 1971 es uno de los procesos principales que surgieron bajo sus efectos. El movimiento campesino desde entonces experimentó un renacimiento que por primera vez desde la época de la revolución mexicana, lo está llevando a un curso independiente del gobierno.

En 1968 México se incorporó de lleno a la corriente universal revolucionaria contemporánea. Junto con el movimiento de Mayo en Francia, con la protesta antiburocrática en Checoslovaquia y la heroica lucha vietnamita, el proceso estudiantil-popular de 1968 entró en la época del nuevo ascenso de la revolución mundial que hoy amplía y profundiza su marcha a lo largo y ancho del planeta.

En 1968 se abrió de par en par la etapa de preparación e intensificación de los procesos que culminarán en la segunda revolución mexicana, socialista y democrática, que se avecina aceleradamente.

La perspectiva hacia la segunda revolución mexicana socialista y democrática

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE EN MÉXICO

La segunda revolución que se gesta en este momento en México tiene como objetivo principal completar las tareas que no logró cumplir completamente la primera revolución mexicana del siglo XX.

País semicolonial, solo parcialmente industrializado, sometido a la acción desequilibradora de desarrollo desigual y combinado en una estructura económica preponderantemente agraria, y dominada cada vez más por el capital imperialista, México presenciará por segunda vez en este siglo el estallido de un proceso de revolución permanente: la lucha de sus masas trabajadoras y explotadas por la consecución de sus derechos democráticos, consecución que no podrán lograr sino a través de una lucha a muerte contra los capitalistas "nacionales" y extranjeros y su gobierno bonapartista. La combinación de la dinámica de revolución democrática con los objetivos y los métodos de una revolución anticapitalista, proletaria y socialista, constituye el aspecto esencial de la segunda revolución mexicana. Revolución socialista y democrática porque su impulso y fuerza iniciales surgirán ante la represión y el despotismo antidemocrático del régimen, que no podrán detenerse en una mera reforma liberal burguesa del mismo, sino que deberán golpear los orígenes,

causas y estructuras capitalistas que impiden el auge democrático en México. Revolución democrática porque el pueblo mexicano ejercerá sus derechos negados secularmente, revolución socialista porque dentro del sistema capitalista es imposible aspirar a la autodeterminación libre y democrática del pueblo trabajador, y por último, revolución proletaria porque es solo a través de la dirección y hegemonía de la clase obrera como puede la movilización revolucionaria de las masas vencer y aplastar a sus enemigos principales, la clase capitalista y sus aliados imperialistas.

La segunda revolución se vinculará, por arriba del período de contrarrevolución que ha significado el dominio del bonapartismo desde 1920, con los objetivos no realizados de la primera revolución mexicana, encabezada por Zapata y Villa, revolución que no logró culminar al nivel subjetivo, político y consciente lo que en la práctica de la lucha de clase realizó de manera objetiva: la liquidación de los terratenientes capitalistas y el enfrentamiento contra sus nuevos retoños. Igualmente, será más precisa en la realización de la tarea de erigir sobre los huesos del antiguo régimen, un verdadero gobierno revolucionario, fundamentado en los organismos democráticos de los obreros y campesinos, eliminando toda posibilidad de que una camarilla caudillista expropie a las masas sus triunfos revolucionarios obtenidos en el campo de la lucha de clases más violenta.

Las condiciones subjetivas que faltaron en 1910-1917, a saber, un partido revolucionario marxista y una clase obrera consciente de sus intereses socialistas, son los factores que se forjan desde hoy y que garantizarán el triunfo revolucionario de la segunda oleada de las transformaciones y las luchas masivas del pueblo mexicano. Estos factores intervendrán determinadamente para realizar la expropiación de los medios de producción, de comercio y de cambio y su estatización. Expropiación que sentará las premisas para el inicio de la construcción de una economía socialista y la instauración de la planificación democrática de las prioridades consideradas como fundamentales por las masas mexicanas. La clase obrera mexicana desempeñará en este renglón un papel clave como la fuerza socialista más consciente y sacrificada.

En el agro, la revolución socialista concederá la propiedad privada a todos los campesinos que la quieran y, leal y desinteresadamente, los ayudará con los créditos y la maquinización que el gobierno bonapartista siempre ha prometido pero jamás hecho realidades. Al mismo tiempo, la revolución no esconderá a nadie sus objetivos en el campo: lograr la instauración de una estructura de explotaciones colectivas, fundamentadas en la tecnificación y el aprovechamiento de los recursos más variados que permitirán la elevación de la productividad a niveles nunca imaginados por la reforma agraria burguesa.

Pero la colectivización no será forzada. No se repetirán los fracasos stalinistas sobre el particular, sino que, de acuerdo con la tradición de Marx y Engels, se pondrá en práctica un procedimiento de convencimiento consciente y voluntario hacia el pequeño agricultor privado que le demuestre en los hechos las mayores ventajas, en todos los niveles, de la agricultura colectivizada.

La revolución mexicana socialista será internacionalista. Se identificará con las luchas de los pueblos de América Latina, a las que tenderá la mano con todo tipo de ayuda solidaria. A través de la organización internacional marxista revolucionaria, se identificará, igualmente, con los combates proletarios y revolucionarios de los demás continentes: con la revolución colonial de los pueblos de Asia y África en su lucha contra el imperialismo dentro de una dinámica de revolución permanente, con la revolución política de los obreros y las masas trabajadoras de los Estados obreros burocratizados y con el combate proletario de la clase trabajadora de los Estados Unidos, Europa Occidental, Japón y demás países imperialistas.

La segunda revolución mexicana, socialista y democrática, reivindicará y pondrá en práctica los principios comunistas fundados por Marx y Engels y continuados y enriquecidos por Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y Ernesto Che Guevara, expresiones cimeras en este siglo del combate comunista revolucionario en favor de la liberación social de la humanidad, en contra del imperialismo explotador y la burocracia stalinista usurpadora y por la instauración de la solidaridad y fraternidad socialistas del género humano.

XI CONGRESO DE LA IV INTERNACIONAL

*Resolución sobre América Latina**

Este documento, redactado colectivamente, expresa la nueva orientación de la IV Internacional en América Latina, aprobada en su XI Congreso Mundial, en 1979. Autocriticando su orientación "guerrillista" anterior –expresada en las resoluciones sobre América Latina en el IX (1969) y X (1973) Congresos– la IV Internacional adopta una línea de implantación en el proletariado y de lucha por la independencia política de la clase obrera como tareas prioritarias. El extracto que publicamos subraya la importancia capital que atribuyen los trotskistas a las movilizaciones obreras, en el continente, sin por eso ignorar el papel decisivo de los aliados de la clase obrera: campesinos y pueblos oprimidos (indios y negros).

La clase obrera va a la cabeza de la lucha de clases

En los años siguientes a la derrota argentina de 1976, ha habido un ascenso constante en las luchas de las masas explotadas de América Latina, bajo condiciones diferentes en cada país. Las luchas más profundas fueron las enormes movilizaciones de masas de 1977-78 que culminaron en situaciones prerrevolucionarias en Nicaragua y Perú. Las huelgas de la clase obrera argentina en 1977-78; de los trabajadores y estudiantes brasileños en 1977-78; y una serie de huelgas generales en Bolivia y en Ecuador en 1977 son señales de recuperación después de las derrotas sufridas en esos países. El paro cívico nacional en Colombia en 1977 y las grandes movilizaciones sindicales en México en 1975-77 han minado la estabilidad política de estos países.

En el contexto de esta recuperación y este ascenso del movimiento de masas se puede detectar una tendencia: la iniciativa y el papel de vanguardia del proletariado en la lucha de clases con respecto al conjunto de las masas populares. El proletariado, en la medida que afirme su independencia de clase, se convertirá en la dirección de las masas revolucionarias (el campesinado, los pobres del campo y la ciudad y la pequeña burguesía pobre) y podrá ser capaz de evitar las derrotas y el colapso de prometedores movimientos de masas, como ha ocurrido tantas veces en el pasado. De esta manera, la experiencia de la revolución rusa de 1917 es cada vez de mayor vigencia para los revolucionarios latinoamericanos.

* "Resolución sobre América Latina", XI Congreso de la IV Internacional, 1979, capítulo IV y extractos del capítulo V.

12. El movimiento sindical en América Latina se centró inicialmente en la industria de la construcción, textil y las industrias orientadas a la exportación, tales como los ferrocarriles, el comercio marítimo y la minería. Desde el final de la segunda guerra mundial hasta los años sesenta, los sindicatos crecieron en las industrias que aparecieron para producir para el mercado interno en expansión, como son las industrias enlatadoras y de envases de alimentos, nuevas industrias textiles y las industrias eléctricas y metalúrgicas. A partir de los años sesenta aparecieron sindicatos en nuevas industrias como la automotriz, la petroquímica y la de nuevos artefactos eléctricos.

Los burócratas sindicales se aliaron con la burguesía nacional en base a su interés común en el desarrollo de un mercado interno. Durante décadas esta alianza contribuyó a mantener al movimiento obrero subordinado políticamente a la burguesía y dominado ideológicamente por concepciones burguesas nacionalistas. Los ejemplos más destacados de esto son el peronismo en Argentina y el "charrismo" en México.

Los partidos comunistas, con su concepto stalinista de forjar alianzas con sectores de la burguesía, jugaron un papel decisivo para permitir la consolidación de las burocracias sindicales nacionalistas burguesas. Durante la segunda guerra mundial y en el período de la posguerra, los PC impulsaron una línea de "frentes antifascistas" y de "unidad nacional" de acuerdo con la búsqueda de alianzas diplomáticas por parte de Moscú. En Brasil, Chile, México y Cuba, esto los llevó a atar al movimiento obrero a los regímenes autoritarios que empleaban una demagogia populista. En este mismo período, en Argentina y Bolivia, la versión stalinista del "antifascismo" llevó a los PC a unirse con fuerzas oligárquicas y proimperialistas y a caracterizar al peronismo y al MNR como fascistas. Esta política les dejó el campo libre a los peronistas y al MNR, quienes pudieron presentarse ante los trabajadores como los únicos defensores de la lucha antimperialista.

Por ende, los stalinistas nunca pudieron lograr avances en el campo sindical de acuerdo con sus propias posibilidades. En la mayor parte de los países de América Latina son fuerzas políticas abiertamente burguesas las que controlan gran parte de los sindicatos.

13. El crecimiento de la industria de bienes de consumo durable en los países relativamente industrializados ha traído consigo el desarrollo de nuevos sectores del proletariado concentrado en grandes complejos industriales. Como se vio en la seminsurrección en Córdoba, Argentina, en 1969 y en las enormes huelgas de Brasil en mayo y noviembre de 1978, iniciadas por los trabajadores automotrices, y en la serie de huelgas generales en las ciudades y provincias cuya chispa fueron las luchas de los mineros metalúrgicos y los trabajadores

de los astilleros en Chimbote, Perú en 1978, los trabajadores en estos centros industriales comienzan a definirse como la vanguardia de la clase.

Los trabajadores en los grandes centros industriales y mineros son los que están mejor preparados para afirmar su fuerza, con confianza en sí mismos, actuando tanto a través de las estructuras oficiales del sindicato como por medio de comités *ad hoc* en las plantas.

Estos sectores de la clase obrera pueden movilizarse desafiando a las clases dominantes en todo un amplio frente económico y político y comenzar a impugnar efectivamente el control de los burócratas sindicales para combatir a los patrones.

La continua extensión de la tecnología y la resultante proletarización de los empleados oficinistas también han ensanchado el sector organizado de la clase obrera. Estos trabajadores, organizados en nuevos sindicatos que frecuentemente están menos burocratizados que los antiguos sindicatos, muchas veces han llevado a cabo luchas combativas; por ejemplo, los maestros, los bancarios y los trabajadores de la salud en Colombia. A pesar de que su peso social y su importancia política es menor a la de los trabajadores industriales, también están jugando un papel en esta etapa de recuperación de la combatividad de la clase obrera. En Perú, por ejemplo, se dieron grandes huelgas de los trabajadores de la salud y de los hospitales, así como de los mineros del cobre y metalúrgicos en diciembre de 1977. En julio de 1978, los maestros y los trabajadores de la salud estuvieron en la primera línea, y en agosto y septiembre los empleados públicos se movilaron junto con los mineros y trabajadores metalúrgicos. La ola de huelgas de obreros industriales en Brasil, en mayo y junio de 1978, fue seguida en agosto y septiembre por grandes luchas de maestros y empleados bancarios.

En México en 1977-78, golpeados duramente por una crisis económica y un intento por parte del gobierno de imponer medidas de austeridad, los trabajadores electricistas, de teléfonos, ferrocarrileros y mineros han sido la punta de lanza de una respuesta obrera al ataque de la burguesía. Esto ha presionado considerablemente a la poderosa y corrupta burocracia que controla los sindicatos. Como resultado de esto, el "charrismo", sin abandonar su línea agresiva, incluso de violencia física contra las bases, ha tenido que adoptar una postura verbal más agresiva ante la patronal y ha amenazado con llamar a grandes movilizaciones por primera vez en cuarenta años. Los trabajadores están siendo atraídos a los sindicatos, y buscan transformarlos en instrumentos de lucha contra los patrones.

14. Es necesaria una dirección consecuentemente proletaria para reemplazar a los burócratas colaboracionistas de clase y convertir a los sindicatos

en instrumentos de lucha revolucionaria. Este proceso no será automático ni meramente espontáneo. En la medida que no surja una alternativa clasista de masas, las antiguas direcciones, a pesar de sus traiciones, seguirán apareciendo ante los trabajadores como su único recurso y las burocracias podrán reafirmarse con la ayuda, claro está, de los gobiernos burgueses. Incluso en los países donde los sindicatos han sido aplastados, como en Brasil, Uruguay y Chile, aun quedan elementos de las viejas burocracias sindicales, ellas mismas víctimas de la represión y, por lo tanto, capaces de preservar cierto prestigio ante los trabajadores; estas burocracias son una carta en la mano de los capitalistas, y la jugarán cuando sea necesario en el futuro. En otros países, aun cuando se está dando un resurgimiento de las luchas proletarias después de las derrotas, se puede observar que la recuperación de las burocracias desacreditadas marcha a la par con el desarrollo de un espíritu combativo de la clase obrera: éste es ya parcialmente el caso de lo que sucede con la dirección sindical peronista en Argentina y es el caso de la dirección de Lechín entre los mineros bolivianos. En Perú, mientras que el APRA ha sido singularmente incapaz de restablecer su posición, otrora hegemónica, en los sindicatos, el Partido Comunista sí ha podido mantener su control del aparato del principal centro sindical, la Confederación General de Trabajadores de Perú (CGTP).

Por otra parte, la experiencia de luchas obreras ha tenido como resultado el desarrollo de una nueva capa de activistas y organizadores. Esta capa la componen muchos delegados y comités de fábrica, representantes de coordinadoras, activistas de varias corrientes sindicales y en algunos casos dirigentes de los sindicatos de las fábricas individuales. En su conjunto, con la dirección reconocida de la clase en los centros de producción. En diversas ocasiones se ha visto que tienen un peso decisivo en los momentos claves de la lucha de clases en cuanto a la formación de las actitudes de sus compañeros de trabajo y en el desarrollo de organismos de lucha. En muchos casos esta capa ha podido tener continuidad a lo largo de los años, a pesar de los altibajos de las organizaciones de masas. Esta vanguardia proletaria ha podido fungir, en cierta medida, como la “memoria” de la clase, transmitiéndole las experiencias adquiridas en la lucha a una nueva generación de militantes.

Entre los ejemplos de este fenómeno está el núcleo dinámico de la corriente conocida como el “peronismo clasista” en Argentina, que mantuvo formas clandestinas de organización en las plantas durante las dos décadas de proscripción política del peronismo; la vanguardia de los mineros en Bolivia, que ha evitado la consolidación de varias dictaduras en ese país; los sectores de vanguardia de los mineros de carbón y del cobre y de los trabajadores metalúrgicos en Chile; los mineros metalúrgicos de vanguardia y las tendencias militantes

clasistas en los sindicatos en Perú; los sectores más combativos de los trabajadores electricistas, telefonistas, ferrocarrileros y mineros en México.

Pero estas tendencias clasistas carecen de claridad política y estabilidad organizativa. El proceso de organizar la lucha contra la clase dominante y de remover a los falsos dirigentes para remplazarlos con una dirección clara y consecuentemente proletaria que incluya las capas combativas descritas anteriormente, requiere de la participación y dirección política del partido marxista revolucionario.

15. En la interrelación entre el partido marxista revolucionario, la vanguardia militante del proletariado y la clase en su conjunto, el partido le presta atención especial a la vanguardia. Pero el programa y la política en torno a las cuales busca organizar a esta vanguardia no son nada diferentes al programa y política que plantea para la clase en su conjunto. El objetivo es simplemente impulsar un programa de acción que le permita a la vanguardia proletaria, organizada en un ala consecuentemente clasista, organizar, movilizar y dirigir a la clase y sus aliados contra los ataques de la clase dominante, y en el curso de este proceso remplazar a los burócratas que propugnan por la colaboración de clase.

Es necesaria la movilización en torno a un programa amplio de acción, que corresponda a los problemas más agudos de todos los obreros y los oprimidos, para enfrentarse a la ofensiva patronal. Tomando como punto de partida la defensa de los sindicatos, de las condiciones de trabajo y del nivel de vida de las masas, este programa apuntará al control obrero de la producción y a un gobierno de los obreros y campesinos. Los trabajadores deben aprender a pensar en términos sociales y a actuar políticamente: para comprender las grandes cuestiones sociales y políticas a las que se enfrentan todos los oprimidos y explotados, para defender sus intereses tanto como los de los trabajadores y para unirlos y conducirlos a la acción independiente en el campo político tanto como en el económico. Al defender los intereses de la clase obrera y de todos los oprimidos, y al luchar por movilizarlos en este sentido, surgirá una corriente consecuentemente proletaria que podrá convertir a los sindicatos y a las otras organizaciones de masas en instrumentos de lucha revolucionaria.

Éste será un proceso desigual. Inicialmente surgirán tendencias y luchas combativas en torno a algunos, pero no todos, los puntos de un programa completo de acción. Los marxistas revolucionarios apoyarán estas luchas como un paso adelante, a la vez que buscarán ganar adherentes a un programa de acción más avanzado y más completo.

Un ejemplo de la desigualdad de este proceso es el desarrollo de la Tendencia Democrática de los trabajadores electricistas mexicanos, la cual ha estado

en la vanguardia de muchas luchas. En 1975, un mitin masivo de trabajadores electricistas en México, a iniciativa de la Tendencia Democrática, adoptó la declaración de Guadalajara que planteaba una amplia plataforma sindical de reivindicaciones económicas y de democracia sindical, pero que no rompía claramente, al nivel político, con el gobierno burgués del PRI. Al mismo tiempo que los marxistas revolucionarios apoyan los avances de la Tendencia Democrática, libran una batalla para que rompa con el PRI y adopte un programa de acción que se dirija a las necesidades de todos los oprimidos.

La construcción de una tendencia consecuentemente proletaria requiere la dirección del partido marxista revolucionario. Esto, a la vez, requiere que el partido mismo esté enraizado en los sectores claves de la clase obrera, particularmente entre los obreros industriales, quienes serán la piedra de toque de una dirección consecuentemente proletaria para la clase en su conjunto. En el curso de la lucha por forjar de esta manera una dirección clasista, el partido crecerá hasta ser un partido proletario de masas.

La movilización de los aliados de la clase obrera

16. El capitalismo penetró los sectores de la agricultura destruyendo o absorbiendo las economías agrarias primitivas. Pero éste fue un proceso incompleto. De manera que hoy en día existe una extensa gama de relaciones sociales en el campo, desde aquellas en las que los campesinos sobreviven en una base agrícola de subsistencia, que incluye en algunos casos formas prehispánicas de subsistencia, hasta las modernas empresas agrocapitalistas (*"agrobusiness"*).

Las contradicciones que se desarrollaron en América Latina han unido a las empobrecidas masas campesinas, al proletariado agrícola, al semiproletariado y a los trabajadores migratorios contra el bloque de las clases dominantes compuesto de los terratenientes, la moderna burguesía agraria y las compañías propiedad de los imperialistas. Todos ellos en el marco de la dominación financiera imperialista.

El objetivo principal de las masas campesinas que no pueden subsistir por medio del cultivo de sus pequeñas parcelas (los minifundistas), o de los que han sido despojados, sigue siendo la tierra. Todas las reformas agrarias burguesas, hayan sido logradas mediante movilizaciones de masas, como en Perú, o iniciadas desde arriba por regímenes burgueses con el propósito de modernizar la agricultura, han demostrado su incapacidad total de satisfacer las necesidades de la mayoría de los campesinos latinoamericanos. Como resultado de ésta se dan constantemente las ocupaciones de tierra.

Las reformas agrarias logradas por las revoluciones boliviana y mexicana tampoco han podido satisfacer las necesidades de las masas. La reforma agraria en México fue la más radical de todas las reformas agrarias llevadas a cabo bajo el capitalismo en América Latina. La tierra que los campesinos conquistaron en sus luchas fue declarada propiedad de la nación por el gobierno burgués; estas tierras (los ejidos) se suponía recibirían protección legal para que no volvieran a pasar a manos de latifundistas mientras la tierra estuviera bajo cultivo, le pertenecería a quien la trabajaba, quien la podría arrendar o traspasar a sus herederos, pero no vender. Pero los ejidatarios no pudieron resistir el avance arrollador de la agricultura capitalista mecanizada ni, como fue el caso especialmente en el norte de México, de los crecientes *agrobusiness* vinculados al imperialismo, el cual mantiene su dominación mediante el control de la maquinaria agrícola, los fertilizantes químicos, la industria alimenticia y la venta de los productos. Así, los ejidatarios se han visto cada vez más forzados a “arrendar” sus parcelas a los *agrobusiness*, y luego a trabajar como asalariados agrícolas. En el estado de Sonora se arriendan el 70% de los ejidos, en Sinaloa más del 40%. En México en 1970, 2,5 millones de campesinos trabajan sus propias tierras, mientras 3,3 millones no poseían tierra (comparado con los 1,5 millones sin tierra en 1950).

De manera que la realización de una nueva reforma agraria se presenta como una de las tareas del campesinado mexicano. Ésta se deberá basar en lo logrado anteriormente, pero ir mucho más lejos. La revolución socialista en Cuba es el único ejemplo de una reforma agraria que ha tenido éxito en América Latina.

Millones de campesinos en América Latina ven amenazada su existencia ante el avance de las empresas agrícolas capitalistas a gran escala y los procesos de modernización en el campo, que se llevan a cabo para beneficio del imperialismo.

Ha surgido por toda América Latina una enorme masa de campesinos pauperizados, escasamente sobreviviendo al margen del proceso de producción. Emigran a las ciudades en grandes números, ensanchando las filas de los desempleados y los pobres de las urbes, o se quedan en el campo como un ejército de reserva de trabajadores migratorios que serán usados para satisfacer las necesidades temporales de la agricultura capitalista.

En varios países la clase dominante ha iniciado una contrarreforma agraria cuyo propósito ha sido cambiar los limitados logros de los períodos anteriores. Por ejemplo en Chile, Pinochet no solamente devolvió a sus antiguos dueños casi todas las tierras que les habían sido expropiadas a los grandes propietarios durante el gobierno de Allende, sino que también ha tomado medidas

para revertir las distribuciones de tierra llevadas a cabo anteriormente bajo gobiernos demócrata-cristianos. Los marxistas revolucionarios, al mismo tiempo que explican el carácter limitado de las presentes reformas agrarias, defienden lo que las masas ya han conquistado.

Una reforma agraria radical es necesaria hoy más que nunca. Ésta requiere no solo la nacionalización de las gigantescas haciendas y latifundios y la distribución de la tierra a los que no la tienen, sino también el establecimiento de los mecanismos necesarios para ayudar a los pequeños agricultores, tales como la concesión de crédito barato a los pequeños propietarios, el desarrollo de proyectos de irrigación y otros tipos de ayuda tecnológica. Las medidas para romper el control de los intermediarios que se benefician de los campesinos y que deben mantener los precios bajos, son especialmente importantes para forjar la alianza entre los obreros y los campesinos.

El proceso contradictorio de la expansión capitalista en el campo está creando un sector cada vez más numeroso de trabajadores agrícolas, principalmente en los sectores de la agricultura y de la ganadería más vinculados con el desarrollo del *agrobusiness*. En muchos casos el trabajo es temporal, y los trabajadores agrícolas son condenados por el resto del año a una existencia marginal como desempleados o trabajando parcelas mínimas.

Estos trabajadores pueden ser movilizados junto con los campesinos en ocupaciones de tierras y otras formas de luchas en torno a la tierra. También pueden ser movilizados en tomo a reivindicaciones específicamente relacionadas con su posición como trabajadores agrícolas (aumentos de salarios, salarios por hora en vez de a destajo, límites al día de trabajo, prestaciones de servicio médico y de cesantía). Particularmente importante es el derecho a la organización sindical, el cual ha sido uno de los ejes principales de los ataques de la clase dominante.

Los regímenes burgueses han empleado una variedad de métodos en sus intentos por impedir la organización de los campesinos en su lucha por la tierra. Éstos van desde la represión abierta como el caso de Chile, donde se prohíbe cualquier tipo de organización campesina independiente, a la manipulación de las organizaciones agrarias, como en el caso del “Pacto campesino-militar” en Bolivia y la Confederación de Asentamientos Campesinos en Panamá, donde el gobierno ha fomentado el desarrollo de direcciones campesinas locales vinculadas a él.

Bajo estas condiciones la lucha por la independencia de las organizaciones campesinas ante las manipulaciones de la burguesía y los terratenientes es un paso fundamental en la lucha por la liberación de las masas campesinas en América Latina.

Casos ejemplares de este tipo de luchas fueron las luchas que libraron los sindicatos campesinos en los valles de Convención y Lares en Perú en 1962-63, las de las Ligas Campesinas en el noreste de Brasil en 1961-62, y las luchas de 1975-76 de los campesinos mexicanos que hoy se organizan en la Coordinadora Campesina Revolucionaria Independiente.

Las luchas guerrilleras basadas en ascensos de las masas campesinas han sido endémicas en América Latina como en Colombia en 1948 y después. Son algo bien diferente a las aventuras foquistas de los años 60, en las que pequeños grupos de guerrilleros trataron de establecerse en el campo. Pero en la mayoría de los casos, aun las guerrillas vinculadas a las masas campesinas han demostrado su incapacidad de impulsar a las masas de campesinos y semiproletarios a avanzar hacia organizaciones nacionales, hacia la independencia política del Estado burgués y hacia la unidad orgánica con el proletariado en las ciudades.

Solamente bajo la dirección del proletariado se puede forjar la alianza entre los obreros y los campesinos y avanzar en la lucha victoriosa contra el enemigo común, la burguesía.

Esta alianza basada en reivindicaciones democráticas, adquiere cada vez más una dinámica anticapitalista. Los ciclos de las luchas campesinas tienden a coincidir cada vez más con los de las luchas obreras. No es posible, sin embargo, sellar esta alianza en forma espontánea. La acción de los revolucionarios, con un programa que expresa la convergencia fundamental de las dos clases en su lucha contra la burguesía y su Estado, es fundamental. El coronamiento de la acción de propaganda de los revolucionarios es el gobierno obrero y campesino.

17. La lucha contra la opresión nacional y el racismo dentro de América Latina constituye un punto clave de la lucha de clases, y en varios países es de importancia decisiva para la revolución socialista.

Existen dos grupos principales de pueblos nacionalmente oprimidos en América Latina: los negros y los indios. Cada uno de estos grupos tiene muchos componentes.

- a) Los indios. Existen casi 30 millones de indios en América Latina, en su mayoría concentrados en lo que fueron los centros de las civilizaciones precolombinas: México y Guatemala; Perú, Bolivia y Ecuador. En otras partes tienen importancia numérica en ciertas regiones.

Y en todas partes su lucha tiene un gran peso moral, debido a la historia del continente.

Los indios en su mayoría continúan viviendo en el campo y conforman la capa más pobre de los trabajadores agrícolas, aparceros, campesinos pobres

y sin tierra. Un creciente número de ellos, sin embargo, se han visto forzados a emigrar a las ciudades y vivir en las barriadas, en las favelas, las colonias populares y campamentos urbanos. Sus bajos ingresos, su analfabetismo, su tasa de mortalidad infantil, sus promedios de vida... todos estos hechos y otros más demuestran la agudeza de la opresión contra los indios. El despojo de sus tierras, la supresión de sus lenguas y otras herencias culturales, su carencia de derechos cívicos (tales como el derecho al voto) refuerzan y ayudan a perpetuar su extrema explotación. Es esencial que el movimiento obrero emprenda la lucha contra estas terribles condiciones de vida de los indios: su lucha por la tierra, etcétera.

En aquellos países donde la población indígena es baja, como en Chile y Argentina, su existencia ha sido deliberadamente ignorada por los regímenes burgueses, y no se ha llevado a cabo ningún tipo de medidas que permitan a los indios, si así lo desean, preservar sus lenguajes y culturas. Los indios que habitan en las selvas (tal vez un millón) son los que más sufren. En Brasil y Paraguay, la clase dominante los ha visto como obstáculos al desarrollo capitalista de la región, siendo, por lo tanto, víctimas de la más salvaje represión, incluso del genocidio, hambrunas intencionales y epidemias producidas artificialmente. En Paraguay todavía existen hoy indios que son forzados a vivir bajo condiciones de virtual esclavitud.

Las revoluciones en México y Bolivia trajeron consigo reformas sustanciales para los indios. Pero la política del "indigenismo" desarrollada bajo los auspicios de los gobiernos burgueses es esencialmente paternalista. Mediante el uso de proyectos de servicio social y la preservación de ciertos aspectos de la cultura indígena, se busca integrar al indio a la sociedad capitalista. Dada la ausencia de mejoras socioeconómicas significativas, esta política ha fracasado y en algunos casos le ha cedido el terreno a medidas represivas, como por ejemplo la masacre de los indios mexicanos en el Estado de Hidalgo, México en 1977.

La opresión de los indios solo será abolida mediante su movilización independiente, como parte de un auge revolucionario más amplio. Las revoluciones en México y Bolivia, lo mismo que el ascenso en Guatemala al principio de los años 50, fueron acompañados de movilizaciones indígenas, que se manifestaron principalmente en las medidas de reforma agraria y en los avances iniciales para la eliminación de la discriminación contra las lenguas nativas, así como también en las luchas contra otras formas tradicionales de su opresión. Esto trajo como resultado una mayor participación de los indígenas en la vida política en el curso de esas luchas. Ejemplo aleccionador de la manera de impulsar las movilizaciones indígenas es el de los movimientos campesinos en Perú en 1962-63. Mientras que hasta entonces el movimiento obrero

se había limitado a dar apoyo verbal a los indios, Hugo Blanco y otros líderes vieron la necesidad de desarrollar una dirección autóctona quechua que pudiera fomentar en las masas campesinas indias de la Convención y Lares el orgullo y la confianza en su propia fuerza y de esta manera organizar la lucha por la tierra de la manera más eficaz.

- b) Los negros. Los negros llegaron a América Latina como esclavos y en la actualidad continúan siendo víctimas de todo un sistema de prácticas racistas, aun después de la abolición legal de la esclavitud. Esto los ha convertido en minorías que sufren la opresión nacional en el continente.

La concentración más grande de la población negra es en Brasil. Según cifras de 1950, el 11 por ciento de todos los habitantes se identificaron como negros y el 26,6 por ciento como mulatos. En ciertas regiones importantes del país estos dos grupos juntos conforman la mayoría de la población. La clase dominante brasileña es tan sensible a esta cuestión candente en un país de 115 millones de habitantes, que desde 1950 se han eliminado totalmente de los censos todas las referencias que indiquen la raza.

La opresión racial es un factor inherente a la estructura social del capitalismo en Brasil. La población blanca tiene un monopolio de los mejores trabajos, viviendas y servicios sociales. En las áreas rurales del país los negros conforman los sectores más pobres y más oprimidos de los campesinos y trabajadores. Las estadísticas del censo de 1950 en lo referente a la educación presentan esta opresión en la manera más dramática. Los que se identificaron como negros formaban solamente el 4,2 por ciento de los egresados de escuelas primarias, el 0,6 por ciento de los egresados de escuelas secundarias, y el 0,2 por ciento de los egresados de las universidades. Los que se identificaron como de raza mixta formaban solamente el 10,2 por ciento de los egresados de escuelas primarias, el 4,2 por ciento de los egresados de escuelas secundarias y el 2,2 por ciento de los egresados de universidades.

Todavía está por desarrollarse un movimiento negro de masas en Brasil, y cualquier intento de los negros para organizarse independientemente se ha enfrentado con la actitud hostil del gobierno. Sin embargo, bajo el impacto de la revolución africana y de las luchas de los negros en Estados Unidos han surgido las primeras expresiones de un movimiento negro. El 7 de julio de 1978, más de 1000 negros se manifestaron en Sao Paulo contra la opresión racial. Se ha formado una organización llamada el Movimiento Unido Contra la Discriminación Racial, siendo la primera organización de este tipo desde 1937, año en el que el gobierno de Vargas prohibió el Frente Negro. Otra manera en que la renaciente conciencia nacionalista negra se manifiesta,

es mediante el transplante de ciertos aspectos culturales de los negros en Estados Unidos.

La opresión nacional de los negros es también una cuestión importante en América Central, las islas del Caribe, Ecuador, Colombia y Venezuela. Los trabajadores negros son importantes en ciertas industrias, como en aquellas relacionadas al funcionamiento del Canal de Panamá. Hasta en países donde los negros son un sector muy pequeño de la población, a menudo viven concentrados en ciertas regiones en las que por lo tanto tienen mayor peso social, como en el área de Limón en Costa Rica y la costa pacífica y atlántica de Colombia.

5. Nuevas tendencias

ANDRÉ GUNDER FRANK
*¿Quién es el enemigo inmediato?**

Es probable que, entre todos los investigadores marxistas de América Latina, Gunder Frank haya sido aquel cuya obra ha causado el mayor impacto político en la izquierda revolucionaria, y despertado los debates y polémicas más apasionados. En su primera gran obra, Capitalisme et Sous-Développement en Amérique Latine (1967), él contrapone a la teoría del feudalismo (defendida por los partidos comunistas y algunos investigadores marxistas) una concepción de América Latina como un sistema coherente e integrado, de naturaleza capitalista. En ese análisis sobre las formas socioeconómicas del continente, basa su opinión respecto de que es una ilusión una reforma democrático-burguesa ("antifeudal") y, por lo tanto, plantea la revolución socialista como única opción realista para el "desarrollo del subdesarrollo".

Los textos transcritos fueron extraídos de una versión de un texto presentado por Gunder Frank en el Congreso Cultural de La Habana, en enero de 1968.

Este ensayo se sustenta en las siguientes tesis:

1. El enemigo inmediato de la liberación nacional en Latinoamérica es, tácticamente, la burguesía propia en Brasil, Bolivia, México, etc., y la burguesía local en las zonas rurales. Así es –incluso en Asia y África–, no obstante que estratégicamente el enemigo principal es, innegablemente, el imperialismo.
2. La estructura de clases latinoamericana fue formada y transformada por el desarrollo de la estructura colonial del capitalismo mundial, desde el mercantilismo hasta el imperialismo. A través de esta estructura colonial las sucesivas metrópolis ibérica, británica y norteamericana han sometido a Latinoamérica a una explotación económica y dominación política que determinaron su actual estructura clasista y sociocultural. La misma estructura colonial se extiende dentro de Latinoamérica, donde las metrópolis nacionales someten a sus centros provinciales, y éstos a los locales, a un semejante colonialismo interno.

* "América Latina: subdesarrollo capitalista o revolución socialista". Ponencia presentada en el Congreso Cultural de La Habana, 1968. André Gunder Frank, "Développement capitaliste ou révolution socialiste?", *Le Développement du sous-développement: l'Amérique Latine*, Maspéro, París, 1972, pp. 335-36, 338-40, 326-63.

Puesto que las estructuras se interpenetran totalmente, la determinación de la estructura de clases latinoamericana por la estructura colonial no quita que las contradicciones fundamentales en Latinoamérica sean “internas”. Lo mismo vale para Asia y África.

3. Hoy la lucha antiimperialista en América Latina tiene que hacerse a través de la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo inmediato de clase a nivel local y nacional genera una confrontación con el enemigo principal imperialista, más fuerte que la movilización antiimperialista directa; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las “más amplias fuerzas antiimperialistas” no desafiaba adecuadamente al enemigo inmediato clasista y en general todavía ni siquiera resulta en la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista. Esto vale también para los países neocoloniales de Asia y África y quizás también para algunos países coloniales a menos que sean ya militarmente ocupados por el imperialismo.
4. La coincidencia estratégica de la lucha de clases y la lucha antiimperialista y la procedencia táctica de la lucha de clases en Latinoamérica sobre la lucha antiimperialista contra la burguesía metropolitana, vale evidentemente para la lucha guerrillera, que debe empezar contra la burguesía del país; y vale también para la lucha política e ideológica que hay que dirigir, no solamente contra el enemigo colonialista e imperialista, sino contra el enemigo de clase criollo.

1. Problemática política

¿Quién debe hacer en América Latina la revolución, y contra quién? Dando la respuesta, Che y su ejemplo nos guían en la lucha revolucionaria contra todos los obstáculos, cualesquiera que sean y donde quiera que estén: en el imperialismo, en la sociedad latinoamericana misma, hasta en la ideología y la práctica contrarrevolucionarias, incluso de alguna gente en países socialistas o partidos marxistas. El mensaje permanente de Che es comenzar ahora mismo a combatir el enemigo en el campo de batalla inmediato del país propio y, desde ahí, extender la revolución a todo el mundo. Desde ese campo de batalla llegó su mensaje a la Tricontinental: “En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, llegue hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar el fusil...” El arma de Che es su ejemplo, el de un revolucionario que es también un intelectual, y no un intelectual que aspira a ser revolucionario. En respuesta a alguien que una vez le preguntó qué podía él, como escritor, hacer por la revolución, Che dijo: “Yo era médico”.

La cuestión política fundamental de quién debe hacer la revolución contra quién puede ser reformulada así: ¿Quién es el enemigo principal y quién es el enemigo inmediato? Todos los revolucionarios concuerdan y muchos reformistas también, en que estratégicamente el enemigo principal es el imperialismo. ¿Pero quién es tácticamente el enemigo *inmediato*, el primer enemigo al que se ha de enfrentar en la lucha revolucionaria? ¿Es el enemigo inmediato el imperialismo y la burguesía metropolitana? ¿O es tácticamente la burguesía latinoamericana (brasileña, peruana, guatemalteca, mexicana), y también la burguesía local en los distritos rurales latinoamericanos, el enemigo inmediato? ¿Puede ser movilizada la fuerza popular contra los puntos más débiles del sistema capitalista imperialista, como enemigo principal, por una coalición política lo más amplia posible, o en cambio, debe ser movilizado el pueblo contra la burguesía latinoamericana, como enemigo inmediato?

Para responder, vale hacer una distinción entre la estructura colonial (o neocolonial) y la estructura de clases en América Latina. La estructura de clases puede identificarse mediante la relación del pueblo con los medios de producción y su participación en el proceso productivo en este o aquel lugar. La estructura colonial relaciona entre sí los lugares, sectores, grupos raciales o étnicos identificables. El sistema capitalista posee una estructura colonial que sirve a la metrópoli imperialista para explotar a sus colonias latinoamericanas, a otras (y a sus colonias afroamericanas internas en el ámbito nacional) y sirve a las metrópolis nacionales de América Latina para explotar, por la vía del “colonialismo interior”, a sus centros provinciales, los que a su vez explotan a sus respectivas *hinterlands* locales, formándose así una cadena expoliadora que se extiende ininterrumpidamente desde el centro imperialista hasta la más aislada región rural de los países subdesarrollados de América Latina y otros continentes.

No hacemos esta distinción para sugerir que la estructura colonial y la de clases están separadas, sino, al contrario, para inquirir cómo se determinan o relacionan mutuamente y averiguar dónde y cómo se puede combatir a las dos. La investigación histórico-social científica a lo largo de las líneas que más adelante se proponen, mostrará, probablemente, que en la historia de América Latina, las relaciones de producción y distribución coloniales y neocoloniales entre la metrópoli capitalista mercantil e imperialista y la América Latina –y también entre las metrópolis nacionales latinoamericanas y las colonias internas de sus respectivos *hinterlands*– han determinado la estructura de clases de América Latina en los niveles nacionales y local, y no al revés. En consecuencia, sugerimos aquí, aunque puede parecer paradójico, que hoy la lucha antiimperialista en Latinoamérica tiene que hacerse a través de la lucha de clases.

La movilización popular contra el enemigo inmediato de clase, en los niveles local y nacional, genera una confrontación con el enemigo principal imperialista más fuerte que la movilización antiimperialista directa; y la movilización nacionalista por medio de la alianza política de las “más amplias fuerzas antiimperialistas” no desafía adecuadamente al enemigo inmediato clasista y en general todavía ni siquiera resulta la verdadera y precisa confrontación con el enemigo imperialista.

Quizás la primera y más importante pregunta que se ha de hacer al respecto de la estructura rural de las clases es hasta qué punto se separa y diferencia en Latinoamérica de la estructura nacional y urbana. La importancia de esta pregunta deriva de la casi universal respuesta que dan los eruditos y los dirigentes políticos, tanto los burgueses como los marxistas; que buena parte de la América Latina rural es un mundo “semifeudal”, separado del sistema capitalista urbano, nacional e internacional; y deriva también de la línea política a que este criterio se asocia. ¿Tiene la América Latina en realidad una economía y sociedad “dual”, en una de cuyas partes “sobrevive” un patrón de relaciones productivas feudales o semifeudales y hasta una estructura no capitalista de clases? ¿Reclama esta “sobrevivencia” en realidad una revolución democrático-burguesa o siquiera una revolución democrático nacional, que extienda el capitalismo hacia el campo? ¿O es este –como pensamos nosotros– uno de los modelos “marxistas” supuestamente científicos y revolucionarios, números 12, 13 y 14, los que Fidel calificó de catecismo absurdo y reaccionario en su discurso ante las OLAS?

El testimonio histórico y la realidad contemporánea, cuyo examen científico debe ser emprendido cuanto antes, sugiere que durante más de cuatro centurias ha sido la estructura colonial del capitalismo mundial y nacional la que ha formado las relaciones de producción y la estructura rural de clases en América Latina. Esta parte de la sociedad, por ende, no ha estado nunca separada de las metrópolis capitalistas mundial y nacional, y si ha sido diferente, es porque los intereses de la burguesía de la última han requerido que la América Latina rural devenga y permanezca así. La América Latina rural ha sido colonialmente explotada por la metrópoli capitalista mundial, tanto directa como indirectamente, a través de las metrópolis nacionales latinoamericanas, las cuales someten a su *hinterland* rural (y urbano) al mismo género de explotación colonial “interna” y drenaje de capitales que ellas sufren a manos del imperialismo. La burguesía de la metrópoli nacional colabora con el imperialismo en la explotación colonial y de clases de su propio pueblo. La parte de la burguesía que es dueña de los latifundios y ejerce el control monopolista del comercio interior es, por supuesto, un componente de esta organización capitalista

de las colonias y las clases. Lejos de preguntar cuán aislada y cuán “feudal” es esta “oligarquía” rural, debemos inquirir cómo la burguesía latifundista (si acaso es rural) está comercialmente ligada a los principales monopolios comerciales e industriales urbanos; hasta qué punto, en realidad, el monopolio de la tierra está en manos de las mismas personas, familias o corporaciones con carácter de monopolio comercial e industrial; hasta qué punto los latifundistas derivan sus ingresos de la producción agrícola de sus tierras y hasta qué punto su posesión monopolista de las tierras les facilita, sencillamente, la explotación comercial, financiera y política de los trabajadores del latifundio y tierras vecinas. Pero esto nos hace preguntar también cómo la explotación capitalista colonial crea y mantiene las relaciones de producción del latifundio y la estructura de clases de la América Latina rural, que superficialmente pueden parecer feudales, pero que realmente posibilitan esta explotación capitalista. Por último, debemos preguntar quiénes quieren cambiar estas relaciones de producción y cómo se cambiarán; no ciertamente, por medio de una revolución democrática “antifeudal” o “antiimperialista”, sino por una revolución socialista.

THEOTONIO DOS SANTOS

*Subdesarrollo y dependencia**

Economista brasileño, uno de los pioneros de la teoría de la dependencia. Vinculado a la izquierda revolucionaria de Brasil, fue obligado por el régimen militar a exiliarse, primero en Chile, en la época de la Unidad Popular, y luego en México. Luego volvió a Brasil, donde se vinculó al Partido Democrático de los Trabajadores de Leonel Brizola.

Este texto, extraído de una publicación hecha en Chile en 1970, explica el significado metodológico y político de la ruptura entre las teorías de la dependencia y las teorías del desarrollo.

1. Dependencia y estructuras internas

Según vimos, el concepto de dependencia surge en América Latina como resultado del proceso de discusión sobre el tema del subdesarrollo y el desarrollo. En la medida en que no se cumplen las expectativas puestas en los efectos de la industrialización, se pone en duda la teoría del desarrollo que sirve de base al modelo de desarrollo nacional e independiente elaborado en los años 50. El concepto que sirve de camino para la superación de los errores anteriores es el de dependencia. Sin embargo, este concepto no ha sido esclarecido completamente a pesar de que un conjunto de trabajos recientes le ha dado definitivamente un status científico al colocarlo en el centro de la discusión académica sobre el desarrollo¹.

* Theotonio dos Santos, "Dependencia y cambio social". *Cuadernos de Estudios Socioeconómicos*, N° 11, 1970, pp. 39-42, 45-46.

¹ Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, "Dependencia y Desarrollo en América Latina", ILPES, febrero de 1967, mimeografiado; Osvaldo Sunkel, "Política Nacional de Desarrollo y Dependencia Externa", *Revista de Estudios Internacionales*; vol. I, N° 1, mayo de 1967, Santiago; Pedro Paz, "Dependencia Financiera y Desnacionalización de la industria interna", CEPAL, noviembre de 1967, mimeografiado; Aníbal Quijano, "Dependencia, Cambio Social y Urbanización en Latinoamérica", CEPAL, noviembre de 1967, mimeografiado; Tomás Vasconi, "Cultura, ideología, dependencia, alineación", *Boletín del CESO*, N° 3, Santiago; Ruy Mauro Marini, "La interdependencia brasileña y la integración imperialista", *Monthly Review*, Selección en castellano, N° 31, abril de 1966; Theotonio dos Santos, "El Nuevo Carácter de la Dependencia", *Cuadernos del Centro de Estudios socio-económicos*, 1ª parte: "Gran empresa y capital extranjero", N° 6, 1967; 2ª parte: "Gran capital y estructuras de poder", N° 10, 1968; André G. Frank, *Capitalism und Under Development*; Francisco Weffort, "Clases Populares e Desenvolvimiento Social", ILPES, febrero de 1968; *Espartaco*, "La crisis latinoamericana y su marco externo", *Desarrollo Económico*, julio-diciembre de 1966, Buenos Aires.

En la discusión que se ha realizado hasta el momento, se han caracterizado algunos errores en los enfoques tradicionales de la dependencia. Nuestro objetivo, en este momento, es criticar estos puntos de vista para lograr la claridad suficiente sobre el tema.

La dependencia no es un “factor externo”, como se ha creído muchas veces. En trabajo anterior afirmamos que: “al analizar la crisis brasileña procuraremos determinar su movimiento propio y específico. La situación internacional en que este movimiento se produce es tomada como condición general, no como demiurgo del proceso nacional porque la forma en que esa situación actúa sobre la realidad nacional es determinada por los componentes internos de esta realidad. Ante todo, es una forma cómoda la de sustituir la dinámica interna por una dinámica externa. Si esto fuera posible, estaríamos eximidos de estudiar la dialéctica de cada uno de los movimientos del proceso global y sustituiríamos el estudio de las diversas situaciones concretas por una fórmula general abstracta”².

Más explícitamente lo plantea Aníbal Quijano: “En tales condiciones, la problemática total del desarrollo histórico de nuestras sociedades está afectada radicalmente por el hecho de la dependencia. Este no es un dato externo de referencia, sino un elemento fundamental en la explicación de nuestra historia”³.

Este enfoque está también explicitado en los trabajos citados de Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y Weffort y se puede afirmar que es la clave de la elaboración de este concepto como categoría científica explicativa.

Enfocar la dependencia como una condición que configura cierto tipo de estructuras internas, significa tomar el desarrollo como fenómeno histórico mundial; como resultado de la formación, expansión y consolidación del sistema capitalista. Tal perspectiva implica la necesidad de integrar, en una sola historia, la perspectiva de la expansión capitalista en los países hoy desarrollados y sus resultados en los países por él afectados. Pero no se trata de tomar estos resultados como simples “efectos” del desarrollo capitalista, sino como su parte integrante y determinante.

Al darse este paso teórico, se delimita claramente la especificidad histórica del desarrollo de los países hoy capitalistas y, en consecuencia, la especificidad del desarrollo de los países hoy subdesarrollados. El estudio del desarrollo del capitalismo en los centros hegemónicos dio origen a la teoría del colonialismo y del imperialismo. El estudio del desarrollo de nuestros países debe dar origen a la teoría de la dependencia.

² “Crisis económica y crisis política en Brasil”, CESO, Santiago, 1967.

³ Aníbal Quijano, “Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica”, ILPES, 1967, mimeografiado, p. 5.

Por esto, debemos considerar limitados los enfoques de los autores de la teoría del imperialismo. Tanto Lenin, Bujarin, Rosa Luxemburgo, los principales elaboradores marxistas de la teoría del imperialismo⁴, como los pocos autores no marxistas que se ocuparon del tema, como Hobson⁵, no han enfocado el tema del imperialismo desde el punto de vista de los países dependientes. A pesar de que la dependencia debe ser situada en el cuadro global de la teoría del imperialismo, ella tiene su realidad propia que constituye una legalidad específica dentro del proceso global y que actúa sobre él de esta manera específica. Comprender la dependencia, conceptuándola y estudiando sus mecanismos y su legalidad histórica, significa no solo ampliar la teoría del imperialismo sino también contribuir a su reformulación.

Este sería, por ejemplo, el caso de la reformulación de algunos equívocos en que incurrió Lenin, al interpretar en forma superficial ciertas tendencias de su época. Lenin esperaba que la evolución de las relaciones imperialistas conduciría a un parasitismo en las economías centrales y su consecuente estagnación y, por otro lado, creía que los capitales invertidos en el exterior por los centros imperialistas llevarían al crecimiento económico de los países más atrasados⁶.

Si desde el punto de vista lógico, a partir de las tendencias encontradas en su época, esto debería ocurrir, es preciso descubrir por qué no ocurrió. En primer lugar, Lenin no estudió los efectos de la exportación de capital sobre las economías de los países atrasados. Si se hubiera ocupado del tema, hubiera visto que este capital se invertía en la modernización de la vieja estructura colonial exportadora y, por tanto, se aliaba a los factores que mantenían el atraso de estos países. Es decir, no se trataba de una inversión capitalista en general, sino de la inversión imperialista de un país dependiente. Este capital venía a reforzar los intereses de la oligarquía comercial exportadora, a pesar de que habría realmente una nueva etapa de la dependencia a dichos países⁷.

⁴ Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, varias ediciones; Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, Ed. Tilcara, Buenos Aires, 1963; N. Bukarin, *La economía mundial y el imperialismo*, Ed. Cénit, Madrid, 1930. Ver resumen de los dos principales textos sobre el tema en "Imperialismo y Dependencia Externa", Equipo de Investigaciones sobre Relaciones de América Latina, CESO, 1968.

⁵ Hobson, *El Imperialismo*; J.A. Schumpeter, *Imperialismo y Clases Sociales*, Teknos; John Strackey, *El fin del Imperio*, 1962.

⁶ "La exportación de capitales repercute en forma extraordinaria en el desarrollo del capitalismo en los países en que son invertidos, acelerándolo de forma extraordinaria". Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Obras escogidas, Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960, vol. I, p. 776. Ver también p. 812.

⁷ Fritz Sternberg destaca el tema, en relación al texto de Marx sobre la penetración del capitalismo en la India; sin embargo Marx fue uno de los precursores del estudio de las dependencias en ese contexto. La interpretación de Sternberg es muy unilateral. Ver *Capitalismo y Socialismo*, FCE, México, 1955.

El ejemplo citado nos muestra la necesidad de enfocar con mayor amplitud el tema de la dependencia. Hay que superar una perspectiva unilateral que se limita a analizar el problema desde el punto de vista del centro hegemónico y es necesario integrar las áreas periféricas en el conjunto del análisis como parte de un sistema de relaciones económico-sociales a nivel mundial. El concepto de dependencia y de su dinámica adquiere en este caso todo su valor teórico y científico.

La dependencia no permite, pues, que se analice el subdesarrollo como fenómeno de ciertas estructuras atrasadas, todavía no capitalistas. Desde el principio, el concepto de dependencia nos permite superar este punto de vista que se origina en una visión ahistórica del problema, pues, como hemos dicho, el subdesarrollo es un producto de una situación mundial que se explica por la expansión del capitalismo en el mundo.

2. *¿Qué es la dependencia?*

Llegamos así a la posibilidad de definir más claramente lo que se debe entender por dependencia:

En primer lugar debemos caracterizar la dependencia como una situación condicionante.

La dependencia es una situación en la cual un cierto grupo de países tienen su economía condicionada por el desarrollo y expansión de otra economía a la cual la propia está sometida. La relación de interdependencia entre dos o más economías, y entre éstas y el comercio mundial, asume la forma de dependencia cuando algunos países (los dominantes) pueden expandirse y autoimpulsarse en tanto que otros países (los dependientes) solo lo pueden hacer como reflejo de esa expansión, que puede actuar positiva y/o negativamente sobre su desarrollo inmediato. De cualquier forma, la situación básica de dependencia conduce a una situación global de los países dependientes que los sitúa en retraso y bajo la explotación de los países dominantes.

Los países dominantes disponen así de un predominio tecnológico, comercial, de capital y socio-político sobre los países dependientes (con predominio de algunos de esos aspectos en los varios momentos históricos) que les permite imponerles condiciones de explotación y extraerle parte de los excedentes producidos interiormente.

La dependencia está, pues, fundada en una división internacional del trabajo que permite el desarrollo industrial de algunos países y limita este mismo desarrollo en otros, sometiéndolos a las condiciones de crecimiento inducido por los centros de dominación mundial.

La división internacional del trabajo entre los productores de materias primas y productos agrícolas y los productores de manufacturas es un resultado típico del desarrollo capitalista que asume la forma necesaria de la desigualdad combinada entre los varios países. Esta forma desigual es una consecuencia del carácter de la acumulación del capital en que el crecimiento de la economía se basa en la explotación de muchos por pocos y en la concentración de los recursos del desarrollo económico social en manos de esta minoría. Grupos minoritarios nacionales con alta concentración de capital, dominio del mercado mundial, monopolio de las posibilidades de ahorro e inversión son elementos complementarios en el establecimiento de un sistema internacional desigual y combinado.

Este sistema se hace progresivamente más interdependiente al nivel internacional, en tanto se desarrolla la tecnología aplicada a la producción y a la comunicación como consecuencia de las revoluciones comerciales e industriales. Estas revoluciones permiten que economías antes aisladas se hagan complementarias. Pero esta complementariedad o esta interdependencia no se da en el cuadro de relaciones de colaboración entre los hombres, sino de las relaciones de competencia entre propietarios privados. En esta lucha en que "el hombre es el lobo del hombre" (Hobbes), el monopolio es el fundamento de la victoria.

Será en Italia, Portugal, España, Holanda, Francia y, por fin, en Inglaterra donde estarán concentrados los grandes centros del capital y, a su lado, se organizarán los centros productivos en expansión que constituyen la base del nuevo régimen de producción capitalista. América Latina no estaba en estos centros de capital y posteriormente no pudo estar en el centro de la producción. Tuvo que esperar a que estos cambios en los centros dominantes se irradiasen por el mundo con sus violentos y dramáticos movimientos de expansión para incorporarlos en parte. Hasta que pueda transformarse en una economía autosostenible o independiente, continuará en la posición de simple complemento necesario de un sistema internacional que ella no puede determinar.

RUI MAURO MARINI

*Consideraciones metodológicas sobre la aplicación del marxismo en América Latina**

Rui Mauro Marini, sociólogo brasileño exiliado por el régimen militar, es conocido por su obra Subdesenvolvimento e revolução na América Latina (Maspero, 1972) que suscitó mucho interés y polémica en toda América Latina por su análisis del subimperialismo brasileño.

El texto que se publica a continuación es la introducción de un artículo publicado por Marini en Chile en 1972, en el cual presenta en forma concisa algunas cuestiones metodológicas fundamentales sobre la aplicación del marxismo a la realidad latinoamericana.

En sus análisis sobre la dependencia latinoamericana, los investigadores marxistas, en general, fueron llevados a dos tipos de desviaciones: a la sustitución del hecho concreto por el concepto abstracto, o a la alteración del concepto en nombre de una realidad que se obstina en no encuadrarse en su formulación escrita. En el primer caso, resultaron estudios marxistas llamados “ortodoxos”, en los cuales la dinámica de los procesos estudiados se tradujo en una formalización incapaz de reconstituirla en el plano de la exposición y en la cual la relación entre lo concreto y lo abstracto desaparece para ser sustituida por descripciones empíricas que se desenvuelven paralelamente al discurso teórico, sin fundirse con él, lo que ocurrió, sobre todo, en el ámbito de la historia económica. El segundo tipo de desviación es más frecuente en el campo de la sociología: ante la dificultad de adecuar a cierta realidad categorías que no fueron específicamente concebidas para ella, los investigadores de formación marxista recurrieron, en forma simultánea, a otros enfoques metodológicos y teóricos, lo que produce necesariamente eclecticismo, falta de rigor conceptual y metodológico y un pretendido enriquecimiento del marxismo, que en verdad es su negación.

Esas desviaciones provienen de una dificultad real: frente al parámetro del modo de producción capitalista puro, la economía latinoamericana presenta particularidades que se manifiestan en algunos casos como insuficiencias y en otros, que se distinguen difícilmente de los primeros, como deformaciones.

* Rui Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 1, enero-marzo de 1972, pp. 35-36.

Así por ejemplo, el recurso a la noción de “pre-capitalismo” en los estudios sobre América Latina no es fortuito. Pero sería preciso decir que, cuando se trata realmente de un desarrollo insuficiente de las relaciones capitalistas, esa noción se refiere a aspectos de una realidad que, por su estructura global y funcionamiento, nunca podrá tener la misma forma de desarrollo de las economías capitalistas “avanzadas”. Por eso, más que un precapitalismo, se trata, de hecho, de un capitalismo sui generis que solo adquiere sentido si lo examinamos a partir de la perspectiva del conjunto del sistema, en el ámbito nacional y, sobre todo, internacional.

Eso es particularmente cierto cuando nos referimos al capitalismo industrial latinoamericano moderno constituido a lo largo de las últimas dos décadas. Pero, desde una perspectiva más general, la propuesta también es válida para el período inmediatamente anterior, incluso para la etapa de economía de exportación. Es evidente que en este último caso, la insuficiencia prevalece sobre la distorsión; pero si quisiéramos comprender como ocurrió el paso de una etapa a la otra, debemos estudiar la primera a la luz de esta última. En otros términos, el conocimiento de la forma particular que el capitalismo dependiente latinoamericano acabó adoptando es lo que esclarece el estudio de su gestación y permite conocer analíticamente las tendencias que desembocaron en ese resultado.

Pero como siempre, la verdad puede tener aquí un doble sentido: aunque sea cierto que el estudio de las formas sociales más desarrolladas esclarece las formas más embrionarias (como dice Marx: “la anatomía del hombre es la clave de la anatomía del macaco”¹), también es verdad que el desarrollo aun insuficiente de una sociedad, al colocar en evidencia un elemento simple hace más comprensible su forma más compleja, que integra y subordina ese elemento. Como destaca Marx: “...La categoría más simple puede expresar las relaciones dominantes de un todo no desarrollado, relaciones que ya existían históricamente antes del desarrollo del todo en sentido expresado por una categoría más concreta. Por lo tanto, solo el desarrollo del pensamiento abstracto, que va de lo simple a lo complejo, podría corresponder al proceso histórico real”².

De este modo, en la identificación de esos elementos, las categorías marxistas deben ser aplicadas a la realidad como instrumentos de análisis y anticipación de su desarrollo posterior. Por otro lado, esas categorías no pueden sustituir o mistificar los fenómenos a los cuales se aplican; por eso el análisis debe ponderarlas, sin que eso implique, en ningún caso, una ruptura

¹ *Introducción general a la crítica de la economía política*, 1857, Uruguay, Carabella, s. d., p. 44.

² *Ibid*, p. 41.

con la línea de raciocinio marxista por medio de una inserción de cuerpos extraños que él no puede, por lo tanto, asimilar. En última instancia la ortodoxia marxista se reduce a rigor conceptual y metodológico. Cualquier limitación al proceso de investigación en curso, no tendría nada que ver con la ortodoxia, sino solamente con el dogmatismo.

FREI BETTO

*Cristianismo y Marxismo**

Frei Betto es un sacerdote dominicano brasileño, conocido en todo el mundo a partir de la publicación de una serie de discusiones sobre religión con Fidel Castro; ellas fueron traducidas en 14 idiomas y publicadas en toda América Latina. Preso por la dictadura militar de 1969 a 1973 por auxiliar el movimiento revolucionario liderado por Carlos Marighella, Frei Betto, en años recientes, se convirtió en uno de los principales consejeros de las Comunidades de Bases en Brasil y un importante teólogo de la liberación. También mantiene vínculos fraternos con el nuevo movimiento sindical brasileño y con el Partido de los Trabajadores.

Frei Betto se encuentra entre un grupo de teólogos de la liberación que utilizó el método marxista de manera extensa en su trabajo. Eso no implica una postura acrítica, pero sí un interés activo por el marxismo como ciencia y como utopía, como teoría y como práctica. Es justamente eso lo que lo capacita a situar la convergencia entre cristianos y marxistas en el campo más decisivo de todos, el del compromiso revolucionario.

Las relaciones entre marxistas y cristianos

El marxismo es, por sobre todo, una teoría de la praxis revolucionaria. Lo que no impide que ciertos marxistas quieran transformarlo en una especie de religión con sus propios dogmas, fundada en la lectura fundamentalista que hace de las obras de Marx, Engels y Lenin una nueva Biblia. Finalmente, el marxismo, como cualquier obra teórica, jamás podrá tener una única lectura. El proceso epistemológico nos enseña que un texto siempre es leído a partir del contexto del lector. Esos “anteojos” de la realidad determinan la interpretación de la teoría.

Así, la obra de Marx puede ser leída desde la óptica del materialismo positivista de Kautsky, desde el neokantismo de M. Adler, desde el hegelianismo voluntarista de Gramsci u objetivista de Lukács, desde el existencialismo de Sartre, desde el estructuralismo de Althusser, así como a la luz de la lucha campesina de Mao Tse-Tung, de la guerrilla cubana, de la realidad peruana de José Carlos Mariátegui o de la insurrección popular sandinista.

Lo que importa es utilizar la teoría marxista como herramienta de liberación de los pueblos oprimidos y no como un árbol totémico o un talismán.

* Frei Betto, *Cristianismo e Marxismo*, Vozes, Petrópolis, 1986, págs. 35-43, 2ª Edición.

Fruto de la lucha del proletariado, el marxismo deberá siempre hacer referencia a esa misma lucha, ya que solo de esa manera no perderá su vigor revolucionario para transformarse en una abstracción académica¹.

En este sentido, el marxismo y los marxistas no pueden ignorar el nuevo papel del cristianismo como catalizador de la liberación de las masas oprimidas de América Latina. No obstante, para aprehender ese potencial revolucionario del cristianismo, el marxismo tendrá que romper la camisa de fuerza de la óptica objetivista y reconocer el papel de la subjetividad humana en la historia. Eso implica la superación de la tendencia economicista y, en los regímenes socialistas, de una cierta “metafísica del Estado”, para que se pueda admitir la autonomía relativa de las superestructuras. La práctica revolucionaria extrapola el concepto y no se agota en los análisis estrictamente científicos, ya que encierra necesariamente dimensiones éticas, místicas y utópicas. El progreso alcanzado por los países socialistas y la ideología encarnada por el partido son insuficientes para ecuacionar todos los aspectos de la relación interpersonal y sus consecuencias sociales y políticas.

Además, ¿qué contradicción habría entre el papel determinante de la subjetividad humana y el materialismo histórico? Como determinante “en última instancia”, la esfera económica resulta en el complejo formado por las fuerzas productivas y por las relaciones de producción. Son esas relaciones de producción que determinan el carácter de las fuerzas productivas. Hablar de relaciones de producción es admitir que “en primera instancia”, están las relaciones de clase, la militancia revolucionaria de las clases dominadas, cuya conciencia y práctica son determinantes en la esfera económica. Al contrario, negar la importancia de la subjetividad y de la intencionalidad humanas es pretender reducir al marxismo a una teoría puramente científica, es incurrir en una especie de neo-hegelianismo que devuelve la marcha de la historia al control de una razón absoluta y universal. La riqueza y la originalidad de la teoría marxista reside justamente en estar vinculada a la práctica revolucionaria que, en su dinámica, confiere y contesta la teoría que inspira y orienta. Sin esa relación dialéctica teoría-praxis, el marxismo se metamorfosea en una ortodoxia académica peligrosamente manipulable por el que controla los mecanismos de poder.

Esa prioridad de la práctica ha llevado a los marxistas a reconocer que, por veces, sus concepciones al respecto de la religión son religiosas, en el sentido de que son dogmáticas, desvinculadas de la práctica histórica. Por eso, fijándonos en lo que pasa actualmente en América Latina, el 2º Congreso

¹ Pedro A. Ribeiro de Oliveira, “O marxismo como ferramenta de cristãos”, *Comunicações do Iser* 7, diciembre 1983, págs. 2-6.

del Partido Comunista Cubano, en diciembre de 1980, aprobó una resolución en la cual proclama que:

el significativo proceso de incorporación masiva y activa de grupos y organizaciones, incluyendo elementos del clero católico y de otras denominaciones, en las luchas de liberación nacional de los pueblos de América Latina, como Nicaragua, El Salvador y otros, y el surgimiento de instituciones y de centros ecuménicos que desarrollan actividades decididamente progresivas y promueven el compromiso político y la unión combativa de cristianos revolucionarios y marxistas, a favor de profundos cambios sociales en el continente, demuestran la conveniencia de continuar contribuyendo en la consolidación sucesiva de un frente común en nuestro hemisferio y en todo el mundo².

El mayor avance en la relación entre cristianismos y régimen popular se da actualmente en Nicaragua, donde por primera vez en la historia los cristianos participaron activamente del proceso de liberación. Este hecho por sí solo derrumba el carácter de axioma dado a la afirmación de que “la religión es el opio de pueblo”. Tanto que, por primera vez en la historia, un partido revolucionario en el poder –el Frente Sandinista de Liberación Nacional– emitió un comunicado oficial en octubre de 1980 sobre la religión, en el cual dice:

Algunos autores afirman que la religión es un mecanismo de alienación de los hombres, que sirve para justificar la explotación de una clase sobre otra. Esa afirmación, sin duda, tiene un valor histórico, en la medida en que, en diferentes épocas históricas, la religión sirvió de soporte teórico a la dominación política. Basta recordar el papel desempeñado por los misioneros en el proceso de dominación y de colonización de los indígenas de nuestro país. Entretanto, los sandinistas afirmamos que nuestra experiencia demuestra que cuando los cristianos, apoyándose en su fe, son capaces de responder a las necesidades del pueblo y de la historia, sus mismas creencias los llevan a la militancia revolucionaria. Nuestra experiencia demuestra que se puede ser creyente y, al mismo tiempo, revolucionario y consecuente y que no hay contradicción insoluble entre ambas cosas³.

² “O PC cubano e a religião”, *Revista Vozes*, Vozes, Petrópolis, N° 5, jun./jul. de 1982, pág. 55.

³ “Sobre religião”, comunicado oficial de la dirección del FSLN publicado en Frei Betto, *Nicarágua livre, o primeiro passo*. Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1980, pp. 122-128.

Por tanto, falsas certezas están siendo desmontadas por la crítica histórica. En los últimos 20 años, en los países del Tercer Mundo, especialmente en América Latina, el cristianismo pasa a revelar su carácter liberador como expresión de resistencia y lucha de los oprimidos. Y, por otro lado, decepcionando a todos los pronósticos académicos, la religión no desapareció en los regímenes socialistas. Al contrario, las iglesias constituyen, hoy, importante fuerza en la lucha por la paz y crece el número de sus fieles⁴. Sí perduran dificultades intra y extra eclesológicas. Adentro de las iglesias, obispos y pastores no tienen suficiente claridad y consenso en cuanto a la manera de inserción pastoral en los regímenes socialistas. Afuera, sobre todo en el ámbito de los partidos en el poder, ciertos perjuicios anti-religiosos nutren la discriminación que refuerza la proximidad entre cristianos y sectores contra-revolucionarios.

Es verdad que también permanecen entre los cristianos tabúes con relación al socialismo. La propaganda capitalista es bastante fuerte para alimentar terribles fantasmas que provocan inseguridad y miedo. Y muchas veces el sectarismo de ciertos militantes marxistas refuerza la idea de nuevos cruzados combatiendo en nombre de una nueva fe de consecuencias totalitarias. Si hoy en día es más difícil encontrar documentos oficiales de la Iglesia Católica, las vehementes proclamaciones anticomunistas de los tiempos del Papa Pío XII, también no abundan simpatías para con el socialismo. Sí existen aperturas doctrinarias y políticas: primacía del derecho de uso sobre el derecho de posesión y, en la política, la diplomacia realista del Vaticano estrechando relaciones con casi todos los países socialistas. Uno de los raros ejemplos de clara opción socialista, por parte de los obispos, está en esos documentos regionales divulgados en el período más negro de la dictadura militar brasileña, cuando la propia Iglesia era intensamente bombardeada:

Es preciso vencer al capitalismo. Él es el mal mayor, el pecado acumulado, la raíz dañada, el árbol que produce esos frutos que conocemos: la pobreza, el hambre, la enfermedad, la muerte de la gran mayoría. Es por eso que es preciso que la propiedad de los medios de producción (de las fábricas, de la tierra, del comercio, de los bancos, fuentes de crédito) sea superada[...] Por eso, queremos un mundo en el que haya un solo pueblo, sin la división entre los ricos y pobres⁵.

Menos popular, el discurso de este otro documento está mejor articulado:

⁴ Cf. Documento de la Conferencia Episcopal sobre la Paz. *Revista Vozes*, Op. Cit., p. 56.

⁵ Marginalización de un pueblo. Documento de los Obispos del Centro Oeste, 6 de mayo de 1973, N° 6 (SEDOC, v. 6, N° 69, marzo de 1974, col. 1019s).

El proceso histórico de la sociedad de clases y la dominación capitalista conducen fatalmente a la confrontación de clases. Aunque esto sea un hecho cada día más evidente, esta confrontación es negada por los opresores, pero es afirmado también en la propia negación. Las masas oprimidas de los obreros, campesinos y numerosos sub-empleados toman conocimiento y asumen progresivamente una nueva conciencia libertadora. La clase dominada no tiene otra salida para la liberación, que aquella larga y difícil caminata, ya en curso, a favor de la propiedad social de los medios de producción. Este es el fundamento principal del gigantesco proyecto histórico para la transformación global de la actual sociedad en una sociedad nueva, en la cual sea posible crear las condiciones objetivas para que los oprimidos puedan recuperar su humanidad despojada, para que puedan lanzar por la tierra las cadenas de sus sufrimientos, para que puedan vencer el antagonismo de clases, para que puedan finalmente, conquistar la libertad⁶.

Marxistas y cristianos tienen más arquetipos en común de lo que supone nuestra vana filosofía. Uno de ellos es la utopía de la felicidad humana en el futuro histórico —esperanza que se hace mística en la práctica de innumerables militantes que no temen el sacrificio de la propia vida—. Marx llama esta plenitud el reino de la libertad y, los cristianos, el reino de Dios. En el tercer volumen de *El Capital* él escribe que “el reino de la libertad se inicia allí donde se acaba el trabajo condicionado por la necesidad y presión externa; el reino de la libertad está situado, pues, y por fuerza de las cosas, además del ámbito de la producción material”. Nótese que, nada en la política o en la historia garantiza la realización de esa meta, como también la salvación esperada por los cristianos no tiene explicación histórica, es don de Dios. Pero existe, en lo más profundo de nuestro ser, el deseo común de innumerables marxistas y cristianos de que la humanidad elimine todas las barreras y contradicciones que dividen o separan a los hombres. Y la esperanza incontentida de que el futuro será una mesa puesta, en torno de la cual, hermanados, todos tendrán que compartir la abundancia del pan y la alegría del vino. El camino capaz de llevar a esa aspiración, derrumbando los prejuicios y provocando la unidad, no será ciertamente el de las discusiones teóricas, pero sí el del compromiso efectivo con la lucha de liberación de los oprimidos.

⁶ Yo oí los clamores de mi pueblo. Documento del Obispo y Superiores Religiosos del Noreste, 6 de mayo de 1973, p. 29 (SEDOC, v.6, N° 66, noviembre de 1973, col. 628).

PARTIDO DE LOS TRABAJADORES

*El socialismo petista**

El siguiente documento fue aprobado por el 7º Encuentro Nacional del Partido de los Trabajadores brasileño (PT), que ocurrió en mayo y junio de 1990. Resultado de un debate público entre las variadas tendencias del PT, fue aprobado por amplio consenso en la conferencia. Reafirma el compromiso del PT con objetivos socialistas en el momento del colapso histórico del, así llamado, socialismo realmente existente. Sin embargo, inspirado por una tradición anticapitalista marxista, expresa una cultura política pluralista, ansiosa por un socialismo democrático y liberador. Se trata de uno de los documentos más significativos y ricos del “nuevo pensamiento” que se desarrolló en la izquierda latinoamericana a fines del siglo XX.

Esta resolución se propone reafirmar nuestro juicio sobre el sistema capitalista, consolidar sintéticamente el cúmulo partidario en lo que se refiere a la alternativa socialista, identificar fundamentales desafíos histórico-doctrinarios a la causa del socialismo y proponer un amplio debate al PT y a la sociedad brasileña sobre la superación concreta de tales desafíos.

1. El PT ya nació con propósitos radicalmente democráticos. Surgimos combatiendo la dictadura militar y la opresión burguesa, exigiendo en las calles y en los locales de trabajo el respeto a las libertades políticas y a los derechos sociales. Crecimos denunciando la transición conservadora y construyendo las bases de una soberanía popular. En diez años de existencia, el PT siempre estuvo en la vanguardia de las luchas por la democratización de la sociedad brasileña. Contra la censura, por el derecho a la huelga, por la libertad de opinión y manifestación, por la amnistía, por el pluripartidismo, por la Constituyente autónoma, por las elecciones libres y directas. Nos volvimos un gran partido de masas denunciando la expropiación de los derechos de ciudadanía por el poder del Estado, la dominación de los sindicatos por el aparato estatal, el impuesto sindical. Diversos compañeros dieron su vida por la lucha de los trabajadores por la democracia. Santo Dias, Wilson Pinheiro, Margarida Alves, padre Josimo, Chico Mendes y tantos otros.

* Resolución del 7º Encuentro Nacional del PT, realizado entre los días 31 de mayo y 3 de junio de 1990 en Sao Paulo, en el *PARTIDO DE LOS TRABAJADORES (PT)*. *Resoluciones de Encuentros y Congresos –1979-1998–*, Editorial Perseu Abramo, São Paulo, 1998, págs. 429-435.

En la raíz de nuestro proyecto partidario está, justamente, la ambición de hacer del Brasil una democracia digna de este nombre. Porque la democracia tiene, para el PT, un valor estratégico. Para nosotros, ella es, de una sola vez, medio y fin, instrumento de transformación y meta a ser alcanzada. Aprendimos en carne propia que la burguesía no tiene un verdadero compromiso histórico con la democracia. La relación de las elites dominantes con la democracia es meramente táctica, ellas se respaldan de la vía democrática cuando, pragmáticamente, les conviene. En verdad, la democracia interesa sobre todo a los trabajadores y a las masas populares. Ella es imprescindible, hoy, para profundizar sus conquistas materiales y políticas. Será fundamental para la superación de la sociedad injusta y opresiva en la que vivimos. Así como será decisiva, en el futuro, la institución de una democracia cualitativamente superior, para asegurar que las mayorías sociales de hecho gobiernen la sociedad socialista por la cual luchamos.

2. La vocación democrática del PT, mientras tanto, va más allá de las banderas políticas que defendió y defiende. Su organización interna también expresa nuestro compromiso libertador. Ella reflexiona el empeño, siempre renovado, de direcciones y bases militantes para hacer del propio PT una sociedad libre y participativa, premisa de aquella otra, mayor, que pretendemos instaurar en el país.

Refractario del monolitismo y del verticalismo de los partidos tradicionales—incluyendo a muchos de los gremios de izquierda— el PT se esfuerza en practicar la democracia interna como requisito indispensable a su comportamiento democrático en la vida social y en el ejercicio del poder político. Lo mismo es válido para la relación del partido con sus bases sociales y con la sociedad civil en su conjunto. Aunque haya nacido de la fuerza de los movimientos sindicales y populares y con ellos mantiene un poderoso vínculo de inspiración, referencia e interlocución, buscando proponerles una dirección política, el PT se rehúsa, por principios, a sofocar su autonomía y, aun más, a tratarlos como clientela o correa de transmisión.

3. Otra dimensión visceralmente democrática del PT es su pluralismo ideológico cultural. Somos, de hecho, una síntesis de las culturas libertadoras, unidad en la diversidad. Confluyeron para la creación del PT, como expresión de sujetos sociales concretos, más o menos institucionalizados, diferentes corrientes de pensamiento democrático y transformador: el cristianismo social, marxismos varios, socialismos no-marxistas, democracias radicales, doctrinas laicas de revolución de la conducta, etc.

El ideario del partido no expresa, unilateralmente, ninguno de esos caudales. El PT no posee *filosofía oficial*. Las diferentes formaciones doctrinarias conviven en una tensión dialéctica, sin prejuicio de síntesis dinámicas en el plano de la elaboración política concreta. Lo que une estas variadas culturas políticas libertadoras, ni siempre textualmente codificadas, es el proyecto común de una nueva sociedad, que favorezca el fin de toda explotación y opresión.

4. Ese compromiso de raíz con la democracia, nos hizo igualmente anticapitalistas, así como la opción anticapitalista calificó de modo inequívoco nuestra lucha democrática. Uno de los estímulos más poderosos a nuestra organización, como partido político dotado de un proyecto alternativo de gobierno y de poder, fue descubierta (para la mayoría de los petistas, antes empírica que teórica) de la perversidad estructural del capitalismo. Fuimos y seguimos siendo, respuesta indignada al sufrimiento innecesario de millones, consecuencia lógica de la barbarie capitalista. La experiencia histórica concreta –en otras palabras, la pedagogía negativa del *milagro brasileño* y de tantas otras situaciones trágicamente ejemplares de la vida nacional e internacional– nos enseñó que el capitalismo, sea cual sea su pujanza material, es vocacionalmente injusto y excluyente, inverso por naturaleza, de aquella partición de la riqueza social que es presupuesto de cualquier democracia auténtica.

Es a partir de la opresión capitalista que resulta la miseria absoluta de más de 1/3 de la humanidad. Es ella quien impone a América Latina nuevas formas de esclavitud, que redujeron la renta *per capita* a 6,5% en los últimos años, haciendo que varios países regresen a andamios de 20 años atrás. Es el sistema capitalista, fundado en un último análisis, en la explotación del hombre por el hombre y en la brutal mercantilización de la vida humana, el responsable por crímenes odiosos contra la democracia, de los hornos crematorios de Hitler a los recientes genocidios en África del Sur, pasando por nuestras tristes cámaras de tortura. Es el capitalismo brasileño, con su dinámica depredadora, el responsable por el hambre de millones, el analfabetismo, la marginalidad, la violencia que se disemina por todos los planos de la vida nacional. Es el capitalismo el que conserva y profundiza las reales bases de la desigualdad social en Brasil.

Por esa razón, los documentos constitutivos del PT –Manifiesto y Programa de fundación– ya adjudicaban la superación del capitalismo como indispensable para la plena democratización de la vida brasileña.

Aunque nuestros textos más significativos no profundicen el diseño interno de la pretendida sociedad alternativa, la ambición histórica del PT ya era, en sus orígenes, nítidamente socialista. Y los diez años que siguieron, de penosa, pero apasionada lucha democrática, solo confirmaron nuestra opción anticapitalista y robustecer los compromisos transformadores del PT.

5. Semejante convicción anticapitalista, fruto de la amarga experiencia social brasileña, nos hizo también críticos de las propuestas social-demócratas. Las corrientes social-demócratas no presentan, hoy, ninguna perspectiva real de superación histórica del capitalismo. Ellas creyeron, equivocadamente, que a partir de los gobiernos e instituciones del Estado, sobre todo del Parlamento, sin la movilización de masas desde las bases, sería posible llegar al socialismo. Confiaban en la neutralidad de la máquina del Estado y en la compatibilidad de la eficiencia capitalista con una transición parlamentaria al socialismo y abandonaron no la vía parlamentaria, sino que el propio socialismo. El diálogo crítico con tales corrientes de masas es, con certeza, útil a la lucha de los trabajadores a escala mundial. Su proyecto, todavía, no corresponde a la convicción capitalista ni a los objetivos emancipatorios del PT.
6. Al mismo tiempo, nuestro compromiso estratégico con la democracia –la identidad democrática del PT– nos llevó a refutar los supuestos modelos del llamado *socialismo real*. Nunca ignoramos la falacia del término. Los medios conservadores lo utilizan para facilitar el combate ideológico a cualquier proyecto histórico que surja contra la dominación capitalista. Según sus detractores, el socialismo sería, una vez materializado, fatalmente contrario a los ideales de progreso y libertad, actitud reaccionaria que repudiamos con vehemencia.

Además de esto, la expresión *socialismo real*, en su gran generalidad abstracta, desconsidera particularidades nacionales, diferentes procesos revolucionarios, variados contextos económicos y políticos, etc. Nivelamos experiencias de transformación social heterogéneas en su naturaleza y en sus resultados, descalificando conquistas históricas que, seguramente, no son irrelevantes para los pueblos que las obtuvieron. Algunas de las experiencias autoproclamadas socialistas se originaron de las revoluciones populares, a la vez que otras ocurrieron a partir de la derrota de la Alemania nazi y de la ocupación de esos países por el Ejército Soviético, lo que rediseñó el mapa geopolítico europeo, dando origen al llamado *Bloque Socialista*, controlado por la URSS. En algunos procesos nacionales, las masas obtuvieron influencia no despreciable en los rumbos de la vida nacional. Y, seguramente, también merece

alabación aparte y juicio positivo, con todos sus percances, la experiencia sandinista, en la medida en que le aseguró al pueblo nicaragüense una inédita equidad política y civil.

El PT apoya la lucha de los trabajadores por su liberación, asumiendo la defensa de los auténticos procesos revolucionarios, pero lo hace con total independencia política, ejerciendo plenamente su derecho de crítica. Fue de esa manera, que desde su fundación, el PT identificó en la mayoría de las experiencias del llamado *socialismo real* una teoría y una práctica incompatibles con nuestro proyecto de socialismo. Su profunda carencia de democracia, tanto política como económica y social; el monopolio del poder por un único partido, aun allí donde formalmente vigora el pluralismo partidario; la simbiosis partido/Estado; el dominio de la burocracia como camada o casta privilegiada; la inexistencia de una democracia de bases y de auténticas instituciones representativas; la represión abierta o velada al pluralismo ideológico y cultural; la gestión de la vida productiva por medio de un planeamiento verticalista, autoritario e ineficaz, todo eso niega la esencia misma del socialismo petista.

Nuestra crítica a tales procesos históricos, hecha bajo la óptica de la lucha revolucionaria y a la luz de las diversas experiencias socialistas en el ámbito internacional, ha sido constante, aunque limitada. El PT fue el primer partido político brasileño en apoyar la lucha democrática de la Solidaridad polaca, aunque sin otras afinidades ideológicas. Hemos combatido los atentados a la libertad sindical partidaria, religiosa, etc., en los países del llamado *socialismo real* con la misma motivación con la que luchamos por las libertades públicas en Brasil. Denunciamos con idéntica indignación el asesinato premeditado de centenas de trabajadores rurales en Brasil y los crímenes contra la humanidad cometidos en Bucarest o en la Plaza de la Paz Celestial. El socialismo para el PT, o será radicalmente democrático o no será socialismo.

Los movimientos que condujeron a la reformas del Este Europeo justamente se volvieron en contra del totalitarismo y el estancamiento económico, con vistas a institucionalizar regímenes democráticos y subvertir la gestión burocrática y ultracentralizada de la economía. El remate de ese proceso está abierto y será la propia disputa política y social que definirá sus contornos. Pero el PT está convencido de que los cambios ocurridos y todavía en curso en los países del llamado *socialismo real* tienen un sentido histórico positivo, aunque el proceso está siendo hegemonizado por corrientes reaccionarias, favorables a la regresión capitalista.

Tales movimientos deben ser valorados, no porque representen en sí un proyecto renovador del socialismo, pero sí porque rompen con la parálisis política, reubican en una escena abierta a los diversos agentes políticos y sociales,

impulsarán conquistas democráticas y, en perspectiva, pueden abrir nuevas posibilidades para el socialismo. La energía política liberada por tamaña movilización social no será fácilmente domesticada por el recetario del FMI o por los paraísos abstractos de la propaganda capitalista.

7. Nuestra valija ideológica original, enriquecida en el propio recorrer de la lucha política y consolidada en los diversos encuentros nacionales del partido, orientó la conducta del PT a lo largo de toda la década de 1980 y garantizó la conquista de importantes objetivos históricos. Con el sentido general de nuestra política –democrática y anticapitalista– perfectamente asegurado, optamos por la construcción progresista de nuestra utopía concreta, es decir, de la sociedad socialista por la cual luchamos. Quisimos evitar tanto la ideología abstracta, traba elitista de la izquierda tradicional brasileña, como el pragmatismo desfibrado, característico de tantos otros partidos. De nada nos serviría una profundidad ideológica puramente de cúpula, sin correspondencia con la política real de nuestras bases partidarias y sociales.

Además, las direcciones también carecían de mucha experiencia, que solo la lucha democrática de las masas, paciente y continua, puede proporcionar. Lo que legitima los contornos estratégicos definidos de cualquier proyecto socialista es la convicción radicalmente democrática y transformadora de amplios segmentos populares. Se puede decir, sin indebido triunfalismo, que tal pedagogía política, basada en la auto-educación de las masas por medio de su participación civil, en general, se reveló acertada.

8. Reconozcamos la existencia, a escala mundial, de fuerzas y movimientos de carácter democrático, popular, de liberación y socialista, con similitudes con el proyecto petista y con los cuales mantendremos relaciones privilegiadas. La presente hora nos somete a inéditos desafíos, que solo serán vencidos por medio de una superior creatividad político-ideológica. Atravesamos un nuevo período histórico tanto en el ámbito nacional como internacional, el cual exige del PT y de todas las fuerzas socialistas y democráticas una elaboración doctrinaria todavía más audaz y rigurosa.

Con la proyectada reestructuración de la economía brasileña y la sucesiva recomposición de la hegemonía interburguesa, la disputa política se pasa a dar, cada vez más, en el terreno de los proyectos generales, de notorias implicaciones ideológicas. Más que la mera estabilización de la economía o su ajuste, lo que está en juego es el propio carácter de inserción estratégica del Brasil

en el contexto internacional, sea como proyecto económico, sea como proyecto ideológico.

Por otro lado, en la medida en que el PT abarque parcelas crecientes de la sociedad brasileña y se acredite como alternativa política para el país, se impone mayor explicitación de nuestra alternativa histórica. Muchos de los desafíos aparentemente coyunturales –la reforma del Estado, por ejemplo, o la lucha por la democratización de la propiedad de fundos– solo pueden ser de hecho ecuacionados y superados a la luz de mayores definiciones estratégicas.

De la misma manera, el fracaso de tantas experiencias del socialismo real, con el refuerzo coyuntural de la ideología capitalista, aun en un país como el nuestro, víctima de las contradicciones más agudas y destructivas del capitalismo, nos convoca a un renovado esfuerzo crítico especulativo, capaz de relanzar ética e históricamente la perspectiva de la democracia socialista.

9. ¿Pero cuál socialismo? ¿Por cuál sociedad, por cuál Estado, luchamos con tremendo empeño por construir? ¿Cómo deberá estar organizada su estructura productiva y con cuáles instituciones contará? ¿Cómo serán conjurados, en el plano práctico de la política, los astutos fantasmas del autoritarismo? Inútil es subrayar la magnitud de la tarea histórica que es responder teórica y prácticamente a tales indagaciones. Tarea que no depende solo del PT y debe comprender todas las energías libertarias disponibles en nuestra sociedad, así como se debe valer de los esfuerzos análogos realizados en otros cuadrantes.

Para algunas de estas preguntas podemos avanzar respuestas que provienen de nuestra propia experiencia activa y reflexiva. Brotan, por negación dialéctica, de formas de dominación que combatimos o resultan de convicciones estratégicas que adquirimos en nuestra trayectoria de luchas. El 5º Encuentro Nacional ya apuntó el camino: para extinguir el capitalismo e iniciar la construcción de la sociedad socialista, será necesario un cambio político radical; los trabajadores necesitan transformarse en la clase hegemónica de la sociedad civil y en el poder del Estado. Otros aspectos de nuestro proyecto socialista son desafíos que aun no están cerrados, para los cuales sería presuntuoso y equivocado suponer que podemos dar respuestas inmediatas. Su superación demandará, probablemente, insospechada fantasía política y creatividad práctica, legitimadas no solo por nuestras opciones ideológicas, pero sí por la aspiración concreta de las masas oprimidas a una existencia digna.

10. El PT no concibe el socialismo como un futuro indispensable, a ser producido necesariamente por las leyes económicas del capitalismo.

Para nosotros, el socialismo es un proyecto humano cuya realización no es posible sin la lucha consciente de los explotados y oprimidos. Un proyecto que, por esa razón, solo será de hecho emancipador en la medida en que lo concibamos como tal: o sea, como necesidad e ideal de las masas oprimidas, capaz de desarrollar una consciencia y un movimiento efectivamente libertarios. De ahí el porqué recuperar la dimensión ética de la política es la condición esencial para el restablecimiento de la unidad entre socialismo y humanismo.

11. La nueva sociedad que luchamos por construir se inspira concretamente en la rica tradición de las luchas populares de la historia brasileña. Deberá fundarse en el principio de solidaridad humana y de la suma de las aptitudes particulares para la solución de los problemas comunes. Buscará constituirse como un sujeto democrático colectivo sin, con eso, negar la fecunda y deseable singularidad individual. Asegurando la igualdad fundamental entre los ciudadanos, no será menos celosa del derecho a la diferencia, sea política, cultural, de conducta, etc. Luchará por la liberación de las mujeres, contra el racismo y todas las formas de opresión, favoreciendo una democracia integradora y universalista. El pluralismo y la auto-organización, más que permitidos, deberán ser incentivados en todos los niveles de la vida social, como antídoto a la burocratización del poder, de las inteligencias y de las voluntades. Afirmando la identidad y la independencia nacionales, rechazará cualquier pretensión imperial, contribuyendo en instaurar relaciones cooperativas entre todos los pueblos del mundo. Así como hoy defendemos a Cuba, Granada y tantos otros países de la agresión imperialista norteamericana, la nueva sociedad apoyará activamente la autodeterminación de los pueblos, valorando la acción internacionalista en el combate a todas las formas de explotación y opresión. El internacionalismo democrático y socialista será su inspiración permanente.

El socialismo que deseamos, por eso mismo, solo existirá con efectiva democracia económica. Deberá organizarse, por tanto, a partir de la propiedad social de los medios de producción. Propiedad social que no se confunda con propiedad estatal, administrada por las formas (individual, cooperativa, estatal, etc.) que la propia sociedad democráticamente decida. Democracia económica que supere tanto la lógica perversa del mercado capitalista cuanto el intolerable planeamiento autocrítico estatal de tantas economías llamadas socialistas. Cuyas propiedades y metas productivas correspondan a la voluntad social y no a supuestos intereses estratégicos del Estado. Que busque conjugar

–desafíos de los desafíos– el incremento de la productividad y la satisfacción de las necesidades materiales como una nueva organización del trabajo, capaz de superar su alienación actual. Democracia que vigore tanto la gestión de cada unidad productiva –los consejos de fábrica son referencia obligatoria– cuanto el sistema en su conjunto, por medio de una planificación estratégica bajo el control social.

12. En el plan político, luchamos por un socialismo que deberá no solamente conservar las libertades democráticas duramente conquistadas en la sociedad capitalista, sino ampliarlas. Libertades válidas para todos los ciudadanos y cuyo único límite sea la propia institucionalidad democrática. Libertad de opinión, de manifestación, de organización civil y político-partidaria. Instrumentos de democracia directa, garantizada la participación de las masas en varios niveles de dirección del proceso político y de la gestión económica, deberán conjugarse con los instrumentos de la democracia representativa y con mecanismos ágiles de consulta popular, liberados de la coacción del capital y dotados de verdadera capacidad de expresión de los intereses colectivos.

El PT, luchando por tal socialismo, no menosprecia los desafíos teóricos y prácticos a superar para su obtención. Sabe que tiene por delante un gigantesco esfuerzo de construcción doctrinaria y de lucha social, y se declara, más que nunca, dispuesto a realizarlo, en conjunto con todas las fuerzas democráticas y transformadoras de la vida brasileña.

*Teología de la liberación y marxismo**

Filósofo y teólogo de la liberación, es uno de los más importantes pensadores latinoamericanos. Sus trabajos sobre Marx, sobre ética de la liberación y sobre la historia de la Iglesia Católica en América Latina son ampliamente conocidos. Laico, nacido en Argentina, se estableció en México, donde ha desplegado una amplia labor académica y de investigación. Sus ensayos y sus más de cincuenta libros lo destacan como un pensador que da una renovada mirada al marxismo y a la teología, que se conjugaron en la teología de la liberación, que le permiten desarrollar una nueva óptica a la reflexión social y religiosa.

1. Desencuentro histórico

La doctrina social de la Iglesia impedía a los cristianos toda comprensión del marxismo. Desde la lejana encíclica *Nosce et nobiscum* (de 1849)¹ hasta la *Rerum novarum* (de 1891), donde se condena al marxismo porque sus seguidores “excitan en los pobres el odio a los ricos y pretenden acabar con la propiedad privada y sustituirla por la común”², y aun posteriormente en la *Quadragesimo anno* (1931)³, la posición es constante: una condenación sin atenuantes. En América Latina, igualmente, el anticomunismo fue posición general de todos los cristianos –recuérdese que Cardén funda el MOC para combatir-; el padre Hurtado lanza en Chile la acción social como cruzada anticomunista;

* “Teología de la liberación y marxismo” de Enrique Dussel, en Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino (eds.) *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, Madrid, Editorial Trotta, 1990.

¹ CF. Colección completa de encíclicas pontificias, Buenos Aires, 1952. El Papa Pío XI expresa que hay algunos que aceptan “los criminales sistemas del comunismo y del socialismo” (p. 120). Sobre el socialismo y marxismo en América Latina véase G. D. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, t. III, México, 1959; t. IV, 1960; t. V, 1961. También R. Alexander, *Communism in Latin America*, N. Brunswick, 1959; V. Alba, *Historia del Comunismo en América Latina*, México, 1954; M. Loewy, *El marxismo en América Latina*, México 1928; B. Liss, *Marxist thought in latin America*, Berkeley, 1984; y nuestro artículo “Encuentro de Cristianos y marxistas en América Latina”, en *Cristianismo y Sociedad* (México) 74 (1982), pp. 19-36. Véase J. Samour, tesis doctoral sobre valoración del marxismo en la teología de la liberación, México, 1988.

² Colección completa cit., p. 474. Véase sobre este tema mi obra *Ética comunitaria*, Buenos Aires-Madrid. 1968, cap. 19, pp. 221-234; “Doctrina social y evangelio”.

³ “El comunismo... enseña y pretende dos cosas: la lucha de clases encarnizada y la desaparición completa de la propiedad privada” (Ibid., p. 1294). Véase *Divini Redemptoris* (1937) (Ibid., p. 14535), hasta *Humani generis* (1950) de Pío XII.

lo mismo monseñor Franceschi en Argentina, y aun en 1968 en México el padre Velásquez continúa en la misma postura (y estamos nombrando a los más progresistas)–. Quizá nadie lo criticó con tanta pasión como monseñor Mariano Rossell y Arellano (1938-1964) en Guatemala, quien con sus pastorales *Sobre la amenaza comunista* (1945) o *Sobre la excomunión de los comunistas* (1949), permitió la caída del populismo de J. Arbenz. Monseñor Víctor Sanabria (1899-1952), de Costa Rica, será la gran excepción al vincular a la Iglesia con el Partido Comunista en 1948.

De todas maneras, los marxistas (desde la fundación de los Partidos Comunistas a partir de 1920) tampoco estaban preparados para ningún diálogo, dado su dogmatismo teórico (ateísmo y materialismo filosófico) y sus errores históricos⁴. Los cristianos, que desde 1930 participaban militantemente en la Acción Católica⁵, o en las Democracias Cristianas (desde 1936 en Chile), cifraban mucho de su trabajo “apostólico” en luchar contra las juventudes comunistas (cuando las había). La confrontación tenía ya un siglo, y era total. (...)

2. ¿Por qué se usa el instrumental de análisis marxista?

La teología de la liberación surge de una experiencia de la praxis cristiana, de la fe. Juan Luis Segundo cuenta que en 1953 recibió de Malevez en Lovaina la intuición fundamental. Personalmente recuerdo haber recibido de Paul Gauthier en Nazaret, de 1959 a 1961, la exigencia de evangelizar *a los pobres*, ya que nuestra regla de vida se inspiraba en Is 61,1 (Lc 14,18): “El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha consagrado para evangelizar *a los pobres*”. Comblin escribió en 1959 su obra *Fracaso de la acción católica*, donde se inicia un pensar teológico desde América Latina. Gutiérrez recuerda que en 1964 tuvo ya las primeras intuiciones, como experiencia de una espiritualidad, de una teología como una sabiduría⁶.

En realidad, históricamente, antes que la teología estuvo la praxis cristiana y la fe de la iglesia, de grupos cristianos y de los futuros teólogos. Las cuestiones que la teología latinoamericana naciente debía exponer, justificar, para servir a los militantes cristianos, fueron las razones teológicas

⁴ Véase mi artículo citado sobre “Encuentro de cristianos y marxistas en América Latina”. Los partidos comunistas latinoamericanos, al participar en algunos frentes populares desde 1936 (por indicaciones de Moscú), perdieron sus bases obreras (que fueron a veces absorbidas por los populismos); en 1941 se unen a los “aliados” contra el nazismo –por nueva orden–. En 1945 se encuentran aliados al imperialismo anglosajón. Errores irreparables.

⁵ Véase mi trabajo *Los últimos cincuenta años* (1930-1985) en la *Historia de la Iglesia en América Latina*, Bogotá. 1986. pp. 13 ss.

⁶ J.L. Segundo, *Teología de la liberación. Respuesta cardenal Ratzinger*, Madrid, 1985, pp. 98 ss.

que dieran cuenta del sentido del “compromiso político” de dichos cristianos. Pero ¿por qué comprometerse políticamente? Para efectuar un cambio social, económico y político, que permitiera a las clases explotadas (primero), a los pobres (más teológicamente) y al pueblo latinoamericano (por último)⁷ alcanzar una vida justa, humana, realizada. Es la doble exigencia de pensar teológicamente el “compromiso político” para servir a los oprimidos, a los “pobres”, al pueblo, lo que exigía a la teología naciente usar otros instrumentos analíticos, interpretativos, que los conocidos por la tradición teológica anterior. Ante la ausencia de una filosofía adecuada constituida, era necesario echar mano de las *ciencias sociales críticas latinoamericanas*. No solo ciencias sociales (como la sociología, economía, etc.), sino ciencias sociales “críticas” (porque se trataba de descubrir y situar la realidad de la injusticia) y “latinoamericanas” (porque nuestro continente tenía cuestiones “propias” que resolver). No fue entonces una decisión *a priori*, dogmática o epistemológica. Desde la praxis y la fe cristianas, y por criterios fundamentalmente espirituales y pastorales (el “hecho” de que los cristianos se comprometían en la política para luchar contra la injusticia, y tal como lo exigía la doctrina social de la Iglesia), se hacían necesarias categorías de análisis adecuadas.

Es así como la naciente teología latinoamericana usó los instrumentos categoriales marxistas (históricamente procedentes del marxismo de tradición francesa, que ya se usaban en grupos estudiantiles y obreros). Juan Luis Segundo, J. Comblin, Gustavo Gutiérrez, yo mismo, fuimos de la generación que estudió en Francia (o Bélgica). Dicho instrumental –ya veremos cuál y de qué manera fue usado– permitió a la nueva teología que desde 1968 comenzó a denominarse *de la liberación* –en tesis de Rubem Alves en Princeton⁸–, llegar a resultados insospechados en el plano del análisis de las realidades históricas, sociales y políticas (pero igualmente en otros planos, una vez descubierta su metodología, aplicable a otros niveles de la reflexión; tal como acontecerá con la teología de la liberación de la mujer, de las razas oprimidas, etc.). Se trata, si se nos permite, de una “revolución epistemológica” en la historia mundial de la teología cristiana. Por primera vez se usaron las ciencias sociales críticas. La economía política y la sociología, originadas en pleno siglo XX, nunca habían sido usadas consecuentemente por la teología cristiana. Así como con el “modernismo” se produjo una crisis por el uso de la *historia* en la teología (desde Renan a Blondel), de la misma manera, la teología de la liberación produjo una crisis al subsumir las *ciencias sociales*, y, entre ellas, como su núcleo crítico,

⁷ P. Gauthier, *Jesús, l'Eglise et les pauvres*, Tournai, 1962.

⁸ Cf. R. Oliveros, *Liberación y teología*, México, 1977.

al marxismo. Cuando se observe esta crisis desde el siglo XXI, se verá la importancia que tuvo como función misionera en el mundo contemporáneo –a fines del siglo XX–, en el mundo de los pobres, en América Latina, África y Asia, y, muy particularmente, en las naciones de “socialismo real”, ya que allí es la única teología inteligible, comprensible, profética y posible.

3. ¿Cuál es el marxismo que subsume la teología de la liberación?

Volveremos sobre este punto más adelante, pero desde ya, como puede suponerse, los teólogos de la liberación asumen un “cierto tipo” de marxismo –y excluyen otro implícita, y a veces explícitamente.

De los posibles marxismos, en primer lugar, hay una unánime negación del “materialismo dialéctico”. Ninguno de los teólogos de la liberación acepta el materialismo de Engels en la *Dialéctica de la naturaleza*, o el de Lenin, Bujarín o Stalin, en cuanto “filosofía”, a la manera de Konstantinov⁹. A Marx se le acepta y asume en cuanto crítico social. El acceso a Marx mismo es doble; por una parte, por lecturas secundarias (como Yves Calvez en Francia o Welte en Alemania); por otra parte, principalmente al comienzo, por el “joven” Marx (hasta el Manifiesto de 1848). En la primera generación de teólogos (desde Juan Luis Segundo a Comblin, Gustavo Gutiérrez, o en mi posición del comienzo de la década del 60), la influencia francesa fue determinante. De J. Maritain se pasó a asumir a E. Mounier, y de allí al pensamiento de Lebreton en *Economía y humanismo*. Teilhard de Chardin igualmente inspiró el pensamiento de esa época. Pero Marx llega vía la revolución cubana (1959), y por ello la lectura es simultánea: el joven Marx, obras del Che Guevara, Gramsci y Lukács. Veremos después estas influencias en cada uno de los teólogos. Es decir, un Marx “humanista” –en la denominación de la época–, francamente no dogmático, ni economista, ni materialista ingenuo. Los padres Cardonel y Blanquart, franceses, influirán igualmente en la primera “recepción” del marxismo en la futura teología de la liberación. No hubo un serio acceso directo al Marx “definitivo” (desde el 1857 en adelante y, como veremos, será poco frecuente hasta hoy).

Posiciones tales como las de Korsch, Goldmann o aun Trotsky (aunque este último indirectamente) no han influido en la teología de la liberación. En cambio, hubo varias corrientes que se hicieron presentes desde 1968.

Además de la de Antonio Gramsci, ya indicaba (y que crecerá con el tiempo, pero ya presente desde el inicio), la primera línea que se manifiesta es la de la Escuela de Frankfurt, en especial en el Marcuse “norteamericano”

⁹ Sobre la evolución de los contenidos semánticos de “pobres” a “pueblos” véase mi artículo “El paradigma del Éxodo de la teología de la liberación”: *Concilium* 209 (1987), pp. 99-114.

—tan presente en una obra como la de Rubem Alves en 1968—, y difusamente utilizado por los demás, también por la teología de J. B. Metz en Alemania. El pensamiento de Bloch impacta igualmente de manera global en especial a través de Moltmann, en la cuestión de la utopía y la esperanza. Y, principalmente, la obra de Althusser, que traducido pedagógicamente por Martha Harnecker en sus famosas obras¹⁰, influirá no solo en la teología de la liberación (a su segunda generación principalmente)¹¹, sino en la totalidad del pensamiento marxista latinoamericano.

De los marxistas latinoamericanos, además del Che Guevara, un Mariátegui y un Sánchez Vásquez estarán presentes en algunas de las obras de nuestros teólogos. Por supuesto, el pensamiento de Fidel Castro, desde 1959, será lectura corriente, principalmente en su posición sobre la religión —en la línea de Rosa Luxemburgo, que tuvo influencia en Brasil en el movimiento de la *Acción Popular*. Junto a los franceses nombrados, Giulio Girardi, teólogo italiano de la liberación, influirá igualmente por su clara postura marxista—, al comienzo decididamente “clasista” y posteriormente asumiendo al “pueblo” como el sujeto histórico de la praxis de liberación.

Pero, en realidad, mucho más que este marxismo que podríamos llamar “teórico”, el marxismo que marcó a la teología de la liberación fue el marxismo sociológico y económico *latinoamericano* de la “dependencia” —desde un Orlando Fals Borda, hasta un Theotonio dos Santos, Faletto, Cardoso, etc. (muchos de los cuales, en realidad, no eran ni son marxistas)—. Es esta sociología de la “dependencia”, en su crítica al funcionalismo y al desarrollismo (y un Gino Germani influenciará todavía a J. Comblin o J.L. Segundo), la que permite la ruptura epistemológica de la teología de la liberación. Por ello, la posición de un Gunder Frank —con todo lo criticable que se le considere— será determinante en la teología de la liberación anterior al 1972. De la misma manera, la postura de F. Hinkelammert —como marxista y teólogo— significará quizá la única presencia del Marx “definitivo”, ya que al fin de la década de los 60, en Santiago, se estudió en grupo seriamente *El capital* (en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional), lo que posibilitará un particular despliegue del marxismo en una corriente muy creativa de la teología de la liberación en la década del 80.

Toda esta compleja historia no ha sido estudiada adecuadamente hasta el presente —ya que tampoco existe una historia del marxismo latinoamericano contemporáneo, y menos dentro de los movimientos cristianos¹²—.

¹⁰ *Toward a Theology of liberation*, que se publicó bajo el título *Theology of human hope*, Washington, 1969 (en castellano, Montevideo, 1970).

¹¹ Véase mi obra *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*, México, 1985, pp. 36-37.

¹² *Conceptos elementales del materialismo dialéctico*, México, 1974, con más de 50 ediciones.

Pero de esta enumeración puede concluirse cuán simplista es la crítica del pensamiento conservador contra la teología de la liberación cuando la acusa de “marxista” –como imputación ideológica–. Ella misma, con total responsabilidad cristiana, tuvo *mucho antes que sus críticos* la lenta tarea de asumir un “cierto” marxismo compatible con la fe cristiana, de los profetas, de Jesús y de la más antigua y reciente tradición eclesial –y ecuménica, por supuesto–. El dogmatismo estalinista o el economicismo de manuales, el marxismo “filosófico”, le es totalmente ajeno. (...)

Anticipando las conclusiones finales, podemos indicar que, como puede observarse, la teología de la liberación usa un *cierto* marxismo de una *cierta* manera, nunca incompatible con los fundamentos de la fe. Algunos tienen una posición más claramente “clasista”; otros más cercanamente “populista”; algunos usan solo el instrumental de la crítica ideológica, otros social, y aun propiamente económica. Algunos, también, se oponen al marxismo globalmente –aunque les resultará difícil definirse como miembros del movimiento teológico–. Algunos se inspiran en una corriente más francesa del marxismo, otros en la italiana o alemana, en la mayoría de los casos simultáneamente en varias de ellas; todos, sin embargo, asumen la tesis de la corriente latinoamericana de la dependencia –definida con mucho cuidado, teniendo conciencia de las críticas levantadas en este aspecto–. Puede entonces afirmarse que es el primer movimiento teológico que asume el marxismo –teniendo en cuenta todas las limitaciones indicadas– en la historia mundial de la teología cristiana (y en esto se anticipa a las demás religiones universales). (...)

Conclusiones

La teología de la liberación nace, y aprende disciplinadamente, desde la praxis del pueblo latinoamericano, de las comunidades cristianas de base, de los pobres y oprimidos. Justifica primero el compromiso político de los cristianos militantes, para después hacer lo mismo con la praxis toda del pueblo latinoamericano empobrecido. Es entonces un discurso teológico crítico, que sitúa a las cuestiones tradicionales (pecado, salvación, Iglesia, cristología, sacramentos, etc.) en un nivel *concreto* pertinente. No niega lo *abstracto* (el pecado *en sí*, por ejemplo), pero lo sitúa en la realidad histórica concreta (el pecado *de la dependencia*, por ejemplo).

Es por una exigencia de reflexión teológica crítico-concreta desde los pobres y oprimidos por lo que el instrumental de las ciencias humanas, y particularmente del marxismo, se hizo necesario. Es la primera teología que usa ese instrumental analítico en la historia, y lo asume desde las exigencias

de la fe, evitando el economicismo, el materialismo dialéctico ingenuo, el dogmatismo abstracto. Puede entonces criticar el capital como pecado, la dependencia, etc. No fija alternativas políticas pues no es función de la teología, pero se guarda de caer en “tercerismo” (ni capitalismo, ni socialismo, sino solución cristiana política). No deja por ello de ser una teología ortodoxa (que surge desde la ortopraxis) y tradicional (en su sentido fuerte). Entra misioneramente en diálogo con el marxismo (de los partidos o movimientos políticos latinoamericanos y aun de los países de socialismo real: su discurso es comprensible para ellos).

*Manifiesto de Sao Paulo de la izquierda latinoamericana**

Representantes de la mayoría de los movimientos y organizaciones de la izquierda latinoamericana (incluidos los partidos comunistas), se reunieron en Sao Paulo en julio de 1990, convocados por el Partido de los Trabajadores de Brasil. El manifiesto final de ese encuentro es un testimonio de que la mayor parte de la izquierda consiguió llegar a un acuerdo respecto de algunas ideas que tienen vital importancia para el futuro de los movimientos de trabajadores y populares del continente: la necesidad de unidad, el deseo de una transformación antiimperialista y socialista de América Latina, y la importancia de la democracia y de los derechos humanos. El documento da cuenta de la influencia de la crisis de la Europa Oriental, particularmente de la experiencia sandinista (a pesar de que el FSLN no pudo participar) y de la perspectiva socialista del Partido de los Trabajadores, en toda la izquierda latinoamericana.

Declaración de São Paulo

Convocados por el Partido de los Trabajadores (PT) nos hemos reunido en São Paulo, Brasil, representantes de 48 organizaciones, partidos y frentes de izquierda de América Latina y el Caribe.

Iniédito por su amplitud y por la participación de las más diversas corrientes ideológicas de la izquierda, el encuentro reafirmó, en la práctica, la disposición de las fuerzas de izquierda, socialistas y antiimperialistas del subcontinente a compartir análisis y balances de sus experiencias y de la situación mundial. Abrimos así nuevos espacios para responder a los grandes retos que se plantean hoy a nuestros pueblos y a nuestros ideales de izquierda, socialistas, democráticos, populares y antiimperialistas.

En el transcurso de un debate intenso, verdaderamente franco, plural y democrático, hemos tratado algunos de los grandes problemas que se nos presentan. Analizamos la situación del sistema capitalista mundial y la ofensiva imperialista, cubierta de un discurso neoliberal, lanzada contra nuestros países y nuestros pueblos. Evaluamos la crisis de Europa Oriental y del modelo de transición al socialismo allí impuesto. Pasamos revisión de las estrategias revolucionarias de la izquierda de esta parte del planeta, y de los retos que el cuadro internacional le plantea. Seguiremos adelante con estos y otros esfuerzos unitarios.

* Declaración de São Paulo. Secretaría de Asuntos Internacionales del Partido de los Trabajadores, São Paulo, 1990.

Este Encuentro es un primer paso de identificación y aproximación a los problemas. Desarrollaremos un nuevo Encuentro en México, donde continuaremos sumando inteligencias y voluntades al análisis permanente que hemos iniciado, profundizaremos el debate y buscaremos avanzar propuestas de unidad de acción consensuales en la lucha antiimperialista y popular. Promoveremos también intercambios especializados en torno a los problemas económicos, políticos, sociales y culturales con que se enfrenta la izquierda continental.

Hemos constatado que todas las organizaciones de la izquierda concebimos que la sociedad justa, libre y soberana y el socialismo solo pueden surgir y sustentarse en la voluntad de los pueblos, entrocados con sus raíces históricas. Manifestamos, por ello, nuestra voluntad común de renovar el pensamiento de izquierda y el socialismo, de reafirmar su carácter emancipador, corregir concepciones erróneas, superar toda expresión de burocratismo y toda ausencia de una verdadera democracia social y de masas. Para nosotros, la sociedad libre, soberana y justa a la que aspiramos y el socialismo no pueden ser sino la más auténtica de las democracias y la más profunda de las justicias para los pueblos. Rechazamos por eso mismo toda pretensión de aprovechar la crisis de Europa Oriental para alentar la restauración capitalista, anular los logros y derechos sociales o alentar ilusiones en las inexistentes bondades del liberalismo y el capitalismo.

Sabemos, por la experiencia histórica del sometimiento a los regímenes capitalistas y al imperialismo, que las imperiosas carencias y los más graves problemas de nuestros pueblos tienen su raíz en ese sistema y que no encontraremos solución en él, ni en los sistemas de democracias restringidas, tuteladas y hasta militarizadas que impone en muchos de nuestros países. La salida que nuestros pueblos anhelan no puede ser ajena a profundas transformaciones impulsadas por las masas.

Las organizaciones políticas reunidas en São Paulo hemos encontrado un gran aliento para reafirmar nuestras concepciones y objetivos socialistas, anti-imperialistas y populares en el surgimiento y desarrollo de vastas fuerzas sociales, democráticas y populares en el Continente que se enfrentan a las alternativas del imperialismo y el capitalismo neoliberal, y a su secuela de sufrimiento, miseria, atraso y opresión antidemocrática. Esta realidad confirma a la izquierda y al socialismo como alternativas necesarias y emergentes.

El análisis de las políticas proimperialistas, neoliberales aplicadas por la mayoría de los gobiernos latinoamericanos sus trágicos resultados, y la revisión de la reciente propuesta de “integración americana” formulada por el presidente Bush para encauzar las relaciones de dominación de los EE.UU.

con Latinoamérica y Caribe, nos reafirman en la convicción de que a nada positivo llegamos por ese camino.

La reciente propuesta del presidente norteamericano es una receta ya conocida, pero endulzada para hacerla más engañosa. Implica liquidar el patrimonio nacional a través de la privatización de empresas públicas estratégicas y rentables a cambio de un irrisorio fondo al que los EE.UU. aportarían US\$ 100 millones. Busca la aplicación permanente de las nefastas “políticas de ajuste” que han llevado a niveles sin precedente el deterioro de la calidad de vida de los latinoamericanos, a cambio de una minúscula y condicionada reducción en la deuda externa oficial con el gobierno imperial. La oferta de reducir la deuda oficial latinoamericana con el gobierno de los Estados Unidos en apenas US\$ 7.000 millones no representa nada para una América Latina cuya deuda externa total se eleva a más de US\$ 430.000 millones, si incluimos la deuda con la banca comercial y con los organismos multilaterales. Más aun, los US\$ 100 millones de “subsidios” prometidos a los países que apliquen reformas neoliberales no llegan ni al 0,5% de los US\$ 25.000 millones que América Latina transfirió al exterior solo en 1989 por concepto de intereses, amortizaciones y remisión de utilidades del capital extranjero. El plan Bush pretende abrir completamente nuestras economías nacionales a la desleal y desigual competencia con el aparato económico imperialista, someternos completamente a su hegemonía y destruir nuestras estructuras productivas integrándonos a una zona de libre comercio, hegemonizada y organizada por los intereses norteamericanos, mientras ellos mantienen una Ley de Comercio Externo profundamente restrictiva.

Así pues, estas propuestas son ajenas a los genuinos intereses de desarrollo económico y social de nuestra región y van combinadas con la restricción de nuestras soberanías nacionales y con el recorte y tutelaje de nuestros derechos democráticos. Ellas, en realidad, apuntan a impedir una integración autónoma de nuestra América Latina dirigida a satisfacer sus más vitales necesidades.

Conocemos la verdadera cara del Imperio. Es la que se manifiesta en el implacable cerco y la renovada agresión contra Cuba y contra la revolución Sandinista en Nicaragua, en el abierto intervencionismo y sustento al militarismo en El Salvador, en la invasión y ocupación militar norteamericana de Panamá, en los proyectos y pasos ya dados de militarizar zonas andinas de América del Sur tras la coartada de luchar contra el “narco-terrorismo”.

Por ello, reafirmamos nuestra solidaridad con la revolución socialista de Cuba que defiende firmemente su soberanía y sus logros; con la revolución popular sandinista que resiste los intentos de desmontar sus conquistas

y reagrupa sus fuerzas; con las fuerzas democráticas, populares y revolucionarias salvadoreñas que impulsan la desmilitarización y la solución política a la guerra; con el pueblo panameño –invadido y ocupado por el imperialismo norteamericano, cuyo inmediato retiro exigimos– y con los pueblos andinos que enfrentan la presión militarista del imperialismo.

Pero también definimos aquí, en contraposición con la propuesta de integración bajo dominio imperialista, las bases de un nuevo concepto de unidad e integración continental. Ella pasa por la reafirmación de la soberanía y autodeterminación de América Latina y de nuestras naciones, por la plena recuperación de nuestra identidad cultural e histórica y por el impulso a la solidaridad internacionalista de nuestros pueblos. Ella supone defender el patrimonio latinoamericano, poner fin a la fuga y exportación de capitales del subcontinente, encarar conjunta y unitariamente el flagelo de la impagable deuda externa y la adopción de políticas económicas en beneficio de las mayorías, capaces de combatir la situación de miseria en que viven millones de latinoamericanos. Ella exige, finalmente, un compromiso activo con la vigencia de los derechos humanos y con la democracia y la soberanía popular como valores estratégicos, colocando a las fuerzas de izquierda, socialistas y progresistas frente al desafío de renovar constantemente su pensamiento y su acción.

En este marco, renovamos hoy nuestros proyectos de izquierda y socialistas, nuestros compromisos son la conquista del pan, la belleza y la alegría, nuestro afán de lograr la soberanía económica y política de nuestros pueblos y la primacía de valores sociales, basados en la solidaridad. Declaramos nuestra plena confianza en nuestros pueblos, que movilizados, organizados y conscientes forjarán, conquistarán y defenderán un poder que haga realidad la justicia, la democracia y la libertad verdaderas.

Hemos aprendido de los errores cometidos, así como de las victorias. Armados de un innegociable compromiso con la verdad y con la causa de nuestros pueblos y naciones, nos echamos a andar, seguros de que el espacio que ahora abrimos lo llenaremos junto a las demás agrupaciones de la izquierda latinoamericana y caribeña con nuevos esfuerzos de intercambio y de unidad de acción como cimientos de una América Latina libre, justa y soberana.

São Paulo, 4 de julio de 1990.

JOAO PEDRO STÉDILE y FREI SÉRGIO

*La lucha por la tierra en Brasil**

El MST, Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra, es uno de los más importantes movimientos sociales del Brasil y de toda América Latina. Su influencia se ejerce no solo en el campo, donde organiza luchas y ocupaciones de tierra, sino que también en todo el país, en la medida en que aparece como portavoz de los excluidos y de las víctimas del neoliberalismo. En este documento, dos “intelectuales orgánicos” del MST trazan los orígenes y los objetivos del movimiento, en un folletín publicado en 1993. Joao Stédile, gaúcho, formado en economía agraria, es uno de los fundadores del MST y su principal portavoz actual. Sérgio Antonio Gorgen, franciscano, es agente de la pastoral ligada a la Comisión Pastoral de la Tierra y asesor del MST en Río Grande Del Sur.

Surgimiento del Movimiento Sin Tierra

Antes de explicar cómo nació el Movimiento Sin Tierra, se podría preguntar: pero, finalmente, ¿qué son los sin tierra? Cualquier persona que no sea propietaria de tierra puede ser considerada un sin tierra? En la práctica, el término “sin tierra” fue un apodo popular dado a una clase social que vive en el campo, que los sociólogos llaman campesinos, que trabajan la tierra sin ser propietarios de la misma. Esa clase está dividida en varias categorías sociales de diferentes tipos de trabajadores rurales, conforme al modo en cómo participan de la producción. Así, están incluidos como “sin tierra” las siguientes categorías:

- Aparcero: es aquel agricultor que trabaja con su familia, arrienda la tierra de otro y hace una aparcería; el aparcero entra con trabajo, con herramientas, a veces con semillas. Y el propietario con la tierra y a veces con las semillas, adobe, etc. Y en la cosecha dividen la producción: cuando la mitad es para cada uno, son conocidos como medieros. A veces, el aparcero paga 30% de lo que cosecha al propietario y así consecutivamente. Pero el pago es siempre parte del producto cosechado. Y las divisiones y las condiciones son las más variadas posibles.
- Arrendatario: es aquel agricultor que trabaja con su familia y arrienda la tierra por un precio fijo acordado, que puede ser pagado en dinero

* Joao Pedro Stédile y Frei Sérgio, *A luta pela terra no Brasil*, Scritta, São Paulo, 1993, pp. 25-39.

o en producto. Es independiente del volumen de la cosecha en el área arrendada. Existen también grandes arrendatarios, que arriendan grandes extensiones de tierra, para cultivar con máquinas, etc. Estos son conocidos como arrendatarios-capitalistas y, obviamente, no son considerados “sin tierra”.

- Poseero (ocupante): es aquel agricultor que trabaja con su familia en una determinada área, como si fuese suya, pero no posee el título de propiedad de la tierra. La mayor parte de las veces la tierra es del Estado o también, sin saberlo, puede ser de cualquier propietario. La mayor parte de esta categoría se encuentra en la región Norte del país, en las regiones de la frontera agrícola.
- Asalariado Rural: es aquel agricultor que no trabaja por su propia cuenta, apenas vende sus días de servicio a un hacendado cualquiera. Existe un gran número de arrendatarios, aparceros, pequeños propietarios que, para sobrevivir, también se someten al trabajo asalariado en algunas épocas del año. Según algunos estudios, una gran parte de los asalariados, en torno al 60%, desea poseer tierra propia y lucha por la reforma agraria.
- Pequeño agricultor: es aquel que trabaja con su familia, pero posee una parcela muy pequeña de tierra, por ejemplo, menos de cinco hectáreas, y con eso no logra sobrevivir y sustentar a la familia. Por eso desea más tierra y es considerado también “sin tierra”.
- Hijos de pequeños agricultores: son aquellos agricultores, hijos de pequeños propietarios, que pueden poseer hasta 50 hectáreas pero no tienen condiciones para reproducirse como pequeños propietarios y, por tanto, pasan a ser sin tierra cuando constituyen nuevas familias.

Sumando todas estas categorías sociales que componen a los sin tierra, conforme a datos oficiales del IBGE, se llega a 4,8 millones de familias de trabajadores rurales, que son los sin tierra.

Historia del Movimiento Sin Tierra

La historia del Movimiento Sin Tierra no posee una fecha específica de inicio. Por ser un movimiento social, que reúne miles de trabajadores rurales, su surgimiento tuvo varios orígenes, en varias localidades, y su historia está compuesta por la suma de varios acontecimientos que se desarrollaron a partir de 1978.

A partir de esa fecha, sucedieron en varios Estados muchas luchas de agricultores sin tierra, que se reunían, discutían sus problemas y se organizaron para, de forma colectiva, conquistar un área de tierra. Así se multiplicaron innumerables ocupaciones de tierra, en diferentes regiones. Para ejemplificar, los hechos más conocidos: en Río Grande del Sur, las primeras ocupaciones sucedieron cuando 100 familias ocuparon la hacienda Macali, en Ronda Alta y, enseguida, más de 240 familias ocuparon la hacienda Brilhante. La mayoría de esas familias eran oriundas de otro conflicto de tierras: los indios Kaingang habían expulsado, de su reserva Nonoai, a cerca de 1400 familias que vivían como poseeros. Parte de ellas se fueron hacia Mato Grosso, parte se fue a las ciudades y parte decidió luchar por la tierra en Río Grande del Sur.

En Santa Catarina, la primera ocupación sucedió en el municipio de Campo Ere, en la hacienda Burro Branco. En el Estado de Sao Paulo, había un conflicto en la Hacienda Primavera, en el municipio de Andradina, que fue entonces ocupada por más de 300 familias. En Mato Grosso del Sur también proliferaron conflictos, en los que los hacendados intentaban desalojar a centenares de familias que vivían como parceros en las haciendas y estos mismos pasaron a ocupar las tierras.

En Paraná, el origen de la retoma de la lucha por la tierra se debió a la construcción de la hidroeléctrica de Itaipú, que inundó a más de 10 mil familias en la región de la frontera con Paraguay. La única propuesta de la Itaipú fue la indemnización en dinero. Muchos aceptaron. Pero un gran número de familias inició entonces el movimiento “Tierra Justicia”, en el que reivindicaban el pago de la indemnización en tierras, en el Estado de Paraná, y exigían mejores precios por sus benefactoras y tierras inundadas.

En otros Estados, como Bahía, Río de Janeiro y Góias, también se dieron ocupaciones de tierra, por parte de familias que se organizaban para eso, juntando centenares de personas.

Todas esas luchas fueron victoriosas y lograron conquistar tierras. Aunque esas iniciativas fueron aisladas. No existía ningún contacto entre una ocupación y otra. A partir de 1981, se dieron encuentros entre los líderes de esas luchas localizadas. Esos encuentros eran promovidos por la Comisión Pastoral de la Tierra. Algunos encuentros eran en el propio Estado, otros eran regionales y, finalmente, como resultado de esa articulación de varias luchas que estaban sucediendo, se realizó en enero de 1984, en Cascavel (Paraná), el I Encuentro Nacional de los Sin Tierra.

Ese encuentro nacional representó la fundación y la organización de un movimiento de campesinos sin tierra, a escala nacional, que se articularía para luchar por la tierra y por la reforma agraria. En ese momento nació

el Movimiento Sin Tierra, como articulación de los diversos movimientos que estaban surgiendo localmente. Y fue entonces bautizado como Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra.

La inclusión de la expresión “trabajadores rurales” en el nombre, ayudó a mejor caracterizar de que se trataba de un movimiento de agricultores, de personas que trabajaban en la agricultura. Sin embargo, hasta hoy en día, existe mucha confusión en la prensa, en la televisión, en la sociedad en general, especialmente en las ciudades, que confunden el movimiento de los trabajadores rurales sin tierra, que ocupan la tierra para trabajar, con el movimiento sin tierra urbano, que ocupa terrenos urbanos para habitar, construir casas. El movimiento de los sin tierra urbano es, en verdad, un movimiento popular por la vivienda y, en muchos lugares, podemos ver una denominación más correcta: Movimiento de los Sin Techo.

El Movimiento de los Sin Tierra es, por tanto, la abreviación más popular del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra, es decir, de agricultores. Y también adopta la sigla MST.

Luego de la fundación, en 1984, el MST pasó a articularse en diversos Estados, realizando el I Congreso Nacional de los Sin Tierra, en Curitiba (Paraná), en 1985, y el II Congreso Nacional, en 1990, en Brasilia. El MST reúne hoy 19 Estados, especialmente en el Sur y en el Noreste, donde también están concentrados el mayor número de trabajadores rurales sin tierra del país. Más del 65% de los sin tierra del país vive en esas regiones.

Determinantes del surgimiento del MST

Analizando las circunstancias históricas en las que nació y se desarrolló el Movimiento Sin Tierra, se percibe que su organización fue determinada por varios factores de la realidad brasileña.

En primer lugar, fueron factores de orden económico. Durante la década de 1970, ocurrió una gran concentración de la propiedad de la tierra y la expansión de la mecanización del trabajo, la utilización de los llamados insumos industriales. Con eso, muchas haciendas que antes utilizaban mucha mano de obra en forma de aparcería o arrendamiento, ahora la sustituirían por máquinas. Y esos trabajadores fueron expulsados de la tierra. Por otro lado, hubo un estímulo de la monocultura de la soja y del algodón, destinados a la exportación, y una reducción de los cultivos permanentes como el café y, más tarde, la implantación del Pro-alcohol, que llevaron a una reducción de la mano de obra en esas haciendas.

En segundo lugar, hubo factores sociales. Hasta el final de la década de 1970, los trabajadores rurales excluidos de la agricultura buscaban

dos salidas básicas: la migración para las regiones amazónicas o el éxodo rural hacia las ciudades. Sin embargo, la ocupación de la frontera agrícola se hizo inviable y miles de trabajadores desistieron, regresaron o escribieron a sus parientes para no seguirlos. La colonización había fracasado. El atractivo del empleo en la ciudad también había acabado, pues el llamado *milagro brasileño* de la industrialización se agotó y la crisis había llegado a las ciudades, causando el desempleo.

Y hubo factores políticos. El trabajo pastoral de la Iglesia Católica, por intermedio de la CPT, y de las pastorales rurales, que pasaron a concientizar a los campesinos sobre sus derechos por la tierra, despertándoles una visión de la realidad que no fuera más sumisa y conformada, como era anteriormente dictada por la Iglesia tradicional. Ese trabajo tuvo una influencia enorme entre los campesinos, en la concientización de la necesidad de organización.

Después, el surgimiento de un nuevo sindicalismo. El sindicato, en el interior, era sinónimo de Funrural. Con las huelgas del ABC y el surgimiento de un sindicalismo combativo en la ciudad, esas ideas llegaron al campo y se generó también una corriente de transformación de los sindicatos de trabajadores rurales en sindicatos combativos, de lucha, que pasaron entonces a estimular y apoyar la lucha por la tierra.

Finalmente, el proceso de apertura democrática y la derrota del régimen militar, durante el gobierno de Figueiredo, influyó decisivamente en la posibilidad de los campesinos sin tierra a organizarse en sindicatos y en movimientos, pues habían perdido el miedo a la represión política. La ampliación de las libertades democráticas en la sociedad permitió que se ampliaran y se proliferaran nuevas formas de organización social, antes prohibidas y reprimidas.

La conjunción de estos múltiples factores permitió entonces el surgimiento de un vigoroso movimiento social entre los campesinos sin tierra: el MST.

Objetivos del Movimiento Sin Tierra

El Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra tiene, en sus principios, definidos en el encuentro nacional de la fundación, tres grandes objetivos por los cuales lucha: la tierra, la reforma agraria y una sociedad más justa.

El objetivo de luchar por la tierra busca atender a una necesidad económica de sobrevivencia de cada familia sin tierra. El “sin tierra” aspira a la tierra como una oportunidad de trabajo. Como una garantía de sobrevivencia para él y para sus hijos. No visa ni el enriquecimiento ni la especulación, con intención de venderla posteriormente, y ni a la reserva del valor.

En ese sentido desea la tierra como forma de sobrevivencia económica, lo que define un carácter de lucha corporativa, sindical. De la misma forma en la que los obreros industriales luchan por mejores salarios, los sin tierra luchan solo por mejorar sus condiciones de subsistencia.

Por tanto, la motivación primera del movimiento es conseguir resolver el problema económico, el problema de sobrevivencia de miles de familias agrícolas, que se encuentran sin perspectivas de trabajo y que desean continuar trabajando en la tierra.

El segundo objetivo, que es la reforma agraria, es un objetivo amplio. Se entiende por reforma agraria, un conjunto de medidas a ser adoptadas por el gobierno para alterar la estructura latifundiaría del país, y garantizar tierra a todos los agricultores que quisieran trabajar. Además de esto, medidas complementarias de políticas agrícolas, como crédito, precios, asistencia técnica, seguro rural, etc., necesarias para garantizar la viabilidad y la rentabilidad de la pequeña producción. Luego, luchar por la reforma agraria es luchar por cambios en la agricultura brasileña que van a alcanzar a todos los trabajadores rurales, y no apenas a los que están luchando ahora, inmediatamente, para resolver sus problemas de sobrevivencia. Es entonces un objetivo de mayor amplitud, de cuño social, que interesa no solamente a los "sin tierra", sino a todos los trabajadores rurales, y también a los trabajadores urbanos, por razones que se verán más adelante.

Al luchar por la reforma agraria, el movimiento adquiere una amplitud social mayor al de las reivindicaciones del campo sindical. No se restringe apenas a conflictos localizados de la lucha por la tierra.

El tercer objetivo del Movimiento Sin Tierra es luchar por una sociedad más justa. Una sociedad sin explotados y explotadores, tal como dice su carta de principios. Como se ve, ese carácter político, está pues relacionado con la organización de la sociedad y con el poder político en ella. ¿Cómo podría un movimiento de campesinos sin tierra incluir un objetivo político entre sus aspiraciones de clase? La argumentación es simple. La implantación de una reforma agraria amplia, que realmente realice cambios en la estructura de la propiedad de la tierra y en la forma como está organizada la producción en la agricultura, solamente sucederá con cambios en el actual poder político, con importantes cambios sociales. Una reforma agraria depende esencialmente de la voluntad y de la fuerza política por parte del gobierno. Y, seguramente, solo será realizada por un gobierno claramente identificado con los intereses de las capas populares, especialmente los trabajadores rurales y urbanos.

De esa forma, luchar por la reforma agraria en Brasil es también luchar por cambios sociales y políticos en el país.

Partiendo de la naturaleza de los tres grandes objetivos que el Movimiento Sin Tierra posee, se puede entonces clasificar la naturaleza del propio movimiento. Muchos estudiosos y periodistas se preguntan frecuentemente: al final, ¿cuál es el carácter del Movimiento Sin Tierra? ¿Es parte del movimiento sindical? ¿Es parte del movimiento popular? ¿No sería un partido político campesino disfrazado, ya que lucha por cambios sociales? La respuesta viene de la autodefinición del MST. El MST se considera un movimiento social de masas cuya principal base social son los campesinos sin tierra, que tiene un carácter, al mismo tiempo, sindical (porque lucha por la tierra para resolver el problema económico de las familias), popular (porque es abarcador, varias categorías participan, y porque lucha también por reivindicaciones populares, especialmente en los asentamientos) y político (no en el sentido partidario, pero en el sentido de que quiere contribuir en los cambios sociales). La dificultad para entender su carácter ocurre porque no se cuadra a las formas tradicionales de clasificación de movimientos sociales, reuniendo en un solo movimiento tres características complementarias: sindical, popular y político.

EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL

*Primera declaración de la Selva Lacandona**

El día 1 de enero de 1994 surge, con un levantamiento armado en Chiapas (sur de México), el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Es una organización guerrillera de tipo nuevo, que combina de manera inédita y original un marxismo de inspiración guevarista, la tradición cultural de las comunidades indígenas de Chiapas, la herencia zapatista de la Revolución Mexicana de 1911-1917. Manifestaciones populares en la capital mexicana pusieron fin a la tentativa del gobierno de anular el movimiento, y desde entonces existe en la región una especie de "paz armada" o guerra de "batallas inexistentes". Este primer documento muestra la importancia que tiene para el nuevo zapatismo la tradición histórica de lucha del pueblo mexicano. El EZLN propone una "toma del poder", junto con luchar con la sociedad civil mexicana para la conquista de la justicia y la democracia.

Al pueblo de México:

Hermanos mexicanos:

Somos producto de 500 años de luchas: primero contra la esclavitud, en la guerra de Independencia contra España encabezada por los insurgentes, después por evitar ser absorbidos por el expansionismo norteamericano, luego por promulgar nuestra Constitución y expulsar al Imperio Francés de nuestro suelo, después la dictadura porfirista nos negó la aplicación justa de leyes de Reforma y el pueblo se rebeló formando sus propios líderes, surgieron Villa y Zapata, hombres pobres como nosotros a los que se nos ha negado la preparación más elemental para así poder utilizarnos como carne de cañón y saquear las riquezas de nuestra patria sin importarles que estemos muriendo de hambre y enfermedades curables, sin importarles que no tengamos nada, absolutamente nada, ni un techo digno, ni tierra, ni trabajo, ni salud, ni alimentación, ni educación, sin tener derecho a elegir libre y democráticamente a nuestras autoridades, sin independencia de los extranjeros, sin paz ni justicia para nosotros y nuestros hijos.

Pero nosotros HOY DECIMOS ¡BASTA!, somos los herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad, los desposeídos somos millones

* Ejército Zapatista de Liberación Nacional, "Primera declaración de la Selva Lacandona", en Massimo Di Felice y Cristóbal Muñoz, *A revolução Invencível*, São Paulo, Boitempo, 1998.

y llamamos a todos nuestros hermanos a que se sumen a este llamado como el único camino para no morir de hambre ante la ambición insaciable de una dictadura de más de 70 años encabezada por una camarilla de traidores que representan a los grupos más conservadores y vendepatrias. Son los mismos que se opusieron a Hidalgo y a Morelos, los que traicionaron a Vicente Guerrero, son los mismos que vendieron más de la mitad de nuestro suelo al extranjero invasor, son los mismos que trajeron un príncipe europeo a gobernarnos, son los mismos que formaron la dictadura de los científicos porfiristas, son los mismos que se opusieron a la Expropiación Petrolera, son los mismos que masacraron a los trabajadores ferrocarrileros en 1958 y a los estudiantes en 1968, son los mismos que hoy nos quitan todo, absolutamente todo.

Para evitarlo y como nuestra última esperanza, después de haber intentado todo por poner en práctica la legalidad basada en nuestra Carta Magna, recurrimos a ella, nuestra Constitución, para aplicar el Artículo 39 Constitucional que a la letra dice:

La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo el poder público dimana del pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene, en todo tiempo, el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno.

Por tanto, en apego a nuestra Constitución, emitimos la presente al ejército federal mexicano, pilar básico de la dictadura que padecemos, monopolizada por el partido en el poder y encabezada por el ejecutivo federal que hoy detenta su jefe máximo e ilegítimo, Carlos Salinas de Gortari.

Conforme a esta Declaración de guerra pedimos a los otros Poderes de la Nación se aboquen a restaurar la legalidad y la estabilidad de la Nación deponiendo al dictador.

También pedimos a los organismos internacionales y a la Cruz Roja Internacional que vigilen y regulen los combates que nuestras fuerzas libran protegiendo a la población civil, pues nosotros declaramos ahora y siempre que estamos sujetos a lo estipulado por la Leyes sobre la Guerra de la Convención de Ginebra, formando el EZLN como fuerza beligerante de nuestra lucha de liberación. Tenemos al pueblo mexicano de nuestra parte, tenemos Patria y la Bandera tricolor es amada y respetada por los combatientes INSURGENTES, utilizamos los colores rojo y negro en nuestro uniforme, símbolos del pueblo trabajador en sus luchas de huelga, nuestra bandera lleva las letras "EZLN", EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL, y con ella iremos a los combates siempre.

Rechazamos de antemano cualquier intento de desvirtuar la justa causa de nuestra lucha acusándola de narcotráfico, narcoguerrilla, bandidaje u otro calificativo que puedan usar nuestros enemigos. Nuestra lucha se apega al derecho constitucional y es abanderada por la justicia y la igualdad.

Por lo tanto, y conforme a esta Declaración de guerra, damos a nuestras fuerzas militares del Ejército Zapatista de Liberación Nacional las siguientes órdenes:

Primero. Avanzar hacia la capital del país venciendo al ejército federal mexicano, protegiendo en su avance liberador a la población civil y permitiendo a los pueblos liberados elegir, libre y democráticamente, a sus propias autoridades administrativas.

Segundo. Respetar la vida de los prisioneros y entregar a los heridos a la Cruz Roja Internacional para su atención médica.

Tercero. Iniciar juicios sumarios contra los soldados del ejército federal mexicano y la policía política que hayan recibido cursos y que hayan sido asesorados, entrenados, o pagados por extranjeros, sea dentro de nuestra nación o fuera de ella, acusados de traición a la Patria, y contra todos aquellos que repriman y maltraten a la población civil y roben o atenten contra los bienes del pueblo.

Cuarto. Formar nuevas filas con todos aquellos mexicanos que manifiesten sumarse a nuestra justa lucha, incluidos aquellos que, siendo soldados enemigos, se entreguen sin combatir a nuestras fuerzas y juren responder a las órdenes de esta Comandancia General del EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL.

Quinto. Pedir la rendición incondicional de los cuarteles enemigos antes de entablar los combates.

Sexto. Suspender el saqueo de nuestras riquezas naturales en los lugares controlados por el EZLN.

PUEBLO DE MÉXICO: Nosotros, hombres y mujeres íntegros y libres, estamos conscientes de que la guerra que declaramos es una medida última pero justa. Los dictadores están aplicando una guerra genocida no declarada contra nuestros pueblos desde hace muchos años, por lo que pedimos tu participación decidida apoyando este plan del pueblo mexicano que lucha por *trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz*. Declaramos que no dejaremos de pelear hasta lograr

el cumplimiento de estas demandas básicas de nuestro pueblo formando un gobierno de nuestro país libre y democrático.

INTÉGRATE A LAS FUERZAS INSURGENTES
DEL EJÉRCITO ZAPATISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL

Comandancia General del EZLN

México, enero de 1994

MOVIMIENTO DE LOS TRABAJADORES RURALES SIN TIERRA

*Capitalismo y clases sociales en el campo**

En 1995, el MST publica un programa de reforma agraria, fruto de un trabajo colectivo y de un año de discusiones y de debates internos. Participaron en su redacción intelectuales cercanos al movimiento y los temas fueron discutidos en varios Encuentros Estatales. En la introducción de este folletín, el MST analiza brevemente la estructura del capitalismo en el campo brasileño y las clases en la sociedad rural. Sin embargo, aunque el movimiento como tal no se inscribe en ninguna doctrina política, es obvia la influencia del marxismo en su interpretación de la realidad económica y social brasileña.

La realidad del campo brasileño

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN EL CAMPO

1. La agricultura brasileña está completamente subordinada a la lógica del capital. La búsqueda del lucro como objetivo principal de la producción agropecuaria conllevó un proceso permanente de concentración de la propiedad de la tierra, de los medios de producción (máquinas, almacenes, agroindustrias, comercio, insumos industriales) y de la propia producción.
2. El desarrollo capitalista en la agricultura brasileña se dio con una amplia integración entre los diferentes tipos de capital: industrial, financiero, comercial y agrario. Y actualmente existe una total subordinación de la agricultura a la industria. La producción agropecuaria en Brasil representa apenas 12% del PIB (Producto Interno Bruto) nacional. Pero si consideramos el valor de la producción incluyendo al sector agroindustrial, llega aproximadamente al 30%.
3. En las últimas décadas, las clases dominantes y sus gobiernos aplicaron una política económica en la agricultura, que estuviese en la búsqueda permanente de cuatro objetivos: a) producir para exportar; b) producir para el mercado interno a precios más bajos, con la finalidad de mantener bajos salarios a los obreros urbanos y garantizar una elevada tasa de lucro; c) liberar la mano de obra del campo hacia la ciudad como forma de presión para bajar los salarios, d) producir materias primas baratas para la industria.

* “Programa de reforma agraria”, Folleto, 1995.

4. El Estado fue el principal agente de esta dinámica del desarrollo capitalista en la agricultura, en la búsqueda de los objetivos de la política económica, en los cambios inducidos en el padrón tecnológico y en la alteración de las relaciones sociales en el medio rural.
5. El proceso de desarrollo del capitalismo en la agricultura brasileña fue y es muy complejo, trayendo consigo tres elementos fundamentales:
 - a) un desarrollo desigual en los diferentes productos agrícolas y en las diferentes regiones. Existen muchos y distintos tipos y estadios de desarrollo de la agricultura esparcidos por las regiones del país. Resáltese la concentración y la desproporción que hubo en el desarrollo de la producción agropecuaria en las regiones del Sur y Sureste;
 - b) un proceso excluyente en el que apenas una minoría fue beneficiada y en el que amplias camadas de la población del medio rural fueron marginadas del proceso y de sus resultados. Un gran contingente tuvo que migrar hacia las regiones de la frontera agrícola, hacia las ciudades / polo regionales o a los grandes centros urbanos (o hasta a países vecinos);
 - c) un proceso que convive y reproduce simultáneamente las formas de organización de la producción y de las relaciones sociales consideradas atrasadas (parceros, poseeros) y avanzadas (asalariación pura, capital industrial llegando en la agricultura).
6. El desarrollo de la agricultura brasileña está también vinculado a los intereses del capital internacional, sea por la presencia de grupos económicos multinacionales, sea por la integración de la producción de acuerdo con la división internacional del mercado.
7. La estructura de la propiedad de la tierra se desarrolló en dos sentidos: por un lado, crecieron las grandes propiedades, los latifundios, tanto en número como en extensión del área, y, por otro lado, creció también el número de pequeños establecimientos de tipo familiar, sin, por tanto, aumentar el área total controlada por ellos.
8. La modernización de la agricultura se dio con la permanente concentración de la propiedad de la tierra y tuvo las siguientes características:
 - aumento de la mecanización agrícola en todos los niveles;
 - uso de insumos de origen industrial, como adobes químicos, agrotóxicos, etc.;
 - uso del crédito rural por costeo, inversión y comercialización, especialmente para las grandes propiedades y para los productos que interesaban a la política del gobierno;

- expansión del cultivo de productos destinados a la exportación y sobre la base del monocultivo en grandes propiedades;
 - producción para el mercado interno hecha por medianos y, principalmente, por pequeños productores, pasó a ser cada vez más integrada a la agroindustria;
 - producción de semillas mejoradas, de matrices animales y desarrollo de la genética animal y vegetal controladas por grandes empresas, en gran parte, multinacionales;
 - implantación de bosques homogéneos (eucaliptos, pinos-eliotis, acacia, etc.) por parte de las grandes empresas industriales con el objetivo de producir para la exportación;
 - uso irracional y depredador de los recursos naturales perjudicando la conservación del suelo y el equilibrio del medio ambiente y de los recursos naturales disponibles;
 - desarrollo del cooperativismo capitalista y empresarial;
 - expansión de la actividad pecuaria extensiva ocupando grandes extensiones de tierra del país;
 - depredación de los recursos naturales, especialmente por las madereras; de las empresas de pesca en los ríos y lagos y de las empresas mineras;
 - urbanización creciente de la población brasileña resultante del éxodo rural masivo provocado por este tipo de desarrollo agrícola. Hoy la población rural representa alrededor de un 20% del total de la población;
 - distribución de 'babacuais', privatización de los fundos de pasto, 'tabuleiros', 'manguezais' y la explotación depredadora de áreas antes pertenecientes a las comunidades.
9. La explotación del trabajo: el proceso de desarrollo capitalista y de modernización en la agricultura brasileña se basó, fundamentalmente, en el aumento de la explotación de los trabajadores. Los trabajadores aumentaron la producción de la riqueza, de los bienes y de los productos en el medio rural. Pero quedaron con una parte cada vez menor del resultado de su trabajo. Eso se puede medir por el valor de los salarios, por el precio recibido del productor familiar y por la concentración de la renta que existe en el campo.
 10. El servicio de asistencia técnica y de extensión rural patrocinado por el Estado, por medio del sistema Embrater (Empresa Brasileña de Asistencia Técnica y Extensión Rural), fue utilizado en las últimas tres décadas únicamente como forma de implementar los productos

y las tecnologías que interesaban al proceso capitalista de explotación de la agricultura.

De esa forma, tanto los pequeños productores familiares, como los productos destinados al mercado interno para el consumo popular, siempre estuvieron al margen de las prioridades de la pesquisa agropecuaria y de la asistencia técnica, mantenidas por el Estado.

11. La región Norte, que corresponde a la Amazonas legal, posee un enorme potencial no solo de desarrollo agrícola, sino que también en aquel desarrollo que proviene de la extracción. Abarcando enormes áreas hasta hoy no utilizadas y todavía mantenidas como tierras públicas, esa región representa la mitad del territorio nacional.

Mientras tanto, por la lógica del modelo adoptado, se explotaron las riquezas de la región en forma depredadora, explotando la madera, los recursos naturales, las minas; diseminando la explotación de piedras y metales preciosos y destruyendo los bosques para la implantación de proyectos de pecuaria extensiva. Sin ningún provecho para la población local.

Ese modelo comprometió el equilibrio de la naturaleza, empobreció su población y está impidiendo que exista un verdadero desarrollo de la agricultura y de todo potencial de la región, que pueda garantizar mejoras para las poblaciones que allá viven: poseeros, pueblos indígenas, pescadores, ribereños (los que viven en las orillas de los ríos), seringueros (los que extraen látex de árboles llamados seringueras), etc.

El resultado de esta política llevó a más de 60% de la población de cada Estado amazónico a vivir en la capital o en grandes ciudades.

Las clases sociales en el campo

1. La burguesía agraria. Los propietarios que controlan la mayor parte de las tierras, de la producción agrícola y agroindustrial, poseen origen industrial, comercial, financiero y agrario.
Ellos son menos de 50 mil propietarios, poseen áreas superiores a 1.000 hectáreas y controlan el 50% de todas las tierras inscritas. Dentro de esas propiedades se destacan los grandes latifundios con más de 200 mil hectáreas, las áreas de empresas multinacionales, que superan los 30 millones de hectáreas, y la existencia de 46 grupos económicos, reuniendo 312 empresas, que poseen más de 3.000 inmuebles rurales, totalizando 22 millones de hectáreas.
2. Pequeña burguesía. Existe una pequeña burguesía agraria que controla una parcela significativa de la producción agropecuaria, representada

por las propiedades con un tamaño aproximado de 100 a 100.000 hectáreas. De acuerdo con la región el tamaño del área puede variar. Según los datos estadísticos, esa categoría tendría alrededor de 500 mil propietarios.

3. Arrendatarios capitalistas. En algunas regiones del país existe una parte de la burguesía rural que son los grandes arrendatarios capitalistas. Arriendan grandes extensiones de tierra y poseen medios de producción, contratando a mano de obra asalariada para obtener lucro en el cultivo de arroz, soja, caña, pecuaria, etc. Son aproximadamente 30 mil burgueses arrendatarios.
4. La clase dominante. La clase dominante en la agricultura, en el ámbito nacional, está conformada por la fusión de intereses generales que dominan toda la economía. El sector burgués que tiene interés apenas por la agricultura es minoritario.
Hay, por lo tanto, en muchos municipios, oligarquías rurales, representadas por latifundistas, pecuaristas (de la pecuaria extensiva) o comerciantes, que ejercen el control y un dominio total sobre la población local.
5. Los trabajadores rurales. El proceso de desarrollo capitalista llevó a diversas alteraciones de las relaciones sociales en el campo. De acuerdo al censo de 1985, existen alrededor de 23 millones de trabajadores en el medio rural. De estos, alrededor de 5 millones son clasificados como asalariados rurales (permanentes o temporeros), representan 22% del total y pueden ser considerados como “proletariado rural” típico. Y los 18 millones restantes, viven en condiciones de trabajo familiar, sea como pequeños agricultores o poseeros, sea como “sin tierra”, en condición de arrendatarios, aparceros o medieros.
6. Asalariados rurales. Existen, en el medio rural brasileño, alrededor de 5 millones de trabajadores componiendo lo que sería el proletariado rural. Siendo que ese número puede aumentar con la incorporación de segmentos de campesinos pobres que, en algunas regiones, están obligados al trabajo asalariado temporal. Parte de ese proletariado rural reside en la periferia de las grandes ciudades o en poblados y pequeñas ciudades del interior.
7. Trabajadores sin tierra y semi-proletarios. Según el censo, existen 4,8 millones de familias de trabajadores rurales que viven en condición de arrendatarios, medieros, poseeros, y como propietarios con menos de cinco hectáreas. Viven una doble explotación, pues dependen de su trabajo

y aun así están obligados a pagar una renta (en producto, dinero, días de servicio a los propietarios, etc.). Se estima que ese número de familias puede representar en torno a 10 millones de trabajadores.

8. Campesinos o pequeños productores familiares. Existen cerca de 8 millones de trabajadores que viven en pequeños establecimientos (de cinco a cien hectáreas, de acuerdo con la región) y que trabajan en régimen de economía familiar, siendo que su situación es bastante variable. En algunas regiones del país, como en el Norte y Noreste, se podrían clasificar en su mayoría como agricultores pobres y, en otras regiones, existe un número significativo de agricultores remediados.

En las regiones Norte y Noreste, existe un contingente de casi 1,2 millones de familias que son poseeras y no poseen regularización del área que ocupan y trabajan.

En la región del Sur, existe un gran segmento de ellas que está integrada en la agroindustria de la leche, del tabaco, de la uva, de frutas y aves, lo que las transforma en más dependientes y, sin embargo, con una renta mayor, enfrentan una relación social de sumisión a los intereses de la agroindustria. Este proceso de integración se amplía también hacia otras regiones del país.

9. Urbanización. En diversos Estados, el lugar de vivienda de gran parte de los trabajadores rurales se transfirió hacia las pequeñas ciudades y periferias de ciudades más grandes. Existe también un gran número de pequeñas ciudades del interior que depende exclusivamente de la actividad agropecuaria, como base de su economía y del trabajo de la población.

Por otro lado, se percibe un aumento de las llamadas “poblaciones pobres rurales” en pequeñas ciudades o poblados, donde la población depende del trabajo de la agricultura.

10. Tendencias de las relaciones sociales en el campo. Se considera que ya están sucediendo las siguientes tendencias en las relaciones sociales del medio rural:

- una continua tendencia al éxodo rural, especialmente de jóvenes, disminuyendo el número absoluto de trabajadores del campo, y disminuyendo todavía más su peso relativo sobre el total de la mano de obra del país. Hay mientras tanto, algunas regiones del país típicamente agrícolas, donde los trabajadores rurales continuarán siendo la fuerza principal en términos de número e importancia de la sociedad;
- aumento del asalariamiento;

- disminución en el desarrollo del trabajo agrícola, reduciendo los períodos del año sin trabajo en la agricultura, en función de la integración a la agroindustria y de la diversificación de las actividades agropastorales;
- mayor integración de los productos familiares a la agroindustria. El mercado interno está prácticamente controlado por las agroindustrias, lo que impide el acceso de pequeños productores autónomos, con excepción de determinados productos o en algunos mercados locales;
- mayor selectividad y especialización entre los productores familiares integrados a la agroindustria; disminución de los productores familiares que se dedican a la producción de granos y otros productos en los que la gran propiedad tiene ganancia de escala;
- reproducción de los pequeños productores familiares en las regiones de la frontera agrícola y en regiones donde todavía predomina la producción de la subsistencia;
- división al interior de la familia entre las actividades agrícolas y el asalariamiento en la industria. En las regiones urbanizadas e industrializadas, parte de los trabajadores continúa viviendo en el medio rural pero se vuelve asalariada en las industrias; muchos cambios tecnológicos que llevarán a un aumento acelerado de la productividad del trabajo en el medio rural.

SUBCOMANDANTE MARCOS (EJÉRCITO ZAPATISTA
DE LIBERACIÓN NACIONAL, EZLN)
*Convocatoria de la Conferencia Intercontinental contra el
neoliberalismo y por la humanidad**

Muchos de los documentos del EZLN son atribuidos a su principal portavoz, el subcomandante Marcos. Estas pequeñas joyas de comunicación revolucionaria, que combinan la lucidez política con el humor, la ironía y la poesía, representan muy bien el nuevo estilo político del zapatismo, y contribuyen a la popularidad del movimiento, tanto en México como a escala mundial. Este texto, de enero de 1996, convocaba a una conferencia internacional –también llamada, en forma irónica, “intergaláctica”– contra el neoliberalismo, que tuvo lugar en el pueblo llamado “La Realidad” (en las montañas de Chiapas) en ese año. Una amplia participación de intelectuales, artistas, sindicalistas, militantes marxistas, ecologistas y libertarios de todo el mundo es testimonio del impacto internacional del zapatismo. Era la primera vez que una organización revolucionaria latinoamericana convocaba a una reunión de este tipo, que no se limitaba a América Latina y el Tercer Mundo, sino que buscaba reunir a los adversarios del neoliberalismo de todo el mundo.

Primera Declaración de La Realidad

*Ya he llegado yo, ya estoy aquí presente,
yo cantor.
Gozad en buena hora, vengan hacia acá
a presentarse aquellos que tienen doliente
el corazón.
Yo elevo mi canto.*

Poesía Náhuatl.

A los pueblos del mundo:

Hermanos:

Durante los últimos años el poder del dinero ha presentado una nueva máscara encima de su rostro criminal. Por encima de fronteras, sin importar razas o colores, el poder del dinero humilla dignidades, insulta honestidades

* Subcomandante Marcos, “Primera Declaración de La Realidad. México”, 1996, extraído del sitio Web del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (www.ezln.org).

y asesina esperanzas. Renombrado como “neoliberalismo”, el crimen histórico de la concentración de privilegios, riquezas e impunidades, democratiza la miseria y la desesperanza.

Una nueva guerra mundial se libra, pero ahora en contra de la humanidad entera. Como en todas las guerras mundiales, lo que se busca es un nuevo reparto del mundo.

Con el nombre de “globalización” llaman a esta guerra moderna que asesina y olvida. El nuevo reparto del mundo consiste en concentrar poder en el poder y miseria en la miseria.

El nuevo reparto del mundo excluye a las “minorías”. Indígenas, jóvenes, mujeres, homosexuales, lesbianas, gentes de colores, inmigrantes, obreros, campesinos; las mayorías que forman los sótanos mundiales se presentan, para el poder, como minorías prescindibles. El nuevo reparto del mundo excluye a las mayorías.

El moderno ejército de capital financiero y gobiernos corruptos avanza conquistando de la única forma en que es capaz: destruyendo. El nuevo reparto del mundo destruye a la humanidad.

El nuevo reparto del mundo solo tiene lugar para el dinero y sus servidores. Hombres, mujeres y máquinas se igualan en la servidumbre y en el ser prescindibles. La mentira gobierna y se multiplica en medios y modos.

Una nueva mentira se nos vende como historia. La mentira de la derrota de la esperanza, la mentira de la derrota de la dignidad, la mentira de la derrota de la humanidad. El espejo del poder nos ofrece un equilibrio a la balanza: la mentira de la victoria del cinismo, la mentira de la victoria del servilismo, la mentira de la victoria del neoliberalismo.

En lugar de humanidad nos ofrecen índices en las bolsas de valores, en lugar de dignidad nos ofrecen globalización de la miseria, en lugar de esperanza nos ofrecen el vacío, en lugar de vida nos ofrecen la internacional del terror.

Contra la internacional del terror que representa el neoliberalismo, debemos levantar la internacional de la esperanza. La unidad, por encima de fronteras, idiomas, colores, culturas, sexos, estrategias, y pensamientos, de todos aquellos que prefieren a la humanidad viva.

La internacional de la esperanza. No la burocracia de la esperanza, no la imagen inversa y, por tanto, semejante a lo que nos aniquila. No el poder con nuevo signo o nuevos ropajes. Un aliento así, el aliento de la dignidad. Una flor sí, la flor de la esperanza. Un canto sí, el canto de la vida.

La dignidad es esa patria sin nacionalidad, ese arcoiris que es también puente, ese murmullo del corazón sin importar la sangre que lo vive, esa rebelde irreverencia que burla fronteras, aduanas y guerras.

La esperanza es esa rebeldía que rechaza el conformismo y la derrota.

La vida es lo que nos deben: el derecho a gobernar y gobernarnos, a pensar y actuar con una libertad que no se ejerza sobre la esclavitud de otros, el derecho a dar y recibir lo que es justo.

Por todo esto, junto a aquellos que, por encima de fronteras, razas y colores, comparten el canto de la vida, la lucha contra la muerte, la flor de la esperanza y el aliento de la dignidad...

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional

Habla...

A todos los que luchan por los valores humanos de democracia, libertad y justicia.

A todos los que se esfuerzan por resistir al crimen mundial llamado "neoliberalismo" y aspiran a que la humanidad y la esperanza de ser mejores sean sinónimos de futuro.

A todos los individuos, grupos, colectivos, movimientos, organizaciones sociales, ciudadanas y políticas, a los sindicatos, las asociaciones de vecinos, cooperativas, todas las izquierdas habidas y por haber; organizaciones no gubernamentales, grupos de solidaridad con las luchas de los pueblos del mundo, bandas, tribus, intelectuales, indígenas, estudiantes, músicos, obreros, artistas, maestros, campesinos, grupos culturales, movimientos juveniles, medios de comunicación alternativa, ecologistas, colonos, lesbianas, homosexuales, feministas, pacifistas.

A todos los seres humanos sin casa, sin tierra, sin trabajo, sin alimentos, sin salud, sin educación, sin libertad, sin justicia, sin independencia, sin democracia, sin paz, sin patria, sin mañana.

A todos los que, sin importar colores, razas o fronteras, hacen de la esperanza arma y escudo.

Y los convoca al Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo. [...]

Hermanos: La humanidad vive en el pecho de todos nosotros y, como el corazón, prefiere el lado izquierdo. Hay que encontrarla, hay que encontrarnos.

No es necesario conquistar el mundo. Basta con que lo hagamos de nuevo.

Nosotros. Hoy.

¡Democracia!

¡Libertad!

¡Justicia!

Desde las montañas del sureste mexicano.

Por el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Subcomandante Insurgente Marcos.

México, enero de 1996

*El poder, ¿dónde está el poder?**

El sociólogo, periodista y ensayista brasileño Emir Sader –presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología–, fue uno de fundadores de la organización marxista Política Obrera en 1960. Perseguido por la dictadura militar en Brasil, se exilió en Chile en la época de la Unidad Popular –donde se vinculó al MIR chileno– y, después del golpe militar de 1973, en Cuba.

Volviendo a Brasil después de la amnistía, publicó libros sobre Marx, sobre la Revolución Cubana y sobre los problemas de la izquierda brasileña. Sus trabajos son conocidos en toda América Latina y también en Europa, donde fueron publicados por la New Left Review. Militante crítico del Partido de los Trabajadores, él propone en este ensayo una reflexión innovadora sobre la cuestión del poder, a partir de la experiencia chilena que conoció de cerca.

La concepción subyacente a la estrategia de poder de la Unidad Popular era la de que existiría una “dualidad de poderes al interior del aparato de Estado”, conforme expresó un intelectual comunista en aquel momento. Habría una situación revolucionaria, sin que ella se expresase en dos poderes externos, pero imbricados el uno con el otro. Eso justificaría la estrategia institucional de la Unidad Popular, que evitaba cualquier construcción de nuevas bases de poder externas al aparato estatal, ya que era al interior de éste que se gestaba el nuevo Estado. Cualquier tentativa de construcción de las estructuras de órganos de poder popular era caracterizada como divisionista con relación a las estructuras sindicales, las únicas admitidas como forma de organización y representación popular además del Congreso.

Al economicismo se unía un gradualismo institucional que subestimaba la correlación de fuerzas real que apoyaba el poder burgués. Significativa fue la acción de Allende al nacionalizar las minas del cobre del país, en manos de empresas norteamericanas. En un documento bien elaborado, él logró probar que, por la media de las tasas de lucro de las empresas de minería a escala mundial, aquellas empresas habían obtenido un lucro excedente a lo largo de los años en Chile, que, sumando, correspondía precisamente a la indemnización por la expropiación de las empresas. La propuesta de Allende fue aprobada por unanimidad por el Congreso chileno, después de caracterizada como un acto patriótico por el gobierno.

* Emir Sader, “O poder, cadê o poder? Do Palácio do Planalto, passando pelo Palácio de la Moneda” en *O poder, cadê o poder? Ensaios para uma nova esquerda*, Boitempo Editorial, São Paulo, 1997, pp. 9, 17-21, 30.

La resolución institucional y legal del caso no agotaba el tema. Era necesario preparar el pueblo y las fuerzas de izquierda para las reacciones del capital extranjero, que no tardarían. Si el gobierno de Allende ya había sido recepcionado de forma extremadamente negativa por el gobierno de los Estados Unidos –por la entonces dupla Nixon/Kissinger–, la nacionalización de las empresas mineras detonó el proceso de desestabilización internacional e interna del gobierno de Allende. La aprobación unánime del Parlamento no significaba que la derecha –incluida la Democracia Cristiana, partido de centro que gradualmente fue sellando una alianza estratégica con la extrema derecha– estuviese convencida o dispuesta a defender la medida. Su actitud fue la de no desensamarse frente a la unanimidad popular a favor de la medida.

La medida, que parecía confirmar la estrategia de la Unidad Popular de cortarle “la cola al perro” poco a poco, juzgando que él no se daría cuenta, es un buen ejemplo de lo que sucede cuando se subestiman las múltiples dimensiones de las relaciones de poder, y de esto se pueden sacar muchos aprendizajes.

Las represalias empezaron en el plan internacional, con un cerco financiero a Chile. Se extendieron al plan interno, con el boicot empresarial, provocando el desabastecimiento, el mercado negro, el *lock out*, la hiperinflación, el desempleo y la desestabilización económica del país. Al mismo tiempo, entidades norteamericanas, con organismos dentro de Chile, financiaban movimientos huelguistas de técnicos y empleados de las minas del cobre, de choferes de camión, comerciantes, médicos y otros sectores clave de la economía, con la participación directa de la Democracia Cristiana y de su sindicalismo de clase media.

El gobierno de Allende, preso de la institucionalidad, fue quedando cada vez más ahogado dentro del aparato de Estado, sin apelar a la construcción de bases de un poder alternativo que combinase las acciones del gobierno con iniciativas populares, y con la transferencia creciente de funciones estatales boicoteadas por el aparato hacia órganos populares.

El primer año de gobierno de Allende fue el de mayor popularidad. Sin tocar la estructura productiva del país, apelando apenas a la capacidad productiva ociosa, con la fijación de precios, aumento de salarios, reabsorción del desempleo, se produjo una relativización económica de corto aliento. Las empresas responsables de la producción para el consumo popular no estaban en la lista de las empresas estratégicas y el gobierno no disponía de ningún control sobre ellas. Fue en ese momento que el boicot se inició, anulando las conquistas populares mediante el desabastecimiento, el mercado negro y el alza de precios.

Mientras tanto, la gran mayoría de los órganos de prensa desarrollaba una creciente campaña de desestabilización del gobierno, paralelamente a las huelgas mencionadas, al desabastecimiento, al cerco económico externo. Allende y su gobierno se amarraban de la institucionalidad, sin capacidad ni voluntad de dislocar el plano de los enfrentamientos hacia la lucha de masas, sin actuar a partir del gobierno y de la movilizaciones populares y de los nacientes órganos de poder popular que los sectores más radicalizados de la izquierda incentivaban.

Aun cuando, agotada la posibilidad de obtener dos tercios de los votos en el Parlamento y así deponer a Allende por un 'golpe blanco', los partidos de oposición se unieron directamente al golpe militar, la Unidad Popular no mostró decisión para cambiar el campo principal de los enfrentamientos desde el plan institucional –en el cual Allende se encontraba cada vez más amordazado– hacia el de la lucha de masas.

Una primera tentativa de *lock out* por parte de los grandes empresarios –en septiembre/octubre de 1972– fue neutralizada por la respuesta de los trabajadores y de los estudiantes, que lograron mantener las empresas funcionando. Pero el gobierno no aprovechó la situación para intervenir con vigor en aquellas empresas y colocarlas en la reserva y sancionar a los oficiales golpistas, los mismos que, dos meses y medio después, lo depondrían.

Los sectores más a la izquierda tampoco supieron superar la alternativa lucha institucional *versus* lucha revolucionaria y la lucha desde el gobierno *versus* la lucha de masas. La izquierda se dividía, mientras la derecha se unía, en la combinación de la lucha legal con la lucha golpista, de la lucha al interior del aparato estatal con la desestabilización llevada a cabo por grupos de sabotaje, por huelgas en sectores medios claves para la economía y por el cerco de los medios de comunicación. Esa combinación, que la izquierda no supo llevar a cabo, fue realizada con éxito por la derecha.

El poder no es una cosa

¿De dónde vino el éxito de la derecha y el fracaso de la izquierda? De la comprensión de las relaciones de poder en la sociedad. La izquierda subestimó factores fundamentales de poder, como el capitalismo internacional, las Fuerzas Armadas y los medios de comunicación, elementos que contaron para el otro campo. Y subestimaron la fuerza popular, su capacidad organizativa, creativa, su posibilidad de construir un nuevo poder en la sociedad, articulando al poder del gobierno popular.

Al pensar las relaciones de poder centradas exclusivamente en las relaciones económicas internas y en las relaciones políticas institucionales,

la izquierda utilizó un reduccionismo que le terminó por ser fatal. Si en parte esa concepción fue influenciada teóricamente por el auge del estructuralismo althusseriano, para el cual las clases y todos los sujetos sociales serían apenas soportes de estructuras sociales, en cuya sobredeterminación residiría el peso decisivo de la causalidad social, no fue solo eso que respondió a la concepción entonces predominante en la izquierda chilena.

La tradicional orientación de los partidos comunistas estableció el marco general en el que fueron definidos la estrategia y el programa de la izquierda chilena. El Partido Comunista de Chile –que, junto al uruguayo, fueron los únicos grandes PC, con base obrera en el continente– era servil a la visión que el VII Congreso de la Internacional Comunista había despreciado para los PC, en su versión para la periferia del capitalismo.

Dos referencias articulaban esa visión: una, la de la toma del poder, ejemplificada de forma restrictiva en la invasión del Palacio de Invierno, haciendo abstracción de todo el proceso de crisis del poder zarista y de la construcción de una alternativa de poder revolucionario; la otra, la estrategia de alianzas subordinadas con fracciones burguesas para, mediante la ocupación gradual de espacios, revertir la naturaleza misma de la relación de fuerzas y de la estructura del aparato estatal.

En las dos permanece la misma concepción del poder como una cosa a ser conquistada, mediante un golpe, un asalto –la guerra de los movimientos– o la ocupación gradual –la guerra de posiciones–. Si esa concepción cosificada del poder se mostraba más patente en los movimientos insurreccionales, por la propia forma de enunciar su estrategia de toma de poder, ella también presidía, sin embargo en diferente código, la concepción institucional de lucha del poder.

En el caso chileno, la expropiación de los grandes medios de producción y la ocupación gradual del aparato estatal revelaban esa concepción cosificada del poder.

En el plan económico, más que en el de la propiedad, lo fundamental era la apropiación, el control, sobre los movimientos del capital, el diseño de una nueva estrategia de acumulación. Si la nacionalización de las minas de cobre era indispensable para ese objetivo, ella podría asumir la forma de una propiedad social, compartida entre trabajadores, técnicos, Estado, cooperativas y propietarios privados. La confianza en el aparato de Estado chileno como espacio privilegiado de construcción de un nuevo poder llevaba a la estatización y a las batallas por la propiedad de las empresas, y no por el control de los trabajadores o por otras formas de control o aun por el redireccionamiento de la circulación de capital.

En el plan político, la apropiación del aparato estatal era confundida con la resolución de la cuestión del poder. La defensa física y simbólica del palacio de La Moneda por Salvador Allende –que heroicamente resistió con un fusil en mano y un casco minero en la cabeza al bombardeo llevado a cabo por aviones y cañones– fue la escena final de la concepción que llevó el gobierno popular a quedar cercado dentro del aparato de Estado, transformado en una trampa: la concepción de que su toma sería el objetivo estratégico central del nuevo poder.

Fue subestimada la construcción de un nuevo poder apoyado en nuevas bases sociales, en la articulación de los grilletes del aparato de Estado –recuperables para la estrategia popular– con nuevos embriones de poder que surgían en los barrios, en las fábricas, en las empresas, en los campos, en las escuelas, en los medios de comunicación.

El poder es una relación social, de la misma forma que el capital. La alteración de su naturaleza, la construcción de las bases de un nuevo poder es, por tanto, un proceso político, entendido este como síntesis de las relaciones económicas, sociales, institucionales, ideológicas y militares.

[...] Luchamos para construir un nuevo bloque que, por primera vez en Brasil, pueda representar directamente la gran mayoría de nuestra población. Eso significa, antes que todo, la unión social del pueblo, en función de la cual deben estar las alianzas políticas, como expresiones de los sectores a ser unificados.

Esa plataforma necesita modificar substancialmente las relaciones de poder que se articulan en torno de los ejes neurálgicos de la sociedad brasileña: la propiedad social de la tierra, la democracia en los medios de comunicación de masas, la superación de la asfixia provocadas por la deuda interna y externa, entre otras. En torno a ella se requiere la movilización y la adhesión profunda de la amplia mayoría del país, para que pueda ser enfrentada a las represalias que los sectores privilegiados desatarán en contra de un gobierno democrático y popular. Esa adhesión tendrá que ser mucho mayor a un simple voto, tiene que tener la fuerza de que se juega en ella su destino, su dignidad de ser humano, cuyo rescate es perseguido como objetivo central por la plataforma democrática y popular.

Por último, nada sustituye la disposición de luchar para ganar, la voluntad de derrotar elites responsables por las injusticias, por la explotación, por la apropiación privada de los bienes públicos, por el abandono de cualquier sentimiento de solidaridad social, expresados en el crecimiento acelerado de una sociedad de *apartheid* que se configura cada vez entre nosotros. Tener derecho a triunfar supone la voluntad de triunfar, la disposición al sacrificio

para construir la inmensa fuerza hegemónica de los explotados, oprimidos y humillados, cuya superioridad social, política y moral es la única garantía de victoria de la revolución democrática, sin la cual el poder continuará siendo sinónimo de expoliación, alienación y dominio de las minorías.

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

*Contra la cultura de la resignación**

Fernando Martínez Heredia es uno de los más importantes e innovadores filósofos y ensayistas políticos cubanos. Fue fundador y principal responsable de la revista Pensamiento Crítico (1965-1971), que publicó autores "heterodoxos" como Herbert Marcuse o Ernest Mandel, buscando formular un marxismo cubano y latinoamericano, en oposición a la doctrina difundida por los manuales soviéticos. En esta conferencia de 1997, el autor rinde homenaje a la memoria del Che y busca y plantea formas de resistencia a la ofensiva capitalista actual.

El viejo problema de la entidad y de los límites del mejoramiento humano encuentra hoy sobre todo respuestas negativas o pesimistas. Nos hemos formado, nuestros antepasados y nosotros, en los siglos del "progreso", esa ideología burguesa de la civilización, de que todo iba a ir hacia adelante. La hemos asumido ingenuamente, porque parecía favorecernos a los socialistas, como una reducción más de las capacidades de desarrollar el marxismo en el siglo XX. En cuanto a los fundamentos de la acción social nos permitía avanzar junto a los burgueses –en realidad bajo su dominio– hasta que nos llegara nuestro turno histórico-natural; en cuanto a los fundamentos teóricos nos ponía al abrigo de la "Ciencia" –en realidad bajo el evolucionismo y el positivismo– para "demostrar" que todo progresa: de lo simple a lo complejo, de lo atrasado a lo avanzado, etc. Y naturalmente, todo eso haría de las personas mucho mejores personas, de las sociedades mucho mejores sociedades. Hace unas décadas hasta pareció que esa ideología podía gozar de aceptación general, cuando se declaró que las sociedades más avanzadas iban a ayudar a las menos avanzadas a desarrollarse. Desde hace algunos años toda esa ideología ha caído en un gran descrédito.

Esa es la situación de la que partimos. Por eso podemos parecer, los que nos reunimos –aunque por cierto cada año somos más que el anterior–, una pequeña minoría que –como se suelen permitir tantas cosas– se permite creer en las utopías, creer en el progreso. Yo quisiera distinguir a una cosa de la otra. Opino que si perseguimos la utopía, preferimos por tanto la vía revolucionaria, y no la evolutiva; y que eso cambia las condiciones y aumenta las posibilidades de conseguir objetivos ambiciosos en cuanto al mejoramiento

* Fernando Martínez Heredia, "Pensador marxista de la praxis", *América Libre*, N° 12, 1997, pp. 7-10.

de las personas y los cambios de las sociedades. Es el primer problema que planteo. Hay muchos escollos ante esa vía revolucionaria.

El primero es el poder inmenso que tiene la dominación capitalista en las sociedades actuales, la cultura de la dominación. El segundo es el de las insuficiencias profundas que tienen y han tenido los intentos, las ideas, las visiones opuestas a la dominación. Los movimientos se vuelven organizaciones, los ideales y los proyectos se vuelven organizaciones y poder, la libertad se vuelve orden y plan, las ideas tienen que convertirse en actuaciones. Entre esos pares que enumero hay tensiones, y hasta contradicciones. Cómo forjar eficaces instrumentos para la liberación que sean siempre eso, instrumentos al servicio de los cambios liberadores y de las personas que luchan por la liberación.

Pese a todas las insuficiencias, retrocesos y derrotas, los movimientos, las ideas y sentimientos de rebeldía han llenado la historia humana con experiencias, identidades, tradiciones, representaciones y proyectos que constituyen una acumulación cultural que es potencialmente muy favorable a los esfuerzos presentes y futuros. Por eso tenemos que insistir una y otra vez en no dejarnos arrebatar la memoria histórica de las rebeldías. Precisamente por ser tan valiosa es que intentan que la olvidemos, tratan de trivializarla o manipularla. Una obra artística reciente propone: "qué bueno era el muchacho fascista, y qué bueno era el muchacho guerrillero antifascista: qué buenos eran los dos".

Los esfuerzos en favor del mejoramiento humano están siempre relacionados con la necesidad de cambios en las sociedades, en sus relaciones e instituciones fundamentales. Cada vez que se ha absolutizado el aspecto del mejoramiento humano respecto a la lucha por cambios sociales profundos, se han producido derrotas o adecuaciones a la dominación. Cada vez que se ha absolutizado el aspecto de tener poderes de grupos en nombre del cambio social, se ha terminado reproduciendo la continuidad de los sistemas de dominación, en nombre de los objetivos de liberación. Y han sobrevenido grandes derrotas. En ambos casos, sin embargo, las derrotas han sido relativas, por la contribución de los grandes esfuerzos de liberación humana a aquella acumulación cultural a la que me refería antes. Me parece que lo único acertado, entonces, es combinar bien ambas dimensiones: las transformaciones de los individuos, de la gente y las transformaciones de las sociedades.

Aunque a escala mundial predomina el capitalismo, sus propios procesos y las iniciativas y luchas de millones ya han producido cambios en las personas que las hacen más capaces de avanzar hacia la liberación y de representársela mejor. Por ejemplo, el lugar de las mujeres en las sociedades, y las relaciones de géneros, registran cambios muy notables; pero además el deber ser que se acepta en este campo es extraordinario respecto a lo conseguido,

y eso es muy importante. Los deseos y los proyectos de realizar ese deber ser encuentran obstáculos en el orden existente.

En segundo lugar, como resultado de tantas luchas y de las reformulaciones de los poderes existentes ha habido cambios en las relaciones y en las instituciones sociales, avances de la organización social que han tenido que reconocerse. Por ejemplo, ya es general entender que el régimen democrático con ejercicio pleno de los derechos humanos y ciudadanos es el único legítimo y deseable. Aunque su realización práctica sea profundamente limitada e incluso burlada en la mayoría de las sociedades. Ya no se puede, por ejemplo, implantar las formas más feroces de represión institucional en nombre de la seguridad nacional. Cualquiera puede apreciar que el orden existente pone obstáculos a la realización de la democracia.

Existe una inmensa acumulación cultural constituida por las autoidentificaciones, los caminos recorridos, las pruebas, las luchas, los radicalismos, las revoluciones, las negociaciones, las derrotas, las adecuaciones y retornos progresivos a las maneras de vivir y de gobernar de los dominantes, que sin embargo nunca pueden mandar como antes. Se trata de una masa de experiencias, sentimientos e ideas que dejan huellas profundas en los individuos y los grupos humanos, y que pueden contribuir decisivamente a la formación de nuevas expectativas que se compartan por grandes núcleos de personas. Las esperanzas, los deseos y los proyectos son mucho más fuertes si ya se han formulado antes, si ya han existido.

El capitalismo actual es el rector de lo que muchos llaman globalización. No voy a opinar aquí sobre las palabras, aunque estimo que la discusión acerca del lenguaje –y el combate en el terreno del lenguaje– deben ser considerados básicos para el conocimiento social si este va a ayudar a encontrar caminos para vencer al sistema vigente. La universalización de los procesos sociales se ha profundizado y acelerado en las últimas décadas, y se ha vuelto tangible por todas partes en la actualidad. Lo determinante en esa tendencia, repito, es el control que ejerce sobre ella el capitalismo. Este conjuga la existencia de una brecha honda y creciente entre los países centrales y la mayoría miserable, depredada, explotada y sin oportunidades del planeta, por una parte, con la presencia, prácticamente en todos los países, de cierto número de procesos, relaciones e instituciones que son típicos del capitalismo desarrollado.

La homogeneización de las conductas, de los consumos deseados y de los valores, es inducida a escala mundial por el capitalismo centralizado. Es esencial para su dominación que los individuos que están activos en el llamado Tercer Mundo persigan los ideales que en abstracto les formula el llamado Primer Mundo. Y que cada modernización equivalga, en la realidad, a mayor sujeción.

El capitalismo actual parece triunfante, pero ya carece de razones para mostrarse triunfalista. Ha logrado instituir individuos histórico-universales –aquella primera premisa de la revolución proletaria mundial que exponía Marx en 1846–, y ha tenido éxito en universalizar sus instituciones. Pero más que realizar su proclamado ideal individualista –la oposición libre y egoísta de todos contra todos–, lo que ha hecho es excluir a una gran parte de la gente en todo el mundo de la vida que se considera indispensable. El proceso profundamente perverso por el cual la libertad prometida fue convertida en liberalismo, ha llevado en la actualidad a las mayorías a la indefensión social y la impotencia política, y a formas extremas de miseria material y espiritual. La idea profundamente errónea de que el hombre estaba destinado a la conquista de la naturaleza no ha podido ser rectificadada ni siquiera hoy, cuando es obvio que el planeta mismo está en peligro. Y eso se debe a que la ganancia capitalista es el motor principal e incontrastado del sistema. El capitalismo está enredado en el desarrollo de su propia naturaleza. Esa contradicción insoluble corroe cada vez más sus capacidades, antes maravillosas, de renovar sus instituciones y sus propuestas.

La antigua y cautivadora propuesta está ahora reducida a una cultura del miedo, la indiferencia, la resignación y la fragmentación. El temor ocupa un espacio importante en la cultura del capitalismo. El miedo a que no sea posible preservar el precario empleo que se tiene, el miedo a que vuelva una dictadura, el miedo a no poseer una tarjeta de crédito y un guardia armado, o una vivienda, un trabajo, un espacio y una oportunidad para sobrevivir. Quiere reinar la cultura de la indiferencia de unos frente a otros, y asumir la forma coloquial de un sálvese quien pueda. La idea misma de solidaridad parece implanteable. En amplios sectores de poblaciones “civilizadas” la ancianidad no encuentra otra protección que la muerte, como sucede en algunos de los grupos humanos de vida más precaria del planeta y en ciertas especies animales; y a diferencia de estos, lo mismo se propone a la infancia mediante la esterilización. La cultura de la resignación sustituye a la imposibilidad de legitimar tantas iniquidades mediante las antiguas creencias en la desigualdad “natural” o el racismo, a estas alturas de la historia humana. La resignación desalienta no solo a las rebeldías sino a proponer los más moderados reclamos sociales y políticos. La cultura de la fragmentación amenaza controlar las formas en que se socializan y se admiten las diversidades humanas, para que ellas no constituyan un enriquecimiento social, sino un debilitamiento de los oprimidos.

La promesa socialista no ha podido ser cumplida en el mundo, pero el capitalismo de hoy ya ni siquiera hace promesas. Se está llevando a cabo una gigantesca y sistemática guerra cultural a escala mundial, para imponer

los consensos del miedo, la indiferencia, la resignación y la fragmentación. Y no es para menos, porque los niveles generales de conciencia, de conocimientos o de lucidez que se han alcanzado permiten advertir que está en curso una degradación de los seres humanos, de las sociedades y del medio.

Tenemos que ser capaces de ver las señales, los signos de crisis. El capitalismo está todavía en posiciones muy favorables respecto a la formación de movimientos de rebeldía contra él. Conserva una extraordinaria capacidad de absorber o disgregar las oposiciones. Para cambiar esa situación la actividad humana de resistencia y de rebeldía tiene ante sí el reto de volverse capaz.

Hay dos posiciones, dos respuestas, que parecen de oposición al sistema. Insisto en su carácter perjudicial y en su ineficacia. Una de ellas es el posibilismo, la adecuación relativa, la sujeción rigurosa a las reglas del juego de la dominación y hasta tornarse el paladín de ellas, la reducción al mínimo de las diferencias con el orden vigente y sus consecuencias. Esta rendición puede ser embozada de varias maneras, como son la oposición declarativa a alguna de las formas que asume el capitalismo, o erigirse en conciencia moral del sistema. El colaboracionismo de fin de siglo propone “novedades” como la formación de una alianza de centroizquierda en la que tanto el centro como la izquierda dejen de ser lo que se supone que han sido y se parezcan cada vez más uno al otro.

La otra posición consiste en mantenerse dentro del dogma, la secta y la añoranza del pasado. Permanecer dentro de una casa –o una cueva–, no salir a la intemperie; ellos parecen creer: no importa que seamos pocos y que nadie nos haga caso, pero así no corremos el peligro de perder nuestra (supuesta) virginidad. Lo peor es que su soberbia “materialista” o “proletaria” no se alberga solo en clérigos trasnochados o interesados; ella afecta también a buen número de compañeros esforzados que quieren rechazar activamente al capitalismo. Esta posición es muy confusionista, porque parece ser la de oposición verdadera y radical; con ello, además de ineficaz resulta favorable a la hegemonía de la burguesía, que exhibe así un “enemigo” tolerado e inocuo. En realidad ambas posiciones, pese a tener contenidos tan opuestos, son funcionales a la dominación capitalista.

Entiendo entonces que es imprescindible elaborar y discutir otras posiciones y vías de acción, elaborar y discutir otros proyectos, y que ellos están obligados a partir del análisis más lúcido y honesto, incluso despiadado y negado a falsas ilusiones, de lo existente, y están obligados a partir de una posición de principios radicalmente anticapitalista. Para esa tarea el Che Guevara puede resultar sumamente importante, mucho más de lo que es como imagen, y tanto como lo es como ejemplo. Me parece que el Che ejemplo de revolucionario es fundamental, y lo seguirá siendo durante mucho tiempo. (...)

Expreso telegráficamente los rasgos del Che que considero que hoy pueden constituir aportes para la utopía de una sociedad de hombres y mujeres nuevos.

1. El Che rompe el consenso con el orden vigente. El Che es igual a rebeldía. En las condiciones actuales identifica la no rendición, la constancia, la intransigencia. Forma parte de una memoria histórica de lo que pueden lograr los seres humanos a través de la lucha, y potencia el significado de esa memoria.
2. El Che restablece la continuidad de la propuesta anticapitalista socialista, una corriente específica de rebeldía y de ideas que tiene una historia desde el siglo XIX hasta hoy, de la cual ninguna persona honesta puede separar al Che. El socialismo revolucionario cuenta con una maravillosa tradición de luchadores y pensadores, de héroes y mártires, de experiencias, ideas y proyectos; es la corriente que ha llegado más lejos en realizaciones prácticas anticapitalistas y ha sido el horizonte más revolucionario para las luchas de liberación del mundo que ha sido víctima de la mundialización capitalista. Contra ella se han puesto en juego todas las capacidades del sistema: criminalidad, competitividad económica, medios políticos, ideológicos, culturales. El Che rebelde que recibe reconocimiento hoy es un combatiente y un PENSADOR que vivió y murió por las revoluciones socialistas de liberación nacional y por el proyecto comunista de vida y de sociedad.
3. El Che no es identificable con el pasado del socialismo sino con su futuro. Los esfuerzos y los proyectos maravillosos del socialismo fueron desnaturalizados o abandonados muchas veces a lo largo del siglo, aplastados o recortados por los mismos que decían defenderlos. La idea misma de socialismo fue golpeada y desprestigiada a fondo en la última década. El Che fue un hereje por su pensamiento y por sus actos –como lo fue la revolución cubana– en el mundo de los años 60, a la vez que eran los ortodoxos de la revolución y del marxismo bien entendidos. Ese hecho pone al Che en condiciones muy favorables de servir bien a la tarea urgente de recuperar la herencia de luchas y sobre todo de recrear y crear el proyecto de cambio más ambicioso.
4. El Che nos propone hoy valores más que cualquier otra cosa. Ética, entusiasmo, mística, consecuencia, correspondencia entre los dichos y los hechos, son sus reclamos. Dadas las necesidades fundamentales actuales, y dada la debilidad organizativa que tienen hoy los anticapitalistas, esa propuesta puede ser la más idónea para avanzar.

5. En su pensamiento y en su actividad, el Che desarrolla mucho las relaciones entre la actuación y la vida cotidianas, por un lado, y los objetivos finales que se tienen. Es el hombre de los “cómo”, y no solamente de las grandes palabras. El hombre que enlaza las grandes frases con las tareas más concretas, y relaciona las mediaciones de las tareas revolucionarias con los principios generales que deben regirlas.
6. El Che es un PENSADOR MARXISTA de la PRAXIS, opuesto al determinismo. Ayuda a fundamentar teóricamente la oposición a las formas teorizadas de adecuación al sistema dominante y a la resignación como actitud. Ayuda a oponerse a la espera de lo que en otras épocas se llamaban “condiciones objetivas”. Ayuda a fundamentar los papeles de la convicción y de la actuación, a la vez que ayuda a que la necesidad de teoría sea viable y eficaz para el movimiento revolucionario.

Para terminar, insisto en que las próximas propuestas de liberación humana tendrán que ser muy superiores a todas las que han existido hasta hoy. Y no por exceso de radicalismo, sino simplemente por elemental necesidad. El aporte del Che a esa empresa grandiosa y ardua puede ser decisivo.

TOMÁS MOULIAN

*Consumismo y orden neoliberal**

El sociólogo Tomás Moulian ha sido director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica de Chile y director del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad ARCIS de Santiago de Chile y rector de la misma. Es uno de los más agudos críticos del neoliberalismo y de sus dramáticas consecuencias sociales. Sin pertenecer a ningún partido político, se considera como socialista allendista, y es un opositor radical a los varios gobiernos de la concertación neoliberal que han sucedido a la dictadura del general Pinochet en Chile. Su libro Chile actual: anatomía de un mito (1997) tuvo gran éxito editorial y se erigió como una referencia para amplios sectores políticos y de la izquierda chilena. En 1999 Tomás Moulian presidió el comité de apoyo a la candidatura de la comunista Gladys Marín a la presidencia de Chile y, posteriormente él mismo, en 2005, fue precandidato presidencial de la izquierda extraparlamentaria. Los pasajes que siguen son parte de una crítica a la ideología del consumismo y del individualismo competitivo difundida por el orden neoliberal.

Desintegración social y politización

Chile, por ejemplo, tiene mala distribución de ingresos y altas tasas de crecimiento económico. Pese a esta disparidad, no se han producido protestas globales de los sectores más afectados, ni se vive entre medio de manifestaciones constantes. La sociedad parece haberse habituado al orden neoliberal, originado en una dictadura sangrienta.

En otros países, el ajuste neoliberal ha generado acciones de rebeldía y reventones plebeyos, explicables porque parte importante del proceso ha tenido lugar en el período postautoritario. Las rebeliones en las provincias argentinas o el “caracazo” venezolano son un ejemplo de lo dicho.

En casi todas las sociedades latinoamericanas contemporáneas se vive la curiosa paradoja de que en el mismo momento que las sociedades entran en fases de desarrollo capitalista más pleno, desaparece del vocabulario político la noción de lucha de clases. Pareciera que el derrumbe de las sociedades del socialismo colectivista hubiera sanado las imperfecciones del capitalismo. En realidad, las clases desaparecen de la discursividad política en las sociedades latinoamericanas porque se implantan nuevas matrices de representación de lo popular, que crean nuevas discursividades políticas.

* Tomás Moulian, *El consumo me consume*, Santiago, LOM, 1999, pp. 45-48.

El elemento más importante, en países como Chile, Venezuela o Argentina, es la aparición de una izquierda o de un populismo centrista. Estos conglomerados cumplen la misión de producir las transformaciones neoliberales que estaban faltando y que, en algunos casos, los militares no fueron capaces de generar o, como en Chile, cumplen la misión de culminar su legitimación.

Algunos analistas candorosos interpretan este vaciamiento de la discursividad clasista como una manifestación de la buena salud de la sociedad. Crean a pie juntillas que el desarrollo pleno del mercado, la armonía y el consenso social que se instalan en los discursos, significan que se ha desplazado para siempre la amenaza de los enfrentamientos clasistas.

No son capaces de percibir los nuevos cursos de malestar social: en el presente estos adoptan mucho más la forma de resistencia a través de comportamientos colectivos anómicos que de comportamientos colectivos clasistas.

Esta sociedad calma en el terreno político estatal, solo sacudida por las luchas intraélites, presenta niveles de desintegración social mucho más altos que los del pasado.

El aumento de la delincuencia popular o de cuello y corbata, la intensificación de la violencia asociada a ella, la difusión de drogas destructivas, entre ellas la pasta base; la generalización del tráfico de influencias y la conexión cada vez más estrecha entre política y negocios revelan una peligrosa generalización de conductas anómicas y una peligrosa desaparición de los controles morales, reguladores de las conductas públicas y privadas.

Algunas de estas conductas representan la exacerbación de la lógica del individualismo, el cual al extremarse deviene en un maquiavelismo social. No importan los medios para realizar la meta de la riqueza. Aunque ellos sean ilícitos, el dinero no cambia de color.

Pero otras representan formas solapadas, no directamente políticas, en que se expresa el malestar social. Estas manifestaciones no politizadas, que no alteran el orden político formal y la aparente gobernabilidad, son corrosivas, por su capacidad de disolución de los vínculos sociales. La generalización de prácticas delictuales o corruptas producen solo caotización e incertidumbre social. Mientras que las manifestaciones políticas del malestar, pese a desordenar la superficie, constituyen momentos de deliberación, de lucha estratégica. Por tanto son coyunturas positivas, aunque en ellas se enfrenten posturas que no tienen posibilidades de construir núcleos de consenso.

No es extraño que el debilitamiento de las esperanzas políticas y el pesimismo hacia las formas políticas de expresión del malestar social se den junto con crecimientos fuertes de la delincuencia y de la violencia no política.

Lo que no puede esperarse de la acción colectiva orientada a fines, se busca en el delito desesperado o rabioso, el último recurso para salir de la marginalidad.

Por otra parte, la obsesión por la riqueza y el fanatismo del consumo tienden a relajar las normas que rigen la relación con el dinero, convertido en el ídolo contemporáneo, no solo entre los marginados sino especialmente entre los pudientes. ¿Qué legitimidad puede haber para castigar a los delincuentes pobres en una sociedad en que la pasión desorbitada por el dinero hace común la inmoralidad en los negocios y el tráfico de influencias políticas, o se aceptan las trampas en el pago de tributos y en el cumplimiento de las normas laborales?

Frente a estas situaciones, la ideología neoliberal se pisa su propia cola. Todos esos fenómenos son expresiones extremas del individualismo competitivo, que no conoce otro precepto moral que el cuidado del interés propio.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ
*La revolución cubana y el socialismo**

Filósofo, escritor y profesor nacido en España (1915), emigró a México en 1939 tras la Guerra Civil. La creación poética y su militancia política lo llevaron a la filosofía. Tiene una versión abierta, renovadora, crítica y no dogmática del marxismo. Profesor de la UNAM por más de 50 años, ha desarrollado su quehacer filosófico en la comprensión crítica de la sociedad capitalista contemporánea, sus procesos políticos y económicos, y las expresiones artísticas y morales. Autor de una veintena de libros de filosofía, ética, estética y política, es uno de los primeros pensadores de izquierda que rompen con el marxismo soviético y desarrollan su propia interpretación de la obra de Carlos Marx. Fue muy cercano a las revoluciones en Cuba y Nicaragua y ha mostrado sus simpatías hacia el movimiento indígena zapatista.

I

El triunfo de la Revolución Cubana el primero de enero de 1959, junto con la conmoción que provocó en toda la izquierda latinoamericana, se presentaba ante ésta con un doble significado: 1) el de ser una victoria rotunda después de un largo período de derrotas, con la excepción de la Revolución Mexicana, en la lucha secular de los pueblos latinoamericanos contra las oligarquías que los oprimían, y 2) el de justificar la lucha armada cuando el poder cierra no solo el camino de la satisfacción de las demandas populares sino incluso el de la expresión de esas demandas, así como los de la organización y la lucha pacífica para exigir las y alcanzarlas.

La Revolución Cubana se presentaba claramente, desde el primer momento, con unos objetivos y una naturaleza —es decir, con un contenido— que no podían engañar a nadie. Se trataba, en primer lugar, de una revolución popular en el sentido de responder a la necesidad de poner fin a la tiranía batistiana, contando para ello con el consenso y el apoyo del pueblo. Y se trataba de una revolución de liberación nacional entroncada directamente con una tradición histórica de lucha por la independencia. La invocación de José Martí desde su origen —el asalto al Cuartel Moncada—, como su “autor intelectual”, y su presencia, desigual pero constante a lo largo de 40 años de Revolución,

* “La revolución cubana y el socialismo” en *El valor del socialismo*, del mismo autor, editado por Ítaca, México, 2000.
El texto se basa en una ponencia dada en Cuba en 1999.

es una prueba inequívoca de su empalme con la lucha por la independencia cuya victoria le fue arrancada al pueblo cubano en 1898. Así, pues, la Revolución Cubana triunfa el 1 de enero de 1959 como una revolución popular, nacional liberadora y antiimperialista, porque el enemigo al que se enfrenta es, a la vez, interno y externo; una revolución, por ello, que une victoriosamente a todas las fuerzas sociales enemigas de la tiranía y defensoras asimismo de la dignidad y la soberanía nacionales.

II

Con su triunfo, la Revolución Cubana venía a echar por tierra dos doctrinas que, dentro y fuera del país, trataban de confundir las conciencias y desmovilizar a los pueblos en su aspiración de cambiar radicalmente sus condiciones de existencia. La primera, más general, proclamaba que la época de las revoluciones había pasado, doctrina que se alimentaba de la tesis lanzada por Ortega y Gasset en los años treinta profetizando el “ocaso de las revoluciones”. Al difundir a tambor batiente esta idea, los ideólogos del capitalismo no apelaban por supuesto a la existencia de vías democráticas, inconcebibles por entonces en América Latina, que hicieran innecesaria la vía revolucionaria. Invocaban la inexistencia, según ellos, de los sujetos que pudieran realizarla y la desaparición, por tanto, de la posibilidad de su victoria.

La segunda doctrina era la del determinismo histórico y fatalismo geográfico, aplicados a Cuba, que condenaban a un fracaso inevitable todo intento revolucionario de independización de la isla, tomando en cuenta no solo la desigualdad de medios y fuerzas entre Estados Unidos y Cuba, sino también la cercanía del poderoso imperio. La Revolución Cubana venía a demostrar que, no obstante esa desigualdad de medios y fuerzas y el elevado costo de la lucha armada, un proyecto revolucionario podía triunfar si contaba, como contó efectivamente en Cuba, con el consenso y apoyo de la mayoría de la población en su lucha contra el enemigo interior y el enemigo exterior. Ciertamente, la victoria de una revolución nacional popular, antiimperialista, a 90 millas del Imperio, tenía que imponer un alto costo en sacrificios al verse forzada a enfrentarse, desde el primer día hasta hoy, a agresiones de todo tipo y especialmente a la que, como el bloqueo económico, pretendería asfixiarla. Así se presentaba, y era efectivamente, la Revolución Cubana por su contenido: una revolución popular, democrática, nacional y antiimperialista.

III

Pero una revolución no solo se define por su contenido sino también por el carácter de las fuerzas políticas que la dirigen y de las sociales que participan en ella. En el caso de la Revolución Cubana, la fuerza política dirigente estaba constituida por el Movimiento 26 de Julio, que se nutría de los sectores radicales del estudiantado y de la pequeña burguesía. En la dirección no estaba el Partido Socialista Popular que, como partido marxista leninista, se consideraba a sí mismo la vanguardia política y revolucionaria de la clase obrera. Esto no descarta el hecho de la incorporación a la lucha armada de destacados militantes de ese partido como Carlos Rafael Rodríguez. El otro ausente en la participación fue el movimiento obrero organizado, del que aquel partido, conforme a la tradición leninista, se consideraba su destacamento de vanguardia.

Hay en la Revolución Cubana, después de la victoria, en sus primeros años, un desencuentro con el marxismo que dominaba en Cuba y, en general, en los países de América Latina: un marxismo que no había asimilado la lección de Mariátegui al reivindicar lo nacional popular y articular, en torno a esta reivindicación, un bloque de fuerzas populares. En verdad, la Revolución Cubana no encajaba en los moldes marxistas establecidos desde Moscú para América Latina. Ciertamente no se estaba ante una revolución socialista por su contenido, ni proletaria por el sujeto de ella. Era claro su carácter a la vez popular democrático y liberador nacional. Uno y otro se desprendían no solo de lo que proclamaban sus dirigentes y de las raíces martianas que invocaban, sino sobre todo de sus actos soberanos que contaban, desde el primer momento, con la hostilidad del Imperio. Y en la medida en que esa hostilidad se transformaba en agresividad real, efectiva, cada vez se afirmaba más y más su carácter antiimperialista. La invasión de Playa Girón en 1961 llevó a su más alto grado ese carácter. En cuanto a la defensa de la dignidad nacional, la Revolución no hacía la más mínima concesión, como se puso categóricamente de manifiesto en los días sombríos de la crisis de los cohetes.

IV

Vuelvo ahora al efecto ambivalente que la Revolución Cubana tuvo en los marxistas de la época: entusiasta en unos, particularmente los jóvenes; de cautela en otros, especialmente los viejos cuadros de los partidos comunistas latinoamericanos. Su acogida, con las mayores reservas, puede explicarse porque aquella revolución constituía un acontecimiento difícil de digerir, sobre todo por el carácter de las fuerzas políticas y sociales involucradas en ella.

¿Cómo podía darse una revolución popular sin la participación activa de la clase –el proletariado– revolucionaria por su propia naturaleza? Y ¿cómo podía asegurar su carácter revolucionario sin la dirección de la vanguardia por excelencia: el Partido de la clase obrera?

Ciertamente, la Revolución Cubana representaba una excepción de la teoría y la práctica que se consideraban marxista-leninistas. Pero los hechos –decía Lenin– eran muy testarudos. Y ante ellos quedaban dos opciones: una, aceptarlos y ajustar a ellos la teoría, reconociendo que el potencial revolucionario no es exclusivo de una fuerza política o de una clase y que, en circunstancias determinadas, se da en un bloque o alianza de diversas fuerzas o clases. Otra opción era la de tergiversar los hechos. Y así lo hizo el Partido Socialista Popular al calificar como un *putsch* el acto que inicia en 1953 la Revolución: el asalto al Cuartel Moncada.

De acuerdo con la separación de política y moral prevaleciente en el movimiento comunista de la época, el Partido reconocía el carácter heroico de este acto pero lo consideraba políticamente inútil. No advertía que la utilidad política del heroico asalto estaba, no obstante su fracaso, en su dimensión moral al elevar la conciencia y la fe corroídas por el escepticismo ante la corrupta política oficial de los cubanos.

Por lo que a mí toca, la influencia de la Revolución Cubana en mi evolución ideológica marxista fue notable al contribuir a distanciarme cada vez más del marxismo dogmático dominante. Su triunfo ponía en cuestión un modelo universal de revolución calcado de la victoriosa Revolución Rusa en 1917, en unas condiciones históricas determinadas, bajo la dirección del Partido Bolchevique y con el apoyo activo del proletariado. La ausencia de una vanguardia política de ese tipo y de un apoyo semejante por parte de esa clase en la Revolución Cubana daba a ésta un carácter “heterodoxo”, pero a la vez innovador y creador. Y estimulado por ella, así como por otros acontecimientos anteriores, como las revelaciones de Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista Soviético, o posteriores, como la invasión de Checoslovaquia por las tropas soviéticas, me orienté cada vez más hacia un marxismo crítico, abierto, innovador, como el que exigía el enfoque de una revolución que, como la cubana, no se dejaba apresar por viejos y rígidos esquemas.

V

El desarrollo histórico de la Revolución, en las difíciles condiciones del mundo bipolar de la “guerra fría”, siempre sujeta a las agresiones y al bloqueo económico del imperialismo, le llevaron a integrarse en la economía del llamado campo socialista y a estrechar cada vez más sus lazos no solo económicos

sino también políticos y culturales, con la Unión Soviética. En el plano ideológico, esto se tradujo en la asunción, con carácter oficial, de la versión soviética del marxismo con la que la Revolución se había topado, sin hacerla suya, en sus primeros años. Pero detengámonos un poco en este proceso que se afirma, sobre todo, en la década de los setenta y se comienza a rectificar en los años ochenta al recortar las alas del marxismo soviético y volver con más fuerza a las raíces de la Revolución: el pensamiento de Martí.

Como hemos venido insistiendo, la Revolución Cubana surgió como una revolución popular, democrática y, a la vez, de liberación nacional o antiimperialista. Pero en la medida en que se vio forzada a responder a las agresiones del Imperio y a afectar los intereses económicos del mismo, pronto adquirió un carácter anticapitalista, que se puso de manifiesto claramente en la abolición de la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción y en la estatización de la propiedad sobre ellos. La intensificación de las agresiones por parte de los Estados Unidos llevó al gobierno cubano, a los dos años del triunfo de la Revolución, a proclamar, en el entierro de las víctimas de un bombardeo, su carácter socialista. Era innegable que, en la medida en que la Revolución, por su carácter anticapitalista, ampliaba su contenido social, se veía empujada a una alternativa socialista. Ahora bien, esta alternativa no podía llegar automáticamente ni por una decisión o proclamación de su carácter socialista, confundiendo su anticapitalismo con socialismo. Del hecho de que el anticapitalismo era una realidad en la Cuba de aquellos primeros años, no se podía deducir que, en un momento determinado, naciera el socialismo o se dieran ya las condiciones para serlo.

Aunque el socialismo tiene que ser tan vario y plural como las circunstancias y condiciones en que ha de surgir, sus formas históricas concretas no pueden dejar de tener ciertas características que el marxismo considera indispensables para distinguirlo de otras formaciones sociales, como el capitalismo. Y estas características hay que buscarlas en las relaciones de producción (particularmente, en la forma de propiedad sobre los medios de producción y en la supraestructura política, tipo de Estado y de sus relaciones con la sociedad). Pues bien, esas características, por lo que toca al socialismo, se desprenden claramente de la obra de Marx: en lo económico, propiedad social (colectiva), no simplemente estatal, sobre los medios fundamentales de producción, y, en lo político, Estado bajo el control de la sociedad en un régimen de democracia real que presupone un pluralismo político dentro del socialismo o de la Revolución.

A mi modo de ver, este núcleo originario del socialismo de inspiración marxista es el que fue negado por el llamado "socialismo real". No se puede

ignorar que los bolcheviques pretendían realizar un socialismo como el que diseñó Marx y Lenin (el de *El Estado y la Revolución*) hizo suyo. Pero no se puede desconocer tampoco que por un conjunto de circunstancias en las que ahora no podemos detenernos la realización del proyecto originario de emancipación desembocó en esa negación suya que se conoce como “socialismo real”. Sus rasgos fundamentales, compartidos por todos los países del llamado “campo socialista”, eran los siguientes: 1) propiedad estatal absoluta; 2) Estado omnipotente al margen de todo control social, fundido con el Partido único; 3) rígido control de la vida intelectual y cultural por el Estado Partido, con las consiguientes limitaciones o exclusiones de las libertades de expresión, crítica y creación.

¿Se puede identificar el sistema social que se considera socialista en Cuba con el del “socialismo real”, de acuerdo con los rasgos con los que acabamos de caracterizarlo? El hecho de que Cuba, asediada, asfixiada económicamente, buscara y encontrara la ayuda de la Unión Soviética; que, respondiendo a ella, se aliara –en plena “guerra fría”– con la URSS y llevara esta convergencia de intereses económicos y políticos al plano ideológico, hasta convertir en doctrina oficial el marxismo soviético o “marxismo leninismo”, no debe conducirnos a establecer una plena identificación entre el sistema social cubano y el “socialismo real”. Hay diferencias importantes entre el sistema que en Cuba se considera socialista y el “socialismo real”. Y entre esas diferencias podemos subrayar las siguientes:

- 1ª) El poder cubano contó siempre con un apoyo popular; justamente el apoyo que se fue perdiendo cada vez más en los países del “campo socialista” hasta desaparecer por completo en ellos. Cuando comenzó a derrumbarse el “socialismo real” nadie se echó a la calle para defenderlo.
- 2ª) Dado el consenso y apoyo con que ha contado la Revolución Cubana, no obstante los enormes sacrificios impuestos a la población por las agresiones del imperialismo y por su bloqueo económico, escandalosa violación de los derechos humanos de un pueblo, el Estado cubano, aunque ha ejercido las medidas coercitivas a que recurre todo Estado para defenderse, jamás ejerció el terror que se registró durante largo tiempo en los países “socialistas”, y menos aun introdujo la represión en el seno del Partido o entre los propios revolucionarios, como sucedió sobre todo en la Unión Soviética.
- 3ª) Aunque el Estado cubano no dejó de asumir el control ideológico que derivaba de la proclamación del “marxismo leninismo” como doctrina oficial, no extendió ese control a esferas de la cultura como la literatura

y el arte, en las que nunca se impuso la estética soviética del “realismo socialista”.

- 4ª) La solidaridad activa, combativa, de Cuba con los países africanos en sus luchas de liberación nacional mostraba un grado de autonomía en su política exterior inexistente en los países del Este europeo, que subordinaban sus intereses nacionales a los de la Unión Soviética en el tablero de la “guerra fría”.

Baste señalar estas diferencias importantes para no identificar plenamente al sistema social, político y cultural cubano con el que dominaba como “socialismo real” en la Unión Soviética y en los países del Este europeo que la seguían incondicionalmente. Ahora bien, esto no excluye reconocer que rasgos fundamentales del “socialismo real” se han dado y se dan en Cuba, a saber: 1) en lo económico, la propiedad estatal exclusiva, aunque en estos últimos años se ha dado paso a otras formas de propiedad; 2) en lo político, al mantenerse el régimen de Partido único, con la consiguiente exclusión de todo pluralismo político; 3) en lo ideológico, al convertir al “marxismo leninismo” en doctrina oficial. Ciertamente es que esta situación ha ido cambiando últimamente al abrirse las puertas a otras versiones del marxismo y, fuera de él, dando un peso cada vez mayor al pensamiento no marxista, por supuesto de José Martí.

VI

La Revolución Cubana, a sus 40 años, se mantiene en pie no obstante los efectos negativos que ha tenido para ella el derrumbe del “socialismo real”. Baste recordar lo que representaban para Cuba las relaciones con la Unión Soviética en el terreno de la economía. Y, sin embargo, los que auguraban para Cuba el mismo destino que en los países “socialistas” europeos, tomando en cuenta no solo los efectos destructivos del derrumbe del régimen prevaleciente en aquéllos sino también los del bloqueo implacable de la isla, pueden comprobar ahora que han pasado diez años sin que se cumplan sus fatídicos augurios. Ahora bien, esto habría sido imposible sin el apoyo de la sociedad cubana, al ver reafirmado el contenido nacional, antiimperialista y social de la Revolución. Pero la Revolución Cubana tiene que conjugar ese contenido con una verdadera alternativa socialista. Y para ello necesita cambios; cambios hacia adelante y no hacia atrás como reclama la jauría de Miami. No hacia la propiedad privada capitalista sino hacia la propiedad social; no hacia una democracia formal, puramente electoral o parlamentaria sino hacia una democracia real, que permita la participación de todos en todas las esferas

de la vida social; no hacia una vida cultural sujeta a las limitaciones impuestas por el Partido o el Estado sino libre de una u otra sujeción.

Ahora bien, ¿todo esto es posible? ¿Es posible el tránsito en Cuba a un verdadero socialismo? La experiencia de los países del antiguo campo “socialista” no puede ser, a este respecto, más desalentadora. Lo que se ha dado en ellos no ha sido el tránsito hacia un sistema socialista sino hacia un capitalismo salvaje. Pero, ¿podía ser de otro modo? El descrédito del socialismo había llegado a tal punto en esos países que, ilusionándose con la vuelta al capitalismo, la sociedad se negó a seguir la vía que podía llevar al socialismo que durante tantos años se le había usurpado.

Pero no se trata de un destino inexorable. La pujanza de la Revolución Cubana que se ha puesto de manifiesto al mantenerse en pie después del derumbe del “socialismo real”, así como las diferencias con éste antes apuntadas, particularmente el apoyo popular con que siempre ha contado, nos hacen pensar, y sobre todo desear, que una vez que desaparezcan las condiciones más desfavorables para el cambio, éste se encaminará no hacia el capitalismo sino hacia el socialismo.

Hemos reconocido antes que el saldo del tránsito del “socialismo real” europeo al socialismo ha sido negativo. En Cuba el saldo no será el mismo porque el pueblo, después de 40 años de Revolución, conoce bien la agresividad del capitalismo que lo rodea y en modo alguno podría idealizarlo. El cambio habrá de orientarse, por ello, hacia un verdadero socialismo.

CLAUDIO KATZ

*Centroizquierda, nacionalismo y socialismo**

Claudio Katz (Buenos Aires, 1954) es un economista marxista argentino de la nueva generación, miembro del grupo de Economistas de Izquierda (EDI) de Buenos Aires. Es activo militante de la izquierda socialista y colabora en numerosas revistas y publicaciones, y en la revista Inprecor, editada por el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional. Es profesor de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Su último libro es El porvenir del socialismo, Buenos Aires, Imago Mundi, 2005.

Globalización y unipolaridad

El ascenso del nacionalismo y la centroizquierda ha cambiado el clima intelectual de Sudamérica. Ya no se discute solo cuánto avanzó el neoliberalismo, sino también cómo puede ser enfrentado y derrotado. En este debate muchos reconocen que Lula y Kirchner van por mal camino. Pero de esta constatación emerge otro interrogante: ¿Se puede hacer otra cosa? ¿La globalización no obliga a la izquierda a replegarse? ¿La ofensiva internacional del capital no limita las transformaciones posibles al marco antiliberal?

Frecuentemente se argumenta que las transformaciones registradas en el capitalismo contemporáneo han trastrocado por completo el escenario latinoamericano. Y son evidentes los efectos de la revolución informática, la mundialización financiera, la internacionalización productiva o la transnacionalización del capital. Pero la pregunta clave es cómo impactan estos cambios en la región. ¿Agravan o atenúan los problemas históricos? ¿Potencian o disminuyen el subdesarrollo industrial, la dominación financiera y la dependencia comercial?

La inusitada gravedad de las crisis padecidas en la última década ilustra en qué lugar de la globalización ha quedado situada América Latina. El mismo proceso que permitió la recuperación parcial de la tasa de ganancia en varios países desarrollados precipitó una brutal polarización social de ingresos y una gran fractura entre economías prósperas y devastadas. Ya es evidente que Latinoamérica sufre el triple impacto del empobrecimiento, el desfinanciamiento y la primarización de sus exportaciones. ¿Pero podría recuperar la región cierto margen de autonomía para revertir esta regresión?

* Publicado en la revista *Inprecor*, abril-mayo 2005.

Los teóricos de la centroizquierda y el nacionalismo responden positivamente y proponen empujar el surgimiento de un modelo capitalista productivo, incluyente y regionalmente integrado. Este proyecto solo computa los nichos que existen para gestar nuevos negocios, sin registrar los desequilibrios que genera esa acumulación en la periferia. Tampoco notan que el desenvolvimiento del capitalismo latinoamericano no es suficiente para competir con los centros imperialistas, ni para repetir el curso seguido por las grandes potencias.

Pero resulta además muy difícil dilucidar cuál es el espacio que efectivamente existe para el modelo económico centroizquierdista, porque su implementación requeriría ciertas decisiones antiimperialistas junto a la drástica ruptura con el patrón neoliberal. Y como ninguno de esos gobiernos parece dispuesto a embarcarse por este rumbo, el enigma del margen existente para erigir “otro capitalismo” permanece irresuelto. Los nuevos presidentes simplemente debutan con proclamas antiliberales y luego perpetúan el *statu quo*. Por eso la radicalización anticapitalista y la perspectiva socialista constituyen la única certeza de bienestar y progreso. ¿Pero el aterrador poderío norteamericano no descalifica esta opción?

Esta preponderancia estadounidense no es un dato nuevo en la zona que ha padecido la carga histórica de conformar el “patio trasero” de la principal potencia. Todos los intentos de emancipación nacional y social del siglo XX chocaron con esa dominación. Y en más de una oportunidad se pudo doblegar a un enemigo que parecía invencible. La permanencia de la revolución cubana al cabo de 40 años de invasiones, embargos y conspiraciones ilustra este logro.

Es cierto que en la última década Estados Unidos reforzó su predominio militar y recuperó su primacía económica o política. Pero no ejerce un liderazgo estable porque sus rivales continúan actuando y los pueblos resisten su opresión. Lo sucedido en Irak revela estos límites del poderío norteamericano. Los marines no han podido reducir al país a un status colonial ni tampoco lograron apropiarse del petróleo. Todavía habrá que ver si Bush redobla la apuesta militar o recurre al auxilio europeo para negociar algún compromiso en la región.

El alcance de las guerras preventivas que promueve Bush es terrorífico. Pero no hay que aceptar la imagen victoriosa que los neoconservadores difunden de sí mismos. Ese retrato oculta la gran brecha sociocultural que genera la agresión derechista dentro de Estados Unidos. La combinación de varios desequilibrios económicos (financiamiento internacional del déficit fiscal y comercial) y políticos (luchas nacionales contra los atropellos imperialistas) desafía la unipolaridad estadounidense.

URSS y correlación de fuerzas

Existe la impresión de que el derrumbe de la URSS restó a la izquierda un aliado insustituible. Pero esta visión no toma en cuenta que la burocracia dirigente de ese régimen solo apuntalaba a los gobiernos o movimientos que coincidían con sus prioridades estratégicas. Por eso también apoyó dictaduras, sostuvo presidentes hostiles a la izquierda y sobre todo disuadió acciones revolucionarias. Esta conducta desató fuertes críticas de los propios líderes cubanos favorecidos por la ayuda soviética.

América Latina siempre fue para la diplomacia de la URSS una pieza de su ajedrez geopolítico con Estados Unidos. Por eso el fin de la guerra fría tiene efectos contradictorios y no puramente negativos sobre la región. Por un lado generaliza la sensación de mayor desprotección (o menor contrapeso) frente al imperialismo. Pero, por otra parte, crea las condiciones para disipar la identificación popular del socialismo con un régimen totalitario que no conservaba ningún resabio de su origen socialista.

Partiendo de ese balance habría que modificar los razonamientos de la izquierda exclusivamente centrados en diagnósticos “por arriba” (relaciones entre Estados), recuperando el análisis de lo que sucede “por abajo” (desarrollo de la lucha popular y de la conciencia de clase). Con este replanteo se puede evaluar con menos prejuicios la actual correlación internacional de fuerzas.

La estimación más corriente ignora el curso de la confrontación social y solo toma en cuenta el número de gobiernos progresistas que contraviene a los conservadores. Este enfoque preserva la vieja “visión campista” que dividía al mundo en dos bloques rivales (socialista versus capitalista), pero sin poder definir quién integra hoy el campo opuesto al imperialismo. ¿Europa? ¿China? ¿Los países árabes?

La forma adecuada de evaluar la correlación de fuerzas es definir quién se ubica a la ofensiva en la batalla que opone a los capitalistas con los trabajadores. En términos generales la clase dominante mantiene esta iniciativa desde el debut del neoliberalismo. Pero mucha agua ha corrido bajo el puente desde fines de los 80. La agresión patronal se consolidó dentro de Estados Unidos y parece retomar fuerzas en Europa, pero numerosos países están conmovidos por levantamientos populares. Y América Latina ocupa un lugar de vanguardia en este escenario de revueltas.

Es erróneo repetir que “las relaciones de fuerzas son adversas en la región”, como si nada hubiera pasado desde los 90. Esa negativa evaluación contradice incluso la propia celebración que se hace de los nuevos gobiernos de centroizquierda. Es contradictorio subrayar el repliegue de los oprimidos

y presentar al mismo tiempo a esos regímenes como ejemplos del avance popular. La primera afirmación no es coherente con la segunda. En realidad correspondería señalar que Lula y Kirchner son variantes de una dominación capitalista afectada por la pérdida de iniciativa patronal, que generó la crisis del neoliberalismo.

Adversidades externas e internas

Quienes remarcen la adversidad de las relaciones de fuerza también estiman que resultaría muy difícil sostener un triunfo antiimperialista en algún país de América Latina. Y es cierto que el aislamiento constituye un recurrente problema de todas las revoluciones. Pero Cuba ya ha demostrado cuánto tiempo puede sostenerse una transformación social en condiciones de terrible hostigamiento imperialista. La globalización no incorpora obstáculos cualitativos adicionales a estas dificultades.

Hay que recordar, además, que todas las revoluciones irrumpieron en condiciones desfavorables y sobrevivieron sin grandes auxilios externos. Siempre debutaron a escala nacional y transformaron con su ejemplo el escenario regional. En ciertos momentos arrastraron a más de un país (Centroamérica en los 80), pero nunca se desarrollaron en forma simultánea. Aunque esta desincronización fue un condicionante negativo, lo que habitualmente frustró a estos procesos fueron los frenos y desaciertos interiores.

La experiencia sandinista confirma que el obstáculo no es externo. Si bien enfrentaron el desgaste de la agresión imperialista, su proyecto fue socavado por la conversión de los dirigentes en una elite de nuevos ricos que pactó con la derecha el reparto del poder. A 25 años de esa revolución ya nada queda de la reforma agraria y de la alfabetización, en un país atormentado por niveles de pobreza y desigualdad apenas superados por la tragedia haitiana.

¿Pero hay que deducir de las frustraciones de los 80 que el proyecto socialista ha quedado sepultado? ¿Corresponde concluir que no se puede ir más allá de los ensayos de la centroizquierda y las apuestas del nacionalismo? La continuidad del impulso popular a la sublevación contradice este repliegue. La secuencia de levantamientos que conmocionó a varios países (Ecuador, Bolivia, Argentina) en los últimos años, revela que existe la disposición y la necesidad de encarar transformaciones antiimperialistas radicales, para revertir la degradación que sufre Latinoamérica. Los obstáculos para desenvolver estos proyectos no se localizan en el contexto internacional, sino en los errores (o traiciones) que predominan en el campo de los luchadores.

Lo que persiste en la región es la dificultad para alumbrar alternativas políticas de los propios explotados. Las clases populares conquistan las calles durante las huelgas, los enfrentamientos y las movilizaciones, pero entregan su destino al enemigo cuando deben definir el rumbo político de sus países. El mayor ejemplo actual de esta paradoja es el ascenso al gobierno de la centroizquierda, que acompañó las protestas desde el llano y las disuelven desde el poder.

**ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE
POR EL TRABAJO DE**

Comité Editorial Silvia Aguilera, Mauricio Ahumada, María Bohigas, Carlos Cociña, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Naín Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Hernán Soto, José Leandro Urbina, Verónica Zondek **Proyectos** Ignacio Aguilera **Secretaría Editorial** Alejandra Céspedes **Dirección de Arte** Txomin Arrieta **Diseño y Diagramación Editorial** Ángela Aguilera, Paula Orrego, María Francisca Huentén, Rodrigo Urzúa **Corrección de Pruebas** Raúl Cáceres **Exportación** Ximena Galleguillos **Página web** Leonardo Flores **Secretaría Distribución** Sylvia Morales **Ventas** Elba Blamey, Luis Fre, Rodrigo Jofré, Marcelo Melo **Administración y Bodegas** Leonidas Osorio, Nelson Montoya, Jorge Peyrellade, Jaime Arel **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Secretaría Gráfica LOM** Aracelly González **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, José Lizana, Edgardo Prieto **Diseño y Diagramación Computacional** Guillermo Bustamante, César Escárate, Claudio Mateos **Secretaría Imprenta** Mónica Muñoz **Producción** Juan Aguilera, Eugenio Cerda **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Efraín Maturana, William Tobar **Preprensa Digital** Ingrid Rivas, Daniel Véjar **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Luis Palominos, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **Corte** Eugenio Espíndola, Sandro Robles **Encuadernación** Bruno Cáceres, Rodrigo Carrasco, Sergio Fuentes, Aníbal Garay, Pedro González, Carlos Muñoz, Luis Muñoz, Marcelo Toledo, Vladimir Trivic **Despachos** Miguel Altamirano, Pedro Morales **Administración** Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Diego Chonchol, César Delgado, Marcos Sepúlveda.

LOM EDICIONES